



**TRILOGÍA LOCURA**  
**LA LOCURA DE DANGELYS**

**CHLOE MAGNÉ**

*M*

# Trilogía Locura

## LA LOCURA DE DANGELYS

Chloe Magné

1ª. Edición: Diciembre, 2017.

© 2017 by Chloe Magné

© Cover by Laura Pinilla

© Model Clint Mauro

© Photo by Micaela Rossato

ISBN DIGITAL: 978-84-697-8480-8

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Los personajes y escenarios que aparecen en esta novela son pura ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

A mis amigas, porque las quiero.

A mis locas del manicomio,  
porque las adoro.

A mi marido y mis hijos,  
por dárme todo.

Nada sucede como deseamos, como suponíamos, ni como teníamos planeado,  
así que viva la improvisación.

Chloe Magné

## Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1 Prohibido](#)

[Capítulo 2 Sensual](#)

[Capítulo 3 Peligroso](#)

[Capítulo 4 La verdad](#)

[Capítulo 5 Aquí y ahora](#)

[Capítulo 6 El ascensor](#)

[Capítulo 7 Recordando el pasado](#)

[Capítulo 8 Pedir auxilio](#)

[Capítulo 9 Mirar al cielo de noche](#)

[Capítulo 10 La memoria del corazón](#)

[Capítulo 11 Shock](#)

[Capítulo 12 Confiar](#)

[Capítulo 13 Amar,sufrir,luchar y ...¿ganar?](#)

[Capítulo 14 No puedo perderte](#)

[Capítulo 15 Ekaterimburgo](#)

[Capítulo 16 Transiberiano](#)

[Capítulo 17 Siberia](#)

[Capítulo 18 Hielo en el corazón](#)

[Capítulo 19 La furia del dragón](#)

[Capítulo 20 Voluntad indomable](#)

[Capítulo 21 Vacío en el alma](#)

[Capítulo 22 Despertar](#)

[Capítulo 23 La perla de Asia](#)

[Capítulo 24 Regreso a la civilización](#)

[Capítulo 25 Amar y volver a casa](#)

[Capítulo 26 ¡Sorpresa!](#)

[Capítulo 27 El mayor regalo de mi vida](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)



# «TRILOGÍA LOCURA»

Tres historias diferentes.. Tres mujeres diferentes. Tres ciudades diferentes. Las tres protagonistas con un nexo en común, la amistad.

Vive con ellas sus apasionantes historias de amor que te llevarán a enloquecer con ellas.

## LA LOCURA DE DANGELYS

## Sinopsis

Dangelys Neymar es, probablemente el icono femenino juvenil más famoso de Brasil, mediáticamente hablando. Y no por casualidad. Pocas modelos pueden presumir del carisma, el ángel y el éxito que logra cosechar en poco tiempo tras desfilarse en París y aparecer en la portada de la edición francesa de Vogue. Nació para comerse el mundo. Por eso sorprenderá a todos después de la boda de Chloe y Gaël con la noticia de su firme decisión de abandonar la industria de la moda para mudarse a New York y centrarse en sus estudios de Criminología. Sobretudo a Lucas, que escuchará de los labios de la viva encarnación de la mujer con carácter, dueña de una personalidad arrolladora y exótica belleza, como le exigirá desaparecer de su vida y prometerle que no volverá a verla nunca más.

Y así sucederá durante Cinco años... Cinco largos años en los que la decidida y obstinada Dangelys se convertirá en una agente del FBI, experta en resolver casos relacionados con el contrabando de drogas y de armas. En un determinado momento, saldrá a relucir en la oficina federal de investigación el nombre del mafioso Vladimir Zakhar y para su mayor sorpresa aparecerá de nuevo Lucas.

Cinco años después se volverá a encontrar con el arrogante e irreverente Gigoló de músculos cincelados a la perfección, y tratará de controlar sus emociones, tratará de ignorar lo que surge entre ellos cada vez que están juntos. Sobretudo cuando le recuerde lo que pasó en cierto ascensor...

Sabe que no puede bajar la guardia ante el hombre que la engañó durante años llevando una doble vida, por que una sola huella, una sola caricia del agente secreto "Smith", despertará las alertas de algo inmenso, abismal que ha estado dormido como la fase de letargo de un volcán.

Lo que no se imagina Dangelys, es que en ese juego de seducción y pasión en el que se verá inmersa en medio de escenas de acción y peligro conocerá a Lucas sin filtro". Donde aparte de desnudar sus cuerpos, desnudarán sus almas. La de Lucas mucho más compleja y exigente.

¿Qué pasado lleno de oscuros secretos ocultará Lucas?

## Prólogo

Dicen que el primer beso se recuerda siempre y permanece guardado en ese lugar de la mente en el que vamos depositando todo aquello que idealizamos, y el último es posiblemente el más importante, el que elegimos cuidadosamente para que nos acompañe siempre. Entre uno y otro, hay cientos de besos, miles quizás, que dejan distintas huellas en lo más profundo de nuestro ser, y que trazan los puntos geográficos del mapa de nuestra vida. Pero se debería añadir, que luego están aquellos besos que desearías coleccionar y que solo tienen lugar en los anchos márgenes de la imaginación, como una maldita tortura.

No sé en que momento los astros y el universo me la jugaron, pero era bastante injusto, que de todos los hombres que había en el mundo entero, solo ansiara los besos imposibles del único espécimen masculino en la tierra al que odiaba con todo mi ser.

Deseaba los besos de un hombre que me rompió el corazón hace cinco años, concretamente la noche que se celebraba la despedida de soltera de Chloe en París. Esa noche sucedió algo que me hizo tomar la difícil decisión de apartarme de todo y huir a Nueva York. Al día siguiente de la boda de Chloe y Gaël, con mi alma cargada de dolor, con una herida que sabía que no cicatrizaría jamás, me marché de París para terminar mis estudios de Criminología en EEUU.

Necesitaba alejarme.

No quería tener el apasionado deseo de buscar al hombre que con su mirada profunda y dominante me sometía a sentir fantasías ardientes. No quería el roce de sus dedos sobre mi piel, la llama encendida de su sutil provocación, la oscura magia seductora que desprendía. Pero sobretodo, no quería revivir el instante de mayor tensión sexual que jamás sentí en mi vida.

Fue en un ascensor, y fue tenue el mensaje, pero tan fuerte la contraseña, la reacción de mi cuerpo pegado al suyo, el apabullante deseo cada vez más irresistible, que me cabreaba hasta límites insospechados, sentir que era el dueño de mi ser. Por que sí, señoras y señores, a pesar de intentar impedir cualquier tipo de sentimientos, de odiar que me acelerara en un enloquecido frenesí los latidos de mi corazón, estaba completa y perdidamente enamorada del Gigoló

desde los anales de la historia.

«Lucas...»

Habían transcurrido cinco largos años desde la última vez que lo vi en el aeropuerto París—Charles de Gaulle, y el maldito de Lucas, dueño de una mirada insolente, marcaba mis pensamientos como si fuera los potentes acordes de una guitarra eléctrica sin entender de compromisos, ni del paso del tiempo.

¿Por qué me costaba tanto acabar con esa tensión sexual después de cinco años sin su presencia? De ausencia prolongada... No entendía nada.

¿Sería quizás por qué creía verlo espiándome en cada rincón de la ciudad? ¡Mierda! Seguramente ese era el maldito problema. Tenía demasiados ingredientes atractivos el creer sentirme observada por el salvajemente sexy de Lucas. Esa transgresión, morbo, prohibición, deseo de lo que no podía tener, curiosidad, fantasía sin límites, me estaba jugando una mala pasada. Como ahora, justo aquí, justo en este momento, que creía verlo de lejos en el muelle del Brooklyn Bridge Park a la orilla del East River.

Mi cuerpo se tensó por completo ante la posibilidad de volver a perderme en el maldito abismo de sus ojos.

«Es imposible. No puede ser él, ahí, a estas horas... ¿Cómo va a ser él?»

La poderosa figura masculina se ocultó de mi mirada, y la ira y el conflicto que llevaba dentro por los sentimientos que me abrasaban, me dolieron.

Empecé a palear con más fuerza alejándome, haciendo presión con las caderas para mantener el kayak equilibrado, e intenté olvidarme de mis paranoias. Solo de pensar que podía ser Lucas ese hombre, me dificultaba la respiración. Bien se sabe que no hay nada imposible en esta vida, pero en este caso sí. Según palabras de mi madre, que sacó a relucir su nombre en una conversación telefónica el otro día, Lucas vivía en Europa, y prácticamente no aparecía nunca por Brasil desde hace años.

«Concéntrate Dangelys o te caerás al agua. Lucas salió de tu vida hace cinco años», me dije a mi misma con el pulso alterado mientras intentaba no temblar encima del kayak, y desvié la mirada hacia los edificios de Manhattan, donde una auténtica postal se creó ante mis ojos.

El calor que sentía en el pecho, quemaba... Mi corazón seguía desgarrado a pesar del tiempo porque no quería continuar enamorada de Lucas. Él era un hombre de belleza transversal que le permitía conquistar a cualquier tipo de mujer, fuera cuales fueran los gustos de la susodicha. Su ceño fruncido era el responsable de todo. Bastaba con eso y su mirada.

Respiré hondo, llenando mis pulmones al máximo, y el perfecto amanecer ganó terreno poco a poco al puñado de sentimientos. Me apetecía pasar un rato distinto en la ciudad y maravillarme con las vistas del skyline desde el agua. Olvidar por un par de horas el reloj y relajarme con estas grandiosas vistas, conectar con el lugar. Hoy estrenaba mi nuevo kayak, aprovechando que hacía buena temperatura y que el cielo amaneció despejado.

Llevaba desde el año pasado esperando que llegara el calor, para retomar algo que practicaba desde pequeña en Río de Janeiro con Isaac, y que abandoné al mudarme a la ciudad más cosmopolita del mundo.

La primavera en Nueva York significaba buen clima, el despertar de los cerezos en Central Park. Encontrabas la ciudad a rebosar de actividades al aire libre, empezaban los festivales, conciertos. Todo invitaba a vibrar junto a la ciudad las veinticuatro horas. Estaba enamorada de Nueva York, de su esencia, del frenesí de Manhattan. Ofrecía tantas opciones, actividades para aburrir, que siempre diseñaba rutas para perderme entre sus calles.

Uno de los planes de los que disfrutaría con el buen tiempo, era sin duda ir en mi propio kayak por el río Hudson y el East River. Contemplar sola el impactante amanecer. Observar con tranquilidad el perfil de los rascacielos en el cielo, como se iban apagando las luces de las oficinas que creaban un peculiar Tetris en las horas nocturnas, los puentes de Brooklyn... Aunque bueno, para ser sinceros, hoy disfrutar, lo que se dice disfrutar, no estaba disfrutando mucho. El kayak que me había comprado el día anterior era más inestable, más peligroso, que hacer *Puenting* en una pirámide.

«Es el kayak más rápido jamás construido, pensado para participantes en competiciones de mar y para quienes quieren hacer grandes travesías en tiempos récord», me dijo la dependienta, de la que me estaba acordando ahora mismo. De ella, y toda su familia.

¿Qué acaso esa mujer me odiaba? ¿Le habría hecho algo sin darme cuenta?

—¡*Meu Deus!*, creo que me encontraría más cómoda en el muro de una ola surfeando que en este kayak —me lamenté sin dejar de palear—. ¡Parece un caballo salvaje! Debí comprarme uno igual que mi antiguo kayak.

Su baja estabilidad primaria, manga de cincuenta y cinco centímetros, más una proa y popa con poco volumen en el casco, me hacían una firme candidata para volcar en menos de cinco metros. Estaba claro que necesitaría un periodo de adaptación para domesticarlo, que podía oscilar de varios meses a toda la vida, o nunca, según se mire.

De repente, un zumbido muy característico y expresamente personalizado dentro de la funda protectora donde llevaba mi móvil, las llaves de casa, y del coche, me sacó del estado de profunda concentración.

Inmediatamente, me vino a la cabeza el proverbio «Reza, pero no dejes de remar hacia la orilla» y paleé con mayor fuerza.

Si quería contestar la llamada de mi jefe tendría que volar encima del agua.

Marc Sheen, mi jefe, era nada más y nada menos que el funcionario más importante de la división más grande del FBI en EE.UU. Y que la persona que dirige la oficina del FBI de Nueva York, me llamara a estas horas solo podía significar una cosa.

Uno de nuestros mayores objetivos ya se encontraba en la ciudad.

«¡Joder! Y yo sin poder descolgar la llamada», maldije para mis adentros sin dejar de palear.

No sabía si podía soltar la pala para manejar el móvil. Se había levantado un poco de viento y no quería volcar en el intento de descolgar la llamada. El sistema que llevaba mi casco MT era solo para enviar automáticamente un mensaje SMS de alerta en caso de accidente a múltiples destinatarios, entre los que se hallaba el número de mi compañera del FBI y amiga, Savannah Murphy.

La conocí durante las veintidos semanas del programa de entrenamiento de la academia del FBI, en Quantico, Virginia, y desde entonces nos hicimos inseparables. Savannah era informática Forense especialista en el examen y análisis de los delitos tecnológicos que incluían el terrorismo, tecnología, la corrupción, el fraude y el crimen organizado. Trabajábamos juntas en un importante caso de mafia rusa en Nueva York.

—Agente Neymar, ¿preparada para conocer a Dimitri Petrov esta noche? Hace un par de horas que aterrizó en el aeropuerto John F. Kennedy —La voz de Marc, mi jefe, llena de seriedad a través del teléfono me puso en alerta.

—Señor, estoy más que preparada —murmuré al mismo tiempo que sostenía el Kayak contra el muelle.

Sentía los músculos de los brazos tan agarrotados de palear rápido, que me harían falta un par de brazos nuevos.

—La llegada a la ciudad de Vladimir Zakhar está prevista para finales de semana.

Inspiré hondo varias veces en el intento de recuperar la normalidad en mi frecuencia cardíaca, y casi se me resbaló el móvil de la mano derecha, al observar con detenimiento como se alejaba deprisa e intrigante de Brooklyn

Bridge Park la poderosa figura masculina de antes.

«¡Lucas!»

Enfadada, casi se me escapó su nombre en voz alta y dejé de oír lo que decía mi jefe a continuación.

La sensualidad siempre había sido una cualidad innata en Lucas, y esos andares se clavaron de forma inmediata en mis retinas como una instantánea icónica.

Provocador, agitador, sin duda era él. Vestido de oscuro, reflejo legendario de la masculinidad, transpiraba revolución en cada puntada de su chaqueta de cuero negra. El movimiento y la fiereza de su cuerpo, era un universo visual en el que perderse sin reloj a pesar de odiarlo. Elegante, carismático, viril... Cada pisada era de fuego y cenizas, quemándome las entrañas.

Su poderosa figura desapareció de mi vista, convirtiéndome en un manojo de nervios, y una lista infinita de preguntas saltó todas las barreras, entrando en terreno prohibido.

¿Qué demonios hacía Lucas en la ciudad? ¿Cuándo había llegado a Nueva York? ¿Y ahora qué? ¿Qué vendría a continuación? ¡Maldita sea! Verlo había sido como contemplar el regreso de una leyenda.

¡*Meu Deus!* Si algo tenía claro después de cinco años, era que si coincidíamos de nuevo, tendría que dar todo de mí para no ceder a mis sentimientos. Una tarea muy complicada, ya que cuando Lucas aparecía en escena, con su personalidad de naturaleza dominante, mi minuterero se detenía y también mi flujo sanguíneo.

Resistirse no sería una opción, sería una obligación.

# Capítulo 1

## Prohibido

El día se me había hecho larguísimo después de lo sucedido por la mañana en el muelle de Brooklyn Bridge Park. No tenía cabeza para nada que no fuera Lucas. La imagen de su impresionante rostro volvía a imponerse a todo lo demás. Perfecto, con ese toque irresistible, encarnaba la masculinidad más carnal. Se apoderaba de mis pensamientos, despertando mi deseo.

—Pues parece que este sueño empresarial en el que te encuentras inmersa sigue creciendo —dijo mi compañera del FBI Savannah sacándome de mi obsesión—. El traslado de tu tienda al mítico vecindario del Upper East Side sede central de las andanzas de Serena Van Der Woodsen y el resto de personajes de *Gossip Girl* ha sido un acierto. Dangelys, el enclave seleccionado, situado en esta casa adosada en el 17 East 71st Street es un paso más en tu particular conquista de la Gran Manzana.

Lentejuelas, fulgor metálico, destellos de color dorado y plata, pedrería, transparencias y bordados... Mi rubia compañera Savannah, me hablaba desde la zona de mi tienda donde se encontraban diez looks para brillar con luz propia, y me acerqué para contemplar uno de los modelos de cerca.

—Con este proyecto confirmo mi intención de convertir mi tienda en una de las más exclusivas de la zona —dije orgullosa de mi misma.

Para nadie era un secreto, que desde bien pequeña siempre quise ser una agente del FBI, pero también que me apasionaba el mundo de la moda, sobretodo los zapatos, mi complemento fetiche. Y aprovechando las ganancias obtenidas en la *Fashion Week* de París, más la portada de *Vogue*, monté esta exclusiva tienda con la que gracias a ella y mi sueldo de agente de la ley vivía cómodamente.

—Deberías elegir este vestido plateado. Se ve súper glamuroso.

Savannah, que me ayudaba con la elección del modelito que llevaría para



«seducir» a Dimitri Petrov, me entregó una percha con un vestido de lentejuelas de color plata, con *cut out* en el escote y falda drapeada, diseñado por alguien muy especial para mí.

—Este es realmente precioso. Es un diseño de mi amiga Chloe. Tengo varios vestidos de su colección —murmuré al mismo tiempo que acariciaba una de las mangas con destellos plateados.

—Pues Petrov, si te ve hoy llevando este vestido va a babear como un perro —dijo con una sonrisa malévola en sus labios.

De pronto, se escuchó un ruido sordo proveniente de la trastienda, como el golpe de algo pesado al chocar contra el suelo. Savannah pegó un respingo y nos giramos las dos a la vez.

—¿Tara? ¿Estás bien? —dije con gesto de preocupación.

—Sí, cariño. Solo se me resbaló una caja de zapatos de las manos —aclaró mi dependienta desde la trastienda.

Savannah hizo una mueca.

—¿En que pensabas cuando la contrataste? —susurró entre dientes—. Opino que tu dependienta es demasiado mayor para trabajar en tu tienda. Deberías haber buscado alguien más joven que...

La mandé callar con un gesto de la mano y mi amiga obedeció observándome con los ojos entrecerrados.

—¡Resérvate tu opinión! No quiero que Tara te escuche. Es indignante, es ridículo lo que acabas de decirme, honestamente —dije con firmeza sorprendida por sus palabras—. ¿Cómo puedes decir que no puede ser dependienta de mi tienda por ser «demasiado vieja»? Solo tiene cincuenta y ocho años.

Tara, mi fabulosa dependienta desde hace un año apareció un poco pálida. Llevaba en sus manos unos espectaculares Jimmy Choo, y me sentí enfadada por el comentario de Savannah.

¡Por favor! Ni que fuera de la tercera edad a los cincuenta y ocho años.

Me negaba a que Tara fuera una más de las víctimas de un sistema absolutamente obsoleto, donde solo se contrataba para las tiendas de lujo a chicas que parecían modelos de pasarela. Ella era bellísima, elegante, sabía varios idiomas, y ofrecía a mis clientes un trato exquisito que se traducía en un asesoramiento cercano al personal shopper.

—Dangelys, yo creo que estas espléndidas sandalias con efecto cristal, te combinarían a la perfección con el vestido. Acaban de llegar hace un rato a la tienda, son de la nueva colección de Jimmy Choo.

Traía también un colgante y sortija de Swarovski, que dejó dentro del

probador junto a las sandalias, y agradecí su atención conmigo.

Me encantaba esa pasión innata que tenía por la moda.

—Lo que te digo, Dimitri Petrov caerá rendido a tus pies. En cuanto te vea en el restaurante tendrá problemas respiratorios —murmuró Savannah meneando la cabeza, y de no haber hecho el comentario anterior sobre Tara me habría reído a carcajadas, pero ahora no me apetecía.

Le di la espalda y me metí tras la cortina. Me quité la ropa y me puse el ajustado y sexy minivestido plateado. Me miré un instante en el espejo, y me dispuse a la difícil tarea de subir la cremallera posterior.

¡Joder! Era imposible.

Al cabo de un par de minutos de lucha, me di por vencida y pedí ayuda.

—¡Tara! ¿Me ayudas a abrocharme el vestido? No puedo yo sola —grité acalorada.

Entró en el probador con su belleza clásica madura, hermosa con el cabello oscuro recogido. Sus ojos, me recorrieron de arriba a abajo. Contempló el vestido y las sandalias de forma meticulosa, y luego, me dio la vuelta en silencio, sumamente callada. Algo inusual en ella.

Pensé un momento si podría haber escuchado el desafortunado comentario de Savannah y pregunté:

—¿Te ocurre algo?

Me lanzó una mirada fugaz por encima de mi hombro, y el espejo me mostró el reflejo de su rostro preocupado.

—¿De qué conoces a Petrov? ¿Tienes una cita romántica con ese hombre? —me interrogó Tara con cautela mientras cerraba la cremallera de mi vestido.

—No. Esta noche trabajo —dije escuetamente, y abrí el *clutch* para guardar mi arma reglamentaria.

—¿Estás con un caso de mafia rusa? —susurró en voz baja y me giré para hablarle de frente.

—Digamos que tengo una cita con Dimitri Petrov para intentar llegar a través de él al gran arquitecto a la cabeza.

—Dangelys...

Sus ojos me transmitieron temor y sujeté una de sus manos con cariño.

—¿Qué te pasa? ¿Conoces de algo a Dimitri Petrov?

Tara era una mujer con kilometraje de largo recorrido. Segura de sí misma, experimentada, conocía mi profesión como agente del FBI desde hace tiempo, y jamás la había visto así, tan... nerviosa.

—¿Dónde están Tara y Dangelys?

Una elegante voz masculina que conocía muy bien irrumpió en la tienda, llegó hasta nuestros oídos, procedente del otro lado de la cortina, y Savannah lo sacó de dudas.

—Están dentro del probador. Dangelys tenía problemas con el cierre del vestido.

Era John, la pareja sentimental de Tara, que venía todos los días a recogerla para el cierre de la tienda.

—Prométeme que tendrás mucho cuidado en presencia de ese hombre —dijo Tara con gravedad mirándome fijamente antes de salir del probador.

Asentí con la cabeza.

No eran fáciles las medidas a seguir para hacer frente a este tipo de criminalidad, con amplia experiencia en circuitos de mercado negro, de tráficos internacionales de materiales de armas, de drogas, de personas o de órganos.

En pleno Nueva York, en medio de Manhattan, sabíamos que se llevaría a cabo una macro cumbre de la mafia rusa precisamente para tratar esos mismos temas bajo la óptica de la expansión criminal. A esta reunión acudiría el mafioso ruso de mayor rango, Vladimir Zakhar, y yo quería atraparlo. Pero para eso tenía que llegar cuanto antes hasta Dimitri Petrov.

—Lo que dijiste antes de Tara no me ha gustado. No tienes nada de tacto —le dije molesta a Savannah mientras caminábamos hacia su coche.

—Perdona, me crié en un orfanato no esperes de mi grandes modales. No conozco a mi madre, y mucho menos a mi padre, que se desentendió de mí incluso antes de nacer. No crecí en un ambiente familiar como tú.

Sabía que Savannah se había criado en un orfanato, pero desconocía totalmente los motivos exactos que desencadenaron esa situación. Ella era una persona muy reservada con su vida privada. Inteligente, exigente y muy concisa. En ocasiones demasiado mordaz, con tendencia a ofender a los compañeros. Su pasión por el trabajo absorbía todos sus pensamientos. Su ambición por llegar a ser algún día directora de la Oficina Federal de Investigación de los Estados Unidos era algo que la obsesionaba.

Yo, en cambio, aspiraba a formar parte de la Unidad de Análisis de Conducta, un grupo de investigadores de diversas ramas de la criminología, que se dedicaba a hacer análisis psicológicos y criminológicos a criminales para facilitar su captura. Me interesaba la idea de entender el comportamiento desviado, tratar de meterme en la mente del delincuente o potencial delincuente y averiguar los motivos de su acción.

A mis padres casi les dio un infarto cuando les conté mis planes al

terminar mis estudios en la Universidad. Ellos creían que una vez me graduara regresaría a Río de Janeiro, y que una vez allí, ingresaría al mundo laboral como criminóloga forense en el área judicial. Pero yo no me conformaba con el «como» y «quien» del delito, yo quería profundizar más. Plantear la interrogante del «por qué» del delito. Quería ser una de los agentes de la Unidad de Análisis de Conducta del Buró Federal de Investigaciones de los Estados Unidos, y para eso necesitaba completar al menos tres años de experiencia previa como agente especial del FBI.

Aún recuerdo la voz exaltada de mi madre diciéndome que porque no podía ser la típica hija de millonarios, reina de instagram a lo Kardashian. Casi me morí de la risa.

«Si lo llego a saber no te compro para tu noveno cumpleaños el conjunto de policía de juguete que me pediste. La pistola, las esposas de metal, la placa», me dijo mi madre en aquella conversación. Recordaba esa época con especial cariño. Apenas soplé las velas de la tarta de cumpleaños, pillé las esposas de juguete y me dirigí corriendo a la piscina para esposar en una hamaca, a un por aquel entonces joven Lucas de veinticuatro años.

Durante un instante, mi mente se recreó en un paréntesis, rememorando la escena vivida con Lucas, y se me dibujó sin querer una sonrisa en los labios. Como me reí aquel día. Menudos gritos me pegaba Lucas cuando se despertó de la siesta. Las esposas eran de juguete pero bastante resistentes. Aunque no duraron mucho. Las piezas saltaron por los aires en un abrir y cerrar de ojos en el momento que me vio huir hacia la playa con las llaves en la mano. Ese día, mi mecanismo de autodefensa se activó con la sensación de miedo, tras ver como su figura se alzaba poderosa, destrozando los grilletes.

Mis pensamientos rápidamente giraron a la manera de un carrusel enloquecido en torno a él, y las imágenes del pasado, se mezclaron en mi mente en dolorosa confusión. En cuestión de pocos segundos, pasé de recordar esta escena, a otras que pretendía borrar.

¿Qué sucedió con nosotros? ¿Qué ocurrió para que todo cambiara con el paso del tiempo? ¿Qué sucedió luego de contarle cosas que no le conté jamás a nadie? ¿Qué pasó después de aquella noche que me pilló in fraganti con Marlon? ¿Qué ocurrió tras descubrir que nuestras manos encajaban perfectamente?

Recordaba como si fuera ayer, el momento exacto en el que me perdí en él por primera vez, viéndole como hombre. Fue durante el viaje de mis padres junto a Isaac y Nayade a Fernando de Noronha. Lucas me pilló en la piscina haciéndolo con Marlon, y no sé ni como entender que pasó. Solo sé que adoré

contemplar como se metió en el agua hecho una furia con su caro traje de tres piezas.

Esa noche recorrí la expresión violenta de su rostro masculino, su letal cuerpo esculpido a base de proezas atléticas despacio, como si se tratara de una obra de arte. Ojalá se hubiera congelado el tiempo en ese momento. Con certeza podría decir que lo miraría siempre, sin interrupciones.

Mojado, cabreadísimo... se arrancó la chaqueta para sacar a Marlon del agua, y exhibió todos sus músculos con su camisa blanca pegada a su fuerte torso, matándome literalmente con la visión. Era tanta su cólera, que me quedé paralizada al borde de la piscina. Observaba perpleja como arrastraba por el jardín a Marlon mientras le propinaba por el camino una serie de puñetazos.

Al cabo de unos minutos con la casa desierta de gente, regresó por mí y... ¡*Meu Deus!* El corazón se me detuvo. Lucas, con la camisa abierta, con su six pack, empapado hasta las pestañas, lucía estúpidamente más sexy que cualquier chico de veinte años.

Se acercaba despacio, en silencio, y el deseo impregnó cada partícula de mi ser. Prácticamente aniquiló mi razón. Lucas, con su aspecto rudo, duro, y cuerpo de infarto, recorría con sus ojos oscuros cada centímetro de mi cuerpo desnudo que asomaba por encima del agua. Primero mi rostro, que enrojeció bajo su escrutinio, luego mi cuello, mis hombros, para terminar en mis pechos, que rozaban la fría superficie. Una lujuria secreta le inundó la mirada al contemplar mis pezones erguidos por la excitación. Sentí como se apoderaba de él una necesidad sorda que me deshizo en un estremecimiento. Sus dedos atraparon los míos debajo del agua, y en el instante que me sujetó la mano con fuerza para sacarme de la piscina, descubrí que nuestras manos encajaban perfectamente.

Ese fue el momento exacto que todo mi mundo saltó por los aires. Tomada de su mano, me di cuenta que nada volvería a ser igual.

—Agente Neymar, Petrov acaba de llegar al restaurante. Debes buscar un acercamiento en cuanto entres si quieres acceder al salón secreto... ¡Agente Neymar! ¡Dangelys! ¿Estás ahí? ¿Me oyes?

La voz enérgica del agente Walhberg, uno de mis compañeros del FBI, me devolvió al presente.

—Sí, te he escuchado alto y claro —respondí desde mi asiento de lujo mientras contemplaba mi mini tarta de cumpleaños sobre un exclusivo plato de Vera Wang.

—No dispones de mucho tiempo, actúa rápido. Petrov no suele quedarse en este salón más de cinco minutos.

—Sí, lo sé —murmuré al mismo tiempo que sacaba mi móvil del clutch.

Estaba siendo vigilada—protegida por mis compañeros del FBI desde una furgoneta aparcada en la calle, quienes se darían cuenta de si corría verdadero peligro, gracias a unas cámaras de vigilancia y el micrófono que llevaba adherido debajo de mi vestido.

—Recuerda que la agente Murphy estará en el bar por si necesitas ayuda inmediata. ¡Ah! Y antes de que se me olvide... ¡Feliz cumpleaños!

—¡Ja, Ja! Muy gracioso —dije mirando a una de las cámaras y le enseñé el dedo corazón con disimulo.

Escuché como reía Walhberg, y de seguida retomé la seriedad cuando entró en mi campo de visión Dimitri Petrov, acompañado de una espectacular mujer muy morena de piel, que parecía sacada de un desfile de Victoria's Secret.

—¿De dónde ha salido esta mujer? Llegó solo al restaurante —comentó el agente Walhberg y fijé mi vista en la impresionante acompañante que llevaba colgada de su brazo con posesividad—. Según mis informadores Petrov no está casado, ni tiene novia. Solo se le ha visto en compañía de alguna prostituta, y esta mujer, no parece una prostituta. Creo que se te complica el plan.

Rodeado de paredes forradas con pétalos de rosa, inspirados por la casa de Coco Chanel en París, el socio de Vladimir Zakhar hablaba con el jefe de sala. El comedor central estaba adornado con textiles de Jean Paul Gaultier, el techo era de pan de oro, azulejos Bisazza y lámparas personalizadas, con diversas obras de artistas como Andy Warhol, disponibles para la venta. Era un espacio muy íntimo.

En un momento dado, comenzaron a caminar los tres en dirección a mí. Sabía que se dirigían a la cocina. Me incliné un poco hacia delante, y tras un análisis riguroso y esclarecedor que ponía de manifiesto el frío comportamiento de esa mujer con Dimitri Petrov, decidí ir a por todas. Si quería tener alguna posibilidad de entrar en el exclusivo salón tenía que arriesgar.

Respiré hondo, miré mi reloj de pulsera, el *clutch* por última vez donde guardaba mi arma e inicié rápidamente el montaje.

La increíble ciudad de Nueva York, estaba rodeada de lugares muy llamativos y exclusivos que no pasaban desapercibidos por los residentes y turistas. Uno de ellos era Beautique, un bar-restaurant con un diseño muy especial y lujoso que satisfacía todos los gustos de los clientes más exigentes. Se había convertido en uno de los locales más de moda en la Gran Manzana y el

predilecto de los ricos y famosos. Y el dueño de Beautique, para mi sorpresa, era Dimitri Petrov. Ganó el *Concierge Choice Awards* al mejor y nuevo restaurante el mismo año de su apertura, y desde entonces, se había convertido en un sitio de interés en esta ciudad cosmopolita. Lo que la gente no sabía, era que en este lugar entre la Calle 58 y la Quinta Avenida, había un salón privado, aparte del bar-restaurant, donde se llevaban a cabo fiestas privadas y reuniones de negocios de dudosa legalidad. Se accedía a través de una entrada secreta por la cocina y yo quería acceder a ese sitio.

Me levanté de la silla con el teléfono en mi mano y conseguí atraer su atención nada más verme.

—Disculpe, ¿qué podría sacarme una foto mientras soplo las velas de mi tarta de cumpleaños?

Intercepté a Dimitri Petrov con sensualidad inocente en el instante que pasaba por mi mesa.

De inmediato tuve que tratar de ignorar el rechazo que me provocó al recorrer mi cuerpo de pies a cabeza con sus ojos verdes.

Alto, rubio, humedeció su tramposa y miserable boca nada más verme. Su figura de anchos hombros, con una constitución robusta como una pared de ladrillo, era sin duda intimidatoria.

—Solo será un momento. Es para enviársela a mi madre que se encuentra en la otra punta del país —dije con ojos tristes.

Su mirada se tornó más intensa hacia mis senos y luego hacia mis labios.

Era vital que cayera en mis redes a pesar de ir acompañado de otra mujer.

—¿Su acompañante no puede hacerle la foto? —preguntó sin despegar su mirada de mi boca y negué con la cabeza.

—He venido sola —respondí nerviosa por la anticipación, aunque con la mente tranquila.

Levantó la vista hacia mis ojos, expectante, y le surgió una expresión un poco desconfiada.

—Agente Neymar, como no diga o haga algo está a punto de perder su oportunidad de acceder al salón secreto.

La voz tosca de Walhberg que no callaba era como una tortura.

—Llegué esta misma mañana a Nueva York para realizar una sesión de fotos y no quería la compañía de cualquier extraño para celebrar mi cumpleaños —añadí.

Toda mente e inteligencia alargué el brazo para entregarle mi teléfono móvil. Con los ojos fijos en su rostro rocé sensual su mano más de la cuenta.

Una sonrisa le surgió por las comisuras de la boca.

—Una mujer tan guapa como usted no debería cenar sola y menos el día de su cumpleaños —murmuró en tono seductor y no pude evitar sentir un escalofrío.

Su mirada reflejaba los peores sentimientos y emociones del universo. Percibía que era un hombre muy peligroso.

—Señor, si quiere ya le hago yo la foto —dijo el jefe de sala y escuché como Walhberg maldecía a ese hombre.

Pensé que mi oportunidad se escapaba, sin embargo, lo que pretendía sucedió.

Dimitri Petrov ya había caído en mi «inocente» red.

—No. Lo haré yo mismo. Ya te puedes ir —masculló medio enfadado, abandonando por un segundo su caballerosidad, y a continuación, su voz se volvió pura seducción al contemplarme—. Déjeme que después de la foto la invite a tomar una copa para brindar por su cumpleaños en un lugar mucho más íntimo, aquí en el restaurante.

—¡Oh, no! Su novia podría molestarse. Solo necesito que me haga una foto —dije fingiendo pesar.

La mujer que permanecía a su lado se permitió lucir una sonrisa tan enigmática como la de una esfinge que me desconcertó.

—No acepto un no por respuesta —dijo sin confirmar ni desmentir quien era su acompañante—. Mi nombre es Dimitri Petrov, ¿y el suyo...?

Reivindiqué el poder de la atracción más sutil con una tímida sonrisa.

—Lais Oliveira —dije delicada y suave con un exagerado acento brasileño, y vi en sus ojos, como me convertía para él en una auténtica tentación.

A partir de ese momento, después de hacerme la foto, mi coqueteo con la interpretación cobró más fuerza. Sin ninguna clase de remordimiento hacia su acompañante femenina, exhibí mi sensualidad a cada paso junto a Petrov.

Experta en el fascinante juego de la seducción, con seguridad, enderecé mi postura al caminar. Con mis altísimas sandalias que alargaban mis piernas hasta el infinito, dibujando mi vestido plateado curvas de vértigo, contorneaba con cadencia mis caderas.

—Agente Neymar, la felicito, consiguió el primer objetivo de la noche. Recuerde que a partir de ahora solo la oíremos —habló mi jefe por el pinganillo.

Marc Sheen, supervisaba todo el operativo.

Me sentía realizada, las esperanzas para cumplir la misión con éxito



habían crecido, y con ellas, la seguridad en mi misma. Quería deshilvanar los entresijos de la personalidad de Petrov para llegar hasta Vladimir Zakhar. Descubrir con exactitud los motivos por los que traficaban con drogas, con armas... y sospechaba que con mujeres. Quería poder dilucidar con claridad el móvil de sus pasiones y de sus actos. Quería entrar en su despacho, que se encontraba ahí dentro.

Sabía que el viejo Zakhar, era el gobernante que los guiaba a todos de manera continúa con la ayuda de su hijo Oleg. El montón de documentos que tenía el FBI hablaban de él y de otros miembros familiares vinculados a la mafia.

—Señor Petrov, el cisne se encuentra en el Bar dice que tiene que hablar con usted, que es muy importante.

El jefe de sala apareció en la semi oscuridad del pasillo, justo en el momento en el que nos abría la puerta secreta un hombre que parecía nacido para machacar huesos.

Nos detuvimos los tres.

—¿Sasha está aquí? —murmuró Petrov muy sorprendido, y escuchar ese nombre me trajo a la memoria un recuerdo doloroso del pasado.

Concretamente uno que viví en París hace cinco años.

«Lucas por qué me mentiste... ¿Nunca significué nada para ti?»

—Esperádme dentro, ahora regreso —Los dedos de Petrov al rozar mi espalda esfumó mis pensamientos, y con los ojos fijos en mi rostro se aproximó a mi boca—. No te asustes con lo que veas dentro.

Su tono de voz fue infinitamente perverso, como un adelanto de lo que me encontraría en ese salón, y sin apartar los míos tampoco de los suyos, le susurré:

—No me suelo asustar con facilidad. Soy una mujer intrépida.

Una leve sonrisa se dibujó en su rostro antes de marcharse.

Me giré para mirar a la otra mujer por si estaba celosa y me sorprendió ver su cara de auténtico horror.

—No sabes lo que estás haciendo —susurró muy bajito y advertí como el machacahuesos no nos quitaba ojo—. Deberías irte ahora que aún estás a tiempo.

Se pasó la mano por el pelo en un claro gesto nervioso y mi ritmo cardíaco se aceleró.

—¿Por qué lo dices?

Una luz lila se filtraba por la puerta. Y también música, voces y ruidos extraños.

—Irina, es para hoy. Entra ahora mismo —masculló el hombre casi obligándola a cruzar el umbral de la puerta, y los enormes ojos castaños de la

mujer, me miraron asustada antes de desaparecer de mi vista.

Entonces, la música cesó unos segundos y desde el pasillo pude identificar con claridad que eran esos ruidos inesperados y clandestinos. Parecía que celebraban un «festín». Casi me atraganté con mi propia saliva de la impresión.

«¡Mierda! ¿Qué sucede ahí dentro?»

—Agente Neymar, ¿todo en orden?

La voz de Walhberg se escuchó casi de forma simultánea a la del hombre que sujetaba el picaporte, y tomé una respiración profunda.

—¿Vas a entrar o no? —insistió el matón con gesto frío, casi mecánico, más duro que la estatua de Nelson en Trafalgar Square.

—Por supuesto que voy a entrar —respondí con segundas sin efectuar ningún cambio en mi tono de voz.

Sentí una incomodidad al ver su boca de criatura abisal.

De repente, la luz del pasillo comenzó a parpadear, en apariencia intermitente durante varios segundos, hasta que se fue la luz por completo.

Confusa, llevé mi mano a mi *clutch* para sacar el arma, pero antes de que lo hiciera me vi literalmente volando hacia atrás. Una gran mano cubrió mi boca para evitar que gritara. Y con una notable soltura, la persona que tenía detrás me alejó de allí caminando diez pasos hacia atrás. Llegué a la conclusión de que debía tener mucha fuerza por como me manejaba.

El pulso se me disparó con el sonido del cerrojo de una puerta.

En una total oscuridad, sin opción a poderme soltar, noté como las yemas de unos dedos calientes volaban hacia mi escote delantero. Hurgaba entre mis pechos hasta que encontró mi única conexión con el exterior.

—¡Nnnnnnnoooo! —grité con la voz amortiguada bajo la mano.

Sentí que mi corazón se paralizaba cuando encontró mi micro y como a continuación lo hizo trizas.

Me habían descubierto.

Percibía todos los sonidos de la habitación con una claridad perfecta. Los dedos de ese hombre como de nuevo rozaban la piel de mi cuello, ahora de forma dulce y sosegada, y noté un calambre recorriendo mi cuerpo al creer reconocer el tacto de esas manos.

—No grites o nos descubrirán —susurró ese hombre con una excesiva voz grave en mi oído.

Un escalofrío me sacudió por completo, gentileza de mi ADN ante el impacto de reconocer la voz de Lucas.

De pronto, una luz blanca iluminó la pequeña estancia que parecía un cuarto de baño privado. Y sin apenas poder respirar por la nariz, con la boca tapada, me vi reflejada en un espejo con un Lucas grande, corpulento y musculoso, pegado detrás de mí.

El rostro impenetrable de mis sueños más húmedos en persona ni más ni menos.

Maldita sea, cual si de la Bella Durmiente se tratara, y tres hadas se congregaran en torno a la cuna del pequeño Lucas. La primera para otorgarle un rostro particularmente atractivo, la segunda, un gesto capaz de mantener estático frente a cualquier situación. Y la tercera, para ser siempre él mismo... siempre. Me dejó noqueada con ese impresionante magnetismo a los cuarenta, capaz de acelerar incluso un corazón moribundo.

—Sal de este lugar ahora mismo —dijo tensando la mandíbula.

Su mirada infernal reflejando en pleno la pureza de su furia me cortó el aliento.

Cinco años, cinco largos años habían transcurrido desde la última vez que escuché su profunda voz, y sentirlo tan cerca, notar la calidez de su piel, poder apreciar en mi espalda la pronunciación de cada uno de los músculos de su magnífico cuerpo, junto con la manera con la que me miraba, causó una catástrofe natural en mí.

Su mezcla de rasgos, con esos ojos felinos y profundos, con su pelo corto y un rostro de excepcional belleza de facciones fuertes y varoniles resultaba demoledor.

—Quiero que abandones la misión. Quiero que te marches ahora mismo y que no vuelvas nunca más a este lugar —me ordenó con voz gélida, causando una fuerte impresión en mí, y le aparté de un empujón sin ningún tipo de miramientos.

Su fría orden me hizo apretar los dientes. Yo ya era una mujer hecha y derecha. No pensaba consentir ninguna orden de su parte.

—Tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer o lo que no. Ya no soy esa niña de diecinueve años con la que jugaste en París —siseé sin reprimir mi carácter, y salté al abismo de sus ojos oscuros sin miedo. Ni siquiera titubear.

—No dejaré que entres ahí —gruñó infinitamente cabreado cerrándome el paso cuando quise salir por la puerta.

—Lucas, apártate de mi camino —Apreté los puños.

Vi un resplandeciente deseo en sus ojos oscuros y mi respiración se hizo

más superficial.

Me atronaba el pulso en las muñecas, en el cuello, en el centro de mi pecho. Inspiré hondo, exasperada, y entonces, me llegó el olor de su inconfundible perfume de Armani. Dejé salir el aire de mis pulmones con exasperación. Cansada de que mi propio cuerpo me traicionara.

—Gigoló, déjame en paz. Estás interfiriendo en una misión muy importante. Como no me dejes salir ahora mismo, saco el arma que llevo en mi *clutch* y te pego un tiro —le espeté furiosa, y me agarró por la cadera y me impulsó hacia delante, estrellándome contra su duro cuerpo.

La escasísima distancia entre nosotros se desvaneció de nuevo.

Tras rozar con su nariz mi mandíbula en una suave caricia, el deseo me atravesó como un tren a punto de descarrilar.

—Ay, Caprichosa... —susurró acercando su boca de pecado a la mía, y suspiré con agitación sobre sus carnosos labios.

Mi cuerpo palpitaba pegada a él confundida al máximo nivel.

Me observó fijamente como si esperara que apartara la vista, pero le sostuve la mirada llena de rabia. Llena de rabia, porque me sentía como una hembra hambrienta que anhelaba satisfacción del hombre que destrozó su corazón.

—Véte —gruñó e inspiró con pesadez.

—¡No! —exclamé con el enfado ardiéndome en los labios, y sus ojos refulgieron con verdadero fuego.

Lucas, entonces, deslizó su mano por mi nuca, tomó aliento rozando nuestras bocas, y me sentí como si estuviera sobre un barril de pólvora. En cualquier momento, todo iba a saltar por los aires.

El juego de la seducción siempre conlleva ciertas dosis de pasión contenida. Un sentimiento que Lucas con su irresistible madurez y carácter dominante, provocaba en mí a la perfección.

El silencio, creció entre nosotros con nuestras bocas sin un pequeño resquicio que las separara, y el intercambio de miradas se volvió complicado. La tensión sexual se sentía viva, el deseo respiraba dentro de mí, llameaba cada poro de mi piel.

Me sentía como el perfume de Loewe que usaba siempre... Quizás, quizás, quizás, pasión. La fragancia se envolvía en un frasco que replicaba con sus formas la imagen de dos desconocidos que a través del cristal se buscaban y se querían tocar. La magia y el amor, convertidas en aroma. Y definitivamente, todo lo que rodeaba a Lucas, atesoraba cierta magia y misterio.

—¡Dangelys, he tenido un día de mierda! No me lo empeores más entrando ahí —murmuró con voz áspera contra mi boca, rozando la comisura de mis labios, y tuve que hacer un gran esfuerzo para darle una merecida patada a mi estúpida lujuria.

—Gigoló, mi nivel de cabreo está a punto de alcanzar el límite —dije con ganas también de patearle el trasero a Lucas.

Necesitaba tener acceso directo a los datos de Dimitri Petrov para comprobar su contabilidad, su información financiera, sus contactos, y para eso tenía que entrar ahí y ganarme su confianza.

—Si crees que estás teniendo un mal día, solo imagínate a un tiranosaurio Rex tratando de masturbarse. Aquí el único que se tiene que marchar eres tú. Aún no sé que pintas aquí, Lucas. ¿Acaso me has estado siguiendo?

Me deshice de sus brazos en una especie de clímax adrenalínico, con la intención de golpearle si fuera necesario y salí corriendo al oscuro pasillo dispuesta a entrar en el salón secreto.

No di más de cuatro pasos.

En menos de treinta segundos fuí reducida de nuevo por Lucas de una manera espectacular, aunque sencilla, y me sacó del restaurante por una salida de emergencia con una rapidez inusitada.

—¡Eres imbécil o qué te pasa! —grité perpleja.

Daba largas zancadas conmigo a cuestas sobre su hombro en una enérgica dirección. La furgoneta donde se encontraba el operativo de vigilancia.

La misión era dirigida por Marc Sheen, que se encontraba en el interior del vehículo acompañado de Walhberg y otros dos agentes especiales. Y yo creo que jamás pensaron lo que sucedería a continuación. Como un hombre casi destrozaba la chapa de la puerta trasera de la furgoneta a base de golpes hasta que abrieron. Como ese hombre cargaba a una agente especial sobre sus hombros, y sobretodo, como ese mismo hombre después de dejarme en el suelo, se encaraba al mismísimo director de la oficina federal de Investigación de New York acusándole de incompetente.

—¿Cómo se le ocurre infiltrar en la mafia rusa a una agente especial con tan poca experiencia en el FBI como la agente Neymar? ¡Podrían haberla matado durante la misión! —bramó Lucas totalmente fuera de sí al mismo tiempo que me oprimía contra su costado—. ¿Usted solito ha tenido la genial idea de introducirla en el escondrijo del traficante Dimitri Petrov para obtener pruebas justo la noche en la que se celebra una fiesta sexual con prostitutas? Una orgía organizada por los criminales más despiadados del mundo —continuó con gesto

amenazador hablándole de forma letal y me quedé sin aire en los pulmones.

—¿Quién es usted? Como se atreve a entorpecer una misión y encima darse el lujo de hablarme de esa forma. ¡Agente Walhberg detenga a este hombre! —ordenó Marc Sheen enérgicamente, enfurecido.

Vi a mi compañero Walhberg dudar durante un segundo, pero luego tras observar a Lucas, saltó de su silla casi arrancándose los cascos.

Mi pulso se volvió loco.

Esto no podía estar sucediendo.

Tan pronto como se incorporó mi compañero del FBI dispuesto a reducirle la mirada penetrante de Lucas se movió en mi dirección, y noté un tirón dentro de mi estómago.

—Buenas noches, Caprichosa —murmuró con voz profunda y severa con sus ojos salvajes sobre mí.

Besó mi frente con rapidez y un calor intenso se expandió bajo mi piel, las llamas quemándome por todas partes. Y mentiría si dijera que no le quise más de manera instantánea y desmesurada cuando vi como huía de forma brillante.

De nada sirvió que mis compañeros sacaran sus armas. Lucas fue más rápido. Con una fuerza sorprendente arrancó una barra de dentro de la furgoneta y la lanzó contra ellos. Su potente y ágil cuerpo saltó de seguida al asfalto, y contemplé confundida como se subía a una moto de gran cilindrada y desaparecía en la oscuridad de la noche.

—¿Quién demonios era ese hombre? —dijo Savannah respirando entrecortadamente mientras se acercaba corriendo—. ¿Qué ha pasado?

Con mis sentidos tambaleándose fuera de control la miré con los ojos muy abiertos incapaz de encontrar mi voz.

—Agente Neymar, dígame ahora mismo el nombre de ese hombre que acaba de huír en moto por la quinta Avenida. ¿Quién es?

Lucas con su aparición había absorbido todo mi oxígeno. Su poderoso magnetismo animal usando su fuerza para escapar me había dejado fuera de combate.

—¿Qué tipo de relación mantiene con él?

Marc Sheen formulaba las preguntas con un evidente nerviosismo y di un par de pasos para apoyarme en un coche aparcado.

Aún sentía sus manos en mi piel. La suavidad de sus labios en mi frente, en mi boca. Sus ojos ardientes y posesivos mirándome. Solo él me miraba de esa manera, como si fuera suya. Pero yo sabía que eso no era verdad y volvió ese dolor de cabeza punzante y destructor al pensar en lo que sucedió hace cinco

años. Concretamente la noche de la despedida de soltera de Chloe.

—¿Y bien? Agente Neymar estoy esperando que abra la boca.

Levanté la cabeza aturdida, y mi cuerpo se tensó al ver a Marc Sheen que esperaba impaciente frente a mí.

El resto se encontraba dentro de la furgoneta intentando recuperar algo del material informático que había destrozado Lucas.

«Lucas...»

Maldita sea, sin duda había aparecido para desbarajustar mi corazón.

—¿Está intentando proteger la identidad de ese hombre? —murmuró mi jefe claramente desconfiado y apreté los dientes.

—¿Yo? ¿Proteger a ese bocazas impertinente? No, como cree. Solo sé que se hace llamar Lucas Teixeira. Pero me temo que es una identidad falsa. Fui víctima hace años de un plan cuyo único fin parecía ser engañarme a mí y a mi familia, y lo consiguió.

—Lucas Teixeira.

Mi jefe pronunció su nombre con lentitud, y aunque deseaba aborrecer al hombre que acababa de irse, odiarlo... lo amaba sin pensar. Lo amaba sin titubear.

Tenía una enfermedad con nombre y apellido, fuera su identidad verdadera o falsa. Una cicatriz en mi corazón. Por lo general me dolía mucho y me preguntaba todos los días, si en algún momento dejaría de doler. Pero los meses avanzaban, y cada vez era peor. Recordaba perfectamente cuando le dije a Lucas en París que me marchaba a Nueva York, porque no quería ver su cara nunca más. Tomó mi mano y sentí su suave y cálido roce en mi piel. En aquel momento, quise pegarle y grabar en mi cerebro su cara de hipócrita. Gritarle que era un imbécil, pero no lo hice. Me quedé callada, con un dolor profundo en el pecho. Me limité a escuchar como me decía que era una decisión inteligente mudarme a Estados Unidos.

Recorría a pie Brooklyn, el nuevo barrio trendy de Nueva York maldiciendo a Lucas. Seguro que me esperaba mañana una bronca monumental en la oficina federal de investigación por la desastrosa misión. Podía ser el final de mi carrera como agente del FBI.

¡Maldita sea! Todo este tiempo había creído verlo espiándome, escondido, con su sexy mirada sobre mí, siguiéndome por las calles, en medio de la gente. Volviéndome loca, porque en esos instantes, incluso el aire, olía a él. Deseando

que apareciera con su maldita arrogancia, impregnándome con su presencia, y ahora resulta que podía ser verdad lo que siempre percibí.

El simple pensamiento me enredaba la mente.

El semáforo se puso en verde y apreté el paso entre artistas, jóvenes músicos, perros y bicis, deseando llegar a mi apartamento. Me fijé en un hombre de enormes gafas graduadas que paseaba a su perro. Ataviado con una camisa de franela y pantalones pitillo entró en la galería de arte Pierogi, y meneé la cabeza sonriendo. Era el único lugar en el mundo donde los aficionados al arte paseaban sus perros entre óleos.

A mi padre no le gustaba nada este barrio y yo no entendía la razón. Vale que Williamsburg no era un lugar común. Era el barrio de los hipster, de los bohemios, de los chicos desnhibidos y con inquietudes artísticas. Y que hubo un tiempo, en el que caminar por sus calles suponía jugarse el tipo. La década de los ochenta y principios de los noventa, los años de la epidemia del crack, cuando la cocaína cristalizada contaminó la ciudad. Sin embargo, todo eso quedó atrás. La llegada masiva de artistas y bohemios, con sus luces despejó el escenario de mafiosos, más partidario de las sombras. Los artistas atrajeron la apertura de nuevos negocios, galerías de arte, bares, clubes, restaurantes, boutiques. Y no entendía por qué mi padre, siempre insistía en que cambiara de barrio.

Él deseaba que viviera en Manhattan, o cerca del estresante Times Square, o la Quinta Avenida repleta de taxis amarillos. En cualquier lugar que no fuera Brooklyn. Pero yo lo cabreaba diciéndole que Brooklyn era la prueba de que el arte era capaz de curar un barrio entero, y que me casaría con un hipster y me quedaría ahí hasta el resto de mis días vistiendo retales de abuela customizados.

Me reí con el pensamiento.

Como me gustaba llevarle la contraria. Mi papi querido, cuanto lo amaba. No sé por qué se preocupaba tanto. No solo había hipsters en Williamsburg. Aquí vivían judíos hasídicos ultraortodoxos, dominicanos, puertorriqueños, mexicanos, y unos cuantos polacos. Si una trazaba una línea de Bedford Stuyvesant hasta Greenpoint, atravesaba un suburbio de Jerusalén, superaba una barriada de San Juan y otra de Santo Domingo, llegaba al barrio más cool de Estocolmo, y desembocaba en Varsovia. Todo en una parcela de terreno ínfima en Brooklyn.

Llegué a mi apartamento, uno de esos edificios estrechos y altos tan típicos de la ciudad, y lo primero que hice fue darme una refrescante ducha. Luego salí en pijama a mi balcón, rodeado de plantas, fotogénico lo miraras por donde lo miraras. Precioso, igual que mi preciosa gata leopardo.



Una exótica gata de parecido físico con el salvaje felino, que me encontré hace un año en el interior de una caja, en el rellano de la puerta de mi apartamento.

—Hola, Samba —susurré cariñosa—. ¿Me echaste de menos?

Mi gata que dormía en un cómodo cojín abrió sus inteligentes ojos verdes y la miré hechizada mientras se desperezaba. Hermosa y atractiva, su físico era lo más exótico que había visto en mi vida, con sus orejas puntiagudas.

—¿Alguna vez pararás de crecer? Estás enorme —dije risueña de pie en el balcón, viendo como se acercaba mi afectuosa y leal gatita—. Pareces un leopardo de verdad.

Pesaba cerca de quince kilos y la veterinaria no sabía decirme su raza con exactitud. Confiaba en que Nayade me dijera su origen gracias a una foto que le envié de Samba.

—Quieres mimitos de mami, ¡eh!

Siempre a mi lado, mi compañera de vida, inseparable y silenciosa, se arrió a mis piernas pidiendo mimos, y mi ternura alcanzó la máxima expresión.

La gente suele creer que los gatos son ariscos e independientes, pero es todo lo contrario. Mi gatita era súper amorosa.

Acaricié su exuberante pelaje de leopardo antes de acomodarme con ella en un sillón exterior. Pasé mis dedos por la zona de su cuello, algo que le encantaba, y Samba empezó a ronronear con fuerza. El sonido resultaba reconfortante y tranquilizador, pero yo no lograba calmarme.

Siempre supuse que era fuerte, sin embargo, ahora me daba cuenta que quizá no lo era tanto. Había buscado a Lucas en sueños, imaginado conversaciones, encuentros con cualquier argumento para expresar todo lo que sentía. Respirando un frío glacial, suplicando entre susurros, una explicación razonable a lo que oí a escondidas aquella noche en aquel club de París. Lo había buscado en cada rincón de la ciudad, añorándole, lentamente, minuto a minuto, y ahora estaba aquí.

¿Qué se supone que debía hacer ahora que había reaparecido en mi vida? ¿Qué se supone que haría con el nudo de emociones que se alojaba en mi estómago cada vez que me miraba? Porque me quedaba claro que lo de esta noche no sería el único encuentro que tendría con él.

*¡Meu Deus!* Lo quería y lo odiaba al mismo tiempo.

Por un solo momento pensé en él y yo juntos, como sería dormir abrazada a su cuerpo, hacer el amor, sentirlo en mi cuerpo... la mágica electricidad de su piel con mi piel. Y su imagen apareció instantánea, ardiente frente a mí. El deseo

corrió por mis vasos sanguíneos, entrando y saliendo de mi corazón desbaratándome, y por consecuencia, volvieron las contradicciones, donde el grito más fuerte era un te quiero mientras se colaba un te odio en pleno susurro. Me asustaba sentirme así, porque no quería que esta lluvia de sentimientos y emociones me calara hasta los huesos. Tenía la absoluta certeza de que jamás existiría un maldito espacio para mí en su corazón.

Un segundo más tarde, con el recuerdo y el dolor mezclado con la sangre de mis venas, el móvil comenzó a vibrar en la mesa, y antes de que pudiera cogerlo, Samba hizo su característico ruido único. Un silbido similar a la alerta de una serpiente.

—Tranquila, solo es el teléfono —dije mientras descolgaba la llamada con sus grandes ojos verdes puestos en mí.

—Hola, Dangelys —saludó Nayade con voz alegre al otro lado de la línea.

—Hola, ¿qué tal todo? ¿Cómo están mis niñas? —dije levantándome del sillón para ir al salón.

Mi gata me siguió con la fidelidad de siempre.

Nayade e Isaac eran padres de dos preciosas niñas. Nicole de cinco años, que era el torbellino de la familia, y la pequeña Kezia, de tan solo diez meses de vida.

—Las niñas están genial, creciendo muy deprisa. No te habré despertado, ¿verdad?

—No, estaba en el balcón con Samba, relajándome un poquito después del día tan estresante que he tenido.

Me dirigí a la mesa del salón donde tenía unos documentos guardados en una carpeta y de su interior extraje un papel. Savannah me había entregado antes de irme un listado actualizado de los mafiosos que acudirían a la macro cumbre y quería revisar los nombres.

Casi sufrí un infarto de la impresión.

—Dangelys, la gata que tienes en casa...

Nayade continuaba hablando y tuve que sentarme en una silla. Escrito sobre el papel se encontraba el nombre de alguien conocido.

—¿De verdad que la encontraste abandonada dentro de una caja en el rellano de tu puerta?

La luz tenue de una lámpara iluminaba la estancia y parpadeé varias veces sin poder creer lo que veían mis ojos escrito con rotulador, en letras grandes.

¿Sería una recreación onírica de mi mente?

El nombre de Alimzhan Kalashov figuraba en esa lista. El padre de

Sergei, el chico divertido y sencillo que conocí en París hace cinco años, que estudió criminología como yo, que trabajaba ahora en la Policía de París, con el que hablaba de vez en cuando por teléfono. Su padre andaba en el negocio de la mafia metido hasta el cuello en todo.

—Dangelys, ¿me oyes?

—Sí, te escucho, perdona —respondí, introduciendo de nuevo los papeles en la carpeta.

—¿Estás bien? ¿Te noto rara?

¿Sería este el verdadero motivo por el que no utilizaba el apellido Kalashov? Tenía que hablar con Sergei Kulkov mañana mismo.

Necesitaba respuestas.

—Sí, estoy bien. Solo revisaba los documentos de un caso. ¿Qué me decías de si era cierto que Samba apareció dentro de una caja en el rellano de mi puerta? ¿Averiguaste ya que raza es?

Me di cuenta que tenía la boca seca junto con un sabor amargo en el paladar por el tema de Sergei y tomé un sorbo de agua.

—Sí, ya sé que raza es, y quería contarte, que me extraña mucho que alguien te haya dejado en la puerta de tu apartamento un gato híbrido creado en un laboratorio. Concretamente un gato descendiente directo de un Serval africano, que cuesta cerca de cincuenta mil dólares o incluso más, ya que pienso que Samba podría ser un Ashera, que es aún más exclusivo. Su precio rondaría los ciento veinticinco mil dólares.

Escupí el agua que estaba a punto de tragar.

—¿Qué? —grité sorprendida.

Comencé a toser de forma escandalosa.

—Tendría que verla en persona, estudiar su físico exótico, el tamaño de su cuerpo, su cabeza, patas, garras, inclusive tomarle una muestra de ADN. Descubrir si tiene mezcla entre gato doméstico, leopardo asiático y serval africano —añadió Nayade como si nada y solté el vaso de agua en la mesa.

No podía dejar de toser, el agua me resbalaba por las comisuras de los labios.

—¿Leopardo asiático? ¿Serval africano? —dije alucinada.

—Sí, el gato Ashera es una de las razas más caras del mundo, por no decir la más cara. No me explico como alguien pudo dejarte la gata de forma anónima dentro de una caja en el rellano de la puerta de tu apartamento.

Contemplé a Samba que no me quitaba los ojos de encima y no sé por qué razón me vino un nombre a la mente.

—¡Ha sido el rastreador! ¡Lucas! ¡Ha sido Lucas! —exclamé histérica a punto de caer en un colapso mental.

—¿Qué? ¡Como va a ser Lucas! No sabe que tu apartamento está en Brooklyn. Él vive a caballo entre París y Moscú, no sabe tu dirección. Ni tus padres, ni nosotros se la hemos dado, y Chloe tampoco se la daría —dijo Nayade desconcertada.

—Lucas está aquí, en Nueva York, tiene que haber sido él —resoplé ofuscada—. Estoy empezando a sospechar que ha estado viviendo en Nueva York todo este tiempo. ¡Es un maldito rastreador! ¡Joder! ¿Qué delito he cometido para que Dios me castigue así? ¿Desobedecer a mi padre mudándome a Nueva York la única ciudad del mundo que no le gusta? ¿Robarle ropa a mi madre cuando era una adolescente? ¿Habré asesinado a alguien en mi otra vida?

—¿Dijiste rastreador?

Nayade comenzó a reír y tensé la mandíbula.

—Sí, rastreador. Te juro que a veces pienso que llevo en mi ropa un GPS. Esta noche el maldito arrogante apareció como si nada interfiriendo en mi trabajo. Se metió en medio de una importante misión. Verás que bronca me voy a llevar mañana por su culpa. ¿Por qué no me deja en paz? Quiero que se marche, que se largue bien lejos —me lamenté—. Estaba pensando que si pudimos mandar un hombre a la Luna, ¿por qué no se llevan a Lucas ahora a Marte?

Me daban ganas de gritar a causa de la frustración y el enfado.

—¿Tan malo ha sido el reencuentro entre vosotros después de cinco años?

—Sí, y no pienso permitir que me de un sola orden como ocurría en el pasado. Ya no tengo diecinueve años —dije en tono firme y se formó en mis labios una media sonrisa al fijar mi vista en Samba—. Él en cambio cumplió cuarenta. Su cabello se llenará de canas, le saldrán arrugas, pronto dejará de ser un objeto de deseo para convertirse en un objeto de colección —ironicé causando más risas en Nayade—. No le funcionará su frasecita de... Nena, ¿te vienes a mi apartamento a pasar una noche mágica?

Imité el tono de voz de Lucas y las carcajadas de Nayade lograron contagiarme.

—¡Hola, nena! ¿Te llevo a alguna parte? No es por fardar pero soy campeón de la liga Pokemon —lo imité de nuevo con Nayade desternillándose de la risa.

—Te podrás reír todo lo que quieras de él, pero como sea cierto que te haya regalado la gata, eso sería algo increíble viniendo de un hombre con cero romanticismo en las venas.

La seriedad regresó a su voz y me quedé callada durante varios segundos, asimilando sus palabras.

—Pensándolo bien, no creo que Lucas sea la persona que me dejó a Samba en la puerta. Lo único que le corre por sus venas es sangre fría, agua helada.

Inquieta y nerviosa, corté la llamada al cabo de unos minutos enviándole miles de besos para mis niñas. Dejé el teléfono en la mesa del salón y miré a mi preciosa gatita que solicitaba otra ronda de mimos junto a mis pies.

—Ay, Samba, que voy a hacer contigo.

Me agaché para contemplarla de cerca y mi corazón se descompasó un poco.

—Mira que si te trajo Lucas —susurré bajito con una pequeña burbuja de emoción creciendo en mi pecho—. ¿Sabes una cosa? Hace muchos años cuando yo era pequeña tuve una gatita gris.

Un bonito e inolvidable recuerdo de mi niñez se filtró bajo mi piel, y durante unos breves segundos, permití que el cúmulo de sentimientos provocados por aquellos momentos vividos amansara el dolor de la herida en mi corazón.

—Se llamaba Shenzi, como la hiena que ayuda a Scar en El Rey León —musité, exhalando un suspiro—. Me la regaló un hombre que adoraba...

Acaricié su suave pelaje y me temblaron las manos al pensar que Lucas podría ser el causante de que mis días de soledad en Nueva York terminaran gracias a Samba.

Me sentí tan sola en aquella época lejos de la familia, de mis amigos, que las lágrimas quisieron desbordarse el día que descubrí a Samba dentro de la caja en el rellano de mi puerta. Sin embargo, que Lucas hubiera hecho esto por mí, en caso de que fuera verdad, no borraba las espinas y las trampas del pasado.

Nunca más volvería a confiar en él.

## Capítulo 2

### Sensual

La mañana siguiente me fui a hacer footing a orillas del East River, aplazando mi próxima salida/aventura en Kayak, y me sorprendió que Savannah, me llamara por teléfono para unirse a mí. Ella odiaba correr, realizar cualquier ejercicio físico. No toleraba la idea de practicar ningún deporte. Sin embargo, las normas eran las normas, y debía estar en forma para pasar el control anual del FBI. Cumplir independientemente del tipo de trabajo que desempeñara en el departamento, la capacidad de correr, luchar y disparar.

—No entiendo como te puede hacer feliz correr diez kilómetros todos los días —dijo Savannah con la voz descontrolada y sonreí al mirarla de refilón.

Resoplaba como un buffalo.

—Si te corrieras más a menudo, tú también serías feliz —expresé inequívocamente a propósito para picarla y abrió los ojos de par en par.

—¿Qué dijiste?

Apreté mis labios en un intento vano por contener la risa.

—¡Ay, perdón! Quería decir, si corrieras más a menudo tú también serías feliz. Y de paso añadiría, que estarías más en forma —sonreí inocente y me fulminó con la mirada.

Me encantaba cabrearla.

—No te preocupes por mi felicidad —dijo casi sin aire—. Tengo el nivel de endorfinas en mi pico máximo, gracias a otro tipo de ejercicio —hizo una pausa ahogada por hablar—. Estoy a tope de forma... ¿No me ves?

Solté una carcajada.

—Sí claro, por eso tu voz ha perecido ahogada a la mitad de tu frase —dije riéndome mientras alargaba la zancada para probar su condición física.

De seguida, se quedó rezagada. Su estado de forma era deplorable.

—¡Savannah! —exclamé fresca como una lechuga corriendo a unos metros de ella—. Siento decirte, que con esa clase de ejercicio que practicas por

las noches no mejorarás tu estado de forma para pasar el control anual del FBI. A no ser que hagas la postura del arado, el perrito erguido, de pie cara a cara, el granjero, la carretilla, la araña, el puente, la flor de loto... el GPS.

Le gritaba todas las posturas llamando la atención de los viandantes y fue nombrar el GPS y adiós buen humor.

El rastreador.

«¡Joder, Lucas! ¿Hasta nombrando posturitas te tengo que recordar?»

Subí el volumen de mi iPod con el tema Stronger de Britney Spears, muy feminista y adecuado para mi estado de ánimo, y por un segundo me venció la risa al pensar en la dichosa posturita del GPS.

Con el Empire State Building de fondo, respiré hondo el aire fresco de la mañana y empecé a correr con mayor velocidad. Cargada de energía y de endorfinas, que no solo me hacían estar más fuerte, sino que actuaban como analgésico de manera que atenuaba mi reciente dolor de cabeza provocado por cierto espécimen masculino, le metí caña a mi potencia aeróbica, o lo que es lo mismo, correr más rápido.

Quería centrarme en mi misma, sentir la brisa en mi rostro. Disfrutar de encontrarme bien con mi cuerpo, con mi mente, sin presión. Entonces recordé cuando aterricé por primera vez en la gran manzana. Con ocho años, acompañada de mi padre y mi desolado abuelo Reinaldo para asistir al funeral de mi abuela Anne, que murió en Brasil, pero que quería ser enterrada en EEUU. Nada me hizo sospechar que esta ciudad se convertiría en un futuro en mi casa. Recordaba que mi madre no viajó con nosotros, desconocía los motivos, y mi padre, aunque triste por el fallecimiento de su madre, resaltó su odio a la ciudad nada más poner un pie en ella.

En cambio yo me enamoré.

Aquel otoño que se vislumbraba en el horizonte sería el primero de muchos que vería cambiar las hojas de color en Central Park. Era una ciudad inagotable e inabarcable, y todos los años para el aniversario del fallecimiento de mi abuela Anne, regresaba a Nueva York junto a mi abuelo para acompañarlo en el sencillo ritual de llevarle flores a su tumba. No existía otra cara del dolor que el rostro que llevaba clavado en el alma de la mujer que amó durante toda su vida y que no lograba olvidar. En cada visita a la gran manzana recorría con él la ciudad en la que se enamoraron ávida de conocer su historia. Me fascinaban las vivencias de mi abuela, a la que tenía que agradecer su ciudadanía americana.

Me gustaba creer que su historia de amor fue el hilo conductor en mi vida y que me marcaron discretamente, desde la más absoluta sencillez, el camino

para llegar a ser aquello que deseaba. Con la sutileza de la casualidad, con la apertura de quien es humilde y no espera nada, pero en verdad... lo sueña todo.

Ser agente del FBI.

Gracias a mi abuela Anne americana de nacimiento, y también a mi padre, que aunque mal le pese su origen tenía la ciudadanía americana tan necesaria para cumplir mi sueño, ahora estaba más cerca de mi meta. Ser una de los agentes de la Unidad de Análisis de Conducta.

Con ese sentimiento intacto en mi corazón respiré hondo, llenando mis pulmones de aire, y miré serena el skyline de Manhattan. El río inmenso, bravo y silencioso a un lado, la incesante y ruidosa autopista del este al otro lado. Unas gaviotas hacían piruetas por el aire, de vez en cuando planeaban en el agua. Coches, río, sol, gaviotas, humo, gente. Otros corredores se cruzaban con nosotras. Un hombre de unos treinta años me miró de arriba abajo al pasar por su lado, comiéndome con los ojos, y en ese instante fui consciente de lo verdaderamente sexy que resultaba mi conjunto.

Decidí ponerme para correr esta mañana unas mallas negras con cintura fosforescente a juego con un top perfectamente entallado, que dejaba asomar mi vientre y zapatillas con detalles en rosa neón destinadas para mujeres que pisaban firme. No dejé nada al azar. Música feminista, ropa deportiva con poder femenino. Me sentía fuerte y ágil. Mi zancada era toda una declaración de intenciones, hasta que visualicé un Porsche Panamera negro que salía del icónico edificio Torre del Reloj de Brooklyn, en One Main Street y empezaron a subirme las pulsaciones.

El coche de líneas suaves de adelante hacia atrás, elegante, pasó por mi lado a una velocidad reducida, y durante un breve segundo tuve la extraña sensación de sufrir un fenómeno inexplicable.

Contemplé el impresionante vehículo de cristales tintados que tenía un alerón retráctil como una maldita ruda, una robótica espada de maquinilla de afeitar y mi pulso se aceleró hasta el infinito.

El Superdeportivo Porsche Panamera era tan masculino como...

«Lucas»

Apenas pronuncié su nombre en mi mente atravesó la puerta principal de mi corazón, volviéndolo loco. Lucas siempre llevaba en Brasil un Porsche Panamera negro igual a este.

¡Mierda! ¿Es que todo me tenía que recordar a él?

—Dangelys, ¿quién es el hombre que se interpuso en la misión?

Hipnotizada por la lujosa carrocería oí la voz de Savannah por encima de



la música y del propio coche de fabricación alemana que se alejaba con un rugido ensordecedor por la calle. Presioné una tecla de mi Ipod para bajar el volumen de la música. Había aflojado tanto el ritmo al cruzarme con el coche que Savannah incluso me adelantó.

—El agente Walhberg quiere pillar a ese tal Lucas Teixeira por destrozar el equipo informático.

—¿Qué dijiste? No te he escuchado bien con el ruido de los coches —dije un poco nerviosa, inquieta al escuchar el nombre de Lucas.

—¿Quién es el hombre que Marc ordenó detener ayer? Yo no llegué a ver su rostro —preguntó intrigada.

Savannah que me observaba con curiosidad, con la cara enrojecida por la carrera frunció el ceño.

—Nadie, no le conozco —mentí.

Tuve que inspirar hondo para calmar mis nervios.

—¿Nadie?

La expresión de Savannah cambió.

Se me quedó mirando con la duda reflejada en su rostro e intenté concentrarme en inspirar por la nariz y expirar por la boca, corriendo a un ritmo constante.

—¡Oh vamos, Dangelys! Somos amigas, conmigo puedes ser sincera. Yo no soy Marc. «Nadie» no interrumpe una misión y se lleva a una agente especial sobre sus hombros y sobretodo le grita al director del FBI de Nueva York que es un inépto. ¿Qué significa ese hombre en tu vida? No te creo cuando dices que es «nadie» —dijo deteniéndose de golpe—. Todo parece indicar que Lucas Teixeira se esconde bajo una identidad falsa. He llamado esta mañana a Walhberg para que lo investigue. Luego le echaré un vistazo a las huellas dactilares que ese hombre dejó en la barra que arrancó de la furgoneta para intentar identificar su verdadera identidad.

Sentí como de repente la gasolina se me terminaba.

—¿Podemos cambiar de tema? No quiero hablar de ese hombre —dije con los músculos agarrotados, pero sin para de correr.

Conocía la información desde hace tiempo.

—¿Por qué no quieres hablar de él? Ese hombre se cargó la misión —insistió a mis espaldas y me giré cabreada.

—¡Porque no, y punto! —expresé con rotundidad y me di la vuelta y arranqué a correr con todas mis fuerzas.

—¡Dangelys! Espérame... No te enfades conmigo.

Los polis desayunan siempre donuts y devoran sandwiches de pastrami para comer. O por lo menos eso es lo que aprendí de las series de televisión. Lo que no entendía, después de ver las dimensiones de los Sandwiches de Katz's Deli, como se lo montaban para comérselos en el coche patrulla sin montar un cristo. La ruta de hoy corriendo a orillas del East River se había alargado demasiado y llegábamos tarde. De ahí que recurriéramos a los Sandwiches. Pero degustar el montón de carne sobre minúsculas rebanadas de pan era todo un arte y requería un nivel de apertura extraordinario de la mandíbula. No apto para la seriedad que mostraban las personas que esperaban junto a nosotras el ascensor del vestíbulo de la oficina federal de Investigación.

—¡Joder! Me siento como una estrella del porno a punto de engullirme el megamiembro de Rocco Siffredi o Nacho Vidal —le susurré a Savannah a punto de soltar una carcajada mientras contemplaba mi sándwich.

Mi estado de ánimo había mejorado bastante después de la ducha.

—Calla y come que llegamos tarde —murmuró Savannah con la boca llena de pan y carne y me reí.

Savannah engullía el suyo como si fuera Bart Simpson en pleno ataque de hambre.

—¡Uf! No voy a poder terminármela antes de llegar. Se me ha cortado el apetito —dije después de darle un bocado justo cuando se abrían las puertas del ascensor—. Acabo de recordar la bronca que me espera por lo de ayer.

Quería borrar inmediatamente el pensamiento de mi reencuentro con Lucas de la noche anterior para desintoxicarme. Saber que se encontraba en la ciudad me ponía muy nerviosa. Un cosquilleo me acompañaba en todo momento. En la ducha, vistiéndome, durante la compra, al volante, revisando documentos para encontrar pruebas contra Zakhar. Todo el miserable día.

El ascensor venía bastante lleno del parking, situado en el subsuelo, debajo del edificio. En el instante que di un paso al frente para entrar, casi me atraganté con el sándwich.

Delante de toda la gente, se encontraba él... Lucas.

Guapísimo, sensual, con ese aspecto casual elegante, pero rudo, oscuro y peligroso llevando una cazadora negra. Tecleaba su móvil relajado con su mirada en la pantalla y un escalofrío de nerviosismo se precipitó a través de mí.

Alguien me empujó por detrás ya que impedía el paso de la gente y levantó su cabeza como si me hubiera detectado. Su mirada turbada se derramó sobre mi cuerpo como un afrodisíaco potente desde los pies hasta llegar a mi

rostro, y mi arriesgado corazón, tropezó de pronto, latiendo más deprisa de lo que jamás lo hizo en toda mi vida.

Di un par de pasos, deslizándome dentro del ascensor hasta situarme frente a él y de sus ojos escaparon unas poderosas chispas atrapándome. Rapidamente me moví a su izquierda sin decirle nada, como si no lo conociera. Vi por el rabillo del ojo como su irresistible mirada siguió la hilera de pequeños botones de mi blusa blanca, que subían en obediente procesión por mi hombro hasta casi besar mi cuello, y mi corazón se desbocó sin mi permiso.

Por un largo momento nos quedamos en silencio, yo sin mirarlo, nuestros hombros rozándose. Su musculoso cuerpo envolviéndome con su calor, con su aroma masculino en una poderosa atracción. Y la conciencia de tener su cuerpo pegado al mío se filtró en cada uno de mis poros, nutriendo mi deseo.

—No se por qué, desde hace cinco años me obsesionan los ascensores —musitó acercando su boca a mi oído, y mi cuerpo reaccionó con un suave temblor, como si sus labios que eran el mismísimo pecado ya estuvieran acariciando mi piel.

—¿Qué te pasa, Gigoló? ¿Tienes miedo a que se descuelguen? —susurré con el pulso por las nubes de la impresión—. ¿Qué haces aquí? ¿Acaso estás buscando problemas?

Quería ser fuerte y enfrentarme serenamente a mis emociones, a su cercanía, pero me costaba horrores ocultar la necesidad de mi cuerpo. No exteriorizar lo que me provocaba físicamente.

—Tengo que hablar contigo de algo muy importante —pronunció en tono bajo, con esa voz que me hacía querer perderme entre sus brazos.

El ardiente roce de su aliento sobre mi piel descontrolaba mis sentidos como en una montaña rusa.

—¿La crisis de los cuarenta te ha puesto nostálgico? —me mofé—. Será mejor que te vayas, no ha sido una buena idea que vinieras. Recuerda lo que hiciste ayer por la noche.

Intentaba por todos los medios que no percibiera ni una pizca de mi debilidad hacia él.

—Dangelys, mírame —ordenó autoritario en un ronco susurro situándose frente a mí y se me paró el corazón.

Nerviosa, giré mi rostro hacia Savannah. Quería evitar su mirada a toda costa.

Lucas era como una infección, una borrachera, una adicción. Su poderosa mirada entraba literalmente en tu sistema y no te dejaba escapar. Y lo que sentía

por él, era algo tan fuerte, que temía que mis propios pensamientos y emociones le hablaran a través de mis ojos.

—Lucas, hace cinco años te dije que desaparecieras de mi vida y durante todo este tiempo no supe nada de ti... Absolutamente nada. ¿Qué quieres ahora? —pregunté desconcertada mientras aguantaba estóicamente sin mirarlo a la cara.

—Ya te lo he dicho, hablar —dijo con un tono de voz realmente serio y algo en mi interior se detuvo.

Savannah observaba la escena boquiabierta, al igual que el resto de la gente que permanecían en silencio, concentrados en lo que sucedía entre nosotros dos. Supongo, que imaginaban presenciar la típica pelea de enamorados.

La tensión sexual era palpable.

—Pues ahora no podrá ser, llegó tarde —dije irritada.

Decidí enfrentarme a su oscura mirada y fue una decisión errónea, una muy mala decisión.

¡Joder! Era tan escandalosamente sexy, elegante, peligroso, tan irresistiblemente atractivo con su cabello corto negro como el ébano, que presenciar a menos de medio metro de distancia, como alzaba una de sus manos y acariciaba mi rostro con una confianza apabullante, con sus malditos ojos oscuros clavados en mí, resquebrajó por completo mi arriesgado corazón, valiente y herido de guerra.

—Tengo que decirte algo que tiene que ver contigo y... conmigo.

—¿Y tiene que ser ahora? —titubeé un instante, tocada por su frase—. ¿No puedes esperar unas horas?

—No. Es urgente que hablemos ahora. Es muy importante —murmuró con gesto severo tras escuchar el sonido del ascensor que indicaba que se abriría la puerta y me recompuse de inmediato.

—Ya te he dicho que no puedo —abrumada resoplé impaciente.

Lucas tensó la mandíbula.

—Caprichosa... —gruñó con una tormenta reflejada en su mirada y sentí dentro de mí como emergía una rabia incontenible al recordar sus mentiras.

—No me llames, Caprichosa —lo fulminé con una mirada implacable y me aparté de su lado.

Quería que se detuviera el ascensor de una buena vez. Quería irme. Su presencia me perturbaba de una manera sobrenatural.

—Lo que tengas que decirme tendrá que esperar. La niña que conociste en su día se hizo mujer, y hoy por hoy, en mi orden de preferencias entre mi trabajo

y tú, siento decirte que sales perdiendo tú por goleada —mascullé con furia y sentí una repentina punzada en mi interior.

De cara al exterior mostraba una total indiferencia, sin embargo, mis sentimientos se hallaban absolutamente destruidos por su sola presencia.

Las puertas del ascensor se abrieron en ese instante y la gente comenzó a salir de prisa, casi en tropel, incluida Savannah. El ruido, los pasos, las voces, todo se activó a mi alrededor, y mirándole con un frío glacial acerqué mi rostro al suyo.

Quería grabarme su reacción cuando pronunciara las siguientes palabras. Cuando le revelara una verdad que conocía desde hacía mucho tiempo.

—Adiós, agente Smith —dije con voz dura y cortante, llena de resentimiento antes de salir del ascensor, y pude comprobar satisfecha como se quedaba inmóvil.

—¿Cómo...?

Una expresión de sorpresa se reflejó en su rostro.

—Lo sé todo. Sé quien eres en realidad.

La puerta del ascensor comenzó a cerrarse y a prepararse para su marcha hacia las plantas superiores y su semblante cambió de la sorpresa a una palidez absoluta.

—¿Pensabas que no me iba a enterar nunca de tu «secreto»? —siseé con doble sentido con un nudo instalado en mi estómago frente al ascensor y sus facciones se congelaron, convirtiéndose en una estatua de hielo.

—¿Desde cuando lo sabes? —Intentó impedir que se cerrara la puerta pero fue demasiado tarde—. ¿Quién te lo ha...?

Lo último que vi antes de que se cerrara del todo fue el fuego de su mirada intenso entre la furia. Crepitaba en sus ojos como una llama viva, un fuego fuerte de su interior que me quemó el alma.

—¡¡MIERDA!!

Escuché como pegaba un grito áspero dentro del ascensor, seguido de un golpe estruendoso, como si hubiera golpeado el metal con su puño.

Mi estómago cayó en picado.

—¡Joder! —espeté furiosa y lancé el sándwich de malas maneras a una papelera que había junto al ascensor.

Me ardía la sangre solo de pensar en la forma en la que descubrí su verdadera identidad hace cinco años. Aquel día, no podía creer lo que escucharon mis oídos por casualidad y más de la persona que lo dijo. Lucas, un agente secreto. *¡Meu Deus!* Parecía algo tan inverosímil, tan irreal. El dolor y la

decepción se apoderaron de mí. La imagen del hombre que conocí durante toda mi vida se desvaneció... sencillamente desapareció. De pronto, Lucas me pareció el hombre más falso de la tierra. Y si pensaba que la cosa no podía ir de mal en peor, en mitad de metafísicos razonamientos, mi nombre salió a relucir en sus labios, esos que tanto había deseado besar y lo que dijo de mí en la conversación me mató.

Fuí tan absurdamente estúpida...

Aquel día pensé que no apretaría el gatillo para herirme. Confiaba en que no le dispararía a mi corazón. Creía ciegamente, que algo sentía por mí, pero no podía estar más equivocada. En un abrir y cerrar de ojos la bala me atravesó el lado izquierdo del tórax, justo en medio del corazón.

Me destruyó.

Fue tal el impacto de sus palabras, que aún hoy en día no había conseguido reconstruir cada pedacito de mi cuerpo.

—Menos mal que me dijiste que Lucas Teixeira no era «nadie» porque si llega a ser «alguien» no sé que habría ocurrido en ese ascensor —dijo Savannah siguiendo mis pasos y ni siquiera la miré—. ¿Me quieres explicar de una vez quién es ese hombre en realidad? ¿Por qué nunca me has hablado de él?

Caminaba llena de adrenalina hacia mi mesa temiendo que Lucas regresara en cualquier momento como un huracán de máxima categoría arrasando con todo.

—¡Joder, Dangelys! Ese hombre es simplemente demasiado para la vista. Demasiado hombre. Demasiada masculinidad —continuó hablando Savannah y colgué mi bolso con rabia contenida.

—¡Dirás demasiado mentiroso! ¡Demasiado hipócrita! —exclamé enfadada.

—¿Qué tienes con ese hombre? ¿Saliste con él en el pasado? Por la forma en qué has reaccionado a su presencia, está claro que algo hay entre vosotros —preguntó parada frente a mi mesa y la miré directamente a los ojos.

—¿Yo? ¿Tener algo con ese imbécil?

La primera regla que cumplía a rajatabla desde hace años era no revelar nunca a nadie mis sentimientos. Quedaba terminantemente prohibido cualquier acto, o palabra, que le hiciera pensar a alguien que me gustaba. Y sino revelaba mis verdaderos sentimientos con Chloe y Nayade que eran mis mejores amigas, mucho menos lo haría con Savannah.

—Jamás me fijaría en un hombre como él. No me gusta, no me atrae nada —mentí descaradamente.

Me iba a crecer la nariz como a Pinocho por mentir y continuar negando la verdad.

Mi sexo se humedecía solo de pensar en él como agente secreto con un arma en la mano. Mi corazón se oprimía cada vez que lo imaginaba arrogante y engreído golpeando con fuerza a algún matón de tres al cuarto.

Fantaseaba durante las noches con su impresionante y esculpido cuerpo sobre el mío, sus caderas ondulándose de forma potente y feroz, moviéndose dentro de mí. Sus grandes manos tocándome todo el tiempo, piel con piel, con su peligrosa mirada en su rostro mientras el orgasmo me arrasaba.

—¿No te gusta ni siquiera un poco? —esbozó una sonrisa breve y desvió la mirada hacia unos papeles que tenía sobre la mesa.

—No. —dije escueta, intentando que no notara en mi rostro los incontrolables sentimientos que me despertaba.

Jamás había deseado tanto algo en mi vida. Lucas me estaba matando y quería ahorcarle por ello ¿Por qué demonios tenía que ser tan irresistible?

—Pues déjame decirte que por un hombre así, no me importaría pasar las noches en vela poniéndome en forma, probando esas posturas que mencionaste antes para lo del control anual del FBI —escuché su risa, cargada de una notoria satisfacción y me hizo sentir mucho más incómoda—. Si a ti no te gusta nada de nada, entonces me lo pido para mí. ¡Está buenísimo!

Tan pronto salieron de su boca las últimas palabras no pude evitar volver el rostro y fulminarla con la mirada.

¡Por encima de mi cadáver! Tócalo y te mato, pensé celosa y dominante sin abrir la boca para hablar y me senté en mi silla de mala gana, atascada en la frustración.

«¡Maldito, Gigoló!»

Si había un hombre que podía dejar atónita a cualquier mujer en el mundo ese era él. A sus cuarenta años, más fuerte y atractivo que nunca, parecía un maldito ángel del infierno. Mis muslos se convertían en pura gelatina solo de recordar el instante en que su voz se deslizó como lava volcánica en mí oído, tan suave pero a la vez duro para recordarme nuestro encuentro la noche de fin de año, en aquel ascensor de París.

—Dangelys, el jefe quiere hablar contigo en su despacho —murmuró mi compañero Walhberg desde el pasillo captando mi atención.

Me enderecé de golpe en la silla.

—¿Sabes qué quiere? —pregunté sin tener muchas dudas sobre el propósito de dicha conversación.

—No. Aunque supongo que será por lo que sucedió ayer por la noche.

Mi compañero se acercó a mi mesa con el rostro muy serio y apoyé las palmas de las manos sobre la superficie de madera para incorporarme.

—¿Preparada para recibir una buena bronca por lo de Lucas Teixeira? Puede que Sheen incluso te quiera apartar de la misión —dijo Savannah lanzándome una mirada maliciosa que no me gustó y que no supe interpretar, y entorné los párpados.

—Dangelys, ¿quién cojones era ese maldito cabrón que se cargó todo el equipo informático? Parecía conocerte muy pero que muy bien.

Walhberg me miraba con una expresión astuta desde su gran estatura. Su cabello corto y tono de piel oscuro le confería una apariencia severa y estuve tentada de soltarle la bomba, que Lucas era un agente del servicio secreto.

—Pierdes tu tiempo preguntándole no te va a decir nada —habló Savannah, adelantándose a lo que hubiera podido decir y añadió—: Aunque tranquilo, ahora mismo voy al laboratorio a analizar las huellas dactilares para intentar averiguar la verdadera identidad de Lucas Teixeira. Me interesa muchísimo saber todo sobre ese hombre.

Una de mis cejas salió disparada hacia arriba y traté de disimular cierto grado de mala leche que estaba segura que mostraba mi rostro.

—Bueno, os dejo solos —dije levantándome por fin, bordeando la mesa y le puse una mano sobre el hombro a Savannah—. Te deseo mucha suerte con lo de las huellas dactilares.

Palmoteé su hombro con fuerza, a propósito, al mismo tiempo que sonreía con una sonrisa inocente y tuvo que sentir dolor, de eso no tenía duda alguna por la cara que puso.

Me marché hacia el despacho de Sheen y nada más alejarme un poco Savannah comenzó a hablar sobre la identidad de Lucas. La cara que se le quedaría cuando descubriera el sorprendente resultado de que era un agente del servicio secreto norteamericano sería impagable. Eso en el caso de que sus huellas dactilares constaran en algún archivo de nuestra base de datos.

—Agente Neymar, llega tarde. Cierre la puerta.

Marc Sheen me miró con gesto severo en cuanto me vio entrar y me invitó a sentarme en una silla vacía de las dos que había frente a una mesa funcional.

—Señor, ¿me buscaba para hablar de lo que sucedió ayer con Lucas Teixeira?

Su mirada era la de un analista perspicaz. Un poco impertinente para dejar clara su superioridad y me sorprendió que no me respondiera. Esperó en silencio



a que tomara asiento y entonces puso sobre la mesa una serie de documentos.

—Según el parte de la investigación que comenzamos hace varios días a raíz de una información procedente de la Policía de Nueva York. En el seguimiento habitual sobre Dimitri Petrov hemos descubierto a un hombre reuniéndose con él en su vivienda de Manhattan —empezó a hablar, directo al grano.

Nada de hablar de Lucas, ni de lo que sucedió. Ni de su falsa identidad. Ni una ligera queja, ni una leve recriminación, así que me relajé en la silla.

—Este individuo nos ha llamado poderosamente la atención porque resultó ser un Policía —continuó explicando—. Una de nuestras cámaras de seguridad situada junto a una farmacia enfrente de su casa ha registrado su rostro y el buscador de retratos robots nos reveló su identidad.

Me pasó una carpeta de plástico con varios documentos de imágenes y datos y sentí una ligera presión en el pecho.

—Es Sergei Kulkov, miembro del cuerpo de policía francés. Desconocemos que hace en la ciudad y cual es su papel en todo el asunto pero lleva corrupto escrito en mitad de la frente, ¿no crees? —murmuró Sheen y la presión se convirtió en un gran desasosiego.

Los fragmentos unidos del rostro mostraban claramente las facciones de Sergei.

—Nuestros hombres lo siguieron ayer por la noche y los llevó a una cena en el apartamento de Alimzhan Kalashov. Un empresario Europeo que está siendo investigado en un caso por canalizar dinero ilegítimo, pero sabemos que maneja una buena porción del tráfico de armas y material nuclear en Rusia, con algunas conexiones a Ucrania y Georgia. Es un hombre muy peligroso, ha construido estrechas alianzas con las élites políticas, y está en Nueva York porque sus ambiciones son internacionales. Quiero que investigue el historial, los lazos de parentesco y de amistad de ese policía francés, su vinculación con Alimzhan Kalashov.

Suspiré con resignación.

—No hará falta que haga tal cosa —dije con pesar y decepcionada levanté la vista con expresión dolorida.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y se puede saber por qué?

Sheen juntó las manos sobre la mesa.

—Porque conozco los lazos de parentesco de ese policía francés con Alimzhan Kalashov —murmuré con una convicción que me costaba conservar intacta.

—Agente Neymar, hemos trabajado en este caso desde el principio y entre lo que sucedió ayer y lo que me acaba de decir, considero que sin ningún tipo de excusa debe revelar toda la información que sepa o crea que pueda ser de ayuda sobre Sergei Kulkov. Si no lo hace, comenzaré a sospechar de usted.

Empleó su tono más firme y directo mientras me interrogaba con la mirada desconfiado, y me puse en pie al comprender el alcance de sus dudas hacia mí.

—Siempre me pregunté por que no utilizaba el apellido de su padre. Ahora me queda claro el verdadero motivo —dije pasándole el documento con la punta de mis dedos en un movimiento lento.

A Sheen le cambió la cara.

—¿Me está diciendo que Sergei Kulkov se apellida en realidad Kalashov? —preguntó boquiabierto.

—Sí. Coincidimos hace cinco años en París. Tuvimos un breve flirteo adolescente para ser más exactos. Me contó que usaba el apellido materno porque no le gustaba que lo reconocieran por ser hijo de Kalashov —dije con el rostro grave y Sheen contempló la imagen del documento con calma.

—No puedo creer que sea verdad —señaló y se llevó una taza de café a los labios.

—Si a usted le cuesta creer, imagínese yo —respondí firme, rotunda, pétrea.

—Comprendo su grado de sorpresa, pero opino que es demasiada casualidad —murmuró pensativo—. Nadie se cruza en tu camino por casualidad, y tú no entras en la vida de nadie sin ninguna razón. Como diría Ian Fleming, una vez es coincidencia, dos es casualidad y tres es la acción del enemigo.

Por un instante guardó silencio, como si paladeara el contenido de la taza, y yo me llevé las manos a las sienes y las apreté con las yemas de los dedos. Deseaba expulsar con la presión imágenes del pasado, situaciones con Sergei que ahora parecían cobrar sentido, un sentido que nunca hubiera sido capaz de sospechar.

—¿Aún mantiene algún tipo de contacto con Sergei Kalashov? Sería interesante que quedara con él —preguntó Sheen, clavando en mí sus ojos.

—Mi relación con Sergei actualmente sólo consiste en esporádicas llamadas de teléfono. Él quería mantener una relación a distancia cuando me mudé a Nueva York, pero yo no quise. Ni sé cuantas veces me lo pidió, ni sé cuantas veces lo rechacé —argumenté distante—. Llegó a ser demasiado insistente con el tema.

—No me cabe duda de que es usted una notable rompe corazones.

Los ojos penetrantes de Sheen me observaban con atención, y al obsequiarme con una sonrisa insondable algunas arruguitas pequeñas que rodeaban sus ojos se acentuaron.

—Hemos recibido casualmente esta misma mañana información fidedigna sobre Dimitri Petrov. La fuente nos ha revelado que tiene una agencia de prostitutas de lujo. Modelos, actrices, etc. Me preguntaba sí... —hizo una pausa estratégica y entorné los ojos mirándole a la cara.

Algo se forjaba en su cerebro por el modo en que me miraba.

—Señor, ¿quiere que me infiltre como prostituta? —dije segura sin vacilar.

Sheen comenzó a darme explicaciones, entre ellas que el restaurante era una tapadera, que se movía mucho dinero negro, incluso que había pensado en Savannah para que se infiltrara en el Selecto Club y decidí parar su imparable verborrea.

—Lo haré sin ningún tipo de problema —zanjé expresando firmeza.

—Muy bien. Sé que está preparada para afrontar esta misión —dijo indicándome que me sentara de nuevo—. Dimitri Petrov la querrá reclutar en cuanto alegue problemas de dinero, carga familiar con su madre por enfermedad. Por suerte para mí, además de ser una modelo disfrazada de agente del FBI, tiene una más que sobrada inteligencia como me ha demostrado a lo largo de estos meses en incontables ocasiones y estoy seguro que encontrará la manera de acceder a su despacho.

—No le quepa la menor duda de que entraré en ese despacho con la facilidad de un ladrón.

Desde que comencé a trabajar con Marc Sheen, siempre me exigía una inteligencia concreta, un conocimiento que tenía que ver con el olfato de la experiencia, la intuición indispensable para resolver al instante los caminos de la acción. Su *modus operandi* era desterrar la incertidumbre lo antes posible. Buscar o crear los instrumentos útiles para conducir los acontecimientos a su favor. Y yo estaba dispuesta a todo para encontrar pruebas que permitieran incriminar a Dimitri Petrov, Alimzhan Kalashov y sobretodo a Vladimir Zakhar.

Al salir del despacho busqué a Savannah y a Walhberg, pero habían desaparecido, ni rastro de ninguno de los dos. Me asomé al pasillo que daba al laboratorio, para comprobar si estaban ahí y me bastó una mirada para darme cuenta que Savannah se tomaba muy en serio el tema de la identidad de Lucas.

Demasiado....

La manera en la que contempló a Lucas en el ascensor a punto de hiperventilar, como si fuera un dios griego venido del Olimpo, y la forma ligera en la que ahora polvoreaba la superficie de la barra donde se presumía que existían las huellas latentes de Lucas, era una prueba evidente de que no le había sido indiferente.

Con una mascarilla para evitar la inhalación pasaba la brocha con polvos magnéticos sobre la huella, sumamente concentrada con movimientos ligeros de la mano, siguiendo el sentido de los sistemas cretales.

«Ay, Savannah, Savannah... Tu polvorea, que esa va ser la única clase de «polvo» que vas a tener con Lucas.»

Mi móvil comenzó a sonar y a vibrar dentro de mi bolsillo trasero del pantalón y lo saqué con prisa, moviéndome hacia un lado para que no me pillara Savannah espiándola. Miré la pantalla, reflejaba un número desconocido y fruncí el ceño. Mi agenda no lo tenía registrado.

—¿Diga? —dije intrigada al descolgar.

—Dangelys...

Una áspera voz masculina retumbó en mi oído y contuve el aliento.

—Necesito que hablemos.

—¿Cómo sabes mi número? —murmuré, tratando de mostrar seguridad en mi voz.

No podía creer que fuera él.

—Te recogeré con mi coche a las cinco de la tarde, fuera del edificio de la Oficina Federal de Investigación.

—¿Qué?

Noté que comenzaba a acelerarse mi corazón, enrojeciéndose mis mejillas ante el inminente encuentro.

Había tenido al dueño de esa incitadora y sexy voz hacia un rato pegado a mí. Su boca contra mi oreja, provocándome. Su aliento bañando mi piel con su calor mientras una de sus grandes manos prácticamente me derretía al acariciar mi rostro. Y muriéndome por dentro, reaccioné con todo el odio y el amor mezclados entre sí.

—¡Lucas, véte al infierno! —grité, con un cabreo de mil demonios.

—No acepto un no por respuesta —gruñó y casi desintegré el móvil con la presión de mis dedos.

—¡No! ¡Y un millón de veces no! —siseé a punto de estallar.

Colgué la llamada sin darle opción a réplica y en un arrebato abrí una ventana con unas inmensas ganas de lanzar el teléfono todo lo lejos que pudiera,

directo al terrible y trágico final del impacto contra el asfalto.

El aire cálido de Nueva York se coló dentro de la oficina y respiré hondo intentando calmarme. El humo salía de las alcantarillas y de los tubos de la calle como si los gases de miles de tuberías y conducciones necesitarán escaparse por las rendijas para que el subsuelo de la ciudad no estallara, igual que yo.

¿Cómo consiguió mi número de teléfono?

No me había dado tiempo a arrepentirme de no lanzar el teléfono cuando el pequeño aparato volvió a sonar y a vibrar de nuevo en la palma de mi mano.

—¡Maldito, Gigoló! —exclamé furiosa con ganas de estrangular a Lucas—. ¿¡No te cansas de darme por saco!?

Rechacé la llamada en un acto reflejo y casi enseguida me arrepentí al reparar en el número que salió en la pantalla antes de darle al botón.

¡Mierda! Era mi dependienta, Tara.

Busqué en el registro de llamadas su número y tras fijarme en la hora, pulsé inmediatamente su nombre. Tara descolgó al primer tono.

—Déjame adivinar la razón de tu llamada —dije en tono afable, un poco aturdida aún por Lucas—. La persiana de la tienda se niega a subir.

La caja con llave colocada en la calle para abrir la puerta de entrada nos daba siempre muchos problemas con los cerrojos de las persianas.

—Hola Dangelys, siento decirte que el motivo de mi llamada es otro. No puedo ir hoy a trabajar a la tienda, y probablemente tampoco pueda mañana —La voz de Tara se escuchó triste y desalentada a través del teléfono.

—¿Estás enferma? —dije preocupada.

Se hizo un corto silencio.

—No, no estoy enferma —respondió en voz baja y me pareció escuchar un sollozo.

—Tara, ¿estás llorando? —pregunté bastante inquieta.

—Lo siento mucho, Dangelys. No sabes cuanto lo siento —tartamudeó.

—No te preocupes. Avisaré a la ayudante de dependienta para que trabaje toda la jornada. ¿Te ha ocurrido algo?

—Mi situación se ha complicado. Creo que tendré...

Su voz se cortó durante un breve segundo y por mi mente pasaron varias hipótesis, ideas de lo que podía sucederle. Tara era una mujer muy responsable y era extraño su comportamiento.

—¿Quieres que vaya ahora mismo para tu casa? En quince minutos me puedo plantar allí —dije sin saber con certeza si me escuchaba.

Percibía su sufrimiento, sentía que algo grave le sucedía.

—No me encontrarás allí. Ayer me mudé al apartamento de John —su voz regresó delicada y cariñosa a través de la línea.

Tara y John mantenían una relación desde hace mucho tiempo. Cuando Tara abría la tienda todas las mañanas, siempre lo llamaba para decirle que había llegado bien y luego salían juntos todas las noches, después del cierre. Tomados de la mano como un par de adolescentes. Sabía por boca de Tara que gracias a él había recuperado las ganas de vivir, la fortaleza después de que un amor de juventud la dejara destrozada. John había abierto una ventana en su corazón llenándola de ilusión. Era una pieza fundamental para su felicidad.

—Dile a Dangelys que venga a verte mañana —Oí la voz de John detrás de Tara—. Así podrás explicarle en persona tus razones de por qué no puedes ir a trabajar a la tienda.

—¿No estarás pensando en rescindir el contrato? —pregunté despacio.

—Sí. —respondió dejándome perpleja—. Es lo mejor, para... las dos —dijo un tanto desolada y frunció el ceño.

—¿Lo mejor para las dos? Alto ahí, cálmate. Estás muy nerviosa. Si hay algo que te preocupa estoy segura que podemos arreglarlo —dije embargada por una furia melancólica. Y tras un momento de silencio añadí—: En los últimos meses te has convertido en alguien muy importante para mí. Me has demostrado ser digna de absoluta confianza. Sé que no haces las cosas sin ton ni son y que disfrutas con tu trabajo en la tienda. Así que lo mejor es que mañana vaya a casa de John y hablemos con calma para intentar buscar una solución.

—De acuerdo —dijo—. Te espero mañana a la hora del desayuno. Cuídate mucho, ¿me oyes? Y no te preocupes por la tienda, hace un rato hablé con Nancy. Le envié las llaves con un mensajero para que no se retrasara la apertura de la tienda.

—¡Perfecto! Vale, pues entonces nos vemos mañana. ¡Bye!

Tras la conversación telefónica, me quedé abstraída durante unos minutos. La llamada había despertado una sensación de alerta dentro de mí. Me daba la impresión de que Tara tenía miedo de algo o de alguien. Y sin saber por qué, tomé dolorosa conciencia de que Petrov podía tener mucho que ver en el tema, por su reacción del día anterior en la tienda.

Con un cosquilleo en el estómago me dirigí a mi mesa, agarré mi bolso y me marché de la oficina sin despedirme de nadie. La inquietud mordía mis pensamientos. Esta noche tendría que adentrarme en el truculento mundo de la prostitución. Me resultaría difícil tener que dejar aparte el tema del pudor y hacer frente a ciertas «escenas» si las cosas se complicaban.

Las últimas horas de la tarde, cuando el sol descendía majestuoso y brillante las pasé sentada en mi balcón estudiando con detenimiento cada detalle del caso. Sobretudo un informe del FBI redactado por Savannah, que había logrado entrevistas discretas a familiares y amigos del todo poderoso mafioso Vladimir Zakhar en un viaje relámpago a Moscú.

Estudiaba con detenimiento los documentos. Quería captar su psicología, su personalidad, su perfil criminal, su estilo de vida, y alcé ambas cejas ante el historial del viejo Zakhar de casi ochenta y tres años. Blanqueo de dinero, narcotráfico... todos asuntos muy sucios.

—Menuda pieza de museo vamos a tener los próximos días en la ciudad —dije en voz alta y mi preciosa gata recostada a mi lado, me miró somnolienta.

Pasé la mano despacio por su cabeza, en un claro gesto de cariño y Samba, mi pequeña leopardo, hizo un gesto similar. Alzar la cabeza y poner en contacto la parte del cuello con mi mano.

—Este hombre es de los que dan miedo —murmuré muy seria tras contemplar una fotografía de Vladimir Zakhar—. Hay que atraparlo lo antes posible.

De aspecto refinado, vestido de esmoquin en la foto, conservaba algo de su vieja magia a sus ochenta años. Nadie al verlo pensaría que este gentleman de pelo blanco podría ser un hombre de sangre fría, que ejecutaba crímenes violentos a través de un despiadado y trastornado equipo de asesinos a sueldo.

—El viento es viejo y todavía sigue soplando, pero el viejo Zakhar no solo sigue soplando, sino que es capaz de helar la sangre en las venas como el viento del Polo Norte —dije al mismo tiempo que acariciaba a Samba.

Las autoridades de Nueva York querían evitar que las detenciones de Petrov, Zakhar y Kalashov generaran publicidad negativa, pero veía prácticamente imposible una solución sin generar un escándalo.

Miraba uno por uno los datos, meditaba, analizaba la información. Recababa para buscar como actuar, hasta que leí que un agente doble infiltrado en la red Zakhar había atravesado las lindes prohibidas. El espionaje norteamericano ponía en entredicho su trabajo, expresando una posible crisis identitaria.

Deslicé mi mirada por el papel para averiguar su nombre sumamente interesada en poder buscar alguna imagen y el sonido del móvil con el aviso de un mensaje recibido me distrajo.

Extravié la mirada a la mesa de enfrente, viendo como se iluminaba la

pantalla y estiré el brazo un poco nerviosa.

¿Sería Lucas? Le había dado el plantón de su vida por la tarde.

Intranquila desbloqueé el móvil y vi un mensaje de texto del mismo número de teléfono desconocido de esta misma mañana.

Se me aceleró el corazón.

En efecto, era Lucas.

***«Que sepas que no te servirá de nada esconderte de mí. Hoy hablaremos, lo quieras o no.»***

¡Joder! Me llevé la mano a la frente y masajé el nacimiento de mi pelo con fuerza con miles de palabrotas a punto de salir por mi boca. ¿Escondiéndome de él? ¿Pero quien demonios se cree qué es? Y una mierda que hoy hablaremos.

—¿Ahora te vienen las prisas? —exclamé furiosa y Samba se me quedó mirando fijamente. No sabía si Lucas conocía mi dirección y eso me ponía de los nervios—. ¡Qué ni se le ocurra venir a casa esta noche porque no pienso abrirle la puerta!

Mi gata seguro que pensaba que me había dado un ataque de locura, o vuelto majareta. Caminaba por la casa, armando bulla y hablando sola de puro histerismo.

***«¡OLVÍDAME!»***

Le di al botón de enviar después de teclear con letras mayúsculas esa única palabra en el mensaje y dejé el móvil en la mesa con dificultad. Con gusto le habría escrito no un mensaje de texto, sino una carta. Me exprimiría el corazón y le escribiría con detalle todas las cosas que sentí cuando me enteré de su gran mentira. Le hablaría de como fue enamorarme de él pero también de como perdí las alas en el momento que estaba en el séptimo cielo por lo que sucedió entre nosotros en ese brevísimo instante en aquel ascensor de París. Le contaría sobre lo mucho que luché después para evitar estrellarme contra el frío y duro suelo. Del dolor, del amor. Mencionaría su maldita mirada y su sonrisa, y lo fácil que le resulta ponerme a temblar con su sola presencia. Pero también haría hincapié a su jodida manera de ser tan calculador para herirme. De lo pequeña y estúpida que me sentí en París, en aquel club, oyendo de su propia boca lo que pensaba de mí con otra mujer. Mencionaría la inseguridad que me



brindaron sus grandes manos en la despedida antes de marcharme a Nueva York. También subrayaría lo sola que me he sentido estos cinco años, pero que prefería perderme a verlo más. Aunque echarlo de menos había sido lo peor. Podía jurar que las palabras en mi mente durante todo este tiempo se alcanzaban a escuchar con más fuerza en mi corazón, cada frase en la que lo mencionaba poseía eco.

Cerré los ojos susceptible y tomé aire hondo y despacio. Menos mal que nunca escribiría esa carta. No caería en sus manos. Sus pupilas jamás verían cuanto lo amaba. No merecía saber lo que sentía por él, y mucho menos merecía que yo sintiera todo eso por él.

Miré mi reloj de pulsera después de darle una galletita a Samba y decidí ir a mi habitación para vestirme. Quería recuperar la calma y exhibir esa seguridad en mi misma que había ganado con los años. Sin duda, la necesitaría para afrontar la misión.

La noche cayó sobre Nueva York, y unos altísimos stiletto rojo de los que alargaban mis piernas hasta el infinito, un Versace largo rojo cargado de sensualidad, que dibujaba mis curvas de vértigo y un conjunto de lencería de los que potenciaba mi lado más femenino, fueron mis armas elegidas en el juego de la seducción con Dimitri Petrov.

—Buenas noches, ¿me recuerdas?

El primer eslabón que tenía que pasar para llegar al mafioso ruso se encontraba parado frente a mí, en el pasillo que conducía al salón secreto del restaurante Beautique, y parecía que su lengua no era capaz de emprender ningún viaje desde el borde de su paladar para apoyarse en el borde de los dientes.

—¿Me dejas pasar? —dije sexy con un rouge de labios rotundo y con seguridad me acerqué a él para ejecutar mi jugada.

El machacahuesos del día anterior mantenía una expresión fría, no emitía ningún sonido, ninguna sílaba vibraba de su garganta. Sin embargo, en sus ojos ardía el deseo de poner sus manos encima de mi cuerpo, y yo quería evitar que me cacheara la zona del pecho donde llevaba el micrófono.

—Dimitri me está esperando —ronroneé con el objetivo de que cayera en la tentación de deslizar su mirada por mis curvas y vi que dudaba.

En el universo de la moda existen determinadas prendas que las mujeres pueden llevar no solo en el ámbito privado, y el insinuante y sensual vestido de Versace rojo con encaje a los lados envolvía, casi esculpía mi cuerpo aferrándose como una segunda piel.

La apuesta era total, más allá de lo sexy.

—¡Dangelys, eres una auténtica tentación! Estoy seguro que te dejará acceder al salón secreto aunque no vayas acompañada de Petrov. Es en serio cuando siempre te digo que el día que te multen por exceso de belleza yo pagaré tu fianza.

La frase del agente Walhberg mi compañero del FBI a través del pinganillo en tono de broma me hizo sonreír. Desde el principio de trabajar juntos me piropaba a cada rato y ahora no podía ser la excepción.

—Mi jefe realmente es un tipo con suerte. Adelante, preciosa —gruñó el machacahuesos y abrió la puerta, dejando entrever un pequeño hall.

—Gracias —murmuré sofisticada y le lancé un beso.

Una vez dentro, mis siguientes movimientos estuvieron guiados por el instinto.

Tras bajar unas amplias escaleras la decoración inspirada en los bares de los años veinte, con luces tenues me metió de lleno en el ambiente de la época. Interior de madera, candelabros dorados, grandes sofás rojos, música suave de fondo... Solo mirar el sitio desataba sensualidad.

—¿Explíqueme qué ve agente Neymar? —dijo Marc Sheen mientras caminaba y tragué saliva.

Para un ojo poco entrenado, tal vez cueste distinguir entre un club de moda y otro destinado a "curiosear". Pero a mi me bastó un simple vistazo para darme cuenta que aquí se desarrollaban encuentros de alto contenido sexual y no precisamente en plan club swinger.

—Me parece que el umbral del exhibicionismo en este lugar es muy bajo y la frontera entre lo público y lo privado es muy borrosa —dije en voz baja con las pupilas dilatadas por la oscuridad.

Un hombre de aspecto adinerado pasó por mi lado con una mujer llena de sensualidad bastante ligera de ropa colgada de su brazo. Me fijé en un collar de terciopelo que llevaba la mujer. Ajustado alrededor de su cuello, parecía de bondage.

—Dangelys, ¿has visualizado ya a Dimitri Petrov?

El hombre apenas podía contener su sonrisa de superioridad al cruzarse con un selecto grupo de hombres que observaban a la mujer con atención y alcé las cejas.

—No. No lo veo por ninguna parte, pero lo que si veo es a bastantes hombres babosos —murmuré hallándome en terreno pantanoso por culpa de las babas del grupo, supuse que empresarios, que ahora me miraban a mí.

Los ojos de todos recorrían mi cuerpo con una especie de hambre insaciable en sus pupilas, prácticamente devorándome, y en cuanto uno de ellos intentó acercarse le lancé una mirada fría y letal que lo dejó clavado en el suelo.

—Tiene que estar en alguna parte. Nuestros hombres lo vieron entrar hace un rato.

Escuché decir a Walhberg en mi oído y me giré despacio.

—¿Estás seguro? —le pregunté. Comenzaba a tener serias dudas.

Volví mi cabeza hacia la derecha con lentitud llevada por un impulso, y rápidamente sentí que la tensión se acumulaba en mi cuerpo al captar por el rabillo del ojo la presencia de Dimitri Petrov.

—¿Agente Neymar, continúa sin ver a Petrov?

Con una expresión expectante en su cara, el ruso me observaba desde la distancia. Rodeaba con su brazo a la despampanante mujer del día anterior, a la que todo hay que decir, se la notaba bastante incómoda.

—El zorro se encuentra en su madriguera y está acompañado por la misma mujer de ayer —mascullé entre dientes, sin pronunciar apenas las palabras.

Comencé a caminar hacia ellos con una mueca pícaro en los labios y Petrov se apartó de la tal Irina con una sonrisa perversa plasmada en su rostro.

—Lais, que agradable sorpresa —murmuró con aire depredador.

Vestida para seducir, con un contoneo cadencioso en cada paso, mostraba mi lado más arrebatador al dejar entrever un buen tramo de mi piel.

—Recuerdas mi nombre —dije con dulzura, como si un ángel se hubiera apoderado de mi voz y Petrov aproximándose a mi cuerpo, inclinó la cabeza hacia adelante y besó mi mejilla.

—Como olvidarte, eres bellísima. ¿Por qué te fuiste sin decir adiós? —me preguntó en una voz baja que destilaba peligro—. Desapareciste de repente —susurró en mi oído.

Una amenaza cruda e inesperada flotó alrededor de mí.

—Lo siento, recibí una llamada de mi madre. Tuve que irme —dije tierna, pero sensual y su rostro se suavizó.

—Espero que no fuera nada grave.

Por un momento, perdió parte de su aire depredador, pero yo conocía muy bien a los hombres de su clase.

—Lamentablemente si lo era —hablé mostrando tristeza—. Mi madre tiene problemas de salud y el dinero que le envié por mi último trabajo como modelo no fue suficiente para cubrir sus gastos médicos. No sé que voy a hacer.

Se quedó callado por mi confesión y crucé los dedos esperando que mordiera el anzuelo.

—Y el Óscar es para... ¡Dangelys Neymar! —bromeó mi compañero Walhberg por el pinganillo y apreté los labios con fuerza para no reírme.

Notaba el impacto que le causaban mis palabras a Petrov, pero percibí como en el transcurso, o simple duración del silencio, los engranajes de su maquiavélico cerebro comenzaban a funcionar.

—Vine a verte porque pensé que podríamos tomar la copa que no pudimos tomarnos ayer —dije un poco nerviosa cuando sus ojos dembularon por mi rostro más de la cuenta—. Aunque si te incomoda mi presencia me marchó, no pasa nada.

Necesitaba que todo encajara para él de un modo sencillo, sin piruetas mentales.

—No, quédate. Al contrario, preciosa. Para mí es un placer que hayas venido.

Un camarero pasaba por nuestro lado en ese momento, llevando una bandeja. Saludó tímidamente con la cabeza a Petrov y el mafioso lo detuvo agarrándole del brazo.

—Tráeme una botella de Cristal Rosé 2002 —le pidió sin perder el contacto visual conmigo.

El camarero asintió y puso rumbo a la barra después de servir dos copas a unos clientes.

Petrov entonces, miró hacia donde se encontraba Irina, que hablaba en ese instante con un hombre maduro muy atractivo de unos cincuenta y tantos años y tuve una sensación extraña. El hombre parecía un auténtico caballero contemporáneo por la sobriedad en su estilo. Vestía muy bien con un traje formal, y el habitual destello frío en los ojos de Petrov se intensificó.

¿Quién era ese individuo?

Lucía una abundante barba y su sonrisa me recordaba tremendamente a la de alguien. Me daban ganas de acercarme para poder verlo mejor. Era muy parecido a... No, eso no podía ser posible. Era Oleg Zakhar en persona.

En el despacho de Marc Sheen había visto en una pizarra blanca una foto de él junto al viejo Vladimir Zakhar, era su hijo.

—¿Quieres ganar mucho dinero? —me soltó de pronto Petrov en tono tranquilo, pillándome totalmente desprevenida y giré mi rostro con reticencia.

—¿Qué?

No quería dejar de contemplar a ese hombre.

—Yo puedo ayudarte a conseguir mucho dinero, muchísimo... —murmuró desde una posición muy cercana a mis labios y apreté los dientes.

«¡Mierda! ¿Va a besarme?»

Era una posición demasiado privilegiada para alguien acostumbrado a tomar todo lo que quería de las mujeres.

—¿Me estás ofreciendo un empleo? Por que si es que sí, dime que tengo que hacer y lo haré —expresé con un fingido espíritu que emanaba optimismo, curiosidad y entusiasmo y me sonrió.

Retrajo los labios en una singular sonrisa y fue el gesto menos sincero que jamás tuve el placer de recibir de nadie.

—Eres muy atractiva, sensual, tu cuerpo de modelo es irresistible, todo un sueño. La cuestión es saber si estás hecha para lo que te voy a proponer —Sus manos acariciaron mi espalda, se deslizaron hasta mi cadera atrayéndome hacia su cuerpo y el toque áspero de sus dedos me provocó un profundo rechazo—. Saber si eres de fiar...

La profunda voz de Petrov sonó como una amenaza y sentí una punzada de intranquilidad.

—¿No crees que sea de fiar? —susurré con inocencia mirándole a través de mis pestañas y dibujé en mi rostro una mueca ensayada, suave y juguetona.

Mi voluntad en estos momentos estaba siendo lo bastante poderosa para reprimir el intento convulsivo que tenía mi cuerpo de querer apartarse. En mi mente un diluvio de golpes caía sobre él, sin escamotear empujones e insultos.

—Aquí vienen los hombres más poderosos del mundo y yo me ocupo de proporcionarles acompañantes. De gestionar los encuentros. California, Cannes, Nueva York o cualquier ciudad del mundo donde se pueda organizar una gran fiesta exclusiva tiene su propia colección de escorts de lujo. Yo digamos que...

—¿Tienes una agencia de scorts? —exclamé interrumpiéndole con una estudiada actuación.

—Digamos que soy el responsable de la agencia. Yo me encargo de elegir a las chicas bajo un criterio muy específico. Solo tenemos scorts de una belleza absoluta para hombres de alto poder adquisitivo. Sexo, fantasía, pasión, lujuria...

—No sé si pueda hacerlo —susurré interrumpiéndole de nuevo.

Intentaba encontrar el balance perfecto entre osadía y coherencia, entre asumir riesgos y mostrarme dulce, que todo tuviera sentido para Petrov.

—Te hace falta dinero. Tu cartera está vacía. Deberías aprovechar la oportunidad que te ofrezco y explotar tu talento.

Su mirada se desplazó a lo largo de mi fisonomía, me dio un vulgar repaso

de arriba a abajo y fingí una sonrisa para que no percibiera mi nerviosismo.

—¿Mi talento?

Odiaba ese tipo de mirada en los hombres.

—Lais, todo en ti es morbo. Estoy seguro que los ejecutivos de Wall Street pagarán por ti una elevada cantidad de dinero para hacer realidad sus fantasías más íntimas —murmuró con cara de cabrón vicioso mientras paseaba su mirada por mis senos—. Pero... para entrar en la agencia deberás conseguir diez mil en efectivo esta noche.

Todas mis alarmas saltaron de golpe.

—¿Qué? ¿Diez mil en mano? ¿Y cómo haré para conseguir tanto dinero? —pregunté perpleja por la elevada cantidad y escuché de forma clara en mi oído una maldición de Walhberg.

—¡Maldita sea! No pensé que te pondría a prueba —dijo también Marc Sheen a continuación.

—Cariño, conseguirás el dinero de una forma muy fácil —Petrov me soltó la cintura y permití que sus dedos se deslizaran por la piel de mi escote—. Eres preciosa. Yo mismo pagaría los diez mil con mucho gusto.

Se me puso el vello de punta bajo el paso de sus yemas.

—¿Tengo que conseguir el cliente yo de entre todos ellos, o lo elegirás tú? —pregunté haciendo un esfuerzo sobrehumano por parecer calmada.

El corazón me latía acelerado.

Petrov miró alrededor como si buscara a alguien y sentí un nudo en mi estómago. Había algunos hombres que podrían tener la edad de mi padre o incluso mi abuelo y mis nervios se dispararon. De entre todos ellos mayores principalmente, me llamó la atención uno que acababa de entrar. Mucho más joven alto y corpulento, era un hombre que desentonaba del resto por llevar unos desgastados vaqueros y chupa de motero. Mostraba una barba de varios días y destilaba peligro y arrogancia en su manera de caminar hacia Irina y Oleg Zakhar. Irrumpió en su conversación de un modo muy brusco y pude apreciar como Irina perdió el equilibrio al contemplar su cara.

Se apoyó en uno de los sofás con el rostro pálido y rígido y supe por como el frío atravesaba sus facciones que ese atractivo hombre no era un total desconocido para ella. Y creo, que tampoco lo era para mí.

Asombrosamente guapo con el pelo muy corto clavé mis ojos en la cicatriz que tenía en uno de los pómulos y me tragué una maldición.

«¿Scott?»

Vi como Irina se tapaba la boca con gesto de dolor y me dio coraje no

poder acercarme para poder verle mejor y oír lo que le decía. ¡Ay, *Meu Deus!* Esa cara... Si no era Scott, ese hombre y él eran como dos gotas de agua.

Me llamó poderosamente la atención el exceso de rabia que desprendía su mirada.

—Lais, lo siento pero tengo que ir a solucionar un asunto —manifestó Petrov en tono muy serio con una mueca de desdén y me di cuenta que también se había fijado en Scott—. Respondiendo a tu pregunta de antes, solo por esta noche puedes elegir el cliente que quieras. Todos estos hombres han pasado un filtro, una verificación de su nivel adquisitivo, así que espero que logres superar el pequeño «reto» para entrar en la agencia. El sexo es sexo, pero el dinero es el dinero, y a ti te hace falta.

Como una gran actriz oculté mis agitadas emociones.

—Gracias por darme la oportunidad. Solo pienso en el dinero. Lo único en mi mente es hacer dinero, y rápido para mi madre. Conseguiré los diez mil —murmuré con voz firme y me gané una medalla de oro por fingir.

Con una leve sonrisa Petrov sujetó mi mano y me la besó. Después se dirigió hacia Irina y Scott a toda prisa acompañado de otro hombre que apareció en escena, supongo que uno de sus matones y automáticamente me desplacé a un lado, situándome en una zona más oscura fuera del foco de atención.

Por un momento pensé que se armaría la gran bronca, pero no llegó a suceder nada de lo que imaginaba. Antes de que llegara Petrov con su matón, Oleg Zakhar se llevó casi a rastras a Scott, evitando una pelea. Sin embargo, el hermano de Lucas soltó una cantidad ingente de material explosivo por su boca que provocó los murmullos de todos los allí presentes.

—¡Estás muerta para mí! —le gritaba Scott a Irina con una expresión fiera en su atractivo rostro y el tono implacable de su voz me sorprendió.

—¡Ya basta! —dijo con brusquedad Oleg Zakhar mientras se marchaban por otra puerta distinta a la que había accedido yo para entrar.

El ruso tiraba de él con fuerza y sentí su pugna por evitar un conflicto. La preocupación dominaba su rostro.

Irina permanecía inmóvil, sumida en una muda contemplación, sin respirar, ni llorar. Su cara triste y desolada con una profunda pena expresada en cada una de sus facciones me conmovieron. Su emoción se traslucía por cada poro de su piel. Y más cuando Petrov se situó frente a ella y le ordenó con autoridad con un gesto seco de la mano en el aire que se esfumara de allí.

—¡No deberías haber hablado con él! —masculló encolerizado—. Ahora sí, atente a las consecuencias.

La exótica y despampanante mujer lo miró con el pánico reflejado en su rostro y se apresuró a irse con lágrimas en los ojos.

¿Qué clase de relación tenía Scott con Irina, o por qué estaba involucrada ella con un hombre como Petrov? ¿Era una prostituta, o una amante del mafioso? Y la pregunta más importante de todas. ¿Qué relación guardaba Scott con Oleg Zakhar?

Ahora me daba cuenta de que cuando conocí a Scott en París como guardaespaldas de Chloe no formulé las preguntas adecuadas con él. En mi juventud e ignorancia no presté atención a determinados hechos importantes. Solo me centré en su relación con Lucas, en sus conflictos como hermanos, en los motivos de sus disputas familiares. Sucumbí a mis teorías intuitivas de adolescente.

—Señor, ¿como conseguiré los diez mil? Si no logro superar el miserable reto no podré ganarme su confianza —dije en voz baja regresando mis cinco sentidos a la misión y observé a Petrov desde la distancia.

Fumaba y hablaba por teléfono gesticulando sin cesar. El camarero de antes se había acercado con la botella que le pidió y dos copas, pero le ordenó que se retirara sin ninguna gentileza.

Algo me decía que detrás de la agencia de scorts de lujo se escondía una red de trata de personas con fines de explotación sexual. Mujeres obligadas a ejercer la prostitución, engañadas y coaccionadas, víctimas que bajo amenazas entraban en contacto con el mundo de las drogas y el alcohol, carburante habitual de este tipo de negocios.

—Agente Neymar, preste atención a mis siguientes instrucciones —habló Sheen en mi oído desde la furgoneta—. Seleccione un cliente, el que sea y sedúzcalo. Pero toméselo con calma. Necesito ganar un poco de tiempo para conseguir el dinero y hacérselo llegar.

—Señor, ¿de dónde piensa sacar diez mil dólares en tan poco tiempo? —murmuré con seriedad.

—Usted no se preocupe. De momento, encárguese de tenderle una trampa al hombre que quiera para que contrate sus servicios como prostituta. El resto es cosa mía.

Me imaginaba que me pediría algo así y tras inspirar hondo varias veces activé el radar en busca del candidato idóneo. Escuchaba a Walhberg de fondo como hablaba con alguien más, parecía que discutía. Volviéndome a medias miré uno tras uno a los hombres que estaban en la sala, para ver cual de ellos me serviría. Quería prestar atención a la conversación de Walhberg a la vez que



decidía el cliente al que engañaría, pero me resultaba complicado por el volumen de la música y el resto de sonidos en el ambiente. La sensual melodía de The Weeknd con el tema «The Zone» hacía que sus palabras sonaran lejanas en mi oído.

Giré mi cabeza inspeccionando cada individuo y me fijé en un hombre que tomaba una copa al fondo de la barra sin emoción alguna. Calvo, sin un solo pelo en su cabeza, sin ninguna clase de atractivo lo miraras por donde lo miraras. Supe que era el candidato idóneo.

Me atusé el pelo y decidida comencé a caminar hacia él con una identidad separada de la mía, moviéndome con voluptuosidad, con el deleite de ser contemplada como lo haría Lais Oliveira.

Sentado en un taburete el hombre calvo alzó la vista y sus ojos cobraron vida en un segundo al verme. Rebasaba con seguridad la barrera de los cincuenta y tenía más barriga que un tanque de combustible.

Nuestro cuerpo tiene entre doscientos seis y doscientos diez huesos, alrededor de seiscientos cincuenta músculos, treinta billones de células, y la verdad, levantar un pie para dar un sencillo paso tras otro y acercarme se me estaba haciendo difícil.

«¡Vamos Dangelys, que tu puedes!», resoplé en mi interior.

Con la espalda recta avanzaba hacia el calvo consciente de su mirada sobre mí y exageré los movimientos cual top de pasarela para acentuar mis curvas, aunque por dentro quería arrastrar los pies.

De pronto, la conversación de Walhberg cobró protagonismo en mi oído y escuché con claridad como pronunciaba mi nombre. Capté un retazo de información en el que salía a relucir los diez mil, y mi cuerpo entero se tensó como una vara al nombrar Sheen el apellido de otra persona que entraría a formar parte de la misión.

«¿Qué? ¡Esto debe ser, una broma! ¡No puede ser verdad!»

Estaba tan absorta en la conversación que se escapó todo el aire de mis pulmones cuando alguien entorpeció mi trayectoria hacia el calvo. Concretamente un muro de hormigón armado con el que me di de bruces y que increíblemente tenía extremidades, ya que vi como se guardaba un móvil en el bolsillo de su chaqueta.

—Lo siento, no le vi venir —dije ofreciéndole una disculpa a su cuello, que era a la altura de donde quedaban mis ojos.

Tenía un torso firme y un embriagador perfume de olor fresco y penetrante, que me inundó trayéndome de inmediato el evocador olor del mar y,

el recuerdo de cierto hombre.

—Deberías estar más atenta —dijo el muro de hormigón armado en un tono abrumadoramente tosco—. Pensé que me ibas a travesar como a un fantasma.

Mi cuerpo que se negaba a moverse hasta ese momento por el aroma lleno de personalidad se reactivó de golpe ante su familiar voz. Elevé el rostro como si un viento oceánico me obligara consciente de sus brazos alrededor de mi cintura y casi me dio un paro cardíaco en el instante que el peso de su escrutadora mirada impactó de lleno en mi cara.

*¡Meu Deus!* pero, ¿qué demonios...?

El hombre que revolucionaba mi mundo desde hace años con una imagen más diáfana, madura y sedada, vistiendo un elegante traje negro de tres piezas, me miraba con la consistencia de los materiales pesados y mi corazón se detuvo.

—¿Qué haces aquí? —Logré articular a la defensiva, apartándome de su abrazo e intenté recobrar la compostura.

—¿Tú qué crees? —masculló Lucas cabreado y la idea de trabajar con él me noqueó.

Su atractivo rostro se veía duro y sus ojos ardían más de lo que recordaba.

—Espero que no sea para unirte a la misión porque no te necesito —dije retadora y lo esquivé, dispuesta a huir—. Walhberg, hay un pequeño problema con la nueva incorporación a la misión —pronuncié en voz baja—. ¡Walhberg! ¿Me oyes?

El silencio prolongado en mi oído me ponía más nerviosa.

«¿Dónde demonios se habían metido Walhberg, o Marc Sheen?»

—No te oye nadie. Tienes el micrófono desconectado.

La voz de Lucas acariciando mi oído con su cálido aliento me detuvo.

—¿Cómo?

Mi corazón comenzó a latir con frenesí y antes de que me diera la vuelta me giró él primero con rapidez. Deslizó sus manos por el contorno de mis caderas hasta agarrarme con fuerza por la cintura y mi cuerpo se tensó de manera involuntaria.

—Te dije que abandonarás la puta misión, que no regresarás a este maldito lugar, pero no... tenías que regresar. Y no solo eso, sino que tenías que hacerlo infiltrándote como prostituta —gruñó pegándose contra su duro y musculoso pecho.

Le lancé una mirada furibunda.

—¿Qué es exactamente lo que crees que estás haciendo? —siseé

obligándome a relajarme a base de un enorme esfuerzo mental.

Sabía que pretendía intimidarme con su altura y su impresionante físico, con esa cara destinada a desarmar a cualquier mujer, pero no me dejaría amedrentar. De repente, me sentía enérgica con ganas de guerra.

—Suéltame —Alcé la barbilla rebotante de orgullo—. ¿Qué les has dicho para que silencien mi micro?

—Nada, ya sabes, información. Nunca viene mal un poco de ayuda, y más si es del servicio secreto —dijo sorprendiéndome y apreté los labios en una delgada línea.

—Pues por mi puedes irte por donde has venido —murmuré molesta—. No te necesito.

Su mirada se intensificó y una corriente viajó entre los dos.

—Ya lo creo que si me necesitas. Sé lo de los diez mil —Su voz grave y profunda despertó mis sentidos y una mezcla de emociones me invadió por dentro.

—¿Y? ¿Acaso piensas pagarme los diez mil, agente Smith? —contraataqué con un nudo en el estómago.

Sus manos resbalaron por mi vestido en el final de mi espalda con sus ojos oscuros y astutos clavados en mí, y la anticipación de algo excitante crujió a través del aire.

—Caprichosa, ¿te apetece tomar algo? —me propuso sonriendo con ese aire de absoluta indolencia y serenidad que le caracterizaba mientras me obligaba con un poderoso agarre a apretarme más contra él, y quise gritarle.

Mi irritación ante su arrogancia crecía por segundos. Tenía unas ganas enormes de ponerle los puntos sobre las íes, de soltarle todo lo que llevaba dentro. Sin embargo, la presencia de Petrov desde la distancia contemplándonos impidió la masacre verbal.

—Gigoló, lo que menos me apetece es tomar algo contigo. ¡Apártate de mí! —resoplé exasperada a punto de irse al traste mi fachada de frialdad.

El muy cabrón no dejaba una distancia mínima entre nuestros cuerpos, y mi enfado se transformó en una ferviente ira cuando sin esperarlo, me clavó los dedos en la zona de mi piel cubierta de encaje como un bruto, casi como un animal para guiarme hacia la barra.

El camarero que atendía a un par de hombres y echaba unos ingredientes en una coctelera se limitó a asentir al vernos llegar.

—¿No te gustaría que te trasladara a Brasil invitándote a un cóctel de mimosa de guaraná? —dijo aproximándose a mi boca con una sonrisa perfecta y

no pude evitar desear venerar con mis labios su boca de pecado y cada parte de su fornido cuerpo. Esos poderosos músculos que sabía que escondía debajo del traje.

—¿Qué tarjeta de crédito piensas utilizar para pagar? ¿La de Lucas Teixeira, o la del agente Smith? —ronroneé dulce, pero sumamente enfadada por lo que me hacía sentir y fui incapaz de moverme en el instante que rodeó mi cuello con sus dedos y me levantó la cara para que lo mirara.

—Pagaré las copas en efectivo —dijo con voz tranquila al mismo tiempo que se inclinaba y me rozaba la mejilla con los labios de un modo sugerente y a continuación la oreja—. Y también los diez mil.

Respiró cerca de mi cuello y dejé escapar un gemido ahogado.

—¿Piensas contratar mis servicios como prostituta? ¿Tanto cobra un agente secreto? —murmuré recurriendo a todas mis fuerzas.

Lucas se mostraba tan seductor con su coqueteo, tan sexy y sexual, que me estaba volviendo loca.

Felino y depredador deslizó sus dedos por mi cuello en dirección a mi nuca y la corriente eléctrica que sentía se convirtió en una descarga.

—Petrov nos está mirando —susurró y besó con extrema suavidad mi cuello—. Si no te conociera diría que no te pongo en absoluto.

Mi corazón dio un golpe salvaje contra mi caja torácica con el contacto de sus sensuales labios en mi piel y automáticamente sentí el cosquilleo del deseo en todo mi centro.

—Para la preciosa gacela de Ébano un cóctel mimosa de Guaraná y para mi un Johnnie Walker Diamond Jubilee, servido en un vaso alto con agua de soda artesanal infundida con frutas como pomelo o limón —Le pidió un exigente Lucas al camarero al que ni siquiera vi acercarse por culpa del perturbador poder que ejercía sobre mí—. Tienes un aspecto muy serio, Petrov sospechará de ti si no haces algo —murmuró en cuanto el camarero se apartó un poco y sus ojos atraparon los míos, en una intensa mirada.

Mi sexualidad ardía con su cercanía y me sentía furiosa porque incluso odiándole conseguía superar ese sentimiento de rabia, ese efecto, convirtiéndolo en otro completamente indeseado por mí que me dificultaba hasta la respiración.

—¿Quieres que te seduzca con alguna propuesta indecente? —dije con inquietud tratando de bloquear su efecto sobre mí, y sus labios se elevaron levemente en una pequeña sonrisa.

—Por ejemplo...

Me miraba con confianza como si supiera que era incapaz de hacerlo y un

deseo natural creció dentro de mí y con él un impulso salvaje de provocarlo.

El camarero se acercó a nosotros con las dos copas, el whisky de Lucas un elixir definitivo de los más anhelados por los coleccionistas. De seguida le di un trago a mi copa de mimosa de guaraná para infundirme valor.

—Que conste que solo lo hago por la misión —dije con fingida serenidad con mi mejor cara de póquer desesperada porque no me afectara en absoluto lo que pensaba hacer a continuación.

Mi corazón latía a cien pulsaciones por minuto.

El aura de atractivo poder masculino que desprendía Lucas cuando le dio un sorbo a su vaso delgado y alto con bordes rectos, tomándose su tiempo, permitiendo que el whisky recorriera su paladar mientras me miraba fijamente cautivó mis sentidos.

—¿Crees que Petrov sospechará de mi si te hago esto?

Acerqué mi boca a su oreja, tratando de ocultar las emociones en mi interior y le di un ligero y delicado mordisco en el lóbulo seguido de una exhalación caliente a propósito. Después con los labios húmedos, entreabiertos, lentamente, me dirigí a su boca sin rozarle. Saqué un poco la lengua, la pasé despacio por mi labio inferior, y sentí su respiración vacilar contra mi boca. Sus ojos oscuros y exigentes siguieron el recorrido de mi lengua con atención y, con la cabeza ligeramente inclinada, mirándole descaradamente, percibí el subir y bajar de su amplio pecho al aproximarme aún más a su boca. Rugiendo por dentro, suave y lentamente, acaricié sus labios con los míos y la frecuencia de sus inhalaciones alteradas, agitadas, junto a mis labios tensaron todos mis músculos.

—¿Qué tal así...? ¿Mejor? —le pregunté con voz firme y exhalé el poco aire que quedaba en mis pulmones.

Apenas podía respirar.

—Mucho mejor —Su voz áspera y grave me provocó un estremecimiento familiar.

Una de sus grandes manos se había desplazado de mi cintura a mi cadera, la otra aguantaba la copa y contuve el aliento nerviosa. La tensión sexual entre ambos era demasiado palpable, demasiado intensa y dolorosa. Aún sentía el pequeño rastro de fuego en mis labios por el leve roce. Ansiaba tanto besarlo, que me dificultaba pensar con claridad. El corazón se me iba a salir por la boca porque no podía con el sentimiento.

Necesitaba con urgencia enfriar mis pensamientos.

—Tengo ganas de acariciarte bajo la lluvia —susurré contra su boca

carnosa en un engañoso tono seductor y noté que sus labios se curvaban hacia arriba dibujando una incipiente sonrisa.

—¿Ah, sí?

Su proximidad me afectaba muchísimo con ese aura de fuerza pura y masculinidad.

Me aparté un poco incapaz de mantener el contacto.

—Tengo ganas de acariciarte bajo la lluvia —repetí con sus ojos fijos en los míos y me apresuré a añadir con acidez—, con un cable pelado.

La inesperada reacción que tuvo inmediatamente después provocó en mí un escalofrío de sensibilización que me recorrió la espalda.

Se le escapó una carcajada espontánea y breve, una risa contagiosa que hacía años que no escuchaba y me contagió un poco, solo un poco, hasta ese terreno justo más allá de la sonrisa pero antes de la risa. Ese terreno que solo se insinuaba, nada más, y que no me permitiría jamás cruzar con él.

—Así que quieres dejarme como un pollo al horno —reía con los labios casi en el borde de su vaso de cristal.

—Hasta chamuscarte —dije en tono serio sin ocultar el sarcasmo y sus ojos destellaron con fuerza.

¡Joder! Todos mis intentos por mostrar frialdad amenazaban con provocarme una erupción volcánica en mi sexo. Aún estando en un lugar peligroso con varios ojos clavados en mi nuca, incluyendo los de Petrov, era imposible para mí no entrar en bucle y devorarlo con la mirada.

Vestido con ese traje negro parecía un maldito dios. Cada movimiento de su cuerpo, por mínimo que fuera, era agresivamente primitivo de un modo sexual para mí, ya que me lo imaginaba peleando, disparando... follando.

Me bebí de golpe mi mimosa de guaraná.

¡Mierda! Incluso vestido no había manera de escapar de mis lujuriosos pensamientos. El recuerdo de nuestras jornadas playeras en Ipanema, con su cuerpo de músculos perfectamente definidos en bañador surcando las olas con una tabla de surf de forma soberbia venía a mí como un poderoso hechizo. Y es que el sol siempre había sido gran amante de Lucas.

Mis amigas babeaban ante la evocadora escena mientras yo trataba de ignorarlo tumbada en la arena. Pero era imposible, ellas me narraban el placer visual de contemplar sus bronceados y fuertes músculos, las inspiradoras imágenes de él saliendo del agua mojado, arrastrando sus manos por su cabello húmedo... Y terminaba sucumbiendo. Mis ojos fluían en una sola dirección espiándolo oculta tras mis gafas de sol, acrecentando mi nivel de tortura sexual.

Mis retinas prácticamente se derretían por culpa de su amplio pecho, sus tríceps, sus bíceps, sus abdominales, sus oblicuos. Daba igual donde mirara, su veterano físico pluscuamperfecto azotaba mis hormonas juveniles elevando mi adrenalina al punto de tener que salir disparada hacia el agua.

Realmente odiaba a mis amigas... O para que engañarnos, a la que realmente odiaba era a mi misma, por la falta de control en mí.

—Vámonos —murmuró Lucas—. Debemos continuar con la actuación.

Su voz ganó terreno a mis recuerdos y pensé que ojalá mi corazón pudiera salir corriendo como hacia yo en la playa.

—Deberías marcharte y dejar que siga yo sola con la misión —farfullé entre dientes y vi como se terminaba de un solo trago el Johnnie Walker Diamond Jubilee.

—No. —respondió tajante y lo miré impaciente por el giro inesperado que tomaba la noche con su intromisión en mis asuntos.

—No confío en ti —dije con honestidad—. Dejé de hacerlo hace muchos años, exactamente cinco. Me mentiste. No te conozco. No sé quien eres en realidad.

Dejó el vaso vacío en la barra con rabia contenida y por una fracción de segundo noté que mis palabras lo atravesaron, dejándolo momentáneamente sin habla, pero rápidamente su expresión se endureció.

Echó un vistazo a su alrededor, examinó los rostros de varios hombres en silencio, fijándose por último en Petrov, que hablaba ahora con el machacahuesos, y sin ni siquiera mirarme a la cara, agarró mi mano. Envolvió sus dedos con los míos y me arrastró en dirección a la misma puerta por donde se había marchado Irina.

—¿Adónde me llevas? —dije desconcertada bajo la atenta mirada de Petrov.

—A follar —me respondió con una sonrisa malévola y abrí los ojos como platos.

—¡Qué! —exclamé rígida—. No seas estúpido. ¿Te ha dado un apagón cerebral o qué te pasa?

—No, claro que no. El edificio es un antiguo hotel, con suites de lujo de uso exclusivo para los «huéspedes» de Petrov y tiene que creer que trabajarás de prostituta para él. Así que vamos a follar —murmuró con hosquedad y solté un gruñido.

—Ni loca me acostaré contigo pedazo de mentiroso.

Sus palabras sonaban tan crudas y carnales, que irremediabilmente pensé

en él y yo... follando, y eso me cabreaba.

Le obsequié con una mirada asesina y con la suavidad de una rosa quise soltarme de su mano, pero lo impidió.

—Deja de intentar soltarte. Dimitri Petrov está pendiente de lo que haces.

Me lanzó una mirada capaz de hervir el agua congelada con su hermoso ceño fruncido y la tensión que desprendía su cuerpo me envolvió hasta provocarme un hormiguelo.

—Me mentiste, Lucas —declaré irritada.

—No, nunca te he mentado. Eras una niña, sencillamente, no te dije la verdad.

Tuve que aguantarme las ganas de arrancar mi mano de su férreo agarre. Petrov vería un poco raro que la retirara. Así que en su lugar, le di un fuerte apretón con lo dedos.

—Pero el conocimiento es preferible a la ignorancia. Es mejor, con mucho, comprender la verdad que creer una fábula —siseé con voz gélida, decidida a continuar con la conversación—. Me hiciste sentir pequeña e insignificante. Quizás todavía no lo sabes, o no eres consciente, pero metiste la pata hasta el fondo conmigo.

—Estaba protegiéndote —se defendió.

—Sí, claro. Protegiéndome. Eres un... —Una sensación de malestar apareció en la boca de mi estómago y con él los recuerdos de la noche en París en la que descubrí todo—. Supongo que en el Servicio Secreto estáis acostumbrados a estas cosas.

—Caprichosa, ahora no es momento de hablar —me reprendió y salimos a un pasillo largo y estrecho de color oscuro. Realmente parecía un hotel de lujo.

—He de reconocer que me has desconcertado con tu llegada a la ciudad. Lo malo es que no tengo una pésima memoria y lo único que quiero es que desaparezcas de mi vida —proseguí en mi discurso y sus dedos se cerraron alrededor de los míos con mayor fuerza.

—Sinceramente, a mi también me encantaría tener mala memoria y desaparecer de tu vida. Pero no puedo —dijo mirándome a los ojos y suspiré.

No entendía nada. ¿Por qué se comportaba así conmigo? Me frustraba no poder descifrar la ecuación de su mirada, la conclusión que me indicara sus emociones. Su rostro era un enigma.

Al fondo del pasillo, delante de una puerta había apostados dos hombres enormes, armados, con auriculares en las orejas. Se miraron alternativamente con cierto grado de sorpresa reflejado en sus rostros al ver a Lucas y el más



grande tras saludarlo con una ligera inclinación de cabeza, abrió la puerta.

—*Добрый вечер* —dijo Lucas con frivolidad y confianza al cruzar el umbral y entrecerré los ojos.

Una lujosa escalera alfombrada nos conducía hacia arriba a otro pasillo mucho más amplio y luminoso.

—Vaya, hablas ruso. Se ve que tus conexiones cerebrales han mejorado a lo largo de los últimos años para aprender idiomas —susurré con ironía una vez estuvimos solos—. Pensé que solo sabías inglés como segundo idioma, y porque medio te obligó Isaac por la expansión internacional de la empresa.

Sacó una llave del bolsillo de su pantalón y se volvió hacia mí.

—Hablo ruso de una forma natural desde que era muy pequeño. Fui un bebé trilingüe.

¿Cómo? Su explicación me dejó anonadada y más aún cuando lo vi abrir una de las múltiples puertas.

Tenía una llave.

Antes de que pudiera abrir la boca para preguntar por ambas cosas, Lucas puso un dedo sobre mis labios silenciándome y su contacto me produjo un ligero cosquilleo.

—Hay cámaras en la habitación —me dijo al oído en voz baja y cerró la puerta tras nosotros.

Asombrada por la revelación con cuidado de no mostrar mi inquietud, caminé despacio por la amplia suite de enormes techos y claraboya de diamantes.

—¡Wow! Cuanto lujo —dije desde el centro de la Suite.

Buscaba y revisaba con minuciosidad cada rincón con disimulo. Adornada con materiales artesanales, las fundas de la cama de seda japonesa y terciopelo veneciano llamaron de seguida mi atención. Pero no tanto como las esposas, grilletes de cuero, antifaces, toda la parafernalia del bondage que había en un armario que abrió Lucas frente a la cama.

—¿Alguna vez has practicado el BDSM?

Se guardó en el bolsillo de su pantalón un collar de cuero con acero pulido en el centro y pequeña piedra azul y mi corazón dio una loca voltereta.

—¿Te gustaría probar? ¿Tienes fantasías?—preguntó con voz profunda, vibrante y seductora, y mis ojos se abrieron sorprendida.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas vertiginosamente dentro de mi cráneo al ver como me sonreía y sufrí un descenso extremo del riego sanguíneo.

—No me van las reglas, no estoy hecha para que me den órdenes, y

mucho menos para que alguien en busca de su placer sexual me inflija dolor —murmuré muy seria y arqueó una ceja.

—¿Estás segura? Tu cuerpo sería mi templo del placer.

Me miró con sus ojos masculinos capturando deliberadamente los míos y no pude evitar el líquido sumamente caliente que nació entre mis piernas.

«¡Ay, *Deus!* Si él supiera que es mi fantasía más húmeda...»

Me lo imaginaba totalmente desnudo, mojado, follándome con toda su perfección física. Asaltándome con ferocidad en un polvo bestial con su hermosa polla dentro de mí, hasta alcanzar el orgasmo. Y luego follaríamos otra vez y otra vez, convirtiendo la maratónica sesión de sexo en una noche de proporciones épicas.

—Serías mía. Me pertenecerías. Te entregarías a mí... yo sería tuyo.

Su áspero y profundo susurro detuvo completamente mi corazón y mi respiración se atascó en mi garganta.

¿Estaba hablando en serio? Maldita sea, yo quería pertenecerle. Mi corazón, mis huesos, mi piel... Quería ser únicamente suya, pero no lo permitiría. Sería una mujer fuerte. Debía serlo.

—La práctica del BDSM implica confianza, compasión, amor, aceptación, rendición del control...

Me temblaba hasta el alma escuchándole.

Me señaló en silencio una cámara que había junto a un cuadro, cerca de uno de los cuatro balcones que permitía una vista de 360 grados de Manhattan y asentí como pude con un movimiento sutil de la cabeza.

De pronto, todo mi cuerpo que sufría por el nerviosismo y luchaba por moverse se relajó un poco. Seguro que Lucas no hablaba en serio. Él no sentía nada por mí. El muy cabrón estaba jugando, o mejor dicho actuando para la cámara.

—¿Qué te parece si pongo un poco de música?

Oculto detrás de una de las puertas del armario me señaló también otra cámara mientras conectaba su iphone en un sistema base de altavoces y le di la espalda para disimular mi desasosiego.

Tenía que recuperar mi ritmo cardiaco, la inutilidad de mis pulmones. Todos los circuitos de mi cuerpo. La forma en la que me miraba me afectaba demasiado.

Poco a poco, el silencio de la Suite se vio reemplazado por la inconfundible voz del hawaiano Bruno Mars. El tema «Versace on the floor» inundó mis oídos, erizando mi piel, y de nuevo mil preguntas surgieron en mi

mente más rápido de lo que podía analizarlas.

*«Tomémonos nuestro tiempo esta noche, chica  
Arriba de nosotros las estrellas miran  
No hay lugar en el que prefiera estar en este mundo  
Tus ojos son donde me pierdo.»*

Confundida y ansiosa fruncí el ceño con perplejidad por la letra de la canción y por la tremenda casualidad. Yo llevaba puesto un Versace.

A los dos segundos noté su cuerpo detrás de mí y me quedé quieta. Sentía en mi cerebro como una bomba de relojería que marcaba la cuenta atrás y que estallaría en cuanto me rozara.

—Una cámara puede observar la cama y la otra está dirigida a la pared del pasillo que lleva hacia el baño —susurró en mi oído mientras ponía lentamente las palmas de sus manos en mis caderas, y mi miedo justificado a su evocador tacto se acrecentó—. Recuerda que tiene que parecer real lo que suceda aquí dentro.

Pasó sus sexys labios por mi cuello al mismo tiempo que emitía un leve gruñido y su ardiente respiración más el calor que emanaba de sus manos extendió un fuego salvaje por todo mi corriente sanguíneo.

—Le daremos a Petrov un argumento que aunque sea falso, le resulte muy convincente —continuó con voz suave y casi se me doblaron las rodillas.

Si creía que no se podía alcanzar un nivel de tensión sexual más elevado que en París estaba equivocada.

Su tacto quemaba mi piel, y por si fuera poco el tono hipnótico con el que me hablaba junto con la letra de la canción me llevaba a la perdición. Sus labios como pétalos aterciopelados, descendían en suaves besos diseminándose por la curva de mi cuello y ahogué un gemido. ¡*Meu Deus!* Mi fuerza de voluntad se esfumaba no lo podía consentir.

—¿Vienes a menudo por aquí? ¿Sabes si tienen servicio de habitaciones? —le pregunté con toda la firmeza y naturalidad que me permitieron mis temblorosas cuerdas vocales.

Las emociones hacían estragos en mi razón.

Durante un instante se hizo un incómodo silencio solo roto por la sexy canción. Percibí la tensión que irradiaban sus manos en mi piel y mi cabeza empezó a funcionar. Claro que venía a menudo por aquí. ¿Cómo si no iba a tener una llave? ¿Cómo si no sabía lo de las cámaras?

Me aparté de él enfurecida conmigo misma.

—¿Qué me recomiendas que pida? ¿Champagne? ¿Fresas y champagne? —esbocé una sonrisa fugaz—. Nos irá bien ese toque afrodisíaco de las fresas.

Me dirigía sin girarme a una de las mesitas de noche dispuesta a llamar por teléfono, pero antes de llegar a mi destino su voz profunda me detuvo.

—Quítate el vestido —ordenó para mi sorpresa casi a la vez que Bruno Mars decía lo mismo en la canción y una oleada de fuego me recorrió el cuerpo.

*«Versace en el suelo*

*Oooh quítatelo para mí, para mí, para mí, para mí, para  
mí, chica...»*

Me di la vuelta intentando mantener el control, dispuesta a fulminarle con la mirada y, dejé de respirar.

Ahí estaba él, la fantasía viva de cualquier mujer, acercándose a mí con los andares más sexys que jamás hubiera tenido el privilegio de ver. Quitándose primero la chaqueta y luego la camisa de forma lenta, arrogante, con sus ojos oscuros clavados en mí.

Automaticamente sufrí un infarto Cardiovaginal.

*«Hace calor*

*¿Lo sientes?*

*Hace calor*

*¿Lo sientes?*

*Hace calor*

*¿Lo sientes?*

*Hace calor*

*Oh, parece que estás lista para más, más, más  
Besémonos hasta quedarnos desnudos.»*

Lucas era la mismísima perfección. Su amplio torso fuerte y musculoso digno de ser admirado me tenía hipnotizada y me convertí en un charco de hormonas hirviendo por su culpa.

¡Maldito, Gigoló! No tenía escapatoria, no podía correr, no podía huir. Solo estaba él y mi cuerpo pidiendo un poco de alivio a toda esa fiebre que se concentraba entre mis muslos.

—Vamos a darnos un agradable baño. Necesitas liberar tensiones —dijo

tranquilamente muy cerca de mí, con sus dedos rozando mi cuello, y una sensación feroz se retorció en mi interior.

Se movía con infinita seguridad, sin dudar lo más mínimo, producto de la prepotencia. Como si tuviese derecho a tocarme siempre que quisiera y donde quisiera, con una naturalidad abrumadora, y eso no sabía si me cabreaba más o me ponía infinitamente más caliente.

Mi corazón latía desbaratado, pensando cosas descabelladas. Y con un gemido suave y gutural, alargué mi brazo y lo agarré por la nuca para aproximarle a mí.

—Eres un capullo —musité en voz baja con nuestras bocas a un suspiro de fundirse, de introducir la lengua y poder apuñalarnos entre sí, en un beso posesivo y salvaje—. Si nos metemos juntos en esa bañera te ahogaré con mis propias manos.

La cámara no captaría ni una sola de mis palabras debido a la posición sensual y cerrada de nuestros cuerpos.

—¡Oh, venga vamos! Podemos relajarnos un poco —sonrió mostrándome sus hoyuelos—. Yo de ti me lo pensaría.

Le dediqué una mirada asesina.

—Te romperé las costillas si intentas algo.

Acarició mi piel de un modo sensual estimulando mi líbido y por un segundo quise dar rienda suelta a ese deseo que despertaba en mí.

Lujuria, gula, avaricia, pereza, ira, envidia, soberbia... ¡Joder! Lucas era como enunciar los siete pecados de la biblia. Me invitaba a adentrarme en un mundo de tentaciones en el que el placer era el hilo conductor. Estimulaba mis instintos, me empujaba a caer.

—¿Qué habrías hecho con ese calvo si no hubiera aparecido? —comentó de pronto sacándome de esa mezcla de hechizo y fascinación a la que me tenía sometida y me alejé de él entre la semipenumbra de la suite.

Su efecto sobre mí era adictivo, no podía parar de desearlo. Su aroma despertaba mi lujuria.

—Respóndeme —murmuró impaciente y tomé una bocanada de aire.

Llena de altibajos, inquieta pero sensual, llevé una mano hacia mi costado izquierdo.

—Lo habría seducido, me lo habría llevado a una habitación —Comencé a decir consciente de su escrutinio al mismo tiempo que bajaba la cremallera lateral de mi vestido—. Habría pedido unas fresas, le habría puesto una en la boca, y luego...

Recorrí su magnífico cuerpo con la mirada hasta detenerme en la bragueta de su pantalón y fui testigo de como descendía a los infiernos. Era absolutamente abismal la diferencia, el punto de contraste, que ponía Lucas tan solo con existir. Era enormemente atractivo y letal y maldita sea, deseaba provocarlo hasta tenerlo tan excitado como el acero, que estuviera ansioso por poseerme.

Deslicé con elegancia un tirante de mi vestido, después el otro, con lentitud, la respiración alterada en el descenso, y percibí como su pecho subía y bajaba con fuerza al igual que el mío. En silencio, tiré hacia abajo de la tela para dejarlo a mis pies y sus pupilas se oscurecieron con un halo peligroso cuando mi Versace caer al suelo.

Mi corazón no dejaba de golpear contra mi pecho y con el pulso acelerado, salí del círculo que había formado mi vestido.

—Siéntate —dije casi desnuda, obviando su pregunta, y tensó la mandíbula—. Ahora —le ordené con una firmeza que me sorprendió.

Vi como ladeaba la cabeza y se fijaba en mis ligeros rojos.

Todo su cuerpo se tensó como si se enfrentara a un difícil reto.

El color más sofisticado se imprimía con pasión sobre mi piel dotándome de un imponente aire a lo «femme fatale» y escuché como tomaba una profunda inhalación.

—¿Te gusta como me quedan los ligeros? —Me mordí el labio inferior juguetona y empecé a caminar hacia él.

Nuestras miradas se encontraron y sus ojos me poseyeron.

Se sentó en un sillón próximo a la cama sin dejar de contemplarme, dentro del campo visual de una de las cámaras, y su pose masculina me volvió loca. Su cuerpo, su rostro, su esencia, era un auténtico cóctel de sexualidad.

Los ojos oscuros de Lucas ardían sobre mí. Notaba su impaciencia por saber que le habría hecho al calvo y sonreí victoriosa. No podía negar que me encantaba ver como cada parte de su poderoso cuerpo, flexible y fuerte, elegante y peligroso, capaz de derrotar peleando a otra persona o incluso matar me obedecía.

Con un halo de misterio me acerqué a él cálida y sensual en ropa interior, como si fuera la fruta más tentadora, la manzana roja, perfumada para embriagar sus sentidos. Y sin miedo a nada, decidida, llena de seguridad, levanté mi pierna derecha, puse mi altísimo stiletto rojo encima de la bragueta de su pantalón y me incliné hacia su rostro.

—¿Sabes que le habría hecho al calvo después de ponerle una fresa en la boca? Lo habría detenido por solicitar mis servicios como prostituta —dije muy

bajito, a escasos milímetros de sus labios con una amplia e inocente sonrisa, y su respuesta no fue la que me esperaba.

Bueno, más bien la respuesta que no esperaba fue notar como crecía algo duro e inconfundible debajo de mi stiletto. De repente, todos los poros de mi cuerpo despertaron. Mi posición me ofrecía una visión de Lucas descamisado, totalmente irresistible. Se le marcaban todos los músculos como un motor de ocho cilindros y un intenso deseo creció en mi interior hirviendo mis entrañas.

—Ese hombre habría dado lo que fuera por acariciar tu piel. Eres el símbolo del deseo prohibido.

Estaba tan cerca que inhalaba el aire que Lucas exhalaba. Sentía su advertencia, el peligro, la pasión...Y mis nervios se hicieron jirones tratando de frenar los pensamientos que revoloteaban por mi mente.

—No puedo dejar de mirarte, y sé que no debo. Por que si sigo haciéndolo tendré que besarte —susurró con voz ronca incorporándose un poco, y su confesión me estremeció de pies a cabeza.

Rezumaba una sexualidad magnética, una belleza suprema difícil de resistir.

—Ni se te ocurra hacerlo —dije agitada por su mirada más intimidante que nunca sin una pizca de burla y traté de quitar el pie.

—¿Tienes miedo al deseo que despierto en ti?

Se me paró el corazón cuando con un movimiento rápido una de sus grandes manos agarró mi tobillo con fuerza. Me puse en alerta máxima de inmediato.

—¡Qué sabrás tú de mi deseo! —La adrenalina me inundó a la velocidad del rayo—. Precisamente me provocas todo lo contrario.

Su mirada desbocaba mi corazón, pero lo cubrí con un fingido resoplido de exasperación.

¡Mierda! La cámara nos enfocaba de lleno. Si le gritaba todo lo que me moría por decirle a la cara o quitaba mi pie de forma brusca echaría al traste mi plan con Petrov. No tenía escapatoria. ¡Estaba jodidamente jodida! Mi pie se peleaba con su mano en una dura lucha «oculta» mientras él anulaba mis intentos de alejar mi stiletto de su provocadora zona. El efecto de cara al exterior, visto desde la cámara sería casi sexual.

—Me gustaría averiguar si eres tan salvaje como aparentas o un tímido intento de la clásica mujer fatal —me provocó con gran dosis de irreverencia y lo desafié con la mirada en una revolución silenciosa.

A pesar de mis esfuerzos por aislar mi corazón ante sus provocaciones,

Lucas se encargó inmediatamente después de prender un deseo grandioso que se extendió por todo mi cuerpo como una bola de fuego. Subió su mano hacia arriba, despacio, recorriendo mi pierna con suavidad. Deslizó la palma por la parte interior de mi muslo y mi respiración se congeló cuando lo apretó como si quisiera cobrarse un impulso que mitigara su sed de mí.

—Te romperé la nariz ahora mismo si intentas algo más—dije con tranquilidad a veinte centímetros de su rostro y sonrió.

—Mmm Romanticismo reeditado con una fuerte carga sexual.

El muy descarado sonrió de un modo sexy, condenadamente sexy, y experimenté un conflicto de tipo vital.

*¡Ay, Deus!* Era la imagen viva de la masculinidad. Sentía sus manos contra mi piel, la tensión de su cuerpo, su mirada... Me producía tal reacción química que me tenía temblando. ¿De dónde iba a sacar fuerzas para luchar contra el deseo que me llevaba a galope en una dirección que no quería seguir?

Y como sino pudiera empeorar más mi situación se escuchó el sonido de una cerradura y pasé en un segundo de estar de pie frente a Lucas a estar tumbada en la cama, con él encima de mí. Agarrada a sus amplios hombros con cada célula de mi ser prendida en llamas ante la sensación de tener su espléndido y sólido torso desnudo, su musculatura definida, su duro abdomen pegado a mí.

—¿Petrov tiene llave? —dije en un hilo de voz, debatiéndome si debía apartarlo.

—Sí. —respondió con un suave murmullo, y sentí un escalofrío de miedo, mezclado de vil deseo por tenerlo encima de mí.

¡Joder! Que el cuerpo de Lucas era como de otro planeta a sus cuarenta años era algo que ya sabía, pero tener «en vivo y en directo» esas abdominales pegadas a mi piel, era harina de otro costal.

Entonces, sin esperarlo, con los codos apoyados sobre el colchón, se deslizó hacia arriba como un depredador. Presionó su pelvis contra mí de un modo indecente y sentí una violenta sacudida de placer en mi estómago al advertir que tenía su pantalón desabrochado. Todo mi cuerpo se estremeció por el contacto del tremendo bulto que tenía duro como el acero debajo de la fina tela de su bóxer.

—Si te vuelves a mover así, no respondo —suspiré mientras le clavaba las uñas en sus hombros.

—¿Por qué? —preguntó mirándome fijamente con sus ojos oscuros.

Notaba su innegable excitación, su erección palpitante entre mis piernas, y mi mente entró en conflicto cuando pegó su frente a la mía y repitió el sensual y



cruel movimiento robándome un profundo gemido involuntario.

—No te gusta... —ronroneó caliente e incitante—, ¿esto?

Movía sus caderas creando una deliciosa fricción y lo miré con un arrebató furioso que no pude ocultar.

—No me gusta nada.

Mis pezones sensibles y adoloridos por que su experta boca los mordisqueara, jugueteara con ellos, se endurecieron traicionándome y se clavaron a través de mi ropa interior contra su pecho.

—Tu cuerpo no opina lo mismo —hizo una risa suave, un sonido masculino de satisfacción desde lo más profundo de su garganta y tomé una respiración fuerte—. Quedémonos así. Puede entrar alguien en cualquier momento.

Su mirada era como una oscura marea que me desvanecía bajo su cuerpo.

Sus suaves labios, carnosos y perturbadores, enteramente sensuales, a milímetros de los míos me tentaban a querer devorar su boca y supe que no podría quedarme en esa posición por mucho tiempo. Lo deseaba demasiado. Toda mi vida, toda mi sensata razón se me iba con cada balanceo de su pelvis. Trazaba unos expertos círculos con sus caderas que me mataban de placer.

—Apártate, o no respondo —susurré y apenas reconocí mi propia voz. Las palabras salieron de mi boca desbordadas, exhalando mi excitación.

Quería que me tocara. Quería sentir su duro miembro sedoso y ardiente dentro de mí, desnudo, sin nada entre nosotros. Quería que me hiciera temblar de la cabeza a los pies. Notaba mis bragas empapadas. Un movimiento más de su pelvis, un roce más de toda la longitud de su gruesa polla contra mi coño y derribaría todas mis defensas.

—No. —murmuró cabreado—. ¡Joder, diez minutos más!

Su polla presionó otra vez el punto exacto donde se concentraba mi deseo, restregándose contra mí como un esbelto y poderoso animal y gimoteé, moviéndome ahora también de forma acompasada con él.

—¿Diez minutos más? —suspiré incapaz de detener mi deseo y escuché como maldecía.

El descontrol se arremolinaba dentro de mí con cada ondulación de sus músculos y excitada, mis piernas rodearon su cintura al borde del límite cuando lamió mi labio inferior con una arrolladora sexualidad. Una corriente de sensaciones se disparó a través de mi cuerpo. ¡Deus! Los labios de Lucas prometían delicias sin límites. Odiaba las veces que durante los últimos años había fantaseado con sus besos. Quería que me besara de una vez. Pero incluso

mientras pensaba esto, mi cabeza ya estaba girando como por instinto de supervivencia para evitar que sus deliciosos labios atraparan los míos.

—¡Mierda! ¿Por qué tienes que ser tan inoportuna? —rugió y lo miré con mi aliento atrapado entre mis pulmones y mis labios.

—¿Perdona? —dije con incredulidad.

Mi cuerpo caliente y excitado descendió unos cuantos grados y puse las palmas de mis manos en su pecho para empujarlo.

¿Inoportuna yo? ¿Qué se creía...? De repente, la puerta de la Suite se abrió de golpe y mis entrañas se retorcieron inmediatamente al oír la inconfundible voz fría e impersonal de Sasha con su acento ruso.

—¡Servicio de habitaciones! —gritaba desde la otra punta de la Suite, y sus facciones angelicales se transformaron en las de Cruella de Vil en cuanto descubrió nuestros cuerpos en la cama—. ¡Oh, vamos, Lucas! ¿En serio?

La despampanante rusa iba vestida con el uniforme de camarera de hotel y nos miraba boquiabierta mientras empujaba un carrito de comida.

¿Qué demonios hacía Sasha aquí y vestida de empleada? No la visualizaba limpiando el baño de nadie.

—¿Para esto querías que te diera tiempo? —masculló molesta clavando su maléfica mirada exclusivamente en mí y me quedé helada—. Tienes un problema muy grave con esta niña...

—¿Traes la cena? —La cortó Lucas con un peligroso tono de voz.

No lo podía creer. De pronto, todo cobraba sentido e intenté controlar mi enfado debajo del cuerpo de Lucas que me mantenía en un lujurioso encierro.

—Por supuesto que traigo la cena.

Levantó una tapa de plata y sobre el plato había una gran cantidad de dinero junto a unas piezas de fruta.

No tenía que ser muy avispada para saber la cantidad exacta.

—Perfecto, ya puedes irte —dijo despachándola con prisas y Sasha apretó los labios en una delgada línea.

La postura y la escasez de ropa no dejaba lugar a dudas de lo que había estado a punto de suceder y eso parecía que le molestaba a la rusa.

—Que te aproveche la fruta —murmuró marchándose con paso airado y capté la indirecta al vuelo.

Sentí que una inmensa calma me dominaba. Siempre me pasaba igual cuando estaba muy enfadada. Me pasaba en contadas ocasiones, pero si sucedía me convertía en una mujer terrible.

—Aunque opino que no te sentará muy bien. Es demasiado verde para ti

—Escuché su voz rabiosa cuando estaba a punto de salir de la Suite y mi agudeza mental entró en acción.

«¡Será zorra la rusa!»

Con un rápido y estudiado movimiento invertí la posición del cuerpo de Lucas en la cama y me senté a horcajadas encima de él.

—Siento tener que contradecir tus palabras —mascullé en voz alta clavando mi mirada felina en ella, que se quedó inmóvil con el pomo de la puerta en la mano—. La fruta un poco verde en su estado intermedio es más beneficiosa que la madura, que ya ha perdido casi todas sus propiedades a causa del tiempo.

Colocada de manera íntima con las rodillas a los lados de las caderas de Lucas, dominándolo, y las palmas de mis manos encima de su estómago duro como una roca, Sasha apenas podía ocultar su rabia al vernos.

—En el estado intermedio la fruta es dulce, apetitosa... nutritiva a todos los niveles —proseguí con calma sin alterar mis facciones y sus ojos relucieron como astillas de hielo antes de irse dando un portazo.

No cabía duda de que estaba celosa y experimenté un abrumador sentimiento de posesividad, pero también una gran confusión.

¿Qué tipo de relación mantenían Lucas y Sasha? Hasta el día de hoy siempre había creído que tuvieron un idilio en París. Sin embargo, que Sasha estuviera aquí en Nueva York, vestida de camarera...

¿Sería también una agente del Servicio Secreto?

Noté como unas manos recorrían mis piernas, cubiertas tan sólo por unas finas medias de seda sujetas a mis muslos por unos sexys ligeros, y bajé la mirada con los párpados entornados.

Lucas me observaba con una pequeña sonrisa pícaro y engreída en sus labios.

—Tus palabras estaban cargadas de dinamita —dijo mostrando sus dientes blancos y la travesura destelló en sus ojos oscuros al agarrar mi trasero con ambas manos.

Apretó mi culo, amasando y acariciando la redondez de mis nalgas y me dieron ganas de golpear su pecho con mis puños. Tenía ganas de rebanarlo y cortarlo en pedacitos verbalmente. Pero era consciente de las cámaras y tuve que poner mi mente en blanco un instante, un breve descanso sabático, solamente mirándolo hasta que estuviera segura de que no lo mordería en el mejor de los casos.

Lucas sacaba lo peor de mí rebajándome a un nivel primitivo.

—Deja de sonreír y deja de manosearme el culo —bisbiseé enfadada desde mi posición a espaldas de la cámara—. Fue un buen truco lo de la cerradura... El jueguito de agitar el pomo para provocar que todo se precipitara y terminara debajo de ti.

Con disimulo cerré mis dedos entorno a sus muñecas como si fueran grilletas pensando en lo inteligente que había sido. Podía apreciar como en sus astutos ojos prendía una chispa de diversión e inconfundible interés masculino.

—Si alguien entraba tenía que creer que estábamos follando —dijo en voz baja estirando su cuerpo debajo de mi con la conciencia de avivar mi placer y solté sus muñecas como si me quemaran.

—Si pudiera te daría una bofetada que te borraría esa estúpida sonrisa de la cara —susurré con la cabeza ligeramente inclinada, mirándole con fijeza—. Has jugado sucio.

—No he jugado sucio —gruñó aproximándose a mi boca y sentí el corazón en mi garganta—. Solo he aprovechado la única oportunidad que tenía para averiguar si sientes algo por mí sin la batería de reproches que sé que tienes preparada para mí.

—Pues te hubieras ahorrado toda esta escenita porque no siento nada por ti —mentí y sus ojos brillaron feroces.

Ni loca le diría lo mucho que me gustaba.

La ansiedad empezaba a dominarme y traté de apartarme de él, pero sus manos se cerraron sobre mis muslos y me mantuvieron ahí. Entonces, Lucas depósito un ávido beso con la boca abierta en la sensible área entre mi clavícula y la base de mi garganta y tosí para camuflar un gemido.

—Dime que no adviertes el calor entre nosotros. Dime que no me deseas —susurró caliente.

El roce sensual de su barba de varios días en mi mejilla cuando atrapó entre sus dientes el lóbulo de mi oreja me estremeció por completo.

—No me mueves ni un solo vello del brazo. Haz el favor de soltarme. La actuación ha terminado —conseguí decir con voz firme y modulada y sus labios rozaron a continuación la delicada piel de mi cuello.

¡Oh, Deus! Contuve otro gemido. Iba a morir calcinada.

La arrogancia de por sí no funcionaba como afrodisíaco para mí, pero la arrogancia de Lucas en particular era como un caramelo de miel andante. Una tortura de más de metro noventa, de puro músculo. Estaba segura de que poner mis labios encima de cualquier parte de su perfecta anatomía no reduciría el anhelo inexorable contra el que luchaba desde hace años. En vez de menguar

empeoraría con creces.

—Puedo sentir cuanto me deseas...

Su lengua se arrastraba por mi cuello sin darme tregua, alternando con suaves besos. Y una reacción involuntaria, demasiado intensa para ser sano me ahogó en un mar de sensaciones en el momento que movió sus caderas con una acometida llena de ímpetu, clavándome el rígido bulto de su erección contra mi sexo.

—No pararé hasta que me digas la verdad —susurró mordisqueando mi barbilla y la cabeza empezó a darme vueltas sin control.

—No te deseo —me burlé ligeramente.

¡Maldita sea! Cada poro de su magnífico cuerpo rezumaba una potente sexualidad cruda que prometía destrozarte en la cama. Sentía el deseo que irradiaba de él. Notaba el ansia que tensaba sus músculos, atento a cada «traición» de mi cuerpo, y mi cerebro gritó que huyera.

La necesidad que florecía dentro de mí estando cerca de él era preocupante. Sentía que hervía a fuego lento pegada a su cuerpo. La posesiva presión de sus manos, su olor masculino tan cargado de testosterona, el roce sensual y erótico de sus caderas, su dura polla... ¡Joder! A pesar de que mi exterior mostraba serenidad y control, en el interior una fiera rugía deseando dar rienda suelta a ese fuego. Y estupefacta por la atracción sexual irracional que sentía, me levanté de la cama de un salto con el corazón latiendo desbocado.

—Tengo que irme —dije desesperada por salir de la Suite, atusándome el pelo.

Totalmente aturdida, recogí mi vestido del suelo, me lo puse con prisas mientras me dirigía hacia el carrito donde estaba el plato con el dinero.

—Espera, no te vayas —dijo casi entre dientes con un gruñido y no le contesté.

Levanté la tapa de plata y agarré los diez mil dólares. Rezaba para llegar a la puerta con éxito.

—¡No pensarás salir sola ahí fuera! —declaró rotundamente al mismo tiempo que se abrochaba los botones de la camisa furioso y me mordí la lengua para no gritarle que yo no era asunto suyo.

Tomé mi *clutch* y me fui casi corriendo hacia la puerta de la Suite. La abrí de un modo brusco y antes de poner un pie fuera vi con estupor como la puerta se cerraba de golpe con la misma velocidad.

—Gigoló, déjame en paz. A partir de este momento continúo yo sola —siseé con la respiración agitada y guardé el dinero en mi *clutch* junto a mi

arma reglamentaria.

—No puedes continuar sola. Lo que me pides es imposible.

Lucas aplastaba su mano derecha contra la puerta presionando su cuerpo en mi espalda. No me permitía darme la vuelta y cerré los ojos con fuerza, planteándome seriamente si sacar mi arma y encañonarle con ella.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te comportas de esta forma?

Su comportamiento, la intensidad de la reacción de su cuerpo me desconcertaba.

—Me mantendré a cierta distancia de ti, pero no te quitaré los ojos de encima —habló obviando mis preguntas y enterró su cara en la curvatura de mi cuello, absorbiendo mi aroma con una profunda inhalación.

—Nunca antes había tenido tantas ganas de matar a alguien —confesé en voz baja y mi cuerpo se electrificó con el contacto de sus labios sobre mi piel.

Entonces, noté como colocaba algo alrededor de mi cuello, como lo abrochaba con dedos hábiles y sentí un revoloteo nervioso de mariposas en mi estómago.

—¿Qué estás haciendo? ¿No será lo que estoy imaginando?

Reconocí el material inmediatamente, la frialdad del cuero, y se me aflojaron las piernas. Era el collar de BDSM que se había guardado en el bolsillo.

—¡Quítame el collar! —exclamé contrariada.

—Shh... —me ordenó callar sin dejar de exhalar su respiración caliente e intensa en mi oído y mi estómago se apretó en respuesta—. Deja que te ponga este collar de consideración. Te ayudará a quitarte a los moscones de encima. Creerán que eres mi sumisa y se mantendrán alejados.

—¿Hablas en serio?

Terminó de abrochar el collar, lo cerró con una llave y el corazón me suplicó que me relajara o iba a sufrir un infarto cuando fue deslizando sus dedos por mi cuello hasta alcanzar mi punto erógeno debajo de la oreja.

—Sabes mucho del tema, ¿no? —dije abrumada.

No podía controlar la respiración e incluso mantenerme en pie me exigía toda mi capacidad de concentración y de todas mis fuerzas.

—Bastante —respondió con voz inalterable y enmudecí por la rabia.

—Claro la edad... —dije de manera irónica sin ocultar el sarcasmo y escuché como emitía una suave risa—. Debes tener mucha experiencia en el tema. Habrás pulido mucha la práctica del BDSM con los años hasta convertirlo en un arte. Las sumisas deben caer rendidas a tus pies, y nunca mejor dicho, con

tus jueguecitos de seducción.

De pronto, sentí una punzada de celos en mi interior. Unos terribles celos por imaginármelo con otras mujeres y me pregunté con cuantas habría estado a lo largo de estos años. En París me dijo que le gustaba coleccionar mujeres. Colocarlas en hilera a su total disposición. Y algo debió de detectar Lucas en mi repentino silencio que sus manos rodearon mi cintura y me giró hacia él.

Nuestros ojos se encontraron, se sostuvieron, vi como inspeccionaba mi rostro e intenté luchar contra mis celos, no reflejar ningún tipo de emoción.

—Caprichosa, ¿estás bien? —dijo en voz baja y asentí con la cabeza llena de frustración—. ¿Seguro? —frunció el ceño y subió una mano y me agarró de la barbilla—. ¿En que piensas? Habla, no te quedes callada. Prefiero que me grites o que me insultes, antes que tu silencio.

Me levantó la cara y me la sujetó con fuerza mientras clavaba sus ojos oscuros en mí. Me observaba con atención buscando un indicio de algo y entonces supe, que tenía que irme sino quería meter la pata. Su presencia removía todo un caldero de sentimientos difícil de manejar.

—Tengo que irme. Ahora sí, adiós. Nuestros caminos se separan aquí —mascullé, y su expresión se volvió muy seria.

—Ni hablar.

A pesar de la presión que ejercían sus manos logré apartarlas de mí y conseguí abrir la puerta. Nerviosa me asomé al pasillo y miré con rapidez a ambos lados. Nada más cruzar la puerta, decidí sacar el teléfono móvil del *clutch* y enviarle un mensaje de texto a Walhberg. Quería recuperar mi conexión con el exterior. Y rehusándome a mirar a Lucas por si me seguía, comencé a avanzar por la elegante alfombra del pasillo mientras tecleaba la pantalla táctil. Me urgía tener el sonido de vuelta antes de entrar de nuevo en el club. Amaba el riesgo, pero en un escenario lleno de mafiosos, mi acceso al despacho de Petrov pendía de un hilo sutil y letal sin la ayuda de mis compañeros.

Con los sentidos en alerta caminaba por el largo pasillo atenta a cualquier ruido sospechoso. Era todo un desafío cargado de riesgos el simple hecho de estar aquí, y me puse rígida, al percibir la presencia de Lucas.

—¿Qué quieres?

Él si que era un desafío peculiar para mí. El mayor y más complicado de mi vida.

—No hace falta que llames a tu «fiel» compañero Walhberg. Recuperarás el contacto con el exterior en cuanto entres de nuevo a la sala del club. Lo tengo todo controlado —dijo posicionándose a mi lado y un gruñido se escapó de mi

garganta.

—¿No te cansas de seguirme, Gigoló? —resoplé exasperada y las comisuras de sus labios se levantaron en una especie de sonrisa.

—No. Ya sabes que me gusta hacer de niñera contigo.

Se dio un leve tirón en los bordes de su elegante chaqueta para que se ajustara a su cuerpo y mis ojos lo atravesaron como rayos láser.

—A veces alucino con lo imbécil que puedes llegar a ser —mascullé indignada.

—Chhh... más respeto a tu Dominante —Sus ojos centellearon con picardía y lo miré de manera inquisitiva.

—¡Que Dominante ni que ocho cuartos! Jamás me dejaría domar por ti. En cuanto salga por la puerta del club me arrancaré el collar de consideración del cuello —murmuré enfadada conmigo misma, con Lucas, y con el mundo entero por confabularse en mi contra.

—No podrás, recuerda que yo tengo la llave —sonrió—. Veo que tengo mucho que moldear contigo... Tendré que domarte —dijo con ese aire de indolencia y serenidad que lo caracterizaba y mi corazón trastabilló.

—Yo no soy un zapato al que dar flexibilidad y holgura. Ni tampoco un caballo salvaje al que domar —espeté frunciendo los labios y di gracias al cielo por llegar al tramo de escaleras. Pronto lo perdería de vista.

—¡Dios! Te pones preciosa cuando te enfadas, ¿lo sabías? —me dijo mirándome con esos ojos oscuros que atacaban mis defensas y me enfadé todavía más conmigo misma al sentir que mi ritmo cardíaco se aceleraba.

—Deja de decir estupideces, Smith.

Sin previo aviso, se abrió la puerta de par en par donde se encontraban los dos hombres armados vigilando la entrada y la salida, quienes de inmediato se irguieron con nerviosismo al ver a Lucas.

Enarqué una ceja sorprendida.

¿Qué estaba pasando aquí?

—*Спасибо и добрый вечер, Господа* —habló Lucas con una nota extraña y afilada en su voz sin ni siquiera disimular el paso y lo miraron con respeto, incluso con una especie de temor cuando pasamos entre ambos hombres.

Considerando cuidadosamente que sabía muy poco de la vida de Lucas, podía esperarme cualquier cosa del por qué del sutil poder que ejercía sobre ellos.

Lucas caminaba como un hombre elegante y hablaba como un hombre



elegante, pero sabía que en realidad era un animal salvaje. El peligro que emanaba de él era bestial. Con su cuerpo esculpido, piel de terciopelo sobre rasgos masculinos, y esa mirada oscura, sesgada, capaz de ofrecer el paraíso a una mujer, o ejecutar a alguien sin ninguna contemplación de forma precisa y letal. Me sentía electrizada en cada nervio de mi cuerpo por el simple contacto de su mano en mi espalda.

—Recuerda que tú y yo tenemos una conversación pendiente —dijo Lucas fuera ya del alcance auditivo de los dos hombres y me tragué un pequeño gruñido.

No tenía la menor duda de que hablaríamos. Si algo lo caracterizaba era su tenaz persistencia, pero ciertamente no me apetecía escuchar algo que yo misma averigué hace años. No sé que diablos esperaba él de esa conversación.

—Nada de lo que puedas decirme me hará cambiar de opinión.

Me alegraba ferozmente de haber sido yo quien le parara los pies antes en la Suite. Me enorgullecía de la mujer en la que me había convertido, y si de algo estaba segura, era de que aunque fuera el único hombre a quien confié una parte de mi corazón en el pasado, en el presente eso no volvería a suceder.

—Escucharé tus explicaciones pero luego te irás —dije con una voluntad de acero y se detuvo justo detrás de la puerta de acceso al club.

Se giró hacia mí rodeándome con sus brazos y su mirada llena de secretos y oscuridad, de truenos que retumbaban, irrumpieron los míos condenándome a ser atraída por él.

—Oye bien lo que te voy a decir. Ve olvidándote de pedirme que me marche de tu vida porque no volveré a hacerlo —pronunció autoritario con ese borde fino de peligro en su voz y sus palabras cargadas de un convencimiento absoluto vibraron en mi interior.

—¿Por qué? —dije con un nudo muy fuerte en el estómago.

Movió su mano para acariciar mi mejilla e intenté controlar mi respiración.

—No puedo estar lejos de ti. Digamos que tú eres por así decirlo, mi misión especial —murmuró con un fuego que hervía, apenas oculto bajo la dura superficie de sus facciones y mi corazón dejó de palpar.

Una compleja sensación me invadió profundamente. Una emoción real, una pequeña esperanza. Y por un momento absolutamente demente, quise encontrar un botón que borrara de mi memoria el momento hiriente de París. Olvidar lo que escuché, lo que vi, lo que sentí...

—Me prometiste hace cinco años que no volvería a verte jamás —dije en

un hilo de voz y me aparté de él por instinto con el corazón golpeando mi esternón.

—Siento decirte que esa promesa ha caducado —respondió sin avergonzarse.

—¿Qué? No estamos hablando de un contrato —lo miré con indignación—. ¡Eres un cabrón!

En un movimiento veloz abrí la puerta del club y cerrando la puerta tras de mí, dejándolo solo, recompuse mi rostro, el gesto serio entre la multitud, por una sonrisa que me costó la misma vida dibujar en mi cara.

Sentía como me temblaban las manos.

—¿Va por mi lo de cabrón? —La voz de mi compañero Walhberg se escuchó alto y claro en mi oído y me sobresalté. Caminaba deprisa entre la gente con el pulso a una velocidad estratosférica—. Volvemos a estar en el aire, Dangelys. Cuéntame, ¿qué tal tu cita ficticia con el agente secreto Smith? ¿Tuviste que hacerle un Striptease para cobrar los diez mil? —bromeó.

«¡Ay, Walhberg! Si supieras quien es el Agente Smith, no bromearías tanto.»

Abrí la boca para hablar, pero Dimitri Petrov como si se hubiera materializado de la nada apareció delante de mí.

—Hola —Tuve que cultivar una expresión seductora en mi rostro.

—Hola Lais, estaba deseando verte de nuevo. ¿Conseguiste los diez mil en efectivo? —dijo Petrov con una sonrisa obvia y le devolví otra sonrisa tan alegre como vacía de significado en mi interior

—Sí, aquí tienes el dinero —me apresuré a decir al mismo tiempo que sacaba los billetes del *clutch* con cuidado de no mostrar mi arma.

—La verdad es que estoy gratamente sorprendido. No sabía si te ibas a atrever.

Levanté la mirada con la intención de continuar con mi plan y sentí que invadía mi espacio psíquico cierto espécimen masculino que se dirigía a la barra seguro de sí mismo. Mis ojos recorrieron al motivo de mi cabreo que iba acompañado nada más y nada menos que de Sasha vestida para matar ya sin el uniforme de camarera de hotel y le lancé puñales con los ojos.

—Vamos a ganar mucho dinero tú y yo —murmuró Petrov mientras me pasaba un brazo por la cintura y volví mi rostro hacia él.

—Eso espero —esbocé una sonrisa dulce—. Necesito con urgencia ayudar a mi madre. Ten, toma, este es mi número de teléfono —dije ofreciéndole una pequeña hoja de papel con el número y el nombre de Lais escrito a boli.

—No tienes de qué preocuparte. Estás muy bien —dijo inspeccionando primero la nota y luego a mí de arriba abajo.

—Gracias —Me retiré el pelo hacia atrás y para mi inmensa frustración vi como enfocaba su atención en mi collar.

—Vaya, pero mira que tenemos aquí —sonrió ladino—. Que interesante, que interesante...

—¿Qué es lo que te resulta tan interesante? —dije fingiendo no darme cuenta de la existencia del material de cuero que rodeaba mi cuello, y aguanté como me examinaba, la manera que sus ojos se dilataban.

—Sabes que llevas puesto un collar de sumisa, ¿no?

Estuve a punto de poner los ojos en blanco al escuchar sus palabras. ¿Tan bien había hecho mi papel de chica buena e inocente de pueblo para no saber lo que era un collar de BDSM? A regañadientes tuve que refrenar mi lengua que ardía en deseos de expresar un par de verdades.

—Ah, ¿pero este collar no es un mero adorno? —decidí continuar con mi papel de Venus venida de la América profunda.

—No. —respondió—. Este collar tiene un valor significativo en el mundo del BDSM. Tradicionalmente, cuando una sumisa obtiene un collar de un Dominante, se convierte en su posesión más valiosa. ¿Te lo puso él? —me preguntó con un reciente interés señalando a Lucas que ahora se encontraba con Sasha en un acogedor sofá en la semipenumbra del club—. Por qué si me dices que sí, conseguiste al mejor cliente de Nueva York.

—Dudo mucho que porque haya adoptado el rol de Sumisa en nuestro encuentro me convierta en su posesión más valiosa. A ese hombre se le nota de lejos que lo único que le interesa es jugar, divertirse... —dije a punto de echar humo por las orejas al ver a Sasha tonteando con él.

—Sí, claro, sobretodo en la bañera. Le encanta disfrutar del splosh.

—¿Sploh? ¿Qué es eso?

Su comentario me hizo fruncir el ceño.

—Fetichismo húmedo. Es raro que no traigas el pelo mojado...

—¡Oh, mierda! Vladimir Zakhar acaba de entrar en el restaurante —dijeron de repente Walhberg y Sheen casi al unísono en mi oído y retuve la respiración.

¿Cómo? ¿Vladimir Zakhar aquí? No, eso no podía ser posible. Savannah tenía la certeza de que no llegaría a la ciudad hasta finales de semana quise decirles, pero me quedé convenientemente callada.

—Ven, vamos a mi despacho. Te invito a tomar la copa que no pudimos

tomarnos antes. Me gustaría tener una agradable conversación contigo a solas. Hablar de negocios...

Con el brazo en mi cintura Petrov me instó a caminar y vi que Lucas fulminaba al ruso con la mirada.

Charlaba con Sasha y otra morena arrebatadora que se había unido a ellos, con las que parecía mantener una conversación muy distendida, pero sus ojos no dejaban de vigilar cada uno de mis movimientos.

—Agente Neymar, no vaya a ese despacho con Petrov. Es un riesgo demasiado alto coincidir allí con Vladimir Zakhar —dijo Sheen en tono muy serio—. Va acompañado de varios guardaespaldas. Irán equipados con innumerables pistolas y no quiero que su vida corra tanto peligro. Salga en cuanto pueda del club.

Intenté calmarme ante la inminente aparición de Vladimir Zakhar mientras caminaba junto a Petrov. Tenía que pensar en algo y pronto. Las ideas se deslizaban por mi cerebro a gran velocidad. Sin embargo, debía revisar y cotejar cada una de ellas, hasta que al fin surgió una bastante creíble.

—Dimitri, si me disculpas un momento, tengo que ir al baño. Vengo enseguida, perdona —murmuré con cierta tranquilidad sin apartar mi atención de la puerta y de los hombres que trabajaban para Petrov, a los que se les notaba inquietos. Si bien no los miraba ni una vez, no quería que me pillara desprevenida su entrada.

—Puedes usar el baño privado de mi despacho —dijo Petrov y sus dedos se apretaron en mi vestido, empujándome hacia adelante.

—Eres muy amable —susurré y maldije mentalmente.

La respuesta de huida en mi interior era ahora toda una fuerza en mi cuerpo. Mi cerebro trabajaba urgente en una vía de escape, pero entonces, me invadió un estado de indefinición mental que no me dejó pensar con claridad cuando vi que venía hacia nosotros el mismísimo Vladimir Zakhar.

La espina dorsal de la mafia era un hombre muy elegante, alto, con el pelo blanco, lucía un traje a medida y zapatos italianos. Era bastante atractivo, y a pesar de tener una edad muy avanzada desprendía un diabólico aura de maldad casi palpable que me heló la sangre.

—*Спокойной ночи, Dimitri* —Su voz masculina flotó hacia nosotros oscuro y tenebroso, con su acento ruso y Petrov se quedó inmóvil frente a él.

—Vladimir, ¿qué haces aquí? —Extendió su mano al mismo tiempo que me mantenía sujeta con el otro brazo por la cintura—. No te esperaba esta noche.

—Decidí adelantar el viaje. Tengo un asunto muy importante que resolver —comentó de forma enigmática, y la conversación aparentemente fácil alertó mis susceptibles radares.

—¿Algo de lo que deba preocuparme?

El tono enérgico en la voz de Petrov adoptó un cariz más profundo y se produjo un silencio relativamente tenso.

—Puede... —murmuró Vladimir.

Su escueta respuesta generó una reacción psicofisiológica en Petrov.

—Oleg estuvo aquí hace un rato —empezó a decir Petrov con microexpresiones faciales que no pasaron desapercibidos para mi ojo bien entrenado y agudicé mi oído—. Con tanta gente, no me enteré de su presencia hasta que lo vi entre los clientes. Vino acompañado de...

—No malgastes saliva. Ya me han informado de los detalles —cortó su explicación como una cuchillada y detecté la tensión a través del lenguaje corporal de Petrov.

«¿Por qué se ponía tan nervioso Dimitri Petrov al hablar de Oleg Zakhar?»

Entonces, los ojos de ese hombre, que yo sabía que era muy peligroso, recabaron en mí, brillaron de manera intensa al mirarme y automáticamente una señal de alarma sonó en mi cabeza.

—¿Quién es esta preciosa mujer que te acompaña? —preguntó Vladimir Zakhar con una fugaz sonrisa y cada onza de mi cuerpo se puso rígida.

—Vladimir, te presento a Lais Oliveira —dijo Petrov claramente más relajado por el cambio de tema y respiré hondo para desacelerar los latidos de mi corazón.

Ese hombre me ponía realmente nerviosa.

Miré por el rabillo del ojo a Lucas, sentado junto a Sasha y la otra mujer, con las que mantenía ahora un descarado fultreo. Un juego de seducción bastante evidente y sentí como si un invisible puño me golpeará el estómago.

—Es un placer conocerlo, señor Vladimir —Estiré la espalda, encrespándome mientras le estrechaba la mano al todopoderoso jefe de la mafia y traté de parecer indiferente.

—El placer es mío, Lais.

Lucas era un maldito estúpido que solo pensaba con sus partes. Toda esa fuerza muscular que tenía no podía dejar lugar para tener un cerebro.

«¡Ya veo como me vigilas, imbécil!»

Tensé la mandíbula sintiendo que una balazo mortal atravesaba mi pecho.

Aún así no moví ni un solo músculo de mi rostro cuando vi que todavía estrechaba la mano de Vladimir Zakhar vigorosamente.

—¡Ay, perdón! —me disculpé genuina soltando su mano de inmediato y sonrió.

Claramente había rebasado el límite de tiempo normal de lo que se considera un apretón de manos formal.

—Por un momento pensé que tendría que llamar a los bomberos para liberar mi mano —dijo con aire desenfadado, pero la sonrisa con la que me obsequiaba me alarmó.

No le llegaba ni por asomo a los ojos, y como si la tensión de mi cuerpo fuera en consonancia con mi teléfono, este empezó a sonar de forma escandalosa dentro de mi *clutch*.

—Si me disculpáis, tengo que responder la llamada. Debe de ser mi madre —mentí, y aproveché para apartarme de ellos.

Sin darles opción a decir nada más, me escabullí por el club con la certeza de que ese hombre era muy peligroso, mucho más peligroso que Dimitri Petrov.

—Walhberg, eres tú quien me llama, ¿verdad? —dije con el convencimiento de que era él y eché un último vistazo a Lucas, que continuaba con su «vigilancia especial» sobre las dos lagartas.

Me daban ganas de ahorcarlo con mis propias manos.

—No, no soy yo. Pero quien quiera que sea el autor de la llamada te acaba de sacar de un buen apuro.

Saqué el móvil de mi *clutch*, que no paraba de sonar, miré la pantalla y me sorprendió ver el nombre de Sergei.

—Hola guapo, cuanto tiempo sin saber de ti —contesté cálida pero fría por dentro con una ingrata incertidumbre.

¿Sería una trampa su llamada?

—¿Qué tal estás, preciosa? —saludó al otro lado de la línea con el mismo tono alegre que recordaba y mi rostro se ensombreció.

—Bien, ¿y tú? ¿A qué debo el honor de tu llamada? Creí que se te había tragado la tierra.

Me resistía a creer que Sergei estuviera implicado en algo tan turbio.

—¿Tienes algo que hacer mañana por la noche? Te invito a tomar unas copas y a bailar como en los viejos tiempos.

—¿Qué? ¿Mañana? ¿Estás en Nueva York? —Me esforcé en parecer sorprendida.

—Sí, estoy en la ciudad —dijo riendo—. Y quiero que la brasileña más

guapa y caliente de Nueva York me lleve a aquel club al que solíamos ir cuando aún le interesaba un poco como hombre.

—Uy, no sé si quedar contigo mañana —bromeé—. No hay nada más corrosivo que un hombre despechado —me reí yo también y me dolió no poder confiar en el que había sido algo más que un simple amigo en el pasado.

En ningún momento saqué a relucir en la conversación el posible motivo de su visita a la gran manzana. Ni él tampoco preguntó por mi trabajo en el FBI. Sabía que no podía hablar con claridad, entre otras cosas porque intuía que Alimzhan Kalashov, había podido desaparecer bajo capas de hielo el chico pacífico, risueño y tranquilo que conocí en París.

Me despedí de él con una mezcla de sentimientos encontrados y me quedé de pie preguntándome si llegado el caso de ser todo cierto como reaccionaría Sergei ante una detención.

Si optaba por negarse, luchar, o huir... tendría que disparar.

*¡Oh, Deus!* Tener que hacer eso me rompería el corazón.

—Agente Neymar, debería ir pensando en salir —La voz de mi jefe golpeó mi oído bloqueando mis pensamientos y comencé a caminar hacia la puerta de salida.

Giré mi cabeza con disimulo para comprobar donde se encontraban Dimitri Petrov y Vladimir Zakhar, si continuaban en el mismo lugar, y vi como tomaban asiento en una mesa rodeados de guardaespaldas.

Por un instante, la mirada de Zakhar deambuló entre los rostros de Petrov y Lucas, que seguía con su filtrado en el puñetero sofá con Sasha y la morena y me detuve en seco.

Nuestros ojos se encontraron por un breve segundo, justo cuando la zorra de la rusa envolvía sus brazos alrededor de su cuello pegada a él. Inclina su cabeza para orientar sus labios a su boca y la adrenalina bombeó a través de mí. Quería arrancarle la cabellera como si fuera una india salvaje. A ella, a él, y también a la otra lagarta que ahora besaba su oreja con un suave contorno en su costado.

Pero eso sí, tenía claro que Lucas con su pelo corto se llevaría la peor parte. Le arrancaría los pelos de la cabeza uno a uno con una pinza de las cejas en una eterna tortura.

—Señor —susurré con la ira recorriendo mis venas.

—Dígame, Agente Neymar.

Mi cerebro zumbaba como si tuviera un enjambre de avispas.

—Señor, antes de irme del club tengo que hacer una cosa —mascullé

entre dientes planeando una histórica venganza y me fijé en un camarero que salía de la barra.

Se dirigía hacia un pasillo que supuse sería el camino para llegar al almacén o los baños de los empleados.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes que hacer? —preguntó Walhberg confuso—. Por favor, no vayas a cometer la locura de entrar en el despacho de Petrov esta noche.

Los contundentes y rápidos latidos de mi corazón eran excesivamente alarmantes cuando corrí hacia el camarero para interceptarlo.

—No puedo hablar ahora —dije agitada por el sprint—. No os preocupéis, en cinco minutos estaré fuera.

Si no me daba prisa iba a perder la estupenda oportunidad y no encontraría otra tan favorable como esta.

—Cinco minutos, agente Neymar —dijo Sheen—. Ni un minuto más.

Miré atrás para comprobar que nadie me había seguido, que ningún cliente se dirigía hacia aquí y agarré del brazo al camarero en el momento que sacaba una llave de su bolsillo.

—¿Pero qué...? —Se llevó un susto de muerte al verme.

—Hola, perdona que te haya entrado así tan de golpe, pero es que tengo un problema muy grave y necesito tu ayuda —dije con mi voz más melosa y me miró con cautela.

—¿Un problema? ¿Y cómo podría ayudarte yo? Solo estoy aquí para servir copas —murmuró con una expresión desconfiada y metió la llave en la cerradura.

—Te prometo que solo te robaré un minuto de tu tiempo —dije agarrándole de nuevo del brazo—. Por favor, es algo tan sencillo como que me prestes unos alicates.

—¿Unos alicates?

Mi petición provocó la perplejidad no solo del camarero, que me miró incrédulo, sino de Walhberg y Sheen que levantaron la voz más de lo que me habría gustado dejándome sorda.

—¿Y para que quieres unos alicates? —preguntaron al unísono intrigados y sonreí traviesa.

—Digamos que necesito quitarme algo que me produce alergia —susurré con una mirada dulce y suplicante y señalé con un dedo el objeto en cuestión.

El camarero seducido por mi voz angelical en seguida abrió la puerta, me hizo entrar al almacén, y como si fuera el rey del bricolaje cumplió con éxito la



misión que le había encomendado en un par de minutos. Después, liberada ya del cuero que rodeaba mi cuello, me marché rauda y veloz por el pasillo con un único objetivo en mente.

Entré de nuevo en la sala, agarrando con fuerza el objeto con mi mano con una mezcla entre replicante de espinas y superviviente emocional. Y cuando vi a Lucas observándome desde el sofá no pude controlar la tormenta que se desató en mi interior.

Nuestras miradas se encontraron en la semipenumbra a través de la gente y le lancé cientos de rayos por segundo mientras Petrov y Vladimir Zakhar a dos mesas de ellos continuaban enfrascados en una conversación.

Sasha no escatimaba en sonrisas, en caricias por su torso, al igual que la otra con besos en su cuello, y me sentí capaz de liberar una energía comparable a dos millones de toneladas de dinamita.

La mirada de Lucas sobre mi era ferozmente cruda y extraña, volviéndose progresivamente casi animal a cada paso que me aproximaba a él. No cabía duda de que estaba cabreado... muy cabreado. Y mis dedos apretaron el collar oculto detrás de mi espalda, preparándome para el momento clave.

Me sentía tan enfadada por su comportamiento, tan celosa, que ni una tigresa con sus garras afiladas era más letal que yo.

Mi corazón latía salvajemente, y en el instante que pasé junto a Lucas, dedicándole una sonrisa mordaz, lancé el collar desde atrás en dirección a la mesa sin que me viera nadie con un movimiento estudiado y perfecto de muñeca.

«Aquí tienes de regreso tu estúpido collar de consideración.»

El collar de BDSM impactó en los vasos que se estrellaron disparando el líquido y trozos de vidrio sobre los tres, manchando sus pies, sus ropas. Escuchaba los gritos de ellas para mi diversión y me dirigí a la salida, sin mirar una sola vez hacia atrás.

Bueno sí, miré a Lucas en una sola ocasión por encima de mi hombro antes de salir y fue profundamente gratificante para mí ver su rostro grabado en furia al rojo vivo.

«¡Chúpate esa, Gigoló!»

Su mirada fija e intensa atravesándome desde la distancia fue mi mejor incentivo para recordar como era que tenía que coser mi herida.

Me negaba a verme deambular perdida por su culpa, atrapada entre sentimientos imposibles. Yo misma me prohibiría a partir de esta misma noche recordar la sensación ardiente de sentir sus labios en mi piel, de sus cálidas manos que creaban magia con el fino roce de sus dedos en cualquier parte de mi

cuerpo. Estaba decidida a no verlo más.

Aunque tuviera la maldita certeza de que Lucas había sido creado a mi medida cuando lo tenía pegado a mi cuerpo, no hablaría a solas con él. Y no es porque le tuviera miedo, era por la sencilla razón de que no podía jugármela de nuevo. Otra escena como la de la Suite, con su perfecto rostro a centímetros del mío podía tener consecuencias fatales para mí.

Sabía que un solo empujón, avivaría mi fuego y me lanzaría a la hoguera. Comenzaría a arder sin remedio, me consumiría...

## Capítulo 3

### Peligroso

Menuda mierda de promesa me había hecho a mi misma. No podía dejar de pensar en él ni un solo condenado minuto. Todos mis pensamientos eran suyos... dóciles, como si le pertenecieran.

La ciudad de Nueva York de madrugada con su oscuridad y la predominante ausencia de personas, daba como resultado una atmósfera melancólica. Un aspecto mágico, un universo urbano que contemplaba despierta frente a una obra de ingeniería y construcción fabulosa, como era la icónica Torre reloj de Brooklyn.

Lejos del confort de mi adorada cama vigilaba la lujosa entrada de ese edificio en One Main Street, pendiente de cualquier movimiento sospechoso. La llamada de madrugada de James Romney, director del FBI a mi jefe, hizo que mi compañero Martin Wahlberg y yo nos viéramos privados de poder dormir y en consecuencia, no me podía quitar a Lucas de mi cabeza.

¿Sería quizás, por qué no había dejado de llamarme desde mi salida de Beautique?

—Bye a una noche de sueño reparador después de un interminable día —suspiré sintiéndome exhausta en una conversación neurótica conmigo misma.

Mi corpulento compañero sonrió desde su asiento del conductor.

—¿Tanto te cansaste en tu encuentro ficticio con el agente Smith?  
—pronunció con lentitud y le dirigí una mirada minuciosa después de guardar mi móvil en uno de los bolsillos de mi cazadora.

—Fingir posturas en la cama fue algo realmente agotador —murmuré, curvando mis labios en lo que esperaba fuera una sonrisa coqueta—. Imagínate, tuvimos que actuar para las cámaras que tenía instaladas Petrov.

—Pues debió ser una actuación estelar porque apareciste en la furgoneta de vigilancia ruborizada, despeinada, y con una cara de recién follada a pesar de no haber hecho nada que me puse hasta celoso.

—¡No digas tonterías! Los cambios de posición afectaron a mi peinado —mascullé tratando de suavizar mi enfado y observé a Walhberg con el deseo de terminar rápido el trabajo.

Había necesitado una ducha de agua fría al pasar por mi apartamento antes de cambiarme de ropa porque no podía controlar mis emociones. Bueno no, rectifico, había necesitado una ducha helada nivel pingüino, de esas que duelen hasta el chorro de agua al caer sobre el cuerpo porque no conseguía quitármelo de la cabeza y mucho menos de otra parte, bastante sensible, que no dejaba de palpar.

Noté que mi móvil vibraba de nuevo en mi bolsillo y lo maldije en silencio.

¿Por qué no me dejaba en paz de una puñetera vez? El recuerdo de esta noche me perseguía.

Sus ojos oscuros y penetrantes recorriendo mi cuerpo, su voz profunda y aterciopelada en mi oído, derritiéndome con sus palabras. Sus manos grandes y fuertes matándome suavemente de placer por el roce de sus dedos en mi piel. El peso de su duro cuerpo sobre el mío, moviéndose, clavándome su...

*¡Oh, meu Deus!* No podía dejar de pensar en él. No podía dejar de pensar en nuestro encuentro en la habitación. Sentía que estaba en una carrera y que no partía de cero. Mi línea de salida se marcó hace mucho tiempo atrás en Brasil, hacía ya muchos años. Y sabía que aunque pareciera una paradoja, competía contra el tiempo, porque por mucho que intentara correr, era peor huír de él con prisas.

Así que aquí estaba, sentada en un coche después de haber ido a un diner para recibir una inyección necesaria de calorías a horas intempestivas, con mi estómago retorciéndose, y con mi mente intentando frenar y equilibrar algo que mi corazón y mi sexo anhelaban pero que jamás consentiría.

Me sentía tan agobiada, tan cansada, que solo quería marcharme a mi apartamento con Samba y dormir.

Pasados unos minutos de silencio en los que Walhberg observaba la entrada del parking, puse en orden mis pensamientos volviendo a concentrarme y decidí salir del coche. Era imperativo que entrara en el edificio. Mientras mi compañero se ocupaba de la vigilancia yo accedería al penthouse, con una mochila colgada a la espalda para conectar audios y videos.

«Creemos que ahí vive uno de los Zakhar. El miembro más sombrío y perturbador. Y no es Vladimir, ni su hijo Oleg, si es lo que estás pensando», me había dicho mi jefe. «Esa familia está envuelta en una historia repleta de

enigmas, complicadas relaciones, tenemos que manejar el caso con mucho cuidado.»

Su explicación me había atrapado, marcaba un nuevo punto de partida para la investigación. Y con la cumbre de la mafia a la vuelta de la esquina me encontraba aquí con la esperanza de colocar un sistema de vigilancia en la vivienda. Queríamos grabar alguna reunión entre Vladimir Zakhar y este miembro de la familia del que no habíamos sabido nada de él hasta ahora.

Necesitábamos tener las suficientes evidencias para arrestar a Vladimir y todo su entorno más cercano. Después de ser detenidos, rápidamente con una orden para entrar en la vivienda, revisaríamos la casa mientras los técnicos sacarían las herramientas de vigilancia y vídeo. Los rusos no tardarían en enviarnos con rapidez a alguien con la vana esperanza de descubrir los aparatos de escucha del FBI.

Con mi melena despeinada por el viento, vestida con unos jeans ajustados y cazadora de cuero negra, le hice una señal con la mano a Walhberg advirtiéndole de que iba a entrar en el edificio y meneó su cabeza incrédulamente.

—Un momento, se acerca un coche a una velocidad reducida, podría ser él —gruñó, observándome con avidez y cada uno de mis sentidos se intensificó.

—Walhberg, es un taxi, no creo que sea él —murmuré moviéndome para ocultarme de la luz de los faros y pensé en los riesgos apoyada contra el coche.

Se agotaban mis posibilidades con cada minuto que transcurría y eso me impacientaba. Simplemente quería entrar, colocar el sistema de audios y vídeos e irme.

El taxi se detuvo y mi atención fue atraída por el hombre que salía del vehículo en la cuneta frente al edificio de la icónica torre reloj de Brooklyn. Era mayor, y su comportamiento denotaba que el alcohol circulaba por sus venas en un porcentaje algo superior a lo normal. Su risa intermitente al pagarle al taxista y la forma de caminar luego zigzagueando, tambaleándose por la acera con la embotada perseverancia de un borracho, era una prueba bastante evidente de su estado de embriaguez.

Dos hombres musculosos con uniformes blancos y negros salieron del edificio, caminando a grandes pasos enérgicamente hacia el hombre y lo ayudaron a entrar. Rápidamente evalué la situación, le dirigí a Walhberg una última mirada, y con una incisiva inteligencia decidí aprovechar la oportunidad y colarme en el vestíbulo sin ser vista.

Corrí como una bala hacia la puerta aún entreabierta con la intención de

acceder a las escaleras mientras introducían al hombre borracho en el ascensor. Me escondí detrás de una columna del amplio vestíbulo y desde esa posición esperé a que se cerraran las puertas. Me mantuve ahí quieta, durante unos breves segundos, pendiente de algún otro ruido, y después de corroborar que no había nadie más en el vestíbulo enfilé las escaleras arriba con la mochila a cuestas.

Subía de dos en dos los peldaños y agradecí mentalmente que no fuera un edificio relativamente alto. En unos pocos minutos llegaría al piso trece y accedería al lujoso penthouse gracias a una llave maestra que liberaría el giro de la llave sin forzarla.

Miré el ascensor desde el rellano de la escalera asegurándome de que estaba sola, y tan despacio como pude, introduje la llave. A continuación abrí la puerta y asomé la nariz en el interior de una de las propiedades más caras de la ciudad. Lo primero que vi fueron los relojes de cristal que rodeaban el apartamento por los cuatro costados.

Entorné un poco la puerta para deslizar mi cuerpo dentro y volví a cerrarla. De puntillas, con la luz apagada, procurando no hacer ruido, me acerqué al salón y me quedé boquiabierta por los enormes relojes de cristal y los increíbles techos que variaban en altura de dieciséis a cincuenta pies de alto.

«Que bien le deben ir las cosas al ruso para tener esta propiedad valorada en unos dieciocho millones de dólares», pensé mirando alrededor y dejé la mochila en el suelo, cerca de uno de los sofás.

La luz de la luna entraba por uno de los relojes de Cristal, proyectando un diseño extraño de luz y oscuridad sobre mi cuerpo. Alumbraba de forma débil y ligera toda la planta, lo suficiente para trabajar sin problemas.

Me agaché y rápidamente saqué del interior de la mochila todo el equipo de sistema de audio y vídeo. Quería terminar lo antes posible, así que me puse manos a la obra. Coloqué con habilidad la primera de las dos cámaras con la funcionalidad de audio integrado con micrófono en un mueble cercano a la mesa del salón. Su amplio ángulo de visión nos permitiría abarcar la estancia entera por lo que era ideal. Tenía varias tomas de entrada de micrófono y situé otro lo más cerca posible a la fuente de sonido para poder reducir el ruido. Cuando terminé, sin querer perder más tiempo, subí las escaleras y empecé a explorar todas y cada una de las habitaciones en busca del dichoso estudio. Necesitaba colocar la otra cámara allí.

«Joder, ¿dónde está el estudio?»

Caminaba de prisa, esforzándome en no pensar en nada que no me despistara y aspiré profundamente una bocanada de aire para tranquilizarme en

el instante que distinguí un cuadro en el pasillo.

Me detuve en seco.

—¿Qué hace aquí un retrato de...?

No pude terminar la frase de la impresión.

En un silencio desconcertante me acerqué al retrato intentando racionalizar, encajar todo en mi mente, pero no era una tarea sencilla.

Con los labios repentinamente reseco y la lengua pegada al paladar contemplaba la imagen de la mujer que sonreía feliz en el retrato. Miles de preguntas y teorías se agolparon en mi cabeza como una atronadora sinfonía de palabras. Y en esa línea estaba, en esa honda trayectoria en busca de posibles respuestas, cuando desvié la mirada hacia la derecha, precisamente donde se encontraba el estudio, por algo que llamó mi atención.

La fotografía de otra mujer que me resultaba muy familiar.

—¿Pero qué está pasando aquí? —susurré llena de ansiedad.

La luz era escasa en esa estancia, debido a unas tupidas cortinas que cubrían las ventanas, pero en cuanto entré dentro del estudio mi corazón cayó en picado hasta los dedos de mis pies al darme cuenta de quien era la dueña del rostro femenino de la enorme fotografía que colgaba de una de las paredes del estudio.

—¡Oh, maldita sea, soy yo! ¿Qué significa esto? ¿Por qué tiene una foto mía? —dije impactada frente a la imagen.

Recordaba perfectamente el día en que fue tomada esa fotografía y las pulsaciones se me dispararon.

Solté la cámara de vigilancia en la mesa del estudio con un repentino hormigueo en el cuello y me volví instintivamente al oír un sonido apagado que provenía del piso de abajo. Falsa alarma, pensé. Si hubiera llegado el mafioso ruso Walhberg me habría avisado por teléfono, ¿no?

De repente, el sonido de unos pasos subiendo las escaleras me obligó a ocultarme detrás de la cortina y me quedé inmóvil. Una silueta masculina entró poco después en el estudio, quedándose en el centro con aire pensativo, y contuve la respiración.

¡Mierda! Había dejado la cámara en la mesa.

El corazón me bombeaba muy rápido y con cuidado de no hacer ningún ruido llevé mi mano derecha a la culata de mi arma. Me desplazé lentamente hacia el otro extremo de la ventana de manera que tenía el cuerpo de esa figura masculina de espaldas, a escasos metros, y respiré hondo despacio para que no me temblara el pulso si debía matarle en caso necesario.

—*капризный* —ronroneó el hombre en ruso y mi corazón se congeló.

¿Me había descubierto?

Mi cerebro vaciló en el dilema de luchar o huir.

No lo veía muy bien a través de la cortina estaba muy oscuro, pero parecía altísimo. Mediría más de metro noventa y pelear no era la opción más alentadora. Tampoco podía sacar el móvil de mi bolsillo y contactar con Walhberg para pedir ayuda. Así que procesé el hecho de que tenía que huir inmediatamente.

Ni corta ni perezosa salí de detrás de la cortina de forma sorpresiva descargando la energía necesaria para asestarle un golpe en el costado izquierdo de su caja torácica. Le di un puñetazo tan fuerte contra su sólido cuerpo que dejó escapar un siseo entre sus dientes al mismo tiempo que se doblaba sin aliento.

Aproveché la oportunidad para correr hacia las escaleras y me puse nerviosa al comprobar que me seguía. Su mano firme me sujetó por el brazo en el último escalón y se me cayó la pistola en una alfombra del salón por culpa del forcejeo.

El pánico se apoderó de mí como una serpiente abriéndose camino a través de mi columna desde mis entrañas a mi cerebro, pero hice a un lado el miedo, y con fuerza y agilidad lancé un golpe directo a su rostro. Su cabeza se tambaleó y con seguridad supe que le había dado en los labios. Lo más probable es que las gotas de sangre salpicaran el suelo de madera. Entonces, con la respiración entrecortada le di otro golpe en el centro del núcleo de sus abdominales y corrí hacia la alfombra en busca de mi arma, tirando parte de la decoración a mi paso.

«Tengo que llegar a la pistola»

El hombre me perseguía, podía sentirlo clavándome los ojos y con un brillante movimiento tiré una estantería del salón interfiriendo en su camino. Pero de nada sirvió, me interceptó de nuevo y me empujó hacia el reloj de cristal con tanta fuerza que tuve que apoyar las manos contra el frío vidrio para amortiguar el impacto. Mi corazón latía salvajemente y realmente enfadada hice volar mi codo en cuanto lo percibí detrás de mí. Escuché como maldecía en ruso al aterrizar en su rostro y con una oleada de rabia comencé a propinarle una serie de golpes.

—¿Quién eres? ¿Por qué tienes una foto del día de mi graduación en tu estudio? —dije con un tono muy fuerte mientras intentaba derribarlo y no obtuve ninguna clase de respuesta.

Los movimientos elegantes, trepidantes y desconcertantes de su cuerpo



contrarrestando mis golpes con una endiablada habilidad me frustraba. Era poderoso y ocasionalmente seductor por el modo en que aplacaba mi ira. Cada gesto exudaba poder, algo oscuro, prohibido y... peligroso. Había algo hipnótico y cautivador en ver su figura en la oscuridad.

No podía descifrar el rostro del mafioso, solo el círculo del gran reloj de cristal de la pared del salón dejaba pasar la pálida luz de la luna. Apenas un tenue brillo amarillo reflejándose en algunos espejos. Y con la grave limitación de no poder anticipar sus movimientos grité de impotencia cuando pillándome desprevenida tras un golpe logró atraparme.

—¡Suéltame! Soy la agente especial Dangelys Neymar, del FBI —dije con autoridad camuflando el ligero toque de pánico en mi interior—. Mi compañero está fuera del edificio. Si no salgo en un par de minutos no tardará en venir, y sin duda en mandar refuerzos.

Con firmeza me obligó a caminar pegada a su fuerte torso y de repente, todos los poros de mi cuerpo despertaron al notar que no llevaba ninguna prenda de vestir en la parte superior. Ni chaqueta, ni camisa, camiseta... nada.

—¡Te ordeno que me sueltes! —grité encolerizada.

Apresada contra él podía sentir todos sus músculos, y con la conciencia repentina de su desnudez, comencé a agitarme con violencia.

—¿Me has oído? Si me haces daño o me matas pagarás por ello.

Con la respiración irregular, mi corazón desbocado y mis músculos aún sufriendo por el esfuerzo de la pelea, me sentía desfallecer entre los brazos de ese hombre que permanecía en silencio.

—¿No hablas mi idioma?

Confundida y ansiosa, con la urgencia de escapar, luchaba y luchaba sin parar, en un desesperado intento de soltarme. Ya no me quedaban apenas fuerzas para pelear mientras me desplazaba hacia la cocina, y la tensión de mi cuerpo se volvió implacable al captar su aroma masculino. Inhalé su piel con una inesperada necesidad, y de pronto, sin previo aviso, su olor natural a recién duchado mezclado con su perfume fresco como el océano impregnó mis pulmones, se coló dentro de mí. Su esencia me afectó al instante.

Todo el penthouse estaba a oscuras, salvo la zona de la cocina con la débil luz de una lámpara, y fue como si su aroma desbloqueara mis sentidos, como si despejara un circuito en mi interior.

Levanté la cabeza con lentitud aspirando profundamente y en cuanto nuestras miradas se encontraron me quedé sin aliento.

A punto de entrar en shock advertí dos cosas de inmediato. Las dos

absolutamente y terriblemente significativas. Uno, que este miembro de la mafia concretamente de la familia Zakhar al que le sangraba el labio era el hombre más impresionante, sexy, y hermoso que había visto en mi vida, y dos, que ya lo conocía.

Este hombre era...

—¡Lucas, por favor dime que me has seguido! Dime que no vives aquí —murmuré tensa, incapaz de comprender el giro bizarro de los acontecimientos.

Mi cerebro parecía resistirse a tramitar el hecho de que Lucas estaba recién duchado, a medio vestir, en una vivienda que se suponía era de un miembro de la mafia... un Zakhar.

—Te he atraído hacia mí a propósito porque sabía que no me darías la oportunidad de hablar contigo después de lo que ha pasado en el club de Petrov. Tus argumentos sobre las circunstancias son convincentes y justos, pero...

—¿Me tendiste una trampa? —lo interrumpí enfadada y luché por zafarme de sus brazos—. Dime tu nombre real ahora mismo.

Vestido únicamente con unos pantalones negros, con el labio herido, sangrando, lucía salvajemente masculino.

—Mi nombre real es Lucas Smith y soy agente del servicio secreto de los EEUU, pero si lo que quieres saber es quien soy en realidad, te contaré que mi padre biológico es Oleg Zakhar y que el país que me vio nacer fue Rusia —masculló con una expresión insondable en sus ojos, y la incredulidad y la conmoción se apoderaron de las facciones de mi rostro.

—¿Entonces es cierto? ¿Eres un Zakhar? ¿Por qué nunca me has contado la verdad? ¿Por qué me has mentido durante todos estos años? —pregunté en voz baja y urgente e intenté controlar mi respiración agitada—. Me embaucaste a mí y a mi familia con mentiras, fingiendo ser otro hombre. Durante toda mi vida he creído que eras otra persona... No eras real.

Lo miré de manera inquisitiva mientras una docena de recuerdos relampagueaban a través de mi mente.

—Dangelys, contigo siempre he sido real —Su voz descendió a un ronroneo íntimo y su mirada electrizó mis terminaciones nerviosas.

—¡Más bien, dirás que siempre has sido un imbécil! —Lo atajé al tiempo que me apartaba de él y me dirigí al salón para recoger mi arma de la alfombra—. ¿Qué quieres ahora de mí? ¿No fue suficiente la humillación sufrida por tu parte en París? ¿Por qué me hiciste creer en aquel ascensor que me deseabas? Te burlaste de mí con tu amiguita Sasha.

Su expresión cambio en un segundo a una enteramente de sorpresa.

—¿Con Sasha? No sé de que me hablas.

Si quería enfriar mis sentimientos solo debía dar una ojeada a mi pasado y mi corazón regresaría a una condición dolorosa.

—¿Qué no sabes de que te hablo? —dije serenamente pero con una intensidad mortífera y el dolor resurgió en mi pecho—. Recuerdo como si fuera ayer cada palabra que le dijiste a tu ligue en aquel Club de París la noche antes de la boda de Chloe y Gaël. «Jamás me fijaría en una niña. Dangelys solo es una millonaria caprichosa, una niña de papá acostumbrada a que se lo den todo. Sasha, deberías saber que no me van las niñas que aún juegan con muñecas» —Lo imité herida desde lo más profundo de mi ser—. En esa conversación también me enteré de tu gran mentira —murmuré con una furia apenas contenida—. Desde hace cinco años sé que eres agente secreto.

—¿Desde hace cinco años? —jadeó totalmente sorprendido y el recuerdo acuchilló mi corazón.

—Sí, ¿te sorprende?

Humillada, me sentía emocionalmente estúpida. Estúpida, por que mi cuerpo me había traicionado esta noche dejando que casi me besara un hombre que no merecía nada de mí.

—¿Y qué hacías tú esa noche en aquel Club? ¡Joder! Se suponía que estabas en la despedida de soltera de Chloe —masculló cabreado—. ¿Por qué fuiste?

—Tenía diecinueve años, era joven, fui al club porque sabía que estarías allí. Tenía la ilusión de... —hice una pausa irritada— ¿Sabes qué? No quiero hablar más contigo. ¡Que te follen, Lucas! —le grité enfadada y comencé a correr hacia la puerta de la calle entre cristales rotos, trozos de porcelana, muebles partidos por la mitad o incluso fragmentados.

—¡Dangelys! Espera —gritó Lucas, corriendo detrás de mí.

Todo crujía, chirriaba bajo mis zapatos en mi huida desesperada. Intentaba abrirme paso cuando de pronto mi cuerpo se aplastó contra la pared. Sentí como sus dedos me agarraban con fuerza de la cintura. El ligero roce de peligro aún continuaba en el aire y cuando me dio la vuelta observé el fuego crepitar en su mirada.

—Lo que oíste en aquel club sobre ti, no fue cierto. Mentí por una razón muy importante. En aquella época yo no podía contarte nada, no podía ser sincero contigo. ¡Maldita sea! Como tú bien has dicho antes, eras joven. Tenías tan sólo diecinueve años y yo... —vaciló con el aliento entrecortado un instante antes de proseguir—. Dangelys, no sabes lo que es vivir rodeado de gente que se

presta a vivir una vida de un arma, con un arma, para un arma, pensando desde un arma, pendiente de que cometa un mínimo error para ir a por mí.

Nos mirábamos fijamente de manera intensa. Su varonil rostro apenas a unos centímetros del mío y me concentré en verme segura de mi misma. Sin embargo, cuando inclinó su cabeza y sus ojos descendieron hacia mi boca cada célula de mi cuerpo se encendió.

—Caprichosa, no comerte la puta boca está consumiendo toda mi maldita energía —dijo con una suavidad peligrosa sobre mis labios y un estremecimiento se disparó a través de mi columna vertebral—. Sé que es mejor para los dos no estar juntos, pero no puedo evitar buscarte, desearte...

*¡Meu Deus!* No quería que me besara, pero me moría por sentir sus carnosos labios sobre los míos. Sentir como se apretaría su boca contra la mía. El sabor de su lengua, enredándose... Sabía que el podría saciar mis deseos por completo, y que yo podría saciar los suyos, pero ese pensamiento que se fue directamente a mi húmedo sexo, también me llevó a otro y lo miré furiosa en un silencio decidido.

Él era un mujeriego, un seductor, un mentiroso.

—Si no te importa debo irme mi compañero me espera en el coche. Es muy tarde, hemos hablado que es lo que querías y aunque no me apetecía porque me has tendido una trampa, te he escuchado. Pero ya es suficiente, al menos para mí. —mascullé con aplomo clavando mis ojos en los suyos y apreté la mandíbula.

—¿No sientes nada por mí? —preguntó mirándome con fiereza, con esos ojos maravillosos que estaban a punto de tirar al suelo mis defensas.

Negué con la cabeza.

—Gigoló, no siento absolutamente nada por ti —susurré.

—No mientas —murmuró con gesto impenetrable y tragué saliva—. No pretendas hacerme creer que tú no sientes nada por mí. ¿Tengo que recordarte lo que sucedió entre nosotros en París? ¿Lo que ha pasado esta noche en la habitación de Beautique? La reacción de tu cuerpo ante mis caricias es más que evidente —exhaló su cálido aliento sobre mis labios y traté de ignorar la necesidad inmensa de mi cuerpo y el anhelo de mi corazón—. Déjame tentarte... Déjame recorrer tu piel como hice en aquel ascensor de París. Sé que te provooco, sé que me deseas.

*¡Oh, Deus!* Las vibraciones de su voz provocaban oleadas de placer por todo mi cuerpo. Advertía su duro bulto oculto tras sus pantalones en mi estómago, completamente excitado, y mi mente entró en conflicto.

—Esta charla ha terminado. No estoy para que me tomes el pelo —dije aparentando impasibilidad mientras intentaba apartarme de él y me atravesó con sus ojos oscuros.

—No dejaré que te vayas. Hay algo entre nosotros, y no son imaginaciones mías —murmuró con impaciencia y mi ritmo cardíaco se triplicó. Tan solo nos separaba un centímetro de aire.

—No hay nada entre nosotros. Yo no te deseo —declaré rotundamente y sus manos se encogieron alrededor de mis caderas.

—¡Basta ya! Deja de mentirme —masculló entre dientes con un tono lleno de autoridad, y su actitud segura y decidida, junto con la sensación de tener su torso masculino pegado a mí me arrastró al borde del infarto—. Sea lo que sea lo que intentas demostrarte a ti misma, será mejor que lo pares. Tú de aquí no te vas hasta que seas sincera conmigo.

¡Joder! En las sombras, su cara varonil y cincelada era impresionante. Mi corazón martilleaba furioso, y con rebeldía, me deshice de su férreo agarre y lo apunté con el arma en el pecho.

—Te lo digo en serio, deja que me vaya —siseé alterada, presionando la punta contra su sólido cuerpo.

Las ventanas de su nariz se dilataron.

—No, no lo haré —inspiró hondo—. Y aunque te sonrojes de ira seré el aire que atraviese tus pulmones —gruñó con una determinación absoluta arrebátandome la pistola.

A continuación la lanzó lejos.

—Lucas... —Separé los labios en un jadeo.

El arma rebotó en el suelo.

Apretándome contra su poderoso cuerpo, me obligó a retroceder hasta chocar con mi espalda en la pared, y antes de que contraatacara enterró sus manos en mi pelo y atrapó mi boca en un beso duro, famélico, hiriente. Metió su lengua caliente casi con violencia, dejando escapar un sonido animal y hambriento, y fue tan insoportablemente sexual el momento, que pensé que moriría desintegrada.

El corte de su carnoso labio inferior sangraba y la conciencia repentina de saber que estaba saboreando su boca, su sangre, me redujo a cenizas. La cabeza me daba vueltas, era un beso real, dominante como él mismo, y mi cuerpo emplezó a sublevarse. Ya no podía fingir que no lo deseaba. Lo deseaba tanto, que mis manos dejaron de obedecerme para tomar ellas el control.

Mareada de excitación gemí deslizando mis manos ávidamente por su

hombros desnudos, durísimos, por sus pectorales, subiendo después hacia su nuca, y en el instante que lo hice, profundizó el beso con mordiscos eróticos, atrapando y tirando de mi labio inferior y de mi pelo con fuerza, dominándome.

Lucas no besaba, simplemente reclamaba una propiedad. Lamía, mordía, succionaba... su boca era electrizante. Acariciaba ágilmente mis labios sin misericordia, saboreándome con lengüetazos expertos, generando una tormenta de sensaciones en mi interior.

—¡Dios! Eres preciosa. Estoy obsesionado contigo como nunca lo he estado por ninguna otra mujer —susurró con los ojos brillantes de lujuria mientras trazaba con la yema de su pulgar mis labios hinchados por el beso y se me atascó la respiración.

Estaba perdida. Perdida en él, en el timbre grave y varonil de su voz. En la promesa sensual de sus ojos. Me sentía drogada por su sabor.

Con su mirada de una elevada carga sexual fija en la mía, presionó su pulgar contra mis dientes inferiores, forzando mi boca a abrirse más y sujetando después mi rostro con sus manos, volvió a capturar mis labios en un beso lento y profundo. Nuestras respiraciones eran ahora muy fuertes, un eco la una de la otra. La mía, fiera, jadeante, y la suya como un rugido, casi salvaje. Empujaba su dura polla contra mi coño, tentándome con la presión de su enorme erección en mi zona más sensible, e irremediabilmente gemía dentro de su boca, enredada en la húmeda seducción de su lengua.

Sentía que todo se desvanecía, incluso el paso del tiempo. Me tenía ardiendo de deseo. Escuchaba sus calientes gemidos, como rugía mientras me follaba literalmente la boca, y la furiosa necesidad de que me hiciera suya se adueñó de mis sentidos.

Quería tenerlo dentro de mí.

—¿Estás preparada para que te folle, Dangelys? —Su mirada impenetrable machacó mi cerebro robándome todo el control sobre mis cuerdas vocales—. Porque eso es lo que voy a hacer. Te voy a follar como no te han follado nunca —Paseó los labios por mi mandíbula, la curva de mi cuello y regresó hasta mi boca—. Serás mía, solo mía. De nadie más.

Bajó sus manos a mi culo con rapidez y me levantó como una pluma antes de presionar de nuevo su polla contra mi coño, que ya a estas alturas casi convulsionaba. ¡Joder! Necesitaba, quería y deseaba todo de él. Su cuerpo, sus secretos, sus mentiras, su pasado oscuro e incierto. Sus caricias, sus besos, sus promesas, su alma... todo. Y mi cuerpo traidor dejó que me devorara la boca como si no hubiera un mañana.

Mi corazón latía enloquecido en mis oídos. Con este beso había vuelto a mí algo que estaba resignada a prescindir. Era como si hubiera estado viviendo en blanco y negro durante cinco años y de repente, al besarlo, me asaltaran miles de colores.

No podía detener el beso, no podía apartar mis manos de sus hombros, de su cuello. No sabía como evitar que todo el deseo reprimido por años, la sofocante fiebre, corriera a rienda suelta a través de mí. La naturaleza indestructible del deseo no paraba de crecer, hasta que subió su mano derecha a mi pelo y fue como si tocara un interruptor.

—Sigues conservando el rapado lateral... —dijo en un susurro incitante.

Sus dedos rozaron la parte rapada de mi cabeza, una zona inexplorada por sus manos, ya que antes solo había agarrado mi melena con fuerza para dominarme, y una serie de recuerdos se ordenaron cronológicamente desvaneciéndome mi lujuria.

El día que me hice el radical corte de pelo con el fin de transmitirme fuerzas. El motivo del cambio tanto externo como interno. La necesidad de revelarme contra el mundo, pero en especial de él. La urgencia de tomar distancia.

Los recuerdos me desarmaron sacándome del trance en el que me había sumido Lucas con sus besos. Mis entrañas dolieron, mi corazón se tambaleó dentro de mí. Cada uno de mis sentidos se ahogaba con el pensamiento del aquí y ahora, pero no podía olvidar todo el dolor.

—¡Para, por favor! —Puse las manos en su firme pecho y lo empujé—. Tengo que irme.

Tomé distancia rápidamente entre los dos.

—¡Mierda! ¿Por qué? —Sus ojos ardían con el feroz apetito de poseerme y me apresuré a recoger mi arma del suelo y la mochila—. Dangelys, no te atrevas a insinuar que es porque no me deseas, que todo esto me lo estoy imaginando porque se perfectamente que causo el mismo efecto en ti que tú en mí.

Mis piernas no dejaban de temblar cuando agarré el pomo de la puerta del penthouse. Todo mi cuerpo sensible gritaba de deseo por él. Sin embargo, la necesidad de huir era urgente.

—¡Joder! Dangelys.

Ante mi silencio me aferró del brazo para impedir que me marchara, y enfadada y frustrada sexualmente, me giré con brusquedad.

—¿Quieres oír la verdad? —grité con el corazón desbocado—. ¿Quieres

oír la maldita verdad?

—Sí. —respondió sujetándome con fuerza.

Me costaba respirar. Una ráfaga de chispas se balanceaba entre nosotros como un devastador incendio, tan poderoso, que la necesidad de estar con él me hería en cada célula y átomo de mi cuerpo.

—Hace cinco años estuve enamorada de ti —mascullé subrayando las palabras y decirlo me causó dolor físico—. ¡Hace cinco años estuve locamente enamorada de ti como una maldita idiota! Pero tú con tus secretos, con tus mentiras, con tus gestos de «madurez» me dejaste completamente rota por dentro.

—¿Estuviste? ¿Ya no estás enamorada de mí? —Vaciló desconcertado.

Lucas me miró desde las profundidades de sus ojos negros con una expresión sombría en su rostro y contuve el aliento en mi garganta.

Su mirada me arrastraba como si tuviera magia, con una intensidad que me imposibilitaba para ver, oír, y entender el mundo que me rodeaba. Imprimía tal huella en mí, que anulaba algún tipo de atracción que hubiera podido tener por otros hombres. Cualquier comparación es odiosa, pero ahí estaba él, imponente ante mí, tentador... la turbación de los sentidos ceñido a mis pestañas, adueñándose de mi alma. Y sin duda, sabía que mis siguientes palabras serían las más difíciles que había tenido que pronunciar en mi vida.

—No estoy enamorada de ti. Tú y yo, dados los antecedentes, somos el equivalente directo a la nada más absoluta. No confío en ti, eres un Zakhar —susurré y mi corazón dolió como si le clavaran mil puñales al ver que parecía herido—. Para ser tuya debería confiar en ti, y no lo hago. Así que quiero que me dejes en paz de una vez, que me olvides. Busca a alguna de tus amiguitas para saciar tus ganas de follar.

—¿Eso es lo que quieres que haga? —Liberó mi brazo de su agarre y me estremecí con un sentimiento profundo anudado en mi pecho.

—Sí.

Mi pulso alterado, era ahora un tambor que retumbaba en mis sienes.

Nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos por un lapso de tiempo que me pareció una eternidad, y tuve que escapar de ahí antes de que le gritara que aún estaba enamorada de él. Que nunca había dejado de amarlo.

Fue todo un desafío irme del penthouse sin derrumbarme.

La sola imagen en mi mente de su cuerpo entrelazado con el de otra mujer, me daban ganas de matar a alguien. Mi estómago se retorció con la simple idea de que por ejemplo Sasha lo tocara.



Detrás de muros hechos de orgullo y coraje abandoné el edificio bajo los efectos secundarios causados por sus besos.

Walhberg me esperaba en el coche ajeno a mi ataque de ansiedad y me pasé los siguientes diez minutos hasta que me dejó en la puerta de mi casa retorciéndome en el asiento.

«Y ahora que hago, ¿eh? Que hago para salir de esta. Que hago para curar el delicado estado de mi corazón...»

Una tenue luz inundaba el salón cuando entré a mi apartamento, y en silencio, me quité los zapatos. Las cortinas parcialmente abiertas dejaban pasar la luz de la ciudad y mientras me acercaba a mi habitación, divisé la forma sombreada de Samba estirada sobre el sofá. Mi preciosa gatita leopardo que dormía plácidamente se despertó con el leve ruido de mis pasos, y una bola de emociones se agolpó en mi garganta cuando abrió los ojos.

—Hola, preciosa —musité—. Siento haberte despertado.

Con una tristeza demoledora, de insuperable cansancio, acaricié su suave pelaje y me acomodé junto a ella en el sofá.

Mi cerebro estaba agotado, en mi mente rebullía el conflicto, la sospecha, el dolor. No podía creer lo que había descubierto esta noche sobre Lucas. Mi razón quería resistirse a la evidencia, pero me veía obligada a ceder. Scott y Oleg Zakhar juntos esta noche en Beautique. La complicidad de los dos. El comportamiento de los matones al ver a Lucas. El que él tuviera una llave de la suite. La actitud de Petrov respecto a Lucas. Incluso la del mismísimo Vladimir Zakhar cuando apareció en el Club.

*¡Meu Deus!* Lucas era nieto del jefe de la mafia, Vladimir Zakhar.

La naturaleza de la realidad, aniquilaba enteramente mi confianza. Ese viejo parecía ir siempre una nariz delante del FBI. ¿Sería gracias a Lucas?

Con turbios pensamientos me levanté del sofá trastornada por las dudas y me dirigí al mueble bar para servirme una bebida escocesa. Sentía la boca seca y amarga, y las sienes me latían con fuerza debido a la falta de descanso.

Lucas había logrado ser el agente del servicio secreto que más sabía de la mafia rusa. ¿Sería un topo?, pensé mientras ponía hielo en el vaso con unas pinzas de acero inoxidable. Me serví un Johnnie Walker Red Label, observando como caía el líquido oscuro de la botella dorada, como se derramaba entre el hielo, y bebí un sorbo.

Su sabor acentuado y lleno de carácter explotó en mi paladar con la frescura de una ola, seguida por un estallido de especies aromáticas. Sabores vibrantes y ahumados que me recordaron inmediatamente a Lucas, y sentí que

moría lentamente al rescatar de mi memoria sus besos.

Cerré los ojos experimentando toda la sensación de ese momento único, y una nube de millones de mariposas se adueñaron de mi estómago. No existían palabras suficientes para describir lo increíble que había sido ese primer beso. Ni en cien millones de años conseguiría desintoxicarme del sùblime sabor de su boca.

Bebí otro sorbo, obligándome a controlar mis ardientes pensamientos y los espíritus del whisky parecieron calmarme un poco.

En mi pequeño escritorio del salón yacía una pila de fotos de Vladimir Zakhar y continué con mi reflexión. Por muchos lazos familiares que unieran a Lucas con el clan de los Zakhar, él tenía una reputación ganada por méritos propios. No podía ser el topo, ¿no?

Saqué de una carpeta un dossier de Oleg Zakhar, el padre de Lucas, y repasé el montón de fotos. En ninguna aparecía Lucas, en cambio si salía Scott en muchas de ellas y eso me intrigaba.

Serían ya las cinco de la madrugada y más allá de los problemas mis cavilaciones ya no tenían el mismo peso. Tenía que ir a dormir sino quería parecer un zombie a la mañana siguiente. Mis párpados cedían ligeros, cerrándose, mientras guardaba el montón de fotos. Las ordenaba por fechas cuando apareció una en particular, justamente de la semana pasada que no sé como se me había escapado y me quedé inmóvil.

«¡Que extraño!»

Era una fotografía borrosa, y con los ojos entrecerrados observé la imagen por simple instinto, observando con mucho detalle los rostros de Oleg Zakhar y su acompañante femenina. La imagen estaba tomada de noche, oblicuamente, sin fijar enfoque ni encuadre, como si se hubiera hecho con prisas a toda costa. Pero sin lugar a dudas podía identificar a la mujer. Aunque su rostro apareciera un tanto borroso, la cabellera se distinguía nítidamente. La visión me dejó boquiabierta.

Nerviosa agoté el contenido del vaso y me dirigí exhausta a mi habitación reflexionando sobre la identidad de la mujer de la foto. Era exactamente la misma persona del retrato del penthouse de Lucas. ¿Esa mujer sería su madre?

Agotada me puse el pijama después de guardar la foto en mi bolso y me tumbé por fin en la cama sin dejar de pensar en Lucas. Desplomada boca arriba, exhalé un prolongado suspiro extenuada por el largo día y cerré los ojos con las lágrimas pugnando por salir. Sentía como el nudo de emociones instalado en mi garganta desde hace un par de horas continuaba intacto, incluso se había

extendido con una sensación de pesadez en mi pecho.

Quería dormir, necesitada descansar. Sin embargo, presentía que mis pensamientos golpearían mi fatigada mente como un martillo un rato más, retrasando mi encuentro idílico con Morfeo. Sobretudo uno en concreto, con nombre y apellido que me arrebatava la calma, acechándome todas las noches desde hace años.

Lucas era mi ladrón de sueños de guante blanco.

## CAPÍTULO 4

### La verdad

La mayoría de las cocinas en los apartamentos neoyorkinos eran minúsculos y servían poco más que para hacer café, calentar algo en el micro o hacerse unos huevos revueltos medio dormida. Y mis problemas de vagancia culinaria se habían acentuado desde mi mudanza a Nueva York. Casi nunca cocinaba en mi apartamento. Pero el hecho de que no tuviera ni idea de cocinar, no significaba que no disfrutara del placer de una buena comida, como el desayuno que me ofrecía John, la pareja de Tara en su apartamento ubicado en la parte sureste del downtown de Manhattan, en el barrio de Financial District. Sin embargo hoy, parecía que mi apetito se había esfumado. Y todo por la mujer de rasgos delicados que tenía sentada frente a mí, la cual admiraba en silencio mientras me servía una enorme taza de café con leche. Desde sus negros y dulces ojos, a su larga cabellera oscura que normalmente llevaba recogida y que hoy lucía suelta con suaves ondas sobre sus hombros.

—Dangelys, ¿no te gusta el sándwich de huevo con tocino crujiente? Te estoy observando y apenas has probado bocado —dijo John con aire atento y desvié la mirada hacia él.

De pie, apoyado en la encimera de mármol, tomaba el café recién hecho y leía el periódico.

—El sándwich está muy bueno, pero no tengo mucho apetito —contesté francamente.

—Cariño, pareces cansada. ¿No has dormido bien?

Tara sujetó una de mis manos entre las suyas con gesto preocupado y estudié su rostro en busca de algún signo de falsedad.

—No, solo he dormido un par de horas. Le he estado dando vueltas a un asunto muy importante —hablé son sensatez y decidí ir directa al grano. No tenía sentido retrasar más el momento—. Tara, ¿tienes algo que contarme? Y cuando digo algo que contarme, no me estoy refiriendo al tema de la tienda.

Sus ojos me miraron con cierta incertidumbre y para hacer más hincapié a

mis palabras saqué la foto que llevaba en el bolso y la puse sobre la mesa. Cerca de su plato, entre las tazas de café.

—Estamos investigando a los peces gordos de la mafia rusa. Yo en concreto, estoy investigando con profundidad a Vladimir Zakhar y su hijo Oleg Zakhar... —proseguí con mi discurso—. ¿Reconoces a la mujer que sale en esta foto acompañando a Oleg Zakhar?

John se acercó a la mesa con su taza de café en la mano dominado por la curiosidad y observé a Tara que permanecía quieta, impertérrita, como si no comprendiera o no quisiera mirar hacia abajo.

—La imagen fue tomada la semana pasada a las once y media de la noche a la salida del restaurante Tao, entre Park Avenue y Madison en la calle 58 —dije mirándola con ojos serios y observé nuevamente a John como se fijaba en los rostros captados por la fotografía.

Un destello de absoluta sorpresa cruzó su mirada.

—¡Tara, que significa esto! —gritó John perplejo, levantando la fotografía y Tara entonces no pudo eludir ver la imagen de ella junto a Oleg a punto de subir en un coche.

Palideció por completo cuando sus ojos se posaron en la imagen.

—Puedo explicártelo —le dijo a John con una profunda angustia—. Lo siento mucho.

—¡No puedo creer que me hayas engañado! —exclamó ofendido—. Después de todo lo que hemos pasado juntos.

Tara comenzó a sacudir la cabeza.

—No es lo que parece...

John no dejó que se explicara. Se marchó a toda prisa de la cocina enfadado y Tara al oír la puerta de la calle se estremeció.

—Te voy a hacer una única pregunta y espero que me contestes con total sinceridad. ¿Tuviste dos hijos varones fruto del amor de juventud que te dejó el corazón destrozado? —pregunté y me resultó difícil controlar la tentación de abrazarla.

Ella continuaba con la mirada fija en el horizonte, sus ojos lucían llorosos.

—Sí, tuve dos hijos... Lucas y Scott. La bendición más grande que me pudo dar Dios —dijo emocionada con las lágrimas a punto de desbordarse y contuve el aliento.

«¡Lo sabía! Sabía que mis sospechas eran ciertas. Tara, era la mujer del retrato, era la madre de Lucas.»

—Oleg es el padre, pero John los ha criado y querido como si fueran sus

propios hijos. Oleg no los quiso lo suficiente para luchar por ellos, para abandonar la mafia por ellos. En cambio, John... —Vaciló antes de proseguir y permanecí callada—. ¡Dios mío! John no me perdonará que haya quedado con Oleg a espaldas suya —susurró con voz desesperada sin poder impedir las lágrimas—. Sabía que me arriesgaba, que podían seguir nuestros pasos, pero necesitaba averiguar una verdad que se ocultaba tras un velo de secretos total.

Las palabras escapaban de sus labios temblorosos a intervalos, exteriorizando su preocupación interna, y sujeté su mano y la miré fijamente.

—¿Qué verdad? —pregunté inquieta.

Por un momento Tara se quedó en silencio con los ojos humedecidos por las lágrimas y fui plenamente consciente que mi pregunta obtendría una respuesta desalentadora.

Tenía la creciente sensación de que su vida había sido un constante desafío.

—Que Oleg, el padre de mis hijos, mi primer amor, no fue quien ordenó matarme hace años —dijo en tono de melancolía y su voz retumbó en mi mente.

—¿Cómo? ¿Alguien intentó asesinarte y te hicieron creer que había sido Oleg Zakhar quien dio la orden? —alcé la voz impresionada—. Tara, necesito que seas sincera conmigo, que me expliques todo lo que me has ocultado. Como por ejemplo, donde y como conociste a Oleg.

—Mi historia es muy larga, Dangelys —expresó con tristeza.

—Tengo toda la mañana para escucharte —dije en forma sentenciosa.

—¿No tienes que ir a la Oficina Federal de Investigación? —cuestionó mientras me señalaba el sándwich para que le diera un bocado.

—No, ayer «alguien» me hizo trabajar hasta muy tarde. Iré después a la oficina —murmuré anulando los recuerdos del penthouse y percibí como Tara escrutaba mi mirada.

—¿Lucas?

Su semblante había cambiado, volvía a estar en su estado casi normal y entrecerré los ojos.

—Sí, Lucas. Luego hablaremos de tu hijo, ahora no —suspiré exasperada—. Tara, quiero conocer toda la verdad. Ayer no fuiste a trabajar, y en el estado en que me llamaste, creo que puedo adivinar que tu vida corría peligro. De ahí la sobreprotección de John durante todo este tiempo. Cuando abrías la tienda todas las mañanas, siempre lo llamabas para decirle que habías llegado bien y por la noche venía a buscarte a la hora del cierre, sin faltar un solo día. El que te hayas mudado a su apartamento, justo ahora, con la cumbre mafiosa en la

ciudad, no es una casualidad. Su reacción al ver la foto no ha sido por celos. Temía por tu vida, lo he visto en sus ojos.

—John... —La angustia regresó a su mirada—. Espero que regrese pronto.

—No creo que tarde en volver al apartamento.

—Yo creo que si tardará —La preocupación y la culpabilidad se reflejaban claramente en su bello rostro. De pronto, se puso seria, muy seria, mientras contemplaba la foto y advertí en ella cierta conmoción—. ¿Le has contado algo a tu jefe sobre la fotografía?

—No.

—¿Por qué? —Apartó la vista de la foto y me miró fijamente.

Ahora fui yo la que por un momento se quedó en silencio.

—Porque eres mi dependienta favorita y quiero saber la verdad —hablé con suavidad y meneó la cabeza—. Tenemos veinticuatro horas. No puedo ocultarle esta información a mi jefe durante más tiempo —añadí con pesar.

Desde el principio la había admirado y respetado. Se había ganado mi confianza, valoraba su amistad, y sentí una punzada de confusa culpabilidad al ver como palidecía.

—Si le revelas esta información al FBI, si Vladimir Zakhar se entera de que me encuentro en Nueva York, me encontrará y me matará.

Sus palabras cayeron desde lo alto como un jarro de agua fría.

—¿Y cómo puedes estar segura de que no lo sabe ya? Oleg Zakhar es su hijo, un asesino, estuviste el otro día con él, no puedes creer que... —Antes de terminar la frase, la voz de Tara me cortó en seco.

—Confío en la palabra de Scott.

—¿Scott? ¿Qué tiene que ver Scott en esto? —pronuncié su nombre, sabiendo al instante que tenía un sentido específico en todo el asunto.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza anticipándose a su respuesta.

—Mi hijo Scott fue el que descubrió la verdad. Hace años que está infiltrado en la red Zakhar. Trabaja como agente doble para Rusia por encargo de la propia Comunidad de Inteligencia, realiza actividades de contrainteligencia —susurró acercándose a mí, como haciendo una confesión y los latidos de mi corazón se aceleraron aún más.

—¿Qué? —dije asombrada—. ¿Scott es miembro de una agencia de espionaje del Gobierno de Estados Unidos?

Mi cerebro empezó a correr a mil por hora.

—Scott, es un agente de la CIA —murmuró, y me enderecé en la silla.

Recordé la información que leí en mi apartamento sobre un agente doble que había atravesado las lindes prohibidas. El espionaje norteamericano ponía en entredicho su trabajo, expresando una posible crisis identitaria y miré a Tara impactada.

—Supuestamente es un agente de las fuerzas especiales Spetsnaz del servicio de seguridad ruso —continuó explicándome—. Un oficial del grupo Alfa, pero en realidad sigue trabajando fielmente para su agencia controladora original.

—No lo puedo creer —dije contemplándola con asombro—. Por favor, cuéntame la historia de tu vida, absolutamente todo, desde el principio, y te prometo que nadie sabrá nada.

Necesitaba averiguar con urgencia la verdad sobre Tara, descubrir que había pasado con esa familia. Necesitaba saber todo lo concerniente al hombre que me quitaba el sueño y no dudé en brindarle toda mi seguridad.

Me levanté de la silla, caminé alrededor de la mesa, me puse en cuclillas y mientras tomaba sus manos expresé mi deseo de ayudarla, de protegerla.

—Tara, puedes confiar en mí, nunca te traicionaría. Por encima de todo quiero lo mejor para ti.

—Lo sé, eres una buena chica —dijo con un destello de ternura en su mirada—. Ojalá mi hijo se atreva a ser feliz, contigo. Me gustaría tenerte como nuera.

El aparentemente brusco cambio de tema me pilló por sorpresa y ante esa idea, noté que el estómago se me removía inquieto.

—Déjalo, ahora no es momento de hablar de él —Meneé la cabeza intentando recuperar mis emociones—. En serio.

Tara sonrió al advertir mi obstinado rechazo a hablar de Lucas y me incorporé con una tranquilidad que sin duda no era real.

—Después hablaremos largo y tendido del insufrible de tu hijo —farfullé al mismo tiempo que me sentaba de nuevo en la silla y acto seguido tomé un buen sorbo de mi taza de café.

—Estupendo.

Definitivamente necesitaría una buena dosis de cafeína en las venas para tratar ese tema. Seguro que me asaltaría un dolor de cabeza terrible.

—¿Cómo conociste a Oleg? —le pregunté sin darle tregua y pude observar que sus facciones cambiaron, como emergía la expresión intranquila en su rostro.

Guardó silencio, ella también tomó un sorbo de su taza de café y probó



una galleta que tenía en un plato. No sabía que me iba a contar, y cuando dejó parte de la galleta y se limpió la boca con una servilleta, yo ya estaba más que ansiosa por disolver mis dudas.

—Conocí a Oleg cuando tenía dieciocho años en una fiesta en la embajada de Estados Unidos en Moscú. El flechazo fue recíproco e instantáneo —comenzó a hablar con calma y me quedé quieta—. Pasaba las vacaciones allí. Mi padre era un ingeniero y empresario estadounidense con excelentes vínculos con autoridades del gobierno ruso. De seguida puso el grito en el cielo en cuanto se enteró de nuestra relación. Para mis padres era inconcebible que yo saliera con el hijo del jefe de la mafia Vladimir Zakhar, pero la gota que colmó el vaso fue mi embarazo. Era muy joven, acababa de graduarme, y en poco tiempo tuve que sufrir como mi padre cortaba todos los lazos que nos unía y mudarme a Rusia, donde una quinta parte del entorno de Oleg no me quería. Fue muy difícil para mí. Lo pasé realmente mal.

Se detuvo y tragó saliva. Se notaba que se le iba haciendo cada vez más difícil hablar con calma.

—La cosa se complicó más con la llegada de Scott —continuó hablando—. Oleg quería dejar la mafia por aquella época, pero Vladimir lo presionaba, le decía que su obligación era quedarse con él, cumplir con sus órdenes, y terminaba cediendo y continuaba en la organización. Balaceras, persecuciones, atentados, armas... sangre. Saber que mi marido era un asesino no fue fácil.

Estaba pálida mientras hablaba casi en susurros. Se notaba que le costaba revivir sus días oscuros.

—Me dejaba sola mucho tiempo con mis miedos y mis temores, que eran muchos. Le pedía todos los días a Dios paciencia para comprender su amor, fuerza, coraje para permanecer junto a él, hasta que decidiera abandonar la mafia. Sin embargo, pronto comprendí que las cosas no salen como uno quiere. Una noche Oleg tuvo que irse por orden de Vladimir y John vino a ocuparse de nosotros. Algo que hacía de manera habitual y...

—¿John? ¿Tú John? ¿El hombre que acaba de salir del apartamento era miembro de la mafia? —alcé la voz sorprendida.

—No. John trabajaba de agente encubierto —dijo con una sonrisa en sus labios—. Él fue la persona que me ayudó a huir de Moscú junto con mis hijos para salvarme del intento de asesinato orquestado por Vladimir Zakhar.

—Ahora comprendo muchas cosas —murmuré para mi misma.

A John no le gustaba que Tara trabajara en la tienda y mucho menos que

estuviera con extraños. Siempre se le veía en un estado de alerta constante. Recordaba cuando me lo presentó como, al estirar la mano para saludarlo, me miró detrás de sus gafas, pudiendo yo oler su desconfianza.

—Jamás olvidaré la noche que John me ayudó a escapar... Esa noche los demonios estaban sueltos —dijo después de una larga pausa, y con el corazón en un puño aguardé a que ella siguiera, a que acabara de contar lo ocurrido.

—Los asesinatos del hombre que se encargaba de la vigilancia en el jardín y la cocinera fueron el preludio de la crónica de una muerte anunciada. Un vaticinio de lo que se avecinaba si no tomaba la decisión adecuada.

Un estremecimiento me sacudió el pecho.

—Esa noche llovía muchísimo. Los niños no podían dormir por culpa de los truenos y los ladridos del perro. Recuerdo que tuvieron que pasar un par de horas hasta que cerraron sus ojos, pero yo no pude hacerlo. Cuando estaba a punto de dormirme el perro que no había dejado de ladrar por la tormenta, desapareció de escena. De pronto, se escuchó el timbre de casa y el ambiente se enrareció. Se tejió un extraño capullo de silencio a mi alrededor y noté la presencia de John en la oscuridad de la habitación. Ese momento fue trascendente. No me hizo falta hacerle ninguna pregunta para saber lo que estaba pasando y decidí ser valiente por mis hijos.

Escuchaba con atención todo lo que me explicaba y no me quedaba la menor duda de que Tara a pesar de su aspecto elegante y delicado era un ser extraordinariamente fuerte.

—Esquivamos al sicario saliendo por el tejado, asumiendo las terribles consecuencias si algo fallaba en la caída. Aterrada, tuve que ver como John descendía por un árbol con Lucas aferrado y asustado a su espalda, y luego lanzar yo desde arriba a Scott, que era apenas un bebé. Lloro nada más de acordarme del peligro que pasaron mis hijos. Del miedo que pasó Lucas en la huida... Mi niño precioso, solo tenía cinco años.

Me miraba con una gran capa de dolor en sus ojos, con lágrimas a punto de derramarse y se me formó un nudo en la garganta. El repentino peso de su realidad y su pena me golpeó en el centro del corazón al oír de sus labios como había sufrido Lucas.

—Yo siempre supe que John era diferente a los demás hombres que trabajaban para Vladimir Zakhar. Él era diferente a los otros. No era un buen hombre pero tampoco era uno malo, era como el bueno de entre los malos. Y cuando esa noche me explicó quien era en realidad, que trabajaba de agente encubierto, que había oído como Vladimir ordenaba mi asesinato en presencia de

Oleg para quedarse con mis hijos, lo creí. Oleg había cambiado mucho, la clandestinidad había logrado alejarnos y Vladimir siempre hablaba con él sobre Lucas y Scott como los herederos de la mafia rusa. Quería que cuando fueran mayores se integraran en el negocio familiar, que continuaran con el legado. Y como Vladimir sabía que yo estaba en contra me quería muerta, fuera de su camino. Lo que jamás llegué a imaginar era que Oleg también estuviera detrás de esa macabra orden. Me embargó un dolor que desgarró mi corazón.

Su relato junto a los peores criminales del mundo me erizaba hasta los vellos de la nuca.

—Sabía que no me quedaban nada más que dos opciones. Quedarme a esperar la horrible muerte sumida en el miedo, o huir de Rusia acompañada de mis hijos —dijo mirándome a los ojos y su dolor se clavó en mi piel como espinas—. Nos escondimos en un piso en Moscú mientras John planeaba la huida con un amigo suyo que vivía en Sudamérica. No se fiaba ni de su propia agencia. En contextos más agresivos, mi cabeza ya tendría un precio y no quería correr ningún riesgo. Vladimir estaría furioso porque me hubiera escapado y seguro sus hombres habían salido en nuestra persecución. Fueron unos días horribles de una angustia horrorosa. Mi terrible suplicio era que nos encontraran y que me mataran, dejando a mis hijos en manos de unos asesinos.

Sus ojos llenos de lágrimas no dejaban de mirarme. Rodeados de suaves arrugas, expresaban la misma calidez y bondad de siempre. A pesar de todo, aún confiaba en ella. La respetaba y apreciaba mucho, y extendí mis manos para tomar las suyas cuando vi que le temblaban.

—¿Qué pasó después?

—Conseguimos salir del país gracias al Jet privado del amigo de John. Ese hombre, sin conocerme de nada, nos ofreció refugio en Brasil y fue como un rayo de esperanza en medio de la oscuridad.

Tara se recostó en la silla y aspiró hondo. No se oía ningún ruido en la cocina del apartamento y esperé a que me contara el resto de la historia.

—Brasil fue un sitio donde volver a respirar tranquila a pesar del peligro que corríamos —prosiguió con voz pausada—. Empezamos una nueva vida. Tuvimos que cambiar el apellido por uno más simple, más típico de la zona.

—Teixeira...

La interrumpí con voz titubeante y asintió con la cabeza.

—Sí, Teixeira —susurró con melancolía—. Sabía que nunca seríamos capaces de llevar una vida totalmente normal. Uno no se recupera nunca de algo así. Pero me negaba a que mis hijos perdieran su infancia y quedaran

condenados a vagar de país en país, como cascaras vacías. Por eso cambiamos de apellido. No quería arriesgarme a que nos descubrieran. Lucas en especial, ya había sufrido demasiado, se merecía ser feliz.

Sus ojos oscuros eran como dos pozos profundos de emociones primitivas y volví a sentir una oleada de emoción al pensar en Lucas pasando algún tipo de sufrimiento de pequeño.

—Mis hijos han crecido con la herida de saber que tenían sangre de asesinos en sus venas. Han crecido con la certeza de saber que su abuelo ordenó matarme sin ninguna clase de contemplación para quedarse con ellos. Los dos son unos grandes hombres que han sabido asumir las consecuencias de un pasado que los ha perseguido a lo largo de los años, esperando lo que el destino y la vida les deparara... Para mi son unos héroes.

Al terminar de decir las últimas palabras Tara se levantó y se acercó a la ventana. Tiró de la cinta de la persiana y la subió hasta arriba. Instintivamente miré hacia la calle, hacia la luz que se veía, y pensé en la historia de los dos hermanos. ¿En que momento sus vidas tomaron caminos distintos? ¿Desde cuando Lucas y Scott no se dirigían la palabra?

—La semana pasada Oleg me pidió perdón por no haber actuado de la manera correcta cuando Vladimir ordenó asesinarme —dijo de repente Tara, expresándose en un tono más áspero sin dejar de mirar por la ventana—. Me dijo que su padre le había contado sobre mi infidelidad con John. Algo totalmente falso. Cuando se inició todo, como aprovechábamos sus ausencias para acostarnos John y yo en nuestra propia cama. Y que los celos lo cegaron totalmente creando un monstruo en su interior cuando su padre llegó a insinuar que Scott no era en realidad su hijo, sino de John.

—¡Ese viejo es el mismísimo diablo! —exclamé furiosa—. ¿Y qué le dijiste? —me apresuré a preguntar.

—Que los errores se pagan, que no lo podía perdonar. Su obligación era protegerme y me abandonó a mi suerte —Sus rasgos se tensaron—. Eso no lo olvidaré jamás.

Observé como su rostro tenía expresiones cambiantes entre el odio y la tristeza.

—Supongo que Oleg estaría lleno de arrepentimiento, ¿no? —quise saber, consciente de que preguntaba una obviedad.

—Sí. Averiguar la verdad por boca de Scott, su propio hijo ya convertido en un adulto, desde luego, no tuvo que ser fácil para él —murmuró sin apartar la vista de la calle y con su respuesta resolvió una de mis dudas más importantes.

Quien le había quitado la venda de los ojos a Oleg.

—Puede que Dios lo perdone, incluso Scott, que no se acuerda de aquella época porque era un bebé. Pero yo no puedo, no sería sincera —continuó con voz estremecedora—. Aún así no tengo sentimientos vengativos hacia él, como si los tiene Lucas.

«¡Oh, *Deus!* Lucas...»

Cada vez que Tara pronunciaba su nombre mi corazón palpitaba de un modo precipitado.

—No tienes sentimientos vengativos hacia Oleg porque continúas enamorada de él a pesar de lo que te hizo —dijo de pronto una voz masculina a mis espaldas y ambas dimos un respingo.

—¡John, has vuelto! —La voz de Tara cobró vida.

En la puerta de la cocina como si hubiera surgido de la nada se encontraba John. El hombre no se molestó en ocultar lo que sentía por la madre de Lucas en el instante que se acercó ella deprisa para abrazarlo.

La besó de forma apasionada.

—Estar enamorado no solamente hace sentir amor sino también muchas otras emociones asociadas como placer, alegría, rencor, tristeza, celos, decepción, orgullo... Un gran etcétera ante los comportamientos o vivencias de esa persona, y siempre he sabido que tu has guardado en un rincón de tu corazón ese amor—dijo mientras acariciaba su rostro.

Tara lo miraba con intensidad a los ojos.

—¿De verdad sientes eso? ¿Crees que mi amor por Oleg continúa vivo? No puedes estar más equivocado —susurró con tranquilidad y puso su mano sobre su corazón—. Nunca supe lo que era una risa nacida desde el corazón y una mirada feliz, hasta que te conocí. Cuidaste de mí y de mis hijos sin esperar nada a cambio. Confío en ti con los ojos cerrados... John, eres el amor más real que he conocido nunca.

John miró a Tara recorriendo cada centímetro de su rostro con sus ojos gastados por los años y sentí como todas aquellas palabras calaban en mi interior.

La melodía de mi móvil comenzó a sonar de manera estridente rompiendo el momento romántico y rápidamente me disculpé.

—Lo siento —dije en voz baja.

Me levanté de la silla y extraje mi teléfono del bolsillo trasero de mi pantalón. Contemplé la pantalla y con una cara de decepción que apenas logré disimular, me marché de la cocina para hablar con más intimidad.

El autor de la llamada no era Lucas, y me sorprendió que no me hiciera ninguna gracia. Deseaba oír su voz. Me sentía vacía, no había sabido nada de él desde mi soberbia salida del penthouse.

¿Habría tomado mi sugerencia al pie de la letra? pensé, con la sombra de la duda y los celos fragmentando mi corazón. La incertidumbre me producía una sensación de desasosiego insoportable.

Agobiada deslicé el dedo por la pantalla para responder y acerqué mi teléfono a la oreja. La llamada era de un teléfono desconocido. Saludé de una forma cordial a quien fuera que estuviera al otro lado de la línea y transcurridos unos segundos escuché la voz pausada de Dimitri Petrov.

—Lais, que placer escucharte de nuevo. Solo el oír tu voz, ya basta para alegrarme la mañana —dijo en tono seductor con su habitual encanto y parpadeó varias veces seguidas con confusión.

Le había dado mi número de teléfono el día anterior, pero no pensaba que me buscaría tan rápido.

—Hola, Dimitri. ¿A que debo el honor de tu llamada? —hablé con toda la candidez y bondad del mundo mientras me preguntaba que rayos querría de mí.

Sentí que cada músculo de mi cuerpo se tensaba y se preparaba para lo que tuviera que decirme a continuación.

—Te llamaba porque mañana a las seis de la tarde tienes que venir a Beautique. Un fotógrafo profesional te realizará una sesión de fotos en una de las suites. No tienes que preocuparte por la ropa interior y los complementos, vendrá una estilista a...

—¿Vas a hacerme unas fotos para publicitarme en alguna página web? —lo interrumpí, bruscamente.

¡Mierda! Lo que me faltaba, una sesión de fotos erótica.

—Sí, claro. Por supuesto —comentó con indolente frialdad—. Eres una nueva incorporación y debes aparecer en la web. ¿Algún problema?

El carácter frío de Petrov salió a relucir y apreté los labios hasta formar una delgada y tensa línea.

—No, ningún problema —susurré incómoda y sujeté con fuerza el móvil—. Estaré allí a las seis.

—Muy bien. Tengo que generar riqueza contigo cuanto antes —dijo en tono irónico, pero con un aire gélido y cínico de trasfondo. Una sensación de rabia empezó a bullir en mi interior—. Te adelanto que tienes una cita con un cliente mañana mismo a las diez de la noche.

Me quedé rígida.

—¿Mañana? —pregunté con el estómago repentinamente encogido.

—Sí, te daré todos los datos de la cita antes de la sesión de fotos. La contratación incluye sexo —murmuró el ruso y eso me dejó muda—. Nos vemos mañana, Lais.

«¡Maldito cabrón! Acabaré contigo tarde o temprano y darás con tus huesos en la cárcel por tus asuntos sucios.»

—Adiós, Dimitri —murmuré entre dientes y corté la llamada.

John apareció en el salón, pasó por mi lado con expresión ausente y contemplé como entraba en una de las habitaciones del apartamento.

Desapasionado, distante, elegante, extremadamente inteligente, lo suyo en Rusia fue un trabajo de una afinación absoluta para salvar y evacuar del país a Tara y sus hijos.

Tuvo que ser muy complicado y no porque fuera duro desde el punto de vista dramático, sino por la forma de abandonar el país. No solicitar ayuda a la agencia para la que trabajaba me demostraba su carácter frío y analítico, pero también que lo más probable era que ya estuviera enamorado de Tara en aquella época. Claramente las barreras que como agente tenía que levantar para mantener separadas su faceta profesional y su vida personal se derrumbaron con ella.

Miré la pantalla del móvil antes de guardármelo en el bolsillo trasero del pantalón y vi que tenía un mensaje de Sergei en el buzón de voz.

Con curiosidad, escuché su mensaje en el que me pedía disculpas por no poder quedar conmigo esta noche, transmitiéndome sensación de frialdad. Me quedé en silencio, preguntándome por el motivo de su cancelación y, tras unos segundos sacando conclusiones, busqué en mi lista de contactos el número de Marc Sheen.

Una vez localizado le di al botón de llamada.

—Agente Neymar, ¿alguna novedad? —contestó inmediatamente.

—Digamos que sí, Señor —murmuré—. Sergei Kalashov acaba de cancelar la cita que teníamos prevista esta noche. Lo más probable es que se reuna con su padre o con Petrov. Pienso que debería seguirlo, observar sus movimientos y ver si nos lleva hasta Vladimir Zakhar —le sugerí fría y decidida.

—Tú no puedes seguirlo, lo hará otra persona —dijo sin preámbulos—. Por tu seguridad te recomiendo no asomar la nariz.

—No soy de las que se puede quedar de brazos cruzados —me quejé—. Quiero ser yo quien lo siga.

—No. Es una orden. Ese hombre podría descubrirla delante de Petrov y

dinamitar su doble identidad —dijo con seriedad—. Debe desconfiar de ese policía francés, no menospreciarlo, podría ser peligroso.

—Señor, no puede dejarme al margen —insistí.

—Agente Neymar, tómese la noche libre —sentenció, y su contundente orden tuvo por respuesta un silencio mortal por mi parte—. ¿Alguna cosa más?

Por el rabillo del ojo vi que Tara entraba en el salón y le lancé una mirada furtiva.

—Sí. —dije en tono seco—. Dimitri Petrov me acaba de llamar por teléfono. Quiere que vaya mañana a Beautique para que un fotógrafo me realice un reportaje medio desnuda. Y si nada lo impide, después tendré una cita con un cliente que incluye sexo.

El tono de mi voz conllevaba cierta ironía. Sin embargo, cuando mi mirada se cruzó con la de Tara, noté que la expresión de su rostro era alarmante.

—Estamos a un solo paso de dar un duro golpe al crimen organizado. En varios días es la cumbre mafiosa donde llevaremos a cabo la redada contra el clan de los Zakhar y no quiero que nada los alerte —continuó hablando Sheen y no tenía que ser clarividente para saber porque me lo decía—. Hemos seguido sus pasos durante meses, logrado algunas grabaciones, pero necesitamos más pruebas.

—Más pruebas, o que Dimitri Petrov relate uno a uno todos los crímenes en los que ha participado Vladimir Zakhar —murmuré con firmeza y reparé en como Tara palidecía aún más por segundos.

—No creo que Petrov se atreva a delatar al viejo Zakhar. Son una sociedad que vive según sus propias reglas, como una hermandad. Sus colaboradores son leales. Necesito que consiga mañana información comprometedor sobre la vida privada y financiera de Dimitri Petrov —me dijo Sheen y sus palabras reverberaron como un eco en mi cabeza.

—Muy bien, pero quiero ir sola, sin micros —dije con los nervios a flor de piel—. Recuerde que todo se puede ir al traste porque cabe la posibilidad de que exista un «topo» que trabaje a sueldo para Zakhar. Necesito que la conversación que estamos manteniendo se quede entre nosotros.

No me quedaba otra elección. Tendría que ir a Beautique sola y por supuesto a la cita con el cliente.

Me sentía profundamente preocupada que ese «topo» fuera real y que me delatara en un mundo tan peligroso como la mafia. Sino me habían descubierto ya lo harían pronto y tenía que mantener esa pequeña ventaja sobre ellos. No quería poner sobreaviso a la banda de criminales de que se preparaba algo gordo.



—La lucha contra el crimen es más intensa que nunca. Un «topo» entre nosotros, abriría una brecha muy grave en la seguridad del país —hablé con inquietud.

—Es la traición más grave —se apresuró a decir Sheen y aspiré una bocanada de aire.

Era una situación muy compleja y difícil para mí.

Guardé mi móvil en el bolsillo trasero del pantalón cuando finalicé la conversación con Sheen. Un desasosiego me recorría el cuerpo. Titubeando, alcé la vista para mirar a Tara que permanecía inmóvil frente a mí.

—Lucas no va a permitir que arriesgues tu vida —susurró extremadamente pálida y suspiré ofuscada.

—Él no es el único al que le gusta la aventura —repuse esbozando una mueca—. No te preocupes, todo saldrá bien.

Me dirigí a la cocina y Tara siguió mis pasos

—¿Sabes que eres una testaruda? —murmuró y arqueé una de mis cejas.

—Igual que tu hijo —atajé con una sonrisa y le di un último sorbo a mi café que ya estaba helado.

—No puedes confiar en Dimitri Petrov y mucho menos subestimar a Vladimir Zakhar —insistió Tara—. Tal vez estoy siendo demasiado sobreprotectora, pero hay mucho en juego. No se trata sólo de ti, sino de Lucas.

—Me pregunto desde cuando me habéis estado vigilando tú y Lucas —meneé la cabeza ligeramente para despejarme y centrar mis pensamientos—. Cuando te vi por primera vez en la tienda pensé que eras alguien realmente diferente. Recuerdo tu reacción al anunciarte que estabas contratada. Tu emoción por empezar a trabajar, por iniciar una nueva etapa en tu vida. Enseguida me demostraste que eras de fiar, cada palabra y cada hecho me demostraban lo respetable, honesta y responsable que eras con tu trabajo. Lo cariñosa que eras conmigo... Quizás ese era el anzuelo. Ahora pongo en duda toda esa honestidad —dije clavando mis ojos en ella—. ¿Sabías desde el minuto uno quién era yo exactamente? Porque el triple salto mortal hacia atrás sería que me dijeras que aparte de saber quien era exactamente yo desde el principio, que le has estado haciendo de espía a Lucas.

Podía ver debajo de su pálida piel como el leve rubor crecía en sus mejillas, invadiendo también su rostro mientras decía las palabras.

—¿La sinceridad total existe en vuestra familia? No lo puedo creer —suspiré, frotándome las sienes con los dedos.

—Lamento mucho no habértelo confesado antes —dijo con una triste

sonrisa—. Él no deseaba que me acercara a ti, fui yo quien traté de alguna manera conocer a la chica de la cual había oído hablar tanto. Lucas no estaba dispuesto a arriesgarte.

—¿Arriesgarme? La sinceridad debería ser el pilar de todo. La confianza... —susurré con un repentino nudo en la garganta—. Lucas me mintió todos estos años de forma deliberada y consciente para conseguir unos objetivos.

—No. Estás muy equivocada. Lucas confeccionó una mentira perfecta para garantizar tu supervivencia. Esto no tiene nada que ver con que desconfiara de ti. Mi hijo creía que eras muy joven para asumir una vida llena de riesgos y peligros. Mantener su secreto era la mejor forma de protegerte —expresó, y sentí un grito de esperanza en mi interior, pero no sabía decidir si aferrarme a él o acallararlo para evitar mi sufrimiento.

—Pues le salió a la perfección. Su amplio catálogo de trucos y estratagemas con las mujeres actuando de Gigoló ha estado a punto de provocarme en alguna ocasión una úlcera —murmuré molesta por haber caído en su trampa.

—Mi hijo sabe que eres una mujer sensata, lista, y que una vez perdida tu confianza no será fácil recuperarte. Espero que no sea demasiado tarde para rescatar tu amor —dijo luego de esbozar una sonrisa y respiré hondo.

Mi desconfianza hacia Lucas se desvanecía por segundos.

Deseaba verlo de nuevo, tenerlo cerca. Ahora comprendía que hace cinco años era muy joven para sobrevivir a la perversidad de su mundo. Entendía que quisiera mantenerme alejada de un entorno hostil, como era la mafia. Pero por más que estuviera sufriendo, eso no significaba que no me sintiera amenazada a caer en un pozo de angustia por haberle pedido que se marchara de mi vida, que se follara a otras mujeres.

—¿Todavía lo quieres, Dangelys? —me preguntó sin rodeos.

Me observaba, escrutando con sus ojos mis sentimientos y le aguanté la mirada.

—Jamás he dejado de amarlo —reconocí sin tapujos—. Pero tengo miedo de que me haga daño. Lucas no es un hombre fácil, lleva los secretos en la sangre.

Bajé la mirada hacia la mesa, hacia la foto, y la sujeté entre mis dedos. Contemplé los gestos de Oleg y Tara, sus miradas, antes de guardarla en mi bolso.

—Mi hijo te necesita... Te necesita de verdad —dijo emocionada como si me rogara mientras yo me colgaba el bolso en el hombro, y se me encogió el

corazón—. Debido a su profesión, a las experiencias dolorosas y difíciles que ha vivido a lo largo de estos años ha creado una coraza y no permite que nadie se acerque a él. Dale tiempo para abrir su blindaje, sé que está esforzándose para sacar todas las máscaras de su interior.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada —susurré—. Tengo que irme.

Hice un gesto con la mano a modo de despedida y Tara rodeó la mesa, vino hasta mí, y tomó mi rostro con ambas manos.

—No quiero que tengas la menor duda de mi cariño hacia ti. Quiero que sepas que emprender contigo el proyecto de la tienda ha sido un modo de superación y desarrollo personal para mí. Imagínate, yo a mi edad, con todo lo que he vivido —dijo mirándome con gratitud—. Me diste la oportunidad de volverme a sentir útil y valiosa. Tú con tu alegría, con tu maravillosa personalidad me has llenado de energía y esperanza.

—Algunas mujeres cuando llegan a cierta edad se minusvaloran, se repiten que no pueden trabajar en tiendas porque han dejado de sentirse bellas, se piensan que son poco inteligentes para manejar las nuevas tecnologías, pero no hay que desanimarse. Tú eres el claro ejemplo de que con positivismo y entusiasmo se puede lograr —dije con franqueza y la besé en la mejilla.

Me rodeó con sus brazos y el sol que se filtraba por la ventana e iluminaba la cocina hizo que el abrazo fuera cálido.

—Mi cariño por ti es más fuerte de lo que te imaginas —me dijo en voz baja al oído mientras me envolvía en un maternal abrazo—. Algún día entenderás...

—¿El qué entenderé? —Fruncí el ceño sin comprender y Tara dio un paso atrás.

—Nada, vamos te acompaño a la puerta.

Deslizó su brazo bajo el mío y cruzamos el salón en dirección al recibidor.

—Dangelys, espero que me perdones por haber ejercido de espía para Lucas. En alguna ocasión ha sido por tu seguridad —murmuró de repente pasando a la carga en un tema delicado y entorné los parpados.

—Fuiste su aliada. ¿Le enviabas informes especificando el más mínimo detalle? ¿O directamente me colocabas un GPS en mi ropa? —dije mirándola de reojo.

—¡No, como crees! —exclamó—. Mis servicios como espía eran muy caseros. No creo que el servicio secreto me contrate como agente.

—De tal palo, tal astilla.

La madre de Lucas me miró con una expresión adorable que consiguió

sacarme una sonrisa.

—Un pajarito me ha dicho que tu hace unos años hiciste de GPS para vuestro amigo Isaac cuando quiso conquistar a la que es ahora su mujer —dijo a continuación y apreté los labios para no echarme a reír ante el recuerdo de aquellos días en Río de Janeiro.

El rallamiento de Nayade al ver a Isaac en la playa de Ipanema. Su sorpresa al coincidir con él en Garota de Ipanema. El encuentro «casual» entre ellos en el club de hípica de Ithanga. La noche de baile en el club Studantina. Allí se besaron por primera vez.

—La persistencia de Isaac para llevar a cabo sus encuentros fue un encomiable esfuerzo colectivo —murmuré soltando una carcajada y Tara sonrió.

—Tesón, voluntad, esfuerzo, sacrificio... ¿Verdad que valió la pena? Ahora Isaac está felizmente casado con su mujer —me miró de manera significativa y guardé silencio pensativa.

Las «inesperadas» coincidencias de los últimos días con Lucas me tenían en un delicado equilibrio entre el amor y el odio. Me había negado a pensar en esos encuentros como algo potencialmente romántico dado el riesgo. Pero ahora, después de esta reveladora conversación, mi amor y mi deseo por él era una pulsión incontrolable fruto de mi exceso de sentimientos.

Tan sumida estaba con mis pensamientos que necesité un momento para darme cuenta de que John también se encontraba en el recibidor llevando dos maletas.

—¿Os marcháis de viaje? —pregunté con incredulidad.

—Sí, nos vamos ahora mismo —respondió John, y la incertidumbre se adueño de mí.

—Pero, ¿os marcháis unos días? ¿O para siempre?

Miré a Tara a los ojos sin haberme preparado para una despedida y la tristeza de sus ojos, la pena y el dolor, se apoderaron de ella.

—No estoy segura en Nueva York. Todo aquello que algún día construí para tener una vida normal aquí ha desaparecido con la llegada a la ciudad de Vladimir Zakhar —dijo con frustración—. Creía que todo iría como una balsa, pero no, llegó mi ex suegro para derrumbarlo todo. Lo único que me queda es confiar en el destino y que Dios imparta justicia enviándolo a la cárcel.

Vislumbraba la herida de su corazón y de su alma a través de su mirada y la abracé con fuerza.

—Te prometo que meteré a Vladimir Zakhar en la cárcel.

—Nada de cárcel, mejor que se muera, que se pudra en el infierno

—masculló John mientras arrastraba una maleta junto a la puerta y saboreé su rabia.

—Tara, antes de que te marches con John necesito que me des el número de teléfono de Scott y la dirección en Nueva York en donde pueda encontrarlo. Me gustaría hablar con él.

Los engranajes en mi cabeza comenzaban a arrancar. El puzzle empezaba a encajar, el conocimiento adquirido, la sabiduría que me aportaba mi trabajo me exigía mantener una conversación con el hermano de Lucas.

Tara no dudó en darme su dirección y el número de teléfono, el cual guardé en mi agenda de contactos.

Tras un largo abrazo, me despedí de ambos dispuesta a hacer lo que fuera con tal de que Tara regresara a su vida en Nueva York. Esto dolía y no me quedaba más que seguir adelante. Mi mente divagaba, se planteaba muchas dudas, preguntas sin respuestas, cuestiones por resolver, todo parecía que fuera una auténtica locura, pero estaba preparada para aventurarme en este difícil camino.

## CAPÍTULO 5

### Aquí y ahora

«Lucas, ¿dónde estás? ¿Por qué no me has llamado aún?»

Eran las once de la noche y su nombre vino a mí sin su ego, sino como el destino. No había recibido ninguna llamada por su parte, ni tampoco ningún mensaje. Durante muchos años Lucas evitó el contacto conmigo, gastó su tiempo en juegos con otras mujeres, y yo ayer por la noche había rechazado sus deseos, sus impulsos, emociones, sexualidad...

¡Joder! ¿Y si ya no me buscaba más?

Necesitaba confiar en él. Necesitaba ver sus valores auténticos. Quería conocer su verdadera personalidad con todo lo que era. Su modo de ser, sus aspiraciones, sus aspectos más íntimos, pero quizás era demasiado tarde.

No quería engañarme a mi misma e ignorar el hecho importante de que cabía la posibilidad de que se hubiera arrepentido de seducirme en el penthouse, y di un largo suspiro de frustración.

Durante un instante, construí su imagen frente a mí, como si lo estuviera contemplando realmente, y su varonil rostro dejó una profunda huella en mi alma.

¡Maldita sea! Lo necesitaba para respirar.

Despojada de todo orgullo con el que me había vestido a lo largo de estos últimos años, había llegado el momento de luchar. Entre esa parte mía que llevaba mucho tiempo evitándolo, y la otra que emergía, que quería ser, demostrar...

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Savannah.

—¿Qué? —Parpadeé varias veces con la cuchara del postre en el aire.

—Parecías... estar en las nubes.

Mi rubia compañera con la que había quedado para cenar después del plantón de Sergei me miraba fijamente.

—No. Solo pensaba en el caso en el que estamos trabajando —mentí y me llevé a la boca mi cremoso, elegante y delicioso cheesecake de chocolate y avellanas, acompañada de fresas y cerezas.

—No has oído nada de lo que te he dicho —farfulló con fastidio mientras yo degustaba mi pedazo de cheesecake el postre emblemático de la ciudad y respiré hondo.

El ambiente en el restaurante Odeon, local pionero de Tribeca era ideal, pero se me estaba atravesando la comida. Savannah no había parado de hablar de lo mismo durante toda la velada.

—Las huellas dactilares de Lucas Teixeira no constan en ningún archivo de nuestra base de datos, no me dirás que no es extraño —insistió Savannah inclinándose hacia delante y vacilé un segundo antes de sacudir la cabeza.

—Si a te lo parece... —contesté con evasivas—. ¿Qué tal tu tarta de queso?

Me sentía incómoda y decidí probar a cambiar de tema.

—Está buena —contempló su plato, complacida—. Aunque la de la Tienda de Eileen en el barrio de Soho es mejor.

—Sí, coincido contigo. El pastel de queso de Eileen tiene una base de crema de queso y una textura suave y esponjosa que la hace insuperable.

—Pero mi preferida sigue siendo la de Junior's en Brooklyn —dijo relamiéndose los labios y sonreí.

—Sabía que mencionarías la de Junior's. La verdad es que la receta es especial —admití—. La tarta es tan cremosa que se te pega a los dientes.

—Tampoco podemos olvidarnos de las tartas de queso de Yair Ben Zaken. No son tan cremosas, pero el aroma de vainilla... ¡Umm! Buenísimas —ronroneó y mi expresión se volvió victoriosa.

Por fin había dejado de hablar de Lucas.

—La semana que viene si quieres podemos ir a cenar a Junior's, al de Grand Central Station —sugerí—. Tengo ganas de volver a probar la red velvet, que viene acompañado de aquel bizcocho rojo teñido y que se hizo famoso por la película Magnolias de acero.

—Hecho —aceptó de inmediato—. Y tenemos que ir también a cenar en el Eleven Madison Park. Es el mejor restaurante de la Gran Manzana, lo dirige el chef suizo Daniel Humm.

—Sí, ya vi la clasificación en la revista Restaurant.

Savannah y yo nos calificábamos como *foddies*, aficionadas al buen comer. Siempre en busca de los sabores más irresistibles. Recorríamos la gran

manzana con accesos exclusivos, compartiendo la pasión por la ciudad. Y claro, con tanto *foodie* por ahí suelto, estábamos inmersas en la cultura de restaurantes. Aunque la relación de Savannah con la gastronomía rozaba en ocasiones la obsesión y matizaba su personalidad casi tanto como el barrio en el que vivía o el sueldo que ganaba.

Se empeñaba en descubrir el mejor restaurante antes de que fuera imposible conseguir una reserva y así poder presumir con los amigos. En sus conversaciones informales siempre incluía preguntas del estilo, ¿has probado este o tal plato en este o tal restaurante? Afirmaba categóricamente sobre la autenticidad de cierta comida étnica o lo incomparable que era en relación con otros establecimientos parecidos. Sin embargo, esta noche, solo hablaba de Lucas. No comentaba a donde se dirigirían nuestras próximas excursiones gastronómicas, ni tampoco me aconsejaba un nuevo restaurante.

Solo Lucas, Lucas, Lucas....

—¿Te apetece un Martini antes de irnos? —preguntó Savannah y desvió la vista hacia la barra.

—No, preferiría tomar un cóctel —dije al tiempo que dejaba mi cuchara en el plato vacío.

Aliviada al fin por haber dejado de hablar de Lucas, ya que indudablemente con semejante perspectiva estaba realmente abocada al fracaso en mi intento de pasar una velada agradable.

Tenía que reconocer que me desconcertaba la desaparición de Lucas. Sufría por su ausencia de llamadas. Me costaba disimular ante Savannah mi preocupación. Cuantas más horas pasaban, más copos de nieve caían sobre mi corazón dejándome fría, al punto de querer irme a casa.

Menos mal que al cabo de un rato, nos fuimos al legendario Club Copacabana, mi lugar favorito para bailar y mi ánimo mejoró. Copa, como se conocía a este mítico Club que inspiró el tema «At the Copa» que coescribió el neoyorkino Barry Manilow y que le valió un Grammy. Ubicado en la calle 47 entre la octava y novena avenida, en el famoso sector de Times Square en Manhattan, era el lugar ideal para reducir mi estrés.

Nueva York es la ciudad que nunca duerme. Por sus calles y locales nocturnos la vida transcurre alegre y despreocupada, en paralelo a la existencia. Así era ahora y así fue entonces, en los felices veinte, en la época del Cotton Club y la Ley Seca. Y gracias a mi adorado Norberto, mi vecino y uno de los baliarines de los Copa Dancers que formaba parte de la atracción del



Copacabana superamos en un momento la larga cola de gente que esperaba para entrar en uno de los locales de moda con más historia de la ciudad.

—¡Oh my god! Como viene vestida esta noche mi bailarina empedernida del ardiente Brasil —gritó Norberto con su característico tono de voz afeminado al verme venir por la acera y recibí de inmediato toda la atención de la fila de personas.

—¿Te gusta? —dije risueña y escuché varios silbidos masculinos.

Ataviada con un mini vestido azul y negro de flecos con escote en pico y espalda descubierta que recordaba el estilo *flapper* de los años veinte, sandalias negras de tacón de aguja y mi cabellera negra suelta, no dudé en girar sobre mi propio eje, haciendo volar los flecos en todas direcciones.

—¡Estás espectacular! ¡Deslumbrante! —exclamó entusiasmado—. Pareces una chica de los años veinte.

La irreverencia de los flecos imprimía al vestido un carácter audaz y seductor, que revivía el espíritu de esos años locos.

—Me siento como una de esas mujeres de los años veinte, con la única diferencia de que en vez de a ritmo de jazz, moveré las caderas a ritmo de salsa —dije contorneando las caderas alrededor de Savannah.

—¡Para de mover los flecos! —me regañó Savannah con su vestido negro, su maquillaje perfecto y su sonrisa encantadora.

—¡No, barbie rubia! Que los mueva mucho —dijo Norberto guiándonos hacia la puerta—. Ella es la reina de la Samba y el sol —me piropeó con su voz aguda y nasal y me reí.

¡Fuera corsés! No solo los que oprimían las cinturas de las mujeres, también las sociales. Los felices años veinte fueron eso, muy felices. La liberación total de la mujer estaba a la orden del día en su comportamiento. Bebían, fumaban, conducían, desafiaban las leyes en general y escuchaban mucho jazz. Ellas eran las flappers, las que lucían faldas con menos centímetros, cortes bob, se maquillaban más de la cuenta y bailaban hasta altas horas de la madrugada, haciendo saltar los flecos de sus vestidos brillantes y metalizados. Y yo me sentía como una de esas mujeres de los años veinte ataviada con mi vestido de flecos azul eléctrico, bailando sensuales coreografías con Norberto.

El histórico y legendario Copacabana ocupaba cuatro plantas con varias pistas de baile y escenario para presentar orquestas en vivo. Con un restaurante gourmet, sala Vip en la parte superior del club, su decoración vintage recordaba el resplandor de los años cuarenta. Tenía unos preciosos murales pintados a mano en las paredes, como el famoso logo de la chica de la Copa,

recreado por el reconocido artesano Russ Elliot.

Los bailarines de los Copa Dancers formaban parte de la atracción tan suya del Copacabana y esta noche parecía que tenían una integrante más. Norberto no me permitía bajar del escenario. Provocaba mi risa con sus movimientos, contribuyendo con su personalidad a que recuperara poco a poco mi habitual alegría. Resultaba un excelente antídoto contra mis preocupaciones. La terapia perfecta para huir del estrés.

Busqué con la mirada a Savannah que se contorneaba a ritmo de salsa con un hombre en la pista de baile y llegué a la conclusión de que bailar también era beneficioso para ella. Tan seria y profesional siempre en el trabajo, se la veía llena de energía. Tenía que llevármela a Brasil en nuestras próximas vacaciones para que liberara el espíritu sensual que vivía dentro de su cuerpo.

Sería una buena ocasión para regresar a mi adorada ciudad maravillosa y divertirnos juntas. Las fiestas allí eran las mejores del mundo. Aprendería a relajarse y a divertirse. Y quien sabe, lo mismo conocía a algún brasileño que la volviera loca, como le pasó a Nayade con Isaac. Por ejemplo, uno como Marlon, con su apariencia de ídolo de rock en decadencia. Seguro que él sacaría su lado sexy, sonreí traviesa.

Definitivamente ir a Brasil, sería una buena idea.

Después de bailar vigorosamente varios temas de salsa en el escenario bajo la luz de los focos empezaba a sentirme deshidratada y le dije al oído a Norberto que iba a la barra a tomar una copa. Bailar con él era un ejercicio exigente que implicaba un gran esfuerzo físico. Tenía la boca seca.

—¡Me muero de sed! Necesito beber algo fresco. Bailar contigo equivale a dos horas y media de ejercicio aeróbico —dije resoplando—. Vuelvo enseguida.

Norberto antes de soltarme, levantó el brazo y me hizo un giro completo al ritmo de la música que me provocó una carcajada.

—No tardes mi reina de la samba y el sol —murmuró divertido.

Me lanzó un beso al aire y riendo lo cacé con mi mano antes de ir a buscar mi bolso, que se encontraba junto a la cabina del DJ. Luego, bajé los peldaños del escenario, y entre un mar de personas me encaminé hacia la barra.

Todos movían las caderas, disfrutaban de la música mientras yo me dirigía calurosa en busca del preciado líquido que quitaría mi sed. Sin pretenderlo, caminaba meciéndome al compás del tema que sonaba por los altavoces. Más de un hombre al verme quería agarrar mi cintura para bailar, pero los apartaba el

brazo con una absoluta confianza.

De ninguna manera bailaría con alguno de esos hombres. Las tácticas para ligar de algunos eran deprovable.

Llegué a la barra con éxito después de realizar un SuperSlalom gigante digno de una medalla olímpica. Sentía la música palpitándome en el pecho, el club estaba a tope de gente, y recé para que un camarero me atendiera rápido.

—¿Qué quieres tomar, preciosa? —preguntó un camarero que apareció de la nada y sonreí.

—Un cóctel mimosa guaraná —murmuré sedienta.

—Marchando —respondió el camarero, y se fue a preparar el cóctel.

«¡Vaya, que complaciente está Dios hoy!» Habría jurado que no había ningún camarero libre.

—¿Cuánto te debo? —pregunté cuando me puso el cóctel delante y saqué varios billetes de la cartera.

El camarero negó con la cabeza, agarró un trapo y limpió una mancha de la barra.

—El caballero de ahí pagó la copa —respondió con un guiño.

—¿Qué?

Con el ceño fruncido miré en la dirección que me señaló y contuve el aliento en mi garganta.

En esta vida, nada es absoluto, porque cuando menos lo esperas, en medio del desierto surge el oasis. Y ahí estaba Lucas, a unos metros de mí, extremadamente irresistible vestido con un traje negro, con su planta esbelta e impecable, de un atractivo y un misterio y profundidad en sus rasgos hipnóticos robándome el aire de los pulmones.

Le di un sorbo rápido al cóctel, y el sabor del guaraná me reconfortó, pero solo lo hizo por un breve segundo.

Su pelo negro peinado hacia atrás de forma descuidada. Sus ojos oscuros, grandes, delineados por espesas pestañas, le conferían una mirada calmada e irónica. Bajo su nariz recta, su labio superior perfilaba una sexy boca amplia y maravillosamente dibujada, cruel en el instante que sonrió, y apreté la mandíbula cabreada.

Parecía estar pasándoselo muy bien... sin mí.

La imagen de Lucas con su aspecto de hombre frío e implacable, ponía de manifiesto la gran habilidad de poder atraer bellas mujeres fácilmente y se me crisparon los nervios. Una manada de lobas merodeaba a su alrededor, movían las caderas, languidenciando por capturar su atención. Esperaban algún golpe de

suerte para disfrutar de una noche a su lado. Pero en cuanto me fijé en un tercer elemento en discordia que bailaba muy cerca de él, de origen ruso, ahí sí que mi sangre se detuvo... se congeló.

¿A que coño estaba jugando invitándome a una copa acompañado de Sasha?

La rusa vertía sobre mí su acusatoria mirada mientras sacudía su cabeza y la observé al borde mismo de la náusea cerebral. Agitaba su melena creyendo que era la reina de la pista de baile y más bien parecía una yegua golpeando el suelo con sus patas y agitando sus largas crines. Me daban ganas de vomitar de lo mal que bailaba. En cambio Lucas, parecía disfrutar con la actuación «estelar» dado que mostraba una estúpida sonrisa.

Todo lo que me dijo la noche anterior fue una mentira. Definitivamente me había equivocado con él.

Si alguien te regala su mejor engaño observa, por que a pesar de tu ofuscación, donde hay mentira subyace parte de la verdad. Y aquí la única verdad era que Lucas continuaba siendo un maldito Gigoló.

Lo fulminé con la mirada y tuve una manifestación extrema en mi imaginación a lo Ally Macbeal en la que de un modo surrealista lo partía en cachitos. Incluido por supuesto, su querido miembro. Y luego, repartía los pedazos, expulsados, a las cuatro esquinas del globo terráqueo.

¿A qué había venido con Sasha? ¿A torturarme como hacía en el pasado? ¿A restregármela por la cara?

Tras experimentar algunos de los umbrales del dolor a lo largo de los años con Lucas, podía asegurar que justo al lado del territorio del desgarró trágico, se encontraba la sed de venganza.

—¡Brindo por ti! —dije en voz alta con sus ojos ahora clavados en los míos y levanté la copa en homenaje. Sabía que no me escuchaba pero me daba igual —. ¡Brindo por el seductor más mentiroso del mundo!

El muy cabrón sonrió como si me hubiera oído y me bebí el contenido de un trago.

¡Mierda! Necesitaba liberar la rabia bailando o hallaría el modo de aplastarlo con una viga del techo.

En los altavoces comenzó a sonar los primeros acordes de Magalenha y me marché furiosa al escenario. Me volaban las ideas mientras regresaba de nuevo junto a Norberto. Me costaba tener los pies en la tierra entre el bullicio de gente.

Al pasar cerca de Savannah me hizo un gesto con la mano indicándome si

me encontraba bien, se había percatado de mi cambio de actitud, pero no del motivo. Me esforcé en sacar una sonrisa y alcé el pulgar en señal de aprobación.

—¡Quien se va a resistir a bailar este ritmo tropical que recuerda a brisa marina y caipirinhas! —gritó el DJ por el micro y todo el mundo gritó de entusiasmo.

Con una virtuosa osadía me subí al escenario y en cuanto solté el bolso cerca de la cabina del DJ, saqué a la luz mis raíces latinas con mi bailarín favorito.

—Mi preciosa brasileña enséñales a todos como se baila una samba de verdad —me habló Norberto al oído y sonreí traviesa.

La inconfundible melodía, ritmo y sonido de la samba se adueñó de mis caderas, moviendo los flecos de mi espectacular vestido, y todas las miradas se dirigieron hacia mí. Incluía la de Lucas, que ahora parecía que no «disfrutaba» tanto al verme bailar con Norberto.

«¡Haber quien tortura ahora a quién!»

La alegría, el ritmo frenético, la sensualidad. Llevaba el ritmo en la sangre y con movimientos exuberantes y pasos saltados, sin elevar demasiado, me dejé llevar por los acordes vibrantes de la canción en una danza enérgica acompañada de mi amigo. Con un pie cada vez, marcaba los tres tiempos hacia atrás y hacia adelante, intercalándolos, manteniéndome en el lugar. Desplegaba todos mis encantos sobre el escenario con sensuales movimientos de cadera, hombros y brazos bajo la atenta mirada de Lucas.

El tema me recordaba a las noches cálidas de Río con sus fiestas al amanecer. A mis playas paradisíacas, mi gente amable, las casas de colores, si cerraba los ojos podía ver mis paisajes naturales. Sin embargo, conforme avanzaba la canción, también podía sentir el tremendo torrente de energía que emanaba de Lucas.

Norberto me sostenía en una posición cerrada con su habitual deseo apasionado, y los ojos fijos y concentrados de Lucas, brillaron con una electricidad que tomaría días o semanas en disiparse.

¿Por qué me miraba con tanta fuerza?

Era como si al mirarnos, las cuatro fuerzas de la naturaleza se unificaran. Era algo tangible, profundo e intenso, a pesar de la distancia que nos separaba. La fuerza de la gravedad, la fuerza electromagnética, la fuerza nuclear fuerte, la fuerza nuclear débil... Tenía la sensación de que en cualquier momento interrumpiría mi baile con una gran explosión.

## LUCAS

Fanático del control, siempre conseguía el propósito que tenía en mente... Menos a ella. Dominaba los más intrincados aspectos de mi trabajo, pero no había nada más difícil en el mundo que lidiar con Dangelys en particular.

¡Maldita sea! Ella era todo lo que quería, era la representación más femenina de la mujer. Intensa y cálida a la vez, tenía una energía definitiva y característica que cristalizaba su potencia, dándole una personalidad arrolladora.

Hermosa, icónica, verla bailar con ese vestido azul de flecos era como un choque térmico entre olas de frío y calor. Otorgada de un refinamiento que se crionizaba con la esencia misma de la femineidad, era el balance ideal entre emociones graves y suaves, entre sutileza envolvente y fuerza clandestina, templada con una mirada felina. Irradiaba su fulgor a través de sus ojos oscuros y exóticos.

Destacaba entre todas las mujeres por su hermosura sorprendente y su sensualidad avasalladora.

¡Joder! Verla bailar Samba me hacía recordar cuando la vi por primera vez desfilando en el sambódromo con dieciocho años entre la multitud del carnaval de Río de Janeiro. Ese día dejé de percibirla como una niña angelical. Con un traje elaborado a base de plumas y muy poca tela cubriendo su espectacular cuerpo, tuve que refrenar las ganas de cargarme a media población masculina de la ciudad por como la miraban. Igual que la noche que la pillé in fraganti con el camarero en la piscina de su casa.

Esa noche me volví loco.

¡Mierda! A pesar de que mi decisión era firme en aquella época porque mi vida era demasiado peligrosa para ella. No pude evitar que mi instinto se retorciera por culpa de los celos y me metiera dentro de la piscina con traje incluido para matar al hijo de puta del camarero.

Quería ser yo el hombre que la poseyera.

En un primer instante, se sobresaltó por mi actitud agresiva. Me miraba confundida, perpleja, pero después de sacar a patadas de su casa a su amiguito se quedó observando como me dirigía hacia ella y su mirada cambió.

Natural, fresca como una flor en medio de la noche contempló como me abría la camisa, mi pecho desnudo, y percibí como sus ojos se llenaron de lujuria.

Aquella noche fue la primera vez que noté como sus ojos me devoraban como yo la devoraba a ella desde hacía tiempo. Tensa, preciosa, con su cabello largo y oscuro empapado por el agua cayendo por su espalda, recorrió con su ardiente mirada mi torso, quedándose absorta en mis abdominales, y mi cuerpo se tensó por la necesidad. Desde ese momento, no fui capaz de pensar. En mi cabeza, tocaba sus pechos con mis manos, probaba su piel húmeda con mi lengua. La tomaba, reclamaba dentro de la piscina, con una nitidez que me abrumó.

¡Joder! Dangelys no era más que una niña, una maldita niña Caprichosa. Pero mi polla no entendía de diferencia de edades y dolía dentro de mis pantalones.

Tenía sexo casi todos los días, no estaba acostumbrado a ningún tipo de abstinencia. Tenía a la mujer que quería, como quería y cuando quería. Pero todo lo que quería era a ella, y eso no podía ser.

Cabreado por estar duro como una piedra por Dangelys, entrelacé sus dedos a los míos e intenté sacarla del agua fingiendo estar en completa calma, en plan hermano mayor. Sin embargo, un hambre primitiva se abrió dentro de mí cuando vi sus descarados pechos mojados al filo del agua. Mi miembro se hinchó aún más con la visión de sus pequeños pezones erguidos y rosados a centímetros de mí. Era tan jodidamente hermosa que mis pulmones se congelaron con la visión de su cuerpo desnudo.

Quería hacerla mía... Mía.

Había visto cientos de mujeres desnudas, pero nunca una como ella. Dangelys era como un puto sueño erótico. De pie, con su mirada suplicante, casi rogándome que la besara, las gotas de agua resbalaban por sus perfectas curvas,

tan apetitosa, tan lamible... tan follable. Tenía que reconocer que verla desnuda, me ganó. A decir verdad, en todo momento desde hacía tiempo me sentí ganado por ella, por entero.

Mi corazón golpeaba mi caja torácica a un ritmo elevado por el esfuerzo de contenerme. Mi cuerpo entero quería reclamarla.

¿Qué pasaría si la hacía mía?

El aire era eléctrico. La tensión aumentaba por segundos. ¡Maldita sea! Casi podía ver la poderosa energía entre nosotros. Me incliné hacia ella un poco, dispuesto a sucumbir a la tentación, pero en el último momento retrocedí y me aparté de ella.

Mi sangre ardía en llamas, pero no iba a permitir que sucediera nada. Mi vida era demasiado complicada y peligrosa para Dangelys. Tenía que mantenerla alejada de mí. Así que me marché de allí rápido antes de que cometiera una estupidez.

Como el arte de abrir los ojos, liberé mi mirada del pasado y la movilicé en la Dangelys del presente, hecha toda una mujer, más perfecta que nunca, y cabreada como el maldito infierno gracias a mi estrategia.

De espíritu valiente, transgresora, rebelde, era la mujer más fascinante e irresistible que había conocido en mi vida. La única capaz de enloquecerme, despertar mi deseo. Encarnaba la feminidad más carnal, el más evidente descaro. Una diosa de ébano más allá de lo sexy, y me estaba matando no poder hacerla mía.

Con el rugiente fluir de la sangre en mis venas, preso y encadenado de su mirada, en este momento pedí que el cielo me perdonara. Deseaba que fuera mía, aquí y ahora... Tenía hambre de ella. Mi paladar estaba harto de tanta mujer fácil.

Le había dado un día para que digiriera toda la información sobre mi pasado. Y aunque tal vez, lo que necesitaba era un poco más de tiempo, ya no podía continuar esperando de brazos cruzados.

Otro hombre estaba tocando lo que era mío.

En silencio me tomé el Whisky de un trago y lo estampé contra la barra. Me sentía muy, pero que muy territorial con ella... Jodidamente posesivo. No quería que nadie la tocara excepto yo.

Ella era especial, ella me pertenecía... Ella era mía.



## DANGELYS

Sabía que tenía que sacarme a Lucas de la cabeza. Lo necesitaba ya, de una vez por todas. ¿Pero como eliminar de mi cabeza algo que no lograría arrancar jamás de mi corazón?

Dicen que querer olvidar es recordar para siempre y llevan toda la razón. Pretender deshacerme de mis sentimientos era una aventura que podía acabar en tragedia. Un suicidio emocional, una verdadera locura. Su presencia en el club rodeado de mujeres, en especial de Sasha, me provocaba un gran enfado. Sentía ira, celos, todo tipo de emociones que me costaba controlar.

Me sentía tan y tan cabreada con Lucas que era capaz de cometer una irresponsabilidad. Seducir a un desconocido y convertirlo en mi medicina para el despecho.

—Mi reina de la samba, si no fuera por que soy gay hace tiempo que serías mía —dijo Norberto en tono de broma ajeno a mi estado de ebullición mental y su expresión traviesa me hizo sonreír.

—¡Oh, vamos! No te creo —lo contradije—. Tendrás que buscarte a otra para que caiga en tu trampa. Recuerda que sé todo sobre ti.

—¡No te lo vas a creer, pero hace un minuto dejé de ser gay! —dijo riendo frente a mí y lo pegué en el hombro.

—¡Venga ya! —exclamé y solté una carcajada.

Menos mal que bailaba con Norberto y el brote de ira me duró lo justo gracias a sus tonterías. Comprendí que acostarme con un completo extraño sería un error.

—¡Estás tan buena que te haría un traje de saliva! —continuó con sus piropos bromeando—. Mátame si no te sirvo, pero primero pruébame. Podría sacarte de mi sucia lista de fantasías si quieres. Miedo te tendría que dar si supieras donde me cuelgo la toalla mojada y el albornoz cada vez que pienso en

ti.

No parábamos de reír.

—¡Apártate imbécil! —De súbito, la voz furiosa de Lucas surgió a nuestro lado cortando los pasos de baile y casi sufrí un paro cardíaco—. Espero que no sea cierto lo que acabo de oír, porque si no puliré el suelo del Club con tus intestinos.

Inconfundiblemente masculino, Lucas se encaró con Norberto que lo miraba perplejo.

—Lucas, mi amigo estaba bromeando —quise calmarlo, y alargué la mano para agarrar su brazo.

—¡Y una mierda bromeando! —Su voz se tornó agresiva.

En sus ojos se juntaban las peores tormentas, los peores climas.

—Tranquilo amigo, ¡relax!

Norberto cumplía uno de los estereotipos homosexuales más extendidos, que era el de la voz. Alargaba las últimas letras, marcando las eses en exceso y me dieron ganas de reír porque Lucas parecía no darse cuenta que a mi amigo le gustaban los hombres.

—¡Suéltala! —le rugió cerca del oído—. ¡Quítale las manos de encima!

La cara de Norberto era un poema.

—Dangelys, ¿quién es este loco? —tartamudeó aturdido al mismo tiempo que soltaba mi cintura—. ¿Uno de tus amigos con derecho a roce?

—No, como crees —murmuré, y ver a Lucas celoso con cara de asesino me gustó—. No me van los cuarentones —añadí con una buena dosis de sarcasmo, asestándole un puñetazo invisible.

Me encantaba la idea de darle de su propia medicina. Bajar un poco su ego, y no pensaba desperdiciar la oportunidad.

—Norberto, voy a ir a bailar un rato con Savannah —murmuré y le guiñé un ojo con complicidad—. ¿Te importa si luego compartimos el taxi hacia mi casa?

—Sí, claro —respondió mi alocado vecino pillando mi indirecta al vuelo.

Le di un ligero pico en los labios a modo de despedida sin prestar atención al neandertal que tenía detrás de mí. Me di la vuelta con una gran sonrisa pintada en mi cara y comencé a hiperventilar al ver la transformación en los rasgos del rostro de Lucas cuando pasó por su lado.

—¿Vas a pasar la noche con él? ¿Te gusta ese hombre?

Le temblaba el músculo de la mandíbula. Nunca lo había visto tan nervioso.

Me marché con aire decidido y pinta de mujer poderosa. Era la imagen que quería proyectar con mis andares. Pero el animal de fuertes músculos que me perseguía entre la gente, me atrapó antes de que desapareciera.

—Respóndeme, ¿tienes algo con ese hombre? —preguntó con una expresión hostil llena de furia, y duro, todo potencia mientras la conocida tensión y calor crecía entre nosotros.

Me sujetaba con fuerza del antebrazo y sentí como si un cable de alta tensión vibrara entre su cuerpo y el mío a un ritmo veloz y estremecedor.

—¡Suéltame! No tienes ningún derecho a preguntarme nada acerca de mi vida —grité en una especie de arrebató y orgullo, y nuestros ojos se enzarzaron en una batalla de voluntades—. Será mejor que te vayas a otra parte con tu club de fans capitaneado por Sasha.

Verlo celoso encendía mi naturaleza femenina, despertaba mi espíritu guerrero. Contemplaba su impresionante fisionomía, el fuego en su mirada y, sin esperarlo, con un movimiento rápido, como una ráfaga de ardiente deseo, me envolvió en sus brazos.

—¡Déjame en paz! —dije apoyando mis manos en su amplio y duro torso.

Sorprendida al verme encerrada, el destructivo poder de su mirada hizo trizas poco a poco mi autocontrol, acelerando mi corazón. Me abrazaba como si fuera lo único que deseara en el mundo y me obligué a controlar la respiración. El tema «despacito» de Luis Fonsi sonaba ahora por los altavoces, y los sentimientos me inundaron, ahogándome con su intensidad en el instante que empezó a moverse ligeramente. De forma lenta, con suavidad, al sensual ritmo de la canción, con sus profundos ojos oscuros en mí, con una expresión rebosante de peligro.

—¿Vamos a bailar? —dije con un atisbo desafiante en mi voz—. ¿Tu rigidez de caderas por la edad no te lo impide?

Con una sonrisa de satisfacción a modo de respuesta balanceó sus caderas de una manera inesperadamente excitante y la fricción de nuestros cuerpos hizo que se me doblaran las rodillas.

—¿Qué decías de las caderas? —dijo intenso ejerciendo un vaivén provocador justo en mi sexo, recorriendo con sus manos mis costados, consciente de mi debilidad—. No te he oído bien. Ya sabes... la edad.

¡Mierda! Me tendría que haber quedado calladita.

Lucas era devastadoramente atractivo.

Su sonrisa de satisfacción había pasado a ser completamente arrogante y endemoniadamente sexy, y mi autocontrol se quebró un poco más, se asomó al

borde del abismo. Sentía su erección, ferozmente dura y palpitante contra mi sexo, provocándome con cada hondo movimiento, asegurándose de que podía notar su grosor mientras la rítmica cadencia de la música inundaba mis oídos.

*Tú, tú eres el imán y yo soy el metal  
Me voy acercando y voy armando el plan  
Solo con pensarlo se acelera el pulso*

Bajó su cabeza, posó sus labios, suaves y cautivadores, sobre la piel de mi cuello en una excitante unión y tuve que controlar la necesidad de soltar un gemido, de dejar salir todo mi deseo reprimido.

*¡Meu Deus!* Su personalidad real era más sexy que cualquiera de mis fantasías más alocadas.

—Ni siquiera sé por qué estás aquí cuando fui tan clara contigo de que te mantengas alejado. ¿La rusa no te da lo que quieres? —jadeé con el corazón martilleando mi pecho.

Estos días con él habían sido intensos, y cada segundo que transcurría me sentía más desesperada y desequilibrada por el dolor de la necesidad sexual. Era una necesidad demasiado violenta para disfrazarla de algún modo. Me sentía en carne viva, mi cuerpo pedía más. Su erección era feroz bajo sus pantalones y suplicaba por dentro que mi autocontrol aguantara a su irresistible contacto.

Yo era una mujer fuerte... debía serlo.

Sin embargo, su lengua, me estaba volviendo loca. Lamía mi clavícula, mordisqueaba, trazaba círculos largos y húmedos hasta mi oreja para morderme el lóbulo, aturdiendo mis sentidos con su sedosa boca.

—Olvídate de todo excepto de la forma en que te estoy acariciando —dijo con firmeza clavando su abrasadora mirada en la mía y desbordada por el fuego que vi en sus ojos tuve ganas de llorar de frustración.

¿Cómo iba a resistirme? Esta era una de las malditas razones por las que las mujeres se derretían por Lucas. Era caliente, terriblemente caliente, y yo ahora mismo, me sentía como roca líquida incandescente entre sus brazos.

—Caprichosa, he enloquecido viéndote bailar samba. Eres natural, exótica... Me muero de ganas de besarte —susurró con su pecaminosa boca deslizándose por mi cuello, y el húmedo aliento de su lujuria en mi garganta me provocó una especie de sollozo, un sonido de placer y excitación.

*Despacito*

*Quiero respirar tu cuello despacito  
Deja que te diga cosas al oído  
Para que te acuerdes si no estás conmigo*

Las frases de la canción se me quedaban grabadas en el cerebro a fuego, pero aún más se quedaría lo que sucedió después.

Lucas apartó su boca de mi cuello y centró su atención en mis labios. Los observó y percibí como el calor que se extendía en sus ojos, también repercutía directamente en su potente erección. Dejamos de bailar y, con un gruñido áspero, agarró un puñado de pelo para tirar mi cabeza hacia atrás. Se aproximó a mi boca y permanecemos quietos durante un largo y tenso momento.

—¡Joder, Dangelys! Eres la tentación más prohibida y dulce que he tenido en mi vida —dijo con un hilo de voz áspera y varonil y mi aliento agitado se mezcló con el suyo.

Desvió abruptamente la vista hacia la gente que teníamos alrededor para fijarla a continuación en mi boca. Apretó la mandíbula, como si luchara contra sí mismo, y cuando pensaba que finalmente se apartaría, me encontré con su mirada. La expresión ardiente de sus profundos ojos oscuros fue lo último que vi antes de que sus carnosos labios atraparan los míos enviándome directamente al infierno.

Con un movimiento depredador y salvaje, se apoderó de mi boca, y un deseo insondable y absolutamente abismal atravesó mi cuerpo a lo largo de mis terminaciones nerviosas. Los labios de Lucas ardían, y el efecto embriagador de su sabor, su tentadora esencia, me envolvió en una capa de sexo y lujuria.

Su lengua lamía todos los rincones de mi boca mientras sus dedos se cerraban ahora en la redondez de mis nalgas presionándome fuerte contra su cuerpo. Notaba lo hipersensible que tenía mi piel, lo endurecidos que tenía los pezones, y quise sentir sus labios justo ahí, por toda mi piel, en mi cuerpo.

—¡Maldita sea! Necesito estar dentro de ti —grunó, y sus labios se posaron sobre los míos en un breve beso perfecto. Un beso de esos que bajan la guardia—. Caprichosa, no puedo más. Necesito follarte.

En sus incitantes ojos veía posesión pura y dura, y sentí una oleada de excitación al oír la absoluta necesidad que teñía su voz.

—Lucas, yo...

Me puse tan tensa que mi voz se quebró.

Mis necesidades eran demasiado turbias, demasiado crudas, demasiado primitivas para confesar en medio de una pista de baile. Pero no pude acallar por

más tiempo el hambre acumulada en años.

—Yo tampoco puedo más —susurré desarmada deslizando mis dedos por su nuca—. Te necesito también dentro de mí... Aquí y ahora.

Lucas introdujo una de sus manos en mi melena con una fiera intensidad. Lamió mis labios con la lengua y lo que hasta ese momento era una erección importante cobró una dimensión difícil de ocultar dentro de la bragueta de su pantalón.

Apenas oía la música, las voces de la gente. Esos sonidos habían sido reemplazados por nuestros gemidos. La fuerza de su beso, empujando su lengua, entrelazándola con la mía. Tomando, reclamando, liberando todas las emociones que hasta este momento habíamos mantenido encerradas bajo llave, ocultas.

—Vamos a otro sitio —dijo con voz enronquecida, los dedos tensos en mi pelo y su mirada primitiva erizó mi piel por completo.

Sus incitantes ojos se dirigieron hacia una puerta al mismo tiempo que presionaba su largo y curvado miembro contra mí y la debilidad viajó por mis piernas.

—Se acabó jugar al gato y al ratón —susurró pegado a mi oído y mi corazón amenazó con explotar, debido al ritmo elevado. El pulso me latía desbaratadamente en las sienes.

La multitud se congregaba alrededor de nosotros bailando, y con un brazo, me fijó a su costado y nos desplazó a través de la gente. Envolviéndome con su aroma, el viril calor corporal de su cuerpo hacía que sintiera vértigo.

Para mi sorpresa y alivio Savannah se había esfumado, ni rastro de su presencia por el club. No tendría que darle explicaciones de donde y con quién me marchaba, ya se las daría mañana. Antes o después, tendría que contarle quien era en realidad Lucas. Tonta no era, sabía que algo extraño ocurría con él. Me di cuenta que tampoco se encontraba Sasha entre la gente. Mi «querida» rusa también había desaparecido del mapa, pero tenía la sensación de que estábamos siendo observados.

—¿Te gusta el sexo duro, Dangelys? —me habló Lucas al oído, mordisqueándome el lóbulo, y toda mi línea de pensamientos se convirtió básicamente en una bola de fuego.

—Sí, mucho —ronroneé, pegada a él—. Cuanto más duro, mejor.

—¿Quieres que te haga gritar? —continuó con voz ronca contra la sensible piel de mi cuello.

Recorrió con sus dientes mi garganta y noté el calor y la humedad concentrándose en mi sexo.

—Quiero que me arranques la ropa —dije con una sonrisa felina de invitación imposible de rechazar y supe sin ningún género de duda que lo haría en segundos en cuanto pudiera.

Su inconfundible brillo de lujuria me lo confirmaba.

Desaparecimos por una puerta de acceso privado. Se internó en las entrañas del Club Copacabana, cerrando la puerta tras de sí. Nos perdimos por un laberinto de pasillos en busca de intimidad. Los trabajadores se cruzaban con nosotros, algunos se sorprendían, pero nadie decía nada. Preparada para sus besos y sus caricias, sumergidos en un ardiente juego de miradas, nos adentramos hasta que no vimos a nadie. En cuanto estuvimos solos, me agarró por debajo del culo, me levantó para colocarme a horcajadas sobre su cintura y atacó mis labios con pasión.

Lucas continuó avanzando unos pocos pasos, inmovilizándome contra la pared. Apenas sin luz, verlo en la semipenumbra agudizaba mis sentidos.

El roce erótico de sus manos apretando mi culo, de sus sedientos besos, transmitía fuerza, calor, energía. Mi cuerpo se ceñía a cada relieve de sus duros músculos. Su lengua húmeda y caliente se enredaba con la mía, con lengüetazos profundos rasgando de forma salvaje mi control. Mordía, tiraba de sus labios, y él sacaba la lengua y la pasaba por los míos antes de volver a comerme la boca con lujuria.

—Vamos a dejar de huir el uno del otro, ¿entendido?

El sonido gutural de su voz envió a mi cuerpo millones de chispas de deseo.

—Entendido —susurré, y la lucidez primitiva que se instaló en sus ojos sacudió mi excitado cuerpo.

—No volverás a huir de mi, nunca más... Eres mía —dijo con voz calmada pero firme y asaltó mis labios con un hambre voraz, robándome el aliento.

La adrenalina recorrió mi cuerpo, abriendo una válvula incontrolable.

Alto, robusto, imponente como un endiablado macho alfa completamente envuelto en un traje elegante, destrozó mi tanga de un solo tirón. Un jadeo escapó de mis labios. Lucas no podía enmascarar su sexualidad salvaje conmigo. Me reclamaba para él, y cada fibra de mi ser prendió en llamas al ver como se guardaba en el bolsillo de su pantalón mi maltrecha ropa interior.

Me ardía la piel, la sangre bombeaba por todo mi cuerpo. Notaba mi pulso en todas partes. En mis sienes, en mis pechos, en mi sexo. Mi cuerpo estaba consumido por la forma en que me besaba. Me tenía mojada por completo. La

lujuria se filtraba en mí por la insinuación sexual y explícita de la seducción de sus labios.

—¡Mierda! ¡Joder! No llevo preservativos encima. ¿Estás protegiéndote con pastillas? —gruñó, y hechizada fijé mis ojos en su sensual boca.

El aire se le escapaba entre los labios entreabiertos con una cadencia irregular.

—Tomo pastillas anticonceptivas desde hace años —susurré drogada por sus besos—. Pero tú... con Sasha.

Mi sexo palpitaba dolorosamente. Lo deseaba tanto que lo único que quería era tenerlo dentro de mí. Me daba igual estar en la semipenumbra del solitario pasillo de un club. Sin embargo, no arriesgaría mi salud. No podía olvidar su currículum amoroso.

—No tienes de que preocuparte, hace poco pasé un reconocimiento médico. Me hicieron unos cuantos análisis —dijo despejando algunas dudas y una poderosa palpitación estalló en mi sexo al sentir como introducía uno de sus dedos dentro de mí.

—Lucas... no —gemí moviéndome arrebataadamente contra su dedo, contradiciendo mis palabras a punto de perder la poca cordura que me quedaba.

—Shhh, tranquila —susurró—. No he estado con otra otra mujer desde... bueno, desde antes de lo que puedo recordar —me dijo con la apremiante necesidad en su mirada y sus palabras resonaron en mi cerebro.

Mi piel quemaba, necesitaba sus súbimes besos, la ingravidez del riesgo, e impulsada por el deseo le rodeé el cuello con los brazos y lo acerqué más a mí.

Nunca anhelé la mirada de nadie como la suya, necesité las caricias de alguien, o quise algo tanto. Lo amaba desde hace años, lo amaba tanto, que el sentimiento formaba parte de mí, como el sencillo gesto de respirar. No podía negar que oír esta confesión acrecentaba lo que sentía por él, aún más si cabe. No estaba con Sasha, ni con ninguna otra mujer y esta plenitud de convicción, tan firme y tan evidente, desató mi instinto posesivo.

—Lucas, métemela —susurré temblando.

Las palabras salieron de mis labios en un impulso precipitado envuelto en una oleada de deseo.

Sus ojos oscuros como un cielo de tormenta recorrieron mi rostro, deteniéndose en mis ojos, y ahogué un gemido al ver como sacaba su dedo de mi interior y se bajaba la cremallera de la bragueta de su pantalón, liberando su erección.

—¿Sabes lo caliente que me pones? Eres la única mujer capaz de



atravesar mi fachada fría. La única que hace que pierda el control.

Con los brazos tensos alrededor de su cuello, miré con fijeza la explícita imagen de Lucas agarrando su duro miembro, como acariciaba a continuación mi palpitante clítoris con la punta resbaladiza de su enorme polla, como lo frotaba contra mis suaves y húmedos pliegues provocándome un anhelo profundo, y cerré los párpados a medida que la intensidad crecía.

—¡Mírame! Quiero ver tus ojos en el instante que seas completamente mía —gruñó con el tono de voz más áspero y ronco que le había oído nunca y abrí los ojos contorsionándome contra él—. Eso es, mírame, mi Caprichosa.

Cada vez más cerca del precipicio me estremecí bajo el destructivo poder de su endiablada mirada.

—Apuesto a que habías fantaseado con este momento en infinidad de ocasiones —prosiguió en voz baja y tomé una profunda y temblorosa bocanada de aire—. Te confieso que yo sí... muchas veces. Me imaginaba la expresión de tu cara cuando te la metiera, como perderías el control, como gritarías y clavarías las uñas como una fiera.

Con el deseo endureciendo sus rasgos se hundió dentro de mí con lentitud. Deslizó su largo y duro miembro, penetrándome hasta el fondo y una intensa oleada de puro deleite me inundó.

—¡Oh, *Deus!* Lucas —gemí clavándole las uñas en sus bíceps.

Resbaladizo, caliente, palpitante, lo hizo con tal delicadeza que todas mis células se fundieron con las suyas.

—Tu cara cuando te corrieras —continuó volviéndome loca, y la sensación de sentirlo duro, piel con piel, fue indescriptible.

Observándome detenidamente, salió un poco, provocándome una especie de espasmo muscular y estuve a punto de correrme. Notaba cada relieve de su gruesa y aterciopelada polla mientras se retiraba y lo miré aturdida.

—¡Joder! Estás deliciosamente estrecha.

La voz se le quebró en la siguiente embestida y gemí cerca del precipicio.

—Y tú la tienes deliciosamente grande —dije con voz suave, entrecortada. Su mirada llena de fuego y placer obsceno conseguía derretirme.

Me sentía como una virgen, aunque sin duda no lo era. Pero mi cuerpo respondía a sus estímulos, a su voz, al más mínimo roce como si fuera una adolescente capaz de tener un orgasmo en el siguiente movimiento.

El juegucito del baile dejándome hervir a fuego lento, me había excitado hasta reducirme a cenizas de deseo por él.

—Al fin te tengo donde quería. Está ocurriendo de verdad —susurró

embistiéndome de nuevo con fuerza, asegurándose de que pudiera sentir como se enterraba profundamente en mí y separé los labios para gritar.

—No te dejaré sola... nunca más.

Bajó la boca hasta posarla sobre la mía y experimenté un orgasmo tan desgarrador que estremeció cada fibra de mi ser.

—¡Lucas!

Mi cuerpo estalló, con las emociones corriendo por mis venas con la fuerza de un huracán.

—Eso es, mi Caprichosa. Córrete para mí.

Con el pulso tenso y rítmico del orgasmo, gemía su nombre en cada convulsión que ceñía apresando su polla, reteniéndolo. Lucas, con los pantalones abiertos sujetos en las caderas, me follaba ahora con un deseo salvaje, con estocadas implacables y rápidas. Con penetraciones fuertes y profundas mientras hacía lo mismo con su lengua de forma fébril en mi boca.

Él era poderoso físicamente, y yo tomaba todo de él emocionalmente derribada. Sabía que no volvería a ser la misma de antes después de esto. Me sentía poseída. Escuchaba los contundentes golpes de pelvis rompiendo el silencio del pasillo. Los sonidos de él besándome, nuestras respiraciones entrecortadas, agitadas, saliendo en ráfagas cortas una tras otra en cada fuerte embestida, y creí que moriría de placer.

—No sabes cuanto deseaba hacerte mía —gruñó sobre mis labios y me comió la boca con fiereza.

La visión de Lucas follándome de pie era brutal, empujando con todos sus músculos, empotrándome con movimientos diestros contra la pared. Su varonil rostro cargado de crudo deseo poseyéndome a un ritmo implacablemente placentero era de auténtico delito.

—Estás hecha para mí. Hecha para que te folle... Eres mía.

Sus grandes manos se hundían en mi trasero abarcándolo por completo, agarrándome con firmeza. Me embestía poderosamente devorando mi boca con avidez. Bebiéndose mis jadeos, mis gritos.

Completamente vestidos, convertidos en un enredo de frenética necesidad, aplacabamos la llama encendida por años. Saciábamos el deseo extremo que nos consumía.

—¡Oh! Joder —siseó mientras me embestía más fuerte, más rápido.

La ardiente fricción era tan enloquecedora que nos lanzó a ambos a un violento clímax.

Lucas echó su cabeza hacia atrás y dejó escapar un gruñido cuando

eyaculó en mi interior en convulsas y poderosas oleadas. Un sonido animal procedente de su pecho, tan primitivo que logró atravesarme.

—¡Lucas! —grité con fuerza.

Yo aún continuaba con los últimos coletazos de mi anterior orgasmo en el momento que me vi sorprendida por esta nueva oleada de sensaciones.

—¡Dios, Dangelys! —gruñó con los ojos cargados de sexualidad.

Sentía su líquido derramándose caliente en mis entrañas, arrojándome descargas eléctricas. La evocadora imagen de su imponente y exquisito cuerpo saciado por el mío activó todas las emociones en mi interior.

Miles de palabras deseaban salir de mis labios. La sensación de tenerlo dentro de mi era maravillosa. Una sensación que deseaba experimentar una y otra vez. Pero me resultaba aterrador que él después de haber obtenido lo que había buscado con tanto interés se marchara dejándome sola.

Siendo totalmente honesta conmigo misma, Lucas no era esa clase de hombres capaz de enamorarse. Para nada, y cometería un terrible error si asumiera, que por pegar un polvo conmigo iba a zambullirse de lleno en ese juego llamado «amor».

Lamentaba ser tan cruda conmigo misma, pero tenía que mantener intactas las defensas que había levantado a mi alrededor durante años para que no se desmoronaran. Sin embargo, Lucas hizo algo que me descolocó por completo.

—¿Te preocupa algo? —quiso saber, apoyando la palma de su mano contra mi mejilla.

—No. —respondí con un susurro, negando con la cabeza y acarició la comisura de mi boca con suavidad—. Tan solo estoy atenta por si viene alguien. No me pasa nada.

Como un animal salvaje, hermoso y letal, me miraba fijamente con sus profundos ojos oscuros mientras deslizaba sus dedos por mis labios y me estremecí de los pies a la cabeza.

—Vámonos de aquí. Tengo ganas de hacer realidad todo lo que te hago en mis sueños —dijo humedeciéndose los labios—. Quiero sentir toda tu piel desnuda debajo de mi cuerpo. Recorrer con mi boca cada espacio de ti.

En ese momento, me olvidé de todo excepto de la forma en que me estaba acariciando, casi con veneración. Con ternura, como si fuera especial para él, y me sumergí en el ardiente calor que desprendían sus ojos.

—Quiero colocarte de nuevo el collar de sumisión que te quitaste en Beautique —prosiguió al tiempo que salía de mi interior y me bajaba al suelo—. Atarte de mil formas...

Noté un escalofrío.

El aire quedó atrapado en mis pulmones y abrí desmesuradamente la boca por la sorpresa, pero me enderecé de seguida al captar el brillo travieso en su mirada.

—¡Venga ya, Lucas! Todo eso del BDSM que me dijiste en la suite estabas bromeando, ¿no? —murmuré lanzándole una mirada perspicaz y me esforcé en ignorar una inesperada oleada de deseo.

—¿Crees que bromeo?

Me abrazó con fuerza y algo revoloteó en mi estómago ante la evocadora imagen de su magnífico cuerpo dominándome.

—Ya te dije que no me van las reglas, que me den órdenes, y mucho menos que alguien me inflija dolor —dije con una obstinada expresión y solté una áspera risotada.

—Que pena, porque me gustaría sentir como tiembles bajo mi tacto esposada —susurró tentador encima de mis labios, con una sonrisa descarada.

—Solo dejaría que me pusieras ese collar si yo también tengo la oportunidad de esposarte a ti algún... —No dejó que terminara la frase.

—Hecho —respondió simple y hábil y su mirada profunda y enigmática me inquietó.

Su mano se deslizaba con calma por la sensual superficie de mi espalda y suspiré con una desapacible y enloquecedora necesidad. Me sentía sedienta de él, como si no acabara de tener dos increíbles orgasmos.

—Ahora viene la pregunta del millón —susurró empujándome con suavidad contra la pared más cercana—. ¿Hotel? ¿O tu apartamento?

Su boca descendió sobre la mía, cálida y firme y me extrañó que no mencionara su penthouse.

—¿Y por qué no vamos a tu penthouse? —No dudé en preguntar con atrevimiento y me brindó una mirada furtiva delatora—. La cámara de vigilancia que instalé en tu salón no está funcionando. Sé que me tendiste una trampa valiéndote de la complicidad del mismísimo James Romney. Desde ayer por la noche no dejo de darle vueltas al tema, resulta sorprendente —hice una pausa equilibrando mis teorías—. Conseguir que el director del FBI se preste a hacer una cosa así es algo... inaudito. Te tendría que deber un favor muy grande.

Una misteriosa sonrisa cruzó su rostro.

—Digamos que me tiene «respeto» por sacarlo con vida de un lugar crítico. —murmuró dejándome totalmente intrigada y entrelazó sus dedos con los míos.

—¿De qué lugar crítico lo sacaste con vida? —pregunté de inmediato con curiosidad genuina.

Quería saber en que consistía la ayuda que le brindó al Director del FBI, pero el agente Smith no estaba por la labor de colaborar.

—¿Hotel o apartamento? —insistió sin desvelarme nada mientras caminábamos por el laberinto de pasillos del Copacabana, y eso me demostró que había algo especialmente secreto en la historia.

—¿Por qué no quieres contarme que pasó con Romney? —mascullé muy seria.

—Prefiero dejar el pasado cerrado —zanjó ciñéndome a su cuerpo mostrándome un inquietante ángulo de su personalidad y sentí que mi cuerpo se aceleraba sin premeditación.

—Pues entonces adiós. Ni hotel, ni apartamento —contraataqué exhibiendo una sonrisa llena de inocencia e ingenuidad asesina y me detuvo en seco, posicionándose delante de mí.

—Caprichosa... —gruñó en un ligero tono de advertencia en su voz al tiempo que ladeaba su rostro—. ¿Estás segura?

Me dio un pequeño mordisco en el labio inferior y todo mi cuerpo se agitó por completo. Sus manos se habían trasladado a mis nalgas, sujetándolas con una inesperada ansiedad en sus dedos, y tuve que reprimir al deseo de ceder cuando su lengua salió para lamerme la boca de un modo sensual.

—Estoy segurísima —dije alzando la barbilla—. A menos que quieras contarme lo de Romney.

¡Maldita sea! El sabor de su boca era embriagador. Necesitaba sedar mi sed de él, helar el fuego de su mirada.

Pasamos varios segundos así, yo quieta sin querer tan siquiera respirar, y él, con un destello provocador en sus ojos. Hasta que harta de esperar sujeté el pomo de la puerta que daba acceso a una de las salas del Club, cerca de la salida.

—Romney estaba a punto de comenzar una oración para pedir ayuda divina cuando lo rescaté de una muerte segura —empezó a decir en el instante que había tomado la decisión de abrir la puerta e irme y la mayor colección de mariposas vivas despertó en mi estómago.

Lucas había cedido finalmente a mi presión y experimenté una pequeña emoción positiva.

Confiaba en mí.

—Hay ciertas reglas en el cual los asesinos y los mafiosos tienen cierto código de conducta y formas de comportarse —continuó tomando una

respiración profunda y me acercó a él—. Podría decirse que Romney ignoraba la ética en las acciones de ellos y casi terminó con la espina dorsal rota al intentar transformar a uno. El mismísimo demonio... El más peligroso de todos.

Nuestras miradas permanecían en un agarre intenso mientras me estrechaba entre sus brazos, y fue todo lo que pude hacer para mantener mi pulso bajo control al intuir la identidad de ese hombre.

—Vladimir Zakhar —pronuncié su nombre como ir de puntillas, consciente de lo que significaba ese hombre en su vida y el odio se disparó como un rayo por sus venas, reflejándose en su mirada.

—Sí. —masculló entre dientes—. Ese hombre es un criminal en el nivel humano de su ser.

La expresión que veía en su rostro, el gesto de desprecio al hablar de él, su voz oscura, me demostraba de sobremano, el profundo e infinito odio que le profesaba a Vladimir Zakhar... Su abuelo.

—Tu madre me contó lo que sucedió en Rusia —susurré acariciando su varonil rostro, mis dedos hormigueando con el contacto, y sus ojos destellaron peligrosamente.

—¿Has hablado con mi madre de mí?

Notaba la ira y el conflicto que llevaba dentro y los sentimientos me dolieron. El calor que sentía en mi pecho quemaba, porque aunque tal vez no me amara, quería demostrarle por completo todo lo que lo quería.

—Sé que viviste muchas cosas allí que habrán sido duras, y que desconozco. Pero aquí estoy, justo aquí... Por y para ti.

Lucas me observaba detenidamente y vi como cambiaban los angulos de su expresión con mis palabras. De pronto, me atrajo con suavidad y me besó con ternura, una cosa que aún no habíamos probado. Con calma, con una naturalidad abrumadora, y morí un poco más de amor por él.

—Cuando la vida te sorprende de pequeño con una traición tan grande, un hecho inesperado de esa magnitud cambia el rumbo de tu camino produciéndote una desestabilidad. Por favor, dame tiempo —susurró interrumpiendo el beso, acunando mi rostro entre sus grandes manos—. No quiero herirte... Significas mucho para mí.

Mi corazón se derritió al oírle.

Su mirada escondía cicatrices, ocultaba bajo una capa de seducción su dolor, y me resultó imposible no besarlo.

Tiré de él hacia mí para atrapar sus labios de nuevo en un beso largo, con el cuerpo vibrando contra sus músculos, y Lucas respondió con un hondo

gemido. Cálido, atrevido, su deliciosa boca selló la mía mientras deslizaba sus manos por mis curvas. Me saboreaba interminablemente con una necesidad salvaje igual a la mía.

Entonces, la puerta se abrió de golpe, rompiendo el momento íntimo. Un par de mujeres acompañadas de un hombre entraron parloteando, y como era de preveer, las dos mujeres le dieron un soberano repaso a Lucas al pasar por nuestro lado.

«Sí, señoras, este hombre es real...»

—Vamos a mi apartamento —Miré a Lucas brindándole una rápida y pícaro sonrisa y percibí como el deseo crecía en sus embravecidos ojos oscuros.

—¿Ya no quieres ir a mi penthouse? —Pegó su frente a la mía e inhaló profundamente.

—No, lo he pensado mejor —susurré bajo su poderoso influjo—. Tu penthouse tiene que estar destrozado después de nuestra pelea de ayer.

Dejó escapar una suave carcajada y la necesidad recorrió mis venas, mis nervios, al deslizar sus dedos por mis sensibles labios.

—Le hiciste una buena reforma, sobretodo al salón. Por eso no he sugerido que vayamos allí —sonrió mostrando unos sexys hoyuelos, y poco a poco su boca se aproximó a la mía, su voz ronca seduciéndome—. ¿Estás lista para que destrocemos también tu apartamento ahora?

Condujo su mirada magnética y rebosante de sensualidad hacia mis labios al mismo tiempo que mantenía la puerta abierta para mí y el corazón me golpeó con violencia el esternón.

—¿Qué? Ni se te ocurra romper alguno de mis muebles —dije analizando la posibilidad de ir a algún hotel y rocé su cuerpo para pasar, restregándome adrede con él cuando salía por la puerta.

Ante mi medio enfado, las comisuras de sus labios formaron una sonrisa que resaltó sus rasgos masculinos.

—Podemos empezar destrozando alguna lámpara de tu salón, alguna silla o estantería —insinuó en mi oído y me tensé cuando de nuevo entrelazó sus dedos con los míos para ir hasta la salida del Club Copacabana.

La corriente eléctrica que fluía entre los dos me estremecía.

—Si no te hubieras burlado de mí hablándome en ruso, tu casa seguiría intacta —murmuré ya en la calle y se le escapó la risa—. Te juro que no reconocí tu voz, sonabas totalmente distinto.

—La próxima vez que quiera tomarte el pelo te hablaré en japonés —dijo riendo y no pude evitar soltar una carcajada.

—Sí, claro, y yo en mandarín. Por cierto, ¿qué palabra me dijiste en ruso en el estudio? —pregunté con verdadera curiosidad.

—Una que te encanta oír —respondió con una sonrisa jugueteando en la comisura de sus labios.

—¿Ah, sí? —fruncí el ceño.

—Sí.

Su atrayente mirada encajaba a la perfección con su sonrisa.

Eché un vistazo alrededor, a la gente que hacía cola para entrar al Club, a los coches que circulaban por la avenida, a los que estaban aparcados, y despacio, volvió a posar su mirada en mí.

—*капризный* —ronroneó en ruso y oír de nuevo esa palabra, despertó un hormigueo por todo mi cuerpo—. Quiere decir... Caprichosa.

Elegante y atractivo hasta la extenuación enroscó uno de mis mechones entre sus dedos con cierta alevosía y contuve el aliento.

La corriente que sentía se convirtió en una descarga eléctrica.

—¿Por qué siempre me llamas, Caprichosa? —suspiré y sus fuertes brazos se ciñeron alrededor de mi cintura envolviéndome en un abrazo íntimo.

—Porque eres mi niña Caprichosa... Mi dulce veneno. La fiera que rompe mis esquemas desde hace años provocando una guerra en mí —susurró acariciando con suavidad mi espalda.

Su voz grave y seductora me convirtió en un charco de hormonas a punto de evaporarse.

La seducción formaba parte de su naturaleza. Lucas, era un auténtico alquimista. Confería el poder inusitado de transformar una simple caricia, en magia cargada de poder.

—Creo que deberíamos irnos ya —ronroneé debilitada por la química innegable entre los dos.

—Opino lo mismo. ¡Maldita sea! Quiero hacerte el amor otra vez, lo necesito —gruñó antes de besarme, y la solicitud abrupta en su voz disparó una ola de calor a través de mí.

De pronto, escuché la apertura de los cierres de un coche junto a nosotros y giré mi cabeza alertada por el ruido.

Las luces delanteras de un imponente Jaguar F-Type negro se encendieron, deslumbrándome. De estética francamente atractiva, con unas magníficas líneas que fluían por su carrocería, contornos esculpidos y poderosos flancos, era el coche deportivo más bonito que había visto en mi vida.

—Ven, vamos.



Potente hasta con el motor apagado, me quedé sorprendida al comprobar que Lucas era la persona que manejaba el control remoto con su llave.

—Tienes un Jaguar —expresé confusa porque su coche no era un Porsche Panamera.

—Sí, sube. Iremos a tu apartamento en mi coche.

Me abrió la puerta del copiloto y lo miré desilusionada mientras me ayudaba a entrar. No podía ser, mi instinto me había fallado la mañana anterior haciendo footing.

—¿Tienes más coches aquí en Nueva York? ¿O solo este? —dije con aire indiferente en cuanto se sentó en el asiento del conductor y me miró con un brillo de deseo en sus ojos.

—Tengo varios coches —murmuró y capté el atisbo de una sonrisa arrogante—. Si lo que te interesa saber es si soy propietario de un Porsche Panamera negro te diré que en efecto, si tengo un Panamera. Lo suelo utilizar casi todas las mañanas para espiar a cierta brasileña a la que le gusta hacer deporte. Sobretudo practicar Kayak, en solitario, que ya hablaremos de eso, y correr por el puente de Brooklyn.

Fue oírle y sencillamente se me descolgó la mandíbula.

—¿Preparada para destrozar tu apartamento?

—¡Lucas! —exclamé pegándole en el hombro y sonrió de oreja a oreja.

Pulsó un botón para despertar a la bestia. Dio varios acelerones y escuchar su brutal motor erizó todos los vellos de mi piel.

Si el Porsche Panamera era masculino, el Jaguar F-Type era una fuerza de la naturaleza. Y gracias a Dios que lo era, porque rápidamente en cuanto nos pusimos en marcha, Lucas se dio cuenta que nos estaban siguiendo.

## CAPÍTULO 6

### El ascensor

Atemporal, evocador, agresivo, se me estaban acabando los adjetivos para describir el deportivo más potente e icónico en el que me había subido nunca. El Jaguar no solo era una belleza, por dentro era un animal que, como toda bestia, había que saber adiestrar, y Lucas manejaba el Jaguar con una destreza impresionante.

En tres coma siete segundos lo puso a cien kilómetros por hora al percibir desde el espejo retrovisor un Chevrolet Suburban negro que nos seguía de cerca.

—Nada como un poco de adrenalina para entrar en calor —dijo con voz profunda y grave y capté como dejaba de ser un conductor para convertirse en un piloto.

Visualmente perfecto, clásico y, al mismo tiempo, increíblemente moderno, era una atracción total verlo conducir. Despertaba mis sentidos.

—A la rutina, de vez en cuando, le vienen bien unas curvas, ¿no? —insinué de forma irónica mientras tomaba una curva cerrada y apretó sus carnosos labios formando una sexy sonrisa.

—Este coche es perfecto para la carretera, y para lo que no es carretera.

Sus dedos se deslizaron por el volante con un movimiento realmente significativo y ya no pude pensar con claridad.

Con un físico de líneas imponentes y una personalidad a juego, daba igual desde el punto de vista que mirara a Lucas. Todos los lados eran su lado bueno y todos sus gestos sugerían algo más.

—Supongo que el coche tiene combustible de sobra para no tener que detenerte, ¿no?

—La suficiente para dar una gran vuelta... a toda velocidad —dijo clavando su ardiente mirada en mí durante un instante—. Acabaremos la noche por todo lo alto, o lo que es lo mismo; dejar lo mejor para el final.

El motor del Jaguar rugió salvaje y tragué saliva. Veía símbolos sexuales por todas partes. En cada una de sus miradas, de sus gestos...

¡Ay, *Deus!* ¿Estaba hablando del coche, o de nosotros? Hay formas de mirar, y formas de mirar, y la suya me decía: Lo vamos a pasar muy bien.

—¿Tienes alguna idea sobre quién nos puede estar siguiendo? —dije fijando mi vista en el espejo retrovisor.

—Sí, y pronto van a saber con quien se la están jugando —murmuró con voz amenazadora y alargó el brazo para tocar la pantalla táctil del sistema multimedia *InControl Touch* del Jaguar.

Lucas transmitía una sensación de seguridad aplastante mientras nos pisaban los talones. Conducía de forma enérgica adelantando a gran velocidad a otros vehículos a la vez que movía un mapa con fluidez y comodidad en un derroche tecnológico. Controlaba archivos multimedia, comprobaba el estado del tráfico con una vista en 3D en toda la extensión de la pantalla.

—Sasha —pronunció el nombre de la rusa al tiempo que tomaba la autovía FDR Drive hacia el puente de Brooklyn que llevaba a la autopista de Brooklyn y Queens y escuché en tensión los tonos de llamada.

¿Para qué demonios tenía que hablar con ella?

El Jaguar emitía un ruido grave en el momento de realizar fuertes aceleraciones, con las típicas explosiones una vez levantaba el pie del acelerador. Pero en el instante que Lucas con el selector modificó los parámetros de conducción, la respuesta del motor fue aún más radical.

—¿Qué más quieres de mi esta noche, Smith? —dijo Sasha nada mas descolgar el teléfono con su habitual tono arisco de voz.

—Al parecer no hiciste bien tu trabajo —masculló Lucas enfadado sin apartar la vista del asfalto—. No comprobaste bien las calles aledañas. No investigaste como deberías la zona que te dije. Nos están siguiendo los hombres de Vladimir.

—¡Qué! —exclamó la rusa sorprendida—. ¿Te están siguiendo?

Potente, ágil, el Jaguar tomó la salida Cadman Plaza W en Brooklyn Heights. Llegó a Clark Street giró a la derecha y pasó por el vértice de la curva de lado sin perder velocidad.

—Has perdido toda la pericia, Sasha. Te insistí en que era importante comprobar que no había ningún vehículo sospechoso —murmuró Lucas trazando otra curva a la izquierda hacia Henry Street con total control y clavé mis dedos en el asiento de cuero—. Espero que lo otro que te pedí que hicieras al menos lo hayas hecho bien.

—Tengo una buena razón para no haber comprobado bien las calles aledañas. Cuando salía del Club vi al hijo de Kalashov a punto de entrar y preferí

llevármelo antes de que te pillara con tu querida pieza de fruta verde.

Abrí mis ojos sorprendida sin creer lo que había oído.

—¡Oye Sasha, me estás empezando a cansar! ¿Tienes algún problema conmigo? —refunfuñé francamente intoxicada por sus reiteradas alusiones a la fruta y sentí que Lucas tocaba mi muslo.

Me lanzó una breve mirada y contuve la respiración por el roce de su mano en la línea donde los flecos del vestido se encontraban con mi piel. Sus dedos irradiaban un calor tremendo.

—¿Te dijo abiertamente el Moscovita lo que había ido a hacer al Club Copacabana? Supongo que buscarías una manera de llevártelo sin levantar sospecha, ¿no? —dijo con voz grave y guardé silencio contemplando su varonil perfil en la semioscuridad del coche.

—Por supuesto, no soy ninguna tonta. Da gracias a que lo conozco desde hace algunos años —respondió Sasha—. Smith, yo de ti tendría cuidado. Sergei Kalashov, no tuvo ningún reparo en contarme que había venido al Copacabana a buscar a un viejo amor que pensaba recuperar.

Enarqué las cejas.

—¿Eso dijo? —sonrió apretando con fuerza los dientes.

Advertí como sus ojos oscuros fijos en la calle brillaron y me removí inquieta en el asiento. Eran como trozos de ónice engarzados en su rostro brutalmente atractivo. El motor del Jaguar rugía furioso como él, que parecía... ¿celoso?

—Imaginarás de quien estaba hablando. De la pieza de fruta verde que llevas sentada a tu lado —prosiguió Sasha sorprendiéndome, y mi corazón en completa confusión e incredulidad se aceleró con la repentina conducción agresiva de Lucas.

—Pues cuanto lo siento por él, se irá de la ciudad con las manos vacías —gruñó con una expresión asesina en su rostro mientras derrapaba de forma rápida al pasar una esquina, y lo hizo de una manera tan excitante que no pude evitar encenderme.

Agarraba el volante ahora con las dos manos. Todo él era fuerza refrenada y músculo duro debajo de ese traje impecable que llevaba.

—Lucas, ten cuidado con la gente de Vladimir.

Cortó la llamada sin despedirse de ella con el coche sobrevolando la calle principal de Brooklyn, Montague Street, y un hormigueo me recorrió la espalda.

Percibía la rabia que ardía en sus ojos. Emanaba de sus pupilas como un fuego negro y noté que se me entrecortaba la respiración. ¡*Deus!* Que bueno

estaba cabreado. Era extremadamente viril.

—¿Habías quedado con el Moscovita en el Copacabana? —susurró de repente, con voz peligrosa circulando ahora por la cercana State Street, y quise hacerme invisible—. ¿Teníais una cita?

Giró su cabeza para mirarme durante un breve segundo y sentí como si viera dentro de mí.

¡Mierda!

—¿Te sigue gustando el hijo de Kalashov?

Formulaba las preguntas exigiendo respuestas y creí que el corazón se me saldría del pecho. Me latía estruendosamente en los oídos.

—No, no lo veo desde hace unos años —dije intentando parecer calmada—. Estamos intentando desarticular la red de logística, tráfico de armas y de drogas de Vladimir Zakhar. Petrov y Kalashov son sus socios y quería quedar con Sergei para averiguar si también él está metido en todo el asunto. Vladimir utiliza a empresas internacionales de paquetería para traer la droga y las armas al país, pero no sabemos como lo hace y pensé que él podría contarme algo sino está compinchado con ellos.

—No hará falta que quedes más con él yo te puedo facilitar esa información —me interrumpió con un gruñido—. Para volar a escala internacional los aviones deben registrarse con la serie de letras propias del país que realiza su mantenimiento, imprimiéndosela en la cola. Vladimir Zakhar, los registra varias veces en distintos lugares y así elude las normas de aviación internacional. Especialmente en Liberia, que le ofrece servicios burocráticos de licencias y registros sin inspección en los aviones. Su flota consta de treinta aviones de carga de segunda mano.

Me explicaba todos los detalles sin perder el contacto visual de la Avenida Flatbush y con todos los sentidos en alerta le conté las últimas novedades en el caso.

—En el último arresto confiscamos armas, entre los que se encontraban fusiles de asalto AR-15, metralletas, pistolas y carabinas. También clausuramos dos talleres clandestinos en los que se modificaba el armamento. Hemos frustrado planes terroristas.

—Dangelys, esto va mucho más allá de crímenes de gatillo fácil o detener y acusar a Dimitri Petrov por tráfico de armas, drogas y prostitución. Vladimir Zakhar es un antiguo agente de la KGB, habla seis idiomas, emplea su flota particular de aviones para proveer armamentos desde Talibán, pasando por los ejércitos de niños y diamantes sangrientos de sierra leona, también Angola, y

hasta hace poco a los rebeldes de la FARC en Colombia.

Notaba el desdén de su voz profunda al hablar de Vladimir.

—El turbio negocio de la guerra fría —murmuré.

Sus palabras me dejaron pensativa creándome una profunda reflexión interna mientras veía como circulaba ahora por la Avenida Atlantic.

—Ese hombre es un tumor maligno —dijo en tono seco—. La justicia lo persigue desde hace años y hasta el momento ha gozado de los suficientes respaldos en Moscú, Londres y Washington, y buena suerte como para seguir en libertad y traficando con armas —continuó hablando y no había que ser clarividente para saber que ese hombre tenía algo más que sexto sentido.

—Tiene que tener a algún poli confidente, o a alguien que le cuente las noticias sobre las redadas —dije vacilante. Por una fracción de segundo pensé en Sasha. No sé por qué, me vino a la cabeza la primera noche que fui a Beautique, y añadí—: En el argot de los espías, la práctica de poner un cebo femenino se denomina trampa de miel, y a las agentes usadas para este fin cisnes, ¿verdad?

—Sí, espionaje de alto nivel. Conspiraciones en la sombra, cambios de identidad, lealtades. Ninguna red de seguridad, por compleja que sea, está a salvo de los encantos de un cisne. Suele ser una belleza en la sombra. Sexy y explosiva, pero cerebral y mortífera. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Confías cien por cien en tu amiguita Sasha? Por lo que veo trabajáis juntos y tiene virtudes necesarias para ser un cisne. Ella podría ser una informante, o incluso ser miembro de la organización criminal de Vladimir —dije despacio, midiendo el efecto de cada palabra y los ojos de Lucas se abrieron de par en par.

Se quedó un momento pensativo. Mi explicación parecía haberle pillado por sorpresa. Luego pareció recomponerse.

—Sasha, no es la informante. Tampoco trabajamos juntos. Digamos que colabora conmigo desde hace algunos años. Ella es una ex espía, condecorada por el presidente ruso. Está en la ciudad por Vladimir, pero no por el motivo que tú crees —murmuró muy serio mirando por el espejo retrovisor y no pude evitar que mis celos afloraran.

—¿Hace cuanto que la conoces? Parece que lleváis siendo amigos muchos años, y amantes... por lo menos cinco años. Aunque últimamente según tú, no te acuestes con ella.

Clavó sus ojos oscuros en mí al oírme y su fiera mirada se tornó cálida, suave.

—¡Ay, mi Caprichosa! Siempre has creído que me acuesto con Sasha

desde hace años, pero nunca me la he follado —dijo en un arranque súbito confidencial y mi respiración se atascó.

—¿Qué? ¿Nunca? —Observé su perfil con la evidente pregunta prendida en mi semblante—. Tú me hiciste creer en París que tenías una relación con Sasha.

—Con la única mujer que tendría una relación seria sería contigo —susurró de forma inesperada envolviéndome con su voz y mis sentimientos se liberaron sin limitaciones.

—Lucas... —suspiré.

La mirada que me regaló durante un breve segundo, antes de fijar su vista de nuevo en el asfalto, tuvo la habilidad de hacerse con el poco aire que quedaba en mis pulmones.

—Bueno, creo que ya ha llegado la hora de deshacerse de la indeseada compañía —dijo a continuación dando un giro a la conversación, y el simple acto de subir el volumen de la música con el inconfundible sonido de la guitarra eléctrica de los Rolling Stones y su tema «Satisfaction», fue una fuente de potencial adrenalina.

Con unos agudos cristalinos y unos bajos potentes inundando el habitáculo del Jaguar, hizo un giro de ciento ochenta grados, derrapando en la importante Avenida Atlantic. Sacó el brazo con un arma en la mano al tiempo que pisaba el acelerador y disparó contra el cristal delantero y el motor del vehículo. Luego, con una definición excepcional y un único tiro certero, le dio a la rueda delantera derecha del Chevrolet Suburban.

El pesado coche que nos perseguía se hundió del lado del que reventó la rueda, perdió el control, subiéndose por la acera, y terminó estampándose contra el local de la esquina de toda la vida, Long Island Bar, en el 168.

—¿Mataste a esos hombres?

Me tensé al ver la forma de estrellarse el coche, sin dirección alguna.

—Vladimir siempre tiene a su gente vigilándome y no me puedo arriesgar a que te vean conmigo y se lo cuenten —masculló girando a toda velocidad por Henry Street.

Volvió a doblar bruscamente a la derecha, por Pacific Street, y se dirigió rápidamente hacia Hicks Street. Luego siguió hacia Classon Avenue y condujo durante varios minutos por la Interestatal 278 hasta que tomó la salida treinta en dirección Flushing Avenue, rumbo al vecindario de Williamsburg.

Cerca de mi apartamento se metió en un callejón sin salida bastante oscuro. Frenó junto a la acera y de seguida dio marcha atrás para situarse detrás

de otro coche. Permanecí inmóvil un momento, recobrando el aliento mientras Lucas guardaba su pistola en la guantera. El sofisticado traje no conseguía ocultar el depredador que llevaba dentro.

Sin perder el tiempo, salió del coche y a través del cristal delantero observé como rodeaba el Jaguar con pasos rápidos. Me quité el cinturón de seguridad y no esperé a que me abriera la puerta.

En cuanto estuvo a mi lado, presionó el botón del cierre del coche entrelazó sus dedos con los míos y en silencio doblamos la esquina. Recorrimos la distancia hasta el edificio donde se encontraba mi apartamento en un abrir y cerrar de ojos.

—Veo que te sabes el camino a mi casa muy pero que muy bien —murmuré, conteniendo una sonrisa mientras entrábamos en el edificio—. ¿Desde cuando hace que me sigues?

Con movimientos tranquilos e intencionados me guiaba hacia el ascensor y no pasé por alto como ante mi pregunta el músculo de su mandíbula se tensaba.

—Desde hace algún tiempo —respondió—. Puede que... ¿cinco años?

Abrí la boca sorprendida y luego me esforcé en ocultar mi satisfacción.

«Todas mis sospechas eran ciertas.»

—¡Maldita sea! ¿Todo este tiempo has estado espíandome, siguiéndome por las calles? —dije fingiendo estar enfadada—. Algunos días creía verte escondido en medio de la gente y ahora resulta que era verdad lo que siempre percibí.

—Está claro que una joya de valor incalculable como eres tú exigía un seguimiento exhaustivo por mi parte —dijo sin ocultar el descaro de ese acto, lanzándome una sonrisa arrolladora con sus penetrantes ojos oscuros.

—¡Estás para que te encierren en un manicomio! —sonreí.

Subimos al ascensor, y con una arrogancia relajada apretó el botón del cuarto piso que daba acceso a mi apartamento concentrado por completo en mí. En el momento que se cerraron las puertas me agarró despacio de las caderas.

—Otra vez tú y yo, en un ascensor... solos —susurró con voz profunda mientras me miraba a los ojos y sentí un excitante escalofrío.

—Eso parece —gemí.

La eléctrica sensualidad que emanaba de Lucas me tenía atrapada.

Sus manos subieron mi vestido de flecos azul erizando mi piel con el toque de sus dedos y un gruñido gutural nació de su garganta invadiendo el aire.

—¿Quieres que te recuerde lo que te hice en aquel ascensor de París?



Duro, intenso, con sus rasgos puramente masculinos, desvió su mirada seductora hacia su mano que continuaba su ascenso con una caricia audaz por mi desnudo pubis y mi respiración se tornó superficial.

—¿Qué te recuerde lo que sentiste? —prosiguió en tono ronco e hipnótico.

—Sí. —Mi voz apenas audible salió en un ligero gemido al tocar mi clítoris.

Mis pechos se volvieron pesados, sensibles, los pezones duros, deseosos de que los succionara con su boca.

—Aquella noche me esforcé continuamente durante la cena por mantener el control, pero al verte subir en el ascensor tan enfadada, no pude evitar seguirte... Todo el fuego que había visto en tus ojos, tu estudiada indiferencia hicieron que despertaras mi deseo más que ninguna otra cosa en mi vida —gruñó rozando con las palmas de sus manos mis erguidos pezones por encima del vestido y arqueé la espalda—. Aquella noche me moría de ganas de lamer toda tu piel, morderte los pezones. Estos que siento tan duros y excitados bajo las palmas de mis manos como los sentí en aquel ascensor —añadió demoledor, y un intenso calor se concentró en mi sexo.

*¡Deus!* Su voz sonaba como una áspera caricia, grave y ligeramente ronca, deliciosa como el resto de él.

—Aquella noche necesité mucho más control del que estaba acostumbrado para no detener el ascensor y pegarte un buen e intenso polvo contra el espejo —susurró en mí oído con cierto toque de maldad, insinuándome los placeres prohibidos con sus labios firmes y carnosos por la ruta de mi cuello.

Saboreaba mi piel despacio, con suaves lamidas y mordiscos provocando que mi sangre hirviera por el recuerdo... por lo vivido en este instante. Descubrir sus pensamientos, provocaba en mí un hondo deseo. Su intención de excitarme como aquella noche en el ascensor de París me volvía loca.

—Quería tus piernas imposiblemente largas y sexys envolviéndome la cintura mientras mi polla se enterrara profundamente dentro de ti —dijo con cada músculo de su cuerpo endurecido y el prominente bulto de su erección rozó implacable el punto más sensible de mi cuerpo—. Sé que te corriste esa noche en el ascensor —prosiguió con su boca pegada a mi oreja y restregó su polla contra mí arriba y abajo con suaves y tentadores movimientos—. Te arrinconé con el único objetivo de que te corrieras con el roce de mi polla... Solo con mi dura polla y mis manos sobre tus pechos.

*¡Maldita sea!* Con cada palabra que pronunciaba vertía una cascada de

hormonas y recuerdos sobre mí. No hacía más que ponerme más y más caliente. Me iba a correr otra vez como aquella noche. Tenía mi sexo húmedo, me palpitaba lleno de necesidad.

—Solo me faltó una cosa por hacerte aquella noche antes de que las puertas del ascensor se abrieran... Y no estoy hablando de follarte, cosa que deseaba hacer con todas mis fuerzas —dijo mordiéndose el labio inferior y enrosqué mis dedos en su sedoso pelo negro.

—Déjame adivinar —ronroneé atrevida mordiéndome yo también el labio con plena conciencia.

Me miró de manera salvaje y medio segundo después, con un grave gemido de placer su boca tomó posesión agresivamente de la mía, dándome un largo, vertiginoso y devastador beso contra la pared del ascensor.

Su boca sabía a tentación. El peligro emanaba de él. Besar a Lucas era como verse arrastrada por un torbellino de deseo. Resultaba excitante. Me saboreaba con una enloquecedora intensidad, sin límites, ni restricciones de ningún tipo. El corazón me latía muy acelerado. Mi cuerpo ardía de fiebre, quemaba, rugía como un motor pasado de revoluciones.

Se abrieron las puertas del ascensor y caminé dando pasos hacia atrás con Lucas pegado a mí, besándome. Deslizaba sus manos por mis curvas, entre los flecos, por encima del suave relieve exterior de mis pechos, las costillas mientras intentaba abrir la puerta de mi apartamento. Tras varios intentos infructuosos con la llave para girar la cerradura entre besos cargados de pasión, la puerta se abrió finalmente con éxito y escuché a Samba maullar en el salón.

—¡Deprisa! vamos a mi habitación —murmuré sin aliento—. Mi pequeña leopardo no es muy sociable.

Lo sentía duro y el destello provocador de sus ojos me hizo perder la cabeza.

—¿Qué es una fiera como su dueña? —sonrió pegado a mi boca y me reí.

—No, yo soy más fiera y salvaje que ella.

La eléctrica sensualidad que emanaba de él me tenía atrapada, pero al ver la silueta de mi gata salvaje asomar por el pasillo decidí no poner a prueba el intrépido instinto cazador de Samba con Lucas.

Le gustaba trepar, saltar, esconderse, pero sobretodo adoraba cazar.

Cerré la puerta de mi habitación casi de un portazo.

—Tu dulce y cariñosa gatita no me hará nada —Su sonrisa se había convertido en una risa alegre.

Se quitó la americana y la colgó en el respaldo de una butaca que tenía

junto a la ventana.

—Tu no la conoces, no le gustan los extraños —murmuré dejando mi bolso en el tocador.

—Yo no soy un extraño para ella. Seguro que se acuerda de como le daba biberones —dijo atrayéndome hacia él y puso su boca sobre la mía, besándome apasionadamente.

—¡Qué! —Interrumpí el beso—. ¿Tú fuiste quien dejó a Samba dentro de una caja en el rellano de mi puerta?

—Sí. Quise hacer lo mismo como cuando te regale a Shenzi. ¿Recuerdas que te la dejé dentro de una caja junto a la puerta de tu habitación?

Su sonrisa era pícara y sentí una opresión en el pecho.

—Lo recuerdo, como iba a olvidarme de ese día.... Mi preciosa Shenzi —musité, exhalando un suspiro y me temblaron las manos sobre su camisa.

—Pensé que te gustaría tener otra mascota.

Besó suavemente mis labios y tuve que tomar aire. Un cúmulo de emociones me brotaba del alma al saber que él había sido el causante de que mis días de soledad en Nueva York terminaran gracias a Samba.

—Gracias, por regalármela. No sabes cuanto me ha... —La voz se me quebró, se me atascó como si estuviera oxidada y cuando quise obligarme a seguir, me tembló la barbilla.

Quería expresarle mis sentimientos, pero un inesperado nudo en mi garganta impedía que el sonido de mi voz saliera. Este detalle tan romántico por su parte me había descolocado.

—Mi Caprichosa, no tienes nada que agradecerme —dijo acariciando con ternura mi rostro y cerré los ojos estremecida porque él estaba aquí, conmigo, acrecentando el inmenso amor que sentía por él.

Respiré hondo, intentando tranquilizarme.

—No sabes cuanto me ha ayudado Samba. Ella se ha convertido en mi compañera, mi amiga —dije abriendo los ojos y emití un profundo suspiro—. Todos los días cuando llego a casa después de trabajar me está esperando para saludarme y frotarse contra mis piernas suplicando mis caricias. Samba con su llegada ha llenado el vacío que inundaba este apartamento... Mis comienzos en Nueva York fueron bastante difíciles, ¿sabes?

Mis labios temblaron y dejó sus manos quietas al oírme, sosteniéndome la mirada.

Su boca cubrió mis tremulos labios con calma, y cerré los ojos de nuevo con un revoloteo. Sus labios, cálidos y firmes, se movieron contra los míos en un

beso lento, tranquilo y sensible. Sin embargo, poco a poco, el placer se volvió más nítido en cada lamida, succión y mordisco. Mis pensamientos se desvanecieron, fueron sustituidos únicamente por el deseo, por la necesidad de que él me hiciera suya. Nuestras respiraciones se volvieron más profundas. Sus dedos viajaban por mi mandíbula, mi cuello, y se enroscaban a través de mi pelo para doblar mi cabeza y tener mejor acceso a mi boca. Me saboreaba, me reclamaba... me hacía suya. Parecía que no acabábamos de tener sexo en el Club por la furiosa intensidad de nuestros besos.

Besos que duraron unos segundos, pero el infinito de una eternidad.

Sentía la calidez de su enorme cuerpo, percibía el aroma profundamente masculino de su piel. El corazón me latía a mil por hora cuando Lucas me liberó. Aspiré una bocanada de aire en busca de oxígeno, la cabeza me daba vueltas.

Su mirada se había vuelto lava volcánica, sus ojos ardían, y acaricié sus fuertes bíceps ocultos bajo la tela de su camisa, con un más que cálido placer entre los muslos.

—Siempre me he imaginado que te desnudaba —dijo con sus dedos en la cremallera de mi vestido, abriéndolo con facilidad, deslizando después la sensual prenda hacia abajo.

Me quedé desnuda, a excepción de mis sandalias negras de tacón. Posó su boca en mi cuello y dejé escapar un gemido.

—Te imaginaba desnuda...

Su gruñido fue grave y ansioso, desesperadamente excitante en el instante que sus manos rodearon mis pechos.

—Ya me has visto desnuda —susurré con la respiración entrecortada.

Acariciaba mis pechos con suaves apretones y el cambio en su expresión resultó instantáneo e inquietante.

—No me recuerdes lo que vi en la piscina de casa de tus padres hace cinco años —Me succionó el labio inferior, tirando con sus dedos de mis sensibles pezones—. Presenciar como otro te follaba me volvió loco.

Su varonil cara, imponente, enmarcada por su irresistible barba de varios días se ensombreció, volviéndose peligroso. Estaba claro que el recuerdo de pillarme con Marlon en la piscina aún le cabreaba y eso me sorprendió.

Me miraba con las aletas de la nariz expandidas mientras me cariciaba con un toque lento pero intenso los erguidos pezones, robándome el aliento.

—Quería ser yo quien te follara. Quería ser yo quien te provocara los gemidos cuando bombeara dentro de ti. Quería ser yo quien dejara mi semen en ti, para que después pensaras en mí.

Su boca descendió a uno de mis pezones, rodeándolo con su boca. Jugueteeó un poco con la lengua, succionó la punta hasta que los endureció como perlas, y me sentí arrebatada, casi febril.

—Lucas... ¡*Oh, Deus!* —gemí ante la demencial acometida sensorial que me recorrió por dentro desde los pechos hasta el sexo y me apreté contra él lascivamente.

Levantó la mirada con sus tormentosos ojos oscuros al mismo tiempo que capturaba mi pezón entre sus dientes y deslizaba la mano por mi palpitante sexo, y tuve la sensación de que mi cuerpo ardería en llamas.

—Hoy por fin, voy a poder follarte con los dedos y sentir mi semen en ti. Voy a poder poseerte durante toda la noche hasta reventar los dos de tanto placer —murmuró abriendo mis húmedos pliegues con los dedos—. Te vas a correr como nunca antes lo has hecho, y pensarás en mí a todas horas. Desearás que vuelva a hacértelo una y otra vez.

Perdida en la bruma de su áspera voz, me tenía tan excitada, que cuando su boca comenzó a chupar mi pezón con fuerza al mismo tiempo que deslizaba dos de sus dedos dentro de mí, alcancé el clímax.

Me corrí en oleadas violentas y salvajes, moviendo mis caderas en su mano, con mi vista fija en la suya, incapaz de apartar la mirada, del hombre que era capaz de enloquecerme por completo.

Aferrada a sus duros bíceps, cada poro que habitaba en mi excitado cuerpo se subió en un avión con destino al Himalaya, y una vez ahí, se dejaron caer desde el pico más alto del Everest, directo al precipicio, el abismo profundo, viviendo un intenso orgasmo.

—Eres mía, absolutamente mía —dijo con un fuego abrasador en sus ojos mientras mi sexo daba espasmos y se contraía alrededor de sus dedos—. Voy a proporcionarte placer de todas las maneras posibles. Te poseeré, disfrutaré, controlaré... dominaré.

Retiró sus dedos lentamente y tragué saliva ante su mirada tan significativa.

—Lucas... —murmuré.

—Mía —susurró, pasando sus dedos impregnados con mi sabor por mis labios entreabiertos y gemí con la respiración alterada. Metió sus dedos en mi boca, con nuestras miradas engarzadas, y una sensación erótica y arrebatadora se apoderó completamente de mí al percibir mi sabor mezclado con el suyo—. Chúpalos —me ordenó gutural.

Los chupé con todas mis fuerzas excitada por su inusitada petición. Sentir

mi esencia combinada con la suya sofocaba cada una de mis inspiraciones y el brillo de lujuria que vi asomarse en sus ojos me volvió loca.

—Eso es mi Caprichosa, pruébanos. Lame el rastro de semen que dejé antes en tu coño —gruñó con voz ronca mirando como lamía y succionaba sus dedos.

Sabía que estaba poniéndolo dolorosamente duro y deslicé mis manos por la pared de su torso hacia abajo hasta llegar a su enorme erección. Me moría de ganas de recorrer con mis manos y mi boca su poderoso cuerpo. Quería volverlo loco de placer. Quería que perdiera la cabeza y se corriera en mi boca, en cada parte de mi cuerpo.

—Quiero satisfacerte —ronroneé.

—Después.

Lamí despacio y mordí ligeramente la punta de sus dedos con malicia, sin apartar mi mirada de la suya, y noté como su polla saltaba a toda su longitud debajo de mis manos.

—¡Joder, Dangelys! Voy a sufrir un puto cortocircuito —apretó la mandíbula y su mirada se nubló peligrosamente.

Lucas sacó sus dedos de mi boca, agarró mi melena con fuerza, y apenas había recuperado el aliento cuando hundió sus labios en los míos con hambrienta avidez mientras me guiaba hacia la cama.

—Me muero por pasarte la boca por todo el cuerpo —gruñó con voz ronca, con un tono caliente capaz de derretir con su calor una estatua de nieve, y me besó de nuevo profundamente.

Exploraba ferozmente mi boca, con frenesí, lamiéndome la boca codicioso, y enardecida por su deseo animal, sintiendo el empuje de su erección, le saqué la camisa del pantalón y comencé a desabotonarla a ciegas.

—Te deseo mucho, Lucas —gemí arrastrando mi lengua por su cuello, mordisqueando su mandíbula.

Metí mis manos por debajo de la tela empujando la camisa por sus hombros y un sonido hambriento rasgó su garganta al deslizar mis dedos por la dureza implacable de sus músculos, los relieves de sus abdominales.

—He querido tocarte durante tanto tiempo —jadeé dulce y húmeda.

¡*Deus!* El mero hecho de tocar su cuerpo causaba estragos en mi interior. Nada se podía acercar a la manera en que lo necesitaba.

Me sentó en la cama en una fusión de lenguas llena de pasión, de caricias de un anhelo puro y me estremecí por el contacto de mi piel con la seda fría de la colcha.

—Para algunos la pasión es dejarse llevar por los sentidos. ¿Para ti qué es, Dangelys? —Sus dedos largos se deslizaron por mi cuello hasta llegar a mi nuca y dejé de respirar al contemplar sus ojos.

Ardían tan ferozmente que parecían lava ardiente y líquida.

Sentía mi piel tensa allí donde me acariciaba, como si fuera a estallar por la fuerza de la sangre que palpitaba dentro de mis venas.

—Para mi la pasión significa sufrir o sentir. Un sentimiento capaz de perturbar la razón —susurré padeciendo los síntomas con intensidad y se mordió el labio al ver mi expresión.

Su rostro era un rotundo enunciado sobre masculinidad que no me permitía razonar. No era capaz de dominar el sentimiento. Sufría un desborde emocional por tenerlo de pie, delante de mí, notando su profunda atracción hacia mí.

—La pasión, es un instinto primitivo —dijo deslizando un dedo entre mis pechos—. La pasión, es el resultado del erotismo.

Endemoniadamente sexy, desplegabá todas sus armas en cada gesto o movimiento, dejándome KO.

—La pasión, es el volcán de las emociones...

A sabiendas de su poderoso físico, se apartó un metro de mí y empezó a despojarse de su ropa con suavidad en un derroche de sensualidad que se quedaría grabado en mi mente para siempre. Primero la camisa, que ya tenía abierta y que tiró al suelo, después los zapatos y seguidamente el pantalón. Cuando le llegó el turno a sus boxers Armani ya estaba a punto de sufrir un desmayo. Tenía unas piernas tonificadas, con un volumen del músculo cuádriceps perfecto para sus esbeltas caderas y cintura.

De verdad que el cuerpo de Lucas a sus cuarenta años no era de este planeta. Con este exclusivo show privado, él solito se estaba encargando de conseguir que el calentamiento global fuera algo mucho más grave. Atractivo era una palabra demasiado suave para describirlo en este momento.

Él era sencillamente impresionante, magnífico. Dotado de una hermosa brutalidad, sus costillas se agitaban en cada respiración bajo sus fuertes y potentes pectorales. Un ligero vello se esparcía por ese pecho realmente inhumano, por sus onduladas abdominales definidas que parecían cortados en gruesas líneas y ángulos como si un escultor lo hubiera tallado en mármol.

Sus penetrantes y salvajes ojos oscuros devoraban cada centímetro de mi piel, como si continuara tocándome y el aire se hizo más eléctrico, un cable vivo saltando sin conexión a tierra, creando una fuerza brutal entre nosotros en el

instante que sus dedos jugaron con la cinturilla elástica de su ropa interior.

—Me gustaría ser el detonante de tu pasión —susurró aproximándose a mí con la cara oscurecida por la lujuria y miré su soberbia erección con el corazón acelerado.

Entonces, se bajó el bóxer delante de mí, dejando libre su polla espléndidamente erguida, y ahí sí que mi mente se quedó sin vocabulario.

—Voy a comerte y follarte hasta que te quedes afónica—dijo mientras me acercaba al borde de la cama y separaba provocativamente mis muslos.

*¡Deus!* Si Lucas me había parecido caliente hace un rato en el Copacabana, en el ascensor, o quitándose la ropa, ahora era volcánico.

Se arrodilló en el suelo duro, desnudo, y me mordió y besó uno de mis tobillos a modo de seductor presagio antes de colocar mis piernas sobre sus hombros. Con una mano acariciaba la parte interior de mi muslo deslizando sus dedos por mi piel al mismo tiempo que aproximaba su boca a mi parte más íntima. Notaba el calor y el deseo que desprendía, y con sus ojos clavados en mí, se deleitó con un gemido justo antes de trazar con su lengua un camino lento y húmedo a lo largo de todo mi depilado coño.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Lucas... —gemí, agitando mis caderas.

Tenía una suave y aterciopelada lengua experta que sabía utilizar a la perfección. La hacía girar alrededor de mi clítoris, con caricias lentas al principio, y después con creciente intensidad. Succionaba enérgico, me introducía la lengua, lamiendo y separando mis sensibles pliegues. Creía que iba a estallar en mil pedazos por las increíbles sensaciones tan fuertes y profundas que me provocaba con su avariciosa boca.

—Mi gacela de ébano, correte para mí.

Su voz masculina era como whisky derramándose sobre mí.

Puse las manos sobre su cabeza y lo agarré del pelo sintiéndome arrebatada, febril. Mi deseo crecía con rapidez con cada una de sus controladas caricias, y cuando Lucas con un intenso rugido me clavó la lengua en mi sexo... *¡Oh, Deus,* sí! El mundo se esfumó a mí alrededor.

Temblando de forma violenta alcancé otro orgasmo con un grito incoherente por el agudo placer.

Nadie me había practicado el sexo oral así jamás. Me estaba follando con la lengua, literalmente, bajo el influjo de su mirada. Dentro y fuera, sus deliciosas penetraciones con la lengua me llevaron a un profundo éxtasis. Mi cuerpo se agitaba, pedía más entre espasmos, quería que entrara más adentro.



Mis sentidos se ahogaban con el aquí y ahora.

—¡Sí! Así.... ¡Deus! Sí, sigue Lucas, no pares —gemía jadeante por la fuerza del orgasmo mientras me convulsionaba.

Sediento de mí, agarró mi trasero para tirar de mí hacia su cara y me devoró loco de deseo.

Sus gemidos vibraban contra mi sensible coño, ténsandome. Lamía mi clítoris con deliciosas maniobras que me generaba una tormenta violenta de sensaciones. Una furiosa necesidad de que me follara se adueñaba de mis sentidos.

—Tu sexo sabe tal como lo había imaginado. Un poco ácido... dulce... delicioso para devorarlo durante horas.

El rey de mis sueños más húmedos introdujo dos dedos en mi interior y los flexionó hacia el ombligo para alcanzar mi punto G, llevándome a un nivel de máximo placer. Era una sensación tan increíble que volví a correrme, gritando con voz ronca.

—¡Oh, Deus! ¡Oh, Deus! —Me sacudía con la fuerza del orgasmo atravesándome en espiral—. Esto es demasiado.

Las ardientes ráfagas estallaban por todo mi cuerpo y le clavé los tacones en la espalda.

—Eso es, abandónate al placer —rugió agarrándome con más fuerza, con la satisfacción asomándose a sus ojos.

Estimulaba mi zona cargada de terminaciones nerviosas con destreza. Me penetraba con sus dedos a un ritmo constante, con movimientos expertos, mientras tocaba mi clítoris con la lengua, agitándola de un modo maravilloso.

—Ya... basta. No puedo más —dije con la respiración muy descontrolada incapaz de soportar otro orgasmo más que sentía llegar de forma inminente—. Por favor, no más.

Mi corazón latía enloquecido como el batir de las alas de un colibrí.

Me quitó las piernas de encima de sus hombros y sus manos me arrastraron al centro de la cama. Me había regalado ya varios orgasmos con una experta precisión, y encerrándome con su musculoso cuerpo, entrelazó sus dedos a los míos por encima de mi cabeza.

—¿Estás preparada para que te folle de nuevo, Dangelys? —susurró con voz profunda, mirándome con los ojos hambrientos—. ¿O me pedirás que pare?

Mi respiración se volvió errática por la dominación de su cuerpo presionándome.

La ancha y aterciopelada cabeza de su miembro rozaba mi hinchado

clítoris como una tentación silenciosa. Restregaba la húmeda punta por mis resbaladizos pliegues, introduciéndose dentro de mí, un poco, solo un par de centímetros, y mi sexo se contraía e intentaba succionarlo, pero luego él la sacaba dejándome temblando de necesidad.

—Vas a volverme loca si continúas haciendo eso —dije excitada encerrada en la jaula enorme de su cuerpo—. Fóllame, por favor.

Estaba perdida en él, perdida en sus sensuales movimientos. Empujaba sus caderas contra mi pelvis en un ritmo lento, sexual, mientras su boca se apropiaba de la mía en un asalto en toda regla a mis sentidos. Lucas me comía, devoraba, me seducía con su boca hasta que, sin previo aviso, entró con su miembro con fuerza en una feroz arremetida bien profundo y solté un grito ahogado de puro placer.

Inmediatamente después, se retiró de mi interior despacio, hasta sacar su polla por completo y de mis labios salió un sonido sensual lleno de frustración.

—¿Cómo puede ser que te controles tanto? —protesté y tragué saliva tratando de humedecer mi garganta reseca—. Pareces impasible a mí.

—¿Eso crees? —Se humedeció los labios mirándome fijamente.

Sin soltar mis manos, con una sonrisa perezosa en sus labios gruesos y firmes, volvió a meter su polla un poco, rompiendo la barrera de mis empapados pliegues, y mis cuerdas vocales se diluyeron.

—Nada de ti me deja impasible, mi gacela de ébano.

La tenía dura, enorme, como una piedra, y la ciega lujuria tomó el control, atravesándome de un modo que nunca antes había experimentado cuando vi como el deseo endurecía los rasgos de su atractivo rostro al embestirme de nuevo.

—Quiero follarte en la cama, en el suelo, en la mesa de la cocina, en la ducha. Cada nervio de mi cuerpo activo y hambriento, te desea —gruñó hundiéndose completamente dentro de mí con una urgencia brutal y el aire se fugó de mis pulmones.

Separé los labios para respirar. Sentía su deseo, la cruda y caliente necesidad de poseerme en el implacable ritmo de sus caderas. Su cuerpo entero se tensaba al hundirse en mí.

Lucas me follaba con una experta precisión como solo lo haría un hombre como él. Agresivo, pero en el punto perfecto de sexo primitivo. De un modo tan increíble que iba a perder el juicio en cada contundente choque de pelvis. Concentrado en mí, con una posesión feroz en sus ojos, me clavaba su polla con fuerza grabando en mi cerebro y en mi cuerpo que yo le pertenecía,

provocándome un deseo que rozaba el nirvana.

—Estoy dentro de ti... Cada centímetro de tu piel, tu corazón, tu alma me pertenece. A partir de hoy no importa quien se entrometa en nuestro camino. Eres mía, Dangelys... Mía.

*¡Deus!* Su cuerpo era un infierno de energía que hervía sobre mí, matándome de placer en cada embestida.

—Soy tuya —jadeé y un rugido vibró en su amplio y musculoso pecho antes de liberar mis manos y capturar mis labios de forma voraz.

Gemíamos el uno en la boca del otro, frenéticos por consumirnos mientras se enterraba dentro de mí una y otra vez como un animal entre rápidas estocadas. Envolví mis piernas alrededor de sus firmes caderas que me bombeaban sin piedad y pegada a su cuerpo arañé con mis uñas la musculatura definida de su espalda.

El sonido erótico de nuestros cuerpos sobre el colchón me acercaba más y más al límite. Sentía como su cuerpo se ponía rígido, como se le tensaban todos los músculos ante el inminente orgasmo, como perdía el control...

Nuestras respiraciones siseaban en el aire en el instante que me sorprendió apartándose de mí para ponerse de rodillas. Con una mirada dominante me ordenó que acercara mis labios a su polla y mi pulso se disparó. La imagen que tanto había evocado durante años se haría realidad.

Lucas peligrosamente atractivo, desnudo y empalmado, agarrándosela con el puño, se la acariciaba deseando entregarse al placer que le proporcionarían mis labios.

—Quiero tu boca caliente tirando de mi glande, tu lengua moviéndose alrededor de mi polla. Quiero correrme en tu boca y que te lo tragues todo, mi Caprichosa. Hasta la última gota —ronroneó y noté un hormigueo por la anticipación.

La voz honda y sexy de Lucas se deslizaba por mis sentidos y sedienta de él, me aproximé sensual y femenina a su miembro más que dispuesta a complacerlo.

Rodeé su resbaladiza polla con las manos que no paraba de lubricar y lo sentí estremecerse. Recorrí con la punta de mi lengua toda su longitud sin apartar mis ojos de los suyos. Una deliciosa lamida hasta la ancha cabeza, y el deseo crispó su cara, imprimiéndole una belleza primitiva cargada de virilidad.

—¡Dios! Me vuelves loco —gruñó gutural apretando los dientes y mi sexo se contrajo, aún hambriento de él.

Dibujaba lentos círculos en su glande mientras mis manos se deslizaban

por su poderoso y sudado torso, sus prominentes abdominales, siguiendo el contorno de cada músculo, cada cavidad incrementando su excitación.

Con una mirada cargada de erotismo me metí toda la polla hasta la garganta a la vez que lo agarraba del culo con fuerza y se mordió el labio inferior con saña. Lo chupé de la raíz a la punta con alevosía y mi mente se volvió incandescente en el momento que comenzó a balancear las caderas en busca de su placer.

—¡Jodeer!—siseó en un éxtasis rotundo.

Comérsela, chupársela con succiones rápidas, construyó el frenesí.

Me encantaba su tacto, su olor, su sabor mezclado con el mío. Subía y bajaba mi cabeza gimiendo alrededor de su polla. Sus gestos cada vez eran más rudos y carnales. Sin bajar el ritmo acaricié sus testículos con una mano además de chupársela con fuerza y sentí como perdía el control.

Con una espiral de hambre recogió mi pelo en un puño, y atrapada por su mano, sometida al inagotable deseo que lo consumía por dentro, bombeó mi boca con fuerza como un animal entre rápidos y entrecortados rugidos.

—Dangelys, voy a correrme —me advirtió con un profundo y ronco gemido hundiéndose profundamente en mi boca, obligándome a acogerlo—. ¡Oh, Dios!

Se propulsaba duro y firme y percibí como el éxtasis ardía a través de él cuando con un último empuje convulsivo me la metió entera en la boca y me lanzó su líquido caliente por la garganta.

—¡Dangelys! —gritó desgarrado.

Eché la cabeza hacia atrás con la cara contraída en una expresión salvaje y no hubo nada en el mundo comparable a oírle decir mi nombre mientras se corría.

—Eso es, Dangelys. Trágate todo... Trágate absolutamente todo, mi Caprichosa —gruñó manteniéndome pegada a él con una mirada penetrante y posesiva, y mis sentidos se tambalearon.

Su cuerpo temblaba de forma violenta por la fuerza de su eyaculación y me tragué hasta la última gota con mis ojos fijos en los suyos, con todo mi cuerpo centrado en darle el máximo placer.

—¡Joder! Tu mirada lasciva va a volverme loco.

Su varonil voz era como si mordisqueara con sus dientes la sensible zona erógena del lóbulo de mi oreja.

Con la cara oscurecida por la lujuria la sacó de mi boca, y empezó a frotar su polla húmeda rodeada de gruesas venas aún endurecida y gorda sobre mis

labios, mi cuello, mis pechos... La imagen resultaba impactante.

El hambre no desaparecía de sus ojos oscuros, destellaban con un calor voraz y mi interior llameó por la visión. Lucas era tan magnífico desnudo, que resultaba devastador verlo actuar de esta forma tan primitiva, tan dominante.

Hipnotizada por su magnetismo animal me relamí los labios mirándolo fijamente, y antes de que me diera cuenta, me apartó el pelo de la cara y atrapó mis labios.

Me besó apasionadamente entre gemidos y respiraciones entrecortadas y llevándome con él al centro de la cama, me folló otra vez profundo y duro, reclamándome como suya.

Llegar antes al clímax no había apaciguado su deseo por mí y con la resolución tallando cada flexión de su musculatura, me dio la vuelta, y tiró de mis caderas de modo que estuviera de rodillas.

Se colocó detrás de mí, acariciándome las nalgas con ambas manos y se inclinó sobre mi oído.

—Mira como me tienes —gruñó guiando su aterciopelada polla hacia mis resbaladizos pliegues—. Esta vez seré implacable.

Más que dispuesta a recibir todo de él arqueé mi espalda y empujó con fuerza metiéndomela hasta el fondo.

—¡Oh, *Deus!* —jadeé.

Una de sus manos fue bajando por mi cadera hasta mi sexo, jugueteaba con sus dedos en mi clítoris, lo rozaba, y la sensación fue más que increíble.

—Eres mía... mía —gemía en mi oído en cada contundente golpe de pelvis.

La mano que deslizaba por mi sexo, subió, y noté como el dedo lubricado por mi clítoris exploraba mi ano despertando un cúmulo de sensaciones desconocidas. Sin esperarlo, introdujo el dedo, lo movió mientras me follaba sin miramientos y grité de placer ante la inesperada invasión.

—Lucas —murmuré con la respiración alterada abrumada por el estímulo—. Hacerlo por detrás... es algo que nunca he probado.

—¿No? —Su lengua recorrió mi cuello hasta mi oído y arrancó un hondo gemido de mi garganta.

—No. Tú serías el primero.

Lucas gruñó de satisfacción tras oírme y empezó a sumergirse con su dura polla dentro de mí con movimientos fuertes y potentes. Me agarró del pelo con la otra mano para ladear la cabeza y sus labios me besaron con lascivia.

—¿Te gustaría que te follara por el culo? —preguntó encima de mi boca

entreabierta en busca de aire y un calor líquido corrió veloz por mis venas.

Sujetó con sus dientes mi labio inferior, mordiéndolo con su respiración descontrolada, y antes de que respondiera unió nuestras bocas en un beso primitivo, intenso, carnal, salvaje.

—Lucas... ¡Oh, *Deus!* Voy a correrme.

Con su poderoso torso pegado a mi espalda, introdujo dos dedos y mis músculos se contrajeron en su deseo de retenerlos.

Notaba que el clímax se acercaba de un modo que me haría alcanzar las estrellas.

—¿Te gustaría que reclamara esa parte de ti? ¿Te gustaría ser completamente mía esta noche?

Con las palmas de mis manos apoyadas sobre el colchón, gritaba perdida ante el inexorable ritmo vertiginoso de sus embestidas.

El sonido de la cama, de los choques de pelvis, de su duro miembro hundiéndose dentro de mí, de sus dedos en mi culo, me volvieron literalmente loca de ansias de que me penetrara con su polla por detrás.

—¡Sí! Quiero ser tuya... Quiero ser únicamente tuya —dije entre jadeos y gemidos al borde del orgasmo con un tono de voz irreconocible debido al deseo.

Sacó sus dedos de inmediato y los sustituyó por su polla, presionando entre las nalgas. Buscó mis labios a la vez que se introducía lentamente en mi ano y la sensación fue abrumadora y salvaje.

—Mi Caprichosa, lo haré despacio... muy despacio.

—¡*Deus*, Lucas! —gemí con una mezcla de dolor y placer mientras torturaba mi clítoris con sus dedos.

Su miembro erecto duro como el acero, como si no acabara de correrse en mi boca, entró poco a poco hasta llenar por completo esa parte íntima de mí que nunca nadie había probado.

La sensación era indescriptible.

—Abre más las piernas y apoya la mejilla en la almohada —siseó entre dientes con un movimiento de pelvis tremendamente erótico y obedecí como si fuera una esclava.

La fuerza y la autoridad de su voz resultaban irresistibles.

Absorbida por su abrumadora sexualidad arqueaba mi pelvis hacia atrás sorprendida por el inesperado placer. En esta posición, sin tener ningún control, me encendía muchísimo su manera de agarrarme con un brazo alrededor de mi cintura para sostenerme de sus impulsos. Su forma de frotar con sus dedos mi clítoris, el modo imparable de entrar y salir con su polla cada vez más rápido y

potente, cada vez más implacable, enterrándose hasta la empuñadura.

—¡Sí! ¡Deus, Lucas! Como me gusta... Fóllame duro —gritaba alimentando su hambre de mí.

Empiné mi culo en busca de una penetración más profunda y noté como Lucas perdía el control follándome a un ritmo enloquecedor. Tan enloquecedor, que me corrí en cuestión de segundos alcanzando el que sin duda constituía el orgasmo más brutal de mi vida.

—¡Jodeeeeer! ¡Dangelys!

Lucas me siguió vaciándose dentro de mí con un rugido varonil que causó estragos en mí, y exhaustos los dos, nos dejamos caer en el colchón.

«Definitivamente esto no era sexo.»

Lo que acababa de suceder era algo mucho más elemental y necesario que el sexo. Un banquete del uno del otro que parecía no aliviar nuestra sed y hambre, sino todo lo contrario. Había tenido sexo con algunos hombres pero lo que acababa de pasar aquí había sido impresionante.

Había polvos y polvos. Largos, cortos, fugaces, apasionados, lentos, rápidos, demoledores, mágicos, insípidos, inolvidables... El kamasutra, sin ir más lejos, describía en sus textos miles de tipos distintos. Pero el sexo con Lucas había resultado increíble, excitante, erótico, sensual, salvaje, como una explosión de los sentidos.

«Química pura...»

Tumbada de lado, con Lucas detrás, todavía dentro de mí, su mano depositada en mi cintura, jadeaba por respirar en silenciosas bocanadas de aire. Las numerosas réplicas del terremoto que me había devastado entera aún me estremecían a través de su cuerpo.

—¿Te he hecho daño? —dijo acariciando con su nariz la elegante curva de mi hombro y giré mi cabeza hacia él, somnolienta.

Era una posición tan íntima la que teníamos en la cama que cuando me topé con su mirada habitualmente perturbadora, oscurecida por la preocupación, mi respiración se enganchó.

—¿Estás bien? No quería perder el control.

Colocó los dedos debajo de mi barbilla, tocándome con delicadeza como si fuera un frágil cristal y un nudo se ancló en mi pecho.

Era difícil de explicar el devenir de la marea emocional, los agitados sentimientos que Lucas provocaba en mí. Y ver esa especie de vulnerabilidad que escondía en el borde de sus ojos hizo que quisiera borrar inmediatamente la expresión sombría de su cara.

—Me encuentro bien —confesé—. Aunque me has demolido. Lo que me has hecho no tiene nombre —añadí con una sonrisa pícaro—. Eres la tentación del demonio.

—Mira quien fue a hablar.

La preocupación que oscurecía sus ojos se diluyó y con una sonrisa que iluminaba su atractivo rostro rozó con su dedo mi mentón hasta mi boca, frotando la base de su pulgar a lo largo de mi labio inferior.

Su mirada cayó a mi boca y dejé de respirar.

—Contigo tengo un apetito infernal —susurró.

Su comentario provocó en mí una risa espontánea y giré el rostro llena de felicidad, dándole la espalda de nuevo por completo.

—¡Lo que eres es un viejo verde! —bromeé y lanzó una carcajada sofocada en mi nuca.

—Mi vieja llama es capaz de arrasar con todo.

El roce de sus carnosos labios sobre mi piel envió pequeñas descargas que sacudieron mi cerebro.

Solo tenerlo cerca me provocaba un descarrilamiento emocional.

—*Boas noites*, Lucas —le susurré con una sonrisa perezosa y sensual—. Será mejor que durmamos antes de que prendas fuego a mi apartamento.

Su ancho pecho se movió en un suspiro profundo.

—Si será mejor que descansemos —presionó sus labios en mi cuello y su calidez y energía me envolvieron—. Buenas noches, mi Caprichosa.

Sus brazos me rodearon cuando se salió finalmente de mi interior, y apoyé mi mejilla en su bíceps, contra su voluminoso músculo, oliendo su piel. Cerré los ojos relajada y poco a poco me sumí en un placentero sueño.

Sentía que flotaba en un estado de felicidad indescriptible.

Él era el hombre con el que soñaba desde hacía años, con quien había compartido mis secretos en mi niñez, el que ocupaba mis pensamientos, y ahora, mi cama. Aún no me lo podía creer.

Lucas en mi cama...



## Capítulo 7

### Recordando el Pasado

Yacía sobre Lucas, nuestras piernas enredadas. No sé en que momento de la noche había sucedido este cambio de postura, pero me gustaba mucho. Sus fuertes brazos me rodeaban y nada más abrir los ojos me recreé en cada uno de sus perfectos rasgos. Su mandíbula cincelada destacaba aún más por la sombra de su incipiente barba. Su pelo negro alborotado por la interminable sesión de sexo, grueso y suave, con el que mis dedos siempre deseaban enredarse en ellos. Su boca suave y seductora con la que mis labios tendrían un affaire eterno. Y sus ojos... Esos maravillosos que se abrieron al sentir mis dedos en su pelo y que me miraban ahora tan fijamente que casi podía sentir su caricia en mi piel.

Nuestras miradas se engancharon, adictas entre sí, y temblé ante la inmensa conexión.

—*Bom dia* —susurré con dificultad.

Sus ojos eran penetrantes y advertí como se iluminaban discretos con un brillo malicioso al oír mi voz castigada por la maratón de sexo.

Mi melena esparcida, era alisada ahora por sus dedos, con una dulzura desconocida que me desarmaba. Una ternura que no estaba segura de como manejar. Así que me dejé deleitar por sus suaves dedos, disfrutando sin ningún análisis, conjetura de motivos o expectativas.

Sin embargo, a medida que el sueño se marchaba mi corazón palpitaba contra mi pecho por una pregunta que deseaba formularle.

—¿Por qué mentiste sobre mí en aquel Club de París? —susurré con la herida del recuerdo de regreso y me miró a los ojos.

Se quedó callado durante unos segundos.

—La otra noche en tu penthouse me dijiste que lo hiciste por un motivo muy importante. ¿Cuál fue ese motivo?

Busqué en su cara algún indicio sobre su silencio pero se había puesto esa máscara indescifrable que se ponía para escabullir sus emociones y secretos. Era muy bueno en eso. Acercó su rostro a tan solo unos centímetros del mío y capté como en su mirada nacía una cálidez.

—Tenía que protegerte de alguien extremadamente peligroso —murmuró un momento más tarde.

—¡Qué! —exclamé y mi corazón se detuvo—. ¿Protegerme a mí? ¿De quién?

—De Vladimir Zakhar —inhaló profundo y lentamente y me encogí ante la mención de ese nombre—. Sus hombres estaban en París y tuve que ocultar más que nunca mi yo real bajo un papel. Me encubrí con una máscara. Después de la cena de fin de año en casa de Chloe y Gaël, de lo que sucedió entre nosotros en el ascensor, decidí que tenía que poner fin al imprudente deseo que te tenía antes de que quedara al descubierto lo que sentíamos y te pusiera en peligro.

—¿Por eso dijiste todas esas cosas de mí esa noche? Creí cada palabra que le dijiste a Sasha en aquel Club.

El mensaje de Lucas sonaba claro en mis oídos y los pensamientos y los recuerdos de esa noche corrieron veloces en mi mente.

—Estos últimos años, todas mis emociones han sido «alquiladas», no eran genuinas. Quería protegerte. Pero no era fácil sacarte de mis pensamientos —prosiguió, y le escuché abrumada por la magnitud de sus palabras—. Sobretudo cuando me iba a alguna misión. Mi corazón se volvía independiente y solo archivaba en mi memoria tu sonrisa. El maravilloso sonido de tu voz, tu mirada, tu cuerpo. No lograba asumir que tú y yo, que nuestro tiempo nunca llegaría. Siento mucho haberme portado como un cabrón contigo todos estos años. Aún cuando mi piel te reclamaba, yo te rechazaba. Cuando te veía con otro hombre naufragaba en un sentimiento tan intenso, tan auténtico que me daba miedo incluso mirarte, por temor a robarte un beso, en el mejor de los casos. ¡Joder! Eras una niña, y yo maldita sea, te deseaba con todas mis ganas.

La confesión brotó de sus labios y sentí mis manos presas de un ligero temblor.

—Lucas...

No pude evitar jadear cuando su pulgar acarició la línea de mi mandíbula.

—Yo también te deseaba con todas mis fuerzas, pero me hacías daño con tu actitud —dije en voz baja a punto de hiperventilar.

Sus dedos abandonaron mi rostro y empezaron a incitar un camino sensual a lo largo de mi espalda.

—Una vez que logras fingir la sinceridad, todo está hecho —susurró con voz aterciopelada y una mirada intensa y mi piel se erizó por completo.

Sentía que se me iba la cabeza con sus caricias.

Nos quedamos callados, y en ese intervalo de tiempo, froté mi mejilla contra su amplio y cálido pecho, con la maravillosa sensación de sentir sus labios en mi frente.

El silencio con Lucas hace años, antes de que cambiara su actitud conmigo siempre había sido un espacio de comodidad, nunca un obstáculo a derribar ni un vacío a corregir con palabras, y sentía que volvíamos a tener ese grado de conexión.

—Tú cambiaste el rumbo de mi camino que creía ya marcado —dijo en un tono íntimo rompiendo el silencio de la habitación—. Tú me has desmoronado. Tú con tu sola presencia creas un efecto dominó en mí, tirando todas mis piezas. Fantaseo con la posibilidad de poder cambiar mi vida radicalmente.

—¿Fantaseas? —suspiré contra su fuerte pecho como una piedra.

—Sí, fantaseo —Sus dedos se detuvieron en la parte más estrecha de mi espalda—. No puedo cambiar mi vida.

Puse mis manos en el centro de su pecho y noté el latido de su corazón, vital, fuerte, apremiante.

—¿Por qué no puedes cambiar tu vida? A partir de este momento vive distinto... conmigo —dije visiblemente aturdida.

El cuerpo de Lucas se tensó debajo del mío.

—Dangelys, ahora no puedo —murmuró, y su delicioso aliento sopló mi sien—. Mi vida es muy complicada. Es muy amplio el abanico de posibilidades de morir y no quiero influir en tu vida de un modo negativo. Ser el culpable de que nuestra relación te afecte en el trabajo. En tu grado de estabilidad y de concentración.

Mi cuerpo se quedó inmóvil debido a sus palabras y alcé el rostro para mirarlo a los ojos.

—Yo quiero más contigo —dije sin ningún género de duda—. Lo quiero todo.

Mi voz era franca y me calló posando con suavidad sus dedos sobre mis labios.

—No sabes lo que estás diciendo. Un día todo puede ser perfecto, y al siguiente, ni siquiera saber si amanecerá. Así es ahora y sería siempre conmigo.

El color oscuro de sus ojos pareció endurecerse y estiré mi cuerpo para apretar mis labios contra los suyos y detener su flujo de palabras negativas.

Me devolvió el beso.

Su boca respondió con pasión y durante un buen rato el único sonido de la habitación era la cadencia de nuestras respiraciones y el susurro de nuestros

labios moviéndose con sensualidad, entrelazando nuestras lenguas de forma sincronizada.

—Yo quiero ir más lejos contigo. No me importa el riesgo, la muerte. Sé lo que quiero... Te quiero a ti —musité clavando mis ojos en los suyos, expresando mis sentimientos, desnudando mi alma sin temor.

Nuestras miradas se entrelazaron durante un breve segundo y vi como surgía el anhelo en sus ojos.

—Dangelys —susurró.

Pronunció mi nombre de un modo tan íntimo que sentí una punzada en el corazón.

*¡Deus!* Nada tenía sentido cuando me miraba de esta forma.

Necesitaba a Lucas tanto como el aire que respiraba y tenía miedo de que aunque nuestra pasión fuera mútua, la necesidad fuera solo mía.

—No sé si pueda —dijo en voz baja mirándome fijamente a los ojos—. No quiero ponerte en peligro más de lo que ya estás.

Sentía que lo que nos unía era una atracción que desafiaba la lógica y la razón. Sabía que tenía que alejarme de él, porque sospechaba que estar juntos acabaría con nosotros. Pero no podía resistirme a la atracción, seducida y tentada por su oscuridad. Lo amaba en una forma que incluso no podía imaginar.

Acaricié su mejilla notando la aspereza de su incipiente barba y percibí como un escalofrío de energía le atravesaba.

—Mi Caprichosa —Respiró hondo y su pecho se elevó—. Lo que sucede es que estoy e...

El timbre de mi apartamento nos interrumpió y se quedó callado con sus carnosos labios entreabiertos.

«¡Joder! ¿Por qué siempre tenía que suceder algo inesperado?»

—Ahora vuelvo, no te muevas de la cama. Tú y yo aún no hemos terminado de hablar —le exigí con mi super afonía y me incorporé perezosa ante su atenta mirada.

—Tranquila, no tengo ninguna intención de moverme de aquí —dijo relamiéndose los labios y tropecé al ver como jugaba con las sábanas, destapando con premeditación y alevosía una zona peligrosa de su anatomía.

Toda la noche teniendo sexo me había quitado la fuerza en las piernas. Pero el hecho de ver a Lucas gloriosamente desnudo en mi cama era motivo suficiente para inutilizar mis extremidades inferiores.

Su cuerpo era la figura de un dios. Una visión magnética más que placentera.

—Agente Neymar, ¿tiene usted problemas de coordinación en las piernas?  
—dijo en tono de broma y agarré su americana reprimiendo una sonrisa.

—El sexo es como el ejercicio... Si te duele todo y tienes problemas para caminar al día siguiente, quiere decir que lo hiciste bien. Así que tengo que darte mi enhorabuena, Gigoló. Me dejaste KO, con afonía incluida —murmuré risueña mientras me ponía su americana para tapar mi desnudez.

Lucas me miró con la cabeza ladeada y una sonrisa seductora se asomó a sus labios.

—Dame otra noche y tu afonía tardará una eternidad en irse.

Me guiñó un ojo y puse los ojos en blanco.

—Serás fanfarrón —me reí.

Abrí la puerta de la habitación negando con la cabeza.

Lo más probable es que fuera Savannah que venía a echarme la bronca por haberla dejado tirada anoche en el Copacabana.

Sonó el timbre de nuevo mientras me las arreglaba para conseguir una goma del pelo del cuarto de baño al que acudí deprisa y camino del recibidor me hice una coleta. Necesitaba domar el estado salvaje de mi melena.

—Ya voy —dije somnolienta.

Cuando llegué a la puerta, acerqué mi rostro a la mirilla dando un bostezo. Entrecerré los ojos porque no conseguía apreciar bien detrás de la borrosa visión. Sin embargo, en cuanto reconocí las dos personas que esperaban en el rellano, por poco no se me partió la mandíbula de la velocidad con la que cerré la boca.

Se me quitó el sueño de golpe.

Frente a la puerta mi padre estaba con los pies separados y los brazos cruzados. Mi madre con su aspecto elegante a su lado alargaba el brazo para tocar el timbre de nuevo. De seguida, empezaron a cuchichear entre ellos al ver que no abría la puerta.

Tenía las manos apoyadas en la madera mientras los espiaba y me aparté de la puerta como si quemara al fijar mi padre sus ojos en la mirilla.

*¡Ay, Deus!* Parecía que me había pillado in fraganti.

—Dangelys, ¿piensas abrir algún día? —dijo entonces mi madre en tono alegre sorprendiéndome y me pasé las manos por el pelo en un acto reflejo, volviendo a hacerme la coleta.

Nerviosa miré hacia abajo a la americana de Lucas. En un primer impulso me la abrí para quitármela y tirarla detrás del sofá del salón, pero rápidamente la volví a cerrar, incluso me la abotoné, al recordar que iba completamente desnuda.

—Piensa, piensa, piensa... —mascullé en voz baja un poco histérica.

No se me ocurría ninguna excusa creíble para no abrir la puerta, y lejos de calmarme, la voz de mi madre hablándome otra vez desde el rellano me puso mas nerviosa.

—Cariño, ¿estás acompañada y por eso no quieres abrir?

Mis nervios se amontonaban en la boca de mi estómago.

—Mamá, no es eso —murmuré con la voz ronca, bastante afónica.

Armada de valor, decidí abrir la puerta, rezando por que Lucas no saliera de mi habitación, pero en el último momento, se me iluminó la bombilla.

—Es que no encuentro las llaves —dije alzando la voz tanto como me permitía la afonía—. Anoche salí de marcha con las amigas y no recuerdo donde las dejé después de cerrar la puerta.

—Se te nota que saliste de marcha. ¡Vaya voz!

«Si ellos supieran el motivo de mi afonía...»

Me di la vuelta para salir disparada hacia mi habitación.

Esperaba ganar un poco de tiempo con esta excusa. Al menos el mínimo para ir corriendo a la habitación, ponerme unas bragas, una de mis super camisetitas, y poner sobreaviso a Lucas.

—Cariño, ahora que pienso. Tengo la llave de repuesto que me diste en el bolso. No te preocupes, ya abro yo —dijo mi madre dejándome clavada en el suelo.

Oí el chirrido de la llave en la cerradura, el sonido de la puerta que se abría y todo fue de mal en peor.

Lo primero que sucedió fue que, mi madre al meter las llaves de repuesto las mías que estaban puestas detrás se cayeron al suelo con el consiguiente ruido haciendo eco por todo el apartamento. Y lo segundo, y más grave fue que, una vez entraron mis padres y me vieron con una americana de hombre de talla extragrande cubriendo mi cuerpo desnudo, mi preciosa gata Samba apareció por el recibidor, arrastrando por el suelo una camisa también de hombre.

¡Mierda, mierda, mierda y mil veces mierda!

—Si teníamos alguna duda de que estabas acompañada, esa duda se ha disipado. No sabíamos que salías con alguien —dijo mi padre sin el menor rastro de humor.

La sangre que circulaba por mi cuerpo se trasladó directamente a mi rostro.

—Papá, solo es un simple ligue que me he traído a casa —mentí, intentando quitarle hierro al asunto.

—¿Lo conocemos? —dijo mi madre con una sonrisa y negué con la cabeza.

—No. No es nadie que se mueva en las altas esferas como vosotros —bromeé.

Me sentía como cuando era adolescente y me pillaban in fraganti en alguna de mis travesuras locas. Lo único que en esta ocasión, la travesura era de dimensiones épicas.

Rezaba porque Lucas no saliera de la habitación, no sabía como iban a reaccionar. Pero estaba claro que hoy no era mi día.

Sentí la presencia de Lucas aproximándose. Por algún extraño truco de magia, siempre percibía su fuerza y su energía al acercarse a mí incluso antes de verlo. Y la sangre de mi cabeza, que con anterioridad había teñido mis mejillas de rojo, se trasladó directamente a mis pies.

No podía moverme.

—*Meu princesa*, ¿estás bien? Te noto pálida —murmuró mi padre con gesto preocupado.

De pronto, enmudeció abruptamente y supe el motivo.

La figura alta y fuerte de Lucas se materializó en el salón tan atractivo como el pecado original. Con su mandíbula cubierta por una barba de varios días desaliñada, llevaba puesto solo su pantalón y sus zapatos, y mis padres lo miraron estupefactos.

—Hola Marcos, cuanto tiempo sin vernos —saludó Lucas con naturalidad al mismo tiempo que le quitaba su camisa a Samba de la boca—. Xaidé, ¿qué tal estás? ¿Cómo tú por aquí? Si mal no recuerdo no te gusta venir a Nueva York.

Pensé que mi madre se caería en redondo al suelo de la impresión.

Los ojos de los dos se clavaron en su anatomía bien calculada mientras se ponía la camisa. Se fijaban en su torso desnudo, subrayando los perfiles de sus abdominales, como sus oblicuos se sumergían en su pantalón y un escalofrío bajó por mi espina dorsal ante la reacción de mi padre.

—¿Me puedes explicar qué está pasando aquí? ¿Por qué está Lucas en tu apartamento medio desnudo a estas horas de la mañana? ¿Y sobretodo que haces tú vestida únicamente con su chaqueta? —dijo alzando la voz a punto de explotar.

—Papá, no te enfades. Puedo explicártelo —murmuré con voz enérgica.

—Ahora lo entiendo todo. ¿Era por él? ¿Te mudaste a Nueva York por él? —me preguntó realmente enfadado con una mirada interrogante—. ¿Qué sucede entre vosotros?

—Marcos, amor... tranquilízate —dijo mi madre en tono conciliador.

—¡Contesta, Dangelys! ¿Desde cuando os estáis acostando? —espetó mi padre secamente y mi boca se tensó a modo de respuesta.

¡Joder! La cosa iba de mal en peor.

Con infinito cuidado desvié la mirada a mi derecha hasta toparme con el brillo de los ojos oscuros de Lucas, que se abotonaba la camisa con una calma mortal. Le grité socorro telepáticamente, pidiéndole ayuda, y un minúsculo asomo de sonrisa apareció en la comisura de su boca. Separó un poco los labios, lo justo para que solo yo pudiera apreciar que se estaba divirtiendo a mi costa y a pesar de la tensa situación, mi corazón se aceleró al recordar cuanto placer me había proporcionado horas antes con esa parte de su cuerpo.

—Marcos, Dangelys y yo hemos pasado la noche juntos por primera vez —murmuró Lucas de repente, sin ninguna clase de miramientos y una marea de calor inundó mi cuerpo al oír su voz grave.

Mi padre se quedó quieto en el instante que lo escuchó, pero se recuperó en seguida. Enderezó los hombros e inmediatamente después, dio un paso adelante hacia Lucas.

—Puedes tener a la mujer que quieras. ¿Por qué tenías que acostarte con Dangelys? —le gritó furioso con una mirada desaprobatoria y mi madre lo agarró del brazo para evitar que iniciara una pelea—. ¡Te prohíbo que te acerques a mi hija! Aléjate de ella.

Lucas tensó la mandíbula y un brillo peligroso apareció en sus fascinantes ojos oscuros mientras se abotonaba despacio el último botón de la camisa.

Contuve el aliento.

¡Oh, *Deus!* Conocía muy bien esa mirada.

Aquí iba a arder Troya.

—Lo siento, Marcos. No pienso alejarme de Dangelys —dijo con una voz que parecía seda fría deslizándose sobre el duro acero y sentí un cosquilleo dentro de mí.

La situación que se había vuelto totalmente impredecible pasó a un grado irreal cuando Lucas rodeó mi cintura ciñéndome a su cuerpo y me besó en la sien ante la mirada atónita de mi padre.

Noté como me subía el calor por la cara, seguro que enrojeciéndome a nivel de quemadura solar extrema.

—No puedes estar con ella —contraatacó inesperadamente mi padre y sufrí una metamorfosis por culpa de la rabia.

No entendía porque se oponía a lo mío con Lucas.



—¿Es por la diferencia de edad? —repliqué desconcertada.

—No.

—¿Entonces? ¡No entiendo por qué te pones así! —murmuré enfadada.

Necesitaba que fuera más específico en sus explicaciones de una vez o estallaría.

—Su vida es demasiado peligrosa.

—Ya sé que es agente secreto —respondí de seguida—. Mi vida también es peligrosa. ¿Te recuerdo de qué trabajo?

—¡Hija, tu no lo entiendes! Él tiene lazos de sangre con gente muy despiadada —murmuró mi padre con el rostro severo.

—Ya conozco sus orígenes. No me importa de donde provenga —mascullé a punto de gritar.

—No quiero que sufras —dijo y me colocó la mano sobre el brazo sujetándome con firmeza.

Le aparté la mano e inhalé un gran trago de aire, deseando recuperar la compostura.

—¿Desde cuando sabes todo acerca de Lucas? —pregunté con crispación—. ¿Era la única que desconocía que llevaba una doble vida y su parentesco con miembros de la mafia?

Le mantuve la mirada a mi padre con dignidad glacial.

De repente, la presión de la mano de Lucas creció en mi cadera pegándome aún más a él, y de algún modo, obtuve la respuesta.

Me puse tensa. Mentira, pensé. Tenía que ser una mentira.

—Dangelys, tu padre siempre ha sabido quien soy en realidad —dijo Lucas obteniendo toda mi atención y mi corazón se aceleró—. Él fue la persona que ayudó a John a sacarnos de Rusia cuando yo era pequeño. Nunca te ha dicho nada porque no estaba autorizado a revelar información sobre mí mismo. Todos estos años te hemos ocultado las piezas vitales de mi vida para protegerte. Eras una niña, no podías saber que era agente secreto.

—No habría sido muy inteligente revelar información sobre ti a una niña millonaria caprichosa, una millonaria niña de papá, ¿verdad?

Sin poder detener mi reacción, solté la risa más sarcástica que jamás haya dejado escapar de mi garganta y quise apartarme de él. Pero rápidamente me agarró de la cintura para evitar que saliera huyendo y me encerró entre sus brazos.

—Nunca he pensado eso de ti. ¡Nunca! —habló pegado a mis labios sin importarle la presencia de mis padres—. Sabes que la primera norma de un

agente secreto es la discreción. Es una exigencia que no podemos desobedecer. Habrías resultado un blanco fácil para cualquier cabrón que sospechara que conocías mi verdadera identidad o que significabas algo importante para mí. Lo mejor para ti créeme, era que pensaras que no era más que un mujeriego. Esa siempre ha sido mi mejor manera de protegerte.

Sus ojos profundos destellaban como nubes de tormenta y ahora fui yo la que sin importar la presencia de mis padres, besó a Lucas.

Todo lo que decía era bastante sensato. Debía ser meticuloso e inteligente en su trabajo y fuera de él, pero escuchar de sus labios que siempre había buscado protegerme, no una, sino dos veces a lo largo de la mañana, era demasiado para un corazón enamorado e indomable como el mío.

Como solía sucederme, en cuanto nuestros labios se rozaron me vi sumida en una espiral vertiginosa de sensaciones. No era un beso inocente, de debutante de colegio. Era un beso de esos que te robaban hasta el raciocinio. Lleno de un amor complejo y voraz, de los que desvanecían los pensamientos.

De pronto, escuché cerrarse la puerta de mi apartamento y con el pulso alterado puse fin al beso. Cuando abrí los ojos, pestañeé, intentando concentrarme y vi que mi padre no estaba junto a mi madre.

—¿Se ha ido? —le dije a mi madre con el cuerpo rígido.

—Sí.

—Voy a ir a hablar con tu padre —murmuró deprisa Lucas sorprendiéndome al tiempo que dejaba caer un beso sobre la comisura de mis labios—. Luego te llamo.

—¡Espera! —Cerré el puño, aferrándole la camisa por la cintura—. Por favor, no quiero que os peleéis.

Lucas sacudió la cabeza.

—Solo necesito explicarle unas cuantas cosas. Confía en mí.

Sus dedos se deslizaron por la solapa de su americana que tapaba mi desnudez y tuve serios problemas para controlar el impulso de despedirme de él con un «te quiero».

Exhalé un suspiro silencioso.

—No te olvides de llamarme —susurré mirándolo a los ojos y le di un ligero pico en los labios—. Suerte.

Mi madre que no perdía detalle desde la escasa distancia que nos separaba sonrió.

Entonces, para mi mayor sorpresa, Lucas volvió a rodear mi cintura con uno de sus fuertes brazos y tomé aire, embriagada por su fuerza.

—Dangelys... —arrancó con voz ronca cerca de mi oído—, como me entere que vas esta tarde a Beautique a hacerte fotos medio desnuda estarás en serios problemas conmigo.

Me quedé boquiabierta.

¡Oh, Deus! Tara se había ido de la lengua. Sus manos recorrían mi espalda como si marcara territorio y lo miré con el pulso disparado.

—Tengo que hacerlo —dije con unos repentinos nervios que surgieron en el centro de mi estómago.

Sus ojos parecían echar fuego y le sonreí tratando de ignorar el ritmo trepidante con el que latía ahora mi corazón.

—Solo es una sesión de fotos con ropa sexy, ya lo he hecho en otras ocasiones. Recuerda que antes de ser agente del FBI fui modelo.

Intenté componer una expresión inocente, pero fallé cuando inclinó la cabeza desviando sus labios a mi oído.

—Tu cuerpo es solo mío —susurró con su boca pegada a mi oreja, dejándome sentir el aire caliente que desprendía con cada sílaba pronunciada, y se me aflojaron las rodillas ante su peligroso tono de voz.

Ahí estaba ese carácter explosivo que tanto me gustaba, ese poderoso magnetismo.

No nos dijimos nada más.

Recibí el ataque inconmensurable de su mirada antes de darse la vuelta e irse y me quedé inmóvil viendo como desaparecía de mi apartamento.

No pensaba hacerle caso, ni hablar. Lucas tendría que lidiar con su enfado él solito. Yo era una mujer de carácter fuerte. Tenía la fuerza de voluntad necesaria y todo lo que hiciera falta para hacer caso omiso de cualquier advertencia. Claro que sí, pero... ¡Maldita sea! No había podido evitar temblar como una hoja entre sus brazos.

—¿Cuándo quieres que empiece a preparar tu boda con Lucas? —escuché decir a mi madre—. Este año Chloe ha sacado una colección de vestidos de novia preciosos. Creo que debería hablar con el cura para fijar una fecha.

Me giré como un rayo hacia ella.

—¡Mamá, ni se te ocurra! —exclamé.

—Conozco el mejor wedding planner de Río de Janeiro. Tenemos que llamarlo para que se encargue de crear algo único —continuó como si yo no hubiera dicho nada—. El otro día tu padre y yo estuvimos en una boda y no sabes que horror de evento. No me gustaría eso para tu boda. El salón era un lugar abarrotado de artilugios emulando el caótico camerino de los hermanos

Marx.

Al ver su sonrisa alegre me crucé de brazos y la miré con gesto irónico.

—Si te atreves a organizar algo seré una novia dándome a la fuga —murmuré y antes de que abriera la boca me apresuré a decir—. Mamá, no estoy saliendo con Lucas. Ni siquiera sé que somos en realidad.

Una mueca de sorpresa se dibujó en el rostro de mi madre.

—¿Cómo que no? Pero si se nota que siente algo por ti.

Definitivamente no se esperaba que dijera algo así.

—Lo que oyes. Las relaciones afectivas son un ámbito que suele suponer un desafío para la mayoría de personas y puede que Lucas no este dispuesto a tener una relación conmigo —dije con toda honradez.

Inmediatamente después decidí desviar la atención hacia una duda que me consumía como era el motivo de la marcha de mi padre del apartamento.

—¿Por qué se ha ido, papá? —pregunté con Samba rozándose por mis piernas en un intento de reclamar mimos—. ¿Ha sido por el beso?

Me agaché para acariciar su suave pelaje desde la cabeza hasta la cola.

—¿Tú qué crees? —dijo mi madre lanzándome una pícara mirada.

—Que sí —respondí con el ronroneo sordo y profundo de Samba de fondo, como si fuera un pequeño motor—. Lo siento, no he podido resistirme.

Instintivamente me pasé la punta de la lengua por mis labios.

Aún los sentía hinchados. Y no porque me hubiera besado con Lucas hacia un par de minutos, sino porque durante toda la noche él no había dejado de posar esa sensual boca que tenía sobre mis labios.

—Sé que quizás no debería haberlo hecho, pero no he podido contenerme —traté de adoptar un aire de disculpa mientras acariciaba a Samba, pero no podía borrar la sonrisa de mi cara.

—¡Ay, Dangelys! Para tu padre ha sido un shock verte con Lucas. Eliminaste toda tu imagen de niña de su mente —comentó con una sonrisa—. Ahora irá en el coche camino a la reunión que tiene en Manhattan intentando digerir tanta información visual —dijo, señalando mi americana extragrande propiedad de Lucas y sentí un pellizquito en el corazón.

—Mamá, hace años que dejé de ser una niña —suspiré de forma audible incorporándome—. Entiendo que papá pueda sentirse disgustado dado la trayectoria amorosa de Lucas, e incluso temer por mi vida por sus lazos de sangre con la mafia. Pero debe entender que ya soy una mujer adulta y que tomaré mis propias decisiones.

—Tranquila, creo que ya le ha quedado bien claro que harás lo que quieras

—murmuró, poniendo sus manos sobre mis hombros.

—Dios sabe que adoro a papá, y daría mi vida por ahorrarle un disgusto, pero eso de intentar imponer su voluntad.... —hice una pausa, negando con la cabeza—. Si finalmente Lucas y yo iniciamos una relación me preocupa que quiera entrometerse.

—Cariño, tu padre es la persona más estable y sensata que conozco, terminará por entender si tomáis la decisión de salir en serio. Todo esto le ha tomado por sorpresa. Yo siempre he sabido que Lucas te gustaba como hombre, pero él no...

—¿Tú lo sabías?

—Sí. —respondió con una sonrisa maternal—. En la boda de Isaac y Nayade vi un destello de algo entre vosotros. Puede que lo ocultaras a los demás, pero a mí que soy tu madre, que te conozco como las palmas de mis manos, no lograste engañarme ese día.

—¿Y tú no ves mal que quiera tener una relación con Lucas?

—No te negaré, que siento una mezcla de esperanza y miedo respecto a vosotros dos. A Lucas lo quiero como si fuera mi hijo, pero no puedo obviar que tiene una larga vida a sus espaldas, un montón de cicatrices. Y no me estoy refiriendo a cicatrices físicas, sino a las emocionales. He visto como sufría de pequeño por tener que estar separado de su madre, he presenciado su rabia e impotencia con el paso de los años, como ha tomado decisiones en su vida que a mis ojos no eran las más correctas. Su trabajo sin ir más lejos —dijo mirándome a los ojos con esa mirada que solo las madres poseen y que entrañaba una sabiduría noble, y respiró hondo antes de seguir hablando—. Pocas cosas hay más reconfortantes en una madre que ver como su hija crece y se convierte en una mujer. Pero sin lugar a dudas, presenciar como ella sin darse cuenta es capaz de enfrentarse a sus miedos y retos, aprendiendo a sobrevivir sola, eso ha sido un motivo de orgullo para mí. Cada uno de nosotros tiene que vivir su propia historia, por sí mismo. Todo pasa por algo, y puede que una de las cosas que Dios te puso en el camino, sea el poder de curar un corazón tan complicado como el de Lucas.

—En su corazón alberga sentimientos de dolor y resentimiento, no sé si mi amor por él será suficiente bálsamo para sanar sus heridas —dije al ver la expectativa reposada en la mirada de mi madre—. Quiero conocer a Lucas de verdad. Necesito averiguar todo su pasado. Necesito encontrarme frente a frente con su sombra y sacar sus demonios a bailar para poder enfrentarme a ellos, porque creo que es eso lo que le frena a la hora de tener una relación conmigo.

—Dangelys, tú siempre has sido especial para él. Desde pequeña eras indispensable en su vida. A medida que crecías haciéndote mujer, cada gesto de él hacia ti, por muy insignificante que pareciera, contaba para que me diera cuenta de que tú lo ponías en una situación difícil ejerciendo un baile de emociones. No podía controlar sus sentimientos, y eso es algo que no le gustaba nada en absoluto. Recuerdo la llamada de Lucas contándonos lo tuyo con Marlon en la piscina de casa cuando estábamos en Fernando de Noronha. Aquello me dio mucho que pensar, no era normal su reacción.

—Calla, no hablemos de lo que pasó en esa piscina. Pongámos un rato el modo reflexivo «off» y cambiemos de tema —murmuré, intentando atenuar en mi mente las imágenes de Lucas mojado, cabreado, con la camisa abierta medio adherida a su six pack—. Mamá, ¿y qué haces aquí en Nueva York? ¿Has venido a renovar vestuario?

Me llamaba la atención su visita a la ciudad de los rascacielos.

—Hace mucho que no visitas a tu querida madre a Río de Janeiro —dijo mi madre con su impecable porte elegante y luego me abrazó con efusividad—. Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña.

—¡Uy, pero si Mahoma no ha dejado de bombardear a mensajes a la montaña! —bromeé—. Se me hace raro que estés aquí. Tú nunca quieres pisar esta ciudad.

—Me resulta extraño incluso a mí estar en Nueva York, pero te echaba tanto de menos... —dijo llorosa mientras me rodeaba con sus brazos y me produjo una extraña sensación ver una ligera vulnerabilidad en sus ojos cuando se apartó.

La expresión de su cara reflejaba dulzura y cansancio, pero también parecía tensa e inquieta.

—¿Tienes café, té o zumo? —me preguntó después de un pequeño silencio con los ojos brillantes.

Cruzó el salón en dirección a la cocina y su vestido de color beige con un poco de vuelo en la falda se agitó a su alrededor.

Mi madre era muy emocional, pero no lloraba con facilidad y me daba la impresión de que estar en la gran manzana la estresaba por algún motivo que desconocía.

—Te puedo preparar un zumo de melón, pera y jengibre si quieres, que sé que te gusta —dije al entrar en la cocina y me dispuse a lavar, pelar y cortar las piezas de fruta.

No se me daba bien cocinar, pero preparar zumos era algo que si me

gustaba hacer por las mañanas desde hace años en Río.

—Mamá, ¿por qué no viniste al funeral de la abuela Anne? Nunca me has contado la razón de tu ausencia —le pregunté sorprendiéndola entretanto metía los trozos pequeños de fruta en la licuadora—. No entiendo esa especie de odio que tenéis tú y papá por esta ciudad. Me gustaría saber los motivos de vuestra animadversión contra Nueva York. ¿La abuela tiene algo que ver con ello? Os comportáis los dos de un modo extraño cada vez que me hacéis una visita —dije en un infinito de preguntas y dudas deseando respuestas.

Unas lágrimas asomaron a los ojos de mi madre, cayeron despacio por sus mejillas, y ahora la sorprendida fui yo por su repentina crisis emotiva.

—Mamá, no llores por favor. Perdóname si te he molestado con mis preguntas —dije introduciendo los ingredientes poco a poco en la licuadora.

—No te preocupes. Solo se me han saltado las lágrimas al recordar a tu abuela.

Mi madre se sentó a mi lado a esperar a que saliera el zumo y adoptó una complicada expresión en la que se daban cita la nostalgia, la pena, la lucha y, también una creciente tensión.

—¿Alguna vez te he contado mi historia de amor con tu padre? ¿Cómo lo conocí? —dijo poniéndose en pie y abrió un armario de donde sacó dos vasos largos de cristal.

—Sí, pero sin muchos detalles —murmuré con una tenue sonrisa.

—Yo conocí a tu padre en España, durante un viaje que él hizo a Madrid para resolver unos asuntos —me dijo al tiempo que dejaba los vasos junto a la licuadora y se sentó otra vez a mi lado—. Desde el minuto uno supe que tu padre era el amor de mi vida. Yo vivía con mis padres, trabajaba en el negocio familiar...

—Mamá, ¿qué tiene que ver tu historia de amor con papá con vuestro odio por Nueva York? —la interrumpí mirándola con cariño.

—Hay algo que nunca te he contado —dijo con gesto serio y advertí como sus ojos cambiaban de color.

Una emoción se apoderó de ella y en ese momento entendí que los datos que desconocía serían importantes para saber el verdadero motivo de la animadversión de mis padres hacia la ciudad de Nueva York.

—Cuando éramos novios —empezó a decir mientras yo echaba el zumo en los vasos—, durante un viaje de negocios de tu padre a Nueva York, tuvimos una fuertísima discusión telefónica por mi negativa a trasladarme a vivir a Río de Janeiro con él. Y esa noche, movido por el enfado... —hizo una pausa, su voz

sonaba estrangulada, como si se estuviera ahogando y dejé la tarea de servir el zumo en los vasos para sentarme con ella.

—¿Qué ocurrió esa noche?

Ahora si que estaba realmente intrigada. ¿Qué había hecho mi padre?

—Se acostó con una modelo —soltó de repente mi madre y me eché hacia atrás como si hubiera recibido un golpe.

—¿Papá te fue infiel? —dije sintiendo un rasguño en mi corazón.

—Sí. Tu padre era un empresario joven, guapo, con mujeres bonitas a su alrededor. Lo tuvo fácil para consolarse después de la fuerte discusión.

La miré incrédula, realmente incrédula.

—¿Y como te enteraste? ¿Te lo dijo él? ¿O lo averiguaste mediante la prensa?

—No, me lo confesó el mismo avergonzado y arrepentido a su regreso a Brasil. Se sentía culpable del desliz y me llamó por teléfono para contarme su infidelidad.

Mi madre parecía tranquila mientras hablaba, aunque notaba como intentaba ocultar el dolor en su voz.

—No lo puedo creer —dije impactada—. ¿Y lo perdonaste?

Negó con la cabeza.

—No. Yo no quise saber nada de él.

—Pero entonces... —pestañeé, no entendía muy bien—. ¿Cómo fue que terminásteis juntos de nuevo?

—Porque tu padre se encargó de demostrarme día a día que aquello fue un grave error que no se repetiría jamás. Aunque la reconciliación no fue hasta después de un año.

Se quedó pensativa, como si tuviera la cabeza en otra parte y le di un ligero apretón cariñoso en su mano para que regresara conmigo a la cocina.

—Es por eso que a tu padre no le gusta Nueva York —dijo mirándome a los ojos—. Recuerdo que durante esa separación de un año, cuando tu padre me decía que tenía que venir aquí, me encontraba algo desconcertada en lo que para mí era una delgada línea, esa línea entre los celos, el amor propio y el egoísmo. Me descubría pensando en tu padre a todas horas. Bombardeándome a mí misma a preguntas sobre si regresar con él. Si debería anteponer mis necesidades a las de los demás, con el correspondiente y agotador autojuicio.

Fruncí el ceño.

—¿Tus padres apoyaban la relación?

—No. Desde el principio se opusieron. Cuando conocí a tu padre era muy



joven y que quisiera llevarme con él a vivir a Brasil no les hizo ninguna gracia. Era otra época —suspiró—. Pero yo lo tuve claro después de un año de nuestra ruptura. Volvería con él. Ya bastaba de tanto sufrimiento por parte de ambos. Me mudaría al otro lado del charco.

—Mamá, ¿llegaste a averiguar quién era la mujer que tuvo el lío de una noche con papá? —quise saber.

—No. Tu padre jamás me reveló su identidad.

—¿Realmente has perdonado la infidelidad? —le pregunté estudiando cada uno de sus gestos.

—Sí. —respondió de forma tajante sin apartar la mirada de mis ojos—. De seguida aprendí que nunca hay que anteponer el que dirán a nuestro bienestar personal, a nuestra felicidad. En mi caso tus abuelos ejercieron una influencia negativa desde el principio de mi relación con tu padre y prácticamente sé que lo arrojé a los brazos de aquella mujer al renunciar a vivir con él. Tenía tan arraigada esas ideas de lo que está bien y lo que está mal, de lo que era moralmente correcto, que renuncié a mi felicidad por temor a no satisfacer a mis padres, a no cumplir sus expectativas de lo que esperaban de mí... Y eso fue un grave error.

—Bueno, todo crecimiento personal requiere de tropiezos —dije sujetando su mano en señal de apoyo y mi madre estrechó de forma cariñosa mis dedos.

—Todos necesitamos de vez en cuando una opinión desde el amor libre de juicios pero no hay que olvidar que al final del día, cada uno es libre de tomar sus propias decisiones —dijo con convencimiento.

Sabía porque me decía eso y me quedé en silencio, con serias dudas en mi interior sobre si había hecho lo correcto al permitir que Lucas saliera detrás de mi padre para hablar con él.

¿Y si mi padre le imponía unas estúpidas normas o contribuía a sembrar más dudas en el corazón de Lucas y desaparecía de mi vida?

Llena de inquietud e incertidumbre llevé a mi madre a mi tienda tras desayunar en el apartamento. Quería ver la nueva colección de zapatos de Jimmy Choo, probarse alguna de las maravillosas sandalias. Y yo aprovecharía de paso para comprobar que tal funcionaba la tienda sin Tara, a la que por cierto echaba mucho de menos.

Hoy instalaban una especie de jardín botánico colgante en el escaparate y quería cerciorarme de que se expondrían los diseños seleccionados por Tara y

por mí en días anteriores.

—Has elegido unos vestidos, bolsos y carteras muy chic, perfectos para deslumbrar en las fiestas estivales —dijo mi madre husmeando entre las perchas mientras yo ayudaba a la dependienta a vestir a las maniqués.

—Deberías probarte el vestido color coral de Alexander McQueen que tienes en la mano con estas sandalias metalizadas de que tengo aquí —le señalé con el dedo índice unas sandalias de tacón de aguja que tenía junto a mis pies y se le iluminó la mirada.

—¡Oh, que bonitas! Tienen el metalizado incluso en el propio tacón —dijo hechizada por las sensuales sandalias Jimmy Choo.

Salió disparada para el probador en cuanto la ayudante de dependienta le dio su número.

—Si te gusta como te queda todo, te lo regalo —le grité desde el escaparate.

—Gracias por el detalle, pero prefiero pagarte. Todo es precioso y carísimo.

—Precisamente por eso te lo regalo con mucho cariño —insistí.

Mi madre salió del probador con el vestido de McQueen con escote de pico y varias mujeres que había en la tienda se la quedaron mirando. Estaba impresionante con el vestido. De color coral con una decoración joya en forma de vergeles metalizados que trepaban por el cuerpo del vestido, destacaba en él una cola de sirena lo suficientemente corta como para dejar ver sus sandalias.

—Toma —murmuré en voz baja aún con la afonía sin desprenderse de mi garganta.

Había salido del escaparate con el único fin de entregarle un *clutch* también metalizado y mi madre me miró muy seria.

—¿No irás a regalarme también el *clutch*? —preguntó.

—Por supuesto —sonreí—. Así darás una lección de estilismo a tus amigas en Río. Cuando te vean con este look se morirán de envidia.

Le di un cariñoso beso en la mejilla y luego me dirigí otra vez al escaparate. Ya solo me quedaba por colocar las sandalias a modo de exposición.

—Gracias cariño, pero creo que reservaré este vestido para una ocasión muy muy especial que sospecho nos deparará el futuro —dijo mi madre sin disimular su tono de bruja esotérica y casi tropecé al entrar en el escaparate.

—¡Mamá! Tú no te rindes, ¡eh!

Había captado la indirecta, o más bien la directa que me había lanzado y la miré en un principio con indignación, después con diversión al ver su sonrisa

traviesa.

—Cuando tengo un objetivo en mente no claudico jamás —murmuró.

La flamante bruja de mi madre con su estilismo bastante *bridal* se metió de nuevo en el probador y entré en el escaparate riéndome.

—¿Y dónde me vas a llevar esta noche a cenar y a bailar? Tu padre tiene una cena de negocios con un cliente potencial estaré sola —dijo mi madre detrás de la cortina y la pregunta fue como un cubo de agua helada, bajándome desde una gran altura con un duro golpe.

Me quedé callada unos segundos sopesando la respuesta.

No podía decirle que trabajaba de infiltrada como prostituta para un mafioso ruso sino le daría un infarto.

Al cabo de varios minutos mi madre salió sonriente del probador con el vestido, las sandalias y el *clutch* en las manos. Se acercó al escaparate donde aún me encontraba colocando las últimas sandalias y su sonrisa se desdibujó de los labios tras ver mi cara.

—¿Qué te ocurre? —preguntó preocupada.

—Mamá, siento mucho tener que decirte que no podré pasar la tarde y la noche contigo —declaré con un tono de culpabilidad en la voz—. Tengo que trabajar.

El rostro de mi madre se ensombreció.

—Mañana volvemos a Río de Janeiro —dijo con pesar y una sensación de tristeza embargó mi cuerpo.

Mi madre, mi compañera de conspiraciones en muchas ocasiones parecía sentirse culpable también por tener que marcharse de la ciudad tan pronto y la abracé con un nudo en la garganta.

—¡Jo! Aún no te has ido y ya te estoy echando de menos —dije con una repentina crisis emotiva y su mirada se apagó.

—En un mes y medio es tu cumpleaños, podrías venir a Río —murmuró esperanzada recuperando un poco el brillo en sus ojos—. Me encargaría de organizarte una gran fiesta de cumpleaños con tus amigos. Sería genial que estuvieras en casa ese día.

Di un leve movimiento de cabeza acompañado de una mueca de disgusto.

—Estaré ocupada trabajando.

Mi madre dejó el vestido, las sandalias y el *clutch* en el mostrador y me miró con intensidad.

—Pero podrías pedir un par de días de fiesta en el trabajo —dijo rápidamente, recordándome lo perseverante que podía llegar a ser—. ¿Lo harás?

—No sé si pueda, mamá —susurré dubitativa—. Estas próximas semanas estaré muy ocupada trabajando en un caso muy importante.

—Trabajo, trabajo, trabajo... solo piensas en el trabajo —murmuró disgustada.

—Eso mismo opino yo, trabaja demasiado —dijo de repente un hombre detrás de nosotras y mi cuerpo se tensó al reconocer su timbre de voz—. Si su hija estuviera conmigo yo haría que trabajara menos y que disfrutara más de la vida.

Ambas nos giramos y me topé con un par de ojos claros impresionantes, que conocía muy bien.

—Hola, preciosa —dijo el hombre elevando las comisuras con una sonrisa de satisfacción al ver la sorpresa reflejada en mi rostro.

—¡Sergei!

Tan alto como lo recordaba, pero mucho más fuerte, su cabello rubio ya no le caía enmarcando su atractivo rostro. Ahora lo lucía corto dejando todo el protagonismo a sus ojos irresistibles del color del cielo, que se concentraban exclusivamente en mí.

—¡Sergei, que alegría verte! ¿Qué haces aquí? —dijo mi madre en tono risueño y haciendo uso de la espontaneidad que la caracterizaba expresó su real opinión que coincidió con la mía—. ¡Dios, mío! Estás muy cambiado. Te veo muy... hombre.

—Espero que el cambio sea a mejor —murmuró Sergei con voz profunda dedicándole una sonrisa y resoplé pasmada en mi interior.

¡Joder! Vaya si el cambio era a mejor, pensé con el corazón acelerado mientras realizaba con disimulo un exhaustivo escaneo visual por su atlético cuerpo.

—He venido a ver a su hija. No puedo dejar de pensar en ella —dijo sujetando mi mano con sus ojos fijos en mí, y acercándose a él añadió—: Necesito con urgencia secuestrarla.

¡Deus! Su mirada que ya no tenía nada de ese aire romántico y melancólico de adolescente que recordaba se derramó sobre mi cuerpo y tragué saliva.

—Me diste calabazas ayer —murmuré en tensión.

—Este policía que tienes delante de ti, te suplica una nueva cita —dijo con una sonrisa seductora agarrándome por la cintura, y sonreí con levedad.

Lo observé unos segundos más antes de volver a hablar, recordando de quien era hijo, y el verdadero motivo de su visita a la ciudad. Ese pensamiento

hizo reforzar mi guardia y concentrarme en no ceder a sus encantos.

—No te daré una cita nocturna —dije procurando no parecer nerviosa.

A cualquier mujer le costaría mantener la tranquilidad cuando un angel caído en la tierra, expulsado del paraíso, te miraba con ojos llenos de pasión a tan solo unos centímetros del rostro.

—Como mucho desayunar —murmuré posando mis manos en sus amplios pectorales, lista para apartarme si era necesario.

—¿Qué? ¿Me relegas a un triste desayuno?

Sergei se echó a reír en voz alta y algo se agitó en mi pecho. Fue una risa grave que retumbó en la tienda, de lo más sincera.

¿Por qué tenía que ser de los malos? Yo lo quise en el pasado. No lo suficiente para olvidar a Lucas, pero lo quise, a mi manera.

—Yo que venía a Nueva York a pedirte que seas mi mujer y tú me castigas con un triste desayuno —dijo en voz baja, casi ronca y lo miré con la boca abierta.

Aturdida, pude ver de reojo como mi madre se perdía por la tienda.

—¿No me has echado de menos en todos estos años?

Con lenta y sensual deliberación, Sergei recorrió con un dedo el hueco de mi garganta y varias imagenes calientes, fragmentos de placer de él y yo en París se prensaron en mis pensamientos, tensándome algunos músculos.

—Nunca he dejado de pensar en ti, Dangelys —pronunció mi nombre despacio, arrastrando las vocales y el roce de su dedo me provocó un ligero hormigueo en el cuerpo.

—Sergei deja de bromear —dije mirándolo fijamente—. Hace muchos años que lo nuestro se acabó.

—Eso no significa que te haya olvidado. Es imposible olvidar una mujer como tú —dijo con voz ronca, y el fuego de su mirada evidenció que quería derretir mi cuerpo como lo había hecho en el pasado—. Estás preciosa, tengo muchas ganas de besarte.

Deslizó su boca como seda sobre la piel de mi cuello y me eché hacia atrás ejerciendo entre él y yo una barrera invisible pero profunda.

Su boca había despertado mis terminaciones nerviosas, pero nada más. Solo un hombre hacía que todas las células de mi cuerpo se sintieran vivas, y ese era Lucas.

Solo Lucas era capaz de convertir todo mi interior en llamas, quemándome hasta convertirme en cenizas.

—Cena hoy conmigo —insistió y negué con la cabeza.

—No. Desayuno, nada más. Tenemos mucho de que hablar. No me fío de ti en plena noche —dije con una cálida sonrisa pero deshaciéndome de su agarre. Sentía la necesidad de alejarme de él—. En el norte de Brooklyn, en una esquina de McCarren Park está el Five Leaves, un restaurante de...

—¿Me estás castigando por haberte dado plantón?

La sonrisa desapareció de su rostro de inmediato. Dio un paso atrás y su modo de mirarme me confirmó que no le gustaba lo que estaba escuchando.

—No, no te estoy castigando. Gracias a mí disfrutarás mañana del mejor desayuno de Brooklyn. Nos vemos allí a las diez —dije dándole un beso en la mejilla y percibí un centelleo peligroso en sus ojos.

—Estoy seguro de que lo pasaremos bien hablando de nuestras escapadas en París, de como me tenías bebiendo los vientos por ti —murmuró atrapando mi cintura de nuevo—. Pero un desayuno no será suficiente, seguiré queriendo tener una cita nocturna contigo.

Pillándome por sorpresa posó sus labios sobre los míos en un breve y ligero beso antes de marcharse y me puse tensa.

Busqué con la mirada a mi madre que me contemplaba de lejos con una ceja alzada. ¡Maldita sea! Menos mal que no había aparecido Lucas por la tienda en ese momento sino no sé que habría sucedido.

Me preocupaba que varias de las cosas que me había dicho Sergei fueran ciertas. Prácticamente me había pedido compromiso delante de mi madre. «Yo que venía a Nueva York a pedirte que seas mi mujer...» ¡Dios, mío! ¿Sería verdad? La misma Sasha le dijo a Lucas por teléfono que Sergei había ido al Copacabana a buscar a un viejo amor que pensaba recuperar.

Me acerqué a mi madre mientras pensaba en Sergei, como si fuera una especie de filósofa que reflexionase sobre los misterios del universo. Era más que evidente que él pertenecía al bando de los malos, que tenía pensado algo en secreto para mí y el tema, me ponía furiosa. No me gustaba tener que reconocer que no quedaba nada del chico que conocí en París, y no me refería solo al aspecto externo, sino a su interior. Al menos, ese que yo creí conocer en el pasado.

—Ay, cariño, me parece a mi que la única manera de librarte de tener una cita por la noche con Sergei va a ser que lo atiborres en el desayuno de huevos, tostadas, galletas, tortitas, fruta, bacon, café, todo lo que haya en ese bar y le de una indigestión —soltó mi madre riendo en cuanto llegué a su lado y reprimí una sonrisa.

—Vaya, creo que me acabas de dar una idea —murmuré rodeándola con

un brazo—. Aunque ahora que recuerdo, Sergei tiene el estómago a prueba de todo. En París era capaz de atiborrarse a turrón y chocolate sin medida y no indigestarse.

—¿Ni un dolor de estómago? —me preguntó mi madre y negué con la cabeza mientras la guiaba por la tienda hacia el almacén para buscar mi bolso.

—A no ser que haya cambiado en estos últimos años, nada de nada —dije colgándome el bolso en el hombro.

Me despedí de Nancy y decidí aprovechar el máximo de tiempo posible con mi madre hasta que tuviera que irme a Beautique.

La miraba embobada todo el tiempo. Escuchaba sus vivencias en Río con una mezcla de tristeza, alegría, nostalgia, echando de menos... Estaba siendo un día para reflexionar. Un día de ser sincera conmigo misma, de oír lo que el corazón pensaba. Lo veía todo, lo sentía todo.

Las horas transcurrieron muy rápido, tan rápido que ni me di cuenta, y sentí que estaba ultra sensible cuando me tocó despedirme de ella.

—Te quiero, hija. Piensa en lo que te comenté de tu cumpleaños —me dijo antes de darme un último beso y subirse en un taxi.

—Lo pensaré —susurré—. Yo también te quiero, mamá. Mañana iré a despedirme de vosotros.

Cerré la puerta trasera del vehículo y con lágrimas en los ojos vi como se alejaba el taxi dando saltos emocionales del pasado al futuro y del futuro al pasado.

Estaría bien despertarse en casa de mis padres el día de mi cumpleaños. Estaría bien volver a ver a Nayade y a Isaac, a mis amigos. Llenarme de la mágica luz de mi ciudad maravillosa. Poder ver como mi madre me preparaba mi comida favorita. Mis platos preferidos desde niña. Espinacas gratinadas con bechamel y pollo con piña. Soplar las velas a la hora de la merienda junto a la piscina rodeada de mi familia, con una tarta que mi madre adornaría temáticamente, como la que adornó cuando se enteró que me marchaba a Nueva York. No sé como lo hizo en París, pero me preparó una tarta preciosa, fabricó una estatua de la libertad, un skyline, velas doradas y me la entregó con mucho, mucho amor... Vaya momento. Recuerdo que cerré los ojos y pedí con todas mis fuerzas un deseo que tenía que ver con Lucas. Lo pedí tan, tan fuerte, deseando que ojalá se cumpliera y se cumplió... pero a la inversa.

Es increíble como atraemos a nuestra vida lo que realmente queremos a través del corazón y nuestros pensamientos.

En el momento de soplar las velas odiaba a Lucas, o eso es lo que quería

creer. De seguida me di cuenta que Lucas permanecía en todos mis pensamientos. Aunque quisiera empezar una nueva vida en Nueva York, no verlo más, mis sentimientos estaban ahí, como frecuencias de radio. Sintonizara la emisora que sintonizara, su voz, su presencia, continuaba grabado con fuerza en mi subconciente.

En estos cinco años mi muro contra él no había sido más que una puerta delgada, que con un poco de viento pudo abrir, azotando mi corazón hasta lograr lo más difícil... que admitiera que lo amaba más que a nada en este mundo. Sin embargo, tener de regreso a Lucas en mi vida, hacía que saliera a flote algunos de mis miedos, y que lo hicieran en forma de volcanes emocionales.

Supongo que, de alguna manera, no haber escuchado de sus labios un te quiero, hacían aparecer esos dichosos «¿Y si no me quiere?» «¿Y si solo siente atracción por mí?» «¿Y si se ha dado cuenta al hablar con mi padre que nuestro camino tiene que terminar aquí? ¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si...?»

Miré el teléfono para ver si tenía alguna llamada perdida de Lucas y no vi nada. En cambio tenía un mensaje de Chloe y marqué su número para intentar quitarme los nervios y el estrés por tener que ir a Beautique.

Chloe era sencillamente curativa por su manera de ser, original e inesperada. La adoraba por sobre todas las cosas. Con ella experimentaba las risas, las lágrimas, la felicidad, las adversidades de la existencia. La distancia que nos separaba nunca había cambiado nuestra amistad.

—Perdón por la voz, estoy un poco afónica —le dije con la voz aún afectada por los gritos que había pegado con Lucas.

¡Deus! Que noche, pensé con el recuerdo de regreso.

—¿Saliste anoche de marcha?

Escuché claramente como Chloe le daba un sorbo a una bebida y me aguanté la risa.

—Más o menos... —murmuré maquiavélica.

Sabía que Chloe picaría rápido.

—¿Qué hiciste anoche? Habla, no te quedes callada.

Me mordí el labio para no reírme.

—Estoy un poco afónica de... —hice una pausa que más bien parecía un redoble de tambores y casi la pude ver delante de mí perdiendo la paciencia.

—¡Afónica de qué! —insistió, y entonces me reí.

—De... follar con Lucas —solté a bocajarro y escuché a través de la línea como escupía la bebida.

—¿Qué? —gritó—. ¿Perdona? ¿He oído bien?



Comenzó a toser sin parar.

—Sí, has oído muy bien —murmuré divertida—. Estoy afónica de follar con Lucas.

—¡Dios! Entonces lo tuyo no es una afonía, es una medalla de guerra —dijo mientras tosía y me reí a carcajas.

—¡Joder, Chloe! No sé que voy a hacer, me tiene completamente loca.

—¡Lo Sabía! ¡Sabía que terminaríais juntos! —gritó eufórica—. Nayade y yo siempre sospechamos que entre vosotros dos había algo. ¿Lo sabe ya Nayade? —me preguntó.

—No. —respondí de inmediato.

—Pues verás cuando se entere Nayade y... ¡Ay, Dios! Cuando lo sepa Isaac —dijo exaltada—. Por no decir cuando lo sepan tus padres.

—Mis padres ya lo saben —le aclaré deprisa.

—¿Qué? ¿Cómo que ya lo saben? ¿Los has llamado para contárselo?

—No, que va —murmuré y di un resoplido—. Se presentaron esta mañana en mi apartamento, y bueno... Lucas estaba allí.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Y qué han dicho? ¿Se lo han tomado bien?

—Mi madre bien, pero mi padre ha puesto el grito en el cielo.

—¡Uff! Me imagino. Supongo que no le hace gracia lo de vuestra diferencia de edad.

—No, en la discusión casi no salió a relucir ese tema —dije perdiendo la sonrisa—. Nada más salir Lucas de mi habitación, la conversación tomó otra dirección muy distinta. Mi padre no quiere que esté con él por ser quien es en realidad.

Hubo un silencio significativo al otro lado de la línea y algo me dijo que Chloe ya sabía la verdad sobre Lucas.

—¿Desde cuándo sabes que Lucas es un agente secreto? —pregunté en tono serio y escuché como tomaba una respiración profunda.

—Lo siento, Dangelys —se disculpó en un hilo de voz—. Me sentía en deuda con él por salvarme la vida. Lucas no quería que tú lo supieras, y yo sentía que no me correspondía a mí contar una verdad de esa magnitud. No sabía como íbas a reaccionar, eras muy joven. Cuando te mudaste a Nueva York, no querías ni oír hablar de él. Te cerrabas completamente cada vez que alguien pronunciaba su nombre —dijo del tirón casi sin respirar y suspiré.

—Lo sé, tenía un carácter difícil en aquella época. Para mí, era difícil expresar, o más bien exteriorizar lo que me hacía sentir —me sinceré—. Bueno, aún hoy en día me es muy difícil expresar lo que me hace sentir.

—¿Estás enfadada conmigo por no habértelo dicho?

Noté la preocupación en su voz.

—No. —susurré—. Sé lo de su verdadera identidad desde hace cinco años, Chloe.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, me enteré en París. Descubrir su secreto fue lo que motivó mi traslado a Nueva York. Pero eso ya es pasado, ahora solo quiero pensar en el presente. En el modo que Lucas hace brillar mi rutina. Él es distinto, es algo más. La forma en la que me hace reaccionar con sus impertinentes palabras, dichas en el momento oportuno, para que tiemble de fiebre. Cuando me mira... —suspiré—. Sus besos, tan perfectos, elevan la temperatura de mi sangre de un modo que me nubla los pensamientos. Soy incapaz de pensar, de razonar. Deja mis palabras sin filo, convirtiéndolas en sus aliadas. ¿Te puedes creer?

Chloe comenzó a reír.

—Mi habitual forma de comportarme con mis clásicos puñales, ya no están. ¿Qué voy a hacer?

—Has perdido tu estatus de reina de hielo con Lucas —reía.

—Chloe, no bromees. Mi cambio es algo dignamente de estudio.

—No pasa nada porque pierdas tu imagen de chica dura. Disfruta del presente. ¡No dejes la emoción para mañana si la puedes sentir hoy! —murmuró en tono alegre y me arrancó una sonrisa.

—¡*Meu Deus!* Lucas es como una maldita ola de calor. Toda yo me convierto en agua —me reí yo también—. El muy cabrón puede provocar un deshielo con una sola de sus miradas.

—Te va a echar unos polvos tan salvajes que los hijos os saldrán vikingos.

Sus carcajadas eran muy contagiosas y me uní a su risa eliminando todo rastro de estrés.

—No sé que sucederá con nosotros. Lo mismo arrasamos la ciudad —dije cruzando un paso de peatones de la Quinta Avenida—. Aunque estoy preocupada por mi padre, por la situación difícil que se pueda crear entre él y Lucas, y que quiera tomar medidas a fin de preservar mi seguridad.

—Ya eres una mujer adulta con capacidad para tomar medidas sensatas. Tú eres la única que decide y elige, la única dueña de tus pensamientos, de tus sueños y de tu vida. Tú padre no debería interferir en tu relación con Lucas.

—Espero que no lo haga, porque echaría por la borda la maravillosa relación que tenemos —dije deteniéndome cerca de Beautique.

Miré la hora, después la puerta del local más de moda en la Gran Manzana

y los nervios regresaron.

—No te adelantes a los acontecimientos, vive la experiencia. Permítete relajarte, que todo esté «fuera de control» cuando estés con Lucas.

—Como si fuera tan fácil —murmuré—. Tengo que dejarte, otro día hablamos un rato.

—¿Qué? ¿Ya me quieres colgar?

—Lo siento, tengo que trabajar —me excusé.

Un grupo de turistas contemplaban la fachada de Beautique y respiré lento y profundo mientras me abría paso entre la gente para acceder al local de Dimitri Petrov.

—¡Pero si aún no hemos tenido tiempo de hablar de ciertos «detalles» de Lucas! —dijo Chloe con la travesura bailando en su timbre de voz—. Como la tiene, como la usa, si es...

—No te preocupes que te enviaré un telegrama a París —la interrumpí, intentando no reírme.

—De eso nada, quiero llamada telefónica. Necesito saber si ese hombre, salvaje por naturaleza, tiene alguna vena romántica. Si te ha preparado ya una cena con velas. Si te ha regalado flores —dijo riendo

—Lucas es antiromántico. Sería incapaz de afrontar el horror de tener que ir a comprar unas flores a una floristería para una mujer. Antes las arrancaría de un jardín.

Corté la llamada escuchando la risa de Chloe y pensé en el autocontrol y la severidad de Lucas. Jamás lo había visto turbado por amor, emociones, o por alguna debilidad romántica.

Después de entrar en Beautique, me quedé quieta durante varios segundos en busca de la concentración necesaria para afrontar lo que estaba por venir ahora. Una sesión de fotos erótica. La incertidumbre de no saber que me tendría preparado Dimitri Petrov para esa sesión me producía una tremenda inquietud.

Con mi verdadera identidad oculta tras el nombre de Lais Oliveira pregunté dentro del local por él y tuve que lanzar fuerte y lejos las sensaciones negativas que me carcomían por dentro al encaminarme hacia las suites.

Sinceramente, no quería que ese bucle se hiciera más grande y me apretara con fuerza el pecho.

Hoy venía sola, sin ninguna clase de apoyo por parte de mis compañeros del FBI y eso era algo peligroso. Pero quien no arriesga no gana, y yo quería básicamente encontrar toda la mierda de Petrov y Zakhar sin la sombra del topo merodeando a mi alrededor dispuesto a fastidiarnos los planes a todos.

Era la hora acordada en el instante que vi aparecer a Dimitri Petrov con una carpeta en sus manos y otras cinco personas por uno de los pasillos. El espectáculo estaba a punto de comenzar. Todo estaba listo, el telón a punto de subir.

—Hola Lais, ¿preparada para derretir la lente de la cámara del fotógrafo?

Con un vestido negro que esculpía mi cuerpo y exhibía mis piernas, me aproximaba al mafioso ruso y sus acompañantes pisando fuerte con mis botines acordonados de color escarlata. Fría y cálida al mismo tiempo, sabía que tendría que jugar muy bien mis cartas si quería tener éxito en la misión.

## Capítulo 8

### Pedir Auxilio

Tenía el corazón en un puño cuando Dimitri me saludó con un beso en la mejilla. Todo parecía de carácter muy formal y profesional mientras nos dirigíamos a la suite acompañados de la estilista, la maquilladora, la peluquera, el fotógrafo y su asistente. Sin embargo, los nervios se adueñaron de mí al entrar por la puerta y echar un primer vistazo al vestuario seleccionado para mí.

A excepción de una falda de tubo, la lencería más sexy y provocativa que jamás habría imaginado cobraría un papel protagonista.

—Este sensual conjunto de ropa interior negro lleno de transparencias con estos pendientes y sandalias doradas de complemento será con lo que empezarás la sesión de fotos —me dijo la estilista con una sonrisa leve al verme parada frente al perchero y la observé unos segundos sin responder.

Era poco lo que colgaba de las perchas, y era demasiado lo que se desplegaba ante mis ojos.

¡Ay, *Deus!* Esto no se parecía en nada a las sesiones fotográficas que realicé en el pasado donde yo como modelo posaba con prendas de la última colección de una marca concreta, mostrando la tendencia más rompedora del momento.

La estética, las prendas, los accesorios, el ambiente, no pretendían contar una historia como en las editoriales de moda, aquí simple y llanamente se mostraría a una mujer con ropa interior invisible con ganas de follar.

Fingí mirar algo en el teléfono, como si me hubiera avisado de un mensaje y rápidamente puse una alarma personalizada con mi tono habitual de llamada en una hora por si se complicaba demasiado la situación. Después de terminar de activar la alarma, vi que si tenía en realidad un mensaje de Savannah. Uno muy breve preguntando si estaba en casa.

¡Joder!, se me había olvidado llamarla con la visita de mis padres.

—¿Te gusta? —la voz de la estilista me sacó de mis pensamientos y la miré asintiendo.

Sujetaba un conjunto de ropa interior negro escandalosamente obsceno con triple tira y adornos en la parte trasera.

—Sí, el diseño es precioso —dije mostrándole mi dentadura con una sonrisa amplia «super falsa».

Guardé el móvil en el bolso, y de seguida me senté en una silla para que la maquilladora y la peluquera empezaran a trabajar con mi rostro y mi pelo antes de que saliera huyendo de la suite. Los tonos de sombras en el maquillaje se moverían en una gama cromática intensa, cargados de color y pasión a medio camino entre el negro y rojo, y mi melena lisa, con la ayuda de unas tenacillas, en unas ondas al agua.

El fotógrafo mientras su asistente se encargaba de montar y colocar los equipos de luz me explicaba que quería obtener un tipo de fotografía muy íntima y sensual. Sus exigencias eran que fuera muy explícita en las poses para lograr el resultado que tenía en mente.

—¿Empezamos? —dijo Dimitri a nuestras espaldas pronunciando en alto la pregunta.

Me giré a tiempo de presenciar como se sentaba en un sillón cerca de la cama y por un momento me convertí en una estatua de sal.

—¿Vas a estar presente durante la sesión de fotos? —pregunté agitada con mis labios de color rojo mate bien perfilados.

—Por supuesto. Quiero ver como te quedan los conjuntos —murmuró en tono malicioso poniéndose cómodo y en cuanto me di la vuelta me surgió una mueca cargada de orgullo.

—Será más bien que quieres verme las tetas... ¡Cabrón! —mascullé entre dientes para mí misma en una voz apenas audible camino del cuarto de baño.

Agradecí mentalmente poder desaparecer durante unos minutos para ponerme el primer conjunto de lencería sino mi rabia sería inocultable a sus ojos.

¡Madre mía! Llevaba tiempo sin hacer un shooting de moda y no sabía si podría soportar el flash de la cámara digital sin encogerme por el simple hecho de tener a Dimitri Petrov como testigo excepcional de esta «inocente» sesión de fotos.

Salí del cuarto de baño ataviada con el primer conjunto de ropa interior y me dirigí al lugar indicado por el fotógrafo sin querer cruzar mi mirada con el perverso de Dimitri.

Seguro que tenía sus ojos refulgiendo como carbones encendidos al apreciar mis pezones transparentados por el encaje y ni que decir al ver mi depilado pubis escasamente cubierto por un mini triángulo.

No quería ni pararme a pensar lo que pasaría si a Lucas le daba por aparecer por la suite en este momento. Aunque con palabras veladas, la amenaza había sido clara.

—Antes de que se me olvide tienes la cita con el cliente a las diez en el Club 21. Se trata de un empresario de Nueva York que te vio el otro día en Beautique. Quiere cenar contigo en la mítica bodega del restaurante que se encuentra en el subsuelo por un precio de ocho mil dólares la hora —dijo Dimitri mientras me subía a la cama por orden del fotógrafo y no pude evitar que mi corazón se descompasara—. Prepárate porque serás su menú especial. Me ha dicho que quiere cumplir contigo una de sus mayores fantasías sexuales junto a los mejores vinos —prosiguió en tono de confidencia.

Escuchaba su voz de claro acento ruso entretanto me colocaba en la cama con el corazón ahora latiendo a un ritmo más acelerado y temí que los nervios me traicionaran.

—Este cliente no es la primera vez que pide tener una cita allí con una de mis chicas. Se ve que le pone mucho follarse entre piedras viejas tras puertas de dos toneladas que solo se pueden abrir insertando un alambre por un estrecho agujero que acciona el pestillo —continuó explicándome delante de los demás como si hablara del tiempo, y tuve que poner toda la carne en el asador cuando lo miré para que no se diera cuenta de mi nerviosismo.

—Resultará interesante. Nunca he tenido sexo en una mazmorra rodeada de los mejores vinos —dije sin atisbo de duda.

Conocía ese restaurante por haber ido alguna vez a cenar con Savannah. Era uno de los más afamados *speakeasy* de los años veinte, uno de los restaurantes con más historia y carácter de Manhattan en los albores del siglo XXI. Personajes como Humphrey Bogart, Salvador Dalí, Ernest Hemingway, o Richard Nixon entre otros habían cenado en uno de los distintos espacios del club 21.

Si tenía suerte o algo de maña el cliente terminaría *KO* gracias a algunas de las míticas botellas de vino y un camarero cómplice me ayudaría a salir de la bodega.

—Allí estaré a las diez en punto.

Con arrojo y determinación apoyé mi espalda contra la suave tela de seda negra de la cama y el asistente del fotógrafo comenzó con su labor de medir y panelar la luz para moldearla correctamente.

Bastante tensa, consciente del escrutinio del ruso, miraba hacia el techo para ayudar a relajar mis facciones. Me sentía bastante incómoda. Sin embargo,

en cuanto escuché el primer disparo de la cámara intenté concentrarme frente a la lente del fotógrafo. Algo realmente difícil teniendo en cuenta la vigilancia extrema a la que me tenía sometida Dimitri durante la toma de imágenes.

La iluminación ténue, la cama preparada con sábanas de seda oscuras, él bebiendo de su copa de brandy, acercándose más de la cuenta en algunas ocasiones me inquietaba.

Tuve que obligar a relajar mi mente de forma parcial hasta que encontrara el momento apropiado para salir de la habitación e ir a su despacho. Era en lo único que pensaba mientras la estilista me colocaba bien la parte de arriba del siguiente look. Un excesivo, rotundo y poderoso collar escultura de oro combinado con dos tiras de cuero que cruzaban mis pechos, tapando únicamente mis pezones.

—¿No podría ponerme una cazadora? —pregunté con estupor entretanto me ajustaba un diminuto short alto de cuero.

La verdad, yo no me solía escandalizar con nada, y menos con temas de moda, pero esto ya era pasarse de la raya.

—No, con el collar y las tiras de cuero darás una imagen muy potente —me dijo la chica ajena a mi ligero ataque de ansiedad.

La cosa se caldeó al continuar con la sesión ante la mirada voraz de Dimitri. Pero no porque me calentara su mirada, sino por la rabia casi inocultable que sentí cuando me acarició las piernas en un momento determinado.

Se notaba que el muy cabrón estaba acostumbrado a no pedir permiso para adueñarse de lo que quería.

—Lais, creo que después de la sesión de fotos tú y yo, podríamos...

Con el deseo en sus ojos bajó la cabeza hasta quedar su boca a la altura de mi oído y el calor de su aliento me produjo un escalofrío.

En el instante que sus labios rozaron mi oreja con la promesa implícita de un encuentro sexual alguien abrió la puerta de la suite interrumpiendo el inicio de su acoso, y todos nos dimos la vuelta sorprendidos.

—¡Qué suerte que lo encontré, señor! Lo buscan en el bar.

Uno de los hombres de Dimitri entró, seguido de cerca por otro hombre que no reconocí. El hombre paseó la mirada ante los presentes, luego en nosotros dos, que permanecíamos muy juntos a pesar de haberse enderezado, y finalmente en mi cuerpo, concretamente en mis pechos.

—¿Quién me busca? —dijo Dimitri malhumorado.

El hombre quedó hipnotizado por mis pechos y parpadeó un par de veces



antes de volver a hablar.

—Dean Keller, el hombre que lo entrevistó la semana pasada para la cabecera más prestigiosa de Estados Unidos.

—¿Te ha dicho a qué se debe su visita?

Dimitri se puso en guardia y yo inmediatamente agudicé mis sentidos.

—No, solo me ha dicho que no te robará más de diez minutos de tu tiempo —murmuró el hombre aún ligeramente hipnotizado por mis pechos y cambié de pose fulminándole con la mirada.

Dean Keller, había publicado una entrevista donde mencionaba los premios al mejor y nuevo restaurante de la ciudad. Puede que solo quisiera comprobar que tan bueno era el local de moda en la Gran Manzana.

Que ganas tenía de desenmascarar a Petrov. De que la ciudad entera supiera sobre su verdadera vida. Estas cosas hacían que deseara buscar con más ahínco las pruebas que demostraran su implicación en toda clase de delitos graves.

—Continuad con las fotos —dijo Dimitri caminando hacia la puerta y entrecerré los ojos.

«Te queda poco, muy poco, para caer...»

Se marcharon los tres de la suite con pasos rápidos y supe que tenía que entrar en acción. Había llegado el momento decisivo para tratar de encontrar dichas pruebas.

Dimitri por lo menos necesitaría cinco minutos para trasladarse desde dónde estábamos hasta el bar, así que disponía a lo sumo de veinte minutos en total.

Me senté en la cama pensando en una excusa creíble para irme de la suite, pero no me hizo falta inventarme nada. Mi teléfono móvil como si tuviera un sonido celestial empezó a sonar con su tono habitual de llamada.

Me bajé de la cama deprisa y me dirigí a mi bolso con una mezcla de adrenalina y nerviosismo. Tras sacar el teléfono de su interior y comprobar que era la alarma me acerqué al fotógrafo que visualizaba el resultado obtenido hasta ahora en su ordenador portátil.

—Lo siento, tengo que atender una llamada muy importante de mi madre —le dije con gesto preocupado—. Voy a salir de la suite para tener privacidad.

El fotógrafo me miró a la cara de una manera que pensé que se cabrearía pero en lugar de eso me sorprendió su reacción.

—No te preocupes, tómate todo el tiempo que necesites para hablar —murmuró de forma comprensiva—. Estaré revisando las fotos.

Me marché de la suite con el móvil sonando de forma insistente en mi mano y una vez estuve en el pasillo paré la alarma.

Había estado horas leyendo de cabo a rabo la carpeta de información del restaurante en mi apartamento, mirando cada estancia en los planos, incluidas las salidas de emergencia que había en el Club privado por si tenía que huir.

Me dirigí hacia el despacho sin mirar atrás, era ahora o nunca.

No podía desperdiciar una ocasión tan propicia como esta para rebuscar en sus archivos y su ordenador sin levantar sospechas. Esperaba que al menos lo que tanto andaba buscando se encontrara en ese despacho. No era plato de buen gusto tener que lidiar con Petrov y sus manos largas. Y mucho menos lo sería cuando me quedara ante él en el último look llevando tan solo un collar de perlas como único accesorio sobre mi piel.

Llegué en un santiamén al solitario pasillo, donde me había cruzado por el camino con varias personas, y todos ellos, seguro que dedujeron que era una prostituta. Mi escasa vestimenta no tenía desperdicio.

Antes de aproximarme más al despacho me aseguré de que nadie me seguía y actué rápida y eficazmente sacando del bolso un instrumento importante para evitar que me detectaran. Un láser infrarrojo con el que apunté directamente hacia la lente de la cámara de vigilancia instalada a unos metros de la puerta del despacho.

El láser resultaba muy efectivo en la oscuridad, pero tenía que tener cuidado. En caso de que el punto de láser dejara de apuntar a la cámara aunque fuera un instante, la cámara captaría mi cara.

Crucé la línea de visión con rapidez y sin perder ni un segundo, saqué de mi bolso mi kit de ganzúas y llave de tensión para abrir la puerta del despacho.

Mi compañero Walhberg me había enseñado a usarlas. No me dejó en paz hasta que fui capaz de abrir una cerradura en cuestión de veinte segundos. Él sabía hacerlo en menos de cinco, menos de lo que muchos tardarían en abrir con una llave. Y yo hoy tenía que lograr hacerlo con éxito en menos de veinte segundos.

Con una mini linterna en la boca para poder ver, concentrada al máximo, introduje la llave de tensión en la cerradura y la presioné con suavidad, ejerciendo un poco de fuerza contra la parte inferior. A continuación inserté la ganzúa, apliqué tensión constante mientras trabajaba con la ganzúa y fui tocando los pistones escuchando atentamente. El primer pistón cedió en un suave clic, luego el segundo. Casi sin respirar, giraba la llave de tensión a la dirección correcta logrando que cedieran uno a uno y para mi mayor alegría al aplicar un

poco más de fuerza a la llave de tensión la cerradura se desbloqueó. Abrir la puerta me había llevado quince segundos.

Con el corazón acelerado, miré hacia los lados para corroborar que no me había visto nadie y después entré en el despacho y cerré la puerta. Una vez dentro comprobé rápidamente que no hubiera ninguna cámara y a continuación me lancé directa al ordenador portátil.

Utilizaría un programa para crackear el ordenador. No sería necesario que el sistema estuviera conectado a internet ya que el programa se ejecutaría desde una unidad externa.

—Vamos a ver que tienes aquí guardado —murmuré sacando de mi bolso la herramienta que me ayudaría a indagar en los documentos de petrov.

Me puse unos guantes para evitar dejar mis huellas dactilares y puse el CD en el ordenador antes de encenderlo. Rezaba porque Petrov no tuviera una contraseña muy larga y utilizara caracteres raros como «@», «#», «!», sino sería imposible encontrarla.

«Venga, date prisa»

Me senté en la silla a la espera de que el programa accediera al disco duro y miré el reloj un poco nerviosa.

Me quedaban diez minutos.

Si me pillaba Petrov en su despacho, con las manos en su ordenador portátil me pondría en una situación de peligro muy grave. Tendría que improvisar y argumentar una excusa lo suficientemente convincente para evitar que me matara, o algo mucho peor... que me torturara para sacarme información.

Mi corazón ya de por sí acelerado por la situación incrementó su ritmo cardíaco. Los métodos de tortura de la mafia rusa eran temidos en todo el mundo.

Intenté centrarme en lo que estaba haciendo, en el aquí y ahora, tenía que completar la misión, y comencé a abrir los cajones del escritorio con el fin de indagar información de contactos, direcciones, notas, cualquier cosa que me pudiera servir.

Revisaba con velocidad los ficheros y en uno de ellos descubrí la dirección de dos edificios en el distrito metropolitano de Queens de Nueva York. Sorprendida por el hallazgo, saqué el teléfono móvil de mi bolso e hice un par de fotos.

Esa zona tenía un pasado como producción industrial aún evidente en almacenes desgastados y manzanas sin construir.

Al cabo de un minuto, obtuve la esperada contraseña del ordenador portátil de Petrov y empecé a revisar las carpetas.

Deslizaba dos dedos sobre el touchpad, fijándome en todas y cada una de las carpetas hasta que vi una que me llamó poderosamente la atención por su nombre.

—Afganistán —susurré, y clické encima intrigada.

El documento se abrió, e igual que en un Smartphone moderno, hice zoom usando dos dedos para agrandar el contenido de la carpeta ya que eran unas fotos.

—¿Pero esto qué es? —exclamé confusa.

Acerqué mi rostro a la pantalla seriamente interesada en el contenido.

En las imágenes aparecían lanzacohetes, rifles de francotirador Dragunov, rifles antitanque PTRS-41, helicópteros, tanques y me quedé boquiabierta ante tal despliegue de armamento.

Cerré la carpeta, abrí la siguiente, y ahí supe que tenía que salir de allí rápido antes de que me pillaran in fraganti.

Aquí en Nueva York no se celebraría una simple cumbre mafiosa.

Inserté una unidad de memoria en un puerto USB del ordenador, la unidad apareció en el escritorio al insertarla, y tras abrirla, seleccioné todos los archivos que quería almacenar. La información que aparecía en el ordenador era tan excesivamente importante, de tal magnitud, que la mano me temblaba mientras seleccionaba las carpetas.

Con los nervios de punta esperaba a que se copiaran los archivos. El proceso tardaría unos instantes y comprobé con horror en mi reloj que me quedaba poco tiempo.

—Vamos, vamos, vamos...

La barra de progreso indicaba que faltaba un minuto para terminar. No veía el momento de largarme de ese despacho. En cuanto finalizó saqué el pendrive y me marché deprisa siguiendo el mismo patrón que había utilizado para llegar.

Metí el láser en mi bolso nada más abandonar el vigilado pasillo que conducía al despacho.

—¿Lais?

Me quedé paralizada al oír que alguien pronunciaba mi nombre ficticio junto a los lavabos del Club.

Su voz me resultaba conocida.

—Lais, ¿qué haces aquí? —preguntó la misma voz acercándose deprisa

por mi izquierda y tomé una larga bocanada de aire con la intención de tranquilizarme.

Di media vuelta para afrontar la situación, pero antes de ver la cara de la persona que me había sorprendido, sus manos me empujaron dentro de los lavabos.

Cerró la puerta con prisa y me tensé al descubrir su identidad.

—¡Irina! —exclamé con cara de desconcierto.

—Lais, por favor, tienes que ayudarme —dijo Irina en tono desesperado—. No tengo tiempo de entrar en detalles, pero necesito que busques a una persona. Necesito que hables con Scott Zakhar y le digas que venga a por mí. Tengo que encontrar a mi hermana pequeña.

—¿Qué?

—Por favor, no tengo a nadie a quien recurrir. Necesito tu ayuda.

Me suplicó con sentimiento y su voz llena de desesperación atravesó mi corazón como una lanza.

—¿A Scott Zakhar? Espera, espera un momento. Pero si yo misma escuché como gritaba que estabas muerta para él —murmuré clavada en el suelo contemplándola como si hubiera visto un fantasma.

—Es muy complicado de explicar ahora en un minuto. Me están vigilando. Por favor, tienes que ayudarme —dijo al borde de las lágrimas.

El otro día cuando la conocí me pareció una mujer despampanante, altiva, y ahora... no quedaba ni rastro de esa mujer. Solo veía a una chica llorosa y vulnerable, que me suplicaba con sus ojos que la ayudara.

—Tranquilízate, yo te ayudaré en todo lo que esté en mis manos.

No gritaba pero estaba histérica. Se puso a llorar en cuanto me escuchó y le di un clínex de un paquete que tenía en mi bolso.

—La vida de mi hermana pequeña está en peligro. Vladimir Zakhar ha decidido...

De repente, la puerta del cuarto de baño se abrió y me escondí por instinto dentro de uno de los cubículos del lavabo. La mirada de horror de Irina, había sido suficiente razón para no quedarme a su lado.

Irina se quedó sola secándose las lágrimas cuando uno de los matones se adentró en el lavabo sin pensárselo dos veces. Concretamente el machacahuesos.

—El jefe no te quiere abajo, regresa ahora mismo arriba. Ya deberías saber que no quiere que te mezcles con la gente sino es bajo estricta vigilancia.

¿Qué demonios estaba pasando aquí? ¿Por qué tanta vigilancia con Irina?

El matón miraba alrededor mientras hablaba y me subí con cuidado a la

taza del wáter por si acaso descubriría mis pies por debajo de la puerta.

Escondida en el pequeño cubículo, veía a través de una minúscula rendija de la puerta el cuerpo de Irina. No tenía que mirarla para saber que tenía miedo. Miedo por ella, o por mí.

—No tardo en salir. Por favor, espérame fuera.

El matón de rostro impenetrable seguía con la vista a Irina que tiraba el kleenex en una papelera. Tras ver como se mojaba después la cara en la pica el hombre giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta del cuarto de baño.

—Te doy un minuto.

Dos mujeres que entraban se asustaron al ver al hombre, que era una enorme mole de músculos.

—¡Madre mía! Casi me meo encima del susto con semejante espécimen masculino —dijo una de ellas con una risa nerviosa y se callaron de golpe al percatarse de la presencia de Irina.

La pesada puerta del cuarto de baño se cerró tras él de un golpe y respiré aliviada, eso sí, sin atrever a moverme. Decidí quedarme en el cubículo, no arriesgarme por si volvía a entrar de improviso.

Irina disimulando se acercó a mi cubículo y rápidamente abrí la puerta y le susurré:

—Mañana vendré a por ti con o sin Scott. Regresa arriba y no hagas nada desesperado.

—¿Sin Scott?

Me miró con expresión vacilante y quise decirle que confiara en mí a pesar de ser una desconocida.

—Sí, sin Scott —dije con voz firme—. Y ahora véte.

—No puedes llamar a la policía. No puedes contarle a nadie nada, por favor —insistió—. Prométeme que no vas a llamar a la policía.

—Tranquila, no hablaré con nadie, aparte de con Scott.

Se quedó quieta durante unos segundos en silencio, examinando mi rostro con atención, haciéndose un completo juicio sobre mi persona, y luego me dio un fuerte abrazo antes de irse.

Quería contarle que era agente del FBI, que estaba infiltrada, pero no me quedaba tiempo. Tenía que regresar cuanto antes a la suite, sino estaría en serios problemas.

Con mi obscuro look, sin asomo de rubor, caminé de vuelta hasta llegar a la planta donde se encontraba la suite. Sin esperarlo, me crucé con uno de los dos hombres que vinieron a avisar a Dimitri, concretamente el que se había

quedado hipnotizado con mis pechos y lo miré con un leve toque de pánico.

Pasó de largo sin decir nada, con una carpeta de piel bajo el brazo y pensé agobiada si ya habría llegado Dimitri a la suite. Pero, fijándome bien en el hombre, más concisamente en la carpeta, pude apreciar que se trataba de la misma que le había visto al mafioso ruso cuando llegué a las seis de la tarde.

«Tranquízate Dangelys, lo más seguro es que Dimitri le habrá enviado por ella.»

Respiré hondo varias veces con el objetivo de calmar mis pulsaciones y llamé a la puerta dando un par de golpecitos con los nudillos. El asistente del fotógrafo abrió la puerta y rastree precavida y calculadora la suite en busca del ruso. Llevaba el teléfono móvil en la mano con el objetivo de aparentar que acababa de cortar la llamada con mi madre.

—Siento haber tardado tanto —me disculpé con el fotógrafo.

No había ni rastro de Dimitri y respiré aliviada.

—No importa, cámbiate —dijo el fotógrafo con sus ojos en la pantalla del ordenador.

El reloj de mi teléfono mostraba que habían pasado veinticinco minutos. Suponía que ya no tardaría mucho en aparecer Dimitri por la puerta.

Dejé mi teléfono móvil dentro del bolso junto a las valiosas pruebas del pendrive y me dirigí al enorme cuarto de baño acompañada de la estilista. Llegaba la hora de la verdad, el momento del dichoso collar de perlas.

—Me parece a mí que tardarás mucho tiempo en ponerme todas las prendas de vestir del último look —le dije a la estilista en tono irónico tratando de no cabrearme.

Esto era un gran reto para mí, y estaba resuelta a terminar con esta pesadilla de sesión lo más pronto posible.

—Si te soy sincera no hay una diferencia sustancial entre posar desnuda o con este collar de perlas —murmuré ya despojada de cualquier prenda de vestir y la estilista de seguida me ofreció una bata de seda para cubrirme.

Supongo que captaba mi disgusto, mi incomodidad por tener que posar únicamente con el collar de perlas.

—Intenta olvidarte de la cámara, exprime al máximo tus encantos —me aconsejó y di un sonoro resoplido.

—Como si fuera tan fácil estando desnuda —me quejé.

Aferrada a la bata como si fuera un escudo regresé a la habitación y justo cuando me explicaba el fotógrafo que quería retratarme cerca de una de las ventanas apareció Dimitri en la suite.

Al verlo se me paró el corazón.

Traté de no prestar atención a su mirada hambrienta repasando cada centímetro de mi piel al despojarme de la bata de seda para continuar con la sesión de fotos.

Afuera caía la noche, la luz era muy ténue. El fotógrafo buscaba primeros planos, por lo que disimulando me coloqué de lado para que Dimitri solo pudiera apreciar el contorno de mi silueta.

Ni de broma le brindaría un desnudo frontal.

—No me extraña que los hombres se peleen por tener una cita contigo —dijo Dimitri humedeciéndose los labios mientras se aproximaba despacio a mí y fruncí el ceño.

¿A qué venía ese comentario tan enigmático?

Intenté ocultarme de forma sutil entre las cortinas para evitar que me tocara, pero varios factores hicieron que su mano terminara rozando mi piel.

En primer lugar porque me arrinconó con su cuerpo y por otro lado, y el factor más importante, porque no pude golpearle como tanto habría deseado con alguno de los elementos ornamentales de la suite.

Tuve que apretar los puños para no ceder a la tentación de pegarlo.

—De ocho mil dólares la hora, a dieciseis mil dólares la hora... ¡Impresionante! —habló deslizando uno de sus asquerosos dedos por mi costado derecho y añadió con la boca pegada a mi oreja—. Que inmensa suerte la mía que no tengo que pagar esas cantidades... Yo puedo follarte gratis.

Bajó su mano hasta mi culo, me apretó contra él haciéndome notar su erección, y ahí sí que lo miré sin poder disolver un inmenso núcleo de rabia que crecía dentro de mí.

¡Se acabó!

Este era mi límite.

Dimitri había traspasado la línea.

Agarré su muñeca con fuerza y le aparté la mano de mi culo.

—Puede que me haga falta dinero, pero eso no significa que puedas aprovecharte de mí. ¡Yo no trabajo gratis! —le advertí, con un siseo.

—¡Oh, vaya! La dulce Lais tiene carácter. ¿No quieres jugar conmigo un poco? —susurró con un brillo en los ojos que denotaba interés y apreté los labios.

¿Cuántas mujeres sufrirían abusos sexuales por parte de este hombre?

Se sentía poderoso no permitiéndome escapar de su encierro.

—Las reglas de mi juego son muy sencillas...



Me tenía aprisionada contra la ventana y aunque lo mirara con seguridad, me abrumaba su fuerza. Era un hombre alto y corpulento al que le importaba bien poco que otras personas presenciaran su acoso.

—Anda, ve a vestirte, tienes una hora para prepararte y llegar a tu nueva cita en el 230 fifth en la quinta avenida —dijo de repente, mirándome a los ojos con desconcertante intensidad.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida—. ¿No tenía que estar a las diez de la noche en el Club 21?

Los nervios se instalaron en la boca de mi estómago.

—Ha habido un cambio de planes —subrayó ante el asombro que debía reflejar mi rostro.

Entonces, cruzó la habitación con aire de superioridad, hizo un gesto con la mano a todo el mundo como diciendo que la sesión de fotos había terminado y salió por la puerta. Eso sí, no sin antes dejarme un recado especial con una pequeña y taimada sonrisa.

—Lais, prepárate mentalmente para ser mía mañana.

Se veía con el control absoluto de la situación y tuve que hacer un gran esfuerzo para reunir toda la escasa calma que me quedaba y no ir detrás de él con el propósito de arrestarlo.

Nada me apetecía más que mostrarle mi credencial del FBI y ver su estúpida cara de sorpresa antes de esposarlo y enviarlo a la cárcel una larguísima temporada.

«¡¡¡Y una mierda!!! Jamás seré tuya.»

Estuve gritando mentalmente esa frase durante los siguientes minutos mientras me vestía en el cuarto de baño hasta que salí de allí.

¡Hijo de puta! Eso era lo que les sucedería a todas las mujeres que trabajarían para él, incluida Irina. Aunque lo suyo tenía más bien pinta de secuestro. Su voz ahogada en sollozos, de transparente sinceridad pidiéndome socorro, me había partido el corazón.

Resultaba extremadamente raro que Dimitri la tratara en público como una especie de novia, cuando la realidad parecía ser otra distinta.

¡Bastardo!

Dejé que la rabia se acumulara en mi cuerpo. Una furia ardía en mis venas y lo último que hice antes de irme de la suite fue eliminar todas y cada una de las

fotografías de la sesión de fotos. Ni loca pensaba permitir que mis imágenes desnuda pulularan por ahí.

Aprovechando que el asistente del fotógrafo recogía el Kid de iluminación cerca de la cama y el fotógrafo hablaba con la estilista en el cuarto de baño de otra sesión que realizarían al día siguiente, volé hacia el ordenador que se encontraba en el salón y eliminé todas las fotos en bloque del lightroom y también del disco duro.

Salí a la calle con la tarjeta de memoria de la cámara del fotógrafo en la mano y tomé una respiración profunda, llenando mi pecho de aire. El fotógrafo se preguntaría que había sucedido con las imágenes, no sospecharía de mí, ya que había tenido la precaución de colocar otra tarjeta de memoria extra suya, que tenía en su mochila.

—¡Bye fotos! —exclamé.

Dejé caer al suelo la tarjeta de memoria que tenía entre mis dedos y liberé la tensión de todo mi cuerpo al pisotearla con fuerza.

—Que pena que no pueda destrozar también de las retinas de Petrov las imágenes de mi cuerpo desnudo —murmuré cabreada.

Lo que deseaba en realidad era pisotear los ojos del ruso, o formatear su cerebro.

Busqué mi teléfono móvil en el bolso entretanto hacia diminutos trozos con los tacones. Necesitaba que mi compañero del FBI me facilitara cierta información.

—Hola Walhberg, ¿te encuentras aún en la oficina? —dije nada más oír como descolgaba el teléfono.

—Sí, ¿por qué? ¿Dónde has estado hoy? —me preguntó—. Sé que no te gusta ver mi cara todos los días, pero tampoco es como para no venir a trabajar —bromeó.

—Tenía un asunto personal que resolver —dije con el otro brazo levantado en una instantánea puramente neoyorquina.

Prestaba más atención a intentar parar un taxi que al teléfono. Disponía de poco tiempo para lo que tenía planeado antes de la cita.

—Me tienes abandonado —se quejó en un tono lastimero gracioso—. Y a Savannah también. Dice que no sabe nada de ti desde ayer por la noche.

—Lo sé, pero han aparecido mis padres por sorpresa en mi apartamento esta mañana y luego he tenido que ir a resolver un par de cosas en la tienda. Llevo todo el día liada de un lado para otro —me justifiqué.

—¿Han venido tus padres desde Río de Janeiro?

—Sí.

—Estarás contenta.

—Pues sí, pero se marchan mañana temprano. Escúchame —dije con la vista fija en un taxi que se acercaba—. Necesito que hagas algo por mí. ¿Recuerdas la mujer que acompañaba a Dimitri en Beautique? ¿La que estaba con el ruso la noche de mi cumpleaños ficticio?

—Sí, claro. Se llamaba Irina, como para no recordarla —me dijo de seguida con cierto aire de socarronería—. ¿Necesitas que te busque algo?

—Me gustaría saber si hay alguna mención sobre Irina en la investigación.

Dudé unos instantes ya que tenía que meditar muy bien lo que iba a pedirle a continuación y escuché como empezaba a teclear en el ordenador.

—¿Quieres algún dato en concreto sobre ella?

—Sí, quiero conocer su nombre y apellidos, su país de origen, si tiene padres, hermanos...

—Vale, oído cocina.

No era conveniente que le contara la verdad a Walhberg.

A pesar de que creía conocerlo muy bien, no sabía quien era el topo y me daba miedo perjudicar a Irina si le confesaba a mi compañero nuestro breve encuentro en los lavabos del negocio de Petrov.

—En unos minutos te saco la información y te llamo.

—No. —repliqué de inmediato—. Prefiero que me envíes un correo electrónico con la información.

—¡Qué pasa! ¿Ya no quieres oír tampoco mi voz? —se rió.

—No es eso, es que necesito llamar a otra persona ahora —dije viendo como perdía la paciencia el taxista que se había detenido junto a la acera.

Me miraba con cara de pocos amigos.

—Está bien —murmuró Walhberg ajeno al enfado del taxista—. Mañana nos vemos y me cuentas con calma de que va todo esto de Irina.

—Sí, muchas gracias por el favor —dije antes de colgar.

—Señorita, ¿piensa subir? —me gritó el taxista por la ventanilla bajada del copiloto y abrí de prisa la puerta trasera.

Por mi culpa estaba congestionando el carril derecho.

—Lo siento, estaba atendiendo una llamada muy importante —me disculpé mientras subía al taxi amarillo.

—¿Adónde, señorita? —me preguntó el hombre.

Deprisa busqué la dirección de Scott en mi agenda de contactos.

Tenía que hablar cara a cara con él de la situación delicada de Irina.

—Un segundo, estoy buscando la dirección —dije levantando el dedo índice.

El taxista impaciente se volvió para mirarme y echando un vistazo a su cara pude ver que se trataba de un hombre de mediana edad, con facciones toscas y ojos grandes.

—Tengo que ir a los apartamentos AKA Wall Street en el 84 William Street, por favor —murmuré, y me miró con cara de circunstancias.

Enseguida supe que sería un trayecto entretenido.

—¿Dónde queda eso? —me dijo—. Todavía no conozco muy bien Nueva York.

Era muy común que para cubrir todos los turnos, los propietarios y empresas subalquilaran los taxis a inmigrantes acabados de llegar a Nueva York. Eso daba lugar a situaciones un tanto surrealistas como pedir que tú mismo los guíaras.

—Está cerca de One World Trade Centre y de Brookfield Place —le expliqué.

Continuaba mirándome con cara de póker y abrí el Google Maps de mi móvil para enseñarle al taxista donde se encontraba el hotel.

Después de mostrarle como llegar a la dirección exacta con una ruta óptima llamé a Lucas. Quería saber que tal le había ido con mi padre, pero me saltó el buzón de voz. No dejé ningún mensaje. Luego probaría de nuevo. Esperaba su llamada desde hace horas y no tener noticias de él no me tranquilizaba en absoluto. Más bien, todo lo contrario.

¿Se habría enterado ya de qué había estado en Beautique?

A lo mejor por eso no me llamaba, como castigo por mi desobediencia.

Me quedé pensando en él durante varios segundos con el teléfono en la mano y luego entré en mi correo electrónico. Esperé que se actualizara y suspiré al ver que aún no tenía ningún correo de Walhberg.

Transcurridos unos minutos levanté la mirada hacia la ventanilla del coche a través de la cual se apreciaba bastante tráfico.

—Tengo bastante prisa —le insinué agobiada al taxista.

—¿Llega tarde a una cita? —me preguntó, mientras dirigía el taxi hacia el denso tráfico, que fluía con lentitud.

—Sí, a las nueve debería estar de regreso a la Quinta Avenida.

La distancia no era excesivamente larga, pero parecía que tardaría mucho en llegar al lugar donde se hospedaba Scott.

—Son las ocho, tengo veinte minutos para ir y otros veinte minutos para

volver a la Quinta Avenida, debo darme mucha prisa.

Mi incomodidad aumentó notoriamente al pensar en la difícil papeleta que tenía que asumir después en el 230 fifth Rooftop.

—Creo que no llegaré a tiempo —expresé estresada.

Tenía que hablar también con mi jefe para contarle lo que había encontrado en el despacho de Petrov. Y sobretodo, pensar con calma en el modo de deshacerme del cliente sin levantar sospechas.

—No se preocupe, que seguro que llega.

A partir de ese instante el taxista recorrió la ciudad soltando bocinazos, girando con volantazos para cambiar de dirección en medio del asfalto.

—Espero llegar con vida al hotel —dije sin desviar la mirada del cristal delantero del coche—. Mi trabajo es de vital importancia para el país.

El taxista pisó el freno ante mi frase y me miró por el retrovisor, entrecerrando sus ojos, como intentando descifrar quien era yo.

Tras quedarse callado no más de un minuto, me preguntó a que me dedicaba y dudé en confesar que era agente del FBI. Cuando contaba que era agente desencadenaba reacciones de lo más variopintas, no siempre positivas. A menudo, la gente lo interpretaba como una invitación a contarme algún encontronazo con la policía y no estaba de humor. Al final, pensando que el trayecto no era excesivamente largo, se lo dije.

Para mi sorpresa volvió a pisar el acelerador.

—Señora agente, que no sea por mi culpa que no llegue a su hora a las citas —murmuró en actitud alegre.

El trayecto hasta los apartamentos se convirtió en toda una aventura.

—Gracias por llegar en tiempo récord. A esta hora el tráfico es el equivalente al apocalipsis —le dije al taxista una vez se detuvo.

—No hay de qué, señora agente —sonrió.

Me bajé del coche y le pedí que me esperara por una cantidad acordada para así poder regresar rápido a la Quinta Avenida. Luego me dirigí caminando hacia el edificio Aka Wall Street, situado en el Distrito Financiero de Manhattan.

El edificio de apartamentos era conocido en Nueva York por ser el primero de larga estancia financiado a través del innovador modelo de *crowdfunding* inmobiliario, y por preservar en su fachada de mil novecientos siete, dos criaturas míticas. Un león y un unicornio que sostenían un imponente reloj dorado.

Accedí al interior del lugar predilecto de un alto número de viajeros de negocios exigentes y fui decidida hacia el mostrador. Pregunté por Scott Zakhar

y por un momento creí que me negarían la entrada. El segmento de apartamentos de lujo se caracterizaba por tener una gran privacidad. Sin embargo, tras facilitarle mi nombre y realizar una llamada, me dejaron pasar.

Mientras esperaba que abriera sus puertas uno de los dos ascensores miré el móvil extrañada por la ausencia de noticias de Walhberg.

¿Por qué no me habría enviado aún el email?

Busqué su nombre en el registro de llamadas y justo cuando le iba a dar al botón de llamada, llegó el esperado correo electrónico.

Lo abrí en el reducido espacio del ascensor y me sorprendió que Walhberg me enviara varios archivos adjuntos.

Leí el inicio del email en el que salía el documento de identidad de Irina y varios datos sobre su vida, y casi no pude creer lo que veían mis ojos. Irina Selezneva, como así se llamaba la espectacular mujer que Dimitri custodiaba con tanto recelo, había sido Miss Rusia y posteriormente Miss Universo.

Mi compañero del FBI me había adjuntado varias páginas de la prensa internacional donde hablaban de ella y amplié la pantalla impactada por la información.

Irina Selezneva huérfana de padre y madre, comenzó su andadura como modelo con dieciséis años en Moscú, convirtiéndose en Miss Rusia a los veinte. Ganó el certamen de Miss Universo al año siguiente y tras ser coronada recibió honores y regalos. Viajó a varios países entre ellos Italia, Francia, Panamá, Costa Rica y Tailandia...

Lo que venía a continuación me dejó absolutamente perpleja.

Irina Selezneva, tras cuatro meses de reinado, renunció a su título por razones personales. La prensa nacional la vinculaba con un importante empresario de San Petersburgo. Se rumoreaba que estaba embarazada, cosa que negó de forma reiterada. Transcurridos unos meses de su abandono voluntario de la corona la prensa se hizo eco de la triste noticia del fallecimiento de su hermana mayor.

Irina Selezneva, no quería dejar sola a su hermana pequeña por lo que desapareció literalmente del panorama social para terminar la carrera de derecho y cuidar de ella. Desde entonces nadie conocía su paradero.

Las fechas de las revistas eran de hacía cinco años y sentí una opresión en el pecho.

Miré el último documento adjunto del correo en el que salían varios titulares de periódicos con las mismas fechas y la opresión se incrementó.

«Atropellada en el centro de Moscú una hermana de Miss Universo.»  
«Muere en el acto la hermana mayor de Irina Selezneva tras ser atropellada por un coche en el centro de Moscú.»  
«Muere una de las hermanas de Miss Universo al ser atropellada por un coche que se dio a la fuga.»

Los números de las plantas del edificio pestañeaban en la pequeña pantalla mientras el ascensor subía y cerré los ojos, reteniendo toda la información.

Sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico cuando era apenas una niña. Su hermana mayor murió atropellada en el centro de Moscú hacía cinco años. Su hermana pequeña en peligro. La prensa la había relacionado durante su reinado con un empresario de San Petersburgo. Por otra parte, los rumores de embarazo, y por último, Scott.

¿Qué pintaba Scott en toda esta historia? ¿En qué momento se cruzaron sus caminos? ¿Qué papel jugaba en la vida de Irina?

¡*Deus!* Estas eran las primeras de una infinidad de preguntas que tenía para él. Intuía que ellos dos podrían haber mantenido una tormentosa relación.

Salí del ascensor en la última planta con la cabeza dándome vueltas de tantos planteamientos y me detuve en seco al mirar al frente.

Unos ojos negros me observaban con atención.

—¡Dangelys Neymar, menuda sorpresa! ¿Cómo tú por aquí? —murmuró Scott inquietante apoyado en el marco de la puerta.

—¡Scott Zakhar, menuda sorpresa! ¿Cómo tú por Nueva York? —lo imité acortando la distancia que nos separaba y se despertó en su rostro una sexy sonrisa.

El hermano de Lucas, marcado por una sensual cicatriz en su pómulos como un guerrero urbano, o en este caso el modelo protagonista de una campaña de Nike con un chándal negro, me esperaba sin moverse.

—¿Ya sabe el pesado de mi hermano que has venido a verme? No quiero tener problemas con él si se entera que estás en mi apartamento fuera del horario infantil.

Pasé por su lado sin inmutarme.

—No sabía que Lucas se preocupaba tanto por la hora que tomas el último biberón del día o te acuestas en tu cunita —murmuré dándome la vuelta en la sala del apartamento y arqueó burlonamente la ceja.

La primera vez que lo vi en París me dominó la inseguridad. Pero ahora, me sentía algo más cómoda.

—¿Qué te trae por aquí? —me preguntó mientras yo inspeccionada con cierto disimulo el salón.

—Necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Con la comodidad de un hotel de lujo, el apartamento se veía amueblado con la cocina completamente equipada.

—El otro día conocí a una mujer que se llama Irina. Hoy, me pidió que te buscara, que hablara contigo —dejé caer la pequeña bomba como si nada.

Su forma de abrir los ojos delató la sorpresa que le causaba oír el nombre de Irina, o más bien la sorpresa de que ella decidiera buscarlo.

—¿Irina?

—Sí, Irina. ¿Sabes de quién te hablo? —le dije mientras Scott desviaba la mirada hacia otro lado.

—Sí, claro.

Dejó escapar una risa forzada.

Tardó un segundo en girarse y cuando lo hizo compuso una mirada afilada que parecía dejar claro que si sabía quien era y que no le apetecía hablar de ella.

—¿Qué es lo que quieres contarme? —añadió en tono frío.

Su atractivo rostro de rasgos fuertes expresaba carácter, tanto sus labios tensos y firmes, como sus ojos de mirada glacial.

Decidí ir al grano.

—Irina necesita que la ayudes —dije sin tiempo que perder.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Qué le ocurre? ¿Se ha cansado de ser la puta de Dimitri Petrov? —espetó atrapándome en el desconcierto y me quedé por unos instantes sin saber que decir.

—Scott, la vida de la hermana pequeña de Irina está en peligro —dije imprimiendo a mi voz toda la seriedad que juzgué necesaria para un asunto que consideraba extremadamente delicado.

—Que le pida ayuda a su novio mafioso —soltó agresivo con sus ojos clavados en mí, y me subyugó la profundidad y la ira que albergaba su mirada.

Había soltado las palabras con tanta rabia, que si había tenido la más mínima duda de que algo ocurría entre ellos, se acababa de disolver. Pero no era el momento de indagar en sus asuntos sentimentales, era hora de actuar.

—Vladimir Zakhar ha decidido algo, o hablado algo sobre su hermana pequeña —comencé a decir acercándome a Scott—. Cuando Irina me pidió ayuda esta tarde no pudo terminar la frase en la que mencionaba a Vladimir Zakhar porque irrumpió en los lavabos de Beautique uno de los matones de



Petrov. Sospecho que Irina está secuestrada, en realidad creo que...

—¿Quién eres tú?

Di un respingo al oír una voz masculina proveniente del pasillo y Scott alzó la mirada por encima de mí.

—Te dije que no salieras de la habitación que tenía que hablar con alguien —habló Scott enfadado.

—¿Quién es esta mujer?

Me di la vuelta con inquietud y el hombre maduro que vi delante de mí me dejó sin respiración por la gran similitud en sus rasgos con Lucas.

Al instante contuve las ganas de gruñir como un animal.

—Oleg Zakhar —pronuncié su nombre despacio.

—¿Nos conocemos?

El hijo de Vladimir Zakhar frunció el ceño y decidida caminé hacia él, andando con los hombros erguidos.

—Soy Dangelys Neymar, no nos conocemos, pero me han hablado mucho de ti —dije cuando me detuve frente a él y registró mi rostro de manera directa sin fingir su curiosidad.

—¿Dangelys Neymar? —preguntó Oleg Zakhar, perdiendo un poco el color de su cara.

—Si papá, ella es Dangelys Neymar y ya se iba —masculló Scott agarrándome del brazo con urgencia.

—¡Suéltame! Quiero decirle un par de cosas al hijo de Vladimir Zakhar.

La escasa calma de Scott se esfumó de golpe.

—No. —gruñó sin permitir que me separase de él—. Ya me dijiste lo que tenías que hablar conmigo. Ahora véte si no Lucas me cortará la cabeza en rodajas.

—¿Ella es Dangelys Neymar? ¿La hija de Marcos Neymar? ¿La hija de la persona que ayudó a John a que escapárais de Rusia?

Oleg Zakhar habló a mis espaldas mientras Scott me guiaba hacia la puerta y solté mi brazo de un tirón fuerte.

—Sí, yo soy la hija de la persona que le ofreció refugio a la madre de sus hijos para que no la mataran —siseé sin poder aplacar mi furia—. Abandonó a su suerte a Tara por una infidelidad que no cometió contra usted, permitiendo que sus hijos pudieran presenciar el asesinato de su madre. ¡Lo que usted hizo no tiene nombre! Traicionó el amor de su esposa y de sus hijos.

Le dije todo cuanto pensaba, echándole en cara su infame deslealtad hacia su familia.

—Me equivoqué, lo sé y no tengo excusas. Debería haber sabido que Tara era inocente.

Capté un punto de arrepentimiento en su mirada, pero Scott no me permitió ver nada más. Prácticamente me llevó en volandas hacia la puerta.

—¡Véte! Ya me dijiste todo lo que tenías que contarme sobre Irina —dijo, cerrando la puerta tras él.

—¿Y piensas hacer algo por ella? —le grité en el pasillo sin importarme formar un escándalo.

Me miraba en silencio, con la expresión completamente carente de emoción y una reflexión se paseó por mi mente.

—¿Cómo conociste a Irina? —le dije.

No tenía tiempo para encajar despacio las piezas de esta enigmática mujer.

Scott dio un hondo suspiro, pensaba que no me respondería y por extraño que fuera, sentí una punzada de dolor en el pecho por él y por ella. Sabía que algo raro ocurría y me sentía con el deber de poner solución a esta historia.

—Fiesta, noche. Chico conoce a chica en un club de Moscú —empezó a decir con un esfuerzo de resuelta franqueza y ahora la que suspiré fui yo—. Chica da teléfono erróneo a chico. Adrede. Chica se lo piensa mejor y, antes de que chico se vaya, le da el número bueno. Cita de día. Besos. Cena posterior en mi casa. Noche romántica. Surge el amor eterno en un instante. Qué más se puede pedir. Solo una cosa... que sea verdad. Ella me engañó. Salía con otro y fin de la historia.

—¡Joder! Te pareces a Chloe con los telegramas —murmuré.

—Cuando uno empieza una relación lo hace pensando que va a estar con esa persona para el resto de su vida. Al menos es así como yo me lo planteé con Irina hasta que descubrí su gran mentira —añadió al ver como yo abría la boca para protestar.

Me callé.

Pero no por mucho tiempo.

—¿La conociste antes de que saliera coronada como Miss Universo? —pregunté.

—Sí, ella y yo empezamos a salir antes de que ganara el certamen de Miss Rusia. Cuando ganó el título de Miss Universo llevábamos más de un año de relación. Una relación que yo creía normal pero que en realidad era una farsa —articuló con una omnipresente dureza en su rostro—. Descubrí su doble juego después de renunciar a su corona de Miss Universo.

—¿Estás seguro que te engañó?

—Sí. Salía con un empresario de San Petersburgo. Concretamente con Dimitri Petrov, un socio de Vladimir Zakhar... Mi querido abuelo —me aseguró mientras yo componía una mueca de disgusto.

Qué «casualidad», Dimitri Petrov.

—¿Y si estuvieras equivocado?

—No creo, los vi con mis propios ojos. Y ahora véte —masculló con furia al ver mi expresión de recelo.

Abrió de nuevo la puerta de su apartamento y le dije una última cosa antes de que me dejara sola en el pasillo.

—He presenciado como Dimitri Petrov trata a Irina y creo que más que una relación, parece un secuestro. No tiene libertad, vive encerrada en una jaula de oro. La desesperación y el miedo que vi en su rostro esta tarde pidiéndome ayuda me lo demuestran. Si no haces algo por ella puede que te arrepientas el resto de tu vida.

Me pareció ver una sombra de dolor alcanzando sus ojos en el momento que cerró la puerta. Aunque solo fue eso, un segundo de amarga derrota en su mirada.

Cuando los agentes tienen que hacerse pasar por lo que no son entran en la zona más peligrosa de la existencia para cualquier persona de bien. No solo por que te descubran, sino por resultar seducido por el mundo que investiga al margen de la ley.

Y Scott tenía todas las papeletas para caer en las redes que debería rechazar. Su padre, al que se notaba que quería, era el heredero de la mafia rusa. No bastaría los límites, morales, éticos o jurídicos contra la ambición o el poder.

Después de hablar con Scott, y de rebatir sus hipótesis sobre Irina, no estaba al ciento por ciento segura de haber conseguido sembrar la duda en muchas de sus afirmaciones.

El chico malo, parecía haberse vuelto más malo.

Solo un gesto de dolor que percibí en él al confesarle la desesperación y el miedo de Irina era mi esperanza de haber logrado ablandar su corazón de hierro. Scott no pudo ocultar durante unos breves segundos el sufrimiento que asomó a su mirada.

De regreso a la Quinta Avenida en el mismo taxi que me había esperado por un precio acordado, no podía dejar de pensar en la similitud en algunos aspectos entre la relación de Oleg y Tara con la de Scott y Irina. Dos parejas atrapadas por la misma mentira.

Analizando las dos historias, no me quedaba ninguna duda de que

Vladimir Zakhar era el mismísimo Satanás, utilizando astutas maquinaciones para engañar. La relación de Tara y Oleg era una buena muestra de ello.

—Señora agente, hemos llegado —dijo el taxista—. ¿Necesita que la espere otra vez?

El taxi frenó delante del 230 de la Quinta Avenida en la esquina con la 27 y levanté la vista.

—No, gracias —dije, agarrando la manecilla—. Me quedaré aquí un buen rato.

El taxista asintió, y me bajé del coche contemplando el portal del 230 fifth Rooftop Bar. Una mezcla de bar, restaurante y discoteca localizada en la azotea de un edificio de la Gran Manzana.

—La verdad no le dieron muchas vueltas al nombre —murmuré malhumorada.

La dirección era exactamente la misma en la que se encontraba el bar. Di unos cuantos pasos con los ojos fijos en la puerta y marqué el número de Marc Sheen, tras comprobar que aún disponía de unos minutos.

—He conseguido entrar en su despacho —murmuré desde el umbral de la puerta.

—¿Y? ¿Ha encontrado algo? —preguntó mi jefe tan pronto le hablé.

Esbocé una sonrisa despreocupada y mis ojos vagaron por la acera absorbiendo cada detalle, cada persona, cada coche con disimulo.

—Los mafiosos creen estar seguros fuera del alcance del FBI, pero están totalmente equivocados —dije en voz baja mientras me movía hacia dentro del edificio—. He encontrado unos documentos que demuestran que el gobierno afgano pagó cincuenta millones de dólares por material bélico y también drogas. Vladimir se ha enriquecido los últimos años gracias al aumento de la cantidad de heroína y del suministro de armamento medio y pesado. Estábamos equivocados, no existe ninguna cumbre. Mañana a las siete de la tarde Vladimir Zakhar va a cerrar otro negocio en la ciudad. El ordenador de Petrov estaba repleto de documentos.

—Mañana quiero verla en mi despacho a primera hora.

—Por supuesto, allí estaré. Tengo que entregarle el pendrive.

Por inercia, metí la mano en el bolso buscando el dispositivo y palpé hasta que encontré el lápiz de memoria.

—Espero que no la hayan descubierto. ¿Había cámaras de vigilancia?

—Sí, había una en el pasillo —murmuré—. Logré solventar el problema con un láser. Nadie me vio entrar ni salir del despacho.

—Ha hecho un gran trabajo, agente Neymar. Mañana atraparemos a Zakhar cuando se reuna con sus aliados y pondremos fin a sus actividades.

—Solo me falta resolver lo de la cita, a la que por cierto llego tarde.

Faltaban apenas dos minutos para que dieran las nueve y tenía que subir a la azotea.

—No se preocupe, enviaré ahora mismo a dos agentes del FBI a la dirección donde tendrá lugar la cita para que interrumpen con la excusa de...

—No quiero que nadie venga. Resultaría sospechoso —dije sin rodeos con gran tensión ante la posibilidad inminente de ser descubierta—. Yo misma me inventaré una excusa para marcharme cuando lo crea conveniente.

—Igualmente tendrá dos hombres apostados en la calle vigilando por si el cliente se pusiera agresivo —dijo Sheen con firmeza—. Ya se ha puesto bastante en peligro esta tarde, no quiero más riesgos para usted.

—No creo que sea buena idea —le rebatí—. Un hombre que es capaz de pagar dieciséis mil dólares la hora por sexo tiene que tener un ejército de guardaespaldas a su disposición. Se darán cuenta al momento de que ocurre algo raro por muy discretos que sean los dos agentes.

—¿Dieciséis mil dólares la hora?

Capté su perplejidad por la cifra incluso a través de la línea de teléfono.

—Sí, tiene que ser un empresario millonario —respondí—. Por eso es preferible que no venga nadie.

Se hizo un repentino silencio y supe que mi astuto jefe estaba barajando otras opciones. Odiaba poner en serio riesgo la seguridad de sus agentes.

—No me pasará nada, voy armada —insistí—. No podemos poner en riesgo todo aquello que hemos logrado, el esfuerzo de tantas personas por ver entre rejas a Zakhar, Petrov y Kalashov.

Cuando finalicé la conversación con Sheen, pasé el trámite de mostrar mi documento identificativo. Para entrar era necesario tener una edad mínima de veintiun años.

Una vez pasé este trámite subí en el ascensor hasta el 230 Fifth Rooftop Bar. Al llegar arriba me encontré con la zona interior, llena de enormes sofás. Durante el buen tiempo esta zona solía estar bastante vacía, pero me sorprendió que no hubiera nadie en esta época del año. Eso me extrañó muchísimo, ya que aunque los que llegaban aquí preferían seguir subiendo, que no hubiera ni un alma, me olió mal.

Un tramo de escaleras me llevó directamente a la azotea. La terraza seguro que estaría a reventar de gente, sobretodo turistas. Últimamente se había puesto

muy de moda. Pero igual que había sucedido en el interior, no había ni una sola persona. Ni un solo cliente, tampoco el personal que solía encargarse de buscar mesa disponible, y eso era rarísimo, por no decir muy sospechoso.

¿Dónde estaban los del staff del 230 Fifth Rooftop Bar?, me pregunté con una repentina inquietud.

Me detuve en un lado, junto a una pared, abrí mi bolso, y despacio saqué mi arma reglamentaria.

¡Mierda! ¿Habría descubierto Petrov mi visita a su despacho y me había tendido una trampa? ¿Dónde estaba la gente y el cliente que había contratado mis servicios como prostituta de lujo?

Un dilema nació como una perla negra, o un talismán oculto bajo el asfalto con el sonido lejano de los tubos de escape de los coches.

«¡Eres imbécil, Dangelys! ¿Como no te has dado cuenta antes? ¡Te ha tendido una puta trampa! Por eso Petrov cambió la dirección de la cita en el último momento.»

Con un brazo extendido, mi mano empuñaba el arma hacia el frente mientras me desplazaba de puntillas para no hacer ruido con los tacones. Giraba la cabeza a mi izquierda y a la derecha, barriendo con la vista cada rincón.

El lugar tenía cierto encanto con sus palmeras, lucecitas de colores, una suave música, pero estaba claro que las vistas desde aquí arriba tenían todo el protagonismo. Aunque, ahora mismo me importaba bien poco que el Empire State Building iluminado, le robara todo el protagonismo al resto de edificios, ya que podían matarme.

Agudicé mis sentidos y al no oír ahora más que la música me puse nerviosa. Me pareció ver una silueta escondida y decidí sacar el móvil de mi bolso y enviar un mensaje a Lucas.

**«Me han tendido una trampa, estoy en la azotea del 230 Fifth Rooftop Bar.»**

## Capítulo 9

### Mirar al cielo de noche

Todas las luces de la azotea se apagaron de forma repentina. Después cesó la música reinando el silencio y mi corazón se precipitó en miles de latidos. Mi cuerpo era como un cable de alta tensión mientras buscaba en el registro de llamadas el número de Marc Sheen. Era obvio que Petrov había enviado un sicario para matarme. Necesitaba ayuda inmediata, mi situación era realmente grave.

«Si tan solo pudiera elaborar un plan de huida que me permitiera escapar con vida de la azotea, o al menos ganar algo de tiempo.»

Paralizada por el miedo, casi no atinaba con el teclado. Era consciente de que aquí arriba solo las estrellas serían testigos de mi muerte.

La silueta se movió con sigilo entre las sombras y contuve el aliento. No podía hablar en ese instante con Sheen o me descubriría. Refugiada detrás de una pared, me mantuve inmóvil, con la esperanza de no ofrecer el menor indicio humano en la azotea.

Desde mi posición calculé la distancia hasta la puerta. Tenía que huir, salir de allí y alejarme corriendo para esconderme en la zona interior. Pero debía esperar el momento adecuado si no estaría perdida.

El pánico comenzaba a apoderarse de mí, y más cuando la silueta del sicario cruzó mi campo visual en diagonal. Me costó hasta el último ápice de energía mental frenar el impulso de correr. Era demasiado peligroso.

Asomé un poco la cabeza, lo suficiente para distinguir como la silueta avanzaba hacia mí en medio de la oscuridad como un depredador experimentado sin vacilar, y me escondí detrás de la pared exhalando mi reprimida respiración mientras guardaba de prisa el teléfono en mi bolso.

«No voy a morir esta noche», pensé apretando los dientes con un impulso frío y asesino surgiendo en mi interior.

Salí de mi escondite con el arma hacia el frente, avanzando con agresividad y de pronto, el corazón me dio un vuelco cuando reconocí la silueta.

La garganta que hasta este momento había tenido cerrada en un poderoso puño que retorcía mis cuerdas vocales, incapaz de dejar pasar ni una gota de aire

se aflojó, desapareciendo la insoportable presión que sentía en mi cuello.

—¡Lucas... ! —exclamé encañonándole con mi arma.

Elaborado con intensidad intoxicante, con potencial oscuro, el hombre que tenía a unos metros de mí era unos veinte centímetros más alto que yo, ancho de hombros, con unos brazos musculosos y unas facciones perfectamente esculpidas que conocía muy, pero que muy bien.

—¿Qué haces aquí? —pregunté llena de dudas, para luego con un hilo de voz añadir—: Creí que eras un sicario de Petrov.

La masculinidad personificada se acercaba a mí en silencio. De repente, se encendieron las luces otra vez y... ¡Joder! Se me secó la boca al admirar su poderoso cuerpo envuelto con un traje negro de tres piezas.

Lucas con sus andares sexys marcaba la diferencia entre pisar, y dejar huella. Pero sin duda era su mirada lo que me enloquecía, esos ojos oscuros que tenía fijos sobre mí, cual depredador que me dejaban inmovilizada.

—¿Te he asustado? —dijo sin rastro de burla en su voz y alcé una de mis cejas.

—¿Tu qué crees, Gigoló? Se supone que no deberías estar aquí —mascullé enfadada sin dejar de apuntarlo con la pistola—. Tenía una cita con un cliente.

Seguía congelada, pero ya no era el miedo lo que provocaba que mi corazón latiera tan deprisa, sino su presencia.

—El cliente soy yo —dijo con voz áspera de inmediato descolocándose—. He pagado una gran cantidad de dinero por cancelar la cita que tenías prevista.

—¿Estás loco? —lo miré perpleja.

—Un poco —respondió también enfadado—. He tenido que elaborar una identidad falsa para poder contratar tus servicios.

Perdida en las capas de terciopelo de su voz mi mirada empezó a perderse en su fuerte mandíbula y su cara perfecta, y antes de poder reaccionar Lucas llevó la mano con agresividad a mi pistola y la agarró con fuerza.

—Te dije que no fueras a Beautique —gruñó bastante cabreado.

Un torrente de calor viajó de sus dedos a los míos, pasó por mi brazo y se concentró entre mis piernas.

—No puedes impedir que cumpla con mi trabajo —dije alzando la barbilla desafiándole—. No pienso permitir que me digas lo que tengo que hacer o lo que no.

Un sonido ronco escapó de sus labios al tiempo que se guardaba mi



pistola en uno de los bolsillos de su chaqueta y luego inclinó su rostro hacia el mío.

—Te gusta llevarme al límite, ¿eh? —dijo rechinando los dientes.

—Y tú también a mí —respondí irritada.

Miró al cielo como si pidiera paciencia y exhalé una bocanada de aire exhasperada fingiendo que no me aturdía en absoluto su atractivo sexual, su cercanía, pero... ¡*Meu Deus!* Era guapísimo.

—Solo hago mi trabajo —repuse con firmeza—. Llevaba meses buscando tener una oportunidad como la de hoy para entrar en el despacho de Petrov.

—¿Y la sesión de fotos? —masculló en tono sombrío—. ¿Era necesario que te desnudaras ante Petrov?

Me quedé mirándolo, atónita, horrorizada porque me vigilara tan de cerca, pero rápidamente me puse de puntillas lista para atacar.

—¡Pues sí! —me rebelé, enfadada—. ¿Te piensas que me importa algo enseñarle las tetas y hasta el cuerpo entero al baboso de Petrov?

Ahora fue Lucas el que abrió los ojos con un aire peligroso.

—¡Tu cuerpo es mío! —rugió salvaje.

Lucas se cernía sobre mí como una nube de tormenta y tensé la mandíbula.

—Por supuesto que es tuyo. Al menos por esta noche ya que vas a pagar por él dieciséis mil dólares la hora —lo desafié, en un tono rebosante de sarcasmo y soltó una maldición.

—Dangelys, no me provoques —me advirtió e hizo amago de agarrarme. Rápidamente retrocedí.

—¡No! —exclamé furiosa—. No me provoques tú a mí.

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

—Caprichosa, deberías dar gracias a Dios que me encontraba esta tarde en la otra punta de la ciudad cuando me enteré de lo que estabas haciendo porque sino todo se habría ido a la mierda.

Parecía a punto de arrasar con todo el mobiliario de la azotea.

Tenía su sensual boca crispada, con una voluptuosidad pesada en su labio inferior que le confería un peligro añadido a su ya de por sí varonil rostro. Nos fulminábamos mutuamente con la mirada, en una lucha de poder, pero entonces, sin previo aviso, metió las manos entre mi pelo, sujetó mi nuca con fuerza y sus labios atraparon los míos en un beso apasionado y hambriento.

Rápidamente su cuerpo fuerte y firme se pegó al mío y el placer me recorrió de arriba abajo haciendo que temblara de deseo.

—No sabes como me pone que me lleves la contraria —susurró tomando mi cara entre sus manos—. Que me desafíes... Verte cabreada, y sobretodo con un arma.

—Y a mi me gusta verte celoso.

Se rió en voz baja, roncamente con mi comentario y me levantó el rostro para besarme.

En cuanto nuestros labios se tocaron de nuevo, el amor traspasó mi coraza disolviendo mi enfado. Subí mis manos a su pelo y permití que el deseo y el ansia se apoderaran de mí agitada por su boca, su lengua y el contacto de su cuerpo duro atrayéndome hacia él.

Llevaba todo el día sin verlo y mis labios no tuvieron ningún tipo de reparo en demostrarle a los suyos cuanto los habían echado de menos.

Lucas deslizaba sus manos por mis costados, por encima de mi vestido, resbalando sus dedos por la tela, hasta que detuvo su viaje en la zona de piel desnuda de mi espalda.

—Ven, acompáñame —me dijo dándome la vuelta por la cintura—. Tengo algo que enseñarte.

—¿Dónde? —pregunté.

—En aquella esquina —me respondió mientras me empujaba con suavidad hacia el frente.

—¿En qué esquina? —giré mi rostro rápidamente y Lucas sonrió ante mi expresión—. Oye, escucha, será mejor que dejes los enigmas y me digas que está pasando porque con el susto que me has dado estoy a un pelo de irme de aquí.

—Tienes que acompañarme —murmuró.

Dejó caer sus manos, y antes de que reaccionara, entrelazó nuestros dedos.

—¿Para qué? —lo miré escrutadoramente.

—Solo acompáñame —murmuró con sus ojos fijos en los míos y dejé que me guiara hacia donde quería con nuestras manos unidas.

Por la razón que fuese, Lucas me hacía sentir algo completamente irracional que al tiempo que me inquietaba, lograba contagiar una especie de confianza ciega.

—No voy a hacerte daño. Solo quiero pasar una velada romántica contigo —me dijo muy cerca del oído e inspiré profundamente a través de la nariz—. Cenar juntos, tú y yo, como la mayoría de las personas que tienen citas.

Se me aflojó la mandíbula.

—¿Qué quieres decir?

Un espacio cálido, romántico y elegante, con la luz tenue de unas velas

esparcidas por el suelo se abrió ante mis ojos y parpadeé varias veces antes de mirar a Lucas.

—¿Vamos a tener una cita? ¿Una cita de verdad? —pregunté incrédula y de sus labios emergió una sexy sonrisa torcida.

—Sí, reconozco que no se me dan muy bien estas cosas —admitió—. Pero desde hace mucho tiempo deseaba hacer esto contigo.

—¿Y la gente? ¿Dónde está la gente?

—No hay nadie.

Me estreché los dedos y durante unos segundos me sentí turbada al ver lo que suponía caminar de la mano con Lucas en dirección a una mesa adornada con flores exóticas y candelabros de cristal.

Había una delgada línea entre el barroquismo y el lujo más refinado. Dorado, vajilla negra, copas de cristal ahumado, todo se encontraba en la disposición correcta, en su justa medida, ni mucho, ni poco. Simplemente una decoración exquisita, excitante visualmente, bañada por la luz de la luna, con pequeños detalles como las velas por el suelo que me conquistaron en todos los sentidos.

El ambiente era de ensueño.

—Nueva York es una ciudad que cautiva tanto de día como de noche —empezó a decir de forma pausada mientras yo no paraba de contemplar el espacio a mi alrededor—. De día por sus calles y avenidas, recorriendo parques, subiendo a sus rascacielos, hacer shooping, y de noche...

Guardó un estratégico silencio, momento el cual me giré extrañada al no oírle y casi me caí de espaldas con la imagen que tenía delante de mí.

Puede que regalar flores durante una cita sea algo que las películas han implantado en nuestra mente, pero contemplar a Lucas regalarme un único tallo largo, preciosamente arqueado que sostenía una hilera de flores colgantes en forma de corazón, fue algo que causó estragos en mí.

—¿Y esto? —susurré nerviosa atraída por la belleza de la exótica flor.

Dispuesta a ser apreciada, desde el centro de los pétalos de cada corazón de color fucsia, salía otro con un tono más intenso que parecía una gota de sangre cayendo.

—Es una *Dicentra spectabilis*, una flor originaria de Asia. Se encuentra desde Siberia hasta Japón —dijo atrayéndome hacia él—. Es conocida con el nombre de corazón sangrante.

Era la primera vez que veía este lado romántico de su carácter y me fue difícil mantener los pies en el suelo cuando levanté la mirada. Su rostro estaba

más cerca de lo que esperaba y se incrementaron aún más, si cabe, los latidos de mi corazón.

—Que nombre tan original —susurré notando su aliento contra mis labios—. Es la flor más hermosa que he visto en mi vida.

Con el Empire State Building de impresionante telón de fondo, sus ojos ardían apasionados a pocos centímetros de los míos, y no me dio siquiera la oportunidad de recuperar mi ritmo cardíaco.

Presionándome contra su amplio pecho, Lucas volvió a besarme como antes, con tanta pasión que casi me hizo olvidar hasta mi nombre.

—Tú si que eres hermosa, Dangelys.

Frotó su nariz contra mi sien y cerré los ojos.

Que un hombre como Lucas que representaba el macho alfa en toda su esencia me regalara flores era una experiencia de esas que se fijarían a fuego en mi cabeza.

Con un sonido bajo y ronco resiguió mi labio inferior con la punta de la lengua y suspiré amoldada a la forma de su musculoso cuerpo. Notaba la velocidad a la que latía mi corazón, la presión con la que circulaba la sangre por mis venas. Me llevaría por lo menos un minuto recuperarme de sus labios y su sabor, que eran una auténtica perdición.

—¿Estás extrañada por que te haya regalado flores? —me dijo acariciando con la yema de sus dedos la sensible piel de mi cuello.

—Desde luego que sí. Nunca imaginé que te vería regalar flores a una mujer —sonreí—. Y menos que fuera yo la destinataria de tan romántico detalle.

Se rio entre dientes con los ojos brillantes de excitación, esa lujuria que era capaz de disciplinar con firmeza, y una sospecha me impulsó a preguntar:

—¿Habías regalado flores antes a alguna mujer?

Me costaba pensar que hubiera hecho esto por otra mujer, siendo como era, un hombre impermeable a la magia del amor. Sin embargo, su respuesta me sorprendió.

—Sí. —dijo inexpresivamente.

—¿Sí?

Posé mi mirada sobre él y vi que el buen humor se adueñaba de su rostro.

—A mi madre, y tan solo fue en una ocasión. Así que disfruta de esta nueva versión de mí porque este despliegue de romanticismo es algo que no he hecho nunca por ninguna otra mujer.

La sonrisa que me regaló a continuación fue demoledora y no conseguí decir nada coherente.

Más allá de la confesión, el sonido envolvente, la decadencia de su voz, me mataba el erotismo que desprendía su cuerpo. Esa sutil arrogancia sexual que tanto me gustaba, mezclado con el aroma de su perfume.

—¿Qué me decías antes de que Nueva York se vivía de día y de noche? —pregunté con la sangre aún revuelta por sus besos.

Lucas me ofreció una copa de champagne, orientó nuestros cuerpos hacia la postal típica de la Nueva York eterna, suspendida en el esplendor de las luces, y sentí que mi respiración se agitaba cuando habló de nuevo con su voz aterciopelada.

—Te decía que Nueva York es una ciudad que cautiva tanto de día como de noche. De día por sus calles y avenidas, recorriendo parques, subiendo a sus rascacielos, hacer shooing. Y de noche, disfrutando de la ciudad iluminada en una azotea, tomando una copa acompañada del hombre de tus sueños.

Capté el ligero toque de humor en la parte final de la frase, como varió su tono, y puse los ojos en blanco.

—Gigoló, baja un par de peldaños de tu nube —dije sarcástica y bebí un sorbo de champagne.

Lucas giró su cuello para mirarme e intercambiamos una pequeña sonrisa.

—¿No soy el hombre de tus sueños? —preguntó con una ceja levantada y mi sonrisa se amplió.

—¿Tú, el hombre de mis sueños? ¡Serás más bien el hombre que me quita el sueño! —me reí—. Me tienes estresada.

Su boca, aquella boca perversamente sensual capaz de volverme loca, dibujó una sonrisa engreída.

—Con que te produzco insomnio, ¿eh? —dijo deslizando su mano libre por mi cintura hacia abajo para agarrar mi cadera—. Me alegra saber que no soy el único en sufrir el mismo tipo de problema.

Me apretó con suavidad y el brillo de sus ojos me hizo querer provocarlo.

—Te equivocas, Gigoló —murmuré.

Me gustaba picarlo, tirar de su lengua.

—Seguro que tu insomnio es por la edad. A partir de los cuarenta predomina el insomnio con frecuentes despertares a lo largo de la noche.

Soltó una carcajada, una risa de verdad y tuve que hacer un gran esfuerzo para no encharcar el suelo con mis babas. Pocas veces se reía con tanta naturalidad, y cuando lo hacía me desarmaba por completo.

Irónico, impaciente, serio, borde, e incluso antipático, sabía que escondía debajo de su armadura a prueba de balas un hombre capaz de disfrutar de los

verdaderos placeres de la vida. Solo tenía que identificarlos, y yo... ¡Deus! Yo me moría de ganas de rescatar sus emociones y ver como el acero de su corazón se derretía por mí.

—Caprichosa, podrías ayudarme con el insomnio —dijo en voz baja—. Establecer rutinas positivas conmigo como incrementar la temperatura corporal con una buena sesión de sexo, a lo que seguiría un enfriamiento compensatorio con una ducha. Eso me ayudaría a conciliar el sueño.

Sus ojos negros, profundos e hipnotizadores consiguieron atraparme en su mirada, pero no permití que me cegara, intentando en la medida de lo posible mostrarme indiferente a las caricias que le prodigaba a mi espalda.

—Sabes que tenemos una conversación pendiente entre nosotros, ¿verdad? —dije con la mirada ahora fija en la atemporal, brillante y formidable Manhattan y escuché como tomaba una respiración profunda

—¿Podemos hablar durante la cena?

—No, preferiría hablar ahora —murmuré girando mi rostro hacia él—. ¿Qué quieres de mi Lucas? Está claro que me deseas, pero necesito que hablemos, que me digas que es lo que buscas en mí. Lo de ayer por la noche me ha dado mucho que pensar. No quiero miradas preludio de nada, palabras al borde de los labios como esta mañana. Encuentros fugaces. Quiero que se levante de una vez esta niebla que hay entre los dos. Pero no quiero palabras bordadas de delicadas metáforas. Ni frases hechas con piruetas de acróbata para ser admiradas. Quiero tu corazón en la palma de mi mano, igual que el mío, mostrándose húmedo y caliente.

Mantuve la mirada clavada en sus ojos mientras hablaba, midiendo su reacción, y su expresión se alteró ligeramente.

Siempre había deseado lo único que creía que jamás podría tener y llegaba el momento de expresar mis inquietudes con honestidad. Estábamos aquí arriba, juntos, y me sentía lo suficientemente valiente como para aprovechar la oportunidad de poder corregir las cosas.

—Lucas, no quiero encuentros fugaces. Si estás conmigo no podrás follar con ninguna —proseguí con voz severa y acarició con el pulgar mi labio inferior, hinchado por sus besos.

—No tendremos una aventura —murmuró, y su suave promesa agrietó mi corazón.

Miró mis labios con fiera intensidad, luego mis ojos, y mi piel se erizó por completo.

—Nunca he sentido nada parecido con nadie, como si me pertenecieras

—susurró—. Aunque me haya exhibido ante la gente rodeado de mujeres, a la única que he deseado siempre es a ti.

—Has estado con muchas mujeres —dije dándole la espalda para que no viera mis celos.

—Dangelys, tú eres irremplazable.

Sin esperarlo, me dio la vuelta envolviéndome con sus brazos.

—Déjame ver tus maravillosos ojos —continuó levantando mi mentón. La copa de champagne había desaparecido de su mano—. Los ojos son el espejo del alma, y aunque los míos no son tan bonitos como los tuyos. Los míos están completamente locos por ti.

Sus palabras estuvieron a punto de hacerme caer al suelo.

—Que largos se me han hecho estos cinco años sin poder tenerte. Que silenciosos y sin vida. Que inmenso y vacío parecía todo sin ti. No quería vivir en Río de Janeiro porque todo me recordaba a ti. Nuestra ciudad maravillosa de mil colores era gris, como una ciudad desierta. Cuando Isaac, Marcos o Xaidé me hablaban de ti en el inicio de nuestro distanciamiento, apenas podía disimular mi dolor. No sabía como iba a sobrevivir sin verte, sin tenerte cerca. El mundo se desplomaba a mí alrededor. Ni siquiera mirando hacia adelante recobraba la esperanza. Maldije una y mil veces a Vladimir Zakhar por ser el causante de tener que comportarme como un imbécil contigo. Sabía que si descubría lo importante que eres para mí no dudaría en utilizarte para conseguir sus oscuros propósitos. Cada vez que te veía con otros hombres, sentía que algo me aguijoneaba, una especie de fiebre enfermiza. A menudo te seguía durante tus paseos por Central Park, desde la sombra, con el anhelo de poder compartir algún día todos esos momentos juntos. Mientras vagabas en soledad por la ciudad, a veces, veía como mirabas a otras parejas y tenía que contenerme para no ir donde estabas y besarte y confesarte toda la verdad. Muchos días contemplaba tu mirada triste a pesar de que el sol resplandecía tu rostro y sentía que moría por dentro. Ninguna mujer con las que he estado han significado nada. Solo te quiero a ti, te deseo a ti, te amo a ti. Tú eres la mujer adecuada para mí. Estás hecha para mí.

Lucas atrapó mis labios en un estallido de energía capaz de desintegrarme y mi corazón se detuvo un instante ante la magnitud de su revelación.

Hay besos que no se olvidan, ya sea por el entorno, ya sea por las palabras que le anteceden, ya sea por la intensidad del beso, y este era uno de ellos.

Con un movimiento ultra violento me pegó a su cuerpo y tomó mis labios con tanta pasión, que desdibujó la línea divisoria entre el cielo y el infierno, el

crimen y el amor, matándome literalmente por la fuerza de su beso.

Había deseado escuchar esas palabras de sus labios desde hace años, y tener esos mismos labios, recorriendo los míos como si fueran el mapa de una ciudad perdida desembocaron en un beso cinematográfico que alcanzó lo imposible, haciéndome creer que estallaría en llamas.

—¿Por qué me quieres? ¿Por qué crees que soy yo la mujer adecuada para ti? ¿Cómo puedes estar tan seguro? —dije mirándolo a los ojos, escuchando en mis oídos los atronadores latidos de mi corazón.

El beso me había provocado escalofríos en la espina dorsal.

—Simplemente lo siento en mi corazón, lo siento en mi cuerpo... esa electricidad —respondió—. Dangelys, eres como esa lluvia que te cala hasta los huesos. Yo no te elegí, no se puede elegir a quien querer, el amor me eligió. Me di cuenta de ello cada vez que te veía al regresar de mis viajes. Año tras año estabas más mujer, más preciosa, y me asustaba sentirme así, porque sabía que no podía ser.

Con un dedo rozó mi boca y tragué saliva, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Y entonces fue cuando preferiste hacerte a un lado —dije abriendo una pequeña brecha al pasado—. Me fuiste alejando de tu vida. Dejaste de llevarme al instituto, dejaste de acompañarme a montar a caballo, dejaste de ir conmigo a la playa para hacer surf, se extinguieron las sesiones de cine... Decidiste evitar mis abrazos, mis sonrisas, cualquier encuentro a solas conmigo, y me quedé con las dudas y con la maldita certeza de que no existía un espacio para mí en tu corazón.

—Y a pesar de todo, continuaste esperándome durante un tiempo en cada regreso —susurró en tono acariciador y apartó con sus dedos mi melena de la suave curva de mi cuello.

—Pero ya no te sentía igual y dejé de hacerlo en el momento que empezaste a restregarme por la cara todas las mujeres con las que te acostabas y a chivarle a mi padre mis primeros escarceos amorosos. Cambiaste radicalmente conmigo al cumplir dieciocho años. Me jodías todas las citas —dije enardecida por los recuerdos.

—Lo sé, fui un cabrón. Siento mucho no haber sido agradable contigo en esa época.

Se le hinchó el pecho y soltó un ligero gruñido de fastidio.

—No sabes lo mucho que detestaba mirarme al espejo. Veía mi reflejo rogándome que dejara ese estúpido juego en el que me había metido y del que



claramente saldría perdedor. Tú empezabas a salir con chicos y me costaba ocultar mis putos celos. Quería tenerte y no podía.

Acercó su rostro a mi cuello hasta que percibí el calor de sus labios y muy despacio, empezó mordisquear mi piel con una pericia exquisita.

—Recuerdo que no parabas de incordiar a mi padre diciéndole que tuviera cuidado conmigo —susurré mientras su lengua recorría mi cuello en una lenta caricia—. Que si los chicos se acercaban por mi dinero, que si solo buscaban robar mi virginidad para dejarme embarazada...

Cerré los ojos y me dejé llevar por las electrizantes sensaciones que su masculina boca provocaba en ese punto tan sensible de mi cuerpo.

—Sentimientos y venganza no era una buena combinación —dijo, deteniendo su enloquecedora tortura—. A veces aparecías y sencillamente, no podía dejar de mirarte. Cuanto más te veía, más difícil era ocultar lo que me hacías sentir a la vista de los demás.

Sus labios emitieron un gemido gutural, estrellando su cálido aliento contra mi cuello y sin poder contenerme ni un segundo más, dejé la flor y la copa en la mesa, alargué las manos para rodear su nuca, y pegué mi boca a la suya con un ansia voraz.

Rápidamente Lucas me devolvió el beso con todas sus fuerzas, y su tentadora lengua se hundió en mi boca como si quisiera poseerme, sin saber que no le hacía falta, yo ya era completamente suya.

—Dangelys, te amo —dijo, apoyando su frente en la mía—. Te amo desde hace años, mi Caprichosa. Pero no podía dejar que corrieras esa clase de peligro tan joven. No podía —exhaló junto a mis labios—. Vladimir Zakhar siempre ha merodeado a mí alrededor. He tenido mucho cuidado en ocultar lo que siento por ti. Las consecuencias que podrían acarrear mis actos podrían ser fatales, por eso no podemos estar juntos.

—Te quiero, Lucas —le interrumpí con una terrible inquietud—. Por favor, no me eches de tu lado.

Mi corazón desbocado se precipitó en sus latidos y me apreté contra él, apoyándome en sus músculos flexibles y duros.

—Hace años no era posible nuestro amor, pero ya no. Soy agente del FBI, puedo defenderme sola.

Lo que sentía por él no era una exaltación momentánea, ni una pasión superficial de juventud. Lo amaba con todas las fibras de mí ser y estaba dispuesta a correr cualquier tipo de riesgo con tal de estar con él.

—Te amo, Lucas. Ni siquiera estar cinco años separados ha podido

menguar mi amor por ti —le dije desnudando mis sentimientos.

—¡Dios! Te amo, Dangelys —gruñó—. Te amo más de lo que puedas imaginar y más de lo que yo mismo hubiese imaginado que podría sentir por una mujer.

Todo el amor, toda la tensión sexual, toda la pasión acumulada estalló y Lucas me besó con ferocidad. Atrapó mis labios como si jamás me hubiera besado y sentí que mi mundo se asentaba en su lugar a un nivel muy profundo. Este beso, previa confesión de amor, lo cambiaba todo.

La verdad absoluta de sentirme unida a él emocionalmente y mentalmente, consciente de sus pensamientos, liberaba mis sentimientos a un lugar donde nunca había estado.

—Disculpe, señor, no es mi intención molestar, pero el Chef Daniel Humm me ha pedido que le diga que ya tiene listo el menú degustación.

Una voz masculina nos habló desde atrás con un tono de elegancia cuidada que señalaba que era el camarero y Lucas se giró con tranquilidad.

—De acuerdo, muéstrame la carta de vinos para que pueda escoger la selección de maridaje para la cena.

El camarero se marchó de prisa y Lucas me sorprendió una vez más con un gesto tan detallista como el de retirar mi silla al querer sentarme.

—Pensaba que habían quedado atrás los tiempos en que al sentarse una mujer a la mesa de un restaurante, acudía, raudo, el acompañante para retirar la silla —murmuré risueña ante tal acto de caballerosidad y Lucas sonrió.

—Lo cortés no quita lo valiente.

Tuve que reconocer que me sedujo ese pequeño gesto.

Contemplé su cuidada sofisticación mientras se quitaba la chaqueta y se sentaba con su característica seguridad.

—No puedo creer que hayas contratado al cocinero suizoamericano Daniel Humm —le dije después de comenzar con los aperitivos previos al menú degustación.

Galardonado con tres estrellas Michelin, Daniel Humm era uno de los grandes referentes de la cocina, no solo de la que se practicaba en Nueva York sino a nivel global. Y pronto me di cuenta que iba a vivir toda una experiencia cuando el camarero encendió un soplete, calentó unas pinzas, y al arder, cortó con ellas el cristal de la botella de vino que seleccionó Lucas, justo por debajo del corcho, para que no se rompiera. La ceremonia continuó durante varios minutos, hasta que se desgajó el cuello de la botella con el corcho intacto.

—¡Que comience el show! —dijo Lucas en tono de broma y le sonreí

abiertamente.

Era un menú de catorce platos y únicamente pudimos elegir dos cosas. Si preferíamos el foie marinado o fresco. Fresco, por supuesto. Y el plato principal de carne. Escogimos el pato asado muy lentamente con lavanda, miel, hinojo y albaricoque.

—Mmm, cada bocado es mejor que el anterior —dije al tiempo que pinchaba con el tenedor el pepino que acompañaba el atún marinado.

—Me alegro mucho que estés disfrutando de esta sensacional experiencia.

—Cuando se entere Savannah que he tenido el privilegio de probar el menú degustación del chef Daniel Humm del Eleven Madison Park le va a dar algo —sonreí llevándome el tenedor a la boca.

—¿Savannah es la misma chica que estaba contigo en el club Copacabana?

—Sí, y se muere de ganas de cenar en el Eleven Madison —respondí deleitándome con el sabor del atún—. Ella y yo somos unas exploradoras gastronómicas.

—Así que sois unas *foddies* —resolvió—. Utilizáis expresiones como *fine-dining* o *dining experience*...

—No que va, nosotras no utilizamos esas palabras frente a alguien. Eso es símbolo de pedantería y mala educación —me apresuré a decir, y dejé el tenedor en el plato—. Savannah y yo somos *foddies* reales. Tenemos tan buen sentido del humor como gusto por la comida.

Lucas me observaba con una sonrisa perenne en sus labios y bebí un sorbo de mi copa de vino antes de añadir:

—Nuestro juego favorito es identificar nuevos e insospechados restaurantes.

—Es una afición cara —murmuró.

—No, siempre comemos aquello que se adapta a nuestro presupuesto y circunstancias —dije, dejando la copa en la mesa—. Esto va más allá de una nueva tendencia gastronómica. A Savannah no sabría decirte de que le viene ya que hace pocos años que nos conocemos, pero por mi parte, la figura de mi padre ha tenido mucho que ver con este estilo de vida cuyos ingredientes indispensables son experimentar y reinventar.

Pensé en lo enfadado que había visto a mi padre esta mañana y sentí un pequeño pinchazo en el corazón.

—Llevas la gastronomía en los genes —dijo Lucas rescatándome de mis pensamientos—. Desde pequeña has probado cosas muy buenas en los

restaurantes de tu padre. Te educó el paladar sin querer.

—Solo el paladar, porque lo que es cocinar... —me reí—. Desde luego no ganaré nunca ningún trofeo por cocinar.

—Todo es aprender, eres muy joven.

—Pues sí, quizá me anime con algún curso porque cualquier día de estos prendo fuego a la cocina —murmuré riendo—. Soy peligrosa con una sartén en la mano.

Lucas se rio entre dientes y se inclinó hacia delante.

—¿Solo con una sartén? —dijo en voz baja para que no lo oyera el camarero.

—Sí. —susurré con la copa de regreso a mis labios.

Le dediqué una mirada de fingida inocencia y soltó una sexy carcajada que me hizo vibrar.

—Creo que con un arma también eres muy peligrosa —habló alargando su brazo para acariciar mi rostro—. Aunque creo que toda tú eres un arma peligrosa.

—¿Yo, un arma peligrosa? —fruncí el ceño.

Lucas se levantó de la silla y probó mis labios durante un breve instante.

—Eres un arma peligrosa y fuerte —susurró alejándose.

Sus dedos rozaron el contorno de mi mandíbula y me estremecí.

—Tú si que eres un arma peligrosa —dije con su sabor impregnado en mi boca mezclado de otros fascinantes sabores.

Nunca había conseguido imaginar como sería tener una cita con Lucas. En mi mente, siempre nos peleábamos. Pero ahora tenía que reconocer que cenar con Lucas estaba resultando una experiencia maravillosa. Y no por los sabrosos, y exquisitos que me parecían todos los platos del menú degustación, dignos de los paladares más exigentes. Sino por su compañía.

Saciados de todos los sabores que habíamos experimentado, la noche estaba siendo increíble con risas y momentos especiales que no olvidaría. Viajes, películas, deporte, canciones favoritas, hablábamos de todo. Era un ir y venir de anécdotas, donde nos lanzábamos el uno al otro con la misma conexión que teníamos durante el sexo.

Solo nos faltaba el postre, una tarta de queso con frutas del bosque. Y En ese punto nos encontrábamos cuando se levantó y rodeó la mesa con aire enigmático.

—¿Recuerdas cuando bailamos en la boda de Isaac y Nayade? —me dijo, ofreciéndome sus manos—. En la playa... Solos tú y yo... Sin que nadie nos

viera.

Su mirada atesoraba la seducción más apetecible del mundo y ladeé la cabeza, arrojando algo de luz al recuerdo.

—Sí claro, como olvidar ese momento —murmuré, levantándome de la silla—. Ese día teníamos una tregua pactada para no estropear la boda de Isaac y Nayade. Recuerdo que me alejé de la fiesta incapaz de estar a tu lado sin que transcurriera una masacre entre los dos. Tú me seguiste por la playa y yo al querer huir corriendo por la arena me detuviste...

Lucas entrelazó sus dedos a los míos, me llevó hasta una improvisada pista de baile, y se me pusieron los vellos de punta cuando poco a poco me fue atrayendo hacia su cuerpo hasta estar completamente pegados.

—Decidí buscarte porque quería que coincidieran nuestros tiempos... —susurró, buscando mi mirada y mi corazón se aceleró—. Deseaba que se encontraran las líneas paralelas de nuestras vidas aunque solo fuera durante unos minutos.

En los altavoces de la azotea del 230 Rooftop Bar empezó a sonar la voz de un cantante conocido por ambos, autor de éxitos como «imposible», y lo miré emocionada al reconocer la letra tan perfecta como precisa de «*Safe inside*» de James Arthur en versión acústica.

*¿Me llamarás para decirme que estás bien?  
Porque me preocupo por ti toda la noche,  
no repitas mis errores.  
No dormiré hasta que no estés a salvo dentro.*

Nunca había imaginado que tendría una cita con Lucas y menos que durante esa primera cita se darían una serie de circunstancias que desembocarían en un baile hiper romántico al son de una de las canciones de James Arthur que habíamos bailado hace años, alejados de todos, en la boda de Isaac y Nayade.

*Si cometes los mismos errores,  
Te amaré de todas maneras.  
Lo único que sé es que no puedo vivir sin ti,  
No hay nada que pueda decir  
Que te cambie de ningún modo.  
Cariño, nunca podría vivir sin ti.*

Tenía que reconocer que bailar este tema me resultaba difícil por varios motivos. La letra en cierta manera reflejaba nuestra historia. Podría parecer que el enfrentamiento entre nosotros siempre fuera inevitable, pero lo cierto era que Lucas y yo compartíamos aficiones, el coqueteo con el lado sexy de la vida, que hacía que encajáramos a la perfección.

—Nunca podría vivir sin ti —susurró sobre mis labios y me apretó con fuerza antes de besarme.

Cerré los ojos durante el beso, sintiendo el momento, dejándome llevar.

Emotiva, romántica, pegadiza, el ritmo melódico de la canción nos envolvía con los impresionantes edificios de Manhattan a nuestro alrededor y caí rendida a sus brazos.

Miradas cómplices. Sonrisas involuntarias. Quería congelar el instante. Era la cita que cualquier mujer querría tener en la vida real. La noche perfecta. Estaba viviendo un momento muy sensual que probaba la existencia de la química real. Esa conexión y atracción inexplicable que surge, en contadas veces, entre dos personas.

—Cerrar el 230 Fifth debe haber resultado caro —dije con la respiración alterada cuando terminó la canción.

—Un poco —murmuró.

Si con treinta y cinco años, Lucas había sido guapo, con cuarenta era devastador.

—Pero ha valido la pena cada centavo que he pagado, solo por estar a solas contigo —concluyó.

Se le oscureció la mirada y se pasó la lengua por el labio inferior en un gesto muy pero que muy sexy.

—¿Cómo es qué tienes tanto dinero? —pregunté con gesto interrogante—. Pensaba que solo eras socio de Isaac en su empresa de cerveza de Río de Janeiro. ¿No me digas que también eres propietario de otras empresas, hoteles, o discotecas?

Las esquinas de su boca se movieron ligeramente mientras regresábamos a la mesa.

—Siempre me pareció buena idea invertir en diferentes sectores. Mi imperio no es más pequeño que el de Isaac en absoluto. Lo único que yo permanezco en la sombra.

Abrí la boca involuntariamente ante la sorpresa y me separé de él con naturalidad.

—¡Qué engañada me has tenido todos estos años! Yo creía que eras un

Gigoló, un mujeriego que solo pensaba en fiestas. Me acabo de dar cuenta que debajo de todos esos músculos hay un cerebro —me burlé y ahogó una risa.

—El club de Hípica de Ithanga, donde aprendiste a montar a caballo de pequeña...

Hizo una pausa al tiempo que se detenía.

—¿Qué pasa con el club de Hípica? —lo miré con los ojos entrecerrados.

Parecía saborear con deliberada malicia mi repentina curiosidad.

—Soy el dueño de la mitad de las acciones.

Con esa sencilla frase, que tiñó de normalidad con un tono neutro, monótono, me soltó la bomba de noticia como si nada, y mi boca se abrió aún más que antes.

—¡Qué! —exclamé sorprendida.

Una sonrisa tan malvada como hipnotizadora que debería estar prohibida apareció en su delicioso rostro y mi corazón se disparó cuando me atrajo hacia él.

—Cariño, he visto como crecías en todos los sentidos.

El fuego ardía en sus ojos y me estremecí de deseo.

—Tu progresión en la Doma Clásica era algo que me gustaba seguir de cerca hasta que tus curvas se convirtieron en un grave problema para mí. Ver como te quedaba el pantalón blanco de equitación en cada entrenamiento se convirtió en una maldita tortura.

Deslizó la mano por mi trasero, por encima de la fina tela de mi vestido y su caricia me produjo un intenso ramalazo de deseo entre mis muslos.

—No sabes lo caliente que me ponía verte montar a caballo —añadió con la voz enronquecida—. Que segura, que dueña de ti cabalgabas sobre tu caballo.

Con una mirada traviesa me puse de puntillas para aproximarme a sus labios.

—Te aseguro que ahora cabalgo mucho mejor —susurré caliente, aplastando mi pecho contra su duro torso con toda la intención de trastocar su mente.

—No lo dudo.

La expresión de Lucas cambió a una de pura lujuria y sonreí rebotante de autosatisfacción femenina.

—¿Qué me dirías si te dijera que espero con ganas el momento de montarte? —dije humedeciéndome los labios.

En sus ojos se reflejaba ese deseo, ese ardor que se había vuelto tan familiar.

—¿Nos vamos ya? Estoy impaciente por llegar al penthouse —murmuró medio en broma pero con un tono cargado de urgencia contenida y me separé de él riendo.

—¡Pero si aún no hemos terminado de cenar! Falta el postre —me quejé como si en realidad me importara.

—Ya te daré allí el postre —murmuró con una sonrisa dura y torcida y mi interior se sacudió.

Entre nosotros, el aire pareció cargarse de tensión sexual.

Notaba su miembro erecto bajo el pantalón y empecé a jugar con el primer botón de su camisa con la acción implícita de seducirlo.

—Quiero montarte ahora mismo —dije acercando mi boca a su oído.

Le di un mordisco en el lóbulo de la oreja y su respiración se entrecortó.

—Tenemos compañía, ¿recuerdas? —dijo, señalando por encima de mi hombro al camarero.

—¿El agente Smith no es capaz de eliminar ese pequeño inconveniente?

Con descaro le abrí los botones de la camisa, alcé un dedo y recorrí sus abdominales, rozando su piel con mi afilada uña. El simple contacto pareció encender en llamas su ansiedad.

De inmediato le hizo una señal al camarero.

—Señor, ¿quiere que le sirva el postre?

—No, por favor dígame al chef Daniel Humm que el menú degustación estaba increíble pero que no queremos el postre.

—De acuerdo, señor. ¿Les apetece un café?

—No, ya puedes irte —dijo Lucas, adoptando una actitud severa—. Asegúrate de apagar las luces antes de cerrar la puerta.

El camarero acostumbrado a recibir órdenes asintió con la cabeza y desapareció sin dejar rastro. En unos minutos solo quedaron en la azotea las luces de las velas, favoreciendo el ambiente íntimo.

Lucas acercó su boca sobre la mía, muy cerca, saboreándome.

—Quien quiere postre cuando tengo el mejor chocolate del mundo frente a mí —susurró.

Me dio un beso profundo, muy intenso y luego con un tono de voz absolutamente lascivo me dijo al oído:

—Móntame.

Al oírle tuve la impresión de que se me cortaba la respiración.

Seguro de su belleza masculina se sentó en una silla y a la luz de las velas, se abrió la cremallera de sus pantalones. Se sacó la polla gruesa y dura y me



sentí aturdida por la belleza y ferocidad de sus ojos negros mientras se la agarraba con el puño y empezaba a acariciársela.

—Ven —me ordenó con una sonrisa atrapada entre sus dientes.

Su mano subía y bajaba despacio su erección, dejando al descubierto una hermosa punta brillante y quise hacerle de todo. Quería que gritara. Quería que se corriera entero por mí.

Cada encuentro entre nosotros era seducción pura. Su cuerpo era la tentación misma esculpido a mi visión, y me acerqué, queriendo tomar las riendas.

—¿Preparado para una larga carrera? —toqué su mandíbula con un dedo y al oír su leve gemido mi sexo palpitó.

Lucas era como uno de esos libros buenos que no quieres leer deprisa, sino saborear poco a poco, en dosis, haciendo de cada texto un sublime regalo, una invitación al placer.

Me incliné hacia adelante y abriéndole la camisa del todo, sin que me importara si alguien desde alguno de los edificios de alrededor nos viera deslicé mi lengua por sus clavículas, por su torso desnudo, y besé sus pezones y los mordisqueé, jugueteando con mis dientes.

Una mano de Lucas se deslizó con lentitud por debajo de mi vestido hacia mi ropa interior. Me acarició con el dedo la humedad que ya impregnaba el encaje y me hizo estremecer. No tardó en buscar el lado más fino de la prenda, y con un tirón enérgico y violento me arrancó la ropa interior, ocasionándome palpitations frenéticas en mi sexo.

La excitación serpenteaba en mi interior, y con una actitud completamente lasciva me senté despacio encima de él. En cuanto mi sexo húmedo y abierto rozó su duro y enorme miembro me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. Moví mis caderas hacia delante y hacia atrás, también en círculos, disfrutando de la fricción de su grosor entre mis empapados pliegues y sus ojos se cerraron con un gruñido. Pero rápidamente los volvió a abrir en el instante que instalé su aterciopelada punta en mi entrada.

Mi corazón latía enloquecido ante la idea de tenerlo dentro, llenándome por completo. Me gustaba la posición. Sentada a horcajadas sobre él, era perfecta para que mis ojos se deleitaran con su espléndido cuerpo mientras lo cabalgaba. Sus manos sujetaban mis caderas, y tras varios segundos de deliciosa tortura en el aire, descendí, metiéndome toda la longitud de su dura polla.

—¡Dios, Dangelys!

El gemido ronco y varonil que salió de la garganta de Lucas cuando llegué

hasta la base casi me hizo explotar.

Con mi mirada fija en sus ojos oscuros empecé a montarlo despacio, con un ritmo lento y profundo, y la presión entre mis muslos creció a un nivel que amenazaba con ser devastador.

—¿Te gusta que te monte? —gemí con la respiración descontrolada y contemplé el deseo grabado en cada línea de su rostro ante mi pregunta.

Recibí como respuesta un prolongado beso.

Mi cuerpo ardía en llamas y aceleré el ritmo al sentir sus manos sobre mis pechos por encima del vestido. Quería besarlo más fuerte. Follarlo más fuerte... Todo lo quería más fuerte. Cabalgaba encima de su dura polla como si corriera por un sendero hacia las estrellas. La brisa de la noche rozaba mi piel, y creí que alcanzaría el éxtasis en el momento que Lucas asomó mis pechos por encima del vestido y su deliciosa boca se comió mis pezones como si padeciera un hambre eterna.

Mis ojos no perdían detalle del festín. ¡Meu Deus! ¿Había una imagen más erótica que esta? Yo, encima de su cuerpo grande y musculoso, encima de su polla, montándolo con una fiebre que me robaba la cordura, hasta el punto de perder la vergüenza de follar en una azotea en medio de Manhattan.

—¡Deus!...me corro, Lucas —gemí sin reserva.

Era tan fuerte la tensión del hilo de deseo que me unía a Lucas que cuando llegué al orgasmo creía que en efecto, había llegado a las estrellas. Montándolo con rapidez experimenté un estallido de pasión que recorrió mi cuerpo y grité su nombre en medio de espasmos y sacudidas brutales mientras arqueaba mi espalda abandonada al placer.

Entonces Lucas, me agarró de las caderas y se levantó de la silla con su polla dura dentro de mí. De pie, con las piernas separadas, empezó a arremeter contra mí con todas sus fuerzas, penetrándome a fondo al borde de uno de los extremos de la azotea.

A pesar de la difícil posición, sus embestidas eran brutales, impulsaba sus caderas dominado por la pasión.

—En cuanto me corra... —me susurró con la respiración agitada, apretando mi trasero—. Nos marcharemos a mi penthouse para follarte allí de todas las formas posibles.

Sentía como me llenaba por completo. Mi cuerpo cedía una y otra vez al impacto de sus fuertes embestidas con su mirada turbia por el deseo sobre mí. Con mis brazos alrededor de su cuello, observaba su atractivo rostro completamente ruborizado por el calor y de pronto, noté como le recorría un

estremecimiento. Lanzó un gruñido salvaje que hizo arder mis venas y con un último y enérgico movimiento se corrió, elevándome a un placer exquisito.

—¡Dangelys!

Sus labios pronunciando mi nombre mientras se corría fue demasiado y tuve otro orgasmo.

—¡Joder! Quiero llenarte como ayer —gruñó—. Follarte con mi boca, con mis dedos, con mi polla enterrada dentro de tu precioso coño... Sodomizarte... Quiero correrme de nuevo en tu boca, restregarte el semen por tus tetas.

¡*Deus!* Nunca había estado con un hombre más caliente que él, y tener su polla dura y gruesa, palpitando dentro de mí aún enviándome descargas al tiempo que me decía todas esas cosas sucias me catapultó más allá de las estrellas.

—¿Qué sucederá con nosotros? —dije temblando.

La cita se había convertido en épica y no quería que desapareciera de mi vida después de esta noche. Me daba miedo que tan solo fuera un espejismo.

—Dangelys, yo sé lo que quiero, pero no sé lo que nos deparará el destino. De momento, podemos elegir lo que queremos que pase esta noche. ¿Qué quieres que suceda esta noche?

Con las manos en ambos lados de mi rostro atrapó mi mirada con una intensidad infinita y luego me besó.

No nos hizo falta hablar. Nuestros cuerpos hablaron por nosotros.

Nada más entrar en el penthouse, me arrancó el vestido con frenesí y volvimos a dar rienda suelta a la pasión contenida a lo largo de los años. Y si Lucas, ya me había vuelto loca en el 230 Fifth con su fuerza y destreza, en la majestuosa cama de su penthouse terminó de volverme loca por completo.

—¿Por qué me desobedeciste deliberadamente yendo a Beautique? —me dijo Lucas después de un primer asalto apoteósico en su dormitorio.

Me tenía desnuda, inmovilizada sobre unas sábanas de seda oscuras con unas cuerdas atadas a mis tobillos y muñecas, perdida en el placer de su lengua que ahondaba entre mis pliegues, lamiendo mi clítoris con una expresión bestial de lujuria en sus pupilas.

—¿Acaso quieres que te maten? ¿Por qué fuiste, Dangelys? —insistió Lucas, y nada más pronunciar la última pregunta cubrió mi sexo con su boca de tal manera que se evaporaron mis pensamientos.

No sabría decir con exactitud como había terminado atada a la estructura de madera de la magnífica cama con postes de Lucas, pero ahora mismo era

incapaz de hacer otra cosa que no fuera gemir o gritar de placer ante las intensas acometidas de su lengua en mi coño.

De repente, Lucas se detuvo y levanté la cabeza jadeante y confusa con unas violentas palpitaciones en mi interior.

—¿Era necesario que corrieras tanto riesgo para conseguir unas putas pruebas? No sabes lo complejo que fue ayudarte a entrar en el despacho de Petrov —masculló con su atractivo rostro a una distancia milimétrica de mi sexo y sentí como mi propio aliento era succionado por mi cuerpo.

—¿De qué hablas? —le pregunté al causante de hacerme flotar durante horas, alejada del mundo real.

Su boca reinició una silenciosa pero ensordecedora batalla contra mis empapados pliegues y su lengua me llevó sin piedad hasta el borde de una explosión de placer.

A punto de alcanzar el orgasmo, Lucas se detuvo de nuevo, y yo con las piernas estiradas, y los brazos abiertos comencé a forcejear cuando se bajó de la cama.

—¿Adónde vas? ¿Por qué has dicho que fue complejo ayudarme a entrar en el despacho de Petrov?

Su desnudez al completo quedó a la vista mientras se alejaba hacia uno de los armarios de su habitación, y como me sucedió en mi apartamento la noche anterior, empleé con él todos los adjetivos de costumbre. No necesitaba un diccionario de sinónimos para describir lo buenísimo que estaba desnudo a sus cuarenta años. Lucas era alto, fuerte, vigoroso, atractivo, viril, grande, atlético, deslumbrante, apabullante...

Atada a la cama observaba con el corazón acelerado su impresionante retaguardia, como movía su hermoso cuerpo con seguridad y suspiré de forma audible al fijar mi mirada en la imponente curva de su trasero.

Mis pupilas casi se prendieron en llamas contemplando en silencio su torneado y firme trasero, en el modo en que se movía su culo. No había nada más sexy en el mundo que Lucas.

Sus ojos se cruzaron con los míos en el instante que abría el cajón de uno de sus armarios y elevé el mentón con un claro gesto desafiante.

—¿Cómo supiste que me había desnudado para Petrov? —pregunté arqueando mi espalda y cerró el cajón de un golpe.

De sus ojos afloró un brillo igual de desafiante que los míos y me quedé sin aire cuando vi que llevaba en la mano un collar de BDSM parecido al que le lancé en Beautique.

—¿Quién fue tu informante? —pregunté nerviosa ante lo que intuía que se avecinaba.

Lucas se acercaba despacio con su caminar extremadamente sensual, con una impresionante erección de la que resplandecía su excitación por su ancho prepucio y mi corazón se desbocó. El collar que apretaba con sus dedos tenía una diferencia con la estética del collar de Beautique. Este incluía una cadena y grilletes para esposar mis muñecas.

—¿Quién fue? —insistí.

Con una mirada capaz de fundir la Antártida me colocó el collar alrededor del cuello.

—Una persona que está dentro del círculo de Dimitri Petrov —habló al fin, tensando la mandíbula—. Concretamente el matón que te miró las tetas.

—¿Qué? ¿Cómo sabes...?.

Abrí la boca por la sorpresa.

—Trabaja para mí. Recibí su llamada en cuanto pusiste un pie en Beautique. Tenía la sospecha de que irías, y armé un plan para ayudarte. Él y Dean Keller, periodista al que conozco desde hace años, fueron los artífices de sacar a Petrov de tu camino. No fue fácil conseguir llevar a cabo el plan. Casi me volví loco cuando supe que no podría manipular las cámaras de vigilancia.

—Inhabilité la que había cerca del despacho con un láser —dije.

—Contaba con que lo hicieras, pero eso no quitó mi grado de ansiedad. No poder estar allí y resolver yo mismo los problemas creó un caos en mí.

Trataba de no parecer tan perpleja como me sentía con el poder que tenía Lucas y no rechisté, ni opuse resistencia cuando me desató los tobillos y las muñecas para volver a apresar mis muñecas con los grilletes.

—Ponte de rodillas en el suelo —me ordenó con voz áspera.

—¿Vas a castigarme?

Tiró del collar hacia él mediante la cadena que tenía sujeta a una anilla y con la nariz empezó a rozar mi cuello y la parte de atrás de mi oreja.

—Debería castigarte y darte unos azotes —susurró en mi oído.

Tiró más fuerte de la cadena y de un modo sexual y lascivo pasó su lengua por mi barbilla.

—Caprichosa, arrodíllate.

La lamida hasta mi boca fue tan erótica que solté un leve gemido.

—¿Y si no quiero?

Verlo en esta actitud me producía un nivel de excitación y morbo que alcanzaba una intensidad increíble. Era consciente de su evidente musculatura y

no protesté cuando me arrodilló en el suelo.

El descaro de aquel acto inesperado calentó mi sangre.

—Abre la boca —ronroneó en un tono ronco e hipnótico, y la suave vibración de su voz invadió el aire entre los dos con una exuberante promesa placentera.

Nunca había hecho algo así, y odiaba reconocer que la arrogancia y seguridad inquebrantable de Lucas me excitaba. Su erección quedaba a la altura de mis ojos y mis pechos se volvieron pesados, sensibles, y los pezones duros, deseosos de que los acariciara. Una mano de él se fue a su dura y gruesa polla al mismo tiempo que la otra jugueteaba con uno de mis pezones y tuve que apretar los muslos para tratar de controlar el intenso y profundo deseo que me hizo sentir.

—Obedece, mi gacela de ébano. Abre la boca —susurró despacio.

Era como si una corriente eléctrica estuviera enviando descargas sexuales entre mis muslos, creando un dolor tan intenso en mi sexo que creí que tendría un orgasmo.

—Oblígame —lo desafié irreverente y descarada.

Su boca se curvó en una sexy sonrisa e intensificó los suaves círculos y estirones en mi pezón.

—¿Eso quieres? —ronroneó.

Me tenía en llamas mientras hacía girar mi pezón entre sus dedos, y dejé escapar un gemido de placer cuando lo pellizcó de forma deliberada.

—¿Quieres que te obligue? —continuó con una voz llena de seducción.

La descarga que sentí hizo vibrar hasta mi clítoris.

—Sí. —susurré, ansiando el orgasmo.

Lucas me agarró de manera firme e irrefutable de la nuca y deslizó por mis labios el caliente y ancho prepucio de su miembro.

—Así que quieres que te obligue a chuparme la polla.

Los músculos de mi estómago se contrajeron ante el tono peligroso de su voz y el deseo de ser dominada creció hasta lograr que separara los labios.

Sin apartar en ningún momento sus ardientes ojos de los míos, introdujo su dura polla en mi boca centímetro a centímetro hasta que no pude respirar ni pensar y solté el aire por la nariz. Notaba la curva de su polla, el relieve de sus venas, lo caliente y lubricada que la tenía, y dejé que se abriera mi garganta para permitir que se deslizara dentro, bien hondo. Sus caderas de seguida empezaron a domesticar mi rebeldía con hábiles giros, bombeándome la boca con una paciencia calculada, marcando un ritmo controlado que agitaba mi pulso. Y

sobra decir, que al cabo de unos segundos me tenía exactamente donde quería, que era hambrienta de él, dispuesta a complacer cualquier orden.

¿Cuántas veces no había fantaseado con él durante el día, reviviendo escenas de la noche anterior? El momento de correrse en mi boca, encabezaba la lista. Cuando su mirada lasciva fija en la mía no perdió detalle de como me tragaba hasta la última gota. Y aquí estaba ahora otra vez, jodidamente excitada con sus ojos tan profundos pero interminables viendo como me tragaba su polla.

Con un suave siseo comencé a succionar con fuerza y Lucas soltó un rugido ahogado que erizó toda mi piel.

—Eso es cariño, disfruta —murmuró con voz ronca y áspera.

Esposada, con cada parte de mi cuerpo concentrada en su dura polla que invadía mi boca por completo, me convertí en su sumisa sexual, entregándole mi cuerpo y mi mente para experimentar placer.

—Solo vamos a jugar. No voy a hacerte daño. No te sientas débil —dijo con su voz gutural y tentadora —No te sientas inferior porque tu cuerpo esté al servicio de mi placer.

Por un instante quise replicarle, o discutir, pero no pude. Me gustaba demasiado lo que estábamos haciendo y decidí relajarme y disfrutar.

Sin perder el contacto visual aplicaba presión y fricción con mis labios, y noté como se le endurecía aún más cuando le brindé una atención especial a sus testículos. Metiéndome uno y otro en la boca, varias veces, lamiendo el escroto antes de volver a introducirme su polla para brindarle largas y rápidas chupadas.

—Dangelys.

Mi nombre, con esa voz a punto de correrse que parecía un afrodisíaco fue suficiente para convertirme del todo en su esclava sexual.

Saboreaba la deliciosa polla de Lucas que bombeaba con fuerza dentro de mí boca hasta que de pronto, sin esperarlo, la sacó y me puso de pie. Sujetándome de la cintura me giró, me empujó con suavidad hacia delante y caí estirada en la cama, con los codos apoyados en el colchón.

La expectación me recorrió la espalda y sentí que mi respiración se volvía superficial cuando echó su enorme cuerpo sobre el mío, aprisionándome.

—Confíésalo Caprichosa, te encanta tener mi polla en tu boca —susurró con su boca pegada a mi oreja.

Con las palmas de las manos a cada lado de mi cabeza, rozó su nariz detrás de mi oreja, por mi nuca, a lo largo de mi hombro y jadeé moviendo las caderas para rozar su erección.

—¿Vamos a seguir jugando? —ronroneé descarada con un profundo

deseo.

Una de sus manos desapareció del colchón y noté como la pasaba por mi espalda hasta rozar la curva de mi trasero.

—Por supuesto, vamos a jugar y mucho. Separa las rodillas —ordenó, extendiendo sus dedos en mi culo.

Rodeó por completo con su mano mi nalga y un torrente de lava ardiente recorrió mi sexo en el momento que su mano golpeó de forma sonora mi culo.

—¡Lucas! —grité con la excitación a flor de piel.

Lo miré por encima del hombro con las mejillas encendidas y deslizó los dedos por mi piel irritada.

—No has separado las rodillas —dijo mirándome directamente a los ojos con una sonrisa perversa en sus labios.

—¡Serás cabrón! Menos mal que me dijiste que no ibas a hacerme daño —me reí.

Mis pulmones absorbieron una rápida bocanada de aire al ver como echaba la mano atrás para golpear de nuevo mi culo. Media milésima de segundo después llegó el azote resonando en la habitación y una corriente de fuego me recorrió el cuerpo entero.

Mis ya de por sí veloces latidos se aceleraron.

—¿Dónde está la hoja de papel con las normas y los límites infranqueables? Quiero un contrato, tengo normas.

Traté de bromear.

*¡Meu Deus!* Nunca me habían azotado así. Estaba boca abajo indefensa, con las muñecas esposadas, sus caderas presionándome. Sentía su erección entre mis nalgas, y mi sexo ante tales sensaciones palpitaba igual de desbocado que los latidos de mi corazón.

—Como me vuelvas a pegar en el culo te castigaré yo en cuanto pueda, y será doloroso —lo amenacé con voz ronca debido al deseo y ahora el que se puso a reír fue él.

—¿No te gusta recibir azotes?

—No. —dije de inmediato—. Y no tendremos la más mínima relación si descubro que en el cajón donde sacaste el collar o en cualquier otro mueble de tu habitación tienes una colección de palos, látigos, fustas...

—Solo tengo varas de diversos tamaños y grosores —me interrumpió con expresión impenetrable, y abrí la boca en estado de shock.

No sabía si bromeaba o hablaba en serio y pestañee un par de veces, pensando que decir ya que un sinfín de preguntas colapsaban mi mente.



¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Con qué frecuencia?

Lucas recorrió mi nuca con sus dedos, enrolló mi pelo entorno a su muñeca y tiró de él para ladear mi cabeza y cerrarme la boca con un enloquecedor beso.

Llevar el collar y las esposas despertaba mi rebeldía, pero Lucas se encargaba de provocar mi deseo. Frotaba su miembro con exquisita lentitud por mis empapados e hinchados pliegues. Me besaba alrededor de la oreja y en el cuello.

—Mira como estás de mojada —susurró mientras tentaba mi abertura con su grueso glande—. Sé que te gusta jugar.

Una parte traicionera de mi saboreaba esta especie de domesticación, consciente de que me llevaría al máximo placer, y jadeé cuando me levantó las caderas para arrodillarme en la cama.

Estaba húmeda, caliente, excitada y en el momento que introdujo poco a poco un dedo dentro de mi ano, con lentos movimientos circulares, supe que me sodomizaría.

Mi piel que ardía en llamas empezó a hormiguar por la anticipación.

—No soy un sádico, pero reconozco que he probado la experiencia de ser un dominador y desde que te vi con el collar puesto en Beautique no he podido desprenderme del deseo salvaje e insaciable de poseerte así —me susurró, rozando sus labios en mí oreja.

Sabía que Lucas nunca había tenido una relación estable ni duradera, tampoco repetía aventuras. Cuando quería placer sabía donde buscarlo y de pronto, sentí una especie de celos porque no quería que buscara más a ninguna de esas mujeres, quería ser yo su centro del universo.

—Eres mía —dijo abriéndose paso dentro de mi ahora con dos de sus dedos—. Solo mía.

Inclinado sobre mí los bombeaba con suavidad, con largas y delicadas caricias y me estremecí de placer.

—Y tú eres mío —susurré con la respiración completamente alterada.

Me sentía terriblemente posesiva con respecto a él, con una dura necesidad que iba mucho más allá del deseo, más allá de todo pensamiento.

—Me vuelves loco —dijo con la voz rota por el deseo, y sacó sus dedos de mi interior.

Con los ojos cerrados esperé a que metiera su polla dentro de mí ano, pero me vi sorprendida al notar su aliento contra mis nalgas. Con un gruñido, acercó su boca acariciándome con su lengua y mi cuerpo se sacudió excitado ante su

beso exuberante y oscuro. Con la punta de la lengua empezó a estimular mi ano y con mi cara húmeda contra las suaves sábanas me abrí a él, suplicándole entre gemidos más.

—¡Ah, Lucas! —gemí en completa tensión, en un esfuerzo por liberar el insoportable deseo casi irracional que me consumía.

Lucas apretaba mis nalgas con sus grandes manos, clavándome la lengua dentro de mí con la fuerza agresiva de la que tanto disfrutaba y grité de absoluto placer.

—¡*Deus!*

El orgasmo no tardaría en llegar ante su arrollador deseo.

De rodillas, inmovilizada por las esposas, completamente expuesta, era como un regalo abierto para él, lista para ser usada, poseída, disfrutada. Y ahogué un grito cuando sus dedos rozaron mi clítoris. Con endiablada destreza me acariciaba de manera rítmica donde se unían mis terminaciones nerviosas y el placer me recorrió el cuerpo en una sucesión de oleadas.

—¡*Deus!* Voy a correrme —exclamé con un grito entrecortado.

Un éxtasis salvaje de los que te hacen perder el juicio me atravesó, y Lucas se incorporó y colocó la punta de su polla en la entrada de mi ano mientras mi cuerpo se estremecía y se movía con espasmos. Presionó el glande al mismo tiempo que continuaba frotando sus dedos con velocidad en mi clítoris, y me guió al más fulminante de los orgasmos cuando su grueso y duro miembro entró inexorable dentro de mí. El aluvión de sensaciones fue tan abrumador con las primeras acometidas que mis rodillas cedieron y caí sobre la cama.

El poderoso cuerpo de Lucas se apretó contra el mío y me clavó en el colchón con sus embestidas.

—¡Lucas! —Su nombre salió en un grito agonizante de mis labios y sus manos se deslizaron a lo largo de mis brazos hasta sujetar mis muñecas esposadas e inmovilizarlas con fuerza por encima de mi cabeza.

—Caprichosa, has sido una chica muy mala esta tarde —gruñó, rozando su nariz detrás de mi oreja—. No vuelvas a arriesgar más tu vida de esa forma. Te necesito a salvo.

Sus potentes embestidas eran rápidas y profundas, se deslizaba hacia dentro y hacia fuera, estirándome hasta el límite de una forma muy deliciosa.

Su pasión, la brutalidad de su deseo, sentía que apenas podía resistir las desenfrenadas sensaciones que me devastaban el cuerpo.

Jamás había imaginado que el sexo pudiera ser tan... salvaje. Lucas llevaba mi cuerpo hasta lugares que no sabía que pudiera ir. El placer me

fragmentaba, se triplicaba en cada enérgica embestida. Pero también me disolvía sobre las sábanas.

Sus estrechas caderas se movían frenéticamente mientras yo temblaba intensamente en medio del éxtasis por el feroz orgasmo que había experimentado. Mi alma le pertenecía totalmente junto con todas las partes de mi cuerpo, y entre gemidos y gritos de un placer abrumador, percibí el irresistible e implacable ritmo final que adoptaron sus caderas antes de correrse.

—¡Dios, Dangelys!

Su semen salió violentamente a chorros abrasadores, sacudiendo su polla dentro de mí con cada impulso.

—¿Ves lo que me haces? ¿Ves lo que le haces a mi maldito control? —gruñó Lucas pegado a mi oído y gemí en respuesta.

Notaba todo su magnífico cuerpo pegado a mí, como se tensaban al máximo los músculos de sus abdominales en mi espalda cada vez que se hundía en mí, su respiración escapando a ráfagas con un sonido erótico único, y me mordí el labio inferior con fuerza en un puro abandono a toda aquella sensualidad.

Él era letal, se notaba en todos los movimientos de su cuerpo y por eso me estremecí al ver como me trataba después de haber mantenido un encuentro sexual entre ambos de alto voltaje.

—¿Te duelen las muñecas? —me preguntó con una nota de preocupación en su voz y negué con la cabeza.

—No me has hecho daño —sonreí.

—¿Seguro?

Con cuidado me quitaba las esposas bajo su intensa mirada y sentí un cosquilleo al sentirme adorada por sus retinas.

—Me estoy acordando cuando te dije en Beautique que jamás me dejaría domar por ti —murmuré con una sonrisa en los labios y Lucas acarició mi pelo sin darse cuenta de la ternura que desprendía esa caricia.

—¿Tienes algo que decir al respecto después de lo que acaba de suceder?

—No. —dije aguantándome la risa.

Prácticamente lo había gritado a los cuatro vientos que nunca me dejaría domar por él. Y aquí estaba ahora, comiéndome mis palabras una tras otra.

Jamás imaginé que podría hacer algo así. Lo que acababa de pasar había sido muy sexy. Lucas me había hecho sentir deseada. Escandalosamente deseada. Sin embargo una duda me carcomía el cerebro y quise obtener respuestas.

—¿Este collar lo sacaste de «tu» suite de Beautique? —dije empujada por mis pensamientos.

—¿De mi suite?

Creo que al principio se extrañó, no supo a que se refería mi pregunta, pero después se puso nervioso. Sin embargo, a los pocos segundos recuperó su habitual seguridad y compostura.

—No. —respondió mientras se dejaba caer en la cama—. Compré el collar en una tienda.

Sus ojos oscuros parecían reflexivos, como si meditaran, reacios a confesarse por completo.

—Tengo una llave de la suite en la que estuvimos por el simple hecho de tener sangre Zakhar en mis venas —murmuró—. Desde hace algún tiempo me dejo caer de vez en cuando por Beautique para que mi querido «abuelo» se piense que me tiene controlado. Tiene la estúpida esperanza, la locura de soñar que me uniré a él. Pero no me tiene tan controlado como se piensa.

—¿Y cuando vas a Beautique pagas por sexo? —pregunté con un repentino ataque de celos.

Las comisuras de sus labios se elevaron y me anticipé a su respuesta.

—¿Desde cuando has necesitado pagar a nadie por sexo?

Me vio apretar los labios y posó una mirada fija y absorbente en mí antes de hablar.

—¿Estás celosa? —dijo con voz serena, tumbándose encima de mí y me dieron ganas de gritar que sí.

Mis celos eran tremendos y cuando mi cólera estaba a punto de desatarse, se apresuró a decir:

—Solo pago por información. Las chicas me cuentan quienes entran y salen del Club.

La rabia me congestionaba la piel por culpa de los celos y me afiló la lengua.

—Petrov me dijo que eras el mejor cliente de Nueva York —murmuré.

Me picaban las manos de las ganas que tenía de darle una bofetada.

—Da al enemigo motivos para creer que eres un playboy inofensivo y tendrás una enorme ventaja.

—¡Sí, claro! ¡Y de paso mientras tanto te pegas unos buenos polvos!

Lucas me miró a los ojos durante un largo segundo y luego se rio.

—No te enfades. Ellas solo reciben una buena suma de dinero por ayudarme con la información. Petrov se piensa que soy un fetichista húmedo al

que solo le gusta disfrutar del splosh. Follar en la bañera de la suite después de excitarme vertiendo líquidos sobre el cuerpo de una mujer. Cuando en realidad lo que hago es llevarme a las chicas al cuarto de baño para evitar que nos graben y así poder revelarme nombres y fechas concretas. ¿Recuerdas dónde estaban las cámaras?

Casi a regañadientes me dispuse a visionalizar en mi pequeña área del cerebro que no estaba afectada por los celos las imágenes que retuve en mi memoria de las cámaras de la suite, también la conversación que tuve con Petrov al entregarle el dinero, y la agente del FBI que llevaba dentro resurgió.

—Splosh —susurré en voz baja—. Petrov pronunció esa palabra al hablar de ti.

—Lo que hago es pedir fruta, champagne y dulces, y me llevo a la chica en cuestión al cuarto de baño. Así no levanto ninguna sospecha... Nada de sexo, cariño —dijo con voz tierna, tumbado encima de mí.

Lucas entonces me besó con fuerza y le clavé las uñas en la nuca en una reacción visceral no sé si para detenerlo, o como válvula de escape por todos los celos que había sentido.

Sus suaves y cálidos labios, poco a poco se adueñaron de los míos y cedí gradualmente a la verdad que existía en sus palabras, a la realidad entre nosotros. Todo cuadraba en sus explicaciones. Todo. Y le devolví el beso con pasión debajo de sus duras abdominales y su amplio plecho.

—Te creo —dije sobre sus irresistibles y eróticos labios que eran pura lascivia.

—Hace tiempo que no lo hago con nadie. Y la culpa es solo tuya —susurró con su voz aterciopelada contra mis labios—. Incluso cuando creía que jamás te tendría, soñaba con esto.

Sus labios se deslizaron por la piel de mi cuello en una sensual caricia que parecía tocar algo más que piel, más profundo, mucho más profundo, tocando mis sentidos y me estremecí.

—Todas las malditas noches soñaba con esto. Soñaba que eras mía.

La excitación me recorrió de nuevo las venas y nos desahogamos ambos mediante sexo. Llevábamos tantísimo tiempo deseándonos, que prácticamente pasamos la noche en vela amándonos sin parar.

—El mundo es indescifrable, y aunque el destino nos separe, mi vida siempre será tuya —susurró con sus labios a un suspiro indiscreto de mi boca.

Beso tras beso se desvanecían mis pensamientos, se cerraban mis ojos. Tumbada en la cama sentía el más delicioso de los agotamientos. Incluso el aire

que se agitaba a mí alrededor debido a una ventana abierta parecía placentero. Notaba a Lucas contra mi piel, como acariciaba mi desnudez, y me dormí satisfecha sintiendo sus besos lánguidos y somnolientos.

Sumergida en mis sueños, en mi propio mundo de fantasía, podría haber dormido horas y horas debido al agotamiento. Sin embargo, desperté casi al amanecer con una extraña e inexplicable inquietud, desafiando toda lógica.

«El mundo es indescifrable, y aunque el destino nos separe, mi vida siempre será tuya.»

Esa frase justo al terminar de hacer el amor por última vez me había dejado una sensación a medias entre la felicidad y el lado opuesto, la angustia.

—Lucas —dije desorientada—, ¿estás ahí?

Tardé un par de minutos en darme cuenta de que estaba sola en la cama.

No había ni rastro de Lucas en la habitación y el sentimiento de soledad me asaltó de una forma intensa e inesperada al no ver su ropa desperdigada por el suelo. Yo que había vivido cinco años sola en la gran ciudad, de repente me sentí horrorizada con la sensación de que Lucas se hubiera marchado, dejándome sola.

El miedo anidó en mí al pensar que Lucas podía salir de mi vida tal como había llegado y me senté en la cama con las manos y los pies helados.

Examiné su dormitorio grande y lujoso de decoración minimalista, también su cuarto de baño en el que predominaba el mármol blanco con una gran ducha y bañera de hidromasaje y ni siquiera me tranquilicé al descubrir su ropa y mi vestido en un cesto cerca del lavamanos.

Regresé al dormitorio, a continuación lo atravesé y salí al pasillo, desnuda. A oscuras me dirigí a las escaleras y antes de llegar a los peldaños vi el parpadeo de una luz proveniente del despacho. En ese momento, mi desazón desapareció y respiré aliviada.

Era muy tarde, no tenía ni idea que hacía Lucas allí, pero guiándome por un primitivo instinto, con el sonido amortiguado de mis pies descalzos marcando mi camino me acerqué.

La puerta estaba abierta y me quedé quieta. Contuve el aliento antes de entrar para no revelar mi presencia a un Lucas desnudo, de pie, que contemplaba la fotografía que presidía una de las paredes del despacho. Concretamente la que vi y que tanto me impactó la noche que me colé en su penthouse.

Un retrato mío del día de mi graduación.

Las paredes de cristal permitían ver la ciudad, el río, el cielo y la luna con su contorno asimétrico, casi llena. Pero solo había una cosa que lograba captar

toda mi atención, y no era mi fotografía. Sino su torso desnudo, sus amplios hombros, sus fuertes brazos, sus abdominales y oblicuos duros y deliciosamente torneados, sus poderosas piernas...

*¡Deus!* Me vi superada por la visión y por la sensación de saber que este espectacular hombre con semejante cuerpo había estado encima de mí, dentro de mí... amándome.

Mirara donde mirara, solo veía su piel suave y sus músculos tensos bajo la luz de la luna. Y en una nebulosa de incertidumbre y deseo me olvidé de respirar hasta que los pulmones me avisaron de que debía hacerlo.

El corazón me latía más rápido de lo normal y me acerqué a él con un andar silencioso. Pero pronto me descubrió. Lucas apartó su mirada de mi fotografía y fijó sus ojos en mí, robándome el aliento.

—¿Cómo conseguiste esta foto? —pregunté acortando la distancia entre los dos.

Lucas deslizó los brazos en torno a mí en cuanto me tuvo a su alcance y noté como se tomaba su tiempo en responder.

—Te la hice yo mismo —dijo en voz baja.

El aroma intenso de su piel lo impregnaba todo y me apreté contra él, sintiendo cada relieve de su musculatura.

—¿Estuviste el día de mi graduación? —pregunté sorprendida.

—Sí. —respondió.

Ladeé mi cabeza y me besó con suavidad.

—No quería perderme uno de los días más importantes de tu vida —dijo con gesto serio y percibí una nota de dolor en su voz.

—Ese día vinieron mis padres, y también Isaac y Nayade —susurré con un repentino nudo en la garganta.

Debió ser difícil para él permanecer oculto sin que ninguno de nosotros lo viéramos. Nos miramos en silencio y fue la primera vez que comprendí al perderme en su mirada, que realmente había pasado por un infierno en el transcurso de estos cinco años. Permanecer separados tanto tiempo nos había destrozado a los dos.

—Nunca te he abandonado —dijo mirándome a los ojos y acaricié las líneas de su frente.

Luego deslicé mis manos por sus mejillas y sostuve su rostro con ternura.

—Lo sé. Ahora me doy cuenta de ello —susurré esparciendo suaves besos sobre sus carnosos labios—. Solo ahora comienzo a entender lo equivocada que estaba respecto a ti. Todos estos años has controlado tus sentimientos y he

recibido una impresión totalmente diferente sobre ti.

—La que quería que vieras.

Lucas era un hombre de acción, de instintos, peligroso, acostumbrado a no detenerse, ni retroceder, avanzar en sus objetivos a toda costa, matar o dejarse matar, y verlo sucumbir a mis caricias, perderse en la suave textura de mis labios, me arrebató el corazón del todo.

Su húmeda boca se entregó a la mía, creando un beso perfecto que me acercó hasta el místico origen de mi ser. Sus manos recorrían mi piel desnuda con fuerza pasional, pero al mismo tiempo con un toque de ternura que me desarmaba y que me hacía fundirme en sus brazos.

—¿Qué tal te fue con mi padre? ¿Pudiste hablar con él? —dije con un suspiro entrecortado.

El espacio diminuto entre mi respiración y sus labios, la distancia mínima entre su boca y la mía, nuestros cuerpos pegados, facilitaba la tarea de sucumbir al placer.

Lucas se tomó su tiempo en responder, acariciando con vehemencia mis labios y supe que algo había ocurrido en esa conversación con mi padre.

—Hable con él durante un buen rato —dijo tras un largo silencio, y una leve inquietud creció en mi pecho—. Me pidió que me alejara de ti.

Selló mi boca otra vez con fuerza, sin decir nada más, sin dejar resquicio alguno sin tocar o rozar con sus labios los míos y mi preocupación empeoró.

—¿Y que le dijiste?

—Que lo siento, pero que no puedo soportar perderte —dijo con voz ronca justo antes de volver a tomar mis labios con ansia posesiva—. Ya han pasado demasiados años de soledad sin poder tenerte y no pienso renunciar a ti. No pienso renunciar a tener sobre mí tu cuerpo desnudo, de rozar con mis dedos tu piel, de abrazarte y convertirnos en uno...

Mi cuerpo como respuesta refleja de sus palabras se pegó a él. Necesitaba su contacto. Mi corazón apenas tenía consuelo de saber que lo había condenado durante años a un destierro sin fecha de retorno.

—Dangelys, tú eres mi insomnio, tú eres mis vueltas en la cama... Te amo. Ya no tengo el valor para dejarte, para intentar olvidarte. Es imposible que pase un solo día sin tenerte entre mis brazos para imprimir con mis labios tu piel. Una noche sin poder percibir tu olor, sin oír tu sublime voz rota por el deseo. Me niego a tener que decirte adiós.

Me hablaba con un cielo envuelto en llamas en su mirada y nada fue comparable al beso que me dio. Nada se asemejaba a la profundidad y a la



intensidad con la que Lucas me poseyó la boca.

Lo amaba con toda mi alma.

—Durante todo el día he sospechado que algo raro te sucedía. No sabía nada de ti y eso me inquietaba —dije temblando entre sus brazos.

—Tiene miedo de que algo malo te ocurra por todo el peligro que me rodea —siguió hablándome—. Tener una relación conmigo es algo muy complicado. Tu padre piensa que estoy cometiendo un grave error acercándome a ti.

Sus atractivos rasgos adoptaron una expresión sombría y un eco de dolor se instaló en mi corazón.

—Las relaciones no son fáciles, porque si lo fuesen, no tendríamos nada que aprender, y de eso se trata.

—Soy un hombre difícil.

—Sí, puede ser. Pero sé que eres el único hombre capaz de hacerme feliz.

El miedo que sentía por que Lucas se arrepintiera del paso que había dado al mostrarme sus sentimientos ocupaba un lugar primordial en mi mente.

—Yo siento lo mismo. Eres la única mujer para mí. Por eso tengo miedo de que Vladimir descubra que tú eres mi verdadero punto débil —susurró, dirigiendo su boca a la mía—. Todos tenemos uno, un talón de Aquiles. Todos tenemos algo que nos aterra. Algo que no soportaríamos perder y lo que más miedo me da en esta vida es perderte a ti.

Colocó su mano en mi mejilla y la ansiedad ocupó sus ojos oscuros mientras seguía con el dedo pulgar la línea de mi mandíbula.

—Tengo pánico a que Vladimir te atrape como hizo hace muchos años con la hermana de Sasha, a la que mató creyendo que yo estaba enamorado de ella.

Sus labios presionaron los míos en un beso desgarrador y mi corazón se detuvo ante tal información.

—¿Sasha? ¿Tú salías con una hermana de Sasha?

No pude ocultar el doloroso interrogante en mi voz.

—No.

—¿Pero entonces...?

Me quedé mirando sus ojos, un espejo oscuro de pretendida inalterabilidad pero percibía en el fondo su dolor y mi pecho se tensó.

—Milenka era la propietaria del hotel The Ritz—Carlton Moscú donde me solía hospedar con frecuencia, situado justo al lado de la Plaza Roja. Ella y Sasha eran las herederas de un imperio hotelero. Las hijas de un importante

magnate ruso que falleció hace diez años y que fue gran amigo mío. Recuerdo que desde que conocí a Milenka por primera vez me cayó muy bien. Era una mujer con un sentido del humor y equilibrio ejemplar, bastante menos agraciada físicamente que su hermana Sasha, de la que se reía sin ningún reparo por ser una estirada. A Milenka le gustaba bromear sobre su temperamento hosco mientras compartía conmigo mesa en mis estancias en el hotel. Jamás imaginé que algo horrible le sucedería por invitarla a comer o cenar. Milenka era una buena amiga... No se merecía lo que le deparó el destino —dijo con sus atractivos rasgos marcados ahora por la tristeza.

—¿Qué pasó?

—Vladimir dio por hecho que Milenka era algo más que una amistad movido por su obsesión de encontrar mi punto débil y utilizó con facilidad su poder sin importar sobre quien la usaba. Calculó bien la jugada antes de ejecutarla para que yo no pudiera hacer nada por salvarla.

—¿Qué hizo Vladimir exactamente?

La feroz conexión que tenía con él se intensificó al sentir que sufría explicándome esa parte de su pasado.

—Atraparon a Milenka a la salida de su casa cuando me encontraba en una misión. Vladimir me avisó de su secuestro mediante una llamada que no olvidaré jamás. Sin referentes morales, valiéndose de su propio código ético no dudó en sacrificarla mientras hablábamos para que oyera sus súplicas, sus gritos... No pude hacer nada por ella.

Notaba la carga de fuerza que desprendía su voz a pesar de intentar mostrarse sereno. Y me quedé callada, tratando de brindarle tiempo para que terminara de contarme el trágico final de su amiga.

—Sasha fue quien encontró su cuerpo sin vida después de avisarla del fatídico desenlace. Desde entonces solo vive para la venganza. La crueldad del asesinato de su hermana la acercó a la cúpula militar, y dejó de ser una millonaria para convertirse en una espía.

Mi mente rápida, incluso tocada por la sensibilidad de la historia fue más allá al preguntar:

—¿Por qué mató Vladimir a Milenka? ¿Con qué fin lo hizo?

—Quería imponer su monarquía sobre mí. Creía que me uniría a él después de su demostración de poder. Pero no consiguió el efecto esperado con la muerte de Milenka.

Admiraba su inteligencia, su respeto, así como el hombre de honor que era pese a los lazos familiares que le unían a Vladimir y lo abracé con fuerza.

Percibía que se sentía culpable por el desastre ocurrido con su amiga.

—Me siento culpable de su muerte —expresó confirmando lo que sospechaba—. No pude salvarla.

De pronto se apartó un poco de mí y me miró. Rozó con la yema de sus dedos la delicada piel de mi mejilla y la expresión vulnerable que había creído ver en él antes desapareció.

Tomó mi boca con un beso ardiente, introduciendo la lengua profundamente, deslizándola con seguridad por la mía como si quisiera alejarse de los malos recuerdos, y permití que nos llevara a un lugar donde solo existíamos los dos.

—Te amo, Dangelys —susurró, rompiendo el beso y respiró hondo antes de añadir—: Por eso no quiero que estés cerca de él.

Llevé mis manos a su cara y la tomé entre mis manos.

—No me pasará nada —dije con cuidado y su mirada se endureció.

—Vladimir es muy peligroso.

Me agarró las muñecas con ofuscación y lo miré un poco asustada por su crispante intensidad.

—Ya sé que es muy peligroso —murmuré.

—No quiero que centre su atención sobre ti de ninguna manera. Por eso no te quiero en Beautique. ¿Lo entiendes?

Me rodeó con sus brazos y me apretó con fuerza contra su cuerpo.

—Dangelys, no vuelvas a ir. Prométemelo —susurró con voz ronca y su enorme complexión tembló por la violencia de sus emociones.

—Lo prometo —murmuré.

Lo rodeé con mis brazos y acaricié su espalda para tranquilizarlo.

—Pero estoy acostumbrada a cuidar de mí misma.

Lucas se estremeció con el roce de mis manos y hundió su rostro en mi pelo.

—Caprichosa...

—Lo prometo —repetí en un suave susurro—. No iré más si eso te deja más tranquilo. Sin embargo, creo que en ningún momento he corrido verdadero peligro allí.

Se apartó y me miró incrédulo.

—¿Qué no has corrido verdadero peligro en ningún momento? ¿Sabes con quién estuviste la otra noche en Beautique?

—Sí, claro que lo sé. Con Dimitri Petrov y Vladimir Zakhar. Pero la situación la tuve bastante controlada.

—¿Controlada? —masculló fijando sus ojos en mí—. Ese hombre es un demonio. Tiene el alma podrida y con una simple orden podría haberte matado allí mismo, en medio de la gente.

Lucas tenía ambas manos cerradas en un puño y tragué saliva.

—Solo verlo cerca de ti... ver como te estrechó la mano... —dijo con sus atormenados ojos puestos en mí—. Lo he visto matar a sangre fría a todo el que se interponía en su camino y tú ni siquiera estabas asustada.

Era difícil imaginar que aquel hombre mayor de aspecto elegante fuera capaz de cometer actos tan brutales y sangrientos y respiré hondo.

—No conoce mi identidad real. Si la supiera me habría hecho daño allí mismo como bien dices tú.

—¿Como puedes estar tan segura? Eso no lo sabes.

Alargó las manos y tiró de mí, estrechándome de nuevo entre sus brazos.

—Te repito que ese hombre es muy peligroso. Tengo buenas razones para querer mantenerte alejada de él y de todas las personas que lo rodean. Vladimir Zakhar no respeta la ley, no está sujeto a ninguna norma.

—Lo sé, llevamos mucho tiempo yendo detrás de él. No debiste ir a Beautiful la otra noche —lo interrumpí.

—No conoces el verdadero alcance de su poder.

Me di cuenta de que estaba temblando y lo miré turbada cuando acunó mi rostro entre sus manos.

—Te amo, Dangelys —musitó a centímetros de mis labios—. Eres mía, lo mismo que yo soy tuyo. Mi corazón te pertenece mientras me quede un aliento de vida. No podía quedarme de brazos cruzados sabiendo que tu vida estaba en peligro.

Rozaba con sus pulgares mi rostro y me besó.

Apenas rozó sus labios con los míos su preocupación se convirtió en viva urgencia.

—Te amo, Lucas —susurré, deslizando mis manos por los tersos músculos de su espalda.

Sentía lo duro y tenso que se encontraba.

Lucas plantaba besos salvajes sobre mi mentón, mis mejillas, bajando por mi cuello.

—Caprichosa, déjame protegerte. Sé que sabes cuidarte sola, lo has hecho muy bien durante estos cinco años. Mucho mejor de lo que nadie hubiera esperado, pero necesito protegerte. Si a Vladimir se le ocurriera hacerte algo malo me volvería loco.

En circunstancias normales jamás dejaría que lo hiciera, pero decididamente no eran circunstancias normales, y me invadió una sensación de seguridad agradable que no merecía la pena cuestionar, sobretodo después de notar a Lucas tan ansioso con el tema. Había dejado que viera sus miedos y sus sombras, mostrándome una nueva expresión de su amor al querer protegerme y lo besé inflamada de ese mismo amor.

Para mí que nunca había tenido una relación seria con ningún hombre, que mi vida se reducía a trabajar, haciendo un arduo esfuerzo por sobrevivir alejada de mi familia, la preocupación de Lucas era como un fuego que le daba calor a mi alma.

La sensación de seguridad se prolongó de vuelta a la cama y en cuestión de minutos me dormí de nuevo entre sus brazos. Aún me costaba asimilar que Lucas, la bala que me hirió en el pasado, la bala que creí perdida durante años, fuera en realidad el arma que me protegía. Este hombre que me hacía sentir viva con tan solo una caricia en la mejilla había arriesgado y sacrificado muchas cosas para hacer posible esta realidad. Y yo estaba más que dispuesta a luchar, a vivir a su lado a pesar del peligro, a amar y ser amada. Lucas era tan mío como yo de él.

## Capítulo 10

### La memoria del corazón

Era muy temprano cuando mis manos por voluntad propia, y casi invisibles, realizaron unos nudos marineros y después sacaron a Lucas de una profunda inconsciencia. Yo flotaba por encima de su imponente torso como si fuera una brisa que recorriera su cuerpo. Sus ojos seguían cerrados, dejando vía libre a mi imaginación. Mis dedos se arrastraban por sus abdominales hasta sus oblicuos para rodear su miembro erguido.

Su polla había amanecido con ganas de marcha, como si no hubiera estado haciéndome el amor hasta la extenuación apenas unas horas antes y no quería desaprovechar este regalo inesperado.

El agente Smith todo para mí.

Deslicé mis dedos por la suave piel de su miembro y Lucas gimió por lo bajo. Se estiró ante mi delicado toque y mi sexo se sacudió por el deseo.

Realmente pensaba que sería más difícil llevar a cabo mi «venganza» con éxito y sonreí perversa.

Sus caderas se movían por inercia hacia el toque itinerante y agradable de mis manos y me quedé atrapada a mí misma por la visión que tenía delante de mí. Desde luego, este sería otro recuerdo más a añadir en mi lista de momentos excitantes con Lucas.

Su cuerpo grande y peligroso, atado y extendido en la cama como el mejor buffet libre gastronómico, listo para ser devorado por mí.

Mis labios rozaron su húmeda punta, lamieron toda su longitud, y en el instante que abrió los ojos, fue de nuevo impactante la mirada que me dedicó.

Mi cabeza gritó ¡peligro!

—Buenos días, ¿te he despertado? —susurré traviesa.

La adrenalina por haberle puesto una trampa estando dormido me provocó una suave risa.

—¿De qué te ríes?

Una sonrisa perezosa y sensual se grabó en su boca y me deslicé sobre él hasta que estuve torso con torso, mis pechos apretados contra su musculoso pecho. Lamí, besé y mordisqueé sus labios, y su respiración se volvió áspera al darse cuenta de que lo había atado a los postes de madera de su propia cama.

—Dangelys...

Sus ojos negros brillaron como diamantes auténticos y disfruté de la sensación de tener su cuerpo bajo mi control.

—Hoy me toca jugar a mí —susurré, deslizándome hacia abajo y bufó de una forma bastante sonora.

—¿Mi Caprichosa se despertó traviesa?

Me miró con los párpados entrecerrados y mi cuerpo despertó a la sensualidad acumulada en su mirada.

—Un poco...

Deslizaba mi boca abierta a lo largo de los músculos de su pecho, sus abdominales, lamiendo la flecha de su escaso vello esparcido que me dirigía hacia su polla.

—Hicimos un trato, ¿recuerdas? —dije, lanzándole una mirada rebelde y su interés se agudizó en sus ojos, convirtiendo el aire entre nosotros en eléctrico.

Lucas era duro desde todos los ángulos, bordes y relieves de su excitado cuerpo. Agarré con mi mano su erección grande y gruesa y los músculos de sus brazos temblaron.

—Este es mi juego —susurré.

Sostuve su inflamable mirada mientras me apoderaba de su polla y un siseo se escapó de sus labios.

—Aunque tendremos que dejarlo para otro momento quiero darme una ducha antes de ir al trabajo —le dije antes de hundir mi lengua en su hambrienta boca.

Su polla se agitó en respuesta entre mis dedos.

—¿Me vas a dejar así?

Su mirada bajó a mi mano que continuaba acariciándole y noté como todo su cuerpo se endurecía.

—Yo creo que sí —dije, y descendí mi cabeza con una sonrisa traviesa.

—¿Estás de broma?

Le di una lamita lenta a toda su longitud.

—No. —susurré con gesto serio.

Resopló y soltó una carcajada.

—Desata las cuerdas, Dangelys —me advirtió.

A pesar de que se reía con un sonido sensual y ronco, notaba el peligro en su mirada.

—Gigoló, estoy bastante segura de que te las sabrás arreglar solito —murmuré.

Le di una última chupada con toda la intención de matarlo de deseo y eso lo encendió con un terrible fuego.

Sus caderas se elevaron contra mi boca.

—Dangelys... ¡Joder!—gruñó entre dientes echando la cabeza atrás.

Su polla creció, aumentando el doble o más su tamaño, y fui realmente malvada succionándole con fuerza una vez más antes de sacarla de mi boca.

—Estaré en la ducha —dije al mismo tiempo que trepaba por su cuerpo—Si te apetece ya sabes...

Me quedé a centímetros de su boca mientras me pasaba la lengua por mi labio inferior y la cama tembló por completo con la fuerza del tirón agresivo de sus muñecas.

—Caprichosa, no sabes la que te espera en la ducha.

Sus ojos oscuros destellaron con un calor voraz y un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Me hago una idea.

Haciendo caso omiso a sus amenazas me dirigí al cuarto de baño sin girarme y tuve la sensación de que estaba siendo acosada con la mirada.

Seducir es un arte, un juego de psicología, es estimular la fantasía, influir en la mente creando confusión y excitación, esperanza, desasosiego. Y yo quería producir toda esa clase de sensaciones en Lucas. Quería que cayera bajo mi hechizo.

Antes de entrar en el cuarto de baño me di la vuelta y deslicé mis manos por mis caderas, subiéndolas de forma sensual por mi cintura para terminar apretando mis pechos.

—Adivina cual es una de mis fantasías sexuales —dije en tono bajo, rasgado, pronunciando con suavidad las palabras.

Bajo el fuego de su mirada, quemándome las entrañas cerré la puerta. A continuación me metí en la ducha y abrí el grifo para que saliera el agua bastante fría. Me hervía la sangre, necesitaba eliminar el fuego que se extendía por mi cuerpo. Cerré los ojos con el agua resbalando por mi cara, intentando relajar los músculos y me pareció escuchar un ruido bastante fuerte que provenía de la



habitación.

Antes de que pudiera reaccionar la mampara de la ducha se abrió de golpe y el sonido de algo cayendo al suelo me sobresaltó. El agua fría caía sobre mi cara, se deslizaba por mis párpados reduciendo mi visibilidad, pero pude ver que eran unas cuerdas.

Levanté la mirada con el corazón desbocado.

—¿Pero qué...?

Me topé con el cuerpo de Lucas y sorprendida di un paso atrás.

—¿Preparada para que te destroce?

Sentí que era como un ave rapaz a punto de caer en picado en busca de su presa, en este caso yo y lo miré a los ojos, insegura.

—Lucas...

No me dio tiempo a decir nada más.

De repente, Lucas tomó el control con extrema facilidad agarrando con una mano las mías por encima de mi cabeza. Me incrustó en la pared de azulejos con su cuerpo, tan duro e inflexible como una roca mientras su boca devoraba la mía con su lengua dura y hambrienta, y experimenté una ráfaga de excitación.

—No te muevas —me advirtió en tono amenazante, apretando mis manos—. Ahora las reglas del juego las marco yo.

Mojada. Muy, muy caliente, gemí en el instante que pasó su mano libre por el centro de mi figura, desde la base de mi cuello hasta mi sexo, deslizando sus dedos sobre mi vibrante clítoris.

—Parece que no solo estás mojada por el agua de la ducha —dijo, introduciendo el dedo corazón dentro de mí.

El corazón me palpitaba con tanta fuerza por estar sujeta que distinguía cada latido.

—Te ponía verme atado, ¿eh? —susurró pegado a mi boca.

Me dio un mordisco juguetón y saqué mi lengua para lamer sus apetecibles labios.

—Sí. —dije con lascivia.

Me miraba fija e intensamente salvaje con la mandíbula tensa mientras hundía su dedo dentro de mí y moví las caderas sobre las suaves embestidas de su dedo.

—Ahora vas a saber lo que has provocado con tu juego.

¡Deus! Era tan dominante. Su voz áspera me ponía cachonda. Me tenía enteramente empapada por la deliciosa fricción de su dedo.

Bajó la cabeza para lamer uno de mis erguidos pezones y su lengua como

un látigo de terciopelo me provocó un escalofrío abrasador de puro fuego que me recorrió la piel. Con sus carnosos labios rodeó la punta, chupó con fuerza al mismo tiempo que hundía ahora dos de sus dedos y mi coño se apretó a punto de sucumbir al orgasmo.

—*¡Oh... ¡Deus!*

Tenía los pezones sensibles después de la noche que habíamos pasado. Mis gemidos resonaban en todo el cuarto de baño, presa de un intenso placer.

—¿Qué quieres, Dangelys?

Ahugué un grito ante un provocador mordisco que le dio a pezón.

—A ti —jadeé.

Aquella tentadora presión de sus dientes, estimuló mis ganas de sentir su grueso miembro deslizándose bien profundo dentro de mí.

—Tendrás mi polla cuando yo quiera dártela.

Sus dedos se quedaron inmóviles, y por un momento pensé que me dejaría a medias, ansiando la liberación del clímax explosivo de ésta insoportable e irrefrenable tensión sexual acumulada y guardada de manera continua que había iniciado yo con mi juego en su habitación.

—Por favor, Lucas —gemí.

El muy cabrón era endemoniadamente sexual.

—Shhh...

Lucas enrolló los dedos, acariciando el punto más sensible de mi interior otra vez, y cuando empezaba a desencadenarse mi orgasmo, el esperado clímax, sacó sus dedos y me soltó las manos para agarrar mi culo de forma posesiva.

—Llegó la hora de satisfacer lo que ambos necesitamos.

Gruñendo, deslizó las manos por debajo de mis nalgas y de un fuerte impulso me levantó para que mis piernas le rodearan la cintura.

De seguida noté el ancho glande de su miembro entre mis resbaladizos pliegues, como tentaba la entrada de mi sexo y balanceé mis caderas queriéndolo dentro.

—Te necesito —gemí.

Rozaba el suave prepucio por mi coño, adentrándose un poco y lo agarré de la nuca para atrapar sus labios con una pasión incontrolable.

Cuando estuvimos sin aliento, nos separamos. Pero Lucas atrapó mi labio inferior entre sus dientes con saña.

—Debería hacerte sufrir un poco más por lo que me hiciste en la habitación.

Pasó su lengua por la seductora curva de mi boca y gemí.

—Castígame —dije acelerada.

Los dos estábamos en llamas. Nuestras miradas permanecían ancladas a pesar de que riachuelos de agua bajaban por nuestros rostros. No sé quién estaba más caliente y hambriento de los dos. Eramos pura dinamita a punto de estallar. Mi corazón latía deprisa en mi pecho, y un grito de placer se escapó de mis labios cuando después de flexionar un poco las rodillas, me penetró profundamente.

Al instante su boca atacó de nuevo la mía, besándome con la posesividad que tanto me seducía de él. En cada fuerte y enérgica embestida de su polla gruesa y dura, su pecho retumbaba con roncós gruñidos que vibraban sobre mis pechos en un estímulo difícil de soportar.

—¡Dios! Eres preciosa... Me vuelves completamente loco —dijo en un estado de excitación extrema contra mi boca.

Me empotraba contra los azulejos a un ritmo endiablado, con embistes profundos y rápidos que presagiaban el desenlace. Nuestras respiraciones se convirtieron en un siseo que se escapaba de los pulmones a ráfagas descontroladas. Su deseo sexual era insaciable llevándome al límite, y su agresividad sacó en respuesta mi parte más pasional empujando mis caderas hacia abajo en busca de algo que tanto él como yo necesitábamos con urgencia.

—¡Lucas!

Grité su nombre al sentir el primer espasmo.

—Fóllame... Sácame toda la leche, Caprichosa.

Apreté hacia él rodeando su dura erección y me estremecí de forma violenta, sintiendo un placer intenso.

—¡Lucas! ¡*Deus!* Me corro...

Movía más deprisa las caderas con mi mirada fija en su atractivo rostro, mojado y tenso con las líneas de expresión marcadas por la lujuria, y el clímax llegó para él como un fósforo ardiendo.

Con un gruñido viril y salvaje se corrió, lanzándome chorros calientes mientras sus caderas arremetían contra mí una y otra vez, clavándome su grueso miembro sin ningún control.

—¡Joder, Dangelys! —gruñó contra mis labios—. Te follaría sin parar si pudiera. Me quedaría dentro de ti para siempre.

Temblando entre sus brazos recibí un beso que elevó mi orgasmo a un nivel de éxtasis que perduraría por un largo periodo de tiempo.

El encuentro había sido voraz, aniquilador y permanecimos inmóviles un momento, respirando juntos.

—Gracias por hacer realidad una de mis fantasías sexuales contigo —dije rozando mi boca sobre la suya.

Al cabo de un rato, con la cotidianidad y la confianza de conocernos de toda una vida, pero con la sensualidad y el rastro perenne del erotismo aún sobre nuestras pieles, me vestía con tranquilidad en su habitación.

—Creo que tendrás que comprar una cama nueva —le sugerí risueña, contemplando el destrozo que había hecho para poder liberarse de las cuerdas.

Uno de los postes de madera estaba seriamente dañado.

—El hombre de mantenimiento del edificio se va a pensar que soy una estrella del rock. Todos los días cargándome muebles —dijo Lucas desde el cuarto de baño.

—El otro día el salón y parte del despacho y hoy tu dormitorio —sonreí mirando las astillas de madera.

—¿Qué será lo próximo? —murmuró.

—No lo sé, algo se nos ocurrirá —me reí relajada

—Ya lo tengo —continuó—. Ayer me fijé que tu salón está un poco anticuado, sin duda necesita una renovación.

—De eso nada. Mi salón es precioso —dije soltando una carcajada.

—¡Oh, Vamos! Tú también tienes que experimentar lo que es destrozar tus propios muebles —habló en tono de broma.

—Deja en paz mi apartamento.

Escuché su risa desde el cuarto de baño y de repente me sentí completamente envuelta en felicidad.

A cada minuto que transcurría al lado de Lucas emergía de mi interior una sensación de alegría y plenitud inmensa. Sin embargo, esa sensación de felicidad y tranquilidad me duró poco tiempo. Descendí de mi esfera radiante en cuanto pensé que tenía que ir a desayunar con Sergei. Me había olvidado por completo de él.

—¿Te apetece ir a desayunar conmigo a Lafayette? Hacen unos pancakes de limón y frutos rojos para morirte —comentó Lucas, apareciendo ante mí en toda su gloriosa desnudez y tragué saliva.

«¡Mierda!»

Me tapé la cara con el pelo cuando me agaché incómoda, para recoger mi bolso.

—Lo siento, no puedo ir a desayunar contigo. Tengo que ir a la oficina —dije haciendo una mueca sin que me viera.

—¿No piensas desayunar antes de ir a trabajar?

Se paró frente a mí y la inquietud en mi interior creció, debido a la elaboración en mi cabeza sobre que hacer o decirle a Lucas por prácticamente salir huyendo a la carrera de su penthouse.

—Desayunaré algo rápido en mi apartamento —dije nerviosa—. Tengo que ir allí a cambiarme de ropa y de paso ver a Samba. Lleva muchas horas sola, tengo que darle de comer, de beber, y sobretodo cambiar la arena, ya que no le gusta usarla sucia y es probable que busque otro sitio donde hacer sus necesidades.

—Entonces deja que te lleve a tu apartamento —suspiró exasperadamente—. Me visto en un minuto.

—Gracias, pero no hace falta que me lleves. Pediré un taxi.

No quería mentir, pero tampoco podía contar que después de ir a mi apartamento había quedado para desayunar con el Moscovita, como le llamaba «cariñosamente». Quería respuestas y para eso tenía que ver a Sergei en persona.

—Después te llamo a mediodía.

Forzando una sonrisa me puse de puntillas y besé su apetecible boca.

—Recuerda lo que hablamos ayer por la noche sobre Zakhar y su gente —dijo acunando mi rostro entre sus manos y me lo quedé mirando muda de asombro.

¿Sería posible que ya supiera que había quedado con Sergei?

Rápidamente descarté esa idea cuando se despidió de mí con un apasionado beso en la puerta de su Penthouse.

Me comió la boca, tomando posesión de ella con largos y profundos lengüetazos. Con sus dedos entre mi pelo sujetándome con fuerza, me saboreó a placer, provocándome con la promesa de lo que haríamos en cuanto nos viéramos de nuevo.

—Hasta luego, Caprichosa —susurró con tono excitante sobre mis labios.

Los sentía hinchados y calientes, por el efecto afrodisíaco de la experta seducción de su boca.

—Hasta luego, Gigoló —gemí, casi perdida en sus brazos.

Si me besaba una vez más de esa forma no tendría la energía para despedirme de él.

—Adiós.

Sin aliento me separé de él y me marché llevándome conmigo sus maravillosos besos grabados en mis labios.

Brooklyn era un buen sitio para comenzar la jornada. Mientras en Manhattan todo iba muy deprisa desde primera hora, en Brooklyn parecía que los tiempos eran más relajados, los vecinos del barrio tenían un ritmo de vida más humano, más calmado. Menos yo, claro está, que salía de mi apartamento a la carrera después de haberme cambiado de ropa, dar de comer y beber a mi gata, cambiar la arena y por último entregar una llave de recambio a mi vecino y super bailarín Norberto en vistas de que el día sería aún más largo que el anterior.

Me dirigía a Five Leaves que cuando abrió hubo cierto revuelo por que uno de los inversores iniciales era el difunto actor australiano Heath Ledger. Planeaba abrir el restaurante cuando su muerte repentina truncó el proyecto. Los socios decidieron retomarlo y abrir el local en su memoria, y a día de hoy, años después de su fallecimiento, tenían colas en la puerta a diario por méritos propios. No se podía reservar, así que aceleré el paso para llegar un poco antes de las diez. Lo más probable era que tuviéramos que esperar y lo que menos deseaba era que Sergei me propusiera dar un paseo por McCarren Park. Fives Leaves estaba en Greenpoint, muy cerca de Williamsburg, dos barrios estupendos, llenos de mercados donde era imposible aburrirse y no quería ningún tipo de paseo romántico que pudiera dar pie a malinterpretaciones.

«Vamos a ver que me cuenta Sergei durante el transcurso del desayuno», pensé mientras cruzaba Bedford Avenue, viendo a Sergei esperándome en la puerta.

—¿Hay que hacer cola? —dijo un pelín malhumorado.

—Sí, vamos a decirle al camarero que nos apunte.

—¿No se puede reservar?

—No, aquí o vienes muy temprano, o hacer cola es inevitable. Lo bueno es que la espera merece la pena.

Fives Leaves era un restaurante de ambiente hipster y carta deliciosa, en el que siempre había una multitud haciendo cola.

El local era muy pequeño, con una decoración marinera, con acabados en madera que recordaba a un barco antiguo. Tenía detalles de los que te enamoraban, como las flores frescas encima de cada mesa. Un camarero tomó nota de mi nombre, me preguntó si prefería que nos sentáramos dentro o en las mesas de fuera y lo tuve claro.

—Queremos una mesa tranquila dentro, donde disfrutar con calma de unos deliciosos pancakes —le dije al camarero y me sonrió al exteriorizar mi antojo.

Si algo me gustaba de Fives Leaves era el buen ambiente y la amabilidad del servicio.

—Tendré una mesa libre para vosotros en unos quince minutos —me respondió.

En la barra con taburetes altos muchas personas tomaban café, otros pedían para llevar por la ventana que daba a la calle, pero la mayoría quería una mesa donde disfrutar de los brunch más famosos y apetecibles de Brooklyn.

—¿Qué me recomiendas? —me dijo Sergei en cuanto nos sentamos en nuestra mesa.

Me miraba por encima de la carta con sus ojos irresistibles del color del cielo mientras el camarero esperaba para anotar el pedido.

—Si te apetece salado, puedes pedir el Moroccan Scramble, un revuelto de huevos, salchicha, garbanzos y aguacate con pan tostado. Si eres goloso, que sé que lo eres, alucinarás con los Ricotta Pancakes, una torre de tortitas con jarabe de arce y una tonelada de plátano, fresas y arándanos. Yo voy a pedirme los Ricotta Pancakes.

El camarero que sujetaba el bolígrafo en la mano de seguida escribió en su libreta.

—Apunta para mi también lo que acaba de pedir esta preciosidad de mujer —dijo Sergei con una amable sonrisa.

El camarero asintió con la cabeza sin levantar la vista de la libreta y tomó nota a continuación de las bebidas. Un café para Sergei y un zumo de naranja para mí. Después se marchó con la misma rapidez con la que había llegado.

Respiré hondo, pues deseaba que fuera un desayuno sosegado, con una conversación normal entre dos viejos amigos que se reencontraban, pero sabía que no sería así. Ahora venía lo difícil. No podía permitirme el lujo de perder una mañana entera. Tenía que ir a la oficina, Sheen esperaba mi unidad de memoria USB para ver lo que tenía planeado Zakhar.

—¿Qué tal sigue la relación con tu padre, Alimzhan Kalashov? —pregunté con aire casual—. El otro día leí una revista donde salía él y pensé en ti.

La efímera tranquilidad que teníamos se desmoronó ante mi primera pregunta. Se lo vi en la cara.

—La relación con mi padre es intermitente —contestó fríamente—. En términos generales es buena, pero casi no tenemos contacto.

El tono de su voz me pilló por sorpresa y sin transición, pregunté:

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

El camarero llegó en ese momento con la bebida que dejó encima de la mesa y se alejó.

—¿Qué tipo de información publicaba la revista? —preguntó Sergei como si no me hubiera oído antes mientras abría el sobre de azúcar—. Seguro que su regreso a Moscú tras casi una década residiendo en el Reino Unido.

En ese momento me di perfectamente cuenta de que evitaba responder a mi pregunta y me esforcé en componer una expresión relajada.

—No precisaba las razones de su regreso a Moscú —dije en tono neutro, removiendo mi cuchara en el zumo—. Pero mencionaba que estaba siendo examinado con lupa por un fiscal especial, nombrado por el Ministerio de Justicia del Reino Unido para investigar sus negocios.

Fijé mis ojos en los suyos, sosteniéndole la mirada y su pecho se expandió al respirar profundamente.

—Mi padre ha construido estrechas alianzas con las élites políticas locales, nacionales e internacionales, tiene enemigos por todas partes —murmuró con seriedad—. Es normal que le investiguen.

—¿Aún sigues usando el apellido Kulkov? ¿O decidiste volver a tus orígenes con el apellido Kalashov?

El camarero llegó con nuestros deliciosos pancakes y esperé pacientemente a que Sergei me respondiera. Rezaba por que esta vez no ignorara mis preguntas por completo.

—Sigo usando el apellido de mi madre —dijo tras cortar un trozo de pancake con la ayuda del tenedor y el cuchillo.

Su respuesta no hizo que me sintiera mejor.

—Aún hoy en día me sigue sorprendiendo que siendo el hijo de uno de los hombres más poderosos del planeta, reniegues de su apellido, tengas la nacionalidad francesa, y trabajes de policía pudiendo disfrutar de una inmensa fortuna —dije impulsada por la necesidad imperiosa de conocer su vida.

Observé como el rostro de Sergei se endurecía hasta formar una máscara amarga.

—Tú también eres hija de un empresario millonario y trabajas en el FBI —dijo con brusquedad tras soltar el tenedor y el cuchillo.

—Punto para ti —murmuré, y sin poder apaciguar mi lengua añadí—: Pero yo no reniego de mi origen.

Un brillo intenso destelleó en sus pupilas azules y de inmediato decidí dar un giro a la conversación. Era muy, muy difícil, mantener un diálogo con un hombre con el que había tenido una gran química.



—¿A qué has venido a Nueva York, Sergei? —pregunté al mismo tiempo que cortaba un trozo del delicioso pancake —. En la tienda me dijiste que... bueno, ya sabes... —luché por encontrar las palabras.

Aspiré un buen trago de aire y lo intenté de nuevo.

—Lo que quiero decir es que...

—He venido por ti —me interrumpió.

—¿Qué?

—Quiero recuperarte —susurró, inclinándose hacia delante en la mesa y yo como acto reflejo retrocedí.

—¿Estás loco?

Sergei inspiró con fuerza.

—Sí, por ti —dijo mirándome a los ojos—. Si me mudara a Nueva York...

—¿Y tu trabajo? ¿Simplemente crees que viniendo aquí todo va a volver a lo mismo que teníamos antes de que me marchara de París?

Ahora la que le interrumpió fui yo.

—Sí. —sonrió.

No me sentía cómoda con Sergei. Él sabía que tenía un físico de infarto, desprendiendo toda la sensualidad que Dios le había dado en mí. Y en el pasado, su rostro habría removido algo dentro de mí, pero ahora no tenía ningún efecto sobre mí. Mi corazón y mis pensamientos pertenecían a Lucas.

—Sergei, sé a que has venido en realidad a Nueva York. No juegues conmigo por que te aseguro que yo sé jugar mejor.

—¿De qué hablas?

—Tu padre está en la ciudad.

El rostro de Sergei se crispó.

—¿Y?

—Antes no quisiste responder a mi pregunta de si lo habías visto y sé que lo has visto. Pero sobre todo, sé a qué se dedica tu padre realmente. De donde viene su dinero. Solo me falta saber que papel tienes tú en sus negocios.

Cuando iba a soltarle todo el tema de la mafia, las mentiras, algo ocurrió que me distrajo.

Sentí que Lucas entraba en el restaurante antes de verlo. Mi cuerpo siempre era muy sensible a su presencia, pero en los últimos días esa sensación se había incrementado, volviéndose más intensa. Giré la cabeza hacia la entrada del restaurante y lo vi.

Pocas cosas en la vida me dejaban maravillada de asombro hasta cortar mi

respiración. Lucas guapísimo y cabreadísimo a partes iguales encabezaba la lista.

—Sergei, tengo que irme —murmuré agobiada con el corazón acelerado.

Lucas como si me oyera me miró, algo imposible por la distancia, y empezó a avanzar con facilidad entre los camareros y la gente que se abría para dejarle paso.

—Dangelys, no te vayas. No estoy jugando contigo. He venido a Nueva York porque quiero recuperarte —dijo Sergei, sujetando mi muñeca.

—¡Suéltame!

—Por favor, créeme.

Lucas clavó sus ojos en Sergei, vi que un músculo vibraba en su mandíbula y supe que quería matarlo. Me iba a dar un infarto al ver como cruzaba el salón del restaurante luciendo unos vaqueros con una cazadora de cuero negra. Caminaba con feroz elegancia, y su paso exudaba una sexualidad inconfundible a la par que anunciaba peligro a escala mundial. El restaurante estaba lleno de gente, de hombres y mujeres, que desayunaban enfrascados en alegres conversaciones y me daban ganas de gritar:

¡TODOS AL SUELO!

La mirada de Lucas era letal y se mantenía fija en Sergei, más concretamente en su mano que agarraba mi muñeca.

—Está bien, reconozco que sé a que se dedica mi padre, por eso no quiero llevar su apellido. Pero por favor, créeme, Dangelys. No estoy metido en ninguna clase de negocio con él. Estoy aquí por ti. Te quiero en mi vida, dame la oportunidad de demostrártelo esta noche, en una cita —me suplicó Sergei ajeno al tsunami que se nos echaba encima.

—Dangelys.

Lucas deslizó la mano por mi cadera a la que me tuvo a su alcance y el calor de su cuerpo me traspasó. Sergei casi se cayó de la silla al verlo.

—¿Qué haces aquí? —le dije a Lucas.

—He venido a recogerte —me rodeó la cintura con el brazo con gesto descaradamente posesivo y Sergei soltó mi muñeca ante la mirada glacial de Lucas—. Tu desayuno con el Moscovita ha finalizado.

—No sabía que tenía un tiempo estipulado —mascullé, y se tensó al oír mi tono de voz.

—¿No pensarías de verdad que iba a permitir que pasaras la mañana con él? —dijo entregándome el bolso—. Te vienes conmigo.

Dejó un billete de cincuenta dólares en la mesa y me hizo girar para que enfilara el pasillo entre las mesas.

—Vaya, ¿no sabía que estabas saliendo con alguien, Dangelys? —dijo Sergei en voz alta sin poder ocultar la rabia en su voz y Lucas se detuvo—. Su cara me suena mucho, como si lo hubiera visto en otro lugar. ¿No me lo vas a presentar antes de irte?

Escuché como Lucas tomaba una respiración profunda al mismo tiempo que me soltaba y temí lo peor.

Podía sentir la enorme tensión que le recorría el cuerpo, y como intentaba controlarse.

—Conmigo no hace falta que hagas ningún papel. Sabes perfectamente quien soy, ¿adónde quieres llegar engañándola? —bisbiseó Lucas.

—Perdona, pero sigo sin saber quien eres.

El corazón se me detuvo cuando Lucas se inclinó hacia él.

—Quiero que te alejes de Dangelys —siseó a escasos centímetros del rostro de Sergei y lo encañonó con una pistola en el costado sin que nadie se percatara a nuestro alrededor—. Moscovita, te quiero lejos de ella o te cortaré la cabeza y tu propia polla y te la colocaré entre los labios como si fuera un puro.

Su cuerpo tapaba la mano con la que empuñaba el arma y Sergei abrió los ojos por la firme amenaza. Pero no dijo ni hizo nada en el momento que Lucas se guardó la pistola, le dio la espalda y deslizó una mano por mi cadera para guiarme hacia la salida del restaurante.

—Te dije que no te quería cerca de la gente de Vladimir —gruñó Lucas cabreado nada más salir por la puerta.

—No. Tú me dijiste que no me acercara a Vladimir, a Petrov, y que no pisara Beautique —repliqué, desafiándolo con la mirada.

Caminábamos por la acera entre las personas desconocidas sin detenernos, con un paso firme y rápido en dirección a su Jaguar.

—¿Tienes el poder de contradecirme? —masculló, y me rodeó con su brazo por la cintura.

—Sí.

Se detuvo en seco.

—Caprichosa... —susurró en un tono claro de advertencia.

Sus ojos oscuros me miraban desde un rostro marcado por la tensión y sentí un hormigueo por el cuerpo.

—No está mal tirar por tierra algunos de tus argumentos —murmuré—. Valoro que quieras protegerme, pero yo debía solucionar mis cosas y Sergei era un asunto que tenía que resolver.

En una corta respiración vi como perdía su férreo control.

Dejó toda la cautela demostrada en el restaurante a un lado y me atrajo hacia su duro pecho. No me resistí, apreté mi cara contra su fuerte cuerpo y me aferré a él. No podía culparle por estar preocupado.

—¿Sabes quién es tu «amigo» Sergei? —me preguntó con voz tensa—. Su padre, Alimzhan Kalashov pertenece al crimen organizado.

—Sé quién es ese hombre —respondí al instante nerviosa, y alcé la cabeza, de modo que nuestros ojos se encontraron—. Pertenece a la gran mafia rusa.

—Exacto —dijo intercambiando la mirada entre mi rostro y la calle—. Alimzhan Kalashov maneja una buena porción del tráfico de armas, drogas y material nuclear en la desaparecida Unión Soviética. Y tú estabas desayunando con su hijo tan tranquila como si nada. Quiero que tengas más cuidado.

Notaba su estado de alteración, sus celos, sus nervios, todo mezclado, y respiré hondo.

—Yo siempre tengo mucho cuidado —susurré.

—¿Sí? —Lucas aproximó sus labios a los míos—. Pues a partir de ahora quiero que tengas más cuidado. No quiero verte cerca del Moscovita.

Lanzó una ojeada a nuestro alrededor y luego me apretó contra él.

—Tienes que aprender a confiar en mí —dije depositando un beso en su amplio pecho y la tensión pareció diluirse un poco de su cuerpo.

—Lo hago, pero me pone muy nervioso tener a tanta gente peligrosa perteneciente a la mafia a tu alrededor.

—Deja de preocuparte.

Eché la cabeza hacia atrás para mirarlo y sin previo aviso me besó con muchísima intensidad. Me absorbió la fuerza de su beso como un fuerte torbellino, tirando de mí hasta que casi me desintegré entre sus brazos.

—El FBI al igual que las fuerzas de seguridad de todo el mundo, están salpicados por todo el dinero que chapotea alrededor de la mafia. A Romney le preocupa que ese dinero pueda comprar a algunos de sus agentes, o corromperlos. Quiere un equipo limpio, pero eso es imposible. Vladimir Zakhar es un depredador con un apetito voraz e insaciable de ganancias y poder. Un jugador a escala mundial y tiene topes en todas partes. Sergei es uno de ellos en Francia. No lo creas cuando te hace ver que no está metido en los negocios de su padre, porque tengo pruebas que demuestran lo contrario.

Pulsó el botón del mando para abrir el Jaguar estacionado de forma ilegal en una parada de autobús.

—¿Tienes pruebas? ¿Qué pruebas? —dije estudiando su rostro—. No podemos condenarlo simplemente por ser hijo de quien es.

Lucas se apartó con la mandíbula apretada.

—Sergei, miente tan bien como le mentía Oleg a mi madre —masculló entre dientes.

Abrió la puerta del coche de golpe de un fuerte tirón, se metió dentro y encendió el motor.

—No los puedes comparar —dije sentándome en el asiento del copiloto.

Se giró hacia mí desde su asiento y me miró como si estuviera en guerra consigo mismo antes de incorporarse al tráfico.

—Oleg mintió a mi madre cuando yo era pequeño, intentando dar una buena imagen, no parecer un asesino. Los mejores mentirosos eluden la verdad, aunque se mantienen lo bastante cerca de ella. Quizá hay migajas de verdad en lo que te proclama Sergei, puede que la verdad se halle en un punto intermedio, pero no lo creas cuando te dice que él no está metido en los negocios de su padre. Tengo pruebas que demuestran lo contrario y que te enseñaré en cuanto pueda.

—¿No me puedes adelantar de que pruebas se trata?

—No, ahora no. Te llevo al trabajo —concluyó.

Volvió la cabeza hacia el cristal delantero del Jaguar y me quedé totalmente quieta en el asiento con la respiración agitada. Deseaba hacerle preguntas sobre Sergei, del tipo de si las pruebas habían sido obtenidas de manera lícita o ilícita. Pero también quería averiguar sobre su vida de pequeño con Oleg. Resultaba muy difícil saber que pensaba, descubrir los enigmas de su pasado, sin parecer que le estaba realizando una entrevista terapéutica o un trabajo de investigación.

Durante un par de minutos mientras Lucas circulaba a toda velocidad hacia el lado oeste de Midtown, me devané los sesos en buscar las palabras adecuadas. Quería encontrar el centro desde el cual irradiaban sus pensamientos y sus sentimientos.

—¿Cuéntame como fue la relación con tu padre cuando eras pequeño? ¿Cómo era Oleg contigo? —pregunté en voz baja.

No estaba segura de que me fuera a responder. Notaba su mirada prendida en el vacío lo que me causaba dolor. Sabía por boca de su madre cuanto había sufrido de pequeño. Giró bruscamente la cabeza hacia mí, entreabriendo la boca al mirarme a los ojos, y fue entonces cuando me percaté de todo el dolor que albergaba en su interior.

—No me gusta recordar, Caprichosa —dijo tenso y desvió su atención a la calle.

Un nudo apareció en mi pecho.

Extendí mi brazo y toqué su mano que temblaba en el volante como la réplica de un terremoto fiel a la experiencia crítica de su pasado y me dio una punzada en el corazón.

—Comprendo que no quieras recordar tu niñez —susurré, dejando caer mi mano en mi regazo.

Esperé en silencio a que él dijera algo más, pero permanecía replegado en sí mismo, mientras yo me hundía en sus arenas movedizas. Sus ojos parecían anclados en el pasado y calculando el riesgo, decidí olvidar el tema. Aunque deseaba que él se abriera a mí, no quería presionarlo más de la cuenta.

Levanté la vista hacia los rascacielos, en ese momento pasábamos por Times Square y tuve que edificar un muro de contención para que mis emociones no se desbordaran. Lucas tenía miles de espinas que tocaban su corazón, con un alto porcentaje de cruel tormento, y lo cierto es que me sorprendió cuando inexplicablemente habló.

La voz de Lucas resonó en el habitáculo del Jaguar llenando el vacío y no pude más que amarlo más. Que se abriera a mí, que fuera capaz de confiar, aunque solo fuera por un pequeño y efímero momento, evocaba en mí una cuota de ternura y amor inmenso.

—«Tu padre no es un héroe, es un asesino», me había dicho un niño en el colegio —empezó a decir—. El recuerdo es difuso, borroso, pero el dolor está ahí. No sabía que aspecto tenía un asesino, pero no me imaginaba a mi padre con una pistola y las manos llenas de sangre. Mi padre me leía cuentos, le encantaba jugar conmigo a baloncesto, veneraba a mi madre. Nos quería aunque su ausencia fuera más notable a medida que yo crecía. A Scott y a mí nunca nos había faltado un gesto de amor y cariño. Hasta que, llegó esa fatídica noche y con ella la verdad... Mi padre decía que nos quería, pero permitió que intentaran matar a mi madre.

Lucas agarraba el volante con fuerza y lo miré con el corazón latiéndome frenético al igual que las pantallas de Times Square que proyectaban anuncios luminosos sin cesar. Una multitud de turistas ocupaba cada centímetro, vendedores, artistas callejeros... Sentía el pulso de Times Square lo mismo que sentía el mío, tremendamente aelerado. No estaba segura de si podría moverme o respirar sin riesgo a romperme ante la forma de abrirme Lucas su corazón, de un modo profundo y genuino.

—Oleg se ausentaba de mi casa por días, se iba a matar a gente. Su dinero, era dinero manchado de sangre y con él pagaba mi colegio, mi ropa, mi comida, me permitía tener pequeños tesoros inalcanzables para el resto de los niños del colegio. Quizá fue envidia lo de ese niño y por eso me gritó que mi padre ganaba dinero por matar a la gente, que era un asesino, y me dije que averiguaría la verdad. Pero no hizo falta, la verdad llegó sola la noche que tuvimos que huir de mi casa. Fue muy duro descubrir que mi padre formaba parte de la mafia y que quería muerta a lo que yo más quería... Mi madre. Yo solo era un niño cuando mi padre permitió que pudiéramos presenciar un asesinato. Si no llega a ser por John que nos sacó de allí. Trato de no pensar en aquella noche pero es imposible no recordar como tuve que aferrarme asustado a la espalda de John para descender por un árbol y escapar del sicario bajo una oscuridad aterradora. Solo tenía cinco años...

Paró de hablar y le acaricié la mejilla creyendo haber detectado un tenue matiz de tristeza en su voz, pero al desviar su mirada hacia mí, solo vi su rostro severo.

—Tuvo que ser muy duro para ti —susurré con la voz estrangulada por la emoción.

No sabía como había sobrevivido a ese infierno, pero presentía que fue gracias a la frialdad y al endurecimiento que formó su carácter tras tanto dolor.

—Sí, no entendía nada. De pronto, se derrumbó mi mundo. Pasaba las noches pensando que sucedería con nosotros. Mi constante con seis, siete, ocho años, era esperar que aparecieran, y ver como la que había sido hasta ese momento mi dulce y cariñosa madre se convertía en un ser temeroso. La incertidumbre se adueñó de mí, también la tristeza. Casi nunca hablaba con nadie. El dolor sin darme cuenta me fue cambiando, me convirtió en otro durante años, hasta que conocí a mi gran amigo Isaac.

Sentía como se me rompía el corazón a pedacitos con su historia. Nada me podría haber mentalizado para poder superar el dolor de ver sus sentimientos heridos. Aturdida, apenas era capaz de contener las lágrimas y las ganas que tenía de abrazarlo.

—Fue un proceso largo y lento volver a confiar en alguien. Pero Isaac se ganó mi amistad —dijo con voz suave rompiendo de nuevo el silencio—. Con el paso de los años construí una imagen, en base a la experiencia que viví. Adopté una postura, y me inventé socialmente. Sabía que actuando de esa manera, irían pasando los años y mi herida se secaría —dijo, aunque un extraño brillo en su mirada traicionaba sus palabras.

«Su herida jamás se había secado.»

—Quería una vida estable para mi madre y mi hermano. Soñaba con que algún día dejaríamos el miedo atrás y construiríamos un futuro lleno de seguridad. Creía que en São Paulo, todo iría como una balsa, pero no fue así. Llegó el huracán que lo derrumbó todo... Vladimir. Y una vez más, me tocó sufrir, confiar en el destino.

—¿Vladimir os encontró?

—Sí, y mi madre decidió que lo mejor para mí era separarnos por un tiempo. No quería ponerme en peligro. Sabía que Vladimir iba tras ella, y me dejó con tu padre en Río de Janeiro confiando en él, en el destino, y en que Dios algún día nos volvería a juntar de nuevo más adelante. A Scott como era tan pequeño, no tuvo más remedio que llevárselo. No quería dejar una carga tan grande a tu padre, que por aquel entonces no estaba ni siquiera casado con tu madre.

Contemplé su perfil y una ola de recuerdos cayó sobre mí. Recuerdos de Lucas de adolescente de visita en mi casa. Algunas visitas eran cortas acompañado de una señora que pensaba que era su madre. Otras visitas las hacía solo y duraban días o semanas cosa que yo no llegaba a comprender, pero que ahora cobraba todo el sentido. Como mi padre lo trataba como a un hijo, al igual que mi madre.

—Siempre me había hecho mil conjeturas de por qué mi padre te alojaba en mi casa —susurré, apartándome el pelo de la cara—. Jamás imaginé que era por algo así.

Lucas estiró su brazo derecho hacia mí y pasó sus dedos por mi pelo.

—Tu padre y tu madre se merecen todo mi respeto y cariño por lo bien que se han portado conmigo a lo largo de todos estos años. Tu madre nada más casarse con tu padre me quiso sin conocer apenas las circunstancias en las que tu padre había tomado la decisión de hacerse cargo de mí. Solo puedo tener palabras de agradecimiento para los dos. Han sido como mi familia... y lo he echado todo a perder al enamorarme de ti —dijo tras inspirar profundamente.

—No digas eso —susurré, clavando mi mirada en él—. Yo también respeto mucho a mis padres, pero te quiero y te necesito con locura.

—Te quiero, Dangelys —Sus dedos pasaron lentamente de mi pelo a mi mejilla y tomé aire cuando devolvió la atención a la calle.

Con él experimentaba la mejor turbulencia hasta que sincronizábamos. Él y yo estábamos conectados entre sí de alguna manera inexplicable, desafiando toda lógica. Conducía el coche en aparente calma, miraba el asfalto de forma



serena. En algunos instantes de nuestra conversación había notado su furia, su ira ciega... terrible en sus ojos al hablar de su padre. Pero si mirabas en profundidad sus ojos, encontrabas que la furia era solo una máscara, y que detrás de esa máscara de furia, en realidad, estaba escondida la tristeza.

Lucas tenía el corazón endurecido. Lidiaba una gran batalla desde niño. La furia no era más que tristeza enmascarada, y la tristeza pedía a gritos amor.

—¿A qué hora saldrás hoy? —me preguntó una vez que detuvo el coche en una calle aledaña a la Oficina Federal de Investigación para que no nos viera nadie.

—No lo sé. Depende —dije, desabrochando mi cinturón de seguridad.

Me veía en el dilema de decidir si debía contarle el tema de la redada y correr el riesgo de que se opusiera, quizá tomando alguna medida extrema. No sabía cual sería su reacción.

—¿De qué depende?

Decidí ser sincera.

—De si llevamos a cabo una redada contra una operación de la Mafia. Nos veremos a la noche en mi apartamento —le prometí de prisa, ya bajándome del coche.

—Espera —murmuró—. ¿Pensáis arremeter contra Vladimir Zakhar?

—Sí.

Me sorprendió ver que se bajaba también del Jaguar. Alto, fuerte y esbelto, con sus anchos hombros envueltos en una chaqueta de cuero negra rodeó el coche y se me cortó la respiración.

—¿Vas a participar en la redada? —dijo entrelazando su mano con la mía.

—Si ocurre, lo más probable es que sí.

—¿Tengo la más mínima posibilidad de que si te pido que no vayas me hagas caso?

Tiró de mí hacia él, pegándome a su fornido cuerpo.

—Lucas...

Sentí que me flaqueaban las piernas.

Su aroma embriagador y varonil me envolvía como una droga, adictivo, suficiente para que mi cerebro dejara de funcionar, y tragué saliva nerviosa.

—Es una operación muy importante —dije con voz suave—. Tengo que ir.

—Lo sé, pero eso no quita que tenga deseos de impedir que participes en la redada.

Lucas centró su mirada llena de preocupación en mis ojos y traté desesperadamente de que los latidos de mi corazón no se desbocaran cuando

puso su mano en mi barbilla y me la levantó despacio.

—Por favor, no bajas la guardia con nadie —susurró dirigiendo sus ojos oscuros hacia los míos.

—¿Por qué? ¿Sabes el nombre del informante de Vladimir? —pregunté con un gran desasosiego en mi fuero interno.

—Tengo una fuerte sospecha. He registrado unos datos en el sistema informático del Centro de Inteligencia, y en cuanto me confirmen los investigadores una cosa que quiero saber te revelaré el nombre.

Me dio un delicado y prolongado beso en los labios y cerré los ojos.

—Por favor cariño, ten mucho cuidado —susurró, deslizando su mano con veneración por mi mejilla hacia mi cuello y me estremecí.

—Quiero que estés tranquilo —le dije con confianza.

—Eso que me pides es imposible. Estaré jodidamente preocupado por ti —gruñó con sus labios cerniéndose sobre los míos.

—Tengo plena confianza en que todo saldrá bien —dije sumergida en sus ojos oscuros.

El calor abrasador de su mirada y de su cuerpo hacía que mis emociones se agolparan y se estrellaran contra un acantilado.

—La confianza no significa que todo vaya a salir bien. Significa que todo está bien en este instante. Las personas que arriesgan su vida al igual que la confianza, no conocen el futuro, solo conocen el presente. No caigas en la trampa de pensar que todo va a salir bien porque creas que vas por delante de Vladimir. Él es experto en manipular la existencia.

Mi corazón latía con fuerza mientras lo escuchaba atentamente, y antes de que pudiera asimilar sus palabras siquiera, sus labios se fundieron con los míos en un beso desesperado y hambriento. Con los nervios a flor de piel y transeúntes que pasaban por la acera junto a nosotros, ambos introdujimos la lengua en la boca del otro con una pasión que no conocía de límites. Me empujó contra la carrocería del Jaguar con posesividad, atrapándome con su cuerpo, y lo agarré del pelo para adueñarme de su boca durante un momento que me pareció eterno.

—Quiero que tengas mucho cuidado. No quiero vivir sin ti —me dijo con la mirada endurecida por la necesidad y acaricié su mandíbula con mis dedos.

—No te preocupes, estaré alerta —suspiré sin aliento—. Te quiero, Lucas.

Me marché con el deseo profundo de regresar a su lado. Cada detalle, cada palabra, cada gesto, beso y sensación se repetían en mi mente mientras caminaba por la acera. Crucé la avenida y me giré cuando ya entraba por la

puerta del edificio al oír el sonido del motor y el inconfundible ruido del tubo de escape del Jaguar.

Lucas apareció por la esquina y pasó por delante pisando a fondo el acelerador, dejando notar la subida de vueltas de manera contundente, con claros petardeos al soltar el pedal.

Me quedé quieta notando como se aceleraban mis latidos.

Imaginaba sus ojos que emanaban agresividad tras los cristales oscuros del coche. Su corpulento cuerpo dentro del Jaguar que se alejaba a toda velocidad, y solo el sorprendente valor a la simple suma aritmética del él y yo, provocaba que mi corazón latiera aún más acelerado.

Hoy era un día decisivo, sabía que detener a Vladimir Zakhar era muy importante para el futuro de nuestras vidas. Tenía que actuar con inteligencia para que el informante de Zakhar no sospechara nada. Conforme entraba al edificio y posteriormente al ascensor, no dejaba de pensar quién podría ser el topo. Sabía que era alguno de mis compañeros, alguien de mi entorno, y eso hacía que sintiera un gran peso en el pecho. Tenía que manejar el asunto con especial cuidado para no levantar sospechas. Aparentar total y completa normalidad ante mi ausencia del día anterior. Sin embargo, cuando se abrió la puerta del ascensor y vi a a dos personas con sus ojos fijos en mí, como si me estuvieran esperando, sentí que el corazón me daba un vuelco.

—¡Hasta que por fin apareces!

## Capítulo 11

### Shock

—¡Hombre, Dangelys, hasta que por fin apareces! —me dijo Savannah, sujetándome del codo con descaro—. ¿Dónde te habías metido?

Parecía que me estaba esperando al igual que Walhberg que me miraba desde su mesa con cara de pocos amigos.

—¿Me estabais esperando? —sonreí, dejando que me guiara Savannah hacia su mesa en vez de la mía.

—Nosotros no —murmuró Walhberg levantándose de la silla.

—Quien te está esperando es el mismísimo James Romney —comentó Savannah a mi derecha.

—¿A mí?

Me hice la sorprendida.

—Sí, a ti. Está en el despacho de Sheen —dijo Walhberg situándose delante de las dos—. Tenemos que hablar un momento de lo que sucedió ayer antes de que vayas al despacho de Sheen a ver a Romney.

Sabía que me preguntaría por esa llamada en la que le pedí información sobre Irina.

—Ponte a la cola —dijo Savannah—. Primero voy yo.

Walhberg le impedía el paso a Savannah que quería llevarme del brazo hacia su mesa.

—¿Qué te traes entre manos, Dangelys?

Mi rubia compañera ante su resistencia, con una hábil maniobra digna de figurar entre las hazañas de la caballería de Alejandro Magno, tiró de mí hacia la izquierda con un cambio de dirección entre dos mesas y lo sorteó sin problemas.

—Me tienes que contar que has estado haciendo. No he sabido nada de ti desde que te vi por última vez bailando con tu amigo Norberto en el Club Copacabana —susurró para que no la oyera Walhberg que se quejaba de la jugada.

—No puedo hablar contigo ahora, llego tarde. Después te cuento —le dije a Savannah deshaciéndome de su agarre y le nacieron arrugas en la frente que

jamás había visto.

—¿Por qué Romney quiere verte?

—¡Agente Neymar! ¿A qué espera para venir? —gritó Sheen, apareciendo de manera imprevista con una carpeta en las manos y los tres nos sobresaltamos.

—Sí, ahora iba hacia allí —dije caminando como una exhalación hacia él.

Me di la vuelta justo antes de desaparecer por el pasillo con cara de mártir y capté la exhaustiva radiografía a la que me sometían Walhberg y Savannah desde sus mesas. Tomé aire y les dirigí una sonrisa alegre que para nada reflejaba mi estado de ánimo.

¿Sería uno de los dos el topo?

La cara es el espejo del alma y trataba de camuflar mis sentimientos. No podía evitar actuar con recelo. Era cuestión de supervivencia. El afán innato de querer averiguar quien era el topo, la persona en la sombra que filtraba información, me hacía estar en alerta.

—¿Trae la unidad de memoria USB? James Romney y yo necesitamos ver lo que hay guardado en el dispositivo.

—Sí, lo llevo en el bolso.

Sheen y yo cruzamos una puerta de seguridad, subimos a toda prisa un tramo de escaleras, dirigiéndonos hacia su despacho. Me abrió la puerta en un gesto de caballerosidad y antes de entrar miré hacia la derecha al percibir movimiento en la sala de conferencias.

—Nos están esperando. He convocado una reunión —dijo Sheen—. Vamos a tener un día largo e intenso por delante.

Sentados alrededor de la mesa de roble de la sala de conferencias había nueve personas, investigadores y expertos del FBI.

—Buenos días, agente Neymar.

Me giré hacia la voz masculina que provenía de dentro del despacho y tuve que hacer un esfuerzo por parecer tranquila.

—Hola, Señor Romney —murmuré alargando mi brazo para estrechar su mano.

—Siéntese —dijo el Director del FBI de forma educada después de soltar mi mano—. Antes que nada quiero que sepa que la felicito por haber tenido las agallas de entrar en el despacho de Dimitri Petrov.

—Gracias.

Le entregué sin demora el pendrive a Sheen y lo introdujo en la ranura de su ordenador portátil.

—He estado hablando con Sheen de usted y me alegro que forme parte del

equipo que efectuará la redada.

—Estoy deseando atrapar a Vladimir a Zakhar —murmuré con gesto serio.

—El FBI y la CIA llevan años tras él. ¿Ha averiguado el lugar y la hora dónde van a cerrar ese negocio?

—Sí, será a las siete en uno de los dos almacenes que tiene Zakhar en el barrio de Queens. Pienso que en la reunión deberíamos dar solo la información del almacén donde se realizará la venta de armas y no mencionar que conocemos la dirección del otro para protegernos de la posibilidad de que alguien que esté infiltrado le sople a Vladimir nuestras intenciones. Si mencionamos en la reunión la dirección de los dos almacenes, Zakhar venderá sus armas en otro lugar distinto y perderemos la oportunidad de atraparlo. En cambio, si solo decimos uno, lo más probable es que traslade la venta al otro almacén. Debemos aprovechar la ventaja que tenemos sobre él.

—Sí, estoy de acuerdo. No podemos dejar que se nos escape esta oportunidad de las manos. La CIA tiene infiltrado un agente desde hace años en las filas de la organización criminal para intentar tener acceso a la información clave. Pero la cosa se complicó al descubrirse los lazos familiares de ese agente con los líderes —dijo Romney mirándome directamente a los ojos.

«Scott...»

Sheen lanzó un sonoro bufido al abrir una de las carpetas y ambos desviamos la mirada hacia él.

—Hay que activar el protocolo —dijo Sheen sin despegar la vista de la pantalla del ordenador—. Van a vender AK 47 y munición para liquidar a todo un ejército.

—Este hombre es capaz de vender armas simultáneamente a Dios y al diablo sin hacerse un rasguño, pero eso se va a acabar —masculló Romney acercándose al ordenador—. El juez firmará las órdenes de detención y los registros en los dos almacenes. El topo solo debe saber que tenemos el nombre de uno de los almacenes. Concretamente el antiguo almacén de trolebuses. Pero realizaremos dos redadas para capturar a los responsables del tráfico de armas y de drogas de la ciudad.

—Necesitamos ejecutar también una orden de registro en Beautique —dije escuetamente.

No podía olvidarme de Irina, ella me necesitaba. Beautique era uno de los negocios de Petrov. Era muy importante que el FBI se personara sin previo aviso allí y buscara los mismos documentos y material escrito que había encontrado yo

pero obteniéndolos de manera legal.

—Nos pondremos manos a la obra de inmediato para poder realizar las tres redadas. En la reunión que tendremos ahora solo mencionaré una de las redadas. Seguidamente convocaré otra reunión con un grupo especial organizado por la CIA para que lleve a cabo las otras dos redadas.

—Yo quiero ir al segundo almacén en caso de que Zakhar mueva el cargamento del primero —dije tras poner en una balanza riesgo y resultados.

Esta noche necesitaba cobrarme más de una deuda, necesitaba la aprobación del alto mando del FBI. Una autorización que me daría todo el espacio de autonomía.

—Si sigue las instrucciones de la misión, no hay ningún problema —me dijo Sheen, dándome ese «sí» incondicional que tanto necesitaba.

—Voy a llamar inmediatamente al Director de la CIA para organizar una reunión de urgencia —comentó Romney.

En la reunión que tuvo lugar en la sala de conferencias de la Oficina Federal de Investigación se sucedían las miradas entre los asistentes a un ritmo endiablado mientras hablaba Sheen. La mayor parte de los miembros del FBI estaban ahí, incluyendo Walhberg y Savannah.

—Como sabéis Vladimir Zakhar está desde hace tiempo en el foco de los investigadores del FBI y la CIA por tráfico de armas, drogas... —empezó a exponer Sheen al círculo de caras atentas a sus palabras.

Todo el mundo escuchaba, seguía el procedimiento de mirar y esperar, menos Walhberg que se pasó toda la reunión informativa mirando su teléfono móvil. En cambio Savannah estaba atenta a cada palabra.

—¿No ha pensado que tal vez Zakhar sea más inteligente y se lleve el cargamento del antiguo almacén de trolebuses a otra parte? —preguntó Savannah.

Era una pregunta acertada, pero podía venir con doble filo. Capté la mirada de Walhberg cuando despegó sus ojos del teléfono, como me ofreció una risa tan sutil que a cualquier observador le habría parecido un simple parpadeo, y pensé que esta noche sería el punto culminante a toda esta historia del topo.

—Desde luego, es una posibilidad —dijo Sheen sin alterarse—. Pero confío en que lleven las armas a ese almacén.

Sheen tenía ganas de cortar la cabeza del informante y fue inteligente con su respuesta. No podía jugar a poner una trampa sin arriesgar el operativo.

Una vez que finalizó la reunión, Romney desapareció para organizar las

otras dos redadas con la CIA. Ocultar esta información era la manera más sencilla de evitar que la batalla interminable contra Zakhar se alargara.

—¿Vamos juntos en el coche hacia el muelle?

La mirada de Walhberg cayó sobre mí y me encogí de hombros mientras veía a Savannah subirse en el coche de otro compañero.

—Parece que por fin tenemos a Zakhar en un callejón sin salida —dijo, arrancando el motor del coche.

—Sí, eso parece.

Lo miré con una sensación en el estómago como si estuviera de pie al borde de un acantilado y mirara las afiladas rocas debajo.

—Pero no me confiaría mucho. El jefe de la mafia rusa es muy peligroso, cualquier fallo puede ser un fracaso para la redada e incluso una sentencia de muerte para alguno de nosotros —murmuré, abriendo la puerta del coche.

El crimen organizado tenía una manera brutal de operar en caso de verse acorralado y un mínimo error, una distracción por mi parte o la de cualquier compañero del FBI sería fatal.

Me senté en el asiento del copiloto con la sospecha de que él o Savannah fueran el topo y estuve todo el trayecto hasta llegar a Hunter Point en Long Island City dándole vueltas al asunto de como se comportarían durante la redada.

Si algo destacaba en ambos era el papel relevante dentro de la Oficina Federal de Investigación. Los dos eran muy buenos en su trabajo, gozaban de una reputación intachable.

—Bueno, ya que estamos aquí solos —dijo Walhberg, rompiendo el silencio dentro del habitáculo del coche—. ¿Me podrías explicar para qué querías esa información sobre la rusa?

—Shh... estamos de vigilancia —susurré.

Era de noche cuando el cargamento de armas de Zakhar salía del Gantry Plaza State Park en Queens, el mayor de los cinco distritos de Nueva York. En el parque que todos los días cerraba hasta el amanecer, varios hombres habían descargado la mercancía en la zona de los arqueados pórticos, antiguo muelle de carga, justo a la misma altura que el edificio de la ONU, del lado de Queens.

—¿No me vas a avanzar nada?

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

Eché una ojeada a través del cristal delantero antes de volver a posar mis



ojos en Walhberg.

—No creo que este sea el mejor momento para hablar del tema.

La banda de criminales se desplazaba en tres camiones por el carril central de la amplia avenida del barrio de Queens, alejándose de los muelles a una velocidad normal. Me percaté que también seguían de cerca a esos camiones dos coches de color negro.

—Estás muy misteriosa ultimamente. ¿Tendrá algo que ver la aparición del hombre que se cargó el otro día el equipo informático de la furgoneta de vigilancia?

Suspiré y lo miré de nuevo entrecerrando los ojos.

—¿O tendrá algo que ver tu «candente» encuentro con el agente Smith en Beautique? Recuerdo que saliste ruborizada, despeinada, y con una cara de recién f...

—¡Walhberg!

Sus especulaciones causaron en la piel de mis mejillas el mismo efecto que si me las hubiera pellizcado hasta que enrojecieran.

—¿Hueles eso? —dijo Walhberg de pronto, mientras conducía el coche y lo miré con gesto interrogante.

—¿El qué?

—Mmm huele a marisco. Que suerte para aquellos que pueden vivir y comer aquí —murmuró olfateando el aire que se colaba por la ventanilla—. ¿Tú crees que al jefe le importará si hacemos una paradita en el camino para cenar marisco a Astoria?

Su tono de voz indicaba que solo bromeaba y su cara me pareció tan graciosa que logró hacerme reír.

Era tan fácil trabajar con Walhberg que me rompería el corazón si se descubría que finalmente él era el topo.

Veinte minutos después, los tres camiones se detuvieron frente al antiguo almacén de trolebuses ubicado en un callejón sin salida. Con su aire hangar y un sótano enorme, era el espacio perfecto para Zakhar. Uno de ellos se bajó de prisa e hizo una señal frente al garaje. A pocos metros, vimos como la puerta se abría y se tragaba rápido los tres camiones y dos coches.

Walhberg aparcó el coche a cierta distancia a la espera de la siguiente orden de Sheen, y vi a Savannah y parte del equipo al otro lado de la calle saliendo sigilosamente de sus coches. Al cabo de un minuto, apareció Sheen acompañado del escuadrón especial de francotiradores, y tras una orden por

radio, nos anunciamos con el estruendo de las sirenas de los coches del FBI. El ruido intimidante provocó movimiento y confusión en el interior del edificio. En unos segundos, bloqueamos las salidas.

—¡FBI! Salgan todos del edificio con las manos en alto —gritó Sheen por el megáfono—. Tienen treinta segundos.

En el mismo momento que destruíamos las puertas de acceso al lugar, protegidos por las miras de los fusiles del cuerpo de francotiradores que apostados desde distintos puntos esperaban la orden de disparar se escuchó una voz desde dentro.

—¡No disparen! ¡No disparen!

—¡Todos los que se encuentran en el interior salgan con las manos en alto! —volvió a gritar Sheen parapetado por un coche y la puerta del garaje se abrió.

Comenzaron a salir de forma pacífica uno a uno los miembros del clan mafioso, y de seguida supe que algo no cuadraba en todo el asunto. No estaban ni Dimitri Petrov, ni Kalashov, y mucho menos Vladimir Zakhar, acompañado como era lo más previsible de Oleg.

Dentro del almacén no hallamos ningún cargamento de armas.

—No puede ser, nos han engañado —dijo sheen con un evidente enfado mientras revisaba los contenedores vacíos.

Nos miramos a los ojos durante un breve segundo mientras Savannah y Walhberg acompañados de otros agentes comprobaban todos los contenedores y asentí con la cabeza.

Ya no quedaba la menor duda que teníamos un topo.

Miré alrededor, y un instante después, salí del edificio sin llamar mucho la atención. Si el informante de Zakhar estaba entre nosotros debía ser discreta. Una vez en la calle empecé a correr hacia el otro almacén situado a dos calles.

La operación llevada a cabo por el Director de la CIA había sido preparada escrupulosamente con el fin de pillar in fraganti a Vladimir Zakhar. Era la ocasión ideal para atrapar al brutal tirano ruso, traficante de armas y de drogas.

El almacén donde los agentes de la CIA por orden de su Director entrarían era un edificio más. Sin ningún cartel de ningún tipo. Sin nada que lo hiciera distinto. Una fachada sobria y unas ventanas enrejadas eran lo único que se veía desde el exterior. Eso hacía que pasara inadvertido, que es lo que pretendía Zakhar. Pero en su interior yo sabía que no era un edificio normal.

Me subí en el coche donde me esperaba el agente de la CIA a cierta

distancia de la parte de atrás del edificio y escuché atentamente sus instrucciones para formar parte de la redada. Me había comprometido con Romney y Sheen a cumplir las órdenes en la misión.

Me fijé en un par de hombres que vigilaban la discreta puerta del edificio. Uno era el machacahuesos de Petrov que hablaba con el conductor de un coche que aguardaba a que le abrieran la puerta del garaje.

—¡Bingo! —exclamé en voz baja—. Los encontramos.

—Sí, pero esto no es nada bueno. Todo el movimiento debería estar en la puerta que da acceso a la otra calle, donde tenemos la mayoría de agentes.

El agente de la CIA me señaló una cámara de vigilancia, también un francotirador, y supe que la cosa se complicaba.

Era un edificio inmenso y el negocio se estaba llevando a cabo en esta parte del edificio, no en la delantera como se preveía. Era un momento crítico. Sin embargo, este peligroso inconveniente, no me acobardaría. No podía dejar pasar la oportunidad de atrapar a un asesino como Zakhar y sus socios en el negocio.

La puerta trasera del coche se abrió de golpe y me giré con el corazón encogido.

—¡Joder, Dangelys! ¿Qué estás haciendo? ¿Sabe Sheen que estás aquí? —dijo Walhberg desde el asiento trasero, y el aire de mis pulmones fue expulsado tan rápido que me dio vértigo.

Las excusas y las dudas se dispararon en mi mente.

—Shh, cállate. La calle está siendo vigilada por varios hombres y un circuito de cámaras de vigilancia —dije, ganando tiempo.

En otra época no habría tenido ningún inconveniente en explicarle que hacía aquí, pero ahora no quería ser una idiota a la que poner el lazo en el cuello.

—¿Quién eres tú? ¿Tienes autorización de James Romney para estar aquí?

El agente de la CIA le habló cabreado y la cara de Walhberg fue un poema.

—¿Autorización de James Romney? —repitió con una repentina palidez.

Siempre había demostrado ser un agente de primera categoría, pero ahora no me fiaba de él.

—¡Mierda! Nos han visto —murmuré al tiempo que tiraba por instinto del brazo de Walhberg para que se agachara.

—¿Quién nos ha visto? —preguntó.

El agente de la CIA también se agachó en el momento que se abría la puerta del garaje.

—Los hombres de Vladimir —mascullé.

Un coche entró a toda prisa, y poco después de que se cerrara escuchamos un par de disparos procedentes del primer piso del edificio.

—¡Tenemos que salir del coche! —gritó el agente de la CIA.

En un segundo, otros cinco disparos en rápida sucesión desde el edificio, convirtieron nuestro coche en un amasijo de vidrios rotos, destrozando la carrocería.

—Necesitamos refuerzos —pidió ayuda por radio con voz grave—. Varios hombres armados nos están disparando. Me temo que el negocio se está llevando a cabo en otra parte del edificio porque hay demasiado movimiento aquí detrás.

Salimos del coche como pudimos ante el aluvión de munición letal.

Comenzó a salir humo del motor y decidimos que lo mejor sería alejarnos. Cabía la posibilidad de que explotara si una de las balas había atravesado el motor y el depósito de combustible.

—¡Vamos! —masculló el agente de la CIA buscando refugio en otro punto de la calle.

Una chispa y se convertiría el coche en una bola de fuego.

—No puedo... No puedo moverme.

La voz de Walhberg me detuvo en medio del fuego cruzado entre el escaso equipo de agentes de la CIA y miembros de la Mafia.

—¿Qué?

Me giré y percibí en su rostro un claro gesto de dolor.

—¿Estás herido?

Corrí hasta él y le tendí la mano.

—Sí.

Se aclaró la garganta.

Aprovechando el breve intervalo de disparos enrosqué mi brazo en su cintura y empezamos a cruzar la calle. Pero a medio camino escuché un vehículo a lo lejos y retrocedí deprisa.

—Dangelys, tienes que continuar tu sola. No quiero que salgas herida por mi culpa —masculló entre dientes y lo miré al mismo tiempo que dirigía mi mano a la culata de mi arma.

—No pienso abandonarte aquí —dije evaluando la situación y Walhberg parpadeó.

El agente de la CIA había conseguido esconderse en un edificio contiguo.

—No puedes quedarte conmigo —Se sentó en el suelo, con la

debilidad en su cuerpo por la herida de bala en su costado.

Sus ojos estaban húmedos, sus labios se mantenían firmes. Sabía que no iba a llorar, pero por su expresión parecía a punto de hacerlo.

—¡He dicho que no te dejaré aquí! —Le grité enfadada y mis palabras resonaron en las paredes.

Percibí el retumbar de un vehículo en marcha a través de las suelas de mis botas. Escuché el rugido de un motor, vi unos faros barriendo la pared como la luz de la torre de vigilancia de una prisión y me puse tensa. ¿Serían los refuerzos? En el extremo más alejado de la calle, otro vehículo negro apareció también a una gran velocidad, derrapando y provocando una cascada de chispas en cada bache.

Dos armas disparaban por las ventanillas abiertas y agarré a Walhberg de los brazos y tiré de él para intentar esconderlo tras la puerta de un edificio que pude abrir. Si no nos mataban los hombres de Vladimir nos matarían los propios agentes de la CIA. Debía buscar la manera de salir de este fuego cruzado. No podíamos llegar hasta el lugar donde se encontraba el Director de la CIA. Lo más probable es que estuvieran en el proceso de entrar por la puerta principal en este momento. Las balas pulverizaban el hormigón a escasos metros de nuestros cuerpos y logramos entrar sin que nos alcanzara ninguna de ellas. A continuación, empuñé mi arma y rodé por el suelo para emerger debajo de una ventana que había cerca de la puerta. Sujetando el arma con una mano, usando la otra para limpiar un poco los cristales, pasé la palma de mi mano por el vidrio para poder ver el exterior.

—Tienes que irte. ¿No entiendes que puedes morir si te quedas conmigo?

—No. —espeté sin apartar la vista de la ventana—. No me iré.

Los coches se detuvieron frente a nuestra puerta y tuve la impresión de que me comenzaba a ahogar. Vi como se bajaban de uno de los coches tres hombres y me distrajo un ruido metálico en el interior del edificio que parecía un cascarón vacío y polvoriento.

—Dangelys —dijo Walhberg, respirando con dificultad.

Desvié la mirada de la ventana y la pistola de reglamento de Walhberg apareció ante mí, apuntándome.

—¿Vas a dispararme?

La duda de que él era el topo regresó a mí, golpeando duro mi estómago.

—Tienes que continuar sola. ¡Vete!

—No serías capaz —murmuré, notando la humedad en sus mejillas.

—Si te ocurriera algo por quedarte conmigo, él no me perdonaría la

vida... Si es que salgo de ésta.

Pude percibir una gran determinación en sus ojos y lo atravesé con la mirada sobrecogida.

—¿De quién hablas?

—¡He dicho que te vayas! —gritó, poniendo la otra mano sobre su herida.

—Pero...

—No creo que este sea el mejor momento para hablar del tema —me interrumpió, usando las mismas palabras que había utilizado antes con él.

—Voy a llamar a Sheen por teléfono para que venga por ti.

Hice ademán de sacar el móvil del bolsillo pero su mirada me traspasó.

—¡No! Ya lo haré yo —dijo soltando el arma y sacando su móvil del bolsillo—. ¡Tienes que irte! Busca al agente de la CIA con el que estabas y no te despegues de él. Tienes que mantenerte a salvo.

Contemplando sus ojos, me agaché.

—Por favor, deja que me quede contigo —supliqué.

No quería dejarlo solo.

—¡No! ¡Vete! —dijo.

Presionaba con su mano la herida y siseó a causa del dolor.

—Por favor, mantente con vida.

Le di un beso en la frente.

—Lo intentaré —susurró con voz estrangulada y la desazón me dominó al percibir el ritmo de su respiración.

El hálito emanaba a través de sus labios irregular, y con una dificultad que me dolía en el alma me di la vuelta y me marché.

Había sido una tonta al desconfiar de él.

Bajé un tramo de escaleras corriendo. Justo a la izquierda, había una puerta y la abrí con la esperanza de encontrarme con un parking que me daría la posibilidad de tener una vía de escape. Aunque mi sorpresa fue mayor de la que esperaba. El parking era tan grande que conectaba con todo el inmenso edificio.

¿Dónde estaría el agente de la CIA?

La distancia que me separaba de la parte delantera del edificio era demasiado larga, no me daría tiempo a llegar en plena venta de armas. Aunque si me daba prisa podría ver como mínimo el momento de la detención de Zakhar y sus secuaces.

Me dirigí corriendo a la zona donde se suponía que tenía que estar toda la acción, pero mi sorpresa fue aún más mayor cuando capté algo a mi derecha, a bastantes metros de distancia.

El sótano del edificio era descomunal y vi como una puerta se cerraba despacio. Alrededor había una docena de coches aparcados e incluso algunos camiones.

Caminé hacia allí, me aseguré que no había nadie en los vehículos, y con los ojos recorrí los espacios, cada rincón del desvencido interior del almacén en cuanto abrí la puerta. Metí la mano por el resquicio con mucho cuidado y un olor a rancio y a humedad llenó de inmediato mis fosas nasales.

—Ah —Arrugué la nariz en un gesto de repugnancia, desconcertada.

La luz mortecina de una bombilla iluminaba el almacén sombrío y medio vacío. El olor era tan intenso que casi no podía respirar, pero no me quedaba otra elección que aguantar. Empecé a avanzar con el arma entre mis dedos y mi instinto se puso en alerta al ver a nada menos que el hombre más buscado por el FBI y la CIA.

—Siento mucho haberos tenido que reunir en un lugar tan desagradable. Unas horas antes, he recibido una llamada alertándome de una redada y no me quedó más remedio que realizar la venta de armas aquí.

Dimitri Petrov, Kalashov, y Oleg Zakhar, junto otros tres hombres que no conocía, escuchaban las palabras de Vladimir Zakhar con expectativa.

El almacén albergaba un alijo de armas.

Me acerqué con sigilo un poco más, pero de seguida vi que no era buena idea y retrocedí. Varios miembros de la banda armados con pistolas merodeaban a su alrededor y podían descubrirme.

—Tu topo es muy eficaz, Vladimir —dijo Dimitri Petrov con una sonrisa en sus labios—. Ahora mismo estará el FBI en el otro almacén, perdiendo el tiempo. Se creen muy listos y no són más que una panda de ineptos.

—¡Tú mejor cállate! Estoy seguro que nos descubrieron gracias a ti. Aparte de tu debilidad por el alcohol y de ser un bocazas, hay que incluir tu debilidad por esa mujer que al final se ha reído en tu cara. —murmuró Vladimir enfadado.

—¿De qué mujer hablas? Irina sería incapaz de traicionarme. La tengo amenazada con devolverle a su hermana pequeña en pedazos.

Me tensé al oír sus palabras.

—Hablo de la mujer que me presentaste la otra noche —gruñó Vladimir—. Te advertí que era peligrosa. Seguro que ha accedido a tu despacho.

Desde la distancia noté el gesto de sorpresa en la cara de Petrov.

—Eso no puede ser posible. He vigilado a esa mujer de cerca en Beautique como me exigiste que hiciera —dijo incómodo.

—A juzgar por lo que ha ocurrido, pongo seriamente en duda tu capacidad para controlar a esa mujer.

De pronto, escuché pasos detrás de mí e instintivamente me pegué a una pared, ocultándome.

—Bueno vamos al grano —dijo con aire aburrido y le dio la espalda—. El año que viene Oleg estará al mando de la mafia, por lo tanto deberéis rendirle cuentas a él. Conozco bien a mi hijo, no le gusta exhibirse, no le interesa el mando, pero su experiencia es muy valiosa. Él será vuestro jefe.

Hablaba mirando a Oleg, que permanecía impassible a su lado.

—Tú, Igor, figurarás como el subjefe. Oleg nunca figurará abiertamente. Tú serás el que provea las disposiciones, pero mi hijo será el que te indicará el camino. Nadie de momento, debe saber que va a haber cambios.

No tenía ni la menor idea que Vladimir Zakhar pensaba retirarse y pasarle el liderazgo a su hijo.

—El dinero que produce el negocio de la venta de drogas nos sirve para incrementar el tráfico de armas. Tenemos el monopolio de la fabricación y venta de armas —continuó hablando Vladimir y casi sufrí un infarto cuando un murmullo sobrevoló el almacén.

—Caballeros, siento interrumpir esta agradable velada, pero la reunión se ha terminado.

Yo conocía esa voz muy bien y se me puso la piel de gallina al escucharlo.

Lucas salió de las sombras con tal velocidad que tomó por sorpresa a Vladimir. Lo encañonó por la nuca con su arma después de haber lanzado un cuchillo en la frente a su guardaespaldas y pegarle un tiro en el corazón a otro que intentó en vano disparar.

—Buenas noches, Vladimir —dijo mi hombre de hielo, sonriendo descaradamente.

Contuve la respiración ante la visión.

Oleg, Petrov, Kalashov, el tal Igor, como el resto de hombres lo contemplaban absolutamente perplejos, y por primera vez en mi vida, comprendí cuanta potencia tenía Lucas. La forma de entrar había sido impresionante. Magnífico, temible, era como un ejército, en una sola persona. Verlo en acción me hizo tener un atisbo de verdadera comprensión de quien era en realidad.

—¿Qué haces aquí? Tienes que irte, esto no está bien. Si le disparas te meterás en un serio problema —dijo Oleg preocupado.

—No me importa.

Reconocí en el rostro de Oleg, los ojos orgullosos con un brillo arrogante



y seductor de Lucas. Su cabello oscuro, su atlética figura y sobre todo su voz.

—Hijo... —susurró.

—¡No me llames hijo! —rugió Lucas.

El poder y la vida de Vladimir pendían de un hilo, solo bastaba que Lucas lo cortara para dejar a la mafia sin control.

—No te preocupes, Oleg. No me matará —dijo Vladimir con cierta serenidad.

—Si lo hará. Te odia, te aborrece, te desprecia igual que a mí —habló Oleg con sus ojos clavados en Lucas.

—Es la primera vez en mi vida que puedo cumplir el deseo de mataros y no tendré un ápice de piedad.

Kalashov comenzó a retroceder, acobardado.

—Desde hace tiempo sé que tienes pruebas de mi mayor secreto. Mi laboratorio que centraliza los trabajos de diseño, fabricación y construcción de bombas atómicas. Deja de meterte en líos y dame las pruebas si no quieres que mis socios acaben contigo.

—Ni lo sueñes —replicó—. Me ha tomado años conseguir esas pruebas, y con ellas pienso desarticular toda tu organización criminal.

«¡Oh, *Meu Deus!* Bombas nucleares.»

—¿Cuándo vas a aceptar que eres un Zakhar? —habló Vladimir, perdiendo la paciencia.

Supe la respuesta antes de que Lucas abriera su boca.

—Eso no sucederá nunca —siseó de forma seca, apretando el arma contra su sien—. ¡Jamás!

Pronunció con tanta fuerza la última palabra que tragué saliva.

Entretanto, un par de hombres se aproximaban sin dejar de apuntar con sus armas a Lucas. Uno de ellos era el tal Igor, y me sentí presa de una oscura claustrofobia, que me atenazaba el pecho, ahogándome, por miedo a que lo mataran.

—Nadie puede jugar en nuestra liga si no ha nacido para ello. Está claro que tus dos nietos no tienen lo que hay que tener para formar parte de nuestra organización —dijo el hombre llamado Igor, con un profundo y marcado acento ruso—. ¿Dónde está tu otro hijo, Oleg? Debería estar aquí con nosotros —añadió, delatando una clara desconfianza.

—Tenía un asunto importante que resolver.

Inmóvil, casi ni respiraba para no perderme ni el más mínimo movimiento. Era tal el grado de concentración que tenía mirando al frente, que

no me di cuenta del peligro que corría yo hasta que fue demasiado tarde para reaccionar.

Sentí la presión de algo frío y de metal contra mi cabeza. Un arma.

—Suelta la pistola —dijo una voz femenina en mi oído como un chasquido.

El corazón se me detuvo.

—Savannah, dime por favor que no eres el topo —susurré estupefacta.

—Suelta la pistola y no te haré daño —siseó Savannah.

Sus dedos fríos me sujetaron del hombro y mi corazón arrancó de nuevo en una dolorosa velocidad.

Lucas miró en mi dirección alertado por el ruido de nuestras voces y advertí un destello en sus ojos al igual que en los de Vladimir.

—¿Por qué lo haces? ¿Es por dinero? —pregunté con la ansiedad recorriendo mi cuerpo.

El agarre de sus dedos en mi hombro flaqueó.

—No es por dinero. ¡Ni te imaginas por qué lo hago! —El arma tembló en mi cabeza.

—Pues explícamelo. ¿Por qué nos has traicionado? —dije tratando de bloquear las emociones y me arrancó la pistola de la mano de un tirón.

—Savannah, hija, trae aquí a Dangelys, la novia de mi nieto. Quiero saludarla como es debido —murmuró Vladimir con ironía como si su vida ya no corriese peligro y creí que me desmayaría.

«Siempre ha sabido quién era yo...»

Lucas que hasta ese momento había mantenido una calma levemente desdeñosa, se desquició al oírle.

—¡Maldita mentirosa! Si das un solo paso hacia aquí con Dangelys le vuelvo la cabeza a Vladimir —siseó—. Porque no le cuentas a tu compañera el motivo de tu traición —dijo rápidamente—. Dile quién fue la persona que te sacó del orfanato cuando eras una adolescente.

—¿De qué hablas? —pregunté confusa.

Savannah me dio la vuelta quedando su cara muy cerca de la mía y no me esperaba el brillo de odio que vi en sus ojos.

—Marcos Neymar arruinó la vida de mi madre, arruinó mi vida —masculló entre dientes con la ira en sus facciones—. Se acostó con mi madre en una fiesta dejándola embarazada, y luego se comportó como un cabrón abandonándola a su suerte.

La patada en el estómago fue brutal.

—¿Qué?!

—Mi madre murió sola en el parto. He pasado toda mi infancia en un orfanato porque Marcos Neymar, tu padre, me repudiaba. Yo era un recordatorio de su infidelidad, no me quería a su lado —dijo, sacando todo el aire de mis pulmones—. Mientras tú has crecido rodeada de lujos yo crecí en un orfanato en el barrio de Brighton Beach. Lejos de una conducta correcta, ya de bien pequeña entré en contacto con la delincuencia organizada que giraba en torno a Vladimir y él fue quien me sacó de allí años más tarde. El poderoso abuelo de tu amado Lucas me preparó para convertirme en un topo dentro del FBI.

Escuchar sus palabras era como si me fuera dando puñetazos en esa zona.

«¡*Meu Deus!* Savannah era mi... medio hermana.»

Me obligué a respirar hasta que el vértigo pasó.

—Cuando nos conocimos en la Unidad de Investigaciones Especiales, ¿ya sabías quién era yo?

Levantó su rostro y observé su fría y frágil belleza de facciones finas y aristocráticas, nada que ver con mis rasgos brasileños.

—Odio perder el tiempo. Por tanto, apelo a tu inteligencia que sé que tienes para que llegues tu solita a la conclusión —me dijo con desdén.

El vacío en sus ojos, mostraba un alma marchita.

—Como puedes frivolarizar con algo así —susurré destrozada con la decepción visible en mi voz.

Vladimir contemplaba la escena con su mirada clavada en nosotras cruel e inflexible y apreté la mandíbula.

—Siento decirte que estás en el bando equivocado, Savannah.

En busca de apoyo emocional y con lágrimas a punto de aflorar en mis ojos desvié la vista hacia Lucas. Lo que menos me convenía en este momento era quedar atrapada por mis sentimientos, pero la constatación de esta realidad me tenía desbordada. Era una coincidencia endiablada que tuviera esa conexión con Savannah.

—Dangelys...

Lucas pronunció mi nombre sin disfrazar su preocupación en su voz.

Distinguí uno de los hombres de Vladimir por el rabillo del ojo, como levantaba su brazo con un arma en su mano, apuntando en dirección a Lucas con gesto furibundo y grité asustada:

—¡A tu derecha!

Lucas sin despegar sus ojos de mí movió su brazo hacia la derecha como una ráfaga de viento y apretó el gatillo.

Un disparo seco en el pecho hizo caer de espaldas al hombre y en un instante se desató el caos.

Igor que estaba muy cerca de Lucas se lanzó a por él intentando cogerlo del cuello, momento que Vladimir aprovechó para hacerse a un lado.

—¡Vámonos, Savannah! —ordenó Vladimir de inmediato—. Trae a la novia de mi nieto, rápido. Se viene con nosotros.

Amenazada a punta de pistola me llevó obligada junto a él y con el alma en vilo miré a Lucas que forcejeaba con el ruso mientras era arrastrada hacia la puerta del parking.

Al darse cuenta de las intenciones de Vladimir se deshizo del hombre con un contundente puñetazo en una de sus mejillas y se fue encabronado a por él sin importar el peligro. Los hombres de Vladimir al verlo venir comenzaron a disparar a Lucas sobresaltándome con los sonidos de los disparos.

—¡No! —grité.

Lucas tuvo que refugiarse detrás de una columna para no resultar herido.

Presentía que esto iba a terminar muy mal. Eran demasiados contra él. Un hombre sustituyó a Savannah para obligarme a caminar ya que me negaba a dar un solo paso. Y cuando creía que sería el fin para Lucas y probablemente después para mí, Oleg, que hasta ese momento había permanecido en un segundo plano, sacó una pistola con silenciador de su chaqueta y disparó a los propios hombres de su organización criminal. Sin ruido, tres zumbidos ahogados se escucharon en rápida sucesión. Uno de los hombres cayó sobre una mesa. Otro rebotó con el cuerpo contra una columna y el otro gritaba mientras daba pasos hacia atrás.

—¡Oleg! ¿Qué estás haciendo? —gritó Vladimir paralizado desde la puerta.

—Lo que debí hacer hace tiempo —masculló.

—¡Maldición! ¿Vas a traicionarme? —dijo con una fuerte tensión en su mirada.

—Sí. —dijo Oleg con la voz marcada por una gran determinación—. No puedo permitir que te lleves a la novia de mi hijo.

Vladimir estalló en cólera.

Profirió un torrente de palabras en ruso y en una fracción de segundo en la que todos los observábamos, exigió que mataran a su propio hijo cegado por la rabia.

—¡Matádlo!

Lucas tras oír a Vladimir salió de detrás de la columna, apuntó a la cabeza

de uno de los matones y disparó dando en el blanco. Oleg entretanto le disparó a otro, arrancó mi pistola a Savannah al mismo tiempo que la empujaba a algún lugar del almacén y a continuación me la lanzó a las manos. En cuanto la tuve en mi poder, me di la vuelta como un rayo y le pegué un tiro a bocajarro en el pecho a mi captor, matándole en el acto.

De repente, éramos como un pequeño equipo.

Kalashov y Petrov, que parecían ser fieles a Vladimir, a quienes daban su confianza, comenzaron a moverse junto a él, protegiéndole, al igual que Savannah que había regresado a su lado. En el sótano del edificio tenían los coches, sino aparecían pronto los agentes de la CIA se escaparían.

El eco de la confesión de Savannah continuaba en mi mente como una herida mientras Lucas y yo corríamos detrás de ellos para impedir su huida. Tenía que mantener la cabeza fría en medio del caos. El rugido de las balas de plomo llenaba el aire y con escasa movilidad en el parking empezamos a disparar a las ruedas de los coches intentando frustrar sus planes de huida. Pero Vladimir consiguió subirse a un coche más alejado acompañado de Savannah y salió derrapando del lugar.

—¡Mierda! Se escapa —gritó Lucas con furia.

Inmediatamente después se escuchó el ruido de unas sirenas a lo lejos. Todos captamos el destello de las luces de unos coches entrando en el parking por el lado opuesto de donde había huido Vladimir.

Por fin estaban aquí los agentes de la CIA.

Kalashov consciente del peligro que se avecinaba para él salió corriendo hacia un coche que permanecía aparcado al ralentí a la derecha. A pesar de tener las ruedas pinchadas quería salir del sotano del edificio a como diera lugar.

—¡Quédate aquí! No te muevas —me gritó Lucas y se fue a perseguir a Kalashov.

Imposible, pensé, tras ver que Dimitri Petrov también corría hacia otro coche. Lo sentía por Lucas pero tenía unas ganas tremendas de detener al maldito ruso.

Me lancé a su caza.

—¡Deténte! —le grité—. ¡Dimitri, levanta los brazos y ponlos donde pueda verlos, ¿de acuerdo?

Disparé sobre el capó del coche, por encima de su cabeza, junto a sus pies y Petrov se sacudió asustado. Buscaba su llave en el bolsillo sin éxito.

—No me hagas perder la paciencia —siseé—. Estoy apuntándote a la cabeza. ¡Podría matarte! Si no te das la vuelta, lentamente, con los brazos en

alto, te dispararé.

Detuvo la infructuosa búsqueda de su llave y se giró con los brazos arriba.

—Queda detenido Dimitri Petrov —dije, sacando unas esposas—. Por fraude, tráfico de drogas, de armas, por supuesto prostitución, y sobretodo por el secuestro de Irina.

Su mirada no tenía precio mientras le leía sus derechos.

—Las reglas de tu juego con las mujeres se acaban de ir por el desagüe. Mereces pudrirte en la cárcel —concluí con voz dura.

Con ninguna resistencia le coloqué las esposas. Permanecía callado, cosa extraña en él y apretó los labios como si estuviera intentando contener su enfado cuando las cerré. Desvié la mirada donde se suponía que debería estar Lucas reduciendo a Kalashov mientras caminaba con Petrov y mi corazón se detuvo literalmente atrapado en mi caja torácica.

Dicen que en ocasiones puede darse un ataque cardíaco tras una reacción de pánico, y eso es lo que noté yo al ver a Igor medio escondido detrás de un coche. Con el brazo levantado, empuñaba un arma en dirección a la espalda de Lucas, que detenía a Kalashov totalmente ajeno al peligro.

—¡¡¡Lucas!!!

Su vida pendía de un delgado hilo que la muerte podía cortar en un segundo.

Con el pecho rígido y la sensación de no tener aire en mis pulmones vi como ese hombre apretaba el gatillo, y cerré los ojos, incapaz de mirar.

—¡No! —grité desgarrada.

El ruido del disparo resultó ensordecedor en el viejo e inmenso parking. No me podía mover. Esto no podía estar ocurriendo. Tenía que ser una pesadilla. Escuché el golpe seco de un cuerpo contra el suelo y ahí si que creí que caería fulminada por un ataque al corazón.

Aterrorizada, abrí los ojos despacio con las emociones al límite y comprobé con los latidos de mi corazón desbocados que Lucas seguía en pie. En cambio otra persona yacía en el suelo, en el lugar que tendría que haber ocupado él.

Contuve la respiración.

«Oleg...»

Se había interpuesto en la trayectoria de la bala para salvar a su hijo.

Los agentes de la CIA intentaron interceptar el coche de Igor que ya enfilaba la rampa de salida disparándole en el cristal delantero, pero consiguió escapar al igual que Vladimir y Savannah.

El resto estaban siendo detenidos.

Bajo una pesada manta de tristeza miraba a Lucas que arrodillado en el suelo sujetaba el cuerpo de su padre. Un hombre que hasta el día de hoy había odiado.

—Oleg...

Un oscuro destino los había mantenido separados, albergando en Lucas un gran resentimiento durante todos estos años. Pero Oleg había dado su vida por un minuto más de la suya y le costaba ocultar sus emociones detrás de su armadura.

—¿Por qué lo hiciste?

Conseguí escuchar a Lucas hablar en voz baja, a unos metros de distancia.

Dentro de Vladimir anidaba la ira, el odio, el resentimiento, la mentira y el ego. Mientras que en Lucas era la humanidad, la justicia, la verdad, la esperanza y también la misericordia y la compasión.

—El dolor y la sed de venganza me llevó a ofrecirme para cumplir una serie de crímenes, persecuciones, atentados, armas y mucha sangre... Soy un asesino —dijo Oleg.

No quise interrumpir. Algo me decía que esto no iba a acabar bien.

—Es necesario que yo muera... hijo —susurró, y sentí una enorme presión en mi pecho—, y que lo haga también Vladimir para que podáis realizar un verdadero cambio de vida, o transformación de la misma, Scott y tú.

Respiraba con mucha dificultad. Le brotaba mucha sangre de la parte izquierda del tórax, muy cerca del corazón.

—La ambición, la ira, la iniquidad, todo lo que os ata al pasado tiene que desaparecer... Eso no os permite vivir en el presente.

—Los recuerdos de mi niñez contigo los tengo grabados como una herida que llevo pegada a mi memoria —dijo Lucas con gran dolor en su voz, e hizo una pausa antes de añadir—: Me decepcionaste.

—Perdóname, hijo.

Los ojos de Oleg buscaban desesperadamente liberarse de su pesada carga, suplicando perdón, y sentí como crecía un nudo enorme en mi garganta.

Oleg era un asesino, pero era su padre, y me dolía ver el sufrimiento en el rostro de Lucas.

—No soy yo quien debe perdonarte, nadie debe hacerlo más que tú —dijo Lucas—. Perdónate... pídetelo. Ten la valentía de hacerlo.

Sostenía el rostro de su padre con una mezcla de emociones en sus ojos. Oleg lo miraba sin decir nada. Creo que ya no podía hablar, se estaba

marchando.

Hubo un breve silencio, y entonces Lucas besó su frente con suavidad.

—Te perdono, papá —susurró.

Las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas al ver como Oleg derramaba las suyas mientras cerraba los ojos acompañado de un hondo suspiro.

Ya no volvería a abrirlos más.

Lucas con su perdón había permitido que su alma se liberara para que no quedara atrapado en el sufrimiento.

Arrodillado en el suelo rodeó con sus brazos el cuerpo de su padre y pude apreciar como en aquel abrazo se condensaban los más de treinta años que no compartieron.

Nunca había visto a Lucas así.

No tenía palabras para describir toda la energía creada en ese abrazo.

Algunas cosas, ocurren en un propio momento, con sus propias condiciones, para que las tomes o las pierdas para siempre. En este caso el perdón de su padre había llegado antes de morir y él estaba sumergido en su dolor entretanto el mundo se movía a la velocidad de la luz a nuestro alrededor.

Algunos agentes de la CIA terminaban de arrestar a los integrantes de la organización criminal, otros incautaban las armas del almacén y en medio de todo ese grupo de personas estábamos nosotros.

Sentía la necesidad de confortarlo, de brindarle mi amor, y me acerqué a Lucas sin saber muy bien como comunicarle mis sentimientos. Posé mi mano despacio en su hombro, y en cuanto notó mi presencia se incorporó y me abrazó de forma silenciosa.

—Lo siento —balbuceé, deseando mitigar al menos una minúscula parte del sufrimiento que percibía en él.

—¡¡¡Papá!!!

De repente escuchamos el grito de Scott a lo lejos y giramos la cabeza.

Se acercaba corriendo a toda velocidad hacia nosotros. El tono de su voz elevado y dramático preveía que se había percatado de lo sucedido con Oleg.

—¿Has sido tú quien le ha disparado? —le gritó a Lucas con la cara desencajada y él negó con la cabeza.

Scott se arrodilló deprisa en el suelo y sujetó el rostro de su padre entre sus manos.

—¡Papá! Abre los ojos, por favor —sollozó—. ¡Dios mío! Abre los ojos, por favor. Abre los ojos, mírame.

Oleg yacía inmóvil y tenía un delgado hilo de sangre por su nariz y



alrededor de su boca.

—No respira, Scott —murmuró Lucas con voz grave.

La bala le había atravesado el tórax causándole una herida mortal.

—¡Oh, Dios mío! ¡Papá! ¿Habéis llamado a una ambulancia? —preguntó Scott consternado mientras se afanaba en auscultar el cuerpo sin vida de Oleg—. Papá, mírame, abre los ojos... ¡Mírame, joder!

—Está muerto —dijo Lucas, y noté su dolor abriéndose paso bajo el afilado borde del acero de la armadura con la que se solía proteger de los demás.

—No, no, no... ¡Por el amor de Dios, abre los ojos! ¡Papá, despierta! Tenemos planes, ¿recuerdas? Hazlo por mí. Hazlo por mí —rogaba Scott con lágrimas en los ojos una y otra vez y se me encogió el corazón.

—No va a despertar, Scott. No puede oírte... Está muerto.

La voz de Lucas sonó grave y Scott lo miró con la cólera reflejada en sus ojos.

—¿Quién lo ha matado? ¿Ha sido Petrov?

Se levantó al tiempo que sacaba un arma de su chaqueta de cuero negra. Con un rápido movimiento se giró y apuntó a Petrov que permanecía quieto en medio de dos agentes de la CIA.

—No fue Petrov —masculló Lucas con el rostro tenso, poniendo una mano sobre su brazo—. Baja el arma antes de que te metas en un lío.

Un músculo vibraba en la mandíbula de Scott y pensé que descargaría una ráfaga de balas sobre Petrov. Se encontraba en un estado muy nervioso, con una infinita energía, sed de venganza, ansía por matar.

—¿Quién lo hizo?

Lucas se colocó delante de Scott y sus pupilas parecieron desaparecer en la profunda oscuridad de su mirada.

—Fue Igor —dijo con voz cautelosa—. Me disparó por la espalda.

—Papá, ¿te salvó la vida?

—Sí. —respondió—. Se interpuso en la trayectoria de la bala.

Lucas observó a Oleg y mi cabeza empezó a dar vueltas al pensar que podría haber sido él quien estuviera en el suelo, bañado en sangre, con un tiro en el pecho.

—Papá, te quería. Él estaba dispuesto a...

—Scott, no hagas esto —lo interrumpió Lucas—. No lo hagas más difícil de lo que ya es.

Estaba viviendo en primera persona el dolor y la mezcla de sentimientos encontrados de los hermanos. Sobretodo de Lucas, que estaba experimentando

un auténtico viaje a su propio corazón. Tenía un camino duro por delante, nada menos que aprender a dejar ir las emociones negativas que había experimentado con Oleg a lo largo de los años.

Aquella fatídica noche donde todo se desató y Tara estuvo a punto de morir asesinada en manos de un sicario, Scott no era más que un bebé con su frágil memoria. No tenía recuerdos de esa noche, ni de las que vinieron después de huir de Rusia. En cambio Lucas si los tenía, y asimilar el perdón de Oleg no era fácil para él.

—¿Dónde está Igor? No lo veo entre los arrestados —dijo Scott, echando un vistazo a su alrededor con una inesperada calma y tomé aire ante el castigo de su mirada, capaz de degollar a cualquiera sin pestañear.

—Vladimir y él lograron escapar acompañados del topo, que resultó ser Savannah, la medio hermana de Dangelys —le explicó Lucas, y la sola mención de su nombre fue como recibir de nuevo otra bofetada.

—¿Solo ellos tres?

—Sí.

Los dos hermanos se contemplaron en silencio y me impresionó la singular arrogancia de los dos. Se miraban desde su altura inverosímil con autoridad. Busqué en sus ojos algún indicio de algo, queriendo llegar hasta sus conciencias, y pude apreciar en ambos la meta final.

Un trágico y sangriento final para Igor.

—¿Cuando supiste que Savannah era el topo? —quise saber intrigada, mirando a Lucas atentamente a los ojos.

—Hace poco.

Su pecho se expandió al respirar hondo.

—Empecé a sospechar de ella la noche que te saqué de Beautique a la fuerza —dijo, envolviéndome la cintura con un brazo—. Vi como nos seguía en la sombra cuando me dirigía contigo a la furgoneta de vigilancia y me resultó extraña su manera de actuar.

Admiraba la capacidad de Lucas para descubrir cualquier cosa y lo miré con un reconocimiento silencioso.

—Yo no noté nada raro en ella.

Me sostuvo cerca sin importar ya que nos viese Scott abrazados o cualquiera de los agentes de la CIA que merodeaban alrededor.

—Yo sí, y también mi amigo Martin que me contó por teléfono que al día siguiente estuvo haciendo muchas preguntas y que incluso la vio analizando mis huellas dactilares para intentar averiguar mi identidad.

—Bueno, pero eso podía ser por el destrozo de la furgoneta o porque se sentía atraída por tí —dije con un suave gruñido.

—Te equivocas, lo hacía por otro motivo. Solo quería confirmar que Lucas Teixeira y yo eramos la misma persona.

Recordé su asedio constante durante la mañana que hicimos footing, o la noche que fuimos a cenar antes de ir al Copacabana y me alegré de haber mantenido activado siempre con ella mi mecanismo de defensa.

—Continuamente me preguntaba por ti —susurré.

Los recuerdos recorrían mi mente, y también el dolor de saber que mi medio hermana me había traicionado.

—Te vigilaba de cerca. ¿Por qué te crees que fui con Sasha al Club Copacabana? Necesitaba que me despejara el camino para poder llegar a ti. ¿No te diste cuenta cuando te iba a besar que no paraba de mirar alrededor? No quería que Savannah nos pillara besándonos y fuera corriendo a chivárselo a Vladimir.

Abrí la boca sorprendida. La presencia de Sasha en el Club Copacabana no fue para nada lo que pensaba.

—Mi amigo Martin ha sido el encargado de buscar todo su historial ya que al trabajar para el FBI podía acceder más fácil a cualquier informe. Y precisamente hoy consiguió lo que tanto habíamos buscado. Max Cross era el nombre de la persona que sacó a Savannah del orfanato. Pero de seguida sospeché que era un alias. Existían muchos Max Cross como para despistar a cualquiera que decidiera investigar. Sin embargo, Martin descubrió tras una intensa búsqueda, que Vladimir Zakhar escondió su verdadera identidad bajo ese nombre falso.

—¡Ay, *Deus!* ¡Martin Walhberg es tu amigo! —deduje apartándome—. Eras tú, quién no le iba a perdonar la vida si me ocurría algo por quedarme con él.

—Sí. —dijo quedándose inmóvil.

—Tengo que ir afuera —dije con el sufrimiento de regreso—. Walhberg está herido y quiero saber si se encuentra bien.

—No vayas.

Abrumada por la angustia, empecé a girarme para marcharme.

—¿Por qué? Creo que tengo que disculparme con él. No debí dudar de su lealtad al FBI.

Lucas alargó el brazo y me agarró de la muñeca.

—No vayas sola. Espérame un momento y ahora voy contigo.

—¿Qué pasa, Lucas? —pregunté.

Su mano se deslizó por mi brazo hacia arriba hasta llegar a mi cuello y sus ojos oscuros recorrieron mi rostro.

—No creo que lo haya conseguido —dijo con seriedad—. Lo estuve llamando y no pude comunicarme con él.

—¿Estás insinuando que Martin ha muerto?

Un nudo descomunal crecía en mi garganta, en mi pecho, en mi estómago, por todas partes impidiéndome respirar.

—Cariño, es lo más probable.

—¡No! —grité—. ¡Eso es imposible! Walhberg no puede haber muerto. A lo mejor tus llamadas no le llegaron.

Con los nervios a flor de piel saqué mi teléfono del bolsillo de mi pantalón decidida a descubrir la verdad. Busqué su número en mi agenda y con dedos temblorosos le di al botón de llamada. Cuando el primer tono de llamada sonó en mis oídos, me alejé un poco necesitando un poco de aire, ya que a mis pulmones les costaba expandirse.

«Vamos, contesta, por favor.»

Solo quería escuchar su voz diciéndome que estaba bien.

Llegó el segundo tono de llamada, el tercero, el cuarto, y con el quinto terrorífico tono de llamada sentí que el sonido del teléfono penetraba mi piel hasta las entrañas.

—Por favor, te lo ruego, responde —rogué con una repentina cortina de lluvia en mis ojos.

La mano que sostenía el teléfono temblaba cada vez más.

Miré desde la distancia a Lucas que continuaba con la vista clavada en mí, y en el instante que iba a colgar con la esperanza desvanecida escuché que alguien descolgaba.

—Agente Neymar, ¿se encuentra bien?

El alivio que sentí al oír que una voz masculina y familiar me respondía me duró hasta que me percaté de que no era él.

—Señor, ¿por qué tiene el teléfono de Walhberg? —le pregunté a Sheen nerviosa.

—El agente Walhberg está siendo atendido por los técnicos de emergencias —respondió—. Están procediendo a introducir la camilla en la ambulancia para llevarle al hospital...

—¡Está vivo! —exclamé chillando al tiempo que me secaba las lágrimas—. ¿Qué hace usted con él?

Los agentes de la CIA tomaban huellas, fotografías, revisaban la carga de los camiones, y en ese momento llegó un vehículo. Rápidamente se abrió la puerta trasera nada más aparcar. Con fastidio comprobé que se trataba de Sasha.

Ya se me hacía raro que no hubiera aparecido antes la «escolta» de Lucas.

Mientras escuchaba las explicaciones de Sheen de como Walhberg lo había llamado herido, razón por la cual era lo más probable que Lucas no consiguiera comunicarse con él, no pude evitar centrar mi atención en la salida del coche de Sasha.

Lo primero que vi fue su pierna, tan larga que parecía tardar media hora en salir del vehículo. Primero asomaron unas relucientes botas militares, con las que se podría aplastar un cráneo en una manifestación. A continuación se desenroscó una serpiente de denim negro con aberturas en las rodillas. Y solo después, la siguió un abrigo blanco. Rematando el conjunto se elevó una cabecita «angelical», pegada a un Iphone blanco.

Sasha venía acompañada de varios hombres que intuí que pertenecían al servicio secreto. Guardó su teléfono en uno de los bolsillos de su elegante abrigo blanco. Observó el cuerpo de Oleg en el suelo durante varios segundos y luego pasó por mi lado ignorándome por completo y le dio el pésame a Lucas.

No perdió la oportunidad de darle un largo abrazo.

La rusa se quedó pegada a su cuerpo, le habló al oído, y sentí como mi corazón sufría cuando Lucas la miró a continuación de una manera que no logré descifrar. Su rostro era como un texto cifrado con PGP, no sabía lo que contenía.

¿De qué estarían hablando?

Realicé un escrutinio severo de sus gestos más nimios y pude apreciar como los ojos de Sasha resplandecieron con una especie de reconocimiento femenino mientras él le contaba algo.

Aquello no hizo que me sintiera mejor.

En un momento dado de la conversación Lucas volvió la cabeza para mirarme y aguanté la respiración. Todo parecía estar enrarecido.

Empezó a caminar hacia mí con su andar rápido y sexy y la mirada de Sasha lo recorrió de la cabeza a los pies.

«Maldita zorra.»

No me fiaba de la rusa. Yo sabía que era una bruja. La muy zorra lo devoraba con los ojos. Solo le faltaba sacar un tenedor y un cuchillo de su abrigo blanco para comérselo.

—Tengo que irme —dijo Lucas tras darme un beso breve en la frente.

—¿Te vas con ella? —pregunté con una repentina inquietud.

Lucas respiró hondo, cosa que hacía siempre cuando sabía que no me iba a gustar su respuesta y entrecerré los ojos.

—Sasha tiene una información que puede servirme para capturar a Vladimir antes de que abandone Nueva York.

—Quiero ir contigo.

—Cariño —dijo en tono serio y ladeé la cabeza.

—¿Adónde vas?

Con un movimiento impaciente de los dedos, me reajustó la chaqueta.

—No puedo dejar que me acompañes, es peligroso.

—Quiero ir contigo —insistí—. ¡Por eso es aún más importante que yo vaya contigo!

Lucas tiró de mí para abrazarme y me besó en los labios.

—No puedo permitir que vengas conmigo —susurró contra mis labios.

—¿Tienes miedo a que me ocurra algo? —dije pasándole una mano por el pelo.

—Sabes que sí —su expresión se endureció.

Me besó de nuevo y esta vez fue más duradero. Junto su boca con la mía, seduciéndome con su lengua, dejando su sabor impregnado en mis labios.

—No deberías preocuparte tanto por mí —murmuré.

—No puedo evitarlo, Caprichosa —Me acunó el rostro con las dos manos como si fuera una pieza frágil, vulnerable y delicada—. Lo eres todo para mí.

—Lucas...

Otro beso acalló mis súplicas y me esforcé en aceptar que se iría con Sasha. Lo último que deseaba era que nos peleáramos después de todo lo que nos había ocurrido a los dos en tan solo una hora.

—Te quiero —dijo, acariciando mi rostro.

—Yo también te quiero —suspiré.

Lo miré atentamente mientras se marchaba contemplando el cadáver de su padre, y al desviar la mirada para ver a la mujer que aguardaba delante de su coche evidenciando una sonrisa triunfal, sentí un hormigueo en mi cuerpo a causa de los celos.

Definitivamente la rusa era una auténtica bruja. Y yo no soportaba verla cerca de ella. Tenía ganas de mandarla a su país de origen sin avión. No me importaba que ella tuviera una venganza personal. Saltaba a la vista que estaba enamorada de él.

Sin despegar sus ojos de mí, abrió la puerta del copiloto del Jaguar de Lucas con mucha naturalidad, como si lo hiciera de forma muy habitual y me

enfurecí.

El rostro de Sasha era de piel blanquísima como un emblema de la femineidad rusa. Formaban una pareja muy llamativa. Lucas era alto y atractivo, y ella era guapísima, la agente diez. Una mujer capaz de ver, oír y descubrir sucesos, contenidos de documentos secretos, localizar instalaciones militares y entrar hasta los mismos pensamientos de gobernantes. Vamos, era la mujer perfecta para Lucas.

—Dangelys —dijo alguien junto a mí—. Tengo que hablar contigo.

Al volverme, vi a Scott a mi lado. Había estado tan atenta viendo como se iban Sasha y Lucas que me había olvidado de él.

—Tenías razón con lo de Irina. Vladimir planea algo con ella —masculló con el rostro tenso.

—¡Hombre! Hasta que por fin entras en razón.

Su voz me sacó del punto álgido de mi reflexión.

—No pasa nada. Ya da igual lo que Vladimir tenga planeado —proseguí—. La CIA tiene que estar liberando a Irina en este momento de su cautiverio insoportable, de la jaula en que la forzó a vivir Petrov...

Al ver la expresión de su rostro a medida que hablaba detuve mi flujo de palabras.

—Vengo de Beautique —me dijo con extrema seriedad y contuve la respiración.

De pronto me asaltó un mal presentimiento.

—¿Participaste en la redada? —le pregunté con una presión en el pecho.

—Sí. —murmuró—. Por eso no estaba aquí junto a mi padre.

Los agentes de la CIA tenían que entrar para buscar documentos o cualquier información que implicara a Petrov en un proceso judicial penal. No sabía que él participaría.

—Revisé el edificio al completo con la ayuda de todos los agentes de la CIA que nos encontrábamos allí.

—¿Encontraste a Irina?—pregunté impaciente y Scott se quedó callado.

Rapidamente el mal presentimiento que me ahogaba el pecho se hizo más intenso.

—Nadie sabe donde está —susurró con la preocupación en su voz—. Irina, ha desaparecido.

## Capítulo 12

### Confiar

Una hora después de que el juez levantara el cadáver de Oleg, y que los servicios funerarios se hicieran cargo de su cuerpo y su posterior traslado al instituto anatómico forense de Nueva York, para practicarle la autopsia, me encontraba en la sede secreta neoyorquina de la CIA.

Caminaba junto a un Scott muy preocupado, entre documentos secretos e informes de inteligencia almacenados, rumbo a la sala de interrogatorios del décimo piso de la Agencia Central de Inteligencia en Manhattan.

Desde estas oficinas se procedía entre otras misiones a espiar y reclutar diplomáticos extranjeros destinados en Naciones Unidas. Se mantenían entrevistas con empresarios y otras fuentes con acceso a países extranjeros y deseosos de cooperar con los servicios de inteligencia norteamericanos. Y también se realizaban interrogatorios.

La agencia no había sufrido ninguna baja durante las redadas. Aunque su prestigio había tenido un descenso notable con la huida del gran jefe de la Mafia, Vladimir Zakhar.

Nuestros pasos resonaban con fuerza en la «antena» de la CIA en Manhattan, y todos observaban al hermano de Lucas como si fuera una aparición. Tenía un aspecto terrible. Algo comprensible dadas las últimas circunstancias.

—¿Scott? —dijo uno de los agentes sentado frente a su ordenador—. ¿Qué haces aquí? ¿Cuánto tiempo sin verte?

Era un chico de apariencia bastante joven y parecía contento de verlo.

—Hola, Jason —lo saludó sin detenerse mientras se abría paso entre varios hombres conmigo pegada a su espalda—. Hemos venido mi cuñada y yo a presenciar en primera fila como llora Dimitri Petrov.

—Me han dicho que aún no ha abierto la boca desde que ha llegado —dijo el agente de la CIA fijando sus ojos en mí.

—No te preocupes que ahora la va a abrir... Y mucho —voceó al mismo



tiempo que agarraba del suelo una pequeña caja de cartón.

Luego abrió la puerta de la sala de interrogatorios custodiada por dos agentes que ni se inmutaron al verlo, y nada más entrar dentro me entregó la caja.

—¿Qué contiene? —dije frunciendo el ceño.

Parecía que no había nada dentro. Apenas pesaba unos gramos y era simple y rectangular.

—Ahora lo verás.

Dimitri Petrov que se hallaba sentado y esposado en el centro frente a una mesa, ensanchó los ojos asombrado en cuanto vio a Scott.

—Hola, hijo de puta —masculló el hermano de Lucas furioso.

El mafioso los abría tanto que creía que se le saldrían en cualquier momento de las cuencas.

—Ya me encargo yo de él —le dijo Scott con una media sonrisa al agente que estaba interrogando a Petrov mientras arrastraba una silla por el suelo de mármol.

El agente asintió y salió de la sala sin pronunciar palabra.

—¿No piensas saludarme, Dimitri? —dijo sentándose en la silla.

El rostro de Scott expresaba una paz inequívoca cuando colocaba los codos sobre la mesa.

No sabíamos nada de Irina, parecía que se había evaporado, y tenía el pleno convencimiento de que Scott no perdería mucho tiempo interrogando a Petrov sino hablaba. Lo sometería a un proceso de tortura que lo llevaría a la muerte en un tiempo pautado. Y sería la más cruel posible.

Toqué el brazo de Scott duro como una roca para que me mirara. No sabía si quedarme o salir.

—Cuñadita, siéntate en la otra silla —dijo, resolviendo mi pequeño dilema—. Me vas a ayudar a sacar el lado emotivo de este hijo de puta. Él no lo sabe, pero necesita expresar y compartir sus emociones.

El ruso al oírle recompuso su rostro pálido y como si hubiera escuchado un chiste, se rio.

—¿Dónde está Irina? —le preguntó Scott enseguida haciendo oídos sordos a su risa—. No estaba en Beautique cuando fui antes a buscarla.

—¿Quién es Irina? —le respondió Petrov con toda su cara de mentiroso—. Pasaban tantas chicas... Miss coñofácil, Miss cachonda, Miss calientapollas.

Scott se levantó de la silla y de manera inevitable se me instaló el corazón

en la garganta. Se inclinó hacia delante despacio hasta dejar su nariz pegada a la suya y pensé que éste sería el final del interrogatorio.

—Te dejaste a Miss Universo —susurró Scott en tono gélido y se me pusieron los vellos de punta.

Si Petrov decidía ir por el camino de la chulería lo mataría de inmediato.

Pero para mi mayor sorpresa, Scott se fue hacia la pared y aflojó la luz de la sala.

—Yo sé que quieres mucho a tu jefe —empezó a decir con voz calmada y se volvió hacia Dimitri que mostraba una falsa seguridad—. Y que puede que le hayas hecho un juramento de sangre a Vladimir... Harías todo lo que te dijera, incluso matar sin pensártelo.

El rostro de Dimitri se resquebrajó cuando Scott se acercó a él en silencio y arrastró la mesa hasta dejarla en un rincón de la sala.

—¿Por qué quitas la mesa? —preguntó.

No podía ocultar la mezcla de miedo e indecisión.

Había visto a Lucas en acción y percibía que su hermano no se quedaría atrás en cuanto decidiera finalizar el interrogatorio. Estaba segura que lo liquidaría en un abrir y cerrar de ojos.

—Sabes sin lugar a dudas que Vladimir te borrará de la mafia —continuó hablando Scott—. Dime donde está Irina.

Solo se veía el pequeño resplandor de la bombilla del techo que proyectaba directamente sobre la cabeza de Petrov, y noté como el ruso tragaba saliva marcado por el miedo. Sabía que lo que decía Scott era cierto. Vladimir se libraría de él si se enteraba de que la CIA lo había pillado en la redada.

—Se me está agotando la paciencia. ¿Vas a decirme dónde está Irina?

Su pregunta solo obtuvo silencio por respuesta y en un segundo le soltó un puñetazo.

—¿Vas a hablar hijo de puta?

«Joder», pensé, observando como se tambaleaba Petrov en la silla. El golpe lo había dejado noqueado.

—¡Habla! —bramó Scott.

A pesar de mostrar temor ante el hermano de Lucas sus labios permanecían sellados. Y a partir de ese momento, fui testigo de como le apretaría las tuercas de una manera contundente.

El sonido que emitía Petrov después de varios puñetazos en la cara no era nada humano.

—Siempre supe que tú no estabas en nuestro bando. Se lo advertí a

Vladimir en más de una ocasión, pero él nunca me hizo caso —dijo Petrov, escupiendo sangre con la cara magullada.

Trataba de estabilizar su cabeza para recibir otro puñetazo, pero Scott se apartó de él y sacó su arma.

—Vas a hablar —gruñó entre dientes—. Vas a decirme de una puta vez donde está Irina. Vas a confesar que tú fuiste quien asesinó a su hermana. Porque sino lo haces te mataré ahora mismo.

El acero alcanzó su cara con un golpe totalmente inesperado y letal y la sangre empezó a resbalarle por su desgarrada mejilla.

Acto seguido le encañonó la sien con el arma.

—O quizá me espere y lo haga en uno de los traslados hacia la corte donde se celebrará tu juicio por tráfico de drogas, armas, y prostitución. Me colocaré en una azotea, esperaré a que bajes del vehículo y cuando tengas un pie en la acera... ¡Bum!

Presionó el arma contra su cabeza y Dimitri se puso tenso.

—Te volaré la cabeza de un solo tiro —dijo agachándose para quedar sus ojos a la misma altura que los suyos—. O espera... mejor te meteré un ratón por la boca y luego te la encintaré para que el roedor halle una vía de escape... Sí, eso haré.

En un rápido movimiento, se incorporó y se dio la vuelta.

—Dangelys, dame la caja donde tengo el ratón —dijo, guiñándome un ojo con disimulo.

—¿Qué?

Dimitri abrió los ojos de un modo desorbitado.

—¿Qué hay en esa caja?

—Un ratón —sonrió.

—¡No serás capaz!

—¡Oh, sí! Claro que seré capaz... Tu cuerpo se revolverá como un poseso porque el ratón pasará por tu tráquea, por tu estómago —le explicó de un modo tranquilo—. Regueros de sangre te brotarán de los oídos, de los ojos y transcurrirán unos larguísimos minutos de sufrimiento antes de que mueras.

Le acerqué la caja a Scott que abrió la tapa de inmediato y Dimitri se levantó de la silla casi de un salto.

—¡De acuerdo! Fui yo... yo maté a la hermana de Irina. Vladimir me lo ordenó —dijo titubeando sin despegar sus ojos de la caja—. Lo mismo que traerme a Irina a EEUU. Me dijo que si me llevaba a Irina conmigo mi parte del pastel en los negocios aumentaría considerablemente.

—¿Y dónde está ahora Irina? ¿Qué has hecho con ella? —le pregunté yo en un intento de resolver el horrible dilema.

—Se la llevaron esta misma tarde —lloriqueó como un niño asustado—. Igor vino por ella.

Scott lanzó la caja al suelo y lo agarró del cuello antes que se desvaneciera el último eco de sus palabras.

—¡Maldito cabrón! ¿Por qué se la llevó Igor? ¿Por qué demonios querría él llevarse a Irina?

—Vladimir... —murmuró con voz estrangulada—. Vladimir, quiere llevársela con él a Rusia.

—¿Y su hermana pequeña dónde está? Ella me dijo que Vladimir planeaba algo...

—Eso fue una mentira —me interrumpió—. Yo quise hacerle creer que Vladimir planeaba algo en contra de su hermana para tenerla más dócil.

—¡Hijo de puta! —rugió Scott.

—Su hermana está en Rusia estudiando como le prometí a Irina —se apresuró a decir aterrado—. No le hemos tocado ni un solo pelo de su cabeza. ¡Te lo prometo!

—Ahora tengo que irme, pero quiero que sepas que me encargaré de ti a su debido tiempo —masculló Scott con la rabia en sus ojos—. Mi querido abuelo y tú os entrometisteis en mi camino y no volveréis a hacerlo.

Soltó a Petrov con un empujón muy fuerte que lo tiró al suelo y luego se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —grité confusa.

—¡Sígueme, cuñadita!

Los dos agentes que custodiaban la puerta entraron al salir nosotros.

Scott atravesó como una exhalación la oficina llena de ordenadores y agentes y tomó prestadas las llaves de uno de los coches de la Agencia Central de Inteligencia.

—¡Jason! —gritó Scott antes de subirnos en el ascensor—. Te voy a mandar los datos de un coche por email. Necesito que compruebes si ese coche está conectado a internet.

Al chico de nombre Jason sentado frente a su ordenador se le dibujó una sonrisa.

—¡No sabes como te he echado de menos! —murmuró con un brillo de diversión en sus ojos y Scott se despidió con la mano.

—¡Y yo a ti, maldito hacker!

—¿De quién es el coche que quieres investigar? —pregunté mientras Scott tecleaba en su móvil a toda velocidad.

—De Igor —respondió escueto.

El ascensor bajaba hacia el aparcamiento donde tenían sus coches los agentes de la CIA.

—¿Y para qué quieres saber si está conectado a internet? ¿Deseas averiguar si está utilizando el coche? ¿Conseguir su posible ruta?

—Sí, algo así —respondió enigmático.

El ascensor se detuvo en el sótano del edificio y nos dirigimos corriendo hacia el coche. Una vez dentro, con el motor en marcha, pensé que la CIA tenía las armas suficientes para hacer cualquier cosa.

—¿Crees que Irina continúa en la ciudad? Hace más de dos horas que Igor se escapó de la redada. Siento ser pesimista, pero lo más probable es que ya esté subida en un avión con Vladimir huyendo del país poniendo rumbo a Rusia.

No quería ser pájaro de mal agüero, pero tenía que ser realista.

—Vladimir siempre viaja solo —dijo Scott clavando sus ojos en mí—. Le acompaña únicamente su personal de seguridad y por supuesto la tripulación. Aunque hoy supongo que hará una excepción llevando en el avión a tu querida medio hermana.

Sus palabras penetraron mi corazón sin anestesia, y supe por el modo en que me lo dijo, que mi hipótesis le había dolido tanto como a mí su comentario ácido sobre Savannah.

—¿Sigues enamorado de Irina?

Scott volvió la cabeza hacia otro lado.

—¿Estás tú enamorada de mi hermano?

Dejó su teléfono de malas maneras en un hueco del salpicadero del Lincoln Navigator.

—Muy valiente por tu parte responder a mi pregunta con otra pregunta. Eso me hace pensar que aún la quieres a pesar de ser un cabezota, obstinado.

Scott levantó una ceja en un gesto un tanto irónico.

—¡Mira quién fue a hablar! —sonrió perspicaz—. Necesitaste huir a Nueva York para poner orden en tu vida y tu corazón.

Lo fulminé con la mirada.

—¡Qué sabrás tú de mi vida! —protesté, y me abroché el cinturón de seguridad con contundencia.

—El suficiente como para saber que mi hermano y tú estuvisteis cinco años separados —Se volvió de nuevo hacia mí para mirarme—. Irina y yo

llevamos demasiados años separados. Tengo el corazón tan frío como mis recuerdos.

Sus inesperadas palabras me dejaron el ánimo por los suelos.

—¿Ya no sientes nada por ella?

—No. Mi manera de vivir, mi manera de pensar, mi manera de relacionarme ha cambiado. Todo lo relacionado con el amor es algo que está fuera de mi vida desde hace años. Paso de los fuegos artificiales, del mito del amor romántico.

Salió como un rayo del parking y se incorporó al tráfico realizando una maniobra de giro bastante peligrosa.

—Para no sentir nada por Irina te veo bastante «intenso» en su búsqueda.

Había recibido su mensaje directo sin más rodeos, sin más complicaciones. Pero su mensaje estaba salpicado de un poco de ira y heridas profundas, y eso me hacía pensar que debajo de toda esa capa dura aún persistía algo de amor. El encuentro que presencié entre ellos en Beautique así me lo demostraba. Ese toque de conflicto, esa fricción en la que saltaron chispas, no podía ser otra cosa que amor.

Scott se movía con velocidad por la deslumbrante e iluminada Manhattan de noche mientras conectaba su teléfono con capacidad Bluetooth al Lincoln para realizar y recibir llamadas.

—Tengo una duda que me gustaría resolver —dije, girando mi cuerpo hacia él.

Teclaba el código de acceso en la pantalla táctil SYNC del coche, alternando la vista con el asfalto.

—¿Qué duda? Espero que no sea nada referente al amor —murmuró con una expresión de concentración en su atractivo rostro.

—¿Alguna vez has hecho lo del ratón? —pregunté intrigada.

Mi carácter curioso por naturaleza me impulsaba a querer saber más del tema. Sabía que la mafia rusa utilizaba métodos de tortura bastante horribles.

—¿Tú qué crees?

Vi que descargaba su agenda de contactos y como posteriormente buscaba en su directorio telefónico a alguien.

—Tu explicación tan detallada del recorrido del ratón como si fueras el Atlas de la Anatomía Humana me da que pensar que sí —murmuré.

—Es un método muy, muy efectivo. ¿Viste como expresó y compartió sus emociones? El hijo de puta de Petrov lloraba como un niño pequeño.

Me hubiera reído con su comentario, si no fuera porque estaba sufriendo

por la pérdida de su padre y la desaparición de Irina.

Tenía el cuerpo en completa tensión, y apretó la mandíbula cuando escuchó en el sistema de sonido del coche una llamada entrante.

—Dime Jason —respondió al primer tono.

—El vehículo, un Ford negro de gama SUV tiene programado en su GPS una ruta desde el Centro de Nueva York al aeropuerto John F. Kennedy —dijo el joven agente de la CIA—. Se encuentra ahora mismo en el barrio de Howard Beach, Queens muy cerca de la calle 103.

El hermano de Lucas apretó el volante con fuerza hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

—Cámbiale la ruta sin que se de cuenta —masculló Scott, acelerando—. Dirígelo a la Estación Howard Beach. Nosotros estamos cerca de la 159th Avenue.

—Sí, te veo en el mapa —dijo Jason—. Estás a tan solo veinte segundos de cruzarte con él.

Y como si estuviera todo cronometrado, el Ford apareció en nuestro campo de visión con Igor al volante e Irina dentro en el asiento del copiloto.

—Scott, ¿quieres que me cuele en su sistema y le provoque un accidente?

—¡No! —dijo Scott con brusquedad—. En el coche va una persona muy importante para mí.

—Con que paso de los fuegos artificiales, y del mito del amor romántico —dije por lo bajo con la ceja levantada.

—Cuñadita, cierra el pico —masculló cabreado.

El ángel del infierno parecía que tenía sentimientos hacia Irina. Y no tibios precisamente, por el volantazo que pegó a continuación ante las decenas de personas que caminaban por la acera.

El sonido de los neumáticos al derrapar sobre el asfalto, estimuló un grupo de jóvenes que empezaron a silbar y a aplaudir ante el espectáculo ofrecido por Scott.

—¡Serás exhibicionista! ¡Te va a descubrir Igor! —grité.

—Me da igual que me vea —dijo enderezando el Lincoln.

Pisó el pedal del acelerador a fondo y empezó a zigzaguear a los coches para ir en su busca.

—¿Y como piensas detenerlo? No podemos dispararle a las ruedas.

—Ahora lo verás —dijo con un aire de seguridad en sí mismo aplastante y lo miré escéptica.

Igor como era de esperar nos había visto y emprendía una carrera abierta y

desesperada tratando de huir de nosotros.

—Jason, cuélate en las funciones de su coche y toma el control total. Bloquea su volante para que no pueda variar de dirección y reduce la velocidad hasta detener el coche por completo en el siguiente semáforo.

La orden de Scott me dejó anonadada.

—De acuerdo —respondió el hacker de la CIA—. La verdad es que los fabricantes de coches tendrían que dedicar más dinero para asegurarse que sus sistemas conectados sean rocas monolíticas en cuanto a seguridad.

—Recuerda bloquearle los cerrojos también.

Había oído rumores de que la CIA tenía una puerta trasera hacia los coches conectados. Pero presenciar como el coche de Igor, redujo la velocidad sin variar su dirección en el siguiente semáforo hasta detenerse por completo fue algo impactante de ver.

—¡Alucinante! —exclamé impresionada.

—Esto es más sofisticado que el clásico purgado de frenos para que un coche se estrelle sin remedio, más higiénico, y deja menos huellas —dijo Scott sin despegar sus ojos del Ford.

Detuvo el coche justo detrás del suyo donde claramente se veía a Irina forcejeando con Igor, y los dos salimos corriendo como alma que lleva el diablo hacia ellos. La luna trasera del Ford mostraba un revuelto de espantosa confusión de brazos, y sentí que el corazón se me salía por la boca cuando Scott disparó a la ventanilla del conductor sin ninguna clase de contemplación.

—¡Ya te tengo cabrón! —gritó mientras se rompía en pedazos.

Extendió el brazo dentro del coche y le arrancó la pistola de la mano a un sorprendido Igor que detuvo la cadencia de golpes sobre Irina.

Sin perder el tiempo lo atrapó del cuello y supe que tenía que actuar con rapidez si quería sacar a Irina con vida del coche. Apunté con mi arma reglamentaria al cristal del copiloto con cuidado de no herirla. En el instante que iba a apretar el gatillo escuché como se desbloqueaban los cerrojos.

—Gracias, Jason —dije en voz alta.

En un segundo el joven hacker desde la sede secreta de la CIA en Manhattan me había facilitado el rescate. Seguro que estaba siguiendo toda la acción a través de las cámaras ubicadas en la zona de la Estación Howard Beach.

—¡Vamos, Irina! —grité al abrir la puerta.

Scott apretaba el cuello de Igor con la presión de un brazo robótico accionado por un pistón, y saqué a una extenuada Irina del coche.

—¡¡Scott!! —sollozó Irina envuelta en llanto.



—Tenemos que alejarnos del coche, es peligroso estar tan cerca —dije sujetándola por la cintura y dando pasos hacia atrás.

—¡No! ¡Igor lo va a matar!

Irina se resistía a retroceder conmigo.

—¡No te preocupes por él! Si alguien va a morir, ese es Igor.

Fui desplazándola como pude hasta que llegamos a la acera y desde cierta distancia de seguridad contemplé como Scott se convertía en una maquina de matar.

Sin importar que estuviera en el centro de Nueva York, en medio de la calle rodeado de coches, con miles de ojos observando cada uno de sus movimientos, sacó a Igor medio inconsciente por la ventanilla del coche, lo arrodilló en el suelo y con el rostro lleno de ira le pegó un tiro preciso en la frente a sangre fría.

El cuerpo de Igor de inmediato se desmoronó en el suelo.

Scott se dio la vuelta con el arma en la mano y la gente empezó a gritar y a correr huyendo despavoridos.

—¡Joder! Lo que nos faltaba.

La histeria colectiva inundaba a una marabunta de gente y saqué mi cartera del bolsillo del pantalón.

—¡Tranquilos! Soy agente especial del FBI.

La abrí ágilmente y mostré mi placa del FBI a toda la gente.

—¿¡Eres agente del FBI!? —me preguntó Irina con los ojos abiertos como platos.

—Sí, mi nombre real es Dangelys Neymar.

La agitación de las personas que teníamos alrededor se rebajó un poco y clavé mis ojos en Scott que caminaba hacia la acera con el arma aún en la mano.

—¡Mira que te va el espectáculo! —le dije, chasqueando la lengua—. Podrías haber sido más disimulado.

—No sé hacer las cosas de otro modo —repuso con voz grave y le dirigió una mirada enturbiada a Irina que me estremeció hasta a mí.

—Scott, yo... —sollozó Irina.

—¡No digas nada!

Un áspero sonido de rabia salió de él y me quedé inmóvil.

¡Oh, *Deus!* La amaba... pero estaba muy furioso.

Mientras acortaba el espacio que nos separaba, me fijé en sus andares, tan idénticos a los de Lucas, con esa forma de caminar extremadamente sensual que denotaba confianza y aquel arrogante desafío masculino en su rostro.

No se podía negar que eran hermanos.

Lucas era un poco más alto y corpulento que Scott, pero ambos eran imponentes con sus musculosos cuerpos entrenados para matar.

—Objetivo conseguido —dijo en un tono glacial una vez se unió a nosotras—. Hora de irse.

—Tenemos que hablar, Scott —le susurró Irina con lágrimas en los ojos.

Él, que parecía evitar su mirada tomó aire rápidamente.

—¡Ahora no! Estoy muy cabreado.

—Pero...

—¡He dicho que ahora no! —gruñó con la expresión severa.

Atrapó la mano de Irina con un movimiento feroz y me tensé igual que ella al notar que el fuego de la venganza aún hervía en su interior.

—Irina, no quiero decir cosas de las que luego pueda arrepentirme.

Su voz vibró con una especie de emoción y las largas pestañas de Irina descendieron.

—Vamos a mi apartamento.

Irina levantó la vista al oírlo.

—¿A tu apartamento?

Sus ojos se encontraron de nuevo y la sensación que me embargó al ver sus miradas de gemas oscuras engarzadas me hizo decidir marcharme.

Scott tiraba de su mano con paso rápido, casi arrastrándola hacia el coche. Se palpaba una increíble química entre los dos, pero también un gran dolor.

—Scott, creo que nuestros caminos se separan aquí —dije desde la acera—. Tengo que ir a...

—No. Tú te vienes con nosotros —voceó sin girarse—. Tengo que pedirte un favor.

—¿Un favor? —fruncí el ceño.

—Sí, vamos.

—Supongo que no me vas a decir de que se trata el favor —protesté.

—Supones bien, cuñadita. ¡Venga, vamos! —dijo con voz autoritaria y abrió la puerta del copiloto para que subiera al coche Irina, que permanecía cabizbaja.

—Oye, eres más mandón que tu hermano —resoplé.

—¿Ah, sí? Qué interesante. Creía que Lucas era exigente pero no mandón.

Dio la vuelta por delante del coche que había abandonado antes en medio de la calle con el motor en marcha y abrí la puerta, negando con la cabeza.

—Bueno, supongo que es las dos cosas —dije, pensando en los ojos

oscuros de Lucas.

Inexplicablemente sentí un hormigueo de alarma en todo mi cuerpo al pensar en él. No me gustaba que estuviera a solas con Sasha.

Me senté resignada y cabreada a partes iguales en el asiento trasero del Lincoln.

Scott llamó al Director de la CIA para comunicar la muerte de Igor y que viniera un juez a levantar el cadáver. De repente, el lejano sonido de una sirena policial nos alertó de la llegada de un coche patrulla y me bajé de nuevo del Lincoln para hablar con ellos mientras Scott terminaba de informar al Director de la CIA por teléfono. Con seguridad los transeúntes habrían alertado a la policía de lo que había sucedido con Igor y Scott frente a la Estación. Mostré mi placa de agente especial del FBI y aclaré todo el asunto en cuestión de un par de minutos.

—No deberías haber actuado así, Scott. Mañana vas a salir hasta en Youtube —le recriminé mientras me abrochaba el cinturón de seguridad.

—Suenan maravilloso.

—¿Estás loco?

—La gente verá como hay que deshacerse de la basura que hay en el mundo —dijo poniendo la primera marcha, pasando junto al cuerpo de Igor en el suelo—. Deberían instalar contenedores en las ciudades para poder arrojar los cadáveres de los mafiosos y el crimen organizado, que tantos residuos generan.

—Sí claro, y si el cadáver lleva gafas, se las quitas y las tiras en el contenedor de vidrio.

Vi que una pequeña sonrisa asomaba en sus labios.

—Yo asesino a no menos de cinco mafiosos a la semana y lo que hago es despedazarlos e introducir los restos en diversos cubos especiales que tengo en el patio y fabrico mi propio compuesto casero, que uso para el autocultivo de lechugas y demás.

—¡Serás capullo!

Tuve que apretar los labios para no reírme.

Después de este pequeño impasse, o broma, el habitáculo del coche se llenó de silencio y Scott emprendió camino hacia el edificio de apartamentos Aka Wall Street.

El ambiente fue bastante tenso durante todo el trayecto. Irina preguntó por su hermana, si sabíamos algo de ella, y capté como Scott se contenía ante el llanto de Irina al descubrir la mentira de Petrov. Contemplaba con una enorme curiosidad cada gesto inquieto del hermano de Lucas. Percibía como sufría con

su llanto, con su angustia, y contuve el aliento al ver la forma en que de repente alargó el brazo y cubrió con su mano una de las de Irina. Acariciándole los dedos con una intimidad aplastante. No pude evitar estremecerme al notar la calidez y la delicadeza del roce de sus dedos sobre su piel. Como si Scott con esa caricia le estuviera estrechando todo su cuerpo entre sus brazos.

El gesto duró solo unos segundos, ya que luego volvió a sujetar el volante con las dos manos con fuerza, pero para mí tuvo un significado muy profundo.

Cuando llegamos frente a la fachada de mil novecientos siete, con las dos criaturas míticas que sostenían el imponente reloj dorado Scott detuvo el coche.

—Quiero que te quedes a pasar la noche a mi apartamento —me dijo una vez estábamos en la acera.

—¿Por qué? ¿Te vas a alguna parte?

—Sí. —respondió, entregándome unas llaves.

—Ya sabes donde vivo.

Tiró de las mangas de su chaqueta de cuero negra con ese gesto de chulería tan característico de los dos hermanos y retomó sus pasos hacia el coche.

—¿Vas a ver a Dimitri Petrov?

Se me formó un nudo en el estómago.

—Dije que me encargaría de él a su debido tiempo y como mi tiempo interior va muy rápido no pienso dejar que vea el siguiente amanecer.

A pesar de haberse desecho de Igor, su sed de venganza no se había consumido lo más mínimo.

—La venganza no te aliviará la rabia y el dolor —le grité a su espalda—. Tu padre quería que fuérais felices Lucas y tú.

Se dio la vuelta y sentí una opresión en el pecho cuando vi que Irina se acercaba a él.

—No te vayas, por favor —le dijo en un débil susurro.

Alzó la mano, acariciando la marca de su cicatriz en el rostro y se me pusieron los vellos de punta.

Todo se detuvo alrededor. Los sonidos de los coches se perdieron en la distancia, el viento que soplaba en nuestras caras, las voces de las personas que pasaban por la calle. Solo existían ellos dos, y sus sentimientos.

—Quédate conmigo —suplicó Irina, y contuve la respiración.

Scott levantó sus manos y me percaté mientras las elevaba para sujetar del cuello a Irina, de que le temblaban.

—Irina...

Lentamente acercó su rostro al de Irina y sentí el impulso de él por besarla.

Pero no lo hizo y eso me sorprendió.

¡Cielo santo! Estaba presenciando la encrucijada de su dilema.

—Lo siento —dijo apartándose.

Aspiró profundamente y echó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo negro sobre la ciudad. No sé que pasaría por su mente pero supongo que las estrellas le traerían pensamientos de su padre, fallecido apenas unas horas antes.

Cuando miró de nuevo a Irina vi la determinación en sus ojos.

—Tengo que irme.

Se subió en el coche, arrancó el motor del Lincoln y pude ver como Irina se desmoronaba a medida que el coche se alejaba.

Nadie le podía reprochar a Scott que quisiera ir a matar a Petrov después de enterarse de la verdad sobre Irina. Pero ella lo necesitaba.

Lloraba apretando sus manos contra su pecho, como si le faltara el aire.

—No me quiere —musitó nada más sentir mi mano en su hombro.

—No digas eso —me apresuré a decir, y dejó escapar un suspiro entrecortado.

Yo presentía que ella era el gran amor de su vida.

—Ese hombre, Vladimir, es como una maldición —susurró—. ¿Por qué tuvo la vida que castigarme de una forma tan cruel?

No pudo reprimir un sollozo de amargura tras exteriorizar sus pensamientos.

—Dicen que la vida no nos envía nada que no podamos soportar —murmuré situándome delante de Irina—. Que el sufrimiento es parte de ella, que es la mejor manera de superarlo. Que todo pasa por algo y que mientras más nos resistamos a aceptar una situación que no nos gusta, más fuerza cobrará en nuestra vida.

—Sí, toda la teoría, esa parte tan fácil, pero... ¿y la práctica? —dijo Irina con lágrimas en sus ojos y se me encogió el corazón—. Yo me encontré en el ring de combate con un contrincante como Vladimir que me dejó *KO* en el primer golpe. No hubo teoría que valiera, no valió ni el truco ese de contar hasta diez para pensar en una solución, porque antes de llegar a tres, me hizo trizas.

Me mostró una sonrisa forzada, como si tuviera el rostro de madera y la abracé con fuerza durante varios segundos.

—Hace un poco de frío. ¿Vamos adentro a tomar un café? —propuse, mirando hacia el edificio de apartamentos.

Irina guardó un breve silencio, y rodeó sus tensos hombros con cariño.

—Cuéntame como fueron tus inicios de modelo. ¿Cómo conociste a Scott? He leído que fuiste coronada Miss Universo —dije con cautela, sin saber muy bien de que hilo tirar para iniciar una conversación.

—¿Quieres saber qué sucedió con mi vida para que terminara cayendo en las redes de la mafia?

—Sí.

En otras circunstancias me habría cabreado con Scott por jugármela con hacer de niñera, pero Irina me inspiraba ternura. Vigilancia, secuestro, extorsión... Su vida no había sido nada fácil y sentía un profundo respeto por ella.

—Tus padres murieron hace muchos años en un accidente de tráfico, ¿verdad?

Es posible que no quisiera hablar. Su llanto no se había detenido. Pero no perdía nada por intentarlo.

—Sí, vengo de una familia humilde, y al morir ellos, mis hermanas pusieron todas sus esperanzas en mí para salir adelante. —terminó diciendo con tensión en la voz mientras accedíamos al edificio de apartamentos—. Ganar el certamen de Miss Rusia supuso un cambio para nosotras. Mi carrera de modelo se disparó y gracias a varios contratos publicitarios nuestra situación económica mejoró bastante. En esa época, un poco antes de ganar el certamen, fue cuando conocí a Scott. Sin duda lo mejor que me ha pasado nunca.

El conserje del edificio que se encontraba detrás del mostrador levantó la vista al oír nuestras voces y lo saludé con naturalidad.

—Buenas noches.

Esperaba que me recordara de la noche anterior y no pusiera problemas.

—Buenas noches, señoritas —murmuró en un tono educado.

Por un momento creí que diría algo más. Sin embargo, solo se limitó a observar como nos dirigíamos a los ascensores.

El segmento de apartamentos de lujo se caracterizaba por tener una gran privacidad, y el impulsivo de Scott no había hecho otra cosa más que darme sus malditas llaves, sin pensar que nos podían negar el acceso a su apartamento.

—¿Qué sucedió después de ser coronada Miss Universo? —le pregunté ya con tranquilidad mientras esperábamos la llegada de uno de los dos ascensores.

—Sucedío algo que jamás imaginé tras ser coronada Miss Universo. Cuando parecía que todo iba bien en mi vida, empezaron a surgir rumores sobre mí. Al principio no daba crédito ni desmentía los rumores, pero poco a poco

fueron creciendo entorpeciendo mi reinado y también mi relación con Scott. Nunca sospeché que detrás de esas especulaciones hubiera alguien poderoso moviendo sus hilos. El día que recibí la noticia del fallecimiento de mi hermana, Vladimir Zakhar se encargó de hacerme saber que él había sido el artífice de todos esos rumores y que uno de sus hombres había atropellado a mi hermana.

El sonido que anunciaba la llegada de uno de los dos ascensores a la planta baja rompió su relato.

—No puedo creer que ese hombre hiciera eso —susurré.

Tan pronto se abrieron sus puertas una pareja salió y se quedaron mirando fijamente a Irina, que sollozaba con suavidad.

—Buenas noches —murmuré, y retiraron sus ojos de ella.

Tiré de Irina hacia el interior del ascensor y pulsé impaciente el botón de la última planta.

—Sigue contándome, por favor —dije en cuanto se cerraron las puertas.

Irina dejó escapar una exhalación.

—Durante esa llamada de Vladimir, mi primera reacción fue ir a pedirle ayuda a Scott —prosiguió con los labios tembloros—. Pero Vladimir rápidamente se encargó de decirme de forma muy «amable» que si no salía del país junto a Dimitri Petrov, mi hermana pequeña quedaría lisiada de por vida y desfigurada.

Con una opresión en el pecho, no podía creer lo que estaba escuchando. Ese hombre era el peor ser humano que había conocido sobre la faz de la tierra.

—Te juro que no entendía nada. Yo sabía que Scott era agente de la CIA, y que trabajaba infiltrado en la Mafia. Me lo confesó él al poco de conocernos. Pero lo que jamás me habría imaginado era que ese hombre, el jefe de la mafia, era su abuelo. Eso era algo que no me había contado Scott. Vladimir Zakhar en esa llamada me hizo saber que Scott era su nieto y que yo representaba un impedimento importante para los planes que tenía para él.

—¿Ahí fue cuando renunciaste a tu título?

—Sí. —dijo en un tono triste de voz—. Con todas mis esperanzas de futuro rotas en pedazos tuve que renunciar a mi título de Miss Universo y desaparecer para que mi hermana pequeña no sufriera ningún daño. Lo que para mí fue una desgracia, para mi hermana significó el valioso regalo de la libertad.

—¿Y dónde está tu hermana? —pregunté extraordinariamente sensible—. ¿Conoces su paradero?

Su historia me tenía conmovida.

—Sí, Nika vive en Moscú. Ella nunca ha sabido los verdaderos motivos

que me llevaron a marcharme de Rusia —dijo con los ojos arrasados en lágrimas—. Mientras yo tuve que acostumbrarme a vivir mis días en cautiverio, en una especie de relación amorosa con Dimitri, Nika ha podido estudiar para llegar a ser alguien y que el día de mañana pueda ganarse la vida.

El ascensor se detuvo en la última planta y me giré para ocultar mi propia conmoción.

*¡Meu Deus!* Lo que había vivido esta mujer era muy fuerte.

La generosidad, el amor, y la humanidad de Irina me tenían al borde de las lágrimas.

Salimos al pasillo y la curiosidad dictó mi siguiente pregunta:

—¿Cuándo te reencontraste con Scott por primera vez después de marcharte de Rusia?

—La otra noche en Beautique, y me quise morir —dijo en voz baja sin poder controlar el llanto—. Nada más verme me gritó cosas horribles.

—Escuché lo que te decía —me sinceré, y respiró profundamente.

—Él cree que todos los rumores que se vertieron sobre mí en el pasado son ciertos. Espera ver una niña o un niño caminando de mi mano fruto de mi relación con Dimitri.

—¿Él era el empresario de origen ruso, nacido en la ciudad de St. Petersburgo al que se refería la prensa internacional?

—Sí, Vladimir Zakhar supo engañar muy bien a Scott —dijo Irina—. Lo llevó al aeropuerto la noche que me marchaba con Dimitri de Rusia y presencié como me subía con él a un avión hacia rumbo desconocido.

—Scott me contó que te vio subir a ese avión.

Me impregnaba su mirada llena de tristeza y melancolía.

—Todos estos años he vivido con Dimitri en Nueva York bajo la firme amenaza de hacerle daño a mi hermana pequeña. Ahora que por fin soy libre quiero volver a recuperar mi vida sin tener miedo. Quiero volver a amar y sentirme amada. Quiero volver a sentir la seguridad entre los brazos de Scott y la certeza de un futuro juntos —dijo con los ojos brillantes de emoción—. Aunque en realidad pienso que ya no me quiere... Creo que Scott en el fondo, me odia.

Sus lágrimas me partieron el corazón.

—No, no te odia, tiene miedo.

Alargué el brazo y le enjuagué con los dedos las lágrimas que no paraban de derramarse de sus ojos.

—Lo opuesto al amor no es el odio, sino el miedo —murmuré, poniendo la llave en la cerradura—. El miedo es un sentimiento que nos paraliza, nos hace



dudar. Creo que Scott tiene que afrontar sus errores, las cosas desagradables que sucedieron en vuestras vidas e intentar dejar de pelearse con el mundo.

Paré de hablar al escuchar el sonido que anunciaba que el otro ascensor había llegado a la última planta.

Sería uno de los vecinos.

—Entremos al apartamento de Scott —proseguí sin darme cuenta de que alguien se aproximaba por detrás.

Percibí que algo extraño sucedía al ver el inquietante nerviosismo que reflejó de pronto la mirada de Irina.

—¿Qué te ocurre?

Me giré justo a tiempo de ver como se acercaba con seguridad hacia ella el hombre que tanto se parecía físicamente a mi Gigoló.

Inmediatamente el ambiente del pasillo se cargó de electricidad.

—¡Has regresa... ! —empezó a decir Irina, pero Scott no la dejó hablar.

En un movimiento rápido la envolvió entre sus fuertes brazos, fundiendo el espacio entre sus cuerpos y la besó. Y en el momento que sus bocas se rozaron, todo pareció alinearse de una manera mágica.

El chico duro, rebelde que conocía, que se había pasado años deslizándose frente a la puerta del infierno, incluso dentro, se transformó en alguien que jamás había visto, mostrando un lado que casi costaba entrever, el de la pasión y el amor más absoluto hacia una mujer.

El beso era arrebatador, intenso, frenético, como si quisieran recuperar el tiempo perdido. Scott dominaba los labios de Irina que se dejaba arrastrar por el deseo y el ritmo de su sensual invasión.

Mi corazón palpitaba a diez mil latidos por minuto hechizada por la forma en que se besaban. Cada vez que uno de los dos tomaba un poco de aire, el sonido me provocaba un vacío en el estómago.

—¿Por qué no me di cuenta de lo que te estaba pasando? Perdóname, por favor.... He sido un maldito estúpido desconfiado.

Se disculpaba entre besos, sin tapujos, con esa voz tan masculina y desgarradora.

—Deja de atormentarte —le susurraba Irina.

Lo besaba comprensiva, dándole todo su amor, aceptando a Scott tal y como era, con sus luces y sus sombras.

—Perdóname, cariño. Tendría que haber creído en ti. La desconfianza me destruyó. Los celos me cegaron cuando te vi subir a ese avión —dijo, acunando el rostro de Irina entre sus grandes manos.

No había defecto más bonito que el que es reconocido, asumido, aceptado, porque es entonces cuando deja de serlo. Y mientras los contemplaba me permití soltar ese nudo que llevaba dentro desde hace horas absorbiendo todas esas emociones no expresadas, por saber que tenía una hermana, por la muerte de Oleg Zakhar, por sentir celos de Sasha, siempre merodeando alrededor de Lucas...

Confiar no era una cosa sencilla ni simple en un mundo tan complicado como el que se movían Lucas y Scott donde en ocasiones confiar, significaba asumir riesgos, riesgos de herida, riesgos de pérdida, riesgos de morir.

¿Se podía amar sin confiar?

Yo creo que no. La desconfianza destruye, al final. La desconfianza no arriesga. La desconfianza siempre te sitúa a la defensiva.

Amaba a Lucas con toda mi alma. Creía en su amor, y no podía más que apostar, que confiar, que seguir jugándomela con él, una vez, y otra vez, y otra vez... Era una apuesta por la que siempre lucharía.

Lancé una mirada a la pareja que no paraba de besarse con exuberancia iluminados por la ténue luz del pasillo, una oda al amor romántico, y decidí marcharme.

Ahora si que sobraba aquí.

Me alegraba muchísimo que Scott hubiera sepultado o abandonado al menos por unas horas su sed de venganza para regresar junto a Irina. Su amor no había sido efímero, se plasmaba en cada caricia, en cada ráfaga de besos. El paso de los años no había logrado desdibujar sus sentimientos y se merecían ser felices.

Di un paso atrás, luego otro, con suaves pisadas para no llamar su atención y empecé a alejarme. Perdida la batalla de sus enemigos por separarlos, llegaba por fin, la reconciliación

—Cuñadita, ¿adónde te crees que vas? —me dijo Scott, clavándome su mirada oscura como un bisturí cuando iba a pulsar el botón del ascensor.

Su mirada empañada por las lágrimas, le atribuía un magnetismo especial.

—¡No querrás que me quede a presenciar la reconciliación completa! —sonreí revivida por la corriente intempestiva de felicidad que destilaban sus ojos—. Tengo que ir a hablar con mis padres —añadí.

—Toma, llévate el Lincoln —dijo, lanzándome las llaves del coche y las atrapé al vuelo.

De pronto se entibió mi interior al pensar en mi padre. Mi alegría se apagó. Él siempre había sido la base de mi corazón desde pequeña y las dudas

sobre Savannah me asaltaban sin piedad.

—Gracias, pero no puedo aceptar. Alguien podría caer en la terrible equivocación de que he robado uno de los coches de la CIA, y ya he tenido suficientes emociones fuertes por hoy.

—No acepto un no por respuesta —murmuró—. Ya me lo devolverás mañana.

Arrastró a Irina hacia su apartamento y me quedé ensimismada viendo como cerraba la puerta en mis narices.

—¡¡Que sepas que eres el triple de mandón que tu hermano!! —le grité a la madera de la puerta y escuché su varonil risa.

—Yo también te quiero, cuñadita.

Minutos más tarde, salía del edificio con las llaves del coche en la mano y llamé a mi madre para asegurarme de que se encontraban los dos en el hotel. Tenía la imperiosa necesidad de hablar con mi padre de Savannah. La chica que había sido mi amiga desde que me mudé a Nueva York. La chica con la que trabajaba, salía a cenar, a bailar, con la que me gustaba reír y también discutir, con la que nunca me aburría.

—¡Deus! Savannah es, mi medio hermana —dije en voz alta mientras conducía el Lincoln hacia el hotel Plaza.

Por más que había tratado de bloquear o expulsar hacia fuera la imagen de su traición o sensación del instante de su revelación, había aparecido una y otra vez durante todo el tiempo.

¿Dónde se encontraría ahora? ¿Estaría con Vladimir volando rumbo a Rusia? Me preguntaba incapaz de dejar de pensar en ella.

No podía evitar tener la inseguridad, la inquietante sospecha, la duda persistente, el dolor de pensar que mi padre nos podría haber ocultado esta gran verdad a mi madre y a mí.

Con las secuencias salteadas de la redada en mi cabeza aparqué el coche delante del icónico y popular hotel Plaza. Mis padres se alojaban en el único y glamouroso triplex ubicado en la esquina noreste del hotel con espectaculares vistas a Central Park y la Quinta Avenida.

—Hola, cariño, que alegría que hayas venido a vernos —dijo mi madre nada más abrir la puerta.

Traté de simular normalidad cuando me rodeó con sus brazos protectores y me apretó contra su pecho, pero fue imposible.

—¿Dónde está papá? —murmuré a punto de desmoronarme.

Me dolía en el alma saber que le destrozaría el corazón a mi madre en tan

solo unos minutos.

—Ahora viene, está hablando por teléfono. Tienes mala cara. ¿Te pasa algo? —dijo apartándose un poco para mirar mi rostro e intenté sonreír.

—No. Estoy bien —mentí—. Solo es cansancio.

Arrojé mi chaqueta sobre un sillón cercano y me mostró una triste mueca.

—Tú no estás bien. Te conozco, Dangelys Neymar, y sé que te ocurre algo —dijo, entornando los ojos.

Respiré hondo en un intento inútil de calmar mis nervios.

—En ocasiones creo que tienes un sexto sentido cuando se trata de mí —murmuré, intentando sonar despreocupada.

—¿Qué te preocupa?

Era inútil ocultarle a mi madre mis emociones. Me conocía mejor que nadie.

—Necesito hablar con papá de algo importante —suspiré.

—¿Tiene que ver con Lucas? —dijo acercándose a mí.

—No. Tiene que ver con algo que me contaste en mi apartamento de tus inicios con papá.

Frunció el ceño.

—¿Qué pasa, Dangelys?

Tomé aire mientras me pasaba las manos por el pelo.

—Prefiero hablar cuando esté papá presente —dije cada vez más nerviosa.

—*Meu princesa...*

De repente, la voz de mi padre, llegó hasta mis oídos proveniente del piso superior. Miré hacia arriba y sentí una opresión en el pecho cuando lo vi aparecer.

—Hija, ¿qué haces aquí a estas horas? —me preguntó mientras descendía la exquisita escalera curvada que llevaba al comedor.

—Hola, papá. He venido ha hablar contigo —dije al pie de las escaleras.

—¿Has venido a hablar de Lucas? Dangelys, hija, lo vuestro es un error.

Mi padre besó mi mejilla con ternura y la opresión en mi pecho se transformó en un enorme nudo en la garganta.

—¿Un error? No, papá, lo nuestro no es un error en lo absoluto —murmuré—. No vamos a renunciar a la oportunidad de ser felices.

Consciente de la mirada silenciosa de mi madre sobre nosotros tomé aire para armarme de valor.

—Hablando de errores... —empecé a decir—. ¿Tienes algún error del pasado significativo que quieras contarnos a mamá y a mí? Esta noche he

descubierto algo grave sobre ti y necesito que seas sincero.

Mi padre giró el cuello desconcertado buscando la mirada de mi madre y mi corazón se aceleró.

—No sé a que error del pasado te refieres —dijo con el semblante pálido.

—¿Te suena de algo el nombre de Savannah Murphy? Trabaja conmigo para el FBI y hoy, tristemente he descubierto, que la que creía mi compañera y amiga, era una informante de la Mafia.

—Murphy...

Mi padre se quedó pensativo como si recordara vagamente ese apellido y decidí continuar destapando la verdad.

—¿Sabes, papá? Savannah nació en Nueva York hace treinta años —proseguí—. Desgraciadamente pasó toda su infancia en un orfanato porque dice que su padre la repudiaba. No la quería a su lado por ser un recordatorio de su infidelidad.

Mi padre y mi madre me miraban de un modo extraño, como si no comprendieran, pero de pronto la expresión de mi madre cambió ante mis ojos y sacudió la cabeza.

—¡No puede ser! —exclamó—. Me mentiste. ¡Tuviste una hija con aquella modelo!

Su voz salió llena de dolor y mi padre parpadeó asombrado.

—¿Qué? ¡Yo no tengo ninguna otra hija aparte de la que tienes aquí delante! —gritó con una mueca de sorpresa en su cara—. Dangelys, ¿quién te ha contado semejante barbaridad?

Mi padre me miró con el rostro desencajado y traté de mantener la compostura al ver a mi madre derramar las primeras lágrimas.

—Ella misma —murmuré—. Durante la redada de esta noche para atrapar a Vladimir Zakhar destapó toda la verdad. Savannah es el topo de uno de los mayores enemigos del FBI y de la CIA. Lucas sospechaba de ella desde hace días y al indagar en su vida descubrió que la persona que la sacó del orfanato era Vladimir Zakhar. Pero eso solo era la punta de un iceberg de dimensiones gigantescas. Jamás imaginé que Savannah podía ser mi medio hermana. No sabes como me sentí cuando me dijo a la cara que tú habías arruinado la vida de su madre y la suya. La patada en el estómago fue brutal.

Mi padre se quedó inmóvil con los ojos muy abiertos y mi madre se sentó en un sillón, intentando asimilar la información.

—No lo puedo creer —sollozó—. Tienes una hija.

Meneaba la cabeza, completamente en shock por una noticia para la que

no estaba preparada y mi padre claramente nervioso se pasó la mano por la nuca.

—¿Y la madre de esa chica? —me preguntó con una evidente ansiedad—. ¿Qué fue de ella? ¿La abandonó de pequeña? ¿Murió?

Al pronunciar esas palabras, noté que se acumulaba dentro de él una ira terrible.

—Su madre murió en el parto —respondí con cierta vacilación—. Pasó toda su infancia en un orfanato.

—¿Y como averiguó que yo era su padre? —dijo, alzando la voz.

Me aproximé a mi padre hasta quedar frente a él y me lo quedé mirando con la esperanza de estar equivocada.

—Papá, espero que no supieras nada de su existencia y mucho menos que te desentendieras de ella porque sino eso te haría ser un miserable, y Savannah en gran medida sería una víctima de tu cobardía y de una mente cruel como Vladimir, que aprovechó la situación para envenenarla.

Escuché un sonido ahogado procedente de atrás y al darme la vuelta vi que mi madre se levantaba del sillón dispuesta a encararle.

—¡Tienes una hija de treinta años fruto de aquella infidelidad! —le gritó herida—. Regresé contigo porque confié en tus palabras. Creía que nuestra unión se basaba en la confianza. ¡Como pudiste ocultarme que tenías una hija!

Los sollozos agitaban sus hombros y mi padre alzó la mano para acariciar su rostro.

—Xaidé, cariño, yo jamás he sabido de la existencia de esa chica —susurró mirándola fijamente a los ojos.

—Pues no entiendo nada.

Mi madre lloraba a lágrima viva y enseguida tuve una profunda intuición.

—Yo si creo entender lo que pasa. Esto es una venganza —dije, pensando en mi teoría—. Vladimir lo controla todo. Tiene un servicio de inteligencia mejor que el de la policía. Si averiguó que tú ayudaste a Tara a escapar de Rusia, perfectamente pudo saber que tuviste un desliz con la madre de Savannah.

Ese hombre era una persona fría y calculadora, capaz de todo con tal de vengarse de mi padre, y una angustiada sensación se adueñó de mis sentidos.

—Savannah cree que la repudiaste por ser un recordatorio de tu infidelidad. Estoy segura que Vladimir se ha encargado de alimentar su odio hacia ti recordándole día si día también que no la querías a tu lado y que la abandonaste en un orfanato mientras tu otra hija, o sea yo, crecía rodeada de lujos. El abuelo de Lucas, la preparó para convertirla en un topo dentro del FBI. Ella ha sido mi compañera y mi amiga desde que nos conocimos, pero esta

noche cuando me encañonó con su arma me di cuenta que todo había sido una mentira. Su rabia hacia mi parecía tener límites insospechados.

Mi madre palideció aún más y se volvió hacia mi padre muy enfadada.

—¡Todo es culpa tuya! Si no te hubieras acostado con esa modelo, nada de esto estaría pasando —le echó en cara con los puños apretados.

—El que esté libre de pecado que tire la primera piedra —dijo mi padre a la defensiva—. Te recuerdo que fuiste tú quien esa noche faltó a una promesa. Me dejaste muy tocado por teléfono. Ibas a mandar a la mierda nuestra relación por la distancia. ¿Harás lo mismo ahora?

—No discutáis, por favor —supliqué—. Por favor. Eso fue hace mucho tiempo.

Notaba la ira furiosa en los dos, como un bloque sólido de cólera gélida que los separaba y me asusté cuando vi que mi padre se dirigió a las escaleras con largas zancadas.

—¡Papá!

Di un par de pasos al frente para ir detrás de él, pero mi madre me retuvo por la muñeca.

—Déjame a solas con tu padre.

—Mamá, no me gusta veros enfadados.

—Dangelys, vete a tu apartamento —me ordenó en un suave susurro, y se me pusieron los ojos vidriosos al ver como le temblaba la barbilla.

—Lo siento, no pretendía haceros daño a ti y a papá revelando esta verdad.

Su mirada reflejaba ahora tanta tristeza y vulnerabilidad que estaba a punto de desmoronarme.

—No quiero que te sientas culpable de nada. Has hecho lo correcto.

Me puso una mano en la mejilla y noté que una gruesa lágrima empezaba a resbalar por mi rostro.

—Te quiero, mamá —susurré—. Os amo mucho a los dos.

No quería que albergara emociones negativas. Culpa, ansiedad, depresión, odio hacia mi padre. Y nada más abrazarme antes de irme, me di cuenta de que se derretía dentro de mí, como una laguna helada que poco a poco se deshíela con la primavera, toda la tensión acumulada por horas.

—No quiero que os separéis —dije en un hilo de voz.

Las palabras de mi padre reverberaban como un eco en mi cabeza.

—Tanto tu padre como yo cometimos errores en el pasado. Tenemos que hablar de lo que va a pasar a partir de ahora —murmuró con semblante serio.

Me acompañó a la puerta y antes de irme me miró largamente, como si estuviera meditando algo.

—¿Sabes si esa chica continúa en la ciudad? —preguntó tras varios segundos de silencio—. Me gustaría hablar con ella.

Me quedé inmóvil un momento, perpleja por su petición.

—No sé donde está Savannah —admití con sinceridad—. Desapareció junto a Vladimir en la redada. Lo más probable es que haya abandonado el país.

En el semblante de mi madre normalmente dulce, se reflejó de repente el miedo tras escucharme.

—Dangelys, mañana tu padre y yo volvemos a Río de Janeiro muy temprano. Prométeme que huirás de Vladimir Zakhar si lo vuelves a ver otra vez. Que te esconderás. Que harás cualquier cosa con tal de alejarte de ese hombre tan peligroso. Está obsesionado con Lucas. Estoy segura que utilizó a esa chica para poder acercarse a ti y asestarle un golpe mortal a Lucas.

Abandoné el trípex del hotel Plaza asimilando las palabras de mi madre. En el fondo de mi corazón sabía que ella tenía toda la razón. Vladimir estaba obsesionado con Lucas y también con Scott. Todo lo que hacía ese hombre parecía girar en torno a ellos. Era un conspirador astuto que más allá de sus ojos hipócritas tenía el frío metálico de un cerebro que maquinaba órdenes, asesinatos... Siempre trazaba planes maquiavélicos.

Mientras conducía el Lincoln en dirección a mi apartamento trataba sin éxito de calmar mis nervios. Y mi pesadilla de noche terminó de empeorar al recibir un mensaje de Lucas cuando aparcaba en el que me decía que no nos veríamos hasta el día siguiente. No especificaba si estaba aún con Sasha. Nada. Absolutamente nada. Y como era de esperar los celos aparecieron en un acto de extrema crueldad para no permitirme dormir hasta bien entrada la madrugada.

El amor a menudo nos sume en una envoltura de sutil fragilidad. Y pensar que podían estar juntos, Lucas y Sasha, era como si me asesinaran a cámara lenta.

—Confía, Dangelys, confía —dije en voz alta.

Recordé mis pensamientos de antes en el pasillo del apartamento de Scott y respiré hondo con los ojos cerrados.

Confiaba en Lucas. Creía en su amor. Él cuidaba de mí en el más amplio sentido de la palabra.

¿Por qué demonios no tenía que confiar en él?

Tumbada de lado en la cama, acurrucada bajo el edredón, poco a poco con



pasos sigilosos llegó Morfeo, y lancé el lastre de mis estúpidos celos y miedos para abrazar la almohada y dormir.

## Capítulo 13

### Amar, sufrir, luchar y... ¿ganar?

«Detenidos en una redada el polémico millonario Alimzhan Kalashov y el dueño de Beautique, Dimitri Petrov.»

«Escapa de una redada llevada a cabo de manera conjunta por la CIA y el FBI el jefe de la Mafia Rusa, Vladimir Zakhar.»

«Muere el heredero de la Mafia rusa, Oleg Zakhar.»

«Dimitri Petrov, el dueño de Beautique, el lugar favorito de la alta sociedad, es detenido por tráfico de armas, drogas y prostitución.»

En pijama, bostezando y con los ojos hinchados de dormir leía uno a uno los titulares de los periódicos en mi ordenador portátil. Quería impregnarme de noticias que no me hicieran pensar en Lucas, pero estaba claro que sería imposible. La ciudad había despertado con la noticia de las redadas y toda la actualidad se centraba en lo ocurrido ayer con la Mafia rusa.

«La Oficina Federal de Investigación (FBI) de Estados Unidos ha coordinado junto con la Agencia Central de Inteligencia una macro operación contra la Mafia Rusa que, tras tres redadas en Nueva York en un solo día, ha permitido la detención de treinta personas, entre los cuales están incluidos el millonario Alimzhan Kalashov y Dimitri Petrov. La operación se desarrolló durante la noche de ayer y contó con la colaboración de agentes pertenecientes a las fuerzas federales, estatales, así como de varios agentes del servicio secreto ruso, según un comunicado del FBI.»

Según revelaba el periódico digital The New York Times, el heredero de la Mafia Rusa, Oleg Zakhar habría muerto en el transcurso de una de las redadas. Una importante fuente de la CIA confirmaba que otro alto cargo de la

organización criminal también habría muerto a manos de unos de sus agentes al intentar escapar. Tanto el FBI como la CIA rechazaban comentar si Vladimir Zakhar continuaba en suelo americano. Varios periódicos creían que podía haber un topo entre los agentes o que una espectacular penetración informática permitió el acceso de «hackers» rusos a un torrente de información clasificada. Nadie excepto Lucas y yo, había visto a Savannah huir con Vladimir Zakhar. Nadie excepto nosotros dos y Walhberg sabía que ella era la informante.

Consciente de que tenía que hablar con Sheen le di un largo sorbo a mi taza de café. Sabía que mi deber era contar toda la verdad sobre su traición, pero algo en mi interior me impedía dar ese paso.

Esta mañana me había despertado temprano, reflexionando sobre que hacer, pensando en que decisión tomar. Buena o mala, Savannah era mi medio hermana y Vladimir la había envenenado en contra de mi padre.

No paraba de atormentarme con el hecho de saber que ese hombre había ensuciado sus inocentes sentimientos desde una edad muy temprana.

—¡Joder! ¿Qué hago, qué hago?

Si le contaba a Sheen lo que sabía sería el final de su carrera en el FBI.

Busqué en mi teléfono una de nuestras últimas conversaciones de whatsapp y el corazón se me empezó a romper. El odio no parecía tener cabida en ninguna de sus frases. Bromeaba conmigo como si fuéramos buenas amigas. Me quedé mirando la pantalla durante una eternidad, y de repente, movida por un impulso, marqué su número de teléfono con la esperanza de que respondiera. Sin embargo, mi llamada entró directamente en el buzón de voz.

Escuchar a continuación a Savannah supuso un serio esfuerzo para hablar. «Merece saber la verdad», me dije a mi misma.

Tomé aire despacio, y superando todos los sentimientos negativos de los recuerdos de la redada, pronuncié las primeras palabras.

—Hola, soy Dangelys —dije nerviosa—. Puede que nunca escuches este mensaje, pero si lo haces, quiero que sepas que Marcos Neymar, tu padre... nuestro padre, no sabía de tu existencia.

Hablé claro y sin rodeos.

Dejé el móvil en la mesa y apoyé la cabeza en mis manos.

¡Joder! ¿Cómo sanaría las heridas de su alma cuando ese ser malvado se había encargado de que fueran muy profundas?

No quería ni imaginar lo vulnerable, decepcionada, triste, enfadada e incluso perdida que se debió sentir de pequeña en ese orfanato.

Levanté la cabeza y fijé mi mirada en la pantalla del ordenador, donde

salía una foto de Vladimir en una de las noticias y cabreada le hablé a su imagen.

—Aunque sea un reto imposible rescataré a Savannah de tus garras —mascullé, y bajé la tapa del portátil.

Me terminé el café de un trago y decidí hacer algo de ejercicio para convertir toda mi energía negativa en positiva. Necesitaba enfocarme al cien por cien en el trabajo y encontrar a Savannah.

Me vestí con ropa deportiva, me puse las zapatillas y salí a hacer footing. Era una mañana soleada pero fría, y con el típico caos neoyorquino que tan bien conocía empecé a correr. De seguida sentí el sentimiento de adrenalina del que definitivamente era adicta. Y entre avenidas infinitas llena de rascacielos, pasos de cebrá, autobuses, taxis, regresé a casa al cabo de media hora satisfecha de mi carrera por la jungla de asfalto.

Me duché mucho más tranquila, y con la mente despejada me dispuse a ponerle un poco de comida a Samba. Con una toalla enrollada de baño alrededor de mi cuerpo me agaché con el saco de comida y le puse un poco en su cuenco.

—Preciosa, aquí tienes tu desayuno.

Samba que merodeaba alrededor de mis piernas soltó un maullido y miró en dirección a la puerta. Percibí una silueta detrás de mí y al incorporarme con el saco de comida casi me morí del susto.

—¡Joder, Norberto! Eres un maldito fantasma —grité, soltando el saco para aferrar la toalla.

Del movimiento brusco se había desenrollado de mi cuerpo.

—¡¡Oh my god!! ¡Mi bailarina empedernida del ardiente Brasil desnuda! —exclamó Norberto con su característico tono de voz afeminado al verme desnuda.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sonrojada.

—He venido a ver a Samba. Me diste una llave, ¿recuerdas? —murmuró torciendo la cabeza de forma exagerada—. Creí que aún estarías pegando tiros por ahí.

—Pues ya ves que no —dije huyendo hacia mi habitación.

Samba se acercó a él, y cuando Norberto se agachó para acariciarla se arqueó mimosa.

—Vaya, parece que tú y yo empezamos a llevarnos mejor —murmuró—. Ya no me haces arañazos de amante loca.

Me reí al oír ese comentario.

—¡Ay, Norberto! Que dirían las malas lenguas cuando aparecías por el club con arañazos hasta en la cara —dije a punto de soltar una carcajada.

Definitivamente necesitaba el buen humor de mi vecino para que mi ánimo mejorara considerablemente. La ausencia de llamadas y mensajes de Lucas me tenía bastante descolocada. Trataba de no pensar en él, ocupar mis pensamientos en otras cosas, pero el vacío en mi corazón era grande y despiadado. Los celos no me dejaban tranquila. Lucas decía que entre él y Sasha no había sexo, pero presentía que ella sería un problema.

—¿Vas a venir esta noche al Club Copacabana con tu amiga la Barbie rubia? —me preguntó Norberto desde el salón sacándome de mis pensamientos.

Sólo él llamaba a Savannah con ese apodo y asomé mi cabeza por la puerta de mi habitación.

—Norberto no seas malo —suspiré.

—¿Qué? Puedo enseñarla a bailar. Así podrá aspirar a algo más que salir con uno de esos Ken sin pene con los que suele aparecer por el Club —continuó con una sonrisa pícaro—. ¡Necesita un Action Man que le de caña!

—¡Norbertooo!

Sus ojos brillaron con diversión.

—Vale, ya paro, perdón.

Se puso a jugar con Samba y me metí de nuevo en la habitación para terminar de vestirme.

—¿Quieres que te lleve a algún lado? Me han prestado un coche —le dije, poniéndome una camiseta blanca y unos jeans oscuros.

—No, gracias. Solo he venido para ver que tal estaba Samba. ¿Y como es que te han prestado un coche?

—Es una larga historia. Luego tengo que devolver el coche —dije sentándome en la cama para ponerme las botas.

Miré el reloj agachada, vi que ya era un poco tarde y me anudé los cordones a toda velocidad.

—Tengo que irme volando a trabajar —dije saliendo como una exhalación de la habitación.

Me hice una coleta alta que mostraba mi rapado lateral antes de colgar mi bolso en el hombro.

—Norberto, quédate con la llave —le dije dándole un beso rápido en la mejilla—. Puede que mañana si tengas que venir a echarle un vistazo a Samba.

—¿Qué? ¿Cómo que mañana? Estoy seguro que no me ha arañado porque estás tú delante.

—¡Pero si ya la tienes en el bolsillo a tu amante loca! —bromeé—. Cierra la puerta al salir —dije guiñándole un ojo desde la puerta.

—El favor me lo pagarás con unos cuantos bailes que lo sepas.

Me miraba con una gran sonrisa en sus labios y le lancé un beso.

—Vale, vale, cuando quieras me matas a base de salsa y samba en el Copacabana.

Salí corriendo de mi apartamento.

Sheen estaba esperándome cuando llegué a la Oficina federal de Investigación. El pulso se me aceleró nada más verlo apoyado en el marco de la puerta de su despacho. No pude evitar ponerme nerviosa.

—Agente Neymar, pase —dijo con voz grave—. Tenía razón con lo del topo. Siempre espero lealtad sincera de mis agentes y me siento decepcionado al saber que el informante de Vladimir se encuentra entre nosotros.

Algo en la forma en que me condujo adentro de su despacho me hizo sentir una presión de la que quería despojarme.

—Yo se lo dije, señor —expresé de manera lacónica.

Lo único que me mantenía callada era la esperanza de encontrar a Savannah, sacarla de su gran error para que volviera a la cordura y me ayudara a atrapar a Vladimir Zakhar.

—Tengo que reunirme con el equipo directivo del FBI. Hay que descubrir a esa persona cuanto antes —continuó Sheen con gesto preocupado—. Por ahora en lo que respecta a Vladimir Zakhar nos mantendremos al margen. La CIA será quien se encargue de él ya que según informaron sus propias fuentes huyó esta madrugada del país.

«¡Mierda!»

El jarro de agua en mi cuerpo fue bastante helado. Era algo que me imaginaba, pero no podía evitar que la noticia me dejara el cuerpo rígido.

—Lo último que se sabe de Vladimir Zakhar es que tomó un avión privado acompañado de dos mujeres en el aeropuerto de Newark la madrugada de ayer.

—¿Dos mujeres? —pregunté sorprendida—. ¿Se sabe quiénes son?

—No. —dijo, negando con la cabeza—. No se las pudo identificar debido a la oscuridad. Los agentes de la CIA que trataron de impedir que el avión despegara llegaron demasiado tarde. Se encontraban demasiado lejos para ver sus rostros.

Una de esas dos mujeres que acompañaba a Vladimir tenía claro que era Savannah, pero la otra mujer... ¿quién era?

Sheen siguió hablando y no pude quitarme de la cabeza a esa otra mujer el resto de la reunión. Mientras él hablaba de las estrategias de «decapitación»

para desarticular a los grupos capturando sus líderes, daba vueltas por el despacho hablando de como rematar el proyecto serio de lucha que casi teníamos finalizado con respecto a Kalashov, yo solo podía pensar en esa otra mujer.

Una nube de dudas se introducían en mi cabeza impidiéndome seguir el hilo de la conversación. Scott me había comentado que Vladimir siempre viajaba solo, pero estaba claro que se había equivocado. Las sospechas oscurecían mi incertidumbre, hasta que el nombre de una mujer se coló dentro de mis pensamientos dificultando mi capacidad de concentración.

«Sasha.»

¡Ay, Deus!... ¿Y si era Sasha la otra acompañante de Zakhar?

Inevitablemente mis nervios se dispararon. No sabía nada de Lucas desde ayer por la noche.

De pronto sentí demasiado frío. Tuve un escalofrío que se interrumpió cuando recordé lo del asesinato de la hermana de Irina. Ella odiaba a Vladimir... ¿no?

—Agente Neymar, ¿me está escuchando?

Levanté la vista hacia Sheen.

—Sí.

La pregunta me había sacado del choque de pensamientos perturbadores y excesivos.

—No me está escuchando —dijo, inclinándose hacia delante en su silla—. Le acabo de decir que nuestros hombres perdieron la pista a Sergei Kulkov, el hijo de Kalashov, y ni se ha inmutado.

—¿Qué? ¿Dónde?

En un segundo recuperé toda mi atención.

—En el hotel donde se hospedaba. Ha desaparecido de manera inexplicable. El operativo de vigilancia que controlaba todos sus movimientos lo vio entrar en el hotel ayer por la tarde pero ya no supieron nada más de él. Preguntaron en recepción esta mañana y confirmaron que Sergei había pagado su estancia esa misma tarde y luego se había marchado.

—¿Y por qué no lo vieron salir del hotel?

—Porque el muy astuto después de pagar pidió salir por la puerta de servicio alegando que su vida corría peligro. Le contó a la recepcionista que unos hombres vigilaban la entrada del hotel.

—Puedo adivinar quienes eran esos hombres —dije sacando mi móvil del bolsillo de mi jeans—. Voy a intentar llamarlo a ver si logro comunicarme con él.

Busqué su número en mi agenda y lo acerqué a mi oreja.

—¿Qué tal fue su desayuno con el hijo de Kalashov? —me preguntó Sheen mirándome con gran curiosidad mientras sonaba el primer tono de llamada y abrí los ojos de par en par.

¡Oh, Joder! Me había olvidado de comentarle lo del desayuno con Sergei.

—Lo siento, señor —murmuré—. Tuve un día muy movidito con la sesión de fotos en Beautique y la cita con uno de los clientes de Petrov. Me olvidé por completo del asunto de Sergei.

Los tonos pasaban y el Moscovita como le solía llamar Lucas no contestaba.

—El operativo de vigilancia que seguía a Sergei me informó que salió del restaurante en compañía de un hombre. Como le dije antes espero lealtad sincera de mis agentes...

Su tono misterioso provocó que cortara la llamada.

—¿Está insinuando que yo no le ofrezco lealtad sincera al FBI? —dije estrechando los ojos.

—¿Me podría decir que hacía en compañía del hombre que destrozó la furgoneta de vigilancia la otra noche en Beautique? —me preguntó, cruzándose de brazos.

«¡Mierda!»

Salí tan acelerada del restaurante que me olvidé del equipo de vigilancia. Menuda pillada total.

—Piense bien la respuesta —añadió al verme abrir la boca para responder—. El operativo de vigilancia me hizo llegar hace un rato unas fotos bastante... interesantes.

Me levanté de la silla nerviosa.

—Es difícil de explicar.

—Inténtelo.

Ahora el que se sentó en la silla fue él.

—Le pido de antemano máxima discreción —dije intentando mantener la calma.

—Por supuesto.

La actitud de Sheen me tenía un poco contrariada.

Me miraba con el rostro serio, pero no parecía enfadado, sino más bien todo lo contrario.

—Está bien —dije, tomando una respiración profunda—. Espero que comprenda porque no se lo he contado antes.



—¿Desde cuando mantiene una relación sentimental con el agente Smith?

—me preguntó recostándose en la silla.

El corazón me dio un pequeño vuelco.

—¡Cómo! —exclamé.

Mi tono de voz salió muy agudo debido a la sorpresa.

—El agente Walhberg me contó ayer en el hospital quien era en realidad Lucas Teixeira.

—¡¿Walhberg se lo ha chivado?!

Sheen esbozó una sonrisa indulgente.

—No, exactamente. Me estaba explicando los motivos por los que la había seguido después de salir del quirófano y supongo que el efecto de la anestesia le hizo hablar más de la cuenta —sonrió—. Jamás imaginé que el agente Smith, del que tanto había oído hablar desde hace años, pero del que no había visto ninguna imagen, fuera Lucas Teixeira... ¡Qué casualidad! De verdad, que es usted una cajita de sorpresas.

Me encogí de hombros.

—Bueno...

Lo miraba sin saber muy bien que decir.

—He oído hablar muchísimo de él. Romney sin ir más lejos, cuenta maravillas. Usted no sabe, no imagina, lo que es capaz de hacer ese hombre. Bueno, supongo que sí —sonrió—. Cuando la otra noche se comunicó con Walhberg desde la sala secreta de Beautique con la intención de colaborar con el FBI no lo podía creer. Ahora entiendo todo.... Es usted su chica —dijo poniéndose en pie.

De la vergüenza al saberme descubierta pasé al enorgullecimiento por el prestigio de Lucas.

—¿Le apetece un café? —me preguntó mientras se dirigía a una cafetera que tenía sobre una mesa auxiliar.

—No, gracias —dije negando con la cabeza.

Sheen se sirvió en una taza el líquido que contenía la cafetera e hizo una mueca agradable con los labios al probar su sabor.

—¿Desde cuando se conocen? La otra noche parecía desconocer su verdadera identidad.

Sus ojos me examinaban como un objeto curioso, escrudiñándome, y me sentí de algún modo incómoda con la conversación.

—Me temo que eso forma parte de mi vida privada —dije.

—Sí, supongo que sí.

Tenía claro que no respondería ninguna pregunta que no se ciñera a mi vida profesional.

—Señor, ¿tiene alguna pregunta más que hacerme sobre el caso? ¿Alguna orden? ¿O puedo marcharme a trabajar?

—Puede irse.

Me di la vuelta y lo vi mirarme a través de un espejo del despacho.

No quería ser borde con mi jefe, pero no me gustaba hablar con nadie de mi relación con Lucas. Era como una regla básica.

—Investigue en profundidad al hijo de Kalashov. Sigo pensando que algo me huele a chamusquina —dijo antes de que saliera por la puerta y suspiré.

—De acuerdo.

Se ahondaba el cerco entorno a Sergei.

Eso me tenía inquieta. Me temía un desenlace fatal.

—¡Espere! Una cosa más —murmuró—. ¿Sabe algo de Savannah?

Me quedé inmóvil con el pomo de la puerta en la mano.

—No sé nada de ella —dije mirándolo a los ojos.

—No ha venido hoy a trabajar y eso es muy extraño —cuestionó pensativo—. Pensé que usted sabría el motivo de su ausencia. Me consta que aparte de compañeras de trabajo, son buenas amigas.

—No me ha llamado para decirme nada. Quizá le ha surgido un imprevisto —dije sin cambiar mi expresión consciente de su escrutinio.

—Sí, seguramente —comentó aún pensativo—. No la entretengo más, agente Neymar. Puede marcharse.

Salí del despacho de Sheen con un ligero temblor en las manos. Si Walhberg le había chivado la verdadera identidad de Lucas en el hospital también podía haberle contado la información que tenía de Savannah.

Sumamente nerviosa atravesé el pasillo en dirección a mi mesa, me senté delante del ordenador, y tras encenderlo, leí el correo electrónico. Con tantos frentes abiertos y tantas preocupaciones, fue un alivio ver que mi querido compañero Walhberg me había enviado un email.

«Hablando del rey de Roma», pensé ansiosa.

Leí las primeras líneas y me puse feliz al saber que se encontraba bien, recuperándose de su herida de bala. Desplacé el cursor por la pantalla y como siempre me arrancó una sonrisa por la forma de disculparse de su metedura de pata con Sheen.

«Por favor, perdóname, no estaba en plenas facultades mentales cuando hablé con él. La anestesia es más peligrosa que un detector de mentiras.»

La cantidad de anestesia inducida en su cuerpo le había soltado la lengua más de la cuenta. Pero gracias a Dios, como comentaba más abajo en el email no había mencionado a Savannah. O eso al menos creía él en su delirio postoperatorio.

En su correo me adjuntaba unos archivos que le había pedido Lucas que me enviara. Con curiosidad los abrí de inmediato y regresó mi desasosiego. El primero era el certificado de nacimiento de Savannah.

Leí atentamente cada línea, y tras ver el nombre de la madre, Molly Murphy, comprobé que el nombre de mi padre no figuraba en ninguna parte. No es que cuestionara la legimitidad de sus palabras, pero este certificado resolvía de una vez por todas cualquier duda.

Él nunca supo de la existencia de Savannah.

Abrí el siguiente archivo después de un hondo suspiro y vi que era una hoja de una institución privada, concretamente un papel de adopción. Lo que leí a continuación me dejó tocada emocionalmente durante las siguientes horas.

«No puede ser que la maldad de ese hombre haya llegado tan lejos», pensaba con el corazón encogido mientras conducía el Lincoln hacia mi apartamento después del trabajo.

Tenía ganas de llorar por ella, por no haber podido hacer nada en el pasado por ayudarla, por no poder expresarle lo que sentía en el fondo de mi corazón ante la injusticia cometida por Vladimir.

Ella era quien era por culpa de ese hombre, y me negaba a aceptar que su futuro estuviera vinculado al lado de ese ser tan despreciable.

Aparqué el coche enfrente de mi edificio y me quedé contemplando el atardecer. Con las manos aferradas al volante, me quedé puramente hechizada por los rayos de sol que cruzaban la avenida, amplificando los rascacielos de cristal de la ciudad.

—¿Dónde estás, Savannah? —susurré con tristeza.

Tomé una respiración profunda y llamé por teléfono a Scott por enésima vez antes de salir del coche.

Como en todas las llamadas anteriores me saltó el buzón de voz.

Lo había llamado en innumerables ocasiones después de terminar mi jornada de trabajo para regresarle el Lincoln. Incluso me había presentado en su apartamento, pero nadie me había abierto la puerta.

«Scott se está tomando la reconciliación con Irina muy en serio», pensé con una pizca de ironía.

Entré a mi apartamento rememorando la experiencia tan bonita que viví en aquel pasillo. El amor que presencié allí presagiaba que superarían cualquier obstáculo. Nadie se merecía mayor felicidad que ellos. La energía que fluía entre Irina y Scott al mirarse traspasaba la piel.

Comprobé el registro de llamadas y los mensajes en el móvil con Samba pisándome los talones y resoplé con frustración. Seguía sin saber nada de Lucas. Nada. Absolutamente nada. Intenté contactar con él, pero igual que sucedía con su hermano, la llamada entraba directamente al buzón de voz.

Dejé el teléfono móvil en la mesa de la cocina ignorando una pequeña voz de alarma en mi interior.

El silencio en el apartamento era total, y en la siguiente media hora me concentré en preparar la cena ante la perspectiva de otra noche solitaria. Una sencilla receta de puré de patatas con atún y huevo.

El timbre de mi apartamento me pilló por sorpresa cuando mezclaba los ingredientes y los aliñaba con aceite, sal y perejil. Tuve que luchar para no salir corriendo de la cocina.

¿Sería Lucas?

Mi anhelo por verlo había crecido tanto en las últimas horas que se había convertido en ansia viva.

Aproximé mi rostro a la mirilla que desveló la incógnita, y mi anhelo se intensificó aún más. Tan hermoso... Tan absolutamente hermoso, se encontraba Lucas detrás de la puerta. Alto, fuerte, sofisticado, con un traje negro, con sus penetrantes ojos oscuros fijos en la mirilla sentí que mis emociones se convertían en un caos.

—Empezaba a pensar que te había ocurrido algo malo —dije con la puerta medio abierta.

De pie, delante de mí, extendió su mano y me acarició despacio el rostro.

—Hola, Dangelys —murmuró con esa voz profunda y ronca que tanto había echado de menos y me estremecí.

—Estaba preocupada por ti —susurré—. ¿Dónde has estado?

Vi como su pecho se movía con una respiración profunda.

—Trabajando.

Coloqué mis manos alrededor de su cuello con la intención de apretar mi boca contra la suya, y sentí una terrible inquietud cuando retrocedió de manera brusca, rechazándome claramente.

—Lucas, ¿pasa algo? —pregunté con mis sentimientos heridos y la mirada fija en sus ojos.

—No. —respondió con el rostro sombrío.

El silencio se expandió incómodo por la entrada de mi apartamento y me acerqué a él furiosa.

—Mientes.

En una agonía que no comprendía, que aumentaba a cada segundo transcurrido, me marché a la cocina con el corazón paralizado entre el congelamiento y el incendio.

Lucas estuvo un rato sin aparecer. El tiempo suficiente para que terminara de preparar la cena. Puse dos platos en la mesa con sus respectivos cubiertos, y tuve miedo de la aplastante intuición que se alojó en mi pecho al ver su figura acercarse sin tan siquiera mirarme.

Su mirada parecía desenfocada, como si estuviera en otro lugar, y en el instante que si me miró sentí que dentro de él se operaba un cambio.

Una determinación que me golpeó como una aguda ráfaga de viento.

—¿Vas a quedarte esta noche?

Sus labios parecían sellados.

Se alargó el denso silencio que llevaba rato alojado en el apartamento y empecé a temblar, palideciendo por momentos. Tenía la maldita certeza de que si salía por esa puerta lo perdería para siempre.

—Me marchó del país —dijo mientras observaba la ventana.

El pánico comenzó a ascender por mi espina dorsal, sentía que iba a dejarme.

—¿Qué ocurre? ¿Ha sucedido algo que no sepa? —murmuré, dejando que saliera a mi voz toda la confusión y el dolor que sentía.

Lucas permanecía de pie, con la mirada fija en la calle.

—No. Me marchó por trabajo.

—¿Cuándo volveré a verte? —pregunté con el alma en vilo.

Lucas sacudió la cabeza y se metió las manos en los bolsillos.

—No lo sé, puede que no volvamos a vernos.

Mi corazón paralizado de pronto se hizo pedazos.

—¿Qué?

Mis pulmones dejaron de funcionar. Todo giró a mí alrededor, comenzó a inclinarse.

—Lucas... —pronuncié su nombre en un hilo de voz.

Inspiré hondo y el aire atravesó mi garganta como si me estuviera ahogando.

—Quiero que continúes con tu vida —dijo con rudeza sin mirarme a la

cara—. Mañana cuando amanezca, ve a trabajar...

—¡No! —grité cortando su frase—. ¿Estás huyendo de mí?

—No, no estoy huyendo de ti. Sencillamente tengo que irme.

—Claro, se me olvidaba que estoy delante del agente Smith. Un hombre que viaja por todo el mundo, ocultando su identidad, para hacerse con información sensible de la que depende la vida de millones de ciudadanos —mascullé en carne viva—. ¿Sasha va contigo? —pregunté dejando mis celos al descubierto.

Sus ojos se movieron hacia mí y apretó sus labios hasta formar una fina línea al contemplar mi rostro.

—Sabes a lo que me dedico. Sabías de sobras que esto podía ocurrir, ya te lo advertí.

Enfatizó sus palabras con una dura mirada.

—¿Te marchas a Rusia para dar caza a Vladimir? Porque si me dices que sí, quiero ir contigo —dije desesperada por un poco de aire en mis pulmones.

Noté la sorpresa reflejada en su rostro, la repentina puerta abierta en su corazón, y añadí apresuradamente.

—Necesito encontrar a Savannah. Ella es mi hermana. No la quiero cerca de Vladimir Zakhar.

Sus ojos durante un segundo me transmitieron calidez, preocupación, sin ocultar nada. Pero de seguida su cuerpo se tensó, cerrando y bloqueando sus sentimientos.

—No puedes venir conmigo —masculló sin una pizca de arrepentimiento en sus ojos.

Luego depositó una carpeta en la mesa que ni siquiera me había dado cuenta que había traído a mi apartamento.

—Antes de irme quiero entregarte algo.

Abrió la carpeta y esparció sobre la mesa unas hojas.

—¿Qué es esto?

—Aquí tienes las pruebas de que el Moscovita no ha sido sincero contigo —dijo con gesto serio.

—¿Qué?

Sobre la mesa siete páginas en las que se detallaba encuentros y seis conversaciones de Sergei con Vladimir Zakhar. La primera, de enero del año pasado; la última, una llamada telefónica del día anterior.

En cada hoja había detalles de cada reunión con Vladimir Zakhar y Alimzhan Kalashov. Como se llevaba a cabo la introducción de armas y de

drogas en Francia, como se coordinaban entre ellos para no sufrir ningún imprevisto.

—Sergei Kalashov se encarga en Francia de facilitar el tráfico de armas y de drogas y de desviar cualquier investigación que pueda llegar a tener la organización criminal.

—No puede ser...

Esto confirmaba mis peores presagios. Sergei estaba metido hasta el cuello en los negocios turbios de la Mafia rusa.

—Esto despeja la nube —expresó Lucas.

—Tengo que entregar estas pruebas a Marc Sheen para que informe al fiscal general —dije sin despegar mis ojos de los papeles.

—Deberías entregar estas pruebas mañana mismo —masculló—. Sergei continúa en la ciudad.

Capté la nota ansiosa en su voz y levanté la cabeza justo a tiempo de ver como se encaminaba hacia la puerta.

—¿Te marchas sin despedirte de mí? —le dije a su espalda.

Esperaba que se detuviera ante mis palabras pero no lo hizo y el miedo se disparó dentro de mí.

—¡Dime que ocurre, por favor! —le supliqué, soltando los papeles de mi mano—. ¿En serio me estás abandonando?

Mi voz colisionó con su indiferencia y no pude evitar sentir un enorme dolor en el pecho al verlo actuar de esta forma tan fría.

—¡Lucas! —grité.

No pude decirle nada más. Cerró la puerta y se fue así, sin más, dejándome perdida, confundida, malditamente atrapada en mi peor pesadilla.

Entonces, mi frágil control se quebró y arranqué a llorar desconsoladamente mientras corría hacia la puerta.

—¡Lucas!

Agarré el pomo y la abrí con rapidez.

—¿Para qué me robaste el corazón? ¡Confíé en ti! Me dijiste que nunca me dejarías sola, que no podías vivir sin mí —grité desde el rellano.

Lucas se introducía en ese momento en el ascensor, y me sequé las lágrimas enfadada porque deseaba que pusiera sobre mí el acero de sus ojos.

—Pensé que me amabas —sollocé—. *¡Meu Deus!* Que chiste tan miserable.

No sabía como contener tanto dolor. Ahora que por fin después de siglos podía disfrutar de él, lo nuestro se terminaba. No veía como soportar un fin

como este.

Las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse y cuando menos lo esperaba Lucas se giró. Su mirada se clavó en la mía y me tensé por completo. Sus ojos oscuros tiraron de mí de un modo abrumador antes de cerrarse las puertas, y me llevó un segundo e incluso menos captar su estado de ánimo, ya que me sentía exactamente de la misma manera que él.

Lucas estaba roto, destrozado por dentro, tanto como yo. Una nube de tormenta oscurecía su rostro.

Escuché llegar el ascensor a la planta baja y me quedé quieta, mirando al vacío, perdida en mis pensamientos, preguntándome que demonios acababa de ocurrir.

No sé cuanto tiempo pasé así hasta que decidí salir a pasear por el puente de Brooklyn. Sentía que me estaba asfixiando. Era como si un gran desastre natural me hubiera golpeado, pero no había ningún tsunami, huracán, terremoto, inundación, ni derrumbe.

Sin poder reprimir las lágrimas que inundaban mis ojos me marché del apartamento. Con un temblor instalado debajo de mi piel me dirigí hacia el puente de Brooklyn. La exposición de mis sentimientos, la tensión constante, la incertidumbre, todo se volvió complicado mientras caminaba entre la suave curva de sus gruesos cables de acero, suspendidos entre dos flamantes torres neogóticas, que dominaban el puerto de Nueva York a más de ochenta y cuatro metros de altura.

La pasarela central, con esa especie de alfombra roja hecha de tablas de madera por encima de los coches con vistas panorámicas, me permitía divisar, más allá del delicado encaje de cables, la silenciosa simetría de los edificios del Lower Manhattan.

Venir a este majestuoso puente simbolizaba mi deseo de soñar, pero hoy me sentía como un viejo libro con los bordes destrozados y las páginas arrancadas, sin sueños. Todas mis ilusiones rotas. Planes, promesas, momentos, lugares... Todo se había roto en mil pedazos en un solo instante y sentía que no podía con tanto dolor.

—¿Por qué, Lucas? —estallé.

Eché los brazos sobre mi cabeza y liberé todo mi llanto.

De pronto escuché de forma sorpresiva voces a mi derecha y con lágrimas resbalando por mi rostro fui cómplice del momento trascendental de una pareja. Una propuesta de matrimonio, en toda regla.

«Menuda momento para presenciar tanto amor», pensé temblando.



Al mismo tiempo escuché un coche con la canción «Dusk till Dawn» de Zayn a todo volumen y un nudo de emociones surgió inmenso en mi pecho.

*Porque quiero tocarte, nena  
Y quiero sentirte también  
Quiero ver el amanecer  
En tus pecados, solo tú y yo...*

*Hagamos el amor esta noche...  
Cariño, estoy aquí...*

*Pero nunca estarás sólo...  
Estaré contigo desde el atardecer  
hasta el amanecer*

Escuchaba de forma intermitente la canción a medida que se alejaba el coche y una sensación indescribible me invadió con la postal de fondo del skyline de Nueva York.

Con miles de lágrimas surgiendo desde el mismo centro de mi corazón, respiré hondo y cerré los ojos sintiendo el viento en mi rostro.

Por primera vez, en cinco años, yo era la que no quería huir de Lucas. No deseaba escapar. No quería alejarme como siempre había hecho. Quería quedarme con él, entre sus brazos. Quería sus manos fuertes acariciando mi piel, despertando mi deseo. Quería sus labios sobre los míos proclamándome suya. Pero el destino que en ocasiones era irónico, había decidido que ahora no fuera yo sino él, quien huyera.

*¡Meu Deus!* Mi instinto me decía que había sucedido algo grave para que me hubiera abandonado. Cada una de mis células así lo sentía y tenía que averiguar cuanto antes que ocurría. Mi sentido común me hacía pensar que Lucas intentaba entretenerme con las pruebas de Sergei por algún motivo.

Su corazón en mi apartamento había estado cerrado como una chaqueta. Pero su cremallera, antes de bajar en el ascensor, se había bajado rápido desnudando sus sentimientos y no quería perderlo.

Lucas era el hombre que quería desde hace muchos años, era el amor de mi vida, y siempre lucharía por él hasta el último resquicio de esperanza.

No podía llamarlo directamente a su número porque sabía que no

respondería, o si descolgaba, ocultaría lo que verdaderamente sucedía. Porque tenía claro que algo pasaba.

Regresé a mi apartamento corriendo y pillé las llaves del Lincoln. Solo había una persona en el mundo que podía arrojar algo de luz sobre esta situación y ese era Scott.

El trayecto se me hizo larguísimo y mientras subía las escaleras del edificio Aka Wall Street confiaba en que esta vez si estuviera dentro de su apartamento. Lo que no me esperaba y sucedió a continuación, fue que me abriera la puerta con una maleta en la mano.

—Dangelys, ¿qué haces aquí?

Scott se puso tenso nada más verme.

—He venido a traerte el coche —dije, aparentemente serena.

No pude controlar los nervios al ver que Irina también salía de una habitación con otra maleta.

—¿Os marcháis de viaje? —pregunté rígida.

—Sí, vamos a Moscú a ver a Nika, la hermana pequeña de Irina —dijo Scott y traté de que mi sonrisa pareciera natural.

—Irina, me alegro mucho de que por fin puedas ir a ver a tu hermana —murmuré con franqueza.

—Gracias, Dangelys.

Desvié la mirada hacia el rostro de Scott, hacia sus ojos, y tomé una bocanada de aire tratando de ignorar mis nervios.

—Lucas también se va de viaje —dije entregándole las llaves del coche.

—¡Ah!, ¿sí? —respondió.

Me dio la espalda para dejar las llaves encima del mueble de la entrada y ladeé la cabeza.

—¿Sabes algo?

Experimenté una punzada de dudas cuando se giró y negó con la cabeza.

—No.

Una ligera alteración en su atractivo rostro me hizo sospechar.

—¿Estás seguro? Creo que se marcha también a Rusia como vosotros.

Se guardó en el bolsillo trasero de su pantalón una nota doblada que había en el mueble y vi como Irina le lanzaba a Scott una mirada larga y pausada.

—Scott, díselo.

—No. —dijo, clavando sus ojos en ella.

—Muéstrale la nota —La voz de Irina sonaba muy conciliadora y pregunté:

—¿Qué nota?

Scott guardó silencio y surgió dentro de mi corazón un fuerte presentimiento de que en efecto algo raro sucedía o estaba a punto de suceder.

—Merece saber lo que está pasando.

—Irina, no digas nada, por favor —murmuró mirándola de forma significativa.

Desesperada por averiguar el contenido de la nota no me lo pensé dos veces.

Metí mi mano en el bolsillo trasero del pantalón de Scott en una reacción visceral y se la robé.

—Dame la nota —gruñó.

Intentó arrebatármela para que no la leyera, pero fue demasiado tarde para él.

—No la leas —me dijo mientras desdoblaba la nota, y percibí un ligero toque de pánico en su voz.

Con una terrible curiosidad fijé mis ojos en la nota para leerla y el corazón se me detuvo en la primera frase.

—*¡Meu, Deus!*

No era un texto excesivamente largo, sin embargo, tuve que leerla tres veces para comprender lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo ha podido llevársela? —pregunté sin levantar la vista.

Scott guardó silencio.

Las últimas dos palabras del contenido de la nota tenían bloqueado mi cerebro.

—*¡Meus, Deus!* Tara no...

La leí de nuevo intentando asimilar la tragedia.

***Querido nieto, he decidido llevarme a tu madre conmigo porque estás siendo un poco testarudo. Ven a traerme las pruebas y no le pasará nada. Te recomiendo Lucas, que te abrigues al venir, hay una ola de frío en Rusia. Sobra decirte que si no obedeces, la mataré.***

—Esta nota es una copia de la original. He estado hoy en el penthouse de Lucas planificando con él todo el tema del viaje. Pensamos ir a Rusia a eliminarlo. Emprender una cacería inmisericorde contra él hasta que pague por todo lo que ha hecho.

La ira que detecté en la voz de Scott me hizo levantar la cabeza.

—¿Pero cómo ha podido llevársela? John y ella se marcharon de la ciudad hace varios días precisamente para evitar que la encontrara —dije helada hasta los huesos.

—Vladimir adivinó su escondite.

—¿Y John? ¿Qué pasó con él?

—Lo hirieron en el hombro al tratar de impedir que se la llevaran —masculló.

Sabía que Vladimir era inteligente, pero esto me demostraba que era más listo de lo que pensaba. Llevándose a Tara, usándola como rehen, Lucas y Scott no podrían contener su ira.

—Se necesita de toda la fuerza de nuestro ser para destruir a nuestros enemigos. Quiero ir con vosotros. Tu hermano me necesita para destruir a su mayor enemigo.

No podía cambiar su pasado pero quería acompañarlo en su viaje para ayudarlo, para curar sus heridas emocionales, y para borrar sus cicatrices.

—Tú no puedes venir —repuso—. Si Lucas se entera que has visto esta nota me matará. Y esta vez va en serio.

Enarqué una ceja.

—Pienso ir con vosotros —repliqué.

—No. —insistió, y abrió la puerta del apartamento—. Es un viaje muy peligroso. Irina se quedará en Moscú. Solo iremos a rescatar a mi madre y matar a Vladimir, Lucas, Sasha, John y yo.

Titubeé un instante al oír el nombre de Sasha.

—¿Ella va a ir con vosotros?

Se me encogió el estómago.

—Sí.

El nombre de la rusa me había pillado por sorpresa.

—Reconozco que a mi tampoco me cae muy bien, pero ella también tiene sus razones para querer ir con nosotros tras Vladimir.

Le tendió una mano a Irina que ella aceptó y contuve el aliento mientras caminaban por el pasillo hacia el ascensor con las dos maletas.

—¡No podéis dejarme al margen! —dije con firmeza—. Yo también tengo mis razones para querer ir tras él... Tiene a mi hermana.

Scott se detuvo en seco.

Sin esperarlo, soltó la mano de Irina y retrocedió sobre sus pasos.

—El vuelo sale del Aeropuerto Internacional JFK en una hora. Le diré al taxista que haga una breve parada en tu casa —dijo, suscitando en mí unas ganas

enormes de abrazarlo.

—Gracias, Scott.

—No me des las gracias —dijo reanudando sus pasos hacia Irina—. Ve más bien pensando que ponerte para mi funeral.

Subida en el asiento trasero del taxi mi preocupación no se desvanecía lo más mínimo. Me removía inquieta pensando en Tara, en la reacción de Lucas cuando me viera subir al avión, y también en Sasha. No me gustaba la idea de que ella estuviera todo el bendito día pegada a Lucas, y así se lo hice saber a Irina y Scott.

—Vas a seguir sintiéndote fatal a no ser que expulses esos pensamientos negativos —dijo Irina que estaba sentada a mi lado en el taxi.

—No puedo —susurré—. Sasha es un gran problema. Tengo la sensación de que quiere sacarme de su camino.

—Es muy inteligente —comentó Scott sentado a su vez junto a Irina.

—Ya, y me juego el cuello que también es habilidosa. Seguro que sabe saltar a un helicóptero en marcha o disparar una metralleta mientras esquía —dije agobiada.

—No te angusties, él te quiere a ti —murmuró—. No malgastes más energía de la necesaria en Sasha, ni le des más significado e importancia de la que merece. Ella no es nadie para él.

Incliné mi cuerpo hacia delante para poder ver su cara en la semipenumbra del taxi y me miró, sin sonreír.

—Colócala en la carpeta de zorras que nunca consigue la carne deseada —añadió en un susurro.

El taxista, que de vez en cuando nos observaba a través del espejo retrovisor sonrió.

—Cambiando de tema. Necesitamos una estrategia para manejar el enfado de Lucas cuando aparezcas en el avión —continuó, bajando el tono de voz.

—¿Necesitamos? —preguntamos al unísono Irina y yo.

—Creo que la clave es que lo beses nada más verlo. Que le borres cualquier pensamiento asesino que aparezca en su mente. Sino me matará.

—¿Crees que se enfadará mucho? —dije.

—Si me vuelve a dirigir la palabra será un milagro.

Cuando el taxi se detuvo delante de mi edificio me bajé deprisa y entré al portal sin poder reprimir mi ansiedad. Tenía que preparar la maleta en diez

minutos. Mientras subía en el ascensor hacía una lista mental de las prendas que me llevaría a Rusia.

Samba me dio la bienvenida nada más poner un pie en mi apartamento, y con el corazón acelerado la acaricié y luego me dirigí a mi habitación. En apenas dos minutos había metido dentro de la maleta casi toda la ropa, zapatos, y productos de higiene personal.

El timbre de mi apartamento sonó y abrí la puerta creyendo que sería Scott que venía a meterme prisa. Pero no era él. Ni tampoco Irina.

—Hola.

Mi sorpresa y desagrado al ver la persona que tenía frente a mí provocó que me dieran ganas de cerrarle la puerta en la cara.

—¿Qué haces aquí, Sasha? ¿Qué quieres? —pregunté con desconfianza con la puerta abierta de par en par.

—Me voy de viaje y me gustaría hablar contigo antes de irme —dijo en un tono engañosamente amigable.

La muy descarada empujó la puerta para pasar por mi lado y tensé la mandíbula.

Hoy había sido un día largo y muy malo, con momentos apoteósicos. Una jaqueca empezaba a pulsar en mis sienes por el estrés y no estaba para tonterías. El shock por el secuestro de Tara y la ruptura con Lucas se aferraba dentro de mí. Un dolor insoportable me desgarraba el corazón, penetraba hasta lo más íntimo de mí ser, y ya me urgía llegar a ese avión.

Mi mascota exótica Samba apareció en el salón con su aspecto salvaje y esbelto haciendo su característico ruido único. Un silbido similar a la alerta de una serpiente, y pude percibir la sorpresa en su rostro.

—¿Y bien? —dije preguntándome que querría.

La expresión de Sasha hubiera sido cómica si yo no tuviera el sentido del humor por los suelos, o si ella no me resultara tan desagradable.

—Estoy esperando que abras la boca —murmuré impaciente mientras me aproximaba a ella.

El sordo rumor del tráfico se colaba por la puerta abierta de mi balcón.

—Lucas me ha contado que te ha abandonado —comenzó a decir y me quedé inmóvil—. Lo siento mucho. Podría haber sido una bonita historia de amor.

Dejó caer en tono serio y mi estómago se hundió por el golpe invisible. La zorra tenía el descaro de sonar preocupada.

—Pero tienes que entender algo, cielo. Él es demasiado hombre para ti

—prosiguió con un brillo de astucia en sus ojos.

Intentó tocar mi hombro y me eché hacia atrás antes de que sus dedos me tocaran.

—¿Estás de broma? —espeté furiosa—. ¿Has venido a mi apartamento a decirme que Lucas es demasiado hombre para mí?

La actitud de Sasha escapaba a mi nivel de comprensión.

—No hay necesidad de que estés así. Escucha, eres muy joven, puedes tener al chico que quieras. No parece entenderlo, cielo.

—La que no parece entender eres tú —mascullé, y su boca se apretó.

Samba rugió agresiva y dio un paso atrás.

Se la quedó mirando cuando se situó junto a mis piernas en actitud protectora conmigo.

—Mira, cielo —dije imitándola y su sonrisa se atenuó—. Te diré una cosa, hiciste un buen trabajo con Lucas fingiendo ser su amiga, pero a mi no me engañas —empecé a acercarme a ella despacio—. La muerte de tu hermana no ha sido más que una excusa para permanecer a su lado todos estos años. Yo sé que te gusta, sé que te mueres de ganas de estar entre sus piernas, pero él es mío —siseé.

Su rostro se contrajo de rabia y en ese momento me di cuenta que mis suposiciones eran correctas.

—Tú no eres la persona adecuada para él —dijo entre dientes—. Yo soy lo mejor que le ha sucedido en años. Simplemente aún no es capaz de reconocerlo. ¿Y sabes qué? Lucas no cambiará su vida sexual por una niña de veinticuatro años como tú.

«¡Será zorra!», pensé mirándola bastante segura de mi misma.

—Mira Sasha, no tengo porque darte explicaciones de mi vida privada, pero la «niña» de veinticuatro años que tienes aquí delante, ha tenido su maravilloso cuerpo desnudo sobre el suyo, no una, ni dos, ni tres veces, sino muchas veces... cosa que tú jamás tendrás —mascullé nariz con nariz. Mi voz helada se había convertido en un picahielos—. Yo soy SU MUJER. La que que hace el amor con él todas las noches, la que amanece abrazada a su cuerpo, la que ama desde hace años. Así que seré YO y no tú, la que acompañará a Lucas a rescatar a su madre. Sé lo del viaje a Rusia, sé que quieres acompañarlo, pero tu tiempo con él para intentar conquistarlo ha finalizado... Game Over.

—¡Eso es lo que tú crees! Apártate de mi camino.

El rostro de Sasha se volvió morado y en un arranque de rabia levantó el brazo derecho con un arma en su mano y me encañonó el cuello.

—Hazlo, y pierdes tu mano —dije en un inquietante tono suave y calmado, y se quedó paralizada al darse cuenta que mis manos habían sido igual de rápidas.

Tenía atrapada su muñeca izquierda entre mis dedos, a la par que presionaba una pistola contra la palma de su mano.

—¿Quieres perder algunos de tus elegantes dedos? —mascullé—. La amputación está asegurada con un disparo a bocajarro.

—¡Maldita niña estúpida!

Mis reflejos habían sido rapidísimos.

—Ahora si que me queda claro que la venganza para ti es una excusa. Yo de ti me guardaría los consejos y me iría por donde has venido. Recuerda que estás amenazando con un arma a una agente del FBI y eso es un delito grave —dije mirándola fijamente a los ojos, y sin una pizca de poder sobre mí bajó el brazo—. Sin rencores, cielo —añadí en tono irónico mientras le señalaba la puerta.

Se giró en silencio y se marchó deprisa con Samba siguiéndola de cerca.

El hecho de que me hubiera apuntado con un arma, era motivo suficiente para que la detuviera por un delito de atentado contra un agente público y ella lo sabía. De ahí que prácticamente huyera.

Nada más oír como se cerraba la puerta de la calle me puse en acción de nuevo. Saqué mi móvil del bolsillo de mi pantalón. Tenía que realizar una llamada urgente. Me agaché para acariciar a Samba y me aseguré de que todo estaba en orden antes de salir del apartamento. La carpeta con las pruebas contra Sergei las dejé en un mueble del salón.

—Adiós, preciosa, te echaré de menos —susurré al cerrar la puerta—. Pórtate bien con Norberto.

Con él precisamente tendría que hablar al día siguiente para que me hiciera otro favor.

Busqué el número de Sheen en mi agenda de contactos mientras arrastraba la maleta hacia el ascensor y recé para que respondiera, sino no tendría posibilidad alguna de viajar a Rusia.

—¿Agente Neymar?

Sheen contestó al segundo tono de llamada.

—Hola, señor —dije nerviosa—. Espero no haberlo despertado.

—¿Ocurre algo?

Le di al botón del ascensor y tomé una respiración profunda.

—Sí.



Esperaba que las pruebas contra Sergei que le enviaría mañana a la oficina gracias a Norberto me ayudaran a conseguir su beneplácito.

—Señor, necesito su permiso para salir del país, y su ayuda para tramitar de forma urgente un visado a Rusia.

## Capítulo 14

### No puedo perderte

La visita de Sasha a mi apartamento nos había retrasado un poco y cuando el taxi llegó al aeropuerto JFK, el Jet privado ya se encontraba fuera del hangar con el motor en marcha. La conversación con Sheen había sido bastante complicada por no querer delatar a Savannah. Durante el trayecto en taxi, me hizo toda una batería de preguntas respecto a mis motivos por querer viajar a Rusia para atrapar a Vladimir Zakhar. Al principio se mostró suspicaz, incluso desconfiado, pero logré obtener su permiso en cuanto mencioné al agente Smith. Fue pronunciar su nombre y se terminaron las preguntas, prometiéndome solucionar el difícil trámite del visado.

A medida que nos acercábamos al avión crecía la maraña de emociones en mi interior. Había algo de niebla en la pista de aterrizaje, y mi falsa tranquilidad era removida por la posibilidad de que Lucas se negara en rotundo a que lo acompañara en el viaje.

—Muy bien, allá vamos, cuñadita —dijo Scott, subiendo los peldaños de la escalerilla.

Con el corazón acelerado de un modo desmedido miré hacia arriba y vislumbré la figura de John fuera de la cabina fumando un cigarro.

—Hasta que por fin apareces —dijo claramente nervioso.

Se veía muy desmejorado, con grandes ojeras, tenía el aspecto de un hombre destrozado.

—John, ¿estás seguro de que quieres venir? Tienes el hombro vendado —le dijo Scott preocupado.

—Claro que sí. Tara me necesita.

Su respuesta me produjo un estremecimiento.

—Pero estás herido, no podrás ser de gran utilidad.

—¿Quién dice eso? ¿Tú? —masculló enfadado y soltó una maldición—. ¡Nada ni nadie me va a impedir que vaya con vosotros a rescatar a la mujer que amo! Bastante jodido me siento por no haber podido evitar que se la llevaran.

—No te atormentes, eran demasiados.

—Esa es la mejor excusa que me doy a mi mismo para no reconocer que estoy viejo —dijo, apagando el cigarro—. Vamos dentro, Lucas ha estado a punto de irse sin ti.

Percibí que se sentía culpable, que tenía un dolor profundo, y respiré hondo conteniendo un nudo en la garganta.

John amaba a Tara con todo su corazón.

—Espero que no vuelvas a cruzar la línea entre el bien y el mal cuando estemos en Rusia —murmuró, posando una mano sobre su hombro, y agregó con gesto serio—. Dios sabe que te quiero como un hijo, pero me decepcionaste. Cometiste un grave error al propiciar el encuentro de tu madre con Oleg... Eso ha desembocado en su secuestro.

John se apartó de él al mismo tiempo que el ruido del motor del avión se intensificaba y noté como Scott trataba de ocultar sus emociones.

—Lo siento, creí que hacía lo correcto.

—Por favor, no decepciones más a tu hermano —dijo John con medio pie dentro de la cabina—. Lucas no quería llamarte esta mañana pero yo le insistí para que lo hiciera. Por eso estás aquí. Aprovecha este viaje para ganarte de nuevo su confianza. No tires a la basura la única oportunidad que tienes de recuperar a tu hermano.

John se dio la vuelta para entrar dentro de la cabina y vi como la fachada de hombre duro y letal que siempre mostraba Scott se desmoronaba ante mis ojos.

—Cariño, ¿estás bien?

Irina tomó su mano con ternura y las emociones se volvieron más intensas durante el breve segundo que la miró a los ojos.

—Sí. —murmuró con suavidad—. Entremos dentro.

De seguida recuperó la dureza habitual que reflejaban sus ojos y tomé una bocanada de ardiente anhelo al pensar que vería a Lucas dentro del avión.

Con el corazón duplicando la velocidad de sus latidos subí el último peldaño de la escalerilla. Scott entró primero en la cabina, seguido de Irina a la que llevaba de la mano. En cuanto pisé el suelo de moqueta me detuve en seco.

¡Meu Deus! Ahí estaba al fondo del avión el hombre de mi vida, de pie, mirándome fijamente. Sexy, seductor e innegablemente masculino.

Solo nos separaban unos pocos metros, y al contemplar su rostro detenidamente, los marcados ángulos de su mandíbula cubierta por una incipiente barba, sus ojos oscuros y profundos como un mar embravecido, sentí

el irracional impulso de querer acercarme a él.

—¿Qué hace ella aquí? —le gritó entonces a Scott, que se sentaba en ese momento en un sillón, y por una milésima de segundo me dieron ganas de esconderme en algún rincón del avión.

—Te he hecho una pregunta —le exigíó.

Lucas esperaba su respuesta sin apartar su mirada de mí, y tuve que recordar como se respiraba.

—No te enfades con Scott. He sido yo la que ha insistido en venir.

Ni en un millón de años habría previsto su electrizante y visceral reacción al verme.

—Cuñadita, recuerda lo que hablamos en el taxi.

Un temblor invadió mi cuerpo a causa de los nervios. Sabía que Lucas me amaba, sin embargo, era innegable que no me deseaba aquí.

—Averigüé lo de tu madre porque le robé la nota de Vladimir en un descuido. Lucas, por favor, déjame ir contigo —dije con mi misma alma en la mano.

Mi mente era un torbellino, me debatía entre el miedo y la duda. Por su modo de mirarme tenía claro que me echaría del avión.

Me concentré en no llorar, en ignorar las lágrimas que deseaban asomarse a mis ojos cuando se acercó a mí con pasos decididos. Redujo la distancia que nos separaba en lo que pareció un tiempo inexistente, ni siquiera la mínima parte de un segundo, y para mi mayor sorpresa, no me echó del Jet privado.

Lucas, con un inesperado movimiento en cuanto me tuvo a su alcance tiró de mí con ímpetu y me besó. No pronunció mi nombre, no me pidió explicaciones de por qué estaba allí. Sencillamente me besó. Y lo hizo tan furioso, tan apasionado, con tanta fuerza, que supe que me necesitaba tanto como yo lo necesitaba a él.

Sus labios tan firmes pero a la vez tan suaves me hacían sentir que no podía vivir sin mí. Y sin importar la presencia de Scott, de Irina, y de John, Lucas enredó sus brazos a mí alrededor como vigas de acero y me empujó contra una pared del avión sin poder controlar la pasión física y arrolladora que sentía por mí.

El roce de su lengua con la mía, enzarzadas ambas en una violenta batalla cargó de inmediato el aire de un creciente ardor, alimentado por la clase de peligro que tenían sus besos.

Solo su boca tenía la capacidad de hacerme estallar en llamas.

Unas llamas salvajes que poseían el poder de reducirme a cenizas.

—¡Dios! Te he necesitado en cada uno de los cinco sentidos. No te dije lo de mi madre porque no podía permitir que vinieras. ¡Joder! Imaginar que puedes resultar herida, o morir por mi culpa, acabaría conmigo —susurró pegado a mi boca y solo tuve ocasión de registrar la feroz expresión de su rostro antes de que sus labios aplastaran los míos de nuevo.

Su olor fresco, tan próximo, tan único, sobrepasaba a cualquier otro. Sus gemidos, sus gruñidos de placer... Me besaba con ansia, de un modo que ni aunque transcurrieran años podría olvidar.

—Eres hermosa, divertida, inteligente, independiente... no mereces un destino que te haga sufrir. Si tuvieras dos dedos de frente no estarías en este avión.

—Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión. Pienso ir contigo —expresé decidida.

La adrenalina corría por mis venas, tenía aún demasiada ansiedad por el miedo de haber estado a punto de perderlo.

—No podré protegerte —dijo acariciando mi rostro.

—No necesito que me protejas —repliqué con terquedad.

—No puedo perderte... No puedo —susurró en voz baja apretándome contra él y mi corazón se detuvo un instante al ver mi reflejo en sus ojos llenos de agonía.

—No me perderás —dije con firmeza—. Por perturbador que sea quiero ir contigo a rescatar a tu madre.

Mis ojos relumbraron húmedos con lágrimas a punto de derramarse y sujetándome por el mentón me dio un beso suave en los labios.

—Es peligroso —musitó pegado a mi boca.

Ahucó su mano sobre mi mandíbula para luego acariciarme con suavidad la mejilla con el pulgar y sentí como me estremecía desde el centro de mi ser.

—Comprendo tu miedo, pero tienes que aprender a confiar en mí —suspiré—. Estamos peor separados. Es mejor para los dos librar juntos nuestras batallas.

—Dangelys, yo he visto a gente de carne y hueso, muy de cerca, padecer a diario injusticias y tormentos indecibles. La vil explotación, la muerte de los desafortunados, mujeres obligadas a prostituirse, drogadas, azotadas. Yo he presenciado el veneno que Vladimir es capaz de escupir, y mi madre está en sus manos —dijo al límite, con una violencia contenida, y su preocupación hizo añicos mi corazón.

Percibía el dolor en su mirada, en su rostro, la angustia en los planos

endurecidos de sus rasgos y aborrecí aún más a Vladimir Zakhar por ser el culpable de su sufrimiento.

—Lo peor de todo es saber que por mis venas corre la sangre de ese hombre sin escrúpulos, arrogante y avaro que se jacta con orgullo de sus «triumfos» —prosiguió con una expresión sombría y puse mis manos encima de su corazón.

—Tú no tienes nada nada que ver con él. La familia no la escogemos, son vínculos impuestos por nuestro origen. Tarde o temprano ese hombre recibirá lo que merece —dije convencida—. Tienes las pruebas para acabar con él. Puedes ir allí, rescatar a tu madre y arrestarlo.

Un relámpago de rabia recorrió su rostro.

—No. —siseó—. Vladimir, debe morir.

El sonido de su voz fue como el del hielo al fracturarse cuando se rompe.

Una azafata salió de la cabina del piloto y le preguntó a Lucas si ya estábamos todos para cerrar la puerta del avión y despegar.

—Falta una persona —dijo, mirando su reloj—. Esperaremos cinco minutos.

La azafata asintió con la cabeza y se marchó.

—Que raro que Sasha no haya llegado.

Frunció el ceño al desviar la vista hacia mí, y esbocé una pequeña sonrisa.

—Yo creo que no va a venir —murmuré—. Y si llega a venir lo siento, pero la echaré yo misma del avión. Me amenazó antes con una pistola.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Vi como se quedaba de piedra.

—Tu querida cisne rusa vino antes a mi apartamento a soltarme su veneno, pero cometió un error de cálculo y no logró su objetivo —mascullé cabreada, y no pude evitar que mi mal genio se trasluciera en mi voz.

—¿Qué pasó?

Pude apreciar como su cuerpo se ponía rígido con todos sus músculos en tensión.

—Resumiendo la visita, me dijo que tú eres demasiado hombre para mí —dije haciendo una mueca de disgusto—. Debería haber imaginado que Sasha haría algo así tarde o temprano. Se nota que no le gusta perder, y menos ante una «niña» como yo.

La rusa tuvo suerte con su mano porque en aquel momento me dieron unas terribles ganas de pegarle un tiro con mi arma en sus elegantes dedos.

—Le advertí hace días que no se metiera más contigo. Incluso ayer por la

noche mientras estábamos tras la pista de Vladimir tuve que llamar su atención porque no me gustó la manera inadecuada que tenía de hablar de ti.

Ladeé la cabeza y lo miré con los ojos entrecerrados de forma inquisitiva.

—¡Pedazo de zorra! Pues al parecer no te ha hecho caso. Hoy me ha dejado bien claro que la venganza no era lo único que la unía a ti. Está enamorada de ti, ¿sabes? —declaré mirándolo a los ojos, asegurándome de que podía advertir mis celos.

Saber que había estado junto a esa zorra por la noche me cabreaba.

—Que pena, lo siento por ella pero no estoy disponible —dijo mientras me ceñía a su fornido cuerpo—. Salgo con alguien.

A Lucas se le formaron unas pequeñas arruguitas en el contorno de los ojos y sonreí.

—¿Ah, sí? Pensaba que estabas soltero.

Sus ojos oscuros centellearon con intensidad al oírme y se me aceleró el corazón cuando aproximó su sexy boca a mis labios.

—Salgo con una guapísima agente del FBI de origen brasileño.

—¿La conozco?

—Creo que sí.

El amor y el deseo que reflejaba su cara era inconfundible y abrumador y sucumbí al poder de su mirada, a la fuerza que irradiaba de él, a la seducción de sus besos.

—Dangelys, quiero que te quede muy claro que la venganza era lo único que me unía a Sasha... Nada más —susurró en voz baja ante la atenta mirada de los demás que no perdían detalle de lo que hacíamos.

—Lo sé.

El Jet Privado finalmente despegó del aeropuerto JFK ante la evidencia de que Sasha no aparecería, y sentada junto a Lucas en un suntuoso sofá de piel de color crema, me quedé embelesada con las vistas aéreas de la Gran Manzana, con sus variadas luces coloridas.

—Muy pronto Vladimir desaparecerá de la vida de todos —reflexionó Lucas mientras admiraba los infinitos rascacielos y dirigí mis ojos hacia él.

Se había desabrochado el cinturón en cuanto el aparato cobró altura y se disponía a colocar sobre la mesa que teníamos delante la funda de un ordenador portátil.

—Me gustaría enseñarte algo —dijo abriendo la cremallera—. Tengo unos datos guardados en la memoria de mi ordenador. Constituyen la más

importante recopilación sobre la organización económica secreta de Vladimir con todos los miembros pagados por su nómina.

Sacó un Surface Pro, un ordenador que nada tenía que ver con los ordenadores tradicionales. Era fino, ligero, elegante. Abrió la tapa, lo encendió y empezó a escribir con un lápiz en su pantalla táctil.

—Nombres y direcciones de la organización, de distribuidores de droga y de armas. Tengo los hilos que me llevarán a dismantelar la organización.

Fijé mi vista en la pantalla y vi que todo lo que garabateaba se quedaba fielmente reflejado en el documento.

—¿Lo tienes también guardado en discos de memoria? —pregunté inclinándome hacia delante.

—Sí. Vladimir siempre se ha escapado por entre las rendijas de la ley por falta de pruebas y en esta ocasión cuento con pruebas irrefutables para que vaya a la cárcel —dijo con el rostro concentrado y añadió—: Aunque no creo que llegue a ir.

Me mostró los registros de las historias criminales completas. Pruebas de grupos de distribución, de organizaciones competidoras, de bancos involucrados en grandes transferencias de dinero, de funcionarios de la justicia y policías comprados por la mafia. Entre los nombres figuraba el de Savannah.

«Mi hermana...»

Aún no lo podía creer.

—¿Estás bien?

Acarició mi mejilla en un suave mimo lleno de ternura.

—Tengo ganas de verla para aclarar las cosas, pero temo que sea ya demasiado tarde. Vladimir ha sembrado semillas de odio, amargura, rechazo, ira en su corazón —Mi voz sonó entrecortada y cerré los ojos a causa de la calidez que me generaba su palma de la mano.

—Tranquila, mediante tus palabras le harás ver la verdad. Estoy seguro que abrirás su conciencia cuando le expliques lo que hizo Vladimir con ella de pequeña.

La sola mención de ese secreto me hizo abrir los ojos.

—No sé como vaya a reaccionar.

—No le va a gustar conocer esa verdad —dijo con un timbre de voz grave.

—No. —reconocí—. A nadie le gusta que le engañen.

Estaba segura que Savannah no conocía ese secreto de su pasado. Sino difícilmente estaría a su lado.

—Aún me cuesta creer que entre tú y Walhberg hayáis averiguado quien



era ella en realidad —exhalé un suspiro.

—Forma parte de mi trabajo investigar constantemente y de manera minuciosa. Cualquier detalle, por insignificante que pueda parecer a primera vista, es importante.

Su mano se había deslizado ahora por mi cuello con ligereza y me sentí atrapada en su mirada.

—Te has dedicado todos estos años a recabar información de las propiedades de Vladimir, actividades y empresas camufladas. Evasión de impuestos, venta de drogas, armas, prostitución. ¡*Dieu!* Estos datos, estructura toda una economía subterránea que mueve cifras que ninguna industria poderosa de la tierra podría superar. Despachos en ciudades importantes que la policía nunca sospecharía...Y lo has hecho tú solo —dije asombrada—. Dejaste que creyera que eras un Gigoló, un mujeriego, un empresario que aprovechaba sus viajes de negocios para salir de fiesta.

No quise sonar herida, pero su expresión cambió al percatarse de mis sentimientos y me atrajo hacia él.

—Ese era el juego —susurró con su boca pegada a mi oreja—. Engañarte.

De repente el aire pareció crepitar entre nosotros, podía sentir el roce de sus labios mientras me hablaba, y sentí que se me ponía la carne de gallina.

—Lo hiciste sensacional.

Me acarició el pelo despacio y tomé aire. Una vez, dos veces. Tenía que recobrar la compostura, que ordenar mis pensamientos. Estábamos en un avión rodeados de más personas.

—¿Sabes dónde se encuentra exactamente tu madre? —pregunté con voz sombría.

Lucas me soltó y retrocedió.

Guardó silencio y observé mientras me erguía en el sillón como trataba de parecer tranquilo, tecleando en el ordenador.

—Sí, en Siberia. Una de las regiones más frías del planeta —respondió sin despegar sus ojos de la pantalla—. En una zona de difícil habitabilidad, un emplazamiento remoto, cerca del lago Baikal.

Me quedé quieta, sin parpadear.

—Siberia —susurré, intentando asimilar la información.

De repente, sentí que mi estado de ánimo descendía como una marea hacia mis pies.

—En Siberia tiene el laboratorio donde fabrica armas de destrucción masiva y tecnología nuclear.

—Exacto hermanito, Vladimir tiene allí su base de operaciones —interrumpió Scott desde su sillón, entrometiéndose en la conversación.

Lucas levantó su cabeza a la velocidad del rayo de la pantalla del ordenador y fulminó a Scott con la mirada.

—Tú —rugió, señalándole con el dedo—. No me dirijas la palabra a menos que sea estrictamente necesario.

Su cara era una mezcla de duros planos y ángulos, tratando de luchar por conservar el control.

—¿Y si no quiero?

—No me provoques —gruñó.

Lucas lo miraba con una tormenta fría e invernal en sus ojos, cuya gelidez alcanzaba su voz, asemejándose con el lugar donde iríamos.

—Si quieres mantenerme callado tendrás que ponerme un esparadrapo en la boca —le dijo Scott en tono provocador en un claro desafío y Lucas cerró los puños con fuerza.

—¡Scott! —exclamó Irina, sorprendiéndonos todos.

El hermano de Lucas giró su cabeza al oírla y vi que en el rostro de ella se dibujaba un gesto de desaprobación.

—Por favor...

Irina presionaba su mano sobre su muslo, el cual se notaba que sujetaba con suavidad, y Scott sucumbió al efecto de la tierna mirada de Irina que le suplicaba con sus ojos que detuviera la batalla verbal.

—¿Por qué no vamos a tomar un café y a estirar las piernas? —le sugirió Irina.

Se levantó del sillón con un movimiento elegante, y todos fuimos testigos de como esta hermosa mujer de exquisita belleza era capaz de amansar al hermano indomable de Lucas.

Agarrándolo de la mano, entrelazó sus esbeltos y delicados dedos con los suyos y se lo llevó a la parte delantera del avión.

Exhalé un suspiro de alivio.

Por un momento pensaba que se iban a pelear. Se notaba en Lucas el dolor de la traición.

Después de la discusión, reinó la calma durante horas, hasta que llegó el momento de realizar la corta escala en Moscú. El motivo era una nevada enorme que cubría la pista de aterrizaje. Nadie podía objetar que el avión hiciera esta breve parada en la capital rusa para que Irina se reencontrara con su hermana pequeña, pero peligraba el aterrizaje. La nieve, niebla, fuertes vientos estaban

siendo la causa de cancelaciones de muchos vuelos en el aeropuerto.

—La decisión de aterrizar depende de tantos factores que es imposible establecer regla alguna para saber a qué atenemos. Pero más allá de la nieve, la limpieza de las pistas o los cálculos operacionales, hay algo que no debe faltar para que un vuelo resulte seguro en las condiciones climatológicas más adversas... La experiencia del piloto —me dijo Lucas antes de que el piloto nos informara de que disponía de metros de pista despejada suficientes para aterrizar.

Con una ausencia de visibilidad que daba miedo y una luz visible a treinta metros en el aterrizaje, el piloto hizo posible que Irina pudiera bajarse en Moscú. Eso sí, no sin antes brindarnos una buena dosis de turbulencias y patinaje en pista.

—Espero que nos volvamos a ver muy pronto —me dijo Irina despidiéndose de mí.

Vladimir le había arrebatado todo lo que le importaba a Irina, incluso su corazón. Y tras una vida llena de lágrimas, desencuentros y heridas, merecía ver a su hermana lo antes posible.

—Sí, me gustaría volver a verte y disfrutar de unos días juntas —murmuré.

—Eso sería genial —sonrió con un brillo especial en sus ojos—. Un fin de semana que arranque a ritmo de vals ruso.

—O de samba —dije guiñándole un ojo.

Irina me había caído demasiado bien y, en pocas horas, habíamos congeniado. Me dio un largo abrazo y me susurró al oído con voz emocionada:

—No sabes cuanto te agradezco todo lo que hiciste por mí.

Le correspondí al efusivo abrazo procurando mantener la sonrisa en mi rostro.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa que necesites.

—Gracias, Dangelys. Cuídate mucho... y también cuida de Scott, por favor.

Al separarnos vi que se secaba unas lágrimas.

—Siento interrumpir, pero debemos darnos prisa en despegar —dijo Lucas a nuestro lado—. El piloto me acaba de informar de que han cancelado todos los vuelos en el aeropuerto de Irkutsk a causa de la fuerte nevada que está cayendo. Lo más probable es que tengamos que aterrizar en el aeropuerto internacional de Koltsovo.

—Se complican nuestros planes —murmuró John con el rostro sumamente preocupado.

Un coche negro esperaba a Irina en la pista junto al avión. Y también un hombre uniformado ruso. Al parecer alguien de confianza de Scott.

—Cariño, ¿me dejas un momento a solas con tu hermano? —le pidió Irina a Scott, que sujetaba su maleta a la espera de acompañarla a bajar las escalerillas.

Scott asintió con la cabeza sin hacer preguntas. Salió de la cabina acompañado de la azafata. Luego ella se acercó a Lucas e hizo una cosa que me sorprendió.

Le puso una mano sobre el corazón.

—Espero que tu herida con Scott no sea incurable —le dijo con una mirada llena de sentimientos y contuve la respiración cuando añadió—: Él ya ha asumido plena responsabilidad de lo que hizo. El hecho de negarse a pedirte perdón constituye una forma de manejar sus emociones. Teme pedir perdón, teme bajar la guardia, porque decir «lo siento» es una expresión que atenta contra su preservación de su sentido interno. Por favor, cuida de tu hermano, aunque no hayáis hecho las paces.

Le dio un beso en la mejilla y luego se marchó, dejando a Lucas pensativo.

Desde una de las ventanillas del avión contemplé con una emoción aplastante como se despedían Irina y Scott. Lo que les destrozaba desde dentro, separarse.

Observé como ella temblaba a causa del llanto. Él la rodeaba con sus brazos y la abrazaba con fuerza. No estaban preparados para despedirse después de haberse encontrado. No podía oír nada, pero no hacía falta imaginar lo que se estaban diciendo. El amor en sus ojos, en sus gestos, en sus besos, traspasaba el cristal de la ventanilla del avión.

Me embargó la pena al ver como Irina hundía el rostro en el cuello de Scott tras un último y apasionado beso. Incapaz de continuar mirando su amor incontenible aparté la vista con un enorme nudo en la garganta. Todos sabíamos a lo que nos enfrentábamos, de ahí que su despedida fuera tan desgarradora.

A partir de ahora solo podíamos rezar y confiar en que todo saliera bien.

—¡Joder! Con suerte llegaremos al aeropuerto internacional de Koltsovo. Vamos a tener que variar los planes del viaje.

La voz de Lucas llegó a mis oídos y me senté junto a él para escuchar la conversación que entablaba con John.

—¿Qué ocurre? —pregunté intranquila.

—Esta nevando, mucho. No es muy seguro volar en estas condiciones.

Estoy preocupado porque a partir de Koltsovo tendremos que utilizar un medio terrestre y sé que con eso se nos irá gran parte del tiempo en recorrer Rusia.

Lucas tecleaba en su ordenador, emprendiendo una veloz búsqueda en varias páginas webs y las dudas me invadieron.

—¿Cuales son nuestras opciones? —dije nerviosa.

Veía la concentración en sus ojos, su expresión impasible, y me invadió una sensación de inquietud.

—Llegar como sea al aeropuerto internacional de Koltsovo a orillas del río Set, al pie de los Urales, y una vez allí, ir a la estación de trenes de Ekaterimburgo, ciudad donde se produjo el asesinato del Zar Nicolás II y su familia, para utilizar el Transiberiano. El objetivo es llegar a Irkutsk, y de allí, ir en coche hasta el pueblo de Listvyanka, junto al lago Baikal.

—Vamos a ir al último rincón del mundo —murmuré impresionada.

—Un viaje a través del universo, la aurora boreal y restos de icebergs... —murmuró Lucas, transportándome con sus palabras a un mundo totalmente desconocido para mí.

—Conocerás el lago Baikal, el lago más profundo del mundo, un cuento de hadas helado para auténticos románticos... como mi hermano —dijo Scott entrometiéndose de nuevo en nuestra conversación y Lucas lo fulminó con la mirada.

—Dangelys, ¿alguna vez has oído hablar del lago Baikal? —me preguntó John, y negué con la cabeza.

—Jamás he oído hablar de él.

—El lago Baikal, está en el corazón de Asia, más o menos a la misma latitud que Moscú o Londres. Se encuentra situado sobre una inmensa falla de la corteza terrestre a cuatrocientos cuarenta y cinco metros sobre el nivel del mar, mientras que el fondo del lago desciende casi mil doscientos metros por debajo. Es inmenso, tiene la longitud de Florida.

—¿Por qué me estáis contando todos estos datos? —pregunté impaciente—. ¿Habrás que bordear el lago para rescatar a Tara?

—No.

Miré a Lucas y pude advertir algo, no estaba segura. El mensaje de sus ojos traslucía inteligencia y una fuerte determinación.

—La única opción de rescatar a mi madre es atravesar el lago de hielo con un coche —dijo con firmeza, y un pensamiento fugaz atravesó mi mente.

—¿Atravesar? —pregunté turbada.

—Y no solo con un coche —apuntilló Scott, y lo miré frunciendo el ceño

sin comprender.

—¿Qué quieres decir con no solo con un coche?

—Ya lo verás, cuñada —dijo muy misterioso.

## Capítulo 15

### Ekaterimburgo

El Gulfstream G500, del cual me enteré que era el propietario Lucas para mi mayor sorpresa, aterrizó en la capital de los Urales, Ekaterimburgo, a pesar de las inclemencias del tiempo. Enseguida acompañados por un trabajador del aeropuerto, nos dirigimos al control de seguridad, donde Lucas, tras mostrar los visados, incluido el mío gracias a Sheen, y entablar una breve charla con uno de ellos, logró que pasáramos sin problemas.

Ekaterimburgo estaba situada en la frontera entre Europa y Asia, cuyo límite se hallaba a escasos cuarenta kilómetros. Y Lucas, sin perder el tiempo mientras caminábamos por la terminal del aeropuerto hacia la salida, solicitó mediante una llamada telefónica los servicios de dos taxis privados.

—¿Por qué has pedido dos taxis? —preguntó Scott.

—He quedado para hablar con Kirilenko en la feria de armamento. Tendremos que separarnos —dijo Lucas mirándolo fijamente—. Tú te encargarás de comprar los billetes del Transiberiano.

—¿De qué hablas?

Scott se detuvo y fijó sus ojos oscuros con mayor intensidad en los de Lucas.

—¿No compraste los billetes por internet?

—No, no pude —respondió, y noté el desaliento en la voz de Lucas—. La página de la empresa no funcionaba.

—Pero yo también tengo que ir contigo para hablar con Kirilenko —murmuró Scott acercándose a Lucas—. Es importante concretar el tipo de...

—Chicos, no os preocupéis, yo me encargo de comprar los billetes —interrumpió John, captando la atención de ambos—. Iré directamente a las taquillas de la estación mientras vosotros váis a la feria de armamento a hablar con Kirilenko.

—¿Estás seguro? ¿Tu nivel de ruso después de tantos años que tal anda? Recuerda que casi nadie habla inglés. En Mongolia si hablan, pero en Rusia no

—dijo Scott, y John puso una mano en su hombro.

—Llevo años sin hablar ruso, y puede que haya olvidado como iniciar una conversación, pero creo que podré hacerlo. En caso de emergencia sino me entiende el hombre de la taquilla puedo dibujar lo que quiero, tipo pictiography.

—John, no te preocupes. Te solucionaré el tema del idioma preparándote un papel en ruso. Te pondré de donde y hasta donde queremos ir, el horario del tren y el compartimento de primera clase que queremos —murmuró Lucas, e inmediatamente después, sacó una hoja en blanco y un bolígrafo del maletín del ordenador.

—Olvidar palabras de un idioma puede ser cuestión de horas o cuestión de años, depende del tiempo que hayas invertido en estudiar, o si empezaste de niño o más tarde —dije hablando desde mi propia experiencia con el inglés y el francés.

—Lo aprendí con veinticinco años, por motivos de trabajo, pero está claro que sino quieres olvidar el idioma, hay que intentar no pasarse meses y meses sin ver nada de ese idioma. Y en mi caso, llevo muchos años sin leer, o hablar ruso —murmuró John apesumbrado.

Lucas le entregó un par de papeles con todos los datos requeridos, y a continuación abrió la puerta de uno de los dos taxis que se habían detenido junto a nosotros.

—Debemos irnos ya —dijo sosteniéndome la puerta—. Nos vemos en tres horas, John.

La localización de la feria de armamento no era fruto del azar. La cadena montañosa de los Urales, era una de las canteras industriales de Rusia, de donde salía el hierro, el titanio y demás metales que alimentaban la industria pesada y de defensa. De su subsuelo inmensamente rico se extraían, además, las más finas piedras preciosas y semipreciosas del país. Nizhny Tagil, era una ciudad altamente contaminada de los Urales, y albergaba la mayor fábrica de tanques del mundo. Esta propiedad era una de las empresas de Kalashov, un símbolo industrial del país.

Mientras caminaba acompañada de Lucas y Scott en una especie de tregua entre ellos por esta fría región, podía oler la pólvora. En esta remota ciudad se celebraba una de las ferias de armamento más importantes del mundo. Uno de los supermercados favoritos de los compradores y vendedores de armas fuera de la órbita de la OTAN.

—Esta feria burla las sanciones de Occidente —murmuró Scott mientras



fijaba su mirada en todos y cada uno de los miles de visitantes que se cruzaban con nosotros.

Empresas privadas, contratistas nacionales, representantes de infinidad de países se paseaban por una superficie de cuatrocientos metros cuadrados.

—¿Qué es exactamente lo que hacemos aquí? ¿Quién es Kirilenko? —dije, posando mis ojos en un hombre de mediana edad vestido de militar.

El pabellón de negocios de la feria donde las empresas seducían a posibles compradores estaba a rebosar de hombres con dos opciones de vestimenta: militar o traje de ejecutivo

—Ahora lo verás —dijo Lucas enigmático—. Kirilenko es alguien que tiene muchos galones.

—¿Militar?

Entrecerré los ojos.

—Sí.

Me quedé impresionada al ver unos tanques T-14 y T-90 pasar no muy lejos de la zona donde se cerraban los acuerdos. Vi como un grupo reducido de personas se acercaba a esas maquinas letales y me detuve impresionada.

—¿Cuánto puede costar un tanque de esos? —pregunté con curiosidad y Scott se paró a mi lado.

—Cuñada, ¿piensas comprarte un tanque para ir de paseo por Manhattan? —dijo mirándome de reojo y sonreí

—Puede.

—No sabría decirte el precio exacto. Su fabricante mantiene bajo secreto el precio de venta de cada tanque, pero calculo, millones de euros —dijo reanudando la marcha—. El mismísimo Putin ha encargado varias decenas de estos tanques para incorporarlos a las filas rusas. Los tanques son los vehículos insignia del armamento pesado ruso.

—Estoy alucinando la verdad. Jamás había visto nada igual —le expresé a Lucas al mismo tiempo que me subía la cremallera del abrigo hasta arriba.

Aquí el invierno era muy duro, pero familias enteras desafiaban el frío glaciando fotografiándose junto a láseres capaces de derretir drones en el aire, misiles antiaéreos de largo alcance, o cañones de gran calibre autopropulsados.

Muchos niños hacían cola y pedían a sus padres que les sostuvieran el globo de la feria mientras posaban con un lanzamisiles BUK capaz de destruir un helicóptero de ataque o un avión comercial.

Nos dirigimos a unas gradas abarrotadas de público que aplaudía a los obuses y a las balas trazadoras disparadas contra unos muñecos amarillos. Se

realizaba un simulacro en un campo de batalla a gran escala. La grada era de acceso restringido, pero pasamos sin problemas tras un breve saludo de Lucas a uno de los hombres que vigilaba la entrada.

—Este evento ruso es el único de esta clase en el que es posible ver las armas en acción —dijo Scott, señalando un par de asientos libres en la zona más alta de las gradas.

Un Tanque T-90 realizó un disparo en el aire. El modelo más avanzado del ejército ruso y me tensé.

—No entiendo esta demostración de fuerza —murmuré mientras me sentaba con el ruido de megafonía de fondo insistiendo en identificarlos como terroristas.

—Dangelys, esto es más que una demostración de fuerza. Es también un pulso político —dijo Lucas sentándose a mi lado.

—A nadie se le escapa que Rusia está atravesando unos momentos difíciles, con la crisis financiera desde el colapso del rublo y las tensiones políticas por Ucrania, con sanciones por parte de Europa y Estados Unidos —habló Scott sentándose a mi izquierda—. La industria armamentística de este país está sobreviviendo gracias a sus aliados. Rusia no necesita a Occidente, ni para fabricar ni para vender.

Lucas miró el reloj preocupado y observé a las personas que nos rodeaban.

—¿Cuándo va a venir ese tal Kirilenko? Debemos darnos prisa —murmuré impaciente—. Tenemos una hora en coche hasta llegar a Ekaterimburgo.

—Tranquila, no vamos a perder el Transiberiano —dijo Scott con calma y señaló con el dedo el horizonte—. Mira, ahí viene Kirilenko, el hombre que nos va a conseguir un avión para poder llevar a cabo el rescate de mi madre con éxito.

—¿Qué? ¿Pero y el mal tiempo?

Dudé, pues de repente no estaba segura de nada.

Un hombre mayor con una boina roja que apenas podía ocultar un pelo blanco a lo maníaco como Einstein se acercaba a nosotros.

—¿Él va a pilotar el avión? —dije asustada.

Se notaba que estaba en edad de jubilación.

—No. Lo hará Scott —dijo Lucas, y miré a Scott anonadada.

—¿Tú sabes pilotar un avión?

—Sí, fui piloto de la CIA durante dos años en un programa secreto antes de irme a Rusia para infiltrarme en la Mafia.

La expresión de Lucas cambió al instante en el momento que mencionó la palabra Mafia.

—Tengo que conseguir aterrizar y despegar sobre el lago Baikal —prosiguió Scott ante mi estupor.

—¿Qué? Eso es imposible —Abrí los ojos como platos—. ¿Cómo qué vas a aterrizar y despegar con un avión en un lago? ¿Estáis locos o que os pasa?

Los miraba a los dos absolutamente perpleja.

—En invierno la superficie del Lago Baikal se hace tan dura como los cristales blindados —dijo Lucas—. El hielo es tan espeso cuando se congela que durante la guerra ruso-japonesa de 1904 se construyó una línea ferrocarril que consiguió aguantar sesenta y cinco locomotoras de vapor y dos mil trescientos vagones cargados. Podemos aterrizar y despegar con el avión sin problemas —continuó con la explicación y tuve que obligarme a cerrar la boca.

—¿Pero como va a soportar el peso de un avión?

—Desde mediados de diciembre a mediados de abril, cuando los termómetros llegan a sobrepasar los treinta y cinco grados bajo cero, la inmensidad líquida del lago se transforma en una costra inabarcable de hielo que alcanza un espesor de hasta dos metros. De norte a sur su longitud de seiscientos treinta y seis kilómetros.

—¡Joder!

—Y Aún no sabes lo mejor. Pero eso lo descubrirás cuando llegue el momento. Tú y John me acompañaréis en la gran aventura de aterrizar y despegar sobre el lago de hielo —dijo Scott con una tenue sonrisa en sus labios y contuve la respiración.

—¿Por qué dices que aún no sé lo mejor?

Sus ojos brillaban con tanta picardía que se me aceleró el corazón.

—¿De qué se trata? —insistí.

Quería saberlo antes de que llegara hasta nosotros Kirilenko. Pero no me dijo nada .

## Capítulo 16

### Transiberiano

Ninguno de los dos quiso contarme nada en toda la hora de camino que había desde la Feria de armamento a la estación. Pese a insistir en el tema, no soltaron prenda para mi mayor frustración. Percibía que continuaban con su crisis familiar, la frialdad con la que se trataban así me lo demostraba, pero parecía que los dos habían llegado a un tácito acuerdo respecto a mí. No decirme absolutamente nada. Así que decidí contemplar Ekaterimburgo desde el asiento trasero del taxi.

Grandes avenidas, edificios modernos en el centro, publicidades por doquier. Grandes mansiones, casas y palacios. Observaba los monumentos históricos, intentando guardar en mis retinas cada precioso detalle que veía de la ciudad mientras el taxi se dirigía a la estación.

La reunión con Kirilenko había resultado un éxito. Scott tendría un Ilyushin Il-76 capaz de aterrizar en nieve a su disposición en el aeropuerto de Irkutsk.

Viktor Kirilenko resultó ser un ingeniero aeronáutico y expiloto de combate del régimen comunista que estaba harto de la gente podrida como Vladimir Zakhar que derrumbaba la sociedad soviética.

—Un poco más y no llegáis a tiempo. ¿Habéis podido hablar con Kirilenko? —dijo John nada más bajarnos del taxi.

Nos esperaba en la calle, desafiando el frío.

—Sí, Kirilenko nos ha dado su palabra de que tendremos el Ilyushin Il-76 en un plazo de dos días en el aeropuerto de Irkutsk. Esperemos que mejore el tiempo hasta entonces —le explicó Lucas sin detenerse ni un momento, abriendo el maletero del taxi—. ¿Has podido comprar los billetes?

—Sí. Debemos darnos prisa. He visto el anuncio del tren en el cartel electrónico.

Le mostró los billetes, y Lucas, con la ayuda de Scott sacó las maletas del coche.

Avanzamos por túneles desalmados en busca de la plataforma y el andén

y, de pronto, todo me pareció un flashback de alguna película de Guerra fría, de la época nefasta del mundo en la que la gente se separaba para no verse más. Los grises rusos con los que nos cruzábamos y el frío me generaban esa sensación.

Emergimos de los túneles en una plataforma interminable, con varios grados bajo cero. Cargando las maletas, caminábamos bajo un cielo plomizo con ventisca, y me dolían las manos porque no me había puesto los guantes. Sentía como el frío penetraba mi piel. Era una Bienvenida a Rusia en toda regla.

Una vez que ubicamos nuestro correspondiente vagón, nos recibió en la puerta una *provodnitsa* que con cara de pocos amigos, hizo un rápido chequeo del pasaje y el pasaporte. Troqueló los billetes de primera clase y seguidamente subimos arriba, donde una ayudante nos entregó un juego de sábanas y una toalla seca.

Lucas me contó que las *provodnitsa* solían tener mala fama de ser mandonas y antipáticas, y contuve una sonrisa al comprobar cuanta razón tenía mientras la chica del transiberiano nos acompañaba a los compartimentos.

Eran poco más de las diez de la mañana cuando el tren empezó a avanzar, y me senté a mirar por la ventanilla como cambiaba el paisaje. Los bloques de hielo se amontonaban a los lados de la calle, en las aceras, paralelos a la vía. El río también estaba congelado. Desde el tren, que pitaba y pitaba, veía a la gente haciendo hoyos en el hielo, y pescando.

En unos minutos dejamos atrás Ekaterimburgo, y con Lucas sentado a mi lado, ya a solas en el compartimento, contemplé como atravesábamos un bosque que parecía muerto. Los troncos blancos, parecían sin vida a causa del frío.

—Que largos y duros tienen que ser los inviernos para los habitantes de estas ciudades con este clima tan implacable —dije aún con el frío en el cuerpo, y no pude evitar pensar en Lucas de pequeño viviendo en un entorno tan hostil.

—En unos meses este bosque rebosará de verde y enterrará el invierno —expresó Lucas estrechándome contra su cuerpo, y me acurruqué observando los copos de nieve que caían atropellados.

—Me cuesta creer que en los meses de verano pueda llegar a hacer tanto calor aquí, como para derretir toda esa nieve.

En el compartimento, el termómetro marcaba veintiun grados, una temperatura agradable que contrastaba con el frío que transmitía el paisaje que veía a través de la ventanilla. Un mundo de azúcar impalpable, con el espolvoreado blanco cubriéndolo todo. De vez en cuando, aparecían estructuras dobladas por la carga de nieve. Y cada tanto, esa espesura se entreabría y dejaba ver un campo ondulante que semejaba un río blanco, de delicado zigzaguear.

—Que visión más monocromática —dije aburrida—. Menos mal que el viaje a bordo del Tren Transiberiano durará entre cuarenta y ocho y cincuenta y cinco horas sino me muero. No sé como aguanta la gente que hace los siete días completos a bordo del tren sin hacer ninguna parada en las estaciones.

Entrelazó sus dedos a los míos y se los llevó a los labios.

—Apuesto a que yo lograría hallar el modo de hacer tu viaje más entretenido —dijo incorporándose, y tragué saliva—. Creo que voy a quitarme algo de ropa hace bastante calor aquí dentro.

Con un sorpresivo movimiento se quitó el jersey y mis ojos amaron la forma que tuvo de despojarse de la prenda. Pero sobretodo, como le sentaba la camiseta blanca de manga corta. La fina tela de algodón se ajustaba a sus músculos de un modo apetecible.

Con una visión de su cuerpo desnudo no me importaría hacer los nueve mil trescientos kilómetros entre Moscú y Vladisvostok a bordo del Transiberiano, pensé maliciosa.

En toda Rusia los ambientes estaban sobrecalentados en invierno, un derroche que solo podía sostener la energía abundante y barata que proveía el subsuelo de Siberia y me alegré de la riqueza de energía del país.

—Yo también tengo calor —dije con un repentino calor interno y su mirada se oscureció.

Alguien llamó a nuestro camarote y Lucas abrió la puerta al oír la voz de Scott, que apareció con un cigarro sobre la oreja, en pantalones cortos de estampado hawaiano y camiseta de tirantes, en una imagen playera bastante cómica.

—¿Dónde vas vestido así? Que yo sepa no hay ningún chiringuito de playa en el tren —murmuró Lucas de mal humor cerrando la puerta tras de sí.

—En cuanto pare el tren en la siguiente estación me arrojaré al andén a fumar un cigarrillo. Me mata estar metido aquí dentro del tren sin hacer nada. Necesito una buena dosis de nicotina —dijo cabreado.

—Pues va a ser que solo podrás darle un par de caladas. El tren atravesará las ciudades de Omsk, Novosibirsk y Krasnoyarsk, pero no nos bajaremos en ninguna de estas ciudades. No hemos comprado cada trayecto por separado. Solo realizaremos escalas técnicas —dijo Lucas sentándose nuevamente a mi lado, y casi me reí al ver la expresión consternada de Scott.

—¡Que te jodan! Me da igual, en cuanto pare el tren en Omsk me fumaré el cigarro deprisa en el andén desafiando las bajas temperaturas mientras duren las ansiadas pitadas.

—Anda, ve a molestar a John —reaccionó Lucas con inusitada irritación—. O mejor aún vete a socializar con la gente de tercera clase. Seguro que harás amigos y te invitarán a vodka.

Detecté que aún no habían solucionado sus problemas, era más que evidente el enfado de Lucas con su hermano.

—Chicos, estoy preocupado —dijo Scott sentándose frente a nosotros—. Acabo de hablar por el móvil con Kirilenko. Me ha dicho que se prevé que las condiciones meteorológicas en Irkutsk empeoren. La aeronave esta preparada para despegar y aterrizar con nieve, pero no con una acumulación de nieve tan excesiva. Debido a su proximidad al emplazamiento de Angará, el aeropuerto está sujeto a un microclima particular, con tiempo brumoso.

—¡Mierda! Necesitamos el puto avión —masculló Lucas, mirando por la ventanilla el horizonte de aire plomizo y gélido.

—Lo sé, sin él estamos jodidos —dijo Scott cabreado—. Kirilenko me ha dicho que tiene otro avión disponible en el aeropuerto de Ulán-Udé. Allí el tiempo no está tan mal. Iré a buscarlo.

—¡Y una mierda! Esa opción no es viable. Ese aeropuerto se encuentra a seis horas de Irkutsk.

—Es la única opción que tenemos de momento —dijo Scott apesumbrado.

Alguien más llamó a la puerta y creí que sería John. Pero en su lugar apareció la chica del Transiberiano en nuestro camarote privado, que abrió los ojos como platos al ver a Scott con semejantes pintas.

La chica con su uniforme impecable pestañeó varias veces, aturdida por el colorido vestuario de mi cuñado. Sin embargo, de seguida recobró la compostura al ver la seriedad en nuestros rostros. Lo del aeropuerto cerrado era un duro mazazo para nosotros.

La chica ajena a nuestros problemas nos pidió nuevamente los pasajes, y explicó en ruso, donde estaba el salón comedor y los lavabos. Anotó los pedidos para el almuerzo, un pescado para mí, y pollo con salsa para Lucas. Scott pidió lo mismo para él, y luego se tomó el atrevimiento de pedir por John.

—El almuerzo será a la una —me dijo Lucas a modo informativo mientras las incomprensibles frases de la chica del Transiberiano en ruso no se acababan ahí—. No sé por qué insiste en preguntarme sobre la hora. De sobras sabe que es a la hora de Moscú. Por ser la capital, es la referencia natural.

Podía apreciar como Lucas empezaba a perder la paciencia.

—¿Por qué dices lo de la hora de Moscú?

No se me ocurría el motivo por el que hablaban tan detalladamente de la

hora.

—El tren atraviesa ocho zonas horarias, pero el transiberiano se rige por un único horario, la hora de Moscú. Para las comidas, para los horarios en los billetes, para las llegadas a la estación, las salidas, los anuncios, etc. Sin embargo, si te desplazas a unos cuatro mil kilómetros de la capital como es nuestro caso, habrá cinco horas de diferencia con Moscú en cuanto nos bajemos del tren.

Miré el reloj por inercia, movida por la curiosidad, y comprobé que había ocho horas de diferencia entre Moscú y Nueva York.

La chica del Transiberiano de rostro pálido e inexpresivos ojos azules sin decir una palabra más, se marchó. Ignorada su presencia por Lucas y Scott, se sacudió con femineidad su melena rubia, y con la cara encendida, tocada en su ego por el vacío, giró sobre si misma y salió del compartimento.

—Dangelys, ¿has oído hablar del triángulo de las Bermudas? —me preguntó Scott después de un bostezo ruidoso.

Estiraba convenientemente los músculos de su cuerpo, poniéndose boca arriba cuan largo era el colchón de la litera.

—Sí, algo he oído hablar. ¿Por qué me preguntas eso? —dije con el ceño fruncido.

—¿Sabías que la zona del Lago Baikal también recibe ese nombre debido a las anomalías que se producen? Turbulencias anormales en los vuelos sobre la zona, los aparatos dejan de funcionar o envían la información de manera incorrecta —hablaba de forma pausada con los ojos puestos en el techo del tren y mis músculos se tensaron.

—Scott, ¿por qué no te callas?

Lucas se enfrentó a él con una mirada inflexible.

—¡Me dirás que no es verdad! —replicó, ladeando la cabeza—. En esa zona se han observado fenómenos poco usuales. Tiene inclusive el mismo fenómeno que sucede en el triángulo de las Bermudas y que provoca el literal engullimiento de los barcos.

—¿Estás hablando en serio? —Analiqué sus ojos, casi idénticos a los de Lucas para averiguar si mentía y leí su mensaje alto y claro.

Decía la verdad.

Automáticamente el cuerpo se me contrajo como si me hubiera caído en ese lago helado del que tanto hablaban.

—¡Scott, lárgate! —murmuró Lucas cabreado—. Me están entrando ganas de tirarte por la ventana.



Al decir eso, su mirada de enfado se transformó rápidamente en una de preocupación en el instante que vio mi rostro. Supongo que un poco pálida por no dejar de pensar que iría subida en un avión de carga que aterrizaría sobre el lago helado más grande del mundo.

—¿Y si el hielo del lago Baikal está en malas condiciones y tanto el coche como el avión se hunden? ¿Y si nos succiona una poderosa turbulencia? —dije con un repentino miedo, y cuando Scott fue a abrir la boca para hablar, Lucas se avalanzó sobre él con furia.

—¡Cállate! No digas nada más. Ya la has asustado bastante por hoy —masculló con la mandíbula apretada, agarrándolo por la camiseta—. No hagas que me arrepienta de haberte traído conmigo, aún puedo prescindir de ti.

Lo levantó de un tirón como si fuera su enemigo público número uno y Scott lo miró con una expresión firme.

—Sé que te jode que esté aquí, pero no pienso irme. Me necesitas, hermano.

—¡No te necesito! —gritó furioso.

—Me culpas del secuestro de mamá. Piensas que el encuentro que tuvo con papá en Nueva York la puso en el punto de mira de Vladimir, pero te equivocas. Él ha jugado con todos nosotros durante todos estos años, sino mira lo que hizo conmigo y con Irina —hizo una pausa en la que sentí el inmenso dolor en su voz y se me encogió el corazón—. Siempre ha sabido donde estábamos cada uno de nosotros... incluída ella —Me señaló con el dedo y mi piel se erizó por completo—. Solo estaba esperando el momento adecuado para mover ficha. Le salió la jugada mal con Irina y Dangelys en Nueva York, por eso se llevó a mamá con él.

—Pienso matarlo en cuanto mamá esté a salvo —murmuró Lucas en un tono de voz amenazante sin soltar la camiseta de Scott y noté una enorme presión en el pecho.

—Y yo te ayudaré a matarlo, hermano.

Se hizo un silencio profundo dentro del compartimento del tren e intenté impedir que el nudo de emoción en mi pecho continuara hacia mi garganta al ver la mirada que se dirigieron ambos.

Ellos dos se querían, y era especialmente duro presenciar ese amor de hermanos oculto bajo capas de orgullo.

Scott se marchó al cabo de unos segundos, y así, con el corazón en un puño y las emociones a flor de piel, me levanté para abrazar a Lucas, que pensativo, contemplaba la Rusia profunda por la ventanilla.

El sonido del tren era lo único que se escuchaba. Todo permanecía quieto pero a la vez en movimiento. Lucas al sentir mi cuerpo pegado al suyo, me rodeó con sus fuertes brazos y me besó con ternura.

—No hay ningún amigo como un hermano, y tampoco ningún enemigo como un hermano —dijo sorprendiéndome, y en su mirada capté un atisbo de tristeza.

—Tenéis que hacer las paces —Froté la nariz contra su cuello intentando reconfortarlo.

—No sé si podamos solucionar nuestras diferencias —suspiró con fuerza—. El tiempo ha creado una barrera cada vez más difícil de superar, distanciándonos.

El estrés atenazaba su cuerpo, la tensión parecía lista para estallar.

La tentación de abrazarlo, de besar sus labios sin el deseo sexual, sino por el impulso irresistible de hacerlo creció dentro de mí. Me provocaba un infinito amor sentirlo vulnerable en este momento. Percibía sus sentimientos y emociones atormentándolo por lo de su hermano y el secuestro de su madre, y no lo dudé. Quería ayudarlo a que se deshiciera del dolor que llevaba sobre los hombros.

Poniéndome de puntillas, posé las manos en su cuello y lo besé.

—Eres un hombre muy especial. No te hagas más daño a ti mismo por culpa del orgullo y el rencor. He sido hija única, pero contigo aprendí por primera vez lo que significaba tener celos, pelearnos hasta perder el aliento y descubrí el significado de la complicidad. Tener hermanos es una de las mayores aventuras que nos ofrece la vida. Pero como todas las relaciones intensas, no están exentas de conflictos —dije mientras acariciaba su rostro—. Él es tu hermano, posiblemente se pase la vida molestándote y poniéndote de los nervios, pero sin él nada sería igual. He presenciado la complicidad que tenéis a pesar del distanciamiento... Vuestras miradas lo dicen todo.

—A veces, las personas que más queremos pueden ser también las que más odiamos —respiró profundamente—. Scott despierta ambas en el curso de un mismo día. Despierta lo mejor y lo peor de mí mismo, como ahora cuando buscaba acojonarte a propósito —sonrió, y yo lo hice con él.

—No importa lo que sucedió en el pasado. Él está aquí, contigo. La vida a pesar de ponérselo extremadamente difícil, os ofrece la posibilidad con este viaje de volver a unir vuestro vínculo de hermanos. Pienso que deberías reflexionar, vale la pena valorar la relación que tenías con Scott antes de que os pelearais, con todo lo que te aporta, y no pensar únicamente en aquellas cosas que te

hicieron daño.

—¿Alguna vez te he dicho cuanto te amo? —susurró y bajó la cabeza.

Acarició con su nariz mi pómulos izquierdo, mi mandíbula, y clavé mis ojos en él deshaciéndome bajo sus caricias.

—Cuántas cosas aprendo de ti cada día, mi Caprichosa. Me has enseñado a amar... Solo tú me entiendes, solo tú consigues que quiera ser mejor persona. Tú me haces soñar, me vuelves loco con tu manera de mirarme.

Tomó mi cara con sus grandes manos y me besó como si fuera la primera vez, apoderándose de mi boca bruscamente, con fiereza. Su lengua se introdujo rápida en mi boca, con lengüetazos devastadores.

—Te necesito —dijo en voz baja, y trazó mis labios con la punta de la lengua—. Me da igual estar en un tren, si alguien nos escucha o no... Necesito hacerte el amor.

Dentro del compartimento, aislados en medio de algún lugar de Rusia, rodeados del magnetismo y naturaleza en estado casi puro me entregué a sus besos.

Besos llenos de necesidad, de anhelo y ansia desmedida.

El amor se puede expresar espiritual o físicamente, o de ambas formas, y la tensión que Lucas arrastraba por todo lo sucedido con la muerte de Oleg, el distanciamiento con su hermano, el secuestro de su madre, desembocó en un acto de amor más allá del plano puramente sexual y físico.

No estaba buscando desahogarse por qué sí. Él necesitaba encontrar el paraíso perdido entre mis brazos, y yo estaba dispuesta a dárselo. En esto residía la magia de nuestro amor. Transformaba lo cotidiano en extraordinario, la tierra en el cielo.

Me desnudaba con una sensibilidad sutil entre besos y caricias, cuando en un rincón remoto de mi mente oí una voz femenina que hablaba detrás de la puerta. Sus dedos buscaban en ese momento el borde de mis bragas, que deslizó hacia abajo.

Tomé aire con brusquedad.

—Te necesito —susurró con sus dedos rozando mi sexo, y me estremecí exhalando un gemido de puro y sensual placer.

Supongo que sería la *provodnitza*, pero no me importaba que me escuchara. Sus caricias me nublaban la razón. Tampoco a Lucas, que despacio introdujo dos dedos en mi sexo. Solo pensábamos el uno en el otro mientras todo parecía arder a nuestro alrededor.

—Te deseo —dijo con voz ronca al mismo tiempo que me excitaba con

sus dedos.

—*¡Oh, Deus!* Lucas —jadeé.

Miraba su atractivo rostro, esa boca carnosa que no me cansaba de besar, y después dejé que mis ojos descendieran hasta su erección, que presionaba la cremallera de su pantalón.

—Necesito que me hagas el amor —dije desabrochando la hebilla de su cinturón.

Lucas retiró sus dedos de mi interior y me tumbó en una de las dos literas, se quitó la camiseta y se puso encima de mí besándome con fiereza. Su piel, caliente bajo el tacto de mis dedos me quemaba. Agarró uno de mis pechos, rodeando mi pezón con sus hábiles dedos y una oleada de placer inundó mis entrañas.

—Cuando te dije ayer en tu apartamento que me marchaba, tuve que meter mis manos en los bolsillos del pantalón para frenar las ganas de tocarte, porque sabía que si lo hacía, no tendría el valor de dejarte —susurró mirándome fijamente.

Un momento después, su boca de pecado envolvió mi erguido pezón. Lamió la punta endurecida y gemí perdida por el calor que desprendía su boca en mi sensible zona.

—De ahora en adelante tendrás que acostumbrarte a afrontar tus misiones secretas teniendo una relación conmigo —jadeé, luchando por bajarle los pantalones—. No dejaré que cometas el mismo error.

Lucas al oírme se separó un poco, y tras sujetarme por la nuca, se inclinó y me besó con pasión, mordisqueándome el labio inferior.

—Lo siento, cariño —se disculpó en un tono muy serio—. Debes saber que te habría buscado a mi regreso a Nueva York.

Se levantó para quitarse los pantalones y su boxer Armani, y una vez lo logró, se echó encima de mi impaciente por tocarme. Él era tan magnífico que todo mi cuerpo palpitaba, y temblando, abrí mis piernas para recibir toda su fuerza.

—Quizás te hubiera hecho sudar un poco para conseguirme de nuevo —susurré a centímetros de su boca.

Tenía los ojos clavados con firmeza en los míos, y pude ver la tormenta que se desencadenaba en su interior cuando bajó las caderas y me metió la polla hasta el fondo.

*¡Deus!* Una potente oleada de placer y energía me atravesó.

Di un breve grito agudo, golpeando mi cabeza sobre la almohada y con un

beso hambriento y devorador me silenció.

Su miembro grueso, largo y duro, retrocedió lentamente para luego penetrarme profundamente de nuevo, y mi cuerpo se volvió inflamable. Entonces Lucas, empezó a embestirme de un modo muy caliente, nariz con nariz, con los labios entreabiertos en una fusión de alientos entrecortados, y clavé mis uñas en la fuerte musculatura de su definida espalda en una compenetración perfecta de movimientos.

A pesar del frío que pudiera hacer fuera del tren, Lucas estaba ardiendo, y yo me abrasaba con él. Me retorció debajo de su cuerpo excitada por su forma de entrar y salir de mi húmedo y resbaladizo sexo. Me penetraba con una incontrolable pasión. Pero sentía que a medida que el deseo crecía, disminuía su ansiedad, y no había nada que me emocionara más que eso. La conexión tan profunda que existía entre nosotros era algo especial, y saber que le estaba proporcionando lo que necesitaba, me hacía entregarme a él con toda mi alma.

De pronto, se incorporó apoyándose con las palmas de las manos en el colchón de la litera, tensando sus duros músculos, y con su mirada penetrante puesta en mí musitó:

—Te amo.

Mi corazón se aceleró por su tono íntimo e inspiré hondo, envuelta en un torbellino ardiente.

—Lucas...

Agarré su nuca para mantenerlo cerca de mí.

—Yo también te amo —dije en voz baja y me tensé alrededor de su miembro—. No quiero que se acabe lo nuestro... nunca.

Me sostuvo la mirada durante un instante, sus pensamientos volando claramente por su cerebro.

Luego bajó la cabeza y me besó de un modo que me noqueó.

—Nunca más pienso renunciar a ti bajo ningún concepto —gruñó sobre mis labios.

A pesar del ansia con que me besaba, su ritmo dentro de mí era suave. Me estaba haciendo el amor. Gemíamos uno en la boca del otro. Sin embargo, cuando alcanzamos juntos el clímax no pudimos callarnos. Seguro que nos oyeron en todo el tren al sentir la oleada de placer y alivio. Pero no nos importaba. Habíamos necesitado esto que acababa de pasar desde nuestro reencuentro en el avión.

Pese a la incomodidad de la litera, nos quedamos abrazados intentando descansar. Su calidez me envolvía y me enterré en su costado. Puse mi mejilla en

su hombro, contra los músculos duros y voluminosos y apoyé mi mano en su pecho.

—¿Has estado alguna vez en el lago Baikal? —pregunté medio adormilada—. Por el modo que habláis John, Scott y tú de ese sitio me da la sensación de que conocéis muy bien la zona.

Me costaba olvidar la última conversación con Scott.

—Sí, claro. Mi hermano y yo nacimos en Listvyanka —murmuré dejándome perpleja.

El ritmo de mi corazón se frenó, pero al levantar mi cabeza y contemplar su rostro se convirtió en un galope firme y constante.

—¿Creciste en un pueblo de Siberia? —pregunté boquiabierta—. Pensaba que vivísteis en Moscú.

No podía creer lo que había escuchado.

—No. Vivíamos en Listvyanka. La organización criminal de Vladimir Zakhar tiene desde hace años la base de operaciones junto al lago Baikal. A Moscú iba a menudo Oleg a cerrar algún trato o resolver algún ajuste de cuentas —dijo con una expresión tensa y amarga, y algo se instaló profundamente dentro de mi alma al ver reflejado el dolor en sus ojos—. De ahí sus largas ausencias en la casa.

Su ancho pecho se movió en un profundo suspiro y deposité un beso suave sobre su corazón.

—John era quien se quedaba con nosotros para protegernos —prosiguió, cambiando su semblante serio por otro un poco más relajado.

Una de sus grandes manos bajaba por mi espalda. Sus dedos suaves se arrastraban de mi hombro hasta mi cintura mientras lo escuchaba en silencio.

—Recuerdo los paseos con John por el bosque, la frescura del tomate que cultivábamos en el huerto, la dulzura de la miel de Altai, las duchas de agua caliente tras venir del colegio helado de frío. Mi madre bien vestida, arreglada con el maquillaje justo, andando con sus tacones por las calles mal pavimentadas, manteniendo el equilibrio cargada de bolsas —sonrió—. Pero sobretodo recuerdo lo mucho que me divertía pescar con John bajo el hielo en el impresionante lago Baikal.

—Cuéntame como es el lago. No en el plano científico, sino que se siente al estar frente a un lago tan grande. ¿Es bonito?

—Mucho —Sus dedos suaves se arrastraron por mi espalda—. Contemplar la dorada luz del sol bañándose en el inmenso lago Baikal rompiendo el horizonte, es algo maravilloso. Allá donde la mirada se clava, uno

puede vislumbrar cuadros y postales dignas de coleccionista. Pero ninguna fotografía hace justicia ante tal maravilla de la naturaleza, por muchos filtros que se le pongan. Allí no hacen falta. Cielo y agua construyen un lienzo paradisíaco.

—¿Tan espectacular es?

Abrazada a su cuerpo imaginaba la belleza del lago.

—Ni te lo imaginas. El agua es tan cristalina que las piedras pueden verse a una profundidad de cuarenta metros. Y el frondoso bosque que se encuentra con la fina arena de la playa bien podría situarte en la selva virgen de Sudamérica. Sin embargo, esta costa se encuentra al sur de la recóndita Siberia. Un lugar cargado de enigmas y leyendas.

Deslizaba sus manos por mi espalda.

—Siberia... —susurré la palabra hechizada.

—Ahora entenderás porqué significa tanto para mí venir aquí. Decir Siberia es nombrar las tierras más desérticas, despobladas y extensas del mundo, pero para mi es mucho más. Es hablar del lugar que me vio nacer. Es recordar donde crecí... Siberia es la tierra mítica y desmesurada en la que confluyen mis leyendas de infancia y miedos.

Apoyé una mano en su amplio pecho y le lancé una mirada nublada por el sueño.

—¿Miedos?

—Vladimir —dijo cansado—. Nunca olvidaré lo que pasó aquella noche... Solo era un niño. Tuve que huir de mi casa viendo como habían asesinado a mi perro, el hombre que se encargaba de la vigilancia en el jardín y la cocinera. Pero sobretodo tuve que huir con el miedo de saber que querían matar a mi madre.

Presionó sus labios en mi frente y pese a la calidez de sus brazos me tensé.

—Duerme, necesitas descansar —dijo anticipándose a cualquier pregunta más por mi parte.

Envolviendo su cuerpo alrededor del mío me costó conciliar el sueño durante un buen rato. La maldad de ese hombre capaz de masacrar y romper en pedazos a su propia familia me inquietaba muchísimo. Pero Lucas me apretó contra su costado y alcancé la sensación de paz que tanto necesitaba para poder dormir.

Aunque resultó ser un sentimiento fugaz, ya que me pasé el resto del viaje en el Transiberiano siendo incapaz de descansar. Cuando me dormía, soñaba con que un coche y un avión se hundían en un lago de hielo. Que era succionada por una poderosa turbulencia. Que era perseguida en la nieve. Las escenas

cambiaban cada vez que cerraba los ojos. Primero me arrastraba herida entre los árboles de un bosque, trataba de escapar. A continuación el escenario cambiaba totalmente. Entraba en una casa desconocida mientras alguien amenazaba a Tara con una pistola. Nunca salía bien parada de los sueños, y eso me aterrizaba.

¿Y si todo salía mal en el rescate? ¿Y si el hielo del lago Baikal estaba en malas condiciones y tanto el coche que conduciría Lucas como el avión se hundían? ¿Y si nos succionaba una poderosa turbulencia por el mismo fenómeno del triángulo de las Bermudas? ¿Y si todos... moríamos?



## Capítulo 17

### Siberia

El tiempo no había mejorado durante las cincuenta horas de viaje a bordo del Transiberiano. La nieve continuaba cayendo con fuerza cuando salimos de la estación de trenes de Irkutsk. Lucas manejaba el volante de un flamante Jaguar adaptándose a las condiciones meteorológicas adversas. La adherencia de los neumáticos y la visibilidad en la vía eran mínimos, complicando su conducción. Bordeaba con precaución el río Angará, que nos llevaría a Listvyanka. Un pueblo que se extendía a lo largo de la orilla del lago Baikal.

—¿Cómo has conseguido este coche? —pregunté realmente intrigada por ir en un Jaguar igual al que tenía en Nueva York.

Resultaba curioso que alguien esperara nuestra llegada junto al coche en el parking de la estación.

—Tengo mis contactos dentro de la marca británica en Rusia —me respondió sin despegar sus ojos de la carretera.

—Es lo que tiene ser un fan de la marca desde los años noventa —habló Scott desde el asiento trasero en tono irónico, haciendo una clara alusión a su «antigüedad»—. Si compras más de un Jaguar cada año, como es el caso de mi hermano, que compra todas las novedades en cuanto salen al mercado, la marca está dispuesta a satisfacer tus deseos en cualquier rincón del planeta.

Miré de reojo a Lucas que conducía sumamente concentrado y vi como sujetaba con más firmeza el volante.

—La mejor forma de enfrentarse a los enemigos es con un amuleto. Si tengo que ir a rescatar a mamá tiene que ser con un coche potente y ágil.

La fiereza de su mirada sugería una fuerza y un desafío que revolvieron mis emociones.

—¿No se ha vuelto a poner en contacto contigo nuestro querido abuelo? —dijo Scott sin el menor rastro de humor y Lucas tensó la mandíbula.

—No, y eso me preocupa.

Giré la cabeza para observar la reacción de Scott ante la respuesta de Lucas y me encontré con que sus ojos miraban el paisaje. Tenía el rostro inexpresivo, pero en sus facciones podía apreciar cierta agresividad.

*¡Deus!* Eran tan parecidos...

Sus rostros, la entonación y las inflexiones de sus voces, eran tan similares que parecían gemelos. Los dos tenían esa arrogancia, esa autoridad en sus genes, que no habría forma de reconciliarlos a menos que alguno de los dos diera su brazo a torcer o sucediera algo extraordinario.

Al cabo de una hora llegamos a Listvyanka. Desde el coche podía ver de cerca las tradicionales casas de madera que se amontonaban en torno a la carretera, a lo largo de la interminable llanura Siberiana. Un aura de atemporalidad las envolvía. Como si el tiempo no afectara sus profundas raíces.

Llena de cafés, restaurantes, y puestos de pescados ahumados, atravesamos el pueblo hasta que detuvo el coche en una casita en las afueras, junto a algo que me dejó sin habla.

De pequeña había viajado mucho junto a mis padres a lugares asombrosos y mágicos. Había conocido los colores de la India, las playas de Tailandia, la selva amazónica. Ya de mayor había caminado por algunas montañas, estado en las ciudades más pobres y en las más caras. Tomado cerveza en Munich, paseado junto al borde de un acantilado al atardecer en Santorini. Y el problema de viajar mucho, era que te abría infinitos mundos. Pero al final todo terminaba siendo conocido. Las ciudades seguían siendo las mismas. Todos los mares se asemejaban. Todos los árboles en otoño se teñían del mismo amarillo. Todo me recordaba a otras cosas que ya había visto. Todo, menos lo que tenía delante de mí... El lago Baikal.

Encerrado en el macizo de las montañas Baikal, el lago era terriblemente hermoso, un prodigio natural surrealista.

Sumergida en el silencio me bajé del coche sin importar ni el frío, ni el viento, y me acerqué al lago. La inmensidad se hizo presente en mis ojos. Y no solo por el tamaño o la antigüedad del lago, sino por la energía que ahí circulaba.

El hielo del lago Baikal tenía gamas de azules, desde el más oscuro hasta el claro pasando por toda una gama de turquesas. También estaba el deslumbrante blanco. Pero independientemente de la tonalidad, los colores eran limpios y transparentes en esa especie de mar congelado.

El viento sacudía mis cabellos cuando noté como unos brazos me rodeaban por detrás. Mi corazón se aceleró al percibir el inconfundible perfume

de Lucas.

—Nunca había visto nada igual. Tenías razón, parece un trozo de paraíso —susurré sobrecogida por la belleza del lago.

—Esto es Siberia en estado puro.

Me abrazó con fuerza y apoyó la barbilla sobre mi cabeza.

Había enormes témpanos que alcanzarían los doce metros de altura y se asemejaban a enormes cristales. Capas de hielo sobre rocas y piedras.

De repente, el lago lanzó un chasquido y mi aliento rebotó hacia mí debido a que llevaba la bufanda hasta la nariz.

—¿Qué ha sido eso?

Todo en el lago era de una escala gigantesca, expansiva, misteriosa. Me sentía impresionada por el extraordinario tamaño.

—El lago Baikal en invierno parece un mítico animal dormido, pero a veces suspira y hace ruido —dijo con la boca pegada a mis cabellos.

Me dio un beso en la coronilla y se quedó así, estrechándome contra él. Sentía sus poderosos brazos a mi alrededor, su serenidad, el calor de su cuerpo, y no pude mantener las emociones a raya. Cuanto más tiempo pasaba con él, más profundos eran mis sentimientos.

Me volví hacia él y le rodeé el cuello con los brazos.

—Sigo pensando que lo del avión y conducir sobre el lago es una locura —dije en voz baja mirándolo fijamente.

—Mi Caprichosa, no tenemos otra opción.

Una de sus manos se deslizó hasta mi cintura, la otra bajó mi bufanda y atrayéndome luego hacia sí, pegó sus labios a los míos desafiando con su ardiente beso el aire gélido de Siberia.

—Todo saldrá bien —susurró contra mi boca—. Mañana después de liberar a mi madre y matar a Vladimir, regresaremos todos a Nueva York sanos y salvos.

Lo abracé, apretándolo con todas mis fuerzas, y hundí la cabeza en su pecho. Sus brazos de seguida se cerraron sobre mi chaqueta. No sé por qué motivo el miedo me invadía por dentro. Sentía un nudo en el estómago del que no lograba librarme. Tenía el maldito presentimiento de que algo iba a salir mal en el rescate. La horrible sensación de que todavía no había llegado lo peor.

—Te amo, Lucas —dije, tiritando a causa del frío y del inesperado miedo a perderlo.

—Yo también te amo.

Me besó de nuevo con avidez aferrándome a su cuerpo y un torrente de

emociones se abrió paso entre mis venas, llegando hasta mi corazón. Pero a pesar de que sus labios eran suaves, aterciopelados y cálidos, no conseguían eliminar el fino temblor de miedo que tenía instalado debajo de mi piel.

Lo nuestro jamás había sido una aventura sexual. Estábamos locos de amor el uno por el otro. Mi mundo encajaba junto a él, y tenía miedo de que Vladimir me arrebatara lo que daba sentido a mi vida.

—Ven, vamos dentro de la casa —dijo, acariciando mi mejilla con ternura—. Tengo que hablar con John y Scott para trazar el plan de rescate.

Lucas se apartó ligeramente, manteniendo su mirada fija en mí con una mezcla de luz y oscuridad, y me concedí un instante para observar su rostro.

Nunca había visto un hombre más magnífico que él.

Tomé una respiración profunda, lenta y controlada y puse mis manos en su cara.

—Por favor, déjame ayudarte —le pedí con voz suave y calmada.

Esperaba su negativa, pero fue pronunciar esas palabras y de inmediato vi como su rostro se oscurecía y su mente corría para crear una estrategia contra mi flujo de intenciones.

—No quiero que arriesgues tu vida. Apuesto a que tu padre no sabe que estás aquí. Si se entera de que te he puesto en peligro más de la cuenta dejará de dirigirme la palabra durante el resto de mis días.

Acariciaba mi pelo mientras me hablaba y bajé los brazos enfadada.

—Un motivo muy racional —dije, poniendo una mano en los músculos rígidos de su brazo antes de empezar a caminar.

Sus ojos se estrecharon cuando trató de agarrarme y no se lo permití.

—¿Qué quieres que haga? —masculló—. ¿Dejar que me acompañes y puedas morir?

—Supongo que esta es la casa donde viviste de pequeño, ¿no? —dije con un nudo en el pecho mientras avanzaba hacia la casa con el viento gélido castigando mi rostro.

—¿Acaso no lo entiendes? —gruñó, alzando la voz.

—Lo único que soy capaz de entender en este momento es que no quieres aceptar mi ayuda —dije al mismo tiempo que me detenía y clavaba mi mirada en él.

Lucas deslizó un brazo alrededor de mi cintura, sujetó mi barbilla con sus dedos e inclinó su cabeza.

—Lo siento, no puedo permitir que me acompañes. Tengo que hacer esto solo —susurró en tono bajo y grave y su boca dura y varonil rozó mis labios—.

Dangelys, las cosas van a empeorar mucho cuando haga explotar el laboratorio nuclear de Vladimir.

—¿Vas a utilizar explosivos?

—Sí. —respondió—. Por eso te quiero segura en el avión fuera de la onda expansiva.

De pronto, sus palabras me envolvieron en una capa invisible de calor y cerré los ojos en el instante que me besó, introduciendo profundamente su lengua en mi boca.

Algo en mi interior se removió ante su instinto de protección, y con el corazón acelerado, deslicé mis brazos alrededor de su cuello y me perdí en sus labios ardientes y letales.

—Puede que tengas razón —dije en un suave susurro—. Quizá sea mejor que me quede con John y Scott, pero, ¿y tú? ¿Estarás a salvo? ¿Y Savannah? No quiero que le pase nada malo.

—No te preocupes yo me encargaré de ella.

Iba a replicarle, decirle que pensaba acompañarlo sí o sí, pero no pude al ver que me miraba con una expresión ansiosa.

Lucas estaba bajo una considerable tensión y tampoco quería afectar a su capacidad de concentración durante la misión de rescate. Si Vladimir me atrapaba resultaría condenadamente catastrófico para los dos.

—Está claro que no puedo tener el control de todo —dijo atrayéndome hacia él—. Soy consciente de que estoy actuando de manera sobreprotectora contigo, pero no puedo hacer otra cosa. Perderte no aparece en ninguna de mis ecuaciones.

La mirada de Lucas era penetrante, tal vez la más penetrante que hubiera visto jamás, y acaricié las severas líneas de su atractivo rostro expuesto al viento gélido de Siberia.

—Tampoco en ninguna de mis ecuaciones —dije fracturada en mi interior a causa del miedo—. Me quedaré en el avión fuera del alcance de Vladimir.

Yo sabía que era el centro de Lucas, su único punto estable, y no quería que lo perdiera si me sucedía algo impredecible por acompañarlo, con todo el peligro rodeándonos.

—Vamos, tienes un plan que trazar con John y Scott —dije tirando de su mano.

El musculoso cuerpo de Lucas no se movió ni un centímetro y lo miré a los ojos.

—¿Qué pasa?

Se apoderó de mi cintura y me atrajo hacia sus brazos.

—Gracias, por comprenderme —dijo, rozando su nariz en mi mejilla—. Tengo claras un par de cosas en este momento. Aparte del hecho de rescatar a mi madre y deshacerme de Vladimir, quiero reducir cualquier tipo de riesgo que ponga en peligro tu vida. Estarás más segura en el avión cuando todo estalle. Los explosivos triturarán las rocas y los gases desplazarán los fragmentos de hielo.

Lo miré a los ojos y me sentí más fría que nunca al saber lo que pensaba hacer para que desapareciera el laboratorio nuclear de Vladimir.

—Por favor, ten mucho cuidado cuando manipules los explosivos.

—No te preocupes —dijo mirándome fijamente—. No es la primera vez que uso explosivos.

Mi corazón había comenzado a latir con fuerza ante la simple visión de miles de trozos volando cerca de él a una alta velocidad. Por no mencionar la pesadilla de visualizar una nube con forma de hongo en el horizonte, o algo mucho peor, una lluvia de partículas radiactivas desde la atmósfera cayendo sobre él.

—¿El laboratorio de Vladimir posee la tecnología adecuada para fabricar bombas de hidrógeno? —pregunté.

Casi me daba pánico la respuesta.

Lo único que deseaba a estas alturas era que desapareciera de una vez de nuestras vidas Vladimir, pero el grave riesgo para Lucas disparaba todas mis alarmas.

—Está cerca de finalizar su primera bomba de hidrógeno en miniatura, por eso quiero destruir su laboratorio —dijo.

No me consideraba una experta en energía nuclear, solo tenía como referencia los ejemplos de Hiroshima y Nagasaki, pero sabía que el poder de destrucción de una bomba de hidrógeno podía ser devastador.

—Tienes que detonar ese maldito laboratorio antes de que sea demasiado tarde —dije con una renovada autodeterminación, poniendo mis manos sobre su pecho.

Vladimir era capaz de amenazar a cualquier país del mundo.

Sentí una ligera presión en mi corazón cuando me cogió la cara con sus manos.

—Eso pienso hacer hoy mismo.

Presionó sus labios contra los míos, acabando temporalmente con mi capacidad de hablar, y su cálido aliento me invadió disipando un poco el miedo que helaba hasta mis huesos.

Lucas pasó su brazo por mi cintura y me apretó contra su costado mientras caminábamos hasta la casa de madera donde había vivido de pequeño. Se notaba que las ventanas con detalles ornamentales, alienadas en perfecta simetría, se habían deteriorado por el paso del tiempo. Al acercarnos, vi como John abría la puerta de entrada de la casa que estaba prácticamente sellada por el hielo.

Nada más entrar, Scott encendió la chimenea que tenía el salón, y conforme el calor de la leña se extendía por la estancia nos reunimos con urgencia en el salón. Lucas de inmediato desplegó un mapa de la zona sobre la mesa y con un rotulador pintó un punto concreto del Lago Baikal.

—Quiero que me esperéis aquí con el avión —dijo, señalando con el dedo ese lugar en concreto—. Vendré con mamá, por este lado. Los explosivos los haré estallar en cuanto me encuentre sobre la superficie del lago.

Empezó a marcar distintos puntos del mapa y me enderecé en mi silla.

—¿Dónde estarán situados exactamente? —preguntó John.

—En el laboratorio y en las inmediaciones del lago. La detonación a distancia facilitará nuestra huida.

Los duros planos de su rostro lucían muy concentrados entretanto delineaba la zona donde colocaría los explosivos y el rumbo del coche.

Entonces, alguien llamó al timbre de la casa de forma inesperada, y todos dirigimos nuestra mirada a la puerta.

—¿Quién será? —dijo Scott.

Unos repentinos nervios se instalaron en la boca de mi estómago.

—No lo sé —respondió Lucas, acercándose a la puerta con el rostro serio.

Miró por la ventana antes de abrir y me fijé en como sus facciones se relajaron al ver la silueta de un hombre mayor muy corpulento, que esperaba bajo el porche de la casa.

—¡Boris! —dijo Lucas al abrir la puerta.

El hombre mayor al escuchar su voz lo miró fijamente, y pude observar con claridad la cara del hombre, la sorpresa que se apoderó de su rostro.

—¿Lucas?

Lo miraba como sino pudiera dar crédito a lo que veían sus ojos, pero en cuanto Lucas lo abrazó de forma efusiva una inmensa emoción se reflejó en sus rasgos.

—¿Quién es? —le pregunté a John intrigada.

—Es Boris, el vecino.

Escuché en medio de palabras sin sentido para mí el nombre de Tara y Scott, y tras una breve conversación, durante la cual a Lucas se le notaba bastante impaciente por continuar con la reunión, el vecino se marchó tras otro largo abrazo.

No pasó más de media hora que el hombre se había ido cuando vino su mujer con una bandeja con comida popular de la zona. Un omul, el pescado típico del lago Baikal, que había cocinado en papel de plata según me explicó Lucas y que me sirvió con queso.

Lo sentía por la mujer pero no pude probar apenas bocado.

Ninguno de nosotros tenía apetito.

—El avión es de carga el coche debería entrar sin problemas mediante la compuerta trasera —habló Scott.

—Tienes que llamar a Kirilenko para averiguar si el aeropuerto ya ha abierto el tráfico aéreo.

Revisaban de manera meticulosa unas fotografías del avión de la entrada directa a la bodega de carga y me quedé en silencio, observando como trabajaban de manera conjunta.

Mapas, fotografías, horarios, rutas... El plan de rescate se planeaba hasta el último detalle.

—Kirilenko me prometió armas en el avión, podemos estar tranquilos —dijo Lucas.

—Menos mal, porque Moscú queda demasiado lejos para ir a buscar armamento —comentó Scott.

Los tres hablaban en voz baja sobre las armas que utilizarían.

Todo estaba hilado a la perfección. Y descubrí sorprendida que entre otras cosas el hombre que había llevado el Jaguar a la estación era en realidad un agente secreto.

—No puedo creer que haya viajado hasta aquí con el maletero del coche lleno de explosivos —dije después de enterarme de ese importante dato.

—No quería que te asustaras —murmuró Lucas.

Exhalé un largo suspiro.

De pronto, Lucas se levantó de la silla y vi con estupor como se ponía la chaqueta.

—¿Ya te vas? —pregunté desconcertada.

La tensión dominaba su rostro cuando se cruzaron nuestras miradas.

—Sí. Tengo que aprovechar la luz diurna para hacer las conexiones e insertar fácilmente los cartuchos.



Aunque intentaba parecer rebelde y valiente, en el fondo tenía miedo, y lo abracé llena de desesperación.

—Ten mucho cuidado —dije con el corazón en un puño.

Lucas contempló mi rostro seguramente pálido y me rodeó con sus brazos.

—No te preocupes, lo tendré —murmuró.

Me besó en los labios y tuve que respirar hondo varias veces para mantener a raya las lágrimas.

La exposición al peligro, la tensión constante, la incertidumbre de la situación, todo era demasiado.

—Solo voy a colocar unos cuantos explosivos. Aún no me toca el plato fuerte —susurró en mi oído, abrazándome con fuerza.

Cerré los ojos temblando y apoyé mi mejilla contra su cálido y amplio pecho.

—Te quiero aquí en unas horas, Gigoló —dije con voz firme, intentando aparentar serenidad.

Pero una profunda ansiedad se instaló en mi interior al ver como Lucas se alejaba de la casa subido en el Jaguar. Sin embargo, eso no sería nada comparable a lo que sentiría al cabo de una hora, cuando comenzó a sonar mi teléfono móvil y leí el nombre de Savannah en la llamada entrante.

¿Habrá escuchado mi mensaje?, pensé esperanzada.

—¿Sí? —respondí sin titubear.

Silencio.

—¿Hola? —dije con un tono de expectación.

Más silencio.

—¿Savannah?

El silencio se prolongó.

—¿Cómo está la novia de mi nieto preferido? —habló de repente una voz masculina, y mi corazón literalmente se congeló.

«¡Vladimir!»

## Capítulo 18

### Hielo en el corazón

—¿Por qué tienes su teléfono? —pregunté inmediatamente.

Mi mano fría como una piedra sujetaba el teléfono contra mi oído. Vladimir era una persona demasiado peligrosa, no me fiaba del motivo de su llamada.

—No desveles con quien estás hablando. No quiero ninguna interrupción por parte de John y Scott —dijo Vladimir. Su voz era firme. Una orden directa—. Si abres la boca para pronunciar mi nombre, liquidaré a Tara.

—¡No! —exclamé nerviosa.

Me quedé de pie, inmóvil, con John y Scott a mi lado mirándome con el ceño fruncido.

Se creó un silencio a continuación y mi pulso se aceleró muchísimo. Estaba tan nerviosa que era capaz de sentir cada latido de mi corazón en cualquier parte de mi cuerpo. En la cabeza, en las manos, en las piernas...

¿Dónde se había metido Vladimir? ¿Por qué no me hablaba? ¿Y por qué tenía el teléfono de Savannah? ¿Habría oído mi mensaje? ¿Le habría hecho algo? ¿O se lo había dejado?

Empecé a escuchar a través del teléfono algunas voces hablar en ruso, pisadas rápidas, sonidos de golpes amortiguados, y de pronto, sentí como si las fuerzas me abandonasen, sintiéndome inestable al oír el débil llanto de una mujer.

—Creo que deberías venir a ver que le ocurre a tu suegra. No deja de llorar —habló Vladimir con una voz engañosamente dulce.

—¿Qué le has hecho? —mascullé entre dientes.

Me sentía impotente por no poder gritar su nombre.

—Dangelys, me parece que vas a tener que traerme tú los discos de memoria en vez de mi nieto —dijo despacio.

—¿Qué?

Mis piernas que estaban rígidas pero temblorosas, no aguantaban mi peso.  
—Lo que oyes.

Notaba que me caería al suelo.

—Sé que mi nieto no está ahora mismo en la casa. Desconozco lo que está haciendo, pero seguro que planeando algo en mi contra. Así que quiero que me traigas tú los discos de memoria con todas las pruebas. Si no lo haces... mataré a Tara.

—¿De cuanto tiempo dispongo? —Pensé con agudeza directa.

—Del que dure el trayecto en coche —dijo sin piedad.

Procuraba no temblar y que mi mente no me arrojara al abismo del pánico.

—Supongo que no hace falta que te diga donde está Tara porque ya lo sabrás. Que tengas una buena travesía sobre el lago.

Impotente escuché como cortaba la llamada.

Dejé el teléfono en la mesa y noté que Scott me sujetaba de los brazos con fuerza.

—Dangelys, ¿qué te pasa? Estás temblando.

Miré un instante sus ojos, una milésima de segundo, con mi corazón a una velocidad incontrolable y escogí mis palabras con cuidado.

—Las reglas del juego han cambiado.

La llamada de Vladimir Zakhar desde el teléfono móvil de Savannah fue como un jarro de agua helada sobre nuestras cabezas.

—No hay otra opción. Tengo que ir a por Tara —murmuré después de varios segundos de tenso silencio y los rostros de John y Scott se ensombrecieron.

—No, ni hablar. Iré yo —dijeron al unísono y negué con la cabeza.

—No podéis ir ninguno de los dos. John, estás herido. No llegarías muy lejos con Tara si lográis huir. Y tú Scott, tienes que pilotar el avión. Los tres sabemos que es una trampa de Vladimir. La única forma de escapar con vida es con la ayuda de Lucas y de ese avión.

Me dirigí al mueble bar y decidí tomarme un trago de puro vodka para fulminar los nervios con el alcohol.

—John, es importante que contactes con él —murmuré con el pulso alterado y me fui a la habitación para vestirme de forma adecuada.

John lo había llamado varias veces, sin éxito.

Rezaba por que Lucas saliera pronto de la zona sin cobertura.

—Voy a llamar a Kirilenko para averiguar si ya han abierto el tráfico

aéreo en el aeropuerto de Irkutsk —Escuché decir a Scott y respiré hondo.

Las difíciles condiciones climáticas podían convertir el rescate en algo imposible.

Con un silencio insondable me até las botas, y pensé si mi calzado soportaría tanta nieve. A continuación, me puse la chaqueta, también pensando en el frío, si cedería a las bajas temperaturas. Y desafiando el congelamiento de mi corazón, a causa de los nervios, me guardé en un bolsillo interior uno de los dos CD de Lucas con las pruebas contra Vladimir Zakhar.

—Tengo que conseguir un coche como sea —le dije a Scott en cuanto entré de nuevo al salón.

—John te ha conseguido un coche mientras te vestías. Toma las llaves.

—Bien —dije alargando el brazo para alcanzar las llaves del coche.

—Le pagó a Boris, el vecino, una gran cantidad de dinero por su coche —me dijo Scott mientras me acompañaba a la puerta.

—¡Ah! Se me olvidaba —Me detuve en seco—. Necesito un mapa y una brújula, lo más probable es que el GPS del móvil no funcione.

Antes de que regresara sobre mis pasos, Scott ya me estaba entregando el mapa sobre el que había planeado el rescate Lucas y una brújula.

—Gracias —murmuré agradecida.

Abrí la puerta con prisa, pero Scott me sujetó por la muñeca impidiendo que saliera al exterior.

—Cuñada, por favor, ten mucho cuidado —dijo con gesto grave y lo miré intentando mantener la sangre fría.

—¿El aeropuerto sigue cerrado?

—Sí, pero voy a ir igualmente al aeropuerto. Pienso llevarme ese maldito avión aunque sea lo último que haga en esta vida.

Me abrazó con fuerza, lo mismo que John antes de subirme en el coche y sentí mucha emoción. Pero nada de sentimientos encontrados, todo focalizado en lo mismo, como tratar el peligro de mi captura. Y En lugar de dejarme llevar por el pánico, una profunda determinación se estableció en mi interior.

—John, por favor, no dejes de llamar a Lucas —dije, apretando su mano y sus dedos me devolvieron la presión.

—No quiero ni imaginar su reacción cuando se entere.

Miré su cara angustiada, la oscura expresión de Scott y tragué saliva.

—Se volverá incontrolable. Tenéis que tratar de impedir que cometa una locura —dije apartando la mirada.

Arranqué el motor del destartado coche en el extenso patio del vecino

donde tenía la madera cortada y acumulada para alimentar las estufas y me marché sin mirar atrás.

No había querido pronunciar la palabra adiós.

Poco a poco me adentré en el lago, con mucha cautela. A pesar de saber que la masa de hielo permitía circular en vehículo sobre la superficie del lago sin temor a que se rompiera, no podía evitar sentir miedo.

Asomé mi cabeza por la ventanilla para mirar como rodaba la rueda delantera y lo que vi me dejó boquiabierta.

—*¡Oh, Meu Deus!* Una foca.

Las aguas sumamente cristalinas, hacían que el hielo resultante se asemejara a un vidrio traslúcido a través del cual mientras circulaba podía contemplar peces e incluso focas cerca del coche.

A lo lejos columnas con forma de pirámide se creaban en el aire, congelándose en las capas superficiales. Inmensos montones de hielo de hasta diez o veinte metros de altura.

Miré el GPS y como preveía no funcionaba, así que eché mano del mapa y la brújula.

Respiré hondo en un intento de recobrar la concentración y para orientar el mapa, coloqué la brújula lo más horizontal posible, girando su base para que la flecha de dirección que hay sobre ella señalara el Norte y coincidiera con la aguja de la brújula que siempre apunta al Norte. Una vez orientada la brújula, la puse sobre el mapa que tenía encima de mis piernas, y fui girando el mapa hasta que los meridianos (Norte) del mapa, quedaran paralelos con el Norte de la brújula.

Estuve conduciendo durante un buen rato y pude apreciar como en esta parte el lago se presentaba blanco sin llegar a ser transparente. Era un desierto de nieve. Supuse que sería debido a la gran nevada de las últimas horas.

Dejé el coche escondido en una zona de la playa y empecé a caminar con el viento tirándome de la ropa y el frío lastimando mis dedos mientras controlaba la brújula.

La casa donde tenían secuestrada a Tara no estaba muy lejos. En cambio el laboratorio donde debía estar Lucas colocando los explosivos se encontraba a varios kilómetros de distancia. Lo más probable es que estuviera haciendo los agujeros para la carga con explosivos y poder insertar luego los cartuchos.

Caminaba rápido por el bosque que se extendía sin límites delante de mí, pasando junto a enormes cedros y abetos, sintiendo en mi cuerpo la temperatura extrema, que ni siquiera alcanzaría el congelador de mi apartamento. Y a medida

que me iba adentrando en la inmensa y salvaje Siberia, llena de lobos y osos, crecía mi ansiedad.

Durante cinco minutos, mantuve un buen ritmo caminando hasta que vi las huellas de un humano en la nieve, junto con huellas de algún animal y me detuve en seco.

Con el corazón acelerado debido al esfuerzo de caminar por la nieve me escondí detrás de un árbol. Presté atención a la casa que ya veía a lo lejos. En concreto a sus grandes ventanas, que superarían fácilmente el metro de altura y que tenían contraventanas, y a un par de motos de nieve.

Metí la brújula en el bolsillo de mi chaqueta preparada para sacar mi pistola del pantalón cuando de forma inesperada una mano atrapó mi muñeca, frenando mi acción.

Giré mi cabeza y descubrí que un hombre muy corpulento era el que apretaba mi muñeca con fuerza. Contuve el aliento del susto, pero de seguida reaccioné asestándole un golpe en el pecho, alejándolo de mí. El hombre gimió de dolor y bramó unas palabras en ruso mientras se acercaba a mí con gesto amenazante. De nuevo intentó alcanzar mi brazo con un movimiento brusco, pero me agaché deprisa y agarré su bota y lo tiré al suelo. Apenas me incorporé, dos hombres que salieron de la nada se me echaron encima, me desarmaron con agresividad y empezaron a arrastrarme hacia la casa.

—¡Soltádmme!

Gritaba como una fiera.

Todos mis instintos, sumados a mis propias habilidades, les dificultaba bastante controlarme.

—¡Muévete! El jefe lleva un rato esperando tu llegada —ordenó el hombre corpulento que había derribado.

Al oír su voz enfurecida sentí que un escalofrío ascendía por mi espalda.

Me conducían entre tres hombres al interior de la casa, adornada con muebles viejos, que le daban un aspecto tétrico. No dejaba de preguntarme donde estaría Tara o Savannah. Si al menos pudiera saber...

—¡Vamos!

Con la misma rapidez con la que pensaba el hombre arremetió contra mí obligándome a avanzar hacia unas escaleras.

—¿Quieres vodka para entrar en calor? —se burló riéndose y apreté los dientes.

Subía los peldaños sin dejar de temblar. Hacía muchísimo frío.

—Yo puedo proporcionarle calor a esta preciosidad con otra cosa —dijo

en inglés otro de los hombres.

Arrugó su rostro que se comprimió al sonreír y lo fulminé con la mirada.

Se pusieron a hablar en ruso entre ellos y me asustó que pudieran tener malas intenciones. No entendía nada. Solo el hombre corpulento hablaba inglés y este otro que no paraba de mirarme de forma sucia. De un empujón me metieron en una habitación y cerraron la puerta. Al instante escuché un seguro, y con el miedo en el cuerpo me di cuenta que sería imposible abrir la puerta sin una llave. Durante un buen rato grité presa de la angustia por el desconcertante destino que me esperaba. Las horribles imágenes de personas mutiladas, violadas, asesinadas a manos de la mafia se sucedían en mi mente.

De repente, se abrió la puerta y el hombre corpulento de antes entró en silencio.

—¿Dónde está Vladimir? Quiero verlo. Él me dijo que le trajera las pruebas —dije asustada, pero sin perder la calma.

No me respondió.

La puerta se abrió de nuevo de par en par y mis ojos se abrieron con sorpresa al ver como dos hombres entraban cargando un enorme cubo de agua.

«¡Maldita sea!»

—¡Quiero hablar con Vladimir Zakhar! —grité.

Esto no era lo que me esperaba al venir.

Di un par de pasos hacia atrás indefensa, intentando alejarme ante lo que presentía que me sucedería. Algo tan repugnante como torturarme por el único placer de que Lucas sufriera y se volviera loco de ira.

Los dos hombres se acercaron después de dejar el enorme cubo en el suelo y tiraron de mis brazos hacia atrás para sujetármelos a la espalda.

—Qué manera más original de torturar —me burlé, temblando.

El hombre corpulento me agarró del pelo y sin ningún tipo de miramiento me sumergió la cabeza dentro del agua.

Tomé suficiente aire, o al menos eso creía, porque enseguida comencé a sentir el pánico de quien se ahoga.

Intenté girar la cabeza para sacar la cara a la superficie del cubo y respirar, pero los dedos del matón de Vladimir eran muy fuertes y no podía moverme.

Sentía que mis pulmones estallarían.

Un pensamiento cruzó mi mente y empecé a agitarme con desesperación.

«¡No!»

Por fin me alzaron fuera del cubo con el agua y tomé una gran bocanada de aire con el agua resbalando dentro del cuello de mi chaqueta.

—Siento decirte preciosa, que no saldrás con vida de ésta —dijo el hombre corpulento a mi lado con su rostro muy próximo al mío.

—Muy caballeroso por tu parte informarme de mi muerte —dije sarcástica, boqueando.

¡Mierda! Vladimir no quería torturarme, quería matarme para que Lucas sufriera una conmoción insoportable. No le importaba que él tuviera pruebas en su contra.

Miré alrededor asustada, las paredes agrietadas, la piedra envejecida, la madera oscurecida, podrida y descompuesta, los rostros de los matones de Vladimir.

¿Esto sería lo último que vería antes de morir?

Pensé en mi amor por Lucas, en lo bonito que fue pertenecerle mientras el matón me sumergía de nuevo el rostro en el agua y tuve el convencimiento de que había llegado mi hora, moriría ahogada.

Recé para que fuera una muerte rápida.

Mis pulmones quemaban, se me terminaba el oxígeno. La oscuridad ganaba terreno con intensidad, las fuerzas me abandonaban. Agitaba todo mi cuerpo con violencia. Sentía como las manos de ese ruso me aplastaban como la lápida de una sepultura. Abría la boca tragando agua y cuando creí que todo había terminado, sacó mi cabeza del cubo.

—Vladimir no quiere que tengas una muerte rápida. No voy a matarte... todavía no —gruñó en mi oído.

No dije nada ni tampoco levanté la cabeza empapada de agua. Pero él se encargó de levantármela para propinarme de manera inesperada una bofetada en la cara, que precedió a otro golpe en mi estómago.

Lo cierto es que no había forma de conservar la consciencia en aquellas circunstancias. Tras lo que supuse estaría una hora torturándome, con el fragor de una tormenta de nieve como telón de fondo, aturdida por los golpes, sufrí el más amargo de los abatimientos.

Yacía en el suelo sumida en un estado febril de nervios y sangre. La esperanza me abandonaba. Lucas no vendría a rescatarme. Tan solo respondía a mi llamada de auxilio el crujido de una vieja ventana, el silbido de una ráfaga... Suplicaba desesperadamente que Lucas me encontrara. Y cuando creía que todo había terminado. Me equivoqué. Temblando de miedo, vi como el ruso se acercaba y continuó torturándome otra vez.

No sé si estuvo quince minutos, o media hora, solo sé que fue un breve intervalo de tiempo, comparado con la vez anterior, pero fue el suficiente para



golpear y retorcer todo mi cuerpo de un modo inhumano.

Me brindó una experiencia indescriptible del dolor. El sufrimiento conformado de un modo calculado, destinado a alargar mi agonía. Mi alma desgarrada recibía cada golpe, soportaba lo indecible. Deliraba, era incapaz de soportar más golpes. Tenía la sensación de que mis minutos estaban contados.

«Lucas...»

## Capítulo 19

### La furia del dragón

*LUCAS*

Mi teléfono no tenía cobertura desde hacia un par de horas y eso no me gustaba lo más mínimo. Lo primero que había hecho al abandonar Listvianka fue colocar los explosivos en una de las orillas del lago, y ahora me encontraba cerca del laboratorio terminando de colocar los últimos explosivos. Mi capacidad de concentración mientras realizaba las conexiones estaba menguando de forma considerable, porque desde hacia rato un débil sonido se colaba en mi mente.

Tenue, estrangulado, sofocado, el llanto frágil y desesperado de una mujer me despojaba completamente de mi calma.

Traté de continuar, solo me quedaba comprobar los circuitos y activar los diferentes explosivos, pero me era imposible. La mujer que lloraba dentro de mi cráneo era Dangelys.

¿Me estaría volviendo loco?

Un latido de corazón, y al siguiente, me fui corriendo hacia el Jaguar. Arranqué el motor y salí derrapando peligrosamente en la nieve.

En cuanto tuve cobertura en el teléfono me llegaron una infinidad de avisos de llamadas perdidas de John y aferré el volante con fuerza.

Marqué su número de prisa y John descolgó al primer tono de llamada. Antes de que saliera un solo sonido de su boca, dije:

—¿Dónde está, Dangelys?

Nervioso esperé su respuesta.

El terrible silencio que se formó durante algunos segundos congeló mis entrañas.

—Scott y yo estamos en el aeropuerto de Irkutsk a punto de despegar con el avión —habló John finalmente como si las palabras le fueran arrancadas.

—¡He dicho que dónde está Dangelys! —exigí gritando.

—Vladimir llamó por teléfono hace un par de horas a Dangelys y le exigió que fuera a entregar las pruebas.

La voz de John inundó el habitáculo del Jaguar y de repente sentí como si me cayera el mundo encima.

Esto no podía ser real.

Un entumecimiento se extendió a través de mi cuerpo a una velocidad increíble.

—¡Por qué cojones la habéis dejado ir sola! ¿En que estabáis pensando?

El cinturón de seguridad era lo único que me anclaba en mi lugar. La noticia se había deslizado dentro de mí como la hoja puntiaguda de un estilete, hiriéndome de muerte.

—Scott tiene que pilotar el avión. Yo no estoy en condiciones para sacar a tu madre de allí con vida si la cosa se complica. Dangelys es una agente del FBI, sabe lo que hace. Está preparada para...

—¡¡Y una mierda!! —lo interrumpí golpeando el salpicadero—. ¡Tú sabes como es Vladimir!

Le pegué con tanta violencia que se rompió una de las guanteras.

Me iba a volver loco.

—Ella ha estudiado todos los planos contigo. Es una profesional... —empezó a decirme, pero lo corté.

—Sé que sabe hacer muy bien su trabajo, pero esto no es Nueva York. ¡Estamos en Siberia! Aquí las condiciones climatológicas son muy difíciles.

El mensaje que me quería enviar Vladimir al tener a Dangelys en su poder era de una claridad total y sentí que se apoderaba de mí una incontrolable ira. En ese instante, mis convicciones morales se borraron. Experimenté un cambio radical en mis principios, el más elemental juicio de valor se esfumó.

Mi cuerpo vibraba con la necesidad de actuar.

—Voy a matarlo al precio que sea —rugí.

Mis instintos entraron en acción mientras derrapaba el coche en dirección hacia el Norte. Mi mente se agudizó y se aclaró al acelerar el Jaguar. Cada centímetro de mí se preparaba para matar a todo aquel que se interpusiera en mi camino.

—Lucas, no vayas a cometer...

La voz de John tronaba en el habitáculo del coche cuando colgué la llamada.

¡Mierda! Estaba demasiado lejos de ella... Demasiado lejos.

Vladimir tenía lo más valioso en mi vida que era mi madre, y ahora a

Dangelys.

Desgraciadamente mis peores presagios se habían cumplido.

—¡Joder! —grité.

Mi Caprichosa tenía que haber estado a salvo en ese maldito avión con John y Scott.

No podía soportar la idea de que le sucediera algo malo. Pero una terrible imagen se fijaba en mi cabeza trastornándome.

Ya una vez Vladimir secuestró y mató a alguien en mi pasado creyendo que me importaba. Que no haría ahora sabiendo que ella era la mujer de la cual estaba enamorado.

A gran velocidad llegué al lago Baikal y mi mirada se fijó en el horizonte. Mi furia crecía con cada metro que avanzaba el potente Jaguar sobre el hielo. Me sentía como un dragón con las garras y las alas desplegadas, deseando caer en picado desde el cielo a Vladimir para desgarrarlo, y enviarlo al maldito infierno.

«Aguanta, cariño.»

## Capítulo 20

### Voluntad indomable

Todo giraba a mi alrededor, a la deriva en la oscuridad. Respiraba en jadeos superficiales mientras sentía como me llevaban a otro lugar. Estaba con los brazos atados a la espalda. No podía dejar de temblar, y un dolor en todo el cuerpo crecía segundo a segundo a medida que intentaba luchar a pesar de carecer de control.

—¡Estate quieta, deja de dar problemas! —me gritó uno de los matones.

Me dio un empujón que me dobló las rodillas y caí al suelo.

Con un gemido me moví con la mejilla pegada al hormigón, y poco a poco aunque estaba débil, conseguí ponerme en pie despacio.

Alguien estaba llorando cerca de mí, un sonido lleno de dolor, y a pesar de que mi nivel de desorientación era profundo, reconocí su voz.

Giré la cara y vi a Tara al otro lado de la habitación.

—Dangelys, ¿qué te han hecho? —sollozó envuelta en un gran sentimiento de dolor.

Su rostro estaba surcado en lágrimas y al contemplar mi cara estalló en un llanto angustioso y fuerte.

—No llores —logré articular con un nudo en la garganta.

El hombre corpulento tiró de mí y me sentó en una silla de malas maneras.

—Que escena más emotiva —dijo de repente una voz masculina junto a la puerta .

Sentí un escalofrío recorriendo mi espina dorsal.

Por un instante dudé en mirar al dueño de esa inquietante voz. Sabía quien era. Había tenido la esperanza de reencontrarme con él, pero ahora me daba miedo enfrentarme a su mirada inhumana.

—¿Has venido a cerciorarte de que tus hombres han hecho un buen trabajo torturándome antes de matarme? —le dije un poco intimidada por la maldad que desprendía.

Vladimir se echó a reír y con horror comprobé que detrás de él se

encontraba Savannah.

—Admito que no me gusta ver a una mujer bonita con el rostro golpeado, pero mi querido nieto que es un desagradecido merece un escarmiento por amenazarme.

Erguí la espalda manteniéndome firme y le devolví una sonrisa.

—¿Tanto te duele que no haya sucumbido a la Mafia?

Se rio de nuevo y empezó a caminar hacia mí.

—No eres estúpida, no. Para ser honesto era algo con lo que siempre soñé, pero mi amada nuera, fue muy astuta llevándoselo de pequeño —dijo mirando a Tara, que para mi alivio no había recibido aún ningún golpe—. Sin duda fue una gran decepción para mí no poder asesinarte e impedir que te llevaras a mis nietos.

Tara con la piel extremadamente pálida agachó la cabeza asustada.

Aprovechando que Vladimir no me prestaba atención en ese momento eché un vistazo a Savannah. Nuestras miradas se cruzaron, y por un instante me dio la impresión de que le afectaba ver la brutal paliza que había recibido.

—Bueno Dangelys, he pensado que tal vez te apetecería despedirte de mi nieto antes de morir —dijo Vladimir frente a mí con mi teléfono móvil en la mano.

Asustada por su maldad me quedé inmóvil en el momento que me acercó el teléfono a la oreja.

—¡Dangelys!

De todos los horrores que había sufrido, este sin duda era el peor.

—¡Dangelys, cariño!

Escuchar la angustia en la voz de Lucas me rompió por dentro.

Vladimir Zakhar aguantaba el teléfono en mi oído, mirándome con sus ojos negros y fríos, y tuve que luchar muy duro para no mostrar ninguna emoción.

—Lucas... —susurré débil y temblorosa después de una eternidad cuando tuve el suficiente valor para hablar—. Escúchame, cariño. No tenemos mucho tiempo. Solo quiero decirte que aunque amarte sea mi sentencia de muerte, volvería a vivir todos y cada uno de los instantes que pasé contigo. Te amaré hasta el último aliento de vida.

—¡Maldita sea! No te despidas de mí. No, cariño... No... ¡Joder!

Por primera vez en mi vida escuché llorar a Lucas y ya no pude contener por más tiempo mis lágrimas.

Él sabía tan bien como yo que no había ninguna esperanza para mí, ni

tampoco para su madre. Nos habían tendido una trampa. No saldría de esta con vida. Y un sentimiento indescriptible de desesperación ante la falta de un futuro juntos, atenazó mi espíritu.

—Preciosas palabras de despedida —me dijo Vladimir, alejando el móvil de mi oreja y cerré los ojos para impedir que viera mi dolor—. Esta vez si que vas a sufrir, Lucas. No como la otra ocasión que creí que te volverías loco. Ya sabes, tu amiguita rusa no fue lo que esperaba. Imagínate mi sorpresa cuando descubrí la otra noche en Beautique a quien amabas en realidad. Es una pena que tenga que morir tan joven, pero así es la vida...

Le hablaba a Lucas de forma despiadada, y me sobresalté al escuchar de pronto como se estrellaba algo contra la pared.

—¡Insensato! —bramó furioso.

Vi que se trataba de mi teléfono, hecho añicos en el suelo de hormigón.

Levanté la mirada hacia Vladimir y se apoderó con más fuerza que nunca de mi alma la convicción de que moriría de un momento a otro cuando le hizo una señal a uno de los matones.

—Mátalas a las dos —ordenó recuperando una aparente calma escalofriante y caí en un pozo ilimitado e insondable.

Que despiadado resultaba el destino.

¡Qué maldita mierda de destino! Un falso ídolo, ciego, sin sangre en las venas con corazón de granito que permitía que nuestra historia de amor terminara de esta forma tan cruel.

Sin embargo, sentí, asimismo, que Dios me ponía a prueba, enfrentándome a la muerte. Por muy herida y débil que me sintiera no dejaría de luchar con fuerza hasta el último latido de mi corazón.

—Prepárate para sufrir la muerte más horrible —susurré entre espasmos, temblando de frío y de miedo—. Ni el rincón más alejado del planeta te servirá para esconderte de Lucas.

—Mátalas de forma lenta, Alexei. Que sufran lo indecible hasta el final —dijo sonriente, haciendo oídos sordos a mis palabras.

La orden fue directa y contuve el aliento cuando el tal Alexei obedeció mecánicamente.

—Será un placer —se apresuró a contestar con una reverencia—. Su deseo se cumplirá en toda su extensión.

Se encaminó hacia mí con la sonrisa de quien está a punto de hacer daño mientras Vladimir Zakhar salía de la habitación acompañado de Savannah que me miraba sin expresión.

—Podría estrangularte ahora mismo, pero ya has oído a mi jefe.

Empezaba a sentir un miedo aterrador. Aquel hombre era un asesino, podía matarnos sin problemas, pero hacerlo lentamente... *¡Meu Deus!* Me faltaba el aire.

—Quiero despedirme de mi hermana.

De pronto, escuché la voz de Savannah desde la puerta y desvié la mirada sintiéndome como un ratón herido por un gato esperando el zarpazo final.

Le confió algo al oído a Vladimir con gesto de complicidad. El abuelo de Lucas adoptó una mirada perversa y enseguida desapareció por la puerta.

—¡Apártate de ella! —le exigió Savannah al matón en cuanto nos quedamos solos.

Se acercó a mí con andares seguros y orgullosos.

Quiso besarme en la frente y moví el cuello queriendo evitar todo contacto.

—¡No me toques! No tienes corazón —dije herida desde lo más profundo de mi ser y me miró con el rostro tenso—. ¡Por el amor de Dios, eres mi hermana! —le grité—. ¿Vas a permitir que ese demonio nos mate a la madre de Lucas y a mí? ¿Qué no te das cuenta que ha estado mintiéndote todos estos años? Las cosas no sucedieron como tú crees...

—Siempre te he odiado desde pequeña. Tu padre nunca quiso saber nada de mí. Dejó que creciera en un orfanato —me interrumpió hablando en voz alta.

El matón que contemplaba la escena atentamente soltó una carcajada.

—Que bonito el amor que os profesáis —dijo riéndose de nosotras con los ojos brillando de crueldad y tuve ganas de matarlo.

—¡Savannah, escúchame! ¡Tienes que abrir los ojos! —le grité tratando de hacerla reaccionar—. Ese demonio de hombre te ha mentado sin compasión durante años. Esa alma ruin al que obedeces te ha hecho creer que tu padre no te quería a su lado. Marcos Neymar es un hombre maravilloso. Por mucho que tú seas una hija nacida de un desliz jamás habría permitido que crecieras sola en un orfanato. En cambio Vladimir sí que lo hizo, y de la forma más cruel.

—¿De qué hablas?

Savannah palideció.

—Vladimir te adoptó cuando naciste pero te dejó allí, sola, pagando una gran cantidad de dinero a modo de contribución para que no pudieras ser acogida por ninguna familia. Te mantuvo en el orfanato con el único propósito de envenenarte contra nosotros. Tengo todas las pruebas que demuestran que lo que digo es verdad —dije, destapando el gran secreto de Vladimir y sentí en la



expresión de su rostro la misma desorientación que sentí yo después de descubrir la verdad—. Savannah, nuestro padre es un hombre bueno —proseguí con las lágrimas a punto de desbordarse de nuevo—. No puedes odiar a alguien si no lo conoces. No se puede guardar rencor a alguien si nunca te ha ofendido. Si de algo puedo estar segura, es que nuestro padre te querrá desde el momento en que conozca toda esta verdad.

—Esta verdad llega demasiado tarde —me cortó con voz dura e inflexible.

—Pero Savannah...

—Mis heridas son graves y profundas.

Esa no era la respuesta que esperada por parte de Savannah y mis esperanzas cayeron en un oscuro abismo sin retorno. Pero no me sorprendía. Vladimir había hecho muy bien su trabajo envenenándola desde pequeña con mentiras.

—¡Ya basta de hablar! —exclamó el tal Alexei que empezaba a perder la paciencia.

—Estoy de acuerdo contigo. Ya basta de hablar —dijo Savannah en tono frío—. Esta conversación se termina aquí.

Se inclinó de prisa y me abrazó con fuerza.

—Recuerda que no tengo corazón —dijo en voz alta y apreté mis labios entumecidos. A continuación, en un tono bajísimo en mi oído susurró—: No muevas ni un solo músculo de la cara.

Con un movimiento rápido e imperceptible, soltó la cuerda que ataba mis muñecas de un navajazo, dejó el cuchillo entre mis dedos y se apartó como si nada hubiera sucedido.

Me quedé helada por la sorpresa.

—No tengo corazón, recuérdalo —volvió a decir con los ojos brillantes y sentí un nudo en el pecho—. Hasta nunca.

¿Qué significaba esto?

Abrí la boca para hablar, pero Savannah al ver mis intenciones, se giró dándome la espalda y se fue dando grandes zancadas.

De repente, resonó un disparo en la habitación y mis hombros vibraron hacia el interior como si mi cuerpo que no paraba de temblar quisiera empequeñecerse. Asustada, levanté la cabeza inmersa en mi dolor y contemplé a Tara que no paraba de llorar.

Su lenguaje corporal ratificaba que estaba al límite.

—Impresionante despedida con tu hermana. ¿Quieres despedirte también de tu suegra antes de morir? —dijo encañonándome con el arma.

Apreté mis puños detrás de la espalda.

—¡No! —gritó Tara de golpe—. Mátame a mí. Solo a mí, por favor. A ella no —suplicó.

Los ojos de ese hombre se clavaron en Tara sin dejar de empuñar el arma con fuerza contra mi sien y abrí mis labios magullados.

—Sí, quiero despedirme —dije con la garganta seca.

—¿Quieres despedirte de tu suegra? —Su maldito aliento impactó de lleno en mi cara y apreté los dientes.

—No. —respondí ahora sin ninguna lágrima—. De ella no.

Fijé mi mirada en él y con un movimiento rápido levanté el brazo y le clavé el cuchillo en el cuello.

—¡Quiero despedirme de ti! —siseé.

Un chorro de sangre me salpicó.

—¡Ah! ¡Maldita perra! —gritó con los ojos llenos de rabia y le robé el arma.

Su rostro tenía un rictus suicida mientras sus manos de estrangulador se acercaban a mi cuello. Sus gritos pronto pondrían a todos en alerta y sin ninguna clase de contemplación le pegué un tiro a quemarropa en el corazón.

—Que tengas un buen viaje al infierno —dije en voz baja tras desplomarse hacia atrás y me apresuré a liberar a Tara.

—Dangelys, ¿cómo has conseguido liberarte?

Le hice un gesto para que guardara silencio.

Despacio, abrí la puerta con precaución y nos encontramos el cadáver de un hombre en el pasillo con un disparo en la cabeza. El suelo de madera estaba encharcado de sangre bajo el cuerpo y me pregunté si habría sido Savannah la responsable.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

La voz de Tara reflejaba mucho miedo y la miré fijamente.

—Salir de aquí cuanto antes. ¿Sabes qué es el coraje, Tara? —dije llena de determinación.

Quería tranquilizar a la madre de Lucas que tenía un ataque de ansiedad.

—En principio no hay mucha diferencia entre una persona cobarde y una valiente. La única diferencia es que el cobarde escucha sus miedos y se deja llevar por ellos mientras que la persona valiente los aparta y continúa su camino. Te necesito valiente y aguerrida, Tara —dije con la esperanza de que fuera lo suficientemente valiente como para echar a correr por la nieve.

La persona valiente se adentra en lo desconocido a pesar de todos los miedos. La falta de miedo es la experiencia absoluta de la valentía y sin dudar ni un segundo aceptaba el desafío de sacar de este lugar a la madre de Lucas, sacrificando mi propia vida si era necesario.

—No te preocupes, vamos a salir de aquí con vida —cuchicheé en voz baja, intentando que nadie nos escuchara.

Agudicé mi inteligencia mientras bajábamos con sigilo las escaleras. Me imaginé la escena de la huida. Rodaría por el suelo hasta la puerta trasera, la abriría, dispararía al hombre que vigilaba el exterior. Saldríamos corriendo por el patio trasero y atravesaríamos el bosque hasta llegar al lago Baikal con la esperanza de cruzarme en alguna parte del camino a Lucas. Probablemente era un suicidio, pero al menos moriría intentándolo.

Savannah nos había allanado el camino dentro de casa pero fuera los obstáculos se interpondrían en nuestro camino. El más difícil, las condiciones meteorológicas.

Uno de los hombres de Vladimir empezó a gritar en ruso al darse cuenta de que habíamos conseguido huir por el patio trasero.

—¡Corre, Tara!

En un entorno hostil corríamos por la nieve metidas entre los árboles. Escuchaba nuestras respiraciones jadeantes, el crujido de nuestras botas en la nieve. Matar al hombre que vigilaba la puerta no había sido nada fácil. Me vi sorprendida por él, que parecía estar esperándome, y tuve que actuar con rapidez y efectividad con un único disparo en la cabeza ante la situación de peligro. Y claro, el áspero estallido del arma había alertado a los demás.

—¡Vamos, Tara! Deprisa —murmuré viendo la moto de nieve a lo lejos.

Rezaba porque tuviera las llaves puestas.

Convertidas en auténticas supervivientes en un medio natural que no otorgaba nada sin un gran esfuerzo, corríamos por la zona boscosa de Siberia con el termómetro sobrepasando fácilmente los treinta grados bajo cero. Vi que unas llaves brillaban bajo la tenue luz invernal y nada más subirme a la moto arranqué el motor. Tara se subió detrás y rápidamente le di la pistola que le quité al cabrón que me había torturado durante horas.

—¿Por qué me das una pistola? Nunca he sido muy buena en las prácticas de tiro cuando John me llevaba casi arrastrando. Hace años que no voy —dijo Tara con miedo.

Miré atrás un momento y vi a varios hombres armados corriendo entre los árboles.

Los disparos no se hicieron esperar.

—¡Céntrate Tara! Mantén la mano firme cuando dispires —grité dándole al acelerador a la derecha del manillar con el pulgar.

Levanté una gran cantidad de nieve.

—Inclínate conmigo.

Subidas en la potente moto salimos a toda velocidad y me agaché mucho, casi con el mentón pegado al manillar, para evitar las balas. Era la primera vez que conducía una moto de nieve y la experiencia me tenía al borde del límite.

Sin cascos, ni abrigos con los que protegernos del frío, el recorrido hasta el lago Baikal atravesando el bosque cerrado se nos haría muy duro. Pero con los hombres de Vladimir siguiéndonos, no quedaba otra opción. Tenía la sensación de encontrarme perdida, lejos, muy lejos de todo lo que conocía. Era una situación que parecía irreal. No había carreteras en el perímetro del gran lago, la zona estaba completamente aislada, y en ese instante, me di cuenta de lo solas que estábamos.

Rezaba porque Lucas nos encontrara, o Scott estuviera esperándonos en el lago Baikal con el avión. Aunque era algo improbable, ya que el aeropuerto de Irkutsk antes de irme aún permanecía cerrado.

Al principio los disparos eran lejanos y me pregunté donde estaría Savannah, con que tipo de vehículo habría salido de allí, y sobretodo, si lo había hecho acompañada de Vladimir. Si continuaría en algún lugar de estos parajes. Pero por más que intentaba adivinar, no conseguía llegar a nada en claro, y más cuando un repentino disparo que percibí en mis oídos muy cerca, me reactivó.

El sonido fue tan penetrante que mi cuerpo necesitó absorberlo con una contracción inmediata de la musculatura. Duró un momento, como una onda, y el estruendo desencadenó un grito de Tara.

—¡Dangelys, se acerca una moto de nieve por la derecha!

Con el corazón en un puño aceleré y mi ritmo cardíaco sufrió un cambio abrupto al ver al fin el lago Baikal rodeado de altas montañas.

Entonces, resonó un segundo disparo, y ahora la que grité fui yo.

—¡Ahhh! —Un dolor ardiente me recorrió como una explosión.

Una bala había impactado en mi pierna derecha. Un proyectil que perfectamente podía haberme roto el fémur seccionando la arteria femoral en la trayectoria. Como consecuencia del disparo, perdí el control de la moto de nieve y sufrimos una terrible caída, rodando decenas de metros.

—¡Corre Tara! —dije de inmediato desde el suelo, reprimiendo otro grito, convirtiéndolo en un gemido inhumano entre mis dientes apretados.

El número de disparos aumentaba. Tres, cinco, seis, diez. Era difícil contarlos, porque se sumó el ruido de otra moto de nieve.

—¡Estás herida! —gritó Tara de rodillas con el pánico reflejado en sus ojos.

Lejos de cualquier auxilio, de cualquier calor, luchaba por sobrevivir aferrándome a la vida con los dientes.

Miré hacia el lago Baikal con lágrimas en los ojos mientras me arrastraba por la nieve, y cuando creía que todo terminaría para nosotras, sobre el horizonte de aire plomizo y gélido como si se tratase de un espejismo fantasmagórico, vi un coche que venía de frente.

Un Jaguar oscuro se acercaba a gran velocidad sobre el espesor de la masa de hielo, sin temor a que se rompiera.

—Lucas —La voz se me quebró al pronunciar su nombre.

No tuve tiempo de detenerme a contemplar el coche.

Una de las motos de nieve se nos echaba encima.

—¡Dangelys, a tu derecha!

Disparé contra el hombre que conducía la moto hasta que vacié la pistola.

La moto de nieve salió volando por un pequeño montículo.

—¡Vamos! Lucas ha venido por nosotras. Tenemos que llegar al lago como sea —grité, lanzando el arma al suelo.

Pese a mi herida me incorporé con el corazón bombeándome sangre hacia la pierna derecha dañada. Totalmente exhausta, apreté la mano de Tara arrastrándola en una larga carrera sin aliento.

Las balas alcanzaban los troncos de los árboles con un ruido ensordecedor, y como un eco lejano en el lado opuesto, sobre el lago de hielo, oía el tubo de escape del inconfundible Jaguar de Lucas. Venía hacia nosotras en línea recta, como un estallido devorando los metros que nos separaba.

Ya sobre el lago de hielo, giré mi cabeza alarmada al oír la voz de uno de los hombres de Vladimir bastante cerca. Con temor vi como se bajaba de la moto de nieve y apuntaba con cuidado a la madre de Lucas. Mi mecanismo de defensa reaccionó a pesar del dolor. Con un movimiento rápido la empujé cuando disparaba cayendo las dos sobre el hielo.

Desesperada, miré hacia el Jaguar que venía a gran velocidad. Lo teníamos casi encima, y recé con todas mis fuerzas para que mi hombre de hielo llegara a tiempo hasta nosotras.

«Por favor Lucas, por favor, por favor...»

A tan solo un par de metros, contemplé boquiabierta como el Jaguar

empezó a derrapar de una forma espectacular alrededor de Tara y de mí. Dando un par de giros de trescientos sesenta grados, dos vueltas completas como si fuera un compás, creando una enorme nube de nieve. Después, detuvo el Jaguar de un frenazo delante de nosotras parapetándonos de las balas, y tras abrir Lucas la puerta del copiloto, agarré a Tara que sollozaba para que se subiera y se sentara en la parte posterior.

—¡Deprisa! Tenemos que irnos —murmuró Lucas desde el interior del Jaguar, y volver a escuchar su voz fue algo indescriptible.

La herida de mi pierna sangraba sin cesar y me miró con los ojos alarmados mientras me subía con dificultad en el coche.

—Cariño, ¿qué te han hecho? —Alargó una de sus manos hacia mi rostro golpeado y cubierto de sangre.

—Es solo sangre, se quita —dije emocionada sin parar de temblar.

—Tienes una herida por arma de fuego —masculló apretando la mandíbula y de inmediato abrió la guantera del coche y agarró un trapo.

La mancha roja de mi hemorragia se esparcía fácil y rápidamente por la tapicería del coche y empecé a asustarme mucho. Si no lograba disminuir pronto la hemorragia estaría muerta.

—Tienes que aplicar presión —dijo, colocando el trapo sobre el orificio de entrada y al instante reprimí un grito.

—¡Deus! —El dolor era como un aguijón mientras el trapo se tornaba rojo.

—Cariño, es muy importante que apliques presión.

No se mostraba colérico, ni me sermoneaba por haber ido sola al rescate de Tara. Mostraba una profunda preocupación y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¡Perdóname! Vladimir dijo que mataría a tu madre si no le entregaba las pruebas —me disculpé—. Sé que querías mantenerme al margen, pero tuve que ir... No lograba localizarte.

—Lo sé, cuando me llamásteis estaba dentro de la reserva y ahí no hay cobertura de teléfono.

Dos de los hombres de Vladimir se acercaban corriendo y antes de que avisara a Lucas de su presencia, asomó su brazo por la ventanilla y les disparó con su pistola.

—¡Agarraos fuerte al asiento! —masculló Lucas soltando el arma en el salpicadero.

Puso la marcha atrás y pisando el acelerador a fondo giró el volante

derrapando. Una milésima de segundo más tarde, metió la primera, enderezó el volante, y encendió un detonador que a su vez, hizo explotar la dinamita instalada a orillas del lago de hielo.

La onda expansiva barrió a los hombres que nos seguían.

El motor del Jaguar cobró vida y con miedo comprobé como se abría el suelo cerca del coche. El hielo comenzó a agrietarse y vi con estupor como se fracturaba, apareciendo en un segundo grandes grietas que podían tener decenas de kilómetros.

—¡Dios mío, hijo! ¿Cómo atravesaremos el lago de hielo? ¡Hay dos tanques! Uno en cada lado —gritó Tara con terror desde el asiento trasero.

De repente, las vibraciones del miedo que viajaban por el aire se dejaron sentir en la piel.

Miré con angustia hacia delante y comprobé como en efecto había dos tanques. Uno de ellos, el de la izquierda, ya se aproximaba en una especie de sueño macabro, rebosante de armamento letal mientras el de la derecha permanecía quieto.

En una demostración de fuerza el tanque de combate que se acercaba disparó un proyectil. Se escuchó una tremenda explosión dejando una estela de humo, y Lucas anticipándose al disparo, pegó un volantazo para evitar que el proyectil impactara contra nosotros.

Entonces, reparé en una figura masculina de pelo blanco que se encaramaba sobre el tanque que permanecía aún parado. Con la ayuda de otra persona se subía con dificultad, y se me detuvo el corazón cuando una vez arriba, antes de entrar, miró en nuestra dirección.

Si antes me había preguntado donde estaría Vladimir, con que vehículo se desplazaría por estos parajes, ya tenía la respuesta frente a mí.

—Vladimir Zakhar acaba de subirse en el tanque de la derecha —dije impactada y Lucas le habló a John a través de unos auriculares ocultos en los oídos.

Justo en ese momento, el sonido de otra bomba desgarró el aire y reemplazó mi miedo por puro pánico. Si la intención de Vladimir Zakhar era impresionar, estaba funcionando a la perfección.

—John, tengo que evitar entrar dentro del área del sistema de protección de tanques, sino la munición antipersonal del tanque nos dejará el coche como un colador. Necesito que saques el lanzamisiles antitanque, cárgalo deprisa —murmuró Lucas con la mirada llena de desafío—. Vladimir quiere acción y la va a tener.

Lucas movía el coche como una flecha, zigzagueando sobre el hielo. Seguía su instinto con una conducción del Jaguar espectacular entre las grietas, que al formarse rompían el hielo creando un estremecedor ruido, que podía escucharse por encima del sonido del tubo de escape.

Teníamos que pasar a toda velocidad por en medio de los dos tanques y según avanzábamos, pude ver el avión a lo lejos, la rampa trasera de carga abierta, y a John sentado en el final de la rampa con un lanzamisiles en el hombro que no tenía dañado, apuntando hacia el tanque de la izquierda.

El hielo saltaba a nuestro paso apareciendo simplemente agua, algo que me dejaba en shock. Y en el instante que John disparó el misil e impactó en el tanque, creció mi ansiedad.

No podía evitar sentirme impactada por el hecho de que todas las grandes historias de amor, terminaban en tragedia y muerte. Romeo y Julieta o Tristán e Isolda eran ejemplos clásicos.

¿Era nuestro amor una ilusión que se desdibujaba en la dura realidad? ¿Era el mundo tan cruel que nuestro amor o incluso yo no sobreviviría debido a mi herida?

Miraba el avión de carga que estaría a unos tres cientos metros con las pulsaciones completamente disparadas. Si subíamos en el avión seríamos libres. Pero esto era la guerra, me dije.

—¡Scott! Arranca el avión. El blindaje del puto tanque ha aguantado. Tienes que despegar —dijo Lucas, originando un gran nerviosismo en mí—. El misil que ha lanzado John contra el tanque no ha tenido el máximo efecto destructivo. La distancia no era la más óptima, estaba demasiado lejos. Pasamos al plan B, deséame suerte —murmuró acelerando el Jaguar.

—¿Cuál es el plan B? —pregunté y me miró fugazmente.

Tardé un segundo en darme cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir. Sin embargo, cuando lo entendí, ya estábamos derrapando, en medio de los dos tanques con sus grandes cañones apuntando hacia nosotros.

—¡Esto es una locura! —exclamé con voz ahogada.

El escenario no podía ser más terrorífico. Tara ni siquiera gritaba. El pánico ante la muerte invadía mi cuerpo de un modo absoluto.

Lucas deslizaba el Jaguar deprisa, agarraba el volante con fuerza, y cuando estaba a punto de cerrar los ojos esperando lo peor escuché su voz.

—Has amenazado la vida de mi madre y mi chica. Llegó tu hora de morir, abuelo —masculló con rabia.

La adrenalina dilatava mis venas en el instante que dio un volantazo a la



vez que el estruendo de los cañonazos. Una milésima de segundo antes de que los proyectiles iniciaran su trayectoria, con un giro rápido, logramos escapar de la trampa mortal.

Los dos tanques se destruyeron entre sí.

Con un súbito rugido ensordecedor ambos explotaron, enviando una bola de fuego ondeando en el cielo. La explosión fue seguida por una ola de explosiones secundarias mientras huíamos. La munición, los proyectiles dentro del tanque, se detonaban uno por uno.

Veía por el espejo retrovisor como la metralla escupía a través del aire los fragmentos de metal en forma de navajas afiladas. Volaban por todas partes, así como el hielo desaparecía creando una repentina y drástica tragedia.

El hundimiento de los tanques en las gélidas aguas del lago Baikal.

Rezaba porque Savannah no estuviera dentro con Vladimir Zakhar.

—*¡Oh, Deus!* El hielo se está destruyendo —grité.

No sabía hacia donde mirar, todo resultaba impactante, espectacular.

Detrás del coche, el hielo se fragmentaba cada vez más cerca de las ruedas traseras, y delante de nosotros, el avión de transporte pesado de largo alcance que pilotaba Scott. Con ala corta y cuatro motores de turbina instalados en góndolas bajo las alas, avanzaba para despegar pese a las condiciones meteorológicas muy adversas.

—*¡Scott!* Mantén la velocidad —dijo Lucas con los rasgos endurecidos.

El avión llevaba la rampa trasera de carga desplegada arrastrándola sobre el hielo y miré a Lucas con los ojos abiertos como platos.

—*¿Vas a subir el coche por la rampa con el avión en marcha?* —le pregunté a punto de sufrir un infarto.

Esperaba que supiera lo que estaba haciendo porque sino nos estrellaríamos en el intento.

—Sí. —respondió.

—*¡Ay, Deus!*

El corazón que ya me latía a mil pulsaciones por minuto triplicó su ritmo al oír la respuesta de Lucas.

—*¡Hijo, nos vamos a estrellar!* —exclamó Tara, exteriorizando mis miedos.

—*Confiad en mí* —masculló Lucas con sus ojos fijos en el avión.

La dificultad de la maniobra elevaba a la categoría de prácticamente imposible lograr con éxito meter el coche en el avión.

Lucas iba más rápido que el avión y pisó el pedal del embrague en cuanto

subió el eje delantero del Jaguar en la rampa. En ese preciso momento me asusté, porque si se paraba el motor del coche se bloquearían las ruedas y no ascenderíamos con la inercia que traíamos, sino que retrocederíamos cayendo de nuevo en el lago de hielo, que a estas alturas tenía más agua que hielo.

Subió la mayoría del Jaguar y los tiempos entre quitar la cuarta marcha y poner la segunda fueron muy rápidos, logrando bajar las RPM del motor sin salir disparados de la rampa al pisar el embrague. Logró frenar el Jaguar sin chocar con el fuselaje del avión.

La rampa trasera se elevó de inmediato, cerrándose, y Scott aumentó la velocidad produciendo un sonido ensordecedor. Se notaba que el avión tenía sus años, pero la potencia con la que rodaba sobre el hielo me hizo tener fe en que rápidamente se elevaría.

En cuanto estuvimos en el aire quise bajarme del coche por mi misma y perdí el equilibrio.

—¡Cariño!

Lucas rodeó el coche corriendo.

Su semblante era de terror, el tono mismo de una aparición del más allá cuando se arrodilló en el suelo junto a mí.

—Ha sido muy difícil escapar, pero lo conseguimos —dije al borde del llanto.

Sentía que me desmayaría a causa del dolor.

—No sabes lo orgulloso que me siento de ti —dijo visiblemente emocionado—. Ahora tenemos que llevarte cuanto antes a un hospital.

Rezaba porque no me hubiera dañado mucho por dentro. Me preocupaba la trayectoria de la bala. Pero sobretodo, rezaba por mi vida. Era consciente de que nos encontrábamos en medio de la nada.

Deprisa me llevó en brazos a la parte delantera del avión y con mucho cuidado me depositó en un sillón, lejos de la mirada de los demás.

—Tengo que examinar tu herida.

—Seguro que la bala ha destrozado todo el tejido que ha encontrado a su paso —lamenté en un débil susurro.

Reclinó mi asiento al máximo, me quitó las botas, los pantalones, y sin perder más tiempo examinó el orificio de entrada que tenía una forma ovalada. Después, abrió un botiquín y de inmediato cubrió la herida con unas gasas estériles, seguido de un lavado copioso con solución fisiológico.

Un dolor tremendo me recorrió el cuerpo y reprimí un grito.

—Cariño, sé que te duele mucho, pero ahora tengo que realizarte un

torniquete en la zona entre la herida y el corazón, lo más cerca posible de la herida. Es importante detener la hemorragia —me susurró con suavidad y asentí con la cabeza incapaz de hablar.

Su rostro lucía sumamente preocupado mientras elaboraba el torniquete cerca de la herida, casi a la altura de la ingle.

—¿Cómo está Dangelys?

Escuché que preguntaba Tara.

—Tiene una herida penetrante en el muslo. Por lo que he podido ver la trayectoria de la bala finalizó en el interior. La herida requiere cirugía para extraer el proyectil y reparar los tejidos afectados —dijo Lucas concentrado en la tarea de fijar firmemente la banda de tela.

—Hijo, si la hubieras visto luchar. Supo perfectamente que hacer en todo momento durante la huida —dijo creyendo que no la escuchaba—. Gracias a ella estoy viva.

Los dedos de Lucas se detuvieron por un instante y sentí que su control pendía de un hilo al mirarme. El dolor tenía el control total de mi organismo, sin embargo, me las ingenié para tocar su pelo. Mi corazón sufría al verlo sufrir. Con sus ojos oscuros clavados en mí, ladeó levemente la cabeza en busca de mi mano y sus labios besaron la palma de mi mano con suavidad.

—¿Está bien mi cuñada? —dijo Scott desde la cabina del avión—. Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —murmuró Lucas sin desviar la mirada de mi rostro—. Ha perdido mucha sangre.

Dejé caer mi mano. Estaba perdiendo la conciencia por mucho que luchara, me sentía muy débil.

Lucas me dio un antibiótico, ya que la herida podía infectarse y después elevó mi pierna con la ayuda de unos cojines para que quedara por encima del nivel del corazón.

—Mi vida, esto ayudará a reducir la hinchazón —me susurró mientras utilizaba una compresa de hielo sobre el vendaje y respiré hondo.

Posó sus labios sobre los míos con una ternura que me abrumó por completo, y ante aquel inesperado flanco descubierto de su corazón, me enamoré aún más del hombre de belleza transversal, que beso a beso, lavaba cada golpe recibido.

—Asegúrate de mantener el vendaje seco —dijo John acercándose con más vendaje limpio.

Cada vez me costaba más mantener los ojos abiertos. El dolor era

insoponable. Trataba de enfocar mi mirada borrosa en Lucas pero no podía y eso me provocaba ansiedad.

—Dangelys, no te atrevas a dejarme ahora —dijo poniendo su mano en mi mejilla.

Con cada respiración sentía que dejaban de funcionar mis pulmones.  
Sentía que me desvanecía...

## Capítulo 21

### Vacío en el alma

LUCAS

El camino hacia la ciudad se desplegaba ante mi largo y tormentoso. Era como estar inmerso en una pesadilla. Mi corazón bombeaba fuerte contra mis costillas y sentía un dolor agudo en la zona, como si estuviera a punto de romper todos los nervios de mi caja torácica.

«Por favor, aguanta cariño, cada kilometro estamos más cerca del hospital», repetía una y otra vez como un mantra para aflojar el dolor y endurecer mi corazón.

Sostenía a Dangelys entre mis brazos, con la necesidad de tenerla pegada a mi cuerpo. Verla sangrando en el lago Baikal había sido algo que difícilmente borraría de mi memoria.

—Se pondrá bien —dijo John tranquilo, imperturbable, poniendo una mano sobre mi hombro.

—Eso espero, porque no puedo perderla —dije enterrando mi nariz en su cuello para sentir su esencia.

Quería mantener el control absoluto de mis emociones, pero cada vez que miraba el rostro golpeado de Dangelys cubierto de sangre, sentía que mi calma era arrebatada.

Pensar en como rescatarla había sido fácil. Abordé el plan listo y centrado para cumplir mi objetivo. Pero entonces, el hijo de puta de Vladimir Zakhar me la puso al teléfono con la firme promesa de matarla y sentí que me volvía completamente loco.

Pude sentir la desesperación en la voz de mi Caprichosa, y durante un momento, el pánico me invadió. Creí que no volvería a verla con vida. Cada patada, cada golpe que sabía que ella había recibido fue como un ácido corrosivo

en mis venas. Cuando dejé de escucharla grité de rabia. Quería poner una puta bomba en el lugar y cargármelos a todos, y así se lo hice saber a mi querido abuelo antes de que cortara la llamada.

Durante años había protegido a Dangelys con más fiereza que cualquier otro de mis secretos, y tuve que extraer mi corazón del pecho mientras conducía por el lago, aferrarme a mi autocontrol por un fino hilo, porque dejarme llevar por mis emociones hubiera sido nuestro fin.

Pasaba mis manos por su pelo mientras observaba horrorizado su rostro maltratado. El brillo de su pelo cubierto de suciedad. Su ropa ensangrentada. Su piel tenía contusiones hinchadas, profundas, algunas de un negro púrpura.

—Dangelys... —susurré.

Sus ojos se abrieron un poco, apenas un movimiento insinuado de sus párpados antes de cerrarse, y sentí un pellizco entre el dolor y el miedo apretando mi corazón.

—Siento que estoy perdiendo las fuerzas... si me muero...

Una expresión de dolor cruzó su rostro.

—Deja de hablar de esa manera. No vas a morir.

Me incliné y puse mi mejilla contra la suya. Noté el calor de la inconfundible fiebre y mi cuerpo entró en pánico.

—Yo debería haber sido quien rescatara a mi madre, no tú... Se suponía que ibas a estar a salvo con John mientras yo me cargaba a esos hijos de puta.

Rocé con mis labios su piel, respirando debajo de la suciedad y la sangre, su delicado perfume.

—Lucas, te amo —musitó, y fue tan suave su voz que casi no la escuché.

Una gruesa lágrima le resbaló por la mejilla y juré en voz baja que nadie más le haría daño de nuevo.

—No morirás —Un eco de dolor y rabia regresó a mí al ver que la estaba perdiendo.

Tenía la cabeza de mi Caprichosa en mi regazo y la arropé con cuidado.

—Hijo, todo saldrá bien. Dangelys se salvará.

Me sentía por dentro como un crío asustado y que en cualquier momento rompería a llorar, pero eso no sucedería. Llorar delante de los demás, era algo prohibido para mí.

Dangelys abrió sus ojos durante un breve instante, como si intuyera todo el caos emocional que me embargaba, y se incrementó el nudo de mi garganta.

—Aguenta mi amor. No falta mucho para llegar al hospital.

—Me pase lo que me pase, quiero que sepas que tú has sido el mejor

regalo que me dio la vida —musitó Dangelys en un débil susurro.

Sus dedos viajaron despacio hacia mi cara, toco mis labios y sentí que mi deshilachado autocontrol se rompía.

—Shhh, no hables —Parpadeé para refrenar las lágrimas que se asomaban a mis ojos.

¡Dios mío! Cuando iba a aterrizar el maldito avión. Necesitaba a mi Caprichosa viva, llena de energía, con sus locuras, su torrente de personalidad arrolladora, su ración diaria de comentarios ácidos.

Dangelys era una mujer completamente diferente a las que yo había frecuentado. Era amable, inteligente, cariñosa, divertida... auténtica. Lo que más me gustaba era discutir con ella. La rodeaba un halo de seducción irresistible que la hacía distinta de todas. Me tenía completamente enamorado, sin ella me sentía incompleto. La necesitaba para respirar, para vivir.

—Lucha, no te rindas. Tienes que luchar por mantenerte viva. Puede que tengas ganas de tirar la toalla, de dejar de sufrir, de descansar de una vez, pero no te rindas, por favor.

Tres horas después de llegar al hospital, Dangelys aún continuaba en quirófano.

Había entrado corriendo, sosteniéndola entre mis brazos, rugiendo al primero que se cruzó en mi camino para que trajera un maldito médico tan pronto como fuera posible.

Luego la cosa se complicó al tener que despegarme de ella. Me negaba a moverme de su lado. Scott tuvo que inmovilizarme hasta que desaparecieron por el pasillo. Era un sentimiento tan agobiante el que tenía alojado en mi pecho por no poder estar con Dangelys que me aislé de todos en el extremo opuesto de la sala de espera.

Ocultaba con facilidad lo que verdaderamente sentía. Quizá, era el miedo que me paralizaba. Pero prefería evadir mis sentimientos de cara a los demás cada vez que John, mi madre o Scott me preguntaban.

La ausencia de noticias me consumía por dentro.

Bajo una enorme tensión, la culpabilidad crecía inevitable. Y Scott, que era el que más insistía en hablar conmigo pagaba mi equipaje emocional negativo.

—Déjame en paz.

Utilizaba la excusa de nuestro distanciamiento para evitar que pericibiera

el desbordamiento emocional que me dominaba.

—Habla, llora si hace falta, hermano. Si lo que te detiene es el creer que unas lágrimas te hacen débil, estás muy equivocado. Expresar en palabras el miedo a perder a Dangelys, lo que sientes por ella, en realidad te hace valiente. Al decirlo, acepta lo que eres y lo que sientes.

El inmenso nudo en mi garganta, engullía las sílabas, las consonantes, las vocales. Era incapaz de formular una sola palabra. Estaba aterrado, nunca me había sentido tan asustado.

¡Maldita sea! Sentía que mis pulmones ardían como si me estuviera asfixiando.

—No puedes esperar que comprendamos por sí solos lo que realmente llevas por dentro. ¡Joder Lucas! Eres un puto muro de hormigón —masculló Scott parado frente a mí y lo miré furioso.

No quería apartar mis ojos de la puerta que daba acceso a quirófano, pero sabía que tenía razón. Y ya no pude disimular más el gran hoyo que tenía en el pecho. El dolor y el miedo, como una flecha sin pedir permiso, atravesaron mi corazón derrumbando mis emociones.

—¡No soy un puto muro de hormigón! —le grité con lágrimas en los ojos—. No puedo pronunciar, ni tan siquiera expresar de cualquier forma lo mucho que amo a Dangelys y el pánico que tengo a perderla. La ansiedad ahora mismo me está carcomiendo. ¡No tienes ni la menor idea de lo que soy capaz de hacer por esa mujer que está ahí dentro! —señalé la puerta con el dedo y Scott alzó sus manos y las colocó en mis hombros—. No quiero que se muera... No importa cuantas veces te diga lo mucho que la quiero porque nada de eso será suficiente sino sale con vida de esa mesa de operaciones, si no la tengo a mi lado —dije tragándome el enorme nudo que tenía en la garganta.

Scott entonces, me abrazó con fuerza, con comprensión, sacándome de mi soledad impuesta por años, y sentí que se restauraba nuestro lazo afectivo. Cerré los ojos con fuerza, impidiendo que se escaparan mis lágrimas, pero sabía que mi hermano no tardaría en vencer mi debilitado autocontrol si continuaba con su ataque verbal.

—Lucas, yo sé lo que cuesta saltar al vacío, lo he vivido con Irina. Yo también he sentido miedo al amor, miedo a perderla igual que tú. Cuando se fue creí que me volvería loco.

—Me aniquila la razón pensar que puedo perderla —susurré.

—No la perderás.

Su abrazo de hermano, ese que tanto había necesitado estos años sin



darme cuenta, azotaba mi corazón sacando todo mi dolor.

—Ahora que la tenía por fin conmigo, llenándome por completo. El puto destino me la quiere arrebatarse. Sé que fui un maldito cabrón todos estos años con ella, y por eso Dios quiere castigarme por haberla hecho sufrir. Pero en mi cabeza solo estaba protegerla a como diera lugar. No hay día que no me torture con algunas de las cosas que le dije. No hay día que no piense en como lograr hacerla feliz, demostrarle cuanto la amo, pero en el fondo siempre he sabido que la vida no nos quería juntos.

—¡No digas esas cosas!

Una voz femenina que esperaba que estuviera en la cafetería cortó mi tirano y autodestructivo discurso y me deshice del abrazo de Scott para girarme. No tardé ni medio segundo en fundirme en los brazos de mi madre.

—Deja de torturarte a ti mismo —dijo visiblemente emocionada.

—Mamá, sé que la muerte forma parte de la vida y que no hay que temerla. Pero yo ahora mismo tengo mucho miedo —dije llorando—. Tengo pánico a no volver a ver de nuevo su maravillosa sonrisa, su preciosa mirada, no poder vivir más momentos únicos con ella. Si se muere de esta manera tan brutal... ¡No podré soportarlo!

—Dangelys es una mujer muy fuerte. Saldrá con vida de la operación —dijo mi madre—. Tendrías que haber visto como me sacó de allí, con que determinación actuó en todo momento.

—Es una heroína.

La falta de noticias incrementaba mi desesperación. No ver salir a nadie por esa puerta enviaba los peores presagios a mi mente. El tiempo transcurría lento. Mi mundo se destruía en la espera.

—¿Por qué no transcurre el maldito tiempo?

Me pasé la mano por la nuca completamente nervioso.

El médico apareció en la sala de espera al cabo de media hora cuando me encontraba solo con mi hermano, y de seguida, el miedo me atenazó la garganta. La mirada del médico, la rigidez de sus hombros, la incertidumbre en su rostro, eran como si lo dijera todo.

Una tormenta de emociones comenzó a arrasarme por dentro. No estaba preparado para perder a la mujer de mi vida.

El médico empezó a hablar con gesto serio y tragué saliva con los ojos clavados en su rostro.

—La bala no rompió el fémur seccionando la arteria femoral en su

trayectoria, sino hubiera muerto por pérdida de sangre. Tanto si la herida afecta una arteria como la femoral, como si el daño produce en la arteria braquial en cada brazo, arterias de la ingle y las de debajo de las clavículas. Una bala que afecta estas zonas puede provocar la muerte en minutos —dijo antes de quedarse callado durante algunos segundos agonizantes y el pánico me oprimió los pulmones.

Por favor, Dios mío, permite que Dangelys salga con vida de esta, me repetía sin parar.

Mis pensamientos gritaban dentro de mi cabeza.

—Ha tenido mucha suerte —escuché que decía al fin apoyando una mano en mi hombro, y parpadeé una vez, dos, con la sangre rugiendo en mis oídos—. Afortunadamente el cuerpo humano posee ciertos mecanismos de defensa en caso de pérdida rápida de sangre. El sistema vascular reacciona y evita enviar sangre a las extremidades, centrándose en alimentar a los órganos vitales. Pero esto solo ocurre una vez que la herida es cerrada adecuadamente. Su labor ha sido clave en el traslado de la Señorita Neymar. Gracias a usted, y a la intervención que le hemos hecho en el quirófano se salvará.

Inspiró hondo y lo miré con una expresión que era una mezcla letal de confusión y esperanza.

—¿Se pondrá bien?

—Sí. —respondió con seguridad—. En un rato la subiremos a la habitación.

El alivio casi me hizo caer de rodillas, tuve que afianzarme contra la pared.

—¡Mierda Lucas! Te ves como si fueras a desmayarte —dijo Scott de inmediato con rostro severo, pero luego se iluminó con una sonrisa.

El médico se marchó dejándonos solos y tras varios minutos de silencio en los que logré apaciguar mi corazón me acerqué a mi imperfecto hermano.

No sabía si podríamos solucionar nuestros problemas, pero era el momento de hablar de lo que destruyó nuestra relación.

—Fuiste un idiota y no tienes excusa por haberte comportado como lo hiciste —empecé a decir dispuesto a soltar todo lo que tenía dentro—. Pusiste en riesgo a mamá con tu decisión de infiltrarte en la organización criminal, y eso es algo imperdonable. Te desviaste del camino atraído no sé si por el poder o por lo que te sucedió con Irina. Pero cuando empezaste a insinuar que Oleg había sido manipulado por Vladimir te quise matar. Pensaba, ¡Oh, no! Maldito estúpido estás cayendo en su trampa. Llegué a odiarte de verdad por lo que estabas

haciendo...

—Lo sé —me interrumpió mirándome a los ojos con el rostro serio—. Siento mucho el daño que te causé con mi decisión. No pretendía poner en peligro a mamá. Cuando le conté a papá la verdad y me pidió hablar con ella solo pensé en que los dos se merecían la oportunidad de tener una conversación. Sobretudo papá —hizo una pausa antes de añadir—: Él necesitaba decirle a mamá lo arrepentido que estaba por haberlo echado todo a perder.

—La cita en Nueva York la puso en peligro. Mira todo lo que ha sucedido después. Se la pusisteis en bandeja Oleg y tú a Vladimir...

—Tienes razón. Lo siento mucho, Lucas.

—Fuisteis unos irresponsables.

—Lo sé, y no tengo excusa. Tienes todo el derecho a odiarme.

No estaba dispuesto a mentir ni a ponerle las cosas fáciles. Pero su disculpa y su explicación me pillaron por sorpresa, por lo que durante unos segundos reflexioné mis siguientes palabras.

Fue inevitable no pensar en este instante en Dangelys, en lo que me dijo en el Transiberiano.

«Él es tu hermano, posiblemente se pase la vida molestándote y poniéndote de los nervios, pero sin él nada sería igual.»

Mi Caprichosa... Ella tenía razón.

—No te odio —dije sujetándolo de la nuca—. Tenías razón... Oleg fue un títere de Vladimir.

—¿Papá, te pidió perdón antes de morir? —dijo Scott tras respirar profundamente.

—Sí.

—¿Y lo perdonaste? —me preguntó dudativo.

—Le di mi perdón.

Tenía la mirada brillante, se notaba que le resultaba duro hablar de su muerte y sorprendentemente, se me formó un nudo en la garganta.

—Papá nos quería... a su manera, pero nos quería.

—Lo sé —susurré, y a continuación salieron de mi boca con naturalidad unas palabras que creí que jamás pronunciaría—. Yo también lo quería.

Mi confesión le produjo una leve sonrisa y pegó su frente a la mía, sujetándome también por la nuca.

—Yo también te quiero, hermanito. Pero que no salga de aquí, ¿de acuerdo?

Una de las comisuras de mi boca se levantó y sin poder contenerme, le di

un enorme abrazo.

—Mi hermanito malo se hace mayor... y sensibilero —me burlé.

Y sin darle opción a réplica me marché para darle la feliz noticia a mi madre y a John de que la intervención quirúrgica de Dangelys había sido un éxito.

Cuando Dangelys fue trasladada a la habitación entré con sigilo. Estaba exhausto, agotado por el estrés, pero fue verla dormida y una sensación de alivio inundó mi interior.

Tenía unas inmensas ganas de que abriera sus hermosos ojos y que me mirara como solo ella sabía. Volver a oír su voz. Besar su boca, sentir sus suaves labios...

Me acerqué despacio y acaricié su brazo, deseando percibir la calidez de su piel bajo mis dedos.

—Dangelys, amor... ¿puedes oírme?

## Capítulo 22

### Despertar

DANGELYS

Sentía un fuerte dolor en todo el cuerpo a medida que despertaba. Me costaba moverme, tenía la sensación de que tenía todos los huesos descoyuntados, y percibí en medio de mi reconocimiento interno, mientras estiraba el cuerpo, contrayendo y relajando los músculos, como algo tocaba mi brazo. Notaba un tubo en la boca que me rascaba el cuello produciéndome dolor y abrí los ojos aturdida. Confusa miré el techo de planchas, una puerta de color blanco, y supuse que estaba en un hospital. De seguida, me di cuenta que lo que tocaba mi brazo eran los dedos de alguien. Giré un poco la cabeza con dificultad debido a que estaba intubada, un respirador me proporcionaba oxígeno. Forcé los ojos hacia mi derecha y entonces vi la persona que acariciaba mi brazo. Con la mirada borrosa quise hablar en cuanto lo reconocí, pero no pude, y me removí en la cama. El dolor en todo el cuerpo era bastante intenso. Cerré los ojos apretándolos con fuerza durante varios segundos, y al volver a abrirlos, a pocos centímetros de mi cara, me encontré el rostro del hombre de mi vida que al ver mis ojos abiertos, se le llenaron los suyos de lágrimas.

«Lucas»

Mi corazón se detuvo durante un segundo.

La negrura que me rodeaba empezaba a desaparecer y levanté mi mano derecha con dos tubos conectados a mis venas para acariciar su rostro. Unas gruesas lágrimas le desbordaron los ojos y le recorrieron en silencio las mejillas.

—Hola, mi Caprichosa —susurró.

Su voz sonaba visiblemente emocionada y se quebró al pronunciar la palabra «Caprichosa».

Parecía muy agotado. Quise contestarle también, hablar, pero al intentarlo me produjo un fuerte dolor en la garganta y me sentí impotente por no poder

expresarme. Cada célula de mi cuerpo deseaba gritarle cuanto lo amaba.

—Tranquila, cariño —musitó besando mi frente—. Haré que venga una enfermera para quitarte los tubos —dijo con un punto de urgencia en su tono y tocó el timbre que había junto a la cama.

Al cabo de un momento entró una enfermera con un carrito seguida de la doctora y le pidieron a Lucas que saliera de la habitación cosa que se negó en rotundo a hacer. No quería dejarme sola ni un instante, y se sentó en un sillón junto a la cama con la firme convicción de no moverse de mi lado.

Sé que se resistía a permanecer más de un minuto separado de mí, y mi corazón se aceleró.

Las dos mujeres no tuvieron otra opción que claudicar.

La enfermera con cara de resignada cerró la puerta, y tras comprobar los aparatos, se puso en mi campo de visión. Me habló en ruso señalando mi garganta y busqué con la mirada a Lucas, que sujetaba mi mano apretando mis dedos con dulzura.

—Cariño, dice que te va a quitar los tubos porque puedes respirar por ti misma, que no intentes tragar saliva mientras te saca el tubo porque sino sentirás molestia, pero que después notarás alivio —murmuró con un tono de voz bajo, calmado, aunque la preocupación teñía las palabras de tensión.

Asentí con la cabeza y la enfermera me puso unas gasas en el mentón.

Estiró muy suave del tubo grande que tenía por la boca, con mucho cuidado, y la verdad es que no me dolió, solo sentí una ligera molestia. Luego estiró del tubo fino que tenía introducido por la nariz, y ahí sí que me hizo daño, pero de seguida sentí bastante alivio.

La enfermera vigiló la cantidad de líquidos por vía intravenosa administrados, y después, se marchó con la doctora que había intercambiado algunas palabras con Lucas.

Una vez a solas, no tardó en inclinarse sobre mí y besar mis labios con delicadeza. Lo miré a los ojos, esos ojos que me desarmaban siempre que me miraban, y tardé unos segundos en poder aspirar un poco de aire. Quise hablarle de nuevo, expresar mis sentimientos, pero al intentar articular la primera palabra sentí un profundo dolor.

Las lágrimas afloraron en mis ojos y sollocé.

—Shhh, cariño, no intentes hablar, te seguirá doliendo la garganta un par de horas —dijo acariciando uno de mis pómulos con la yema de sus dedos—. Sé que te sientes confundida, pero estás bien. Has tenido una cirugía para extraer la bala.

El recuerdo de todo lo sucedido regresó a mi mente en una espiral cerrada, y con la vista nublada por las lágrimas posé mi mano sobre su corazón.

—Te amo, Lucas —susurré con muchísimo esfuerzo.

Había estado tan cerca de morir que el solo hecho de tocarlo, me hacía sentir más viva que nunca. Sus latidos fuertes y constantes, parecían atravesar en un barrido la delgada tela de su camiseta y de mi piel hasta mis huesos.

—Yo también te amo muchísimo, Dangelys.

Experimenté una fuerte emoción al percibir la vibración de su voz bajo mi mano.

Existe un mundo sutil y energético más allá de nuestra propia percepción, en el que los lazos de amor son para siempre, y yo experimentaba el mágico sentimiento, de que Lucas era mi alma gemela. Sabía que lo habría encontrado en algún lugar del planeta de todos modos.

El destino funcionaba así.

—Creí que moriría... —dije con dificultad, y a pesar del dolor de gargante añadí—: pero te sentía conmigo, dándome fuerzas, cuidándome.

—No me he separado de tu lado en ningún momento. Solo cuando has estado en el quirófano.

Su mano se curvó con infinita dulzura hasta adoptar la curva de mi rostro y suspiré.

—Tú has sido el oxígeno que necesitaba para sobrevivir —dije con mucho esfuerzo.

—Por favor, no hables, descansa.

Su amor por mí se derramaba a través de su mirada, un resplandor de cálida energía que impregnaba mi cuerpo.

—¿La herida me ha causado muchos daños? —quise saber preocupada.

—No. La herida de bala atravesó tu cuerpo sin golpear huesos importantes.

Bajé la mirada para ver la herida y sus dedos se deslizaron por mi mano entrelazándolos con los míos, aferrándome a él con fuerza.

—Te han cerrado la herida y te están administrando antibióticos y analgésicos para evitar infecciones —murmuró.

La firmeza de su mano grande me transmitía seguridad.

—Tienes grapas que el médico me ha dicho que te retirará en unos veinte días.

De repente, palidecí.

—¿Veinte días?

Miré al techo durante un tiempo incalculable, pensando en mis padres, en como les contaría todo lo que había pasado. Ni siquiera sabían que estaba aquí, en Rusia.

En cuestión de segundos me invadió una sensación de entumecimiento.

—Cariño, tienes que intentar descansar.

Sentí la ligera presión de sus dedos y lo miré con un repentino miedo.

—Mis padres no pueden saber que estoy ingresada en un hospital en Siberia —dije con una terrible inquietud—. Se asustarían muchísimo si me vieran así.

A pesar de sentirme terriblemente cansada y dolorida tiré de mi brazo, y Lucas me detuvo, sujetándome con una determinación inquebrantable.

—Dangelys, amor, para. Tranquilízate. De momento no diremos nada hasta que no hablemos de nuevo con el médico.

Notaba sus dedos fuertes en mi brazo, colocándomelo con cuidado en su lugar.

—Tienes que intentar dormir. Confía en mí, yo me encargaré de todo —me tranquilizó.

Inclinó su cabeza aproximándose a mi rostro y presionó sus labios con suavidad contra los míos.

—No quiero dormir —protesté intentando mantener los ojos abiertos en un esfuerzo titánico.

Lucas sonrió.

—Duerme un rato.

—No —susurré tozuda.

Se echó a reír.

—Caprichosa...

El sonido de su risa tranquila me provocó un efecto reconfortante y le devolví la sonrisa.

—Mis ojos se cierran solos. Sin duda es un complot —bromeé en voz baja. La medicación dificultaba mi concentración, sentía como perdía la conciencia, deslizándome hacia la oscuridad por culpa de los sedantes. Pero había algo más que me preocupaba y me sobrepuse a la bruma de mi mente para preguntar—: ¿Sabes dónde está Savannah?

Lo miré a los ojos y de sus facciones desapareció todo rastro de humor.

—Ella me ayudó a escapar —susurré—. Tengo miedo de que le haya ocurrido algo malo.

Mi voz sonó llena de ansiedad y unas inesperadas lágrimas brotaron de



mis ojos al ver como Lucas negaba con la cabeza.

—No sé nada de ella.

Limpió mis lágrimas y luego me besó en los labios en un movimiento lento.

—Vladimir destrozó mi móvil. Savannah no podrá ponerse en contacto conmigo en caso de que esté viva —dije con el pánico revoloteando en mis pulmones—. Necesito saber que ha pasado con ella.

No sabía si su maniobra arriesgada en el último momento para ayudarme a escapar podría haber tenido consecuencias fatales para ella, o si había muerto en uno de los tanques.

Las dudas carcomían mi corazón.

—Duérmete, mi vida. Yo me encargaré de averiguar donde está Savannah —me prometió mientras acariciaba mi mejilla con el más delicado de los roces.

Lucas acarició con su nariz mis párpados de nuevo cerrados y respiré hondo. Cabía también la pequeña posibilidad de que Savannah sencillamente quisiera desaparecer.

Considerar el hecho de no verla más, oprimió mi pecho.

—Ahora, relájate y duerme —dijo contra mi boca mientras sus dedos no dejaban de acariciar mi pelo, mi mandíbula, mi garganta.

Frotó su mejilla contra la mía y el agradable olor de su piel suavizó un poco los bordes dentados de mi corazón.

—Gracias, por cuidar de mí.

Mi cuerpo empezó a calmarse y me quedé dormida pensando en Savannah. En algún momento en el transcurso del sueño sentí los labios de Lucas en mí oído susurrarme:

—Te amo.

El muro infranqueable de Morfeo no me permitió responder a lo que deseaba decirle.

«Yo también te amo.»

La oscuridad total se adueñó de mí.

Los sedantes finalmente me vencieron, y no sé si estuve flotando durante minutos, horas o incluso días, pero al abrir los ojos mis pensamientos continuaban anclados en Savannah.

Abrí los ojos y vi una silueta femenina de espaldas a mí, junto a mi cama. Me pregunté donde se encontraba Lucas. La inesperada presencia de la mujer parecía una aparición del más allá, solo le faltaba la aureola. La luz que entraba por la ventana de la habitación iluminaba su largo cabello rubio de una forma

que le daba un aire angelical. Entonces me llegó el aroma de su perfume dulce, intensamente floral y de seguida se me aceleró el corazón.

«¿Savannah?»

Víctima de mil sensaciones quise hablar para que se diera la vuelta y poder ver su cara, pero me sentía como si mi cuerpo estuviese desconectado, probablemente debido a que los médicos me suministraban sedantes potentes por goteo intravenoso. Aún así, me dolían muchas partes del cuerpo como los brazos, las piernas, el cuello e incluso la cara.

La mujer de preciosa melena rubia que estaba segura que era Savannah permanecía inmóvil, y se me formó un nudo en la garganta cuando escuché un sollozo ahogado en el silencio de la habitación.

«¿Estaba llorando?»

Sus hombros empezaron a estremecerse una y otra vez y el nudo en mi garganta creció extendiéndose hasta mi pecho.

Dio un paso para alejarse de mi lado y automáticamente levanté mi mano derecha con una energía que no sé de donde salió y agarré con fuerza su muñeca.

—¿Pensabas irte sin despedirte de mí? —dije con voz ronca y afónica y comencé a toser de manera incontrolable.

Su vestimenta era totalmente distinta a la que solía llevar en Nueva York por eso me había costado reconocerla.

Se giró despacio y vi que no quedaba nada de la sofisticada Savannah. Su rostro, sin una sola gota de maquillaje transmitía una tristeza abrumadora. Su mirada, parecía contener todos los sinsabores de la existencia.

—Pensé que no te vería más —susurré con dificultad soltando su muñeca—. Tu despedida con ese «Hasta nunca» fue muy...

—¿Convincente?

Sus ojos azules brillaban por las lágrimas y pensé que puede que no estuviera todo perdido con ella.

—¿Dónde has estado? —pregunté impaciente—. ¿Cómo has sabido que estoy hospitalizada?

Quería saber todo lo relacionado con su vida, pero me costaba hablar, hacerlo me producía un fuerte dolor de garganta.

—Lucas me encontró —dijo con un hilo de voz acercándose más a mí, y después de un largo silencio por parte de ambas rompió a llorar—. Dangelys, quiero que sepas que me siento culpable de lo que te ha pasado y quisiera cambiarme por ti.

—Me pondré bien, no te preocupes —dije en una especie de susurro casi

inaudible debido a la emoción.

Con las lágrimas resbalando por sus mejillas, sujetó mi mano y no me di cuenta hasta que volvió a hablar que yo también estaba llorando.

—Vladimir venía casi todos los días al orfanato cuando era pequeña. Me decía que mi padre no me quería, que tenía una familia unida y feliz, con una hija a la que adoraba y que por supuesto no era yo, ya que yo solo era un error del pasado... —empezó a narrar con sus ojos fijos en mí—. Me decía que yo era un estorbo en su vida plagada de éxito. Crecí escuchando una serie de promesas donde la venganza era el punto central. Jamás dudé de él. Se comportaba de un modo cariñoso conmigo. Por favor, dime que me perdonas, dime que aún estoy a tiempo de cambiar esta situación —sollozó inconsolable con el rostro arrepentido—. Sé que te he mentado, que te he fallado. Si me dices que no me perdonas lo entenderé... Me alejaré de ti.

Tuvo que parar de hablar por la fuerza de su llanto y observé su cara bañada en lágrimas.

—Eramos amigas, o al menos eso creía hasta que me dijiste en la redada que me odiabas.

—No te odio —se apresuró a decir—. Vladimir me tenía envenenada con sus mentiras. Ahora me doy cuenta de que su afán de venganza y de dominarlo todo no tenía límites. Gracias a su maldito poder me tuvo escondida en un orfanato durante toda mi infancia —sollozó—. En el orfanato no tenía nada propio. Nada era mío... Compartía habitación con veinte niños. Todos los días quería irme, veía como los demás eran adoptados, pasando a formar parte de una familia, y yo...

Lloraba como si tuviera seis años y me nació del corazón llevarme nuestras manos unidas a los labios en un gesto de cariño.

—Tú tienes una familia... Eres mi hermana —susurré con voz temblorosa, conmovida por su llanto.

Savannah me miraba con sus ojos azules tan distintos a los míos, pero a la vez tan parecidos por la forma, igual a los de papá, y tras un sollozo lleno de pena, se echó sobre mi pecho llorando.

—No sabes cuanto me alegro de que finalmente entraras en razón —dije abrazándola con fuerza.

—Pudieron matarte, perdóname por favor. No me alcanzará la vida para reparar el daño que te hice.

—¿Cómo no voy a perdonarte si creciste junto al diablo? Vladimir Zakhar ha hecho daño a muchísima gente empezando por su propio hijo Oleg. No tienes

idea por lo que han pasado Lucas y su madre, junto con Scott. Le doy gracias a la vida de que al fin nos hayamos librado de ese hombre. Estoy segura de que a partir de ahora todo va a ir a mejor en nuestras vidas. Pero debes hablar con Sheen, ¿lo sabes verdad? —dije enjugándole las lágrimas de las mejillas y asintió con la cabeza.

—Sí, lo sé —Su mirada se volvió terriblemente triste—. Tendré que decir adiós a mi sueño de ser directora de la Oficina Federal de Investigación de los Estados Unidos.

—Eso no lo sabes —murmuré—. Has sido una víctima de Vladimir Zakhar.

—Tengo que regresar cuanto antes a Nueva York para hablar con Sheen —dijo recobrando la compostura—. Todos piensan que estoy enferma con fiebre en el apartamento sin poder salir. Desaparecí el día de la redada con la excusa de encontrarme mal y desde ese día no he vuelto a la oficina.

Respiré hondo.

—En cuanto regrese yo también a Nueva York, llamaremos a papá para que lo conozcas —dije con una extraña emoción en mi pecho—. Él ya sabe de tu existencia...

—¿Qué? ¿Marcos Neymar sabe que soy su hija?

Savannah se irguió mostrándose muy sorprendida y la sujeté de la mano para intentar calmar su repentino nerviosismo.

—Pensaré que soy la peor persona del mundo —dijo con lágrimas renovadas—. No me perdonaré por lo que te he hecho.

—Marcos Neymar, tu padre, conoce los detalles de tu vida. Es el mejor padre del mundo y lo comprobarás desde el minuto uno que lo conozcas. Confía en la palabra de tu hermana.

La abracé una última vez antes de que se marchara, con la promesa de vernos en cuanto regresara a Nueva York, y sentí que sus sollozos fragmentados, me fueron soltando lentamente todo el peso que sentía en el pecho.

Eliminado Vladimir llegaba la hora de centrarnos en el presente.

El de Savannah consistía en tomar las riendas de su vida, dar el primer paso para cambiarla, y el mío en recuperarme lo antes posible.

## Capítulo 23

### La Perla de Asia

Hacía mucho frío fuera, el viento sacudía las ventanas, pero disfrutaba desde el sofá del salón del aislamiento que me provocaba. Hacía una semana que me habían dado el alta en el hospital, y Lucas y yo, nos estábamos quedando en la casa del lago. No quería regresar a Nueva York hasta estar totalmente recuperada. Había llamado a mi padre desde el móvil de Lucas después de la operación, con la firme intención de contarle toda la verdad. Sin embargo, su reacción negativa tras conocer la noticia de mi viaje a Rusia, me hizo decidir posponer confesarle la verdad. Sin duda, tenía mejor aspecto en el rostro, pero los cardenales en el cuerpo aún amarilleaban algunas zonas. Y si mi padre, que ya se había molestado por mi viaje, me veía con los moratones y la herida de bala aún en proceso de curación, corría peligro la débil tregua con Lucas.

Definitivamente, no quería que pagara su enfado con él.

El hombre que había sacrificado todo por mi felicidad.

Bajo sus cuidados, sanaba tanto emocional como físicamente de la herida de bala y la brutal sesión de tortura a la que fui sometida por los hombres de Vladimir Zakhar. Mi mejor tratamiento estaba siendo él. Lucas era mi gasolina, mi mejor medicina. No se separaba de mi lado en todo el día. Me sentía abrumada por los sentimientos.

El dolor mejoraba, la herida cicatrizaba, era cuestión de tiempo que regresáramos a Nueva York. Tenía muchas ganas de volver a ver a Savannah, y sobretodo de poder presenciar el esperado encuentro entre ella y mi padre... Nuestro padre.

Tenía que reconocer que aún me sentía en shock.

Nuestras conversaciones diarias estaban plagadas de preguntas. Abundaban en exceso en nuestras interminables llamadas. Savannah quería saber todo lo relacionado con papá, algo totalmente comprensible. Vladimir había hecho uso de verdades sin cabeza, falsedades con muchas patas cortas sobre él, y precisaba conocer al verdadero Marcos Neymar. Aunque para ambas algunas

verdades dolieran, era algo que necesitábamos. Era el único modo en que podíamos avanzar, y que ella aunara fuerzas para cuando llegara el momento de conocer a papá en persona.

Savannah necesitaba dejar a un lado la falta de certeza, la desconfianza, y ante todo, la inestabilidad emocional que suponía un pasado lleno de mentiras.

Sentada en el sofá, descansaba viendo como el sol poniente empezaba a descender detrás de una montaña e inundaba el cielo y la superficie congelada del lago, de una infinidad de tonos anaranjados.

Adormilada, llena de serenidad, capté un movimiento a la derecha del patio delantero y vi como Lucas se dirigía a la casa de Boris. Me lanzó una mirada con una intensidad casi tridimensional, en la que me decía que no saliera de la casa, y solo la férrea atracción ejercida con sus ojos oscuros logró acelerar mi corazón.

No le gustaba que paseara sola cerca del lago. Insistía en que después de casi morir, mi cuerpo agotado y convaleciente necesitaba reposo.

Lucas iba vestido con jeans oscuros y un jersey negro de cuello alto debajo de un abrigo. Cada gramo de su formidable cuerpo al caminar desprendía poder y sexualidad, tensando mis músculos.

Me moví nerviosa en el sofá. Llevaba días ardiendo en deseos de que me hiciera el amor. No podía evitar que a pesar de estar convaleciente quisiera seducirlo. Por las noches a la hora de ir a la cama a dormir, no podía concentrarme en nada más que no fuera él encima de mí, debajo de mí... dentro de mí. Pero su control era tan inamovible como una montaña. Se negaba a hacerme el amor. Sabía que antes preferiría arrancarse un brazo que causarme algún daño por satisfacer su placer.

Cada noche me envolvía en sus musculosos brazos y me pegaba a su cuerpo hasta que caía profundamente dormida mientras un mundo salvaje en mi mente me dominaba. Tenía sueños calientes en los que Lucas saboreaba mi cuerpo, recorriendo mis muslos, explorando mi piel, subiendo su boca hacia mi sexo, produciéndome una inmensa llamarada con su lengua.

Acurrucada en el sofá con una manta tuve que abandonar ese flujo constante de pensamientos o sino iba a arder la casa de madera entera, y no por culpa de la chimenea. Estábamos solos desde hacía días. Tara y John habían volado a Moscú junto a Scott para conocer a Irina. Pasarían unas semanas allí antes de regresar con nosotros a Nueva York. Eso significaba que tenía muchas horas al día para darle vueltas al tema de mi particular incendio forestal, del cual el pirómano se encontraba ahora mismo en la casa del vecino no se sabe

haciendo qué.

«¿Qué estarán haciendo?» Me pregunté, deseando curiosear.

Lucas forjaba algo bajo la atenta mirada de Boris que sostenía un pequeño saquito azul.

Boris era un hombre que evocaba el orgullo y la dureza de la vida rural del pueblo ruso. Él y su mujer vendían alfileres de bronce, joyas y cristal que elaboraban en el taller de su casa, donde precisamente se encontraba ahora Lucas.

En estos días había sido testigo de cuanto cariño le tenían. Desde mi condición de observadora, poco a poco tomaba conciencia de como podían sobrevivir aquí los habitantes de Listvyanka a los inviernos siberianos de menos cuarenta grados. Tenía que reconocer que la vida aquí latía a un pulso diferente, o al menos así lo sentía.

Siberia era esa fuerza de vivir en una tierra inconmensurable que resistía los intentos de destrucción por parte del hombre. Aquí el invierno era muy largo, la naturaleza indómita, y había que apretarse juntos los unos a los otros para darse calor y vida, como me decía Lucas medio en broma a la hora de acurrucarnos en el sofá o la cama.

Siberia era también tierra de libertad. Pero de una libertad relativa para poder subsistir. Aquí no se podía ser individualista sino comunitario. Porque solo en comunidad podía superarse las dificultadas cotidianas. De ahí que no me extrañara la visita de Lucas a la casa de sus vecinos, seguro que había ido a ayudarles en algo. Eran una pareja solidaria, ajenas a la tecnología decisiva en un mundo en ocasiones despiadado.

Miré los ondulantes músculos del brazo de Lucas ya sin el abrigo mientras trabajaba con Boris en algo que no podía ver desde mi distancia, y decidí salir a respirar un poco de aire fresco, o más bien glacial para despejar mi cabeza.

Todavía me «atormentaban» las imágenes de mis sueños, me producían un efecto demasiado intenso. Así que manejándome como una profesional del escapismo, me fugué por la puerta de atrás de la casa para que no me viera Lucas.

Esperaba que no se diera cuenta, concentrado como estaba en el taller de Boris.

Con el equipamiento necesario para aguantar las bajas temperaturas, me acerqué al lago cuando el sol se escondía del todo detrás de las montañas. Sentada en un banco del solitario embarcadero, pude saborear los últimos minutos del atardecer. Las escasas pinceladas de color en el cielo. Y así estuve

un buen rato en silencio, contemplando la belleza del paisaje, hasta que sentí la presencia de Lucas detrás de mí.

—Me has dado un susto de muerte —dijo en tono severo—. Te dije que no salieras sola a pasear.

Giré mi cuello para ver al dueño de esa profunda y severa voz y me encontré con su mirada letal y peligrosa.

—Aún estás débil —murmuró molesto bajo la luz de una de las farolas del embarcadero.

—No estoy tan débil —dije con firmeza.

Sus ojos centellearon al ver mi gesto desafiante.

—No, ya veo que no —dijo tenso—. Has sido muy rápida y astuta escapando por la puerta de atrás. Un segundo estabas en el sofá y al siguiente, habías desaparecido.

—No sabía que habías regresado a tu trabajo de niñera conmigo —me burlé a punto de reír.

—No, Dios me libre. ¡Qué tortura de años!

—¿Perdona? — Enarqué las cejas—. ¡Tortura la mía con tus reacciones!

Sus labios de pronto se curvaron, ocultando la sonrisa en la bufanda.

—¿Te aburría mirarme y por eso decidiste salir? —contraatacó, y antes de que abriera la boca para replicarle añadió—: No has parado de cotillear lo que hacía con Boris en el taller.

Me di cuenta de que intentaba contener la risa y estreché la mirada.

—¿Qué has estado haciendo en su taller? —pregunté incapaz de contener mi instinto curioso por naturaleza.

—¿Quieres saber que he estado haciendo?

Me sonreía con suficiencia y lo fulminé con la mirada.

—Sí.

Quise levantarme para ir a la casa de Boris, pero puso las manos en mi cintura y me detuvo.

—¿No quieres que vaya a verlo? —pregunté confundida.

—No.

El tono de su voz se volvió serio.

Contemplé la expresión de su rostro y sus ojos oscuros me desorientaron.

—Pero...

—No hace falta que vayamos al taller —dijo de seguida con una sonrisa que dejó entrever sus dientes deslumbrantes—. Me preguntaba si... —su voz resultó extraña y entonces mi corazón dio un brinco al percatarme de que se iba



a arrodillar—, si tal vez....

—Lucas, ¿qué haces? —dije, sorprendida.

La imagen del cuerpo de Lucas majestuosamente arrodillado me superó. Y más cuando dio rienda suelta al devastador poder de su mirada mientras sujetaba una de mis manos.

—Estoy completamente enamorado de ti. Desde hace más de cinco años sé que eres la mujer de mi vida —empezó a decir con voz pausada y aterciopelada y los latidos de mi corazón se dispararon—. Eres una mujer tan valiente, tan fuerte, tan maravillosa, que te aseguro que sin ti, yo no sería el hombre que tienes ahora a tu lado. Me llenas de amor cada día. Me has enseñado a amar como sino hubiera mañana, me has enseñado a ver cosas nuevas en esta vida —hablaba mirándome a los ojos con el fondo mágico del lago y miles de mariposas volaron en mi estómago—. Gracias por perdonar mis errores, mis gilipolleces, gracias por tanto. Podría seguir toda la puta noche expresándote lo mucho que te quiero, pero quiero decirte algo...

Arrodillado frente a mí, con sus ojos clavados en los míos, fui consciente de que me había elegido para despertar juntos cada mañana de nuestras vidas, y se me nubló la vista por las lágrimas.

—Lucas... —susurré, tapándome la boca con la otra mano.

—Yo robé tu corazón y no te lo pienso devolver. Esto no es más que una muestra de mi amor por ti, porque yo me casé contigo el día que te hice el amor por primera vez.

Sacó de un bolsillo de su abrigo un saquito de tela sencillo que reconocí de inmediato por su color azul. Lo abrió con facilidad y las manos me temblaron cuando hizo resbalar de su interior a la palma de su mano un precioso anillo cóncavo de oro blanco con un zafiro azul.

—*¡Oh, Deus!* Que bonito... —mi voz se quebró emocionada.

—Es único, lo he forjado expresamente para ti.

Iluminado por la luz de la farola, vi que la curva era como una cascada, donde la piedra azul del zafiro resaltaba la ondulación

—Es precioso, Lucas —susurré.

Miré sus ojos que eran de una intensidad abrumadora y me olvidé hasta de respirar al pronunciar con su voz varonil la siguiente frase:

—Tan mía, como yo tan tuyo, como tan nuestro —dijo, entrelazando nuestros dedos después de deslizar el anillo en su lugar.

Mi corazón sencillamente se derritió.

*¡Deus!* Hasta para pedir matrimonio era diferente al resto de los hombres.

Era tan romántica su declaración de amor a pesar de no pronunciar las típicas palabras que el corazón me latía enloquecido.

—Tuya. Solo tuya. Tu hogar, tu destino... porque así lo decidiste tú —musité inclinándome hacia él.

—Te amo, Dangelys . Esto que te ofrezco es de todo menos una prisión dorada, porque mi máxima aspiración es verte volar muy alto —dijo sujetando mi rostro con sus manos y me perdí en la profundidad de sus ojos—. Quiero seguir conquistándote siempre, sin ausencias. Quiero aprovechar el regalo que el destino me ha hecho, dejándome disfrutar todos los días de ti. Quiero conocer las arrugas más profundas de felicidad de tu cara, a causa de toda una vida transcurrida juntos.

Yo era suya, y él era mío. Solo mío.

Sin poderme contener, me abalancé sobre él con ímpetu y lo besé. Mi maniobra lo sorprendió y estuvimos a punto de caer al suelo de un resbalón por la inercia de mi ataque. Pero logró incorporarse entre besos y risas y me atrajo hacia su imponente cuerpo con una expresión feliz en su rostro.

—Esto es lo que me hace estar completamente enamorado de ti. Eres tan real... —susurró rozando con su boca mis labios—. No sé si te lo he dicho aún, pero... eres mía. Solo mía. Miísima. Me vuelves loco sin prácticamente pestañear.

Atrapó mi boca de nuevo y esta vez el beso fue intenso, sentido, necesitado... tanto, que me estremecí hasta la médula.

La oscuridad se hizo total a nuestro alrededor a excepción de la única farola que había en el pequeño embarcadero. Y sin luces urbanas cerca, ni luna llena, alcé el rostro justo para ver como el cielo se convertía en una lluvia de colores.

—*¡Oh, Deus!* Este lugar es de ensueño —susurré asombrada.

Existen pocos espectáculos de la naturaleza más hermosos que la aurora boreal, y presenciar tal despliegue etéreo de colores resplandecientes que producen las luces nórdicas, acompañados del amor de tu vida, no tiene precio.

Sentados en el embarcadero, Lucas y yo nos quedamos un rato más para contemplar como aparecían en forma de una cortina de luz, o con forma de arcos y espirales, con despliegues intensos de color verde, rojo, azul y púrpura. Yo había oído hablar de este espectacular fenómeno gracias a Nayade, que en alguna conversación me había explicado como era presenciar una aurora austral en las regiones del Polo Sur. Pero por muchas imágenes que compartiera conmigo en un intento de poder disfrutar de ese momento, la sensación de verlo

en directo, era impresionante.

—No doy crédito ante lo que están viendo mis ojos. Parece que estoy observando una imagen editada del cielo, que tiene photoshop —dije anonadada de ver el cielo brillar y bailar en diferentes sendas de colores.

—Cuando era niño, siempre me escapaba por las noches para venir aquí a ver las luces en el cielo —confesó Lucas en tono tranquilo—. John me había contado un día que en la cultura oriental las auroras eran las responsables del origen de los dragones, y me imaginaba que las luces eran los dragones danzando en las alturas.

—Que bonita leyenda —sonreí.

Mi visión del mundo nunca volvería a ser la misma. Los colores lo envolvían todo como si de un cuento se tratara. Un momento en el que lo terrenal y lo espiritual se aunaban en un mismo punto.

Empecé a tiritar ya que la temperatura caía en picado y pensé ¡qué diablos! ¿A quién le importa pasar frío? Estaba siendo testigo de uno de los fenómenos más maravillosos e imprevisibles de la naturaleza. Pero Lucas no opinaba lo mismo y me llevó de regreso a casa porque no quería que me enfermara.

—El tratamiento médico ha debilitado tu sistema inmune. No quiero que te expongas tanto a las bajas temperaturas.

—Tampoco hace tanto frío —me quejé mientras caminábamos hacia el patio trasero de la casa.

Aunque no lo quería reconocer, lo cierto es que mis músculos temblaban debajo del abrigo. Mi cuerpo no estaba diseñado para el frío de Siberia, eso lo tenía claro. Una vez pasada la euforia de haber visto una aurora boreal, la temperatura helada me provocaba tener la piel de gallina. Estaba deseando tomar un caldo caliente.

Sentada en el borde de la cama, me quitaba la ropa después de haber disfrutado de la deliciosa cena que nos había preparado la mujer de Boris. De primero una sopa llamada *borsch* hecha a base de verduras y carne que había eliminado el hormigueo en mis dedos de las manos y de los pies, y de segundo *Pirozhki*, empanadas rellenas de una variedad de verduras y carnes.

Los platos preparados por la vecina me habían ayudado a recuperar la temperatura corporal, pero me disponía a tomar una ducha que terminaría de hacerme entrar en calor.

Sin embargo, cuando la puerta se abrió y entró Lucas con su seguridad

habitual no estuve tan segura de necesitar esa ducha.

—¿Pensabas ducharte sola? —dijo lanzándome una larga mirada mientras cerraba la puerta.

—Sí. —respondí.

A veces, lo que necesita la gente es encontrar equilibrio en una relación. Pero yo disfrutaba con el desequilibrio que me producía Lucas con tan solo aparecer en la habitación.

En un instante asumía el control total del espacio y eso me ponía muchísimo.

—El médico me retiró ayer las grapas. No hay ningún problema en que me duche sola —añadí resuelta y escuché como tomaba una respiración profunda.

Hubo un breve silencio, donde ambos permanecimos observándonos. Luego se quitó el jersey con un movimiento rápido y mi mirada viajó a lo largo de las fuertes líneas atléticas de su enorme cuerpo.

—Me ducharé contigo —resolvió con una mirada intensa y se me aceleró el corazón—. Quiero comprobar que la cicatrización sea correcta, que no tienes una infección.

Se quitó el resto de la ropa y tuve que cerrar la boca para no babear el suelo al ver como se alejaba desnudo hacia el cuarto de baño.

—Iré calentando el agua —dijo sin mirarme.

Sus piernas largas y musculosas moviéndose de un modo seductor resultaba ser la culminación de mis deseos.

—No hace falta. Fría ya me va bien —respondí, rindiéndole un colosal tributo a su culo.

¡Joder! ¿Qué no se daba cuenta lo mucho que me afectaba ver su cuerpo desnudo?

Me terminé de quitar la ropa nerviosa, sabiendo la tortura que me esperaba en la ducha.

En cada baño, Lucas, me retiraba con cuidado el vendaje antes de empezar y enjuagaba suavemente la herida con agua. No frotaba, ni restregaba la herida. Siempre observaba como lo hacía concentrado, y como después me secaba la zona de alrededor de la herida con toques suaves. Todas las noches era igual, pero esta noche no estaba dispuesta a permitir que la ducha terminara como siempre. El médico me había autorizado a caminar un poco y hacer ejercicio leve y quería empezar con el ejercicio ahora. Con el pulso alterado mientras Lucas enjuagaba la herida pasé una de mis manos por su torso, entre sus pectorales,

hacia abajo, queriendo descontrolarlo.

Lucas de inmediato ladeó la cabeza y su mirada dominante me atrapó.

—Caprichosa...

—Quiero que me hagas el amor —dije con escaso oxígeno en mis pulmones y emitió un sonido gutural.

—No.

—¿Por qué? —pregunté.

Deslizaba mi mano por sus abdominales, su estómago, la fantástica línea de sus oblicuos, y cerró los ojos momentáneamente cuando con la otra rodeé con mis dedos su más que evidente erección.

—Estás herida —masculló con los dientes apretados.

Comencé a masturbarlo despacio y dejó escapar un gemido que erizó toda mi piel.

—No me va a pasar nada —susurré.

Deseaba que la corriente de excitación lo arrastrara hacia mí y decidí dar un paso más rozando con mis labios uno de sus pezones.

—¿De verdad que no quieres hacer tuya a tu prometida? Sé que quieres dar rienda suelta a tu deseo por mí.

Dejé que notara mi respiración agitada sobre su pezón y luego se lo lamí de un modo muy sensual.

—¡Dangelys! —gruñó, abriendo los ojos.

Clavó su mirada de lava ardiente en mí y vi tanto deseo en ellos que casi se me doblaron las rodillas.

Lucas de pie, desnudo bajo la ducha, totalmente empalmado, con el agua resbalando por sus músculos, era una imagen para enmarcar en la colección privada de mi memoria. Tenía todo lo que cualquier mujer desearía. Un cuerpo duro, un rostro hermoso cuya belleza perduraba pasaran los años que pasaran, y ese extra de su carácter. Fuerte y con carisma, con la habilidad de derretirte o asesinarte con tan solo una de sus miradas.

Observé su esplendida erección entre mis dedos, como crecía con cada suave movimiento de mi mano y me dieron unas terribles ganas de darle un lametón, metérmela en la boca, chupársela como si fuera un delicioso helado. Acaricié su glande con los dedos y otro gemido escapó de sus labios.

—Dangelys, detente —masculló sin una pizca de suavidad en su voz con la mandíbula tensa y mi corazón se aceleró—. No quiero hacerte daño.

—Te deseo mucho, Lucas —susurré con la voz enronquecida.

Sabía que me frenaría, que no me poseería. Sus manos estaban a escasos

centímetros de las mías, pero pasó un segundo, luego dos sin intentar apartármelas, y mi ritmo cardíaco empezó a latir atropelladamente.

—Aún no estás recuperada.

Sus ojos ardían.

—Por favor —supliqué posando mis labios en su cuello—. Por favor, Lucas.

Durante un interminable instante se quedó quieto y cuando creía que lo tenía todo perdido, sucumbió.

Con un gruñido me atrajo hacia sí sujetándome por la nuca y se adueñó de mi boca agitado por el contacto de mi mano en su polla. Sus labios se apoderaron de los míos con un afán febril y un terremoto sacudió mi cuerpo.

Bajo el agua de la ducha nuestras bocas se fusionaban con frenesí en un beso hambriento y exigente. Lamía mis labios con lengüetazos sexys, los mordisqueaba, los gobernaba con ansia impúdica, al mismo tiempo que yo lo masturbaba.

—Cariño, me vuelves loco de deseo.

Deslizó sus manos por mi torso y las desplegó bajo mis pechos, abarcando luego con las palmas mis tetas por completo. Después acarició con las yemas de sus dedos mis erguidos pezones, se metió uno en la boca y gemí de placer.

—Te necesito dentro de mí —dije sintiendo un ansia profunda y metí mis dedos entre su pelo oscuro y sedoso para acercarlo más a mí.

De pronto, como si hubiera tocado un interruptor, dejó de tocarme y siseó algo entre dientes que no entendí. El latido que sentía entre mis piernas resultaba casi doloroso y temí que se marchara en el momento que abrió la mampara de la ducha.

—Lucas, yo...

Pero ese no fue el caso.

Me levantó en brazos con cuidado y entre besos suaves me llevó a la cama. Me depositó sobre la colcha sin importar que estuviera mojada, y paseando su boca por mi cuello, mis pechos, se tumbó sobre mí con las manos apoyadas a los lados de mi cabeza.

—Haremos las cosas bien —dijo dándome un breve beso en los labios.

Se incorporó y me dejó descolocada en la cama al marcharse al cuarto de baño.

—No serás capaz de dejar a tu prometida así, ¿no?

Dolorosamente caliente me incorporé un poco confundida por este giro brusco de la situación, pero se me cortó el aliento al verlo aparecer de nuevo

desnudo en la habitación con una toalla, una venda y apósitos en la mano.

Envuelto en su habitual belleza sin miedo, con sus músculos esculpido a mi visión, se acercó a mí en silencio y se aseguró de secar y cubrir mi herida, con un apósito y la venda elástica para proporcionarme una mayor protección. En cuanto terminó se tumbó encima de mí con una sonrisa ladeada.

Sus ojos intensos repletos de pasión me dejaron hipnotizada.

—¿Por dónde íbamos? —susurró sobre mi boca y me perdí en las capas de terciopelo de su voz.

—Ya no me acuerdo —dije con un murmullo.

Lucas hundió su rostro entre mis pechos para inhalar mi olor y me estremecí.

—Creo que íbamos por aquí.

Elaborado con intensidad intoxicante, con potencial oscuro, me encantaba sentir todo su cuerpo de mármol cubierto de seda pegado a mí. Fuerte, grande, duro, no me pude resistir a pasar mis manos con avidez por toda su espalda cuando volvió a atacar mis pechos.

Presa de la excitación, gemía en cada succión y lamida de su caliente boca. Entonces abrió mis piernas hasta quedar totalmente expuesta a él y la sensación de placer fue casi insoportable en el momento que deslizó su cuerpo hacia abajo y puso sus labios a lo largo de mis empapados pliegues. Lamió mi parte más íntima, arrastrando la punta de la lengua sobre mi clítoris y sostuve su cabeza con fuerza contra mí, gritando y temblando espasmódicamente.

—No sabes las ganas que tenía de saborear tu coño —gruñó con la mirada llena de lujuria mientras yo luchaba por respirar.

La excitación rugía dentro de mí a causa de los toques suaves, pero rápidos y diestros de su lengua en mi clítoris. Levantaba mis caderas contra su boca, y como era de esperar, en cuanto metió dos dedos dentro de mí me corrí.

—¡Oh, sí! ¡Joder! —grité en pleno clímax.

Lucas me devoraba ahora con una ferocidad despiadada que elevaba mi orgasmo a cotas muy altas y me abandoné al placer. Gemía, gritaba, sollozaba... Su boca no dejó de torturarme hasta que me convirtió en un ser tembloroso.

—¿Estás bien? —quiso saber al ver como yacía débil sobre la cama.

—Sí. —dije saciada, pero con toda mi atención puesta en su polla completamente empalmada.

Se movió encima de mí con cuidado, colocó su polla dura en mi entrada, y otro estremecimiento de placer se apoderó de mí cuando se introdujo dentro de mí, despacio. Deliberadamente despacio. ¡Deus! Jodidamente despacio. Tanto

que noté cada relieve, cada vena acariciar mi interior de un modo enloquecedor.

—Por favor, avísame si te hago daño —susurró con su frente tocando la mía y me perdí en el ardor de sus ojos oscuros—. Te daré todo lo que puedas soportar, mi Caprichosa. Tú dirás cuando empezar, que ritmo llevar, como... Todo el control lo tendrás tú a pesar de estar debajo.

La sacó con la misma lentitud con la que había entrado y creí que me correría otra vez al empezar a entrar de nuevo con un ligero círculo de caderas.

¡Oh, *Deus!* Sin poder hablar, con la necesidad corriendo por mis venas, le clavé las uñas en su fuerte culo y en respuesta me penetró hasta el fondo.

Nuestras respiraciones se entrecortaron.

—¡Joder, Dangelys! —gruñó con la mandíbula apretada.

La potencia controlada de sus lentas embestidas me deshacía bajo su cuerpo. Rozaba mi boca con sus labios mientras se empujaba profundamente dentro de mí, y mi cuerpo empezó a arder en llamas ante su ferocidad domesticada.

Llevaba tantos días deseándolo, que me parecía mentira haber roto su férreo control. Me arqueaba hacia él cada vez que mecía las caderas contra mí, y su poderoso cuerpo no tardó en llegar al orgasmo, derramándose dentro de mí.

Después del orgasmo que ambos tuvimos al mismo tiempo, cambió de posición. Se tumbó de espaldas aún jadeando, y me pegó junto a su costado.

—¿Te duele la herida? —me preguntó.

La oscura intensidad de su voz hizo que levantara la cabeza.

—No. Ya casi no me duele —dije apoyando mi barbilla en su duro pecho.

Di una bocanada de aire en un intento de recuperar la normalidad de mi ritmo cardíaco, y vi que la preocupación se apoderaba de su semblante.

—¿Seguro? Cariño, dime que no te he hecho daño —dijo acariciando con sus dedos mi mejilla.

Con las emociones a flor de piel, su mirada estaba tan llena de amor, que sentí como si en realidad acariciara mi corazón.

—Solo me molesta un poco —me sinceré.

Lucas bajó la cabeza y posó sus labios sobre mi boca para darme un beso tierno.

—Te dije que tú tenías el control, ¿Por qué no me detuviste?

El espacio entre su boca y la mía era mínimo.

Mi cuerpo exhausto continuaba acalorado. La sangre aún me bullía en las venas, y durante un momento, me quedé en silencio observando su rostro.

Ante mis ojos Lucas era inigualable, único... perfecto. Mis pupilas



amaban perderse en su mirada. Mis dedos adoraban perderse en su cabello y en su barba de varios días letal e irresistible. Mi boca en sus labios tentadores y arrolladores. Mis oídos amaban su voz grave y fascinante, sus susurros, su varonil risa. Mi cuerpo sabía de memoria el olor natural que desprendía su piel. Estaba completamente enamorada de él. Mi tacto no concebía vivir un solo día sin su calor, sin sus caricias, sin la seguridad que emanaba cuando me abrazaba, sin la descarga eléctrica que me provocaba con un simple roce.

La respuesta a su pregunta era más que obvia.

—Por nada del mundo quería que te detuvieras —susurré—. Te necesitaba dentro de mí tanto como respirar.

Lo amaba con todos mis sentidos y en el instante que su boca selló de nuevo la mía, se originó una tempestad.

Los latidos, las respiraciones, los roces de nuestros cuerpos se volvieron incontrolables. Con la piel erizada, el deseo fue tal otra vez, que me recostó sobre la cama y me embistió sin más. Eramos uno, creados, contruidos, hechos para amarnos sin medida.

—No existe mejor sensación que estar dentro de ti —dijo rozando con sus labios mi oído, y su aliento entrecortado desbocó mi corazón.

Entre gemidos, con movimientos súbimes, mezclados con una sobredosis de necesidad, llegamos de nuevo al límite máximo del éxtasis.

El frío reinaba fuera de la casa de madera pero aquí dentro, todo era calidez. Solos, él y yo, únicamente rodeados de la perfección de nuestro amor. El instante era perfecto, la noche estaba siendo mágica. Este momento, no se igualaba a ninguna otro. Lo observaba, lo veía mirarme sin ningún filtro, su lado más romántico había salido a la luz. Entonces me di cuenta que no había mayor felicidad en mí.

Era su prometida. Era suya. Enteramente suya.

—Te amo, Lucas —dije bajo el efecto indescriptible y adictivo de su mirada.

Sujetaba su rostro con mis manos y le di un beso largo y lento.

—Yo también te amo, mi Caprichosa. ¿Qué te parece si nos quedamos para siempre en Siberia? —murmuró adormilado con una sonrisa sexy y ladeada en sus labios.

Me rodeó con sus brazos y reprimí una sonrisa.

—Ni hablar, mi cuerpo odia el frío —dije en tono de broma.

—Hace un rato no opinabas lo mismo mientras mirabas el cielo.

Se levantó de la cama y tiró de mí con suavidad para que me levantara.

Sonreíamos relajados por la forma en que había transcurrido la noche y cuando iba a protestar por su extraña maniobra, vi que sacaba mi pijama del cajón y luego quitaba la colcha mojada para poner una limpia.

Transcurridos unos minutos, en los que me ayudó a secar el pelo, disfrutábamos de la comodidad de la cama.

—Cuando regresemos a Nueva York quiero que te vengas a vivir conmigo —me propuso de repente.

La seriedad que noté en su voz me tomó un poco por sorpresa y me erguí para mirar su rostro.

—¿Quieres que me mude a tu penthouse? —pregunté confundida.

—Sí. Quiero que vivamos juntos lo antes posible. Eres mi prometida. Nos vamos a casar, ¿no? —dijo, pasando sus dedos por mi pelo.

—Sí, pero...

Con el pulso relativamente calmado recibía sus caricias, pero había algo no me cuadraba.

—¿A qué viene tanta prisa?

La llama de la vela que ardía sobre la cómoda de la habitación parpadeó débilmente.

—Tengo mis razones —murmuró—. La primera de todas, es que quiero que te vengas a vivir conmigo para que nos empiece a salir bien juntos, todo lo que nos sale mal separados. Lo segundo y más importante, quiero tenerte en mi cama todas las noches. Que siempre seas lo último que vea antes de cerrar los ojos y lo primero al despertar.

—¿Qué estás ocultándome? —dije estrechando los ojos.

Me miró en silencio y por su expresión tensa supe que estaba sucediendo algo.

—¿Qué ocurre, Lucas? —insistí, esforzándome en mantener la calma.

—Sergei —masculló de forma escueta.

Se me aceleró el corazón por el temor.

—¿Qué pasa con Sergei?

Me había olvidado de él por completo con lo de mi herida de bala y el tema de mi hermana.

—¿Aún no lo han detenido?

Lucas se recostó de lado en el colchón y la sábana se deslizó por su musculoso pecho.

—Yo le entregué a Sheen todas las pruebas que me diste de su implicación en la organización criminal en lo referente al tráfico de armas, drogas, evasión de

impuestos, falsificación de licencias, fraude...

—Está desaparecido —me interrumpió fijando sus ojos en mí y respiré hondo.

Lucas prestó atención a mi reacción, y no fui capaz de decir si estaba enfadada o decepcionada con Sergei. Tuve que luchar por ocultar lo que sentía, no quería que Lucas creyera que mis emociones eran porque albergaba algún tipo de sentimiento por el que había sido en el pasado algo más que un amigo.

—La justicia emitió una orden internacional de detención contra él. Estoy deseando que detengan al maldito Moscovita —gruñó cabreado—. Esperaba que me apuntara con un arma o quisiera dispararme en aquel restaurante de Nueva York para tener una razón para matarlo, pero el muy hijo de puta delante de ti se comportó como si fuera un hombre muy legal. Dangelys, no ha salido de Estados Unidos, y eso me preocupa —dijo con el rostro muy serio, sin poder ocultar en su voz un exceso de rabia.

—¿Crees que pueda intentar algo contra ti?

De pronto, la ansiedad surgió en mi pecho, y lo miré intentando sofocar un creciente miedo.

—No. Me preocupas tú —dijo, alargando el brazo para acariciar con sus dedos mi mejilla—. Por eso voy a demorar todo lo que pueda nuestro regreso a Nueva York. Te quiero totalmente recuperada, y sobretodo, a salvo viviendo conmigo en mi penthouse. Creo que Sergei, va a por ti.

## Capítulo 24

### Regreso a la civilización.

Ahora entendía a Nayade cuando hablaba de como se sintió al pisar Río de Janeiro por primera vez después de haber vivido en una base militar en la Antártida. El regreso a Nueva York estaba suponiendo un desafío para mí. La experiencia en Siberia había sido brutal. Por un lado el paisaje absolutamente extraordinario, con lugares inhóspitos, lejos de la civilización, y por otra parte, la emocional.

Mientras Lucas conducía el Jaguar por el centro de la ciudad, yo miraba por la ventanilla los rascacielos, recordando la inmensidad helada de los bosques y el desierto de la taiga de Siberia. Si cerraba los ojos podía ver sus paisajes de ensueño, sus infinitos bosques de abedules cubiertos de nieve, la luz del atardecer de una belleza desbordante sobre el lago Baikal, donde un grupo de casas, entre ellas la de Lucas o Boris, plantaban cara a un clima extremadamente frío y duro.

Si algo me llevaba de Siberia en estas semanas era un sinfín de buenos recuerdos, y no solo de la noche que Lucas me pidió matrimonio, que fue lo más maravilloso que había vivido jamás. Sino de los lentos y apacibles paseos entre los bosques durante mi convalecencia, los atardeceres infinitos a la orilla del lago, las tardes de sofá, acurrucada con Lucas hablando de todo, de las noches presenciando las auroras boreales, o de las madrugadas haciendo el amor...

Era imposible agarrar mi mente y evitar que huyera del bullicio de la gran manzana para volar a Siberia, hacia donde el horizonte era infinito, hacia donde se extendía la desolación más hostil pero también la más hermosa que uno podía imaginar, donde solo reinaba el silencio, el frío y el cielo.

No podía evitar la sensación de sentirme privilegiada por haber disfrutado de unas semanas junto a Lucas en un lugar que me había arrebatado el alma, como él.

En Siberia nos habíamos conocido por completo, se había creado un lazo indestructible entre nosotros. Entre el silencio del bosque, el bramido del viento,

bajo un río de llamas entre las estrellas, nos habíamos narrado todas las historias y anécdotas de nuestras vidas.

Y aquí estábamos ahora, dentro del coche rumbo a mi trabajo. Aún no tenía que incorporarme, disponía de algunos días libres más debido a mi baja laboral, pero Sheen quería hablar conmigo. En apenas unos minutos nos separaríamos y sentía una opresión en el pecho.

El silencio reinaba dentro del habitáculo del coche. Lucas había permanecido callado desde que salimos del aeropuerto. No llevaba ni siquiera la radio encendida, algo raro en él. Habíamos volado de regreso solo con Scott en el avión, y eso también era algo que me extrañaba mucho. El hermano de Lucas me había contado que era por trabajo. Según él, una nueva misión diseñada por la CIA, pero me olía que el asunto de su regreso a Nueva York era por otro motivo distinto.

Quienes no habían viajado con nosotros, pero si conocía los motivos, eran John y Tara, que después de pasar unos días en Moscú, decidieron hacer un tour por Europa para disfrutar de unas merecidas vacaciones.

A pocas manzanas de mi trabajo dejé de mirar por la ventanilla para quedarme con la vista fija en Lucas, que continuaba ausente.

—¿Seguimos sin tener noticias de Sergei? —quise saber ante su raro comportamiento.

Era como si estuviera en otro lugar, pensando en algo o alguien, y toqué con mi mano su brazo para llamar su atención.

La ligera presión de mis dedos lo devolvió de golpe a la realidad y giró su cabeza en mi dirección.

—¿En que estás pensando? —le pregunté cuando fijó sus ojos oscuros en mí.

La expresión seria desapareció inmediatamente de su rostro al mirarme y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—En que mañana es tu cumpleaños y nos vamos esta misma noche de la ciudad un par de días —dijo con voz ronca y sexy.

—¿Qué?

Sus ojos destellaron con malicia.

Detuvo el Jaguar frente al edificio de la Oficina Federal de Investigación y volvió su cuerpo hacia mí.

—Vamos a hacer una pequeña escapada para celebrar tu cumpleaños —dijo, desabrochando mi cinturón y luego tirando de mí en el asiento.

—¡Pero si acabamos de llegar! —protesté.

Mi corazón se paró por un momento cuando no se detuvo ahí y me pasó la mano por debajo del muslo derecho y me levantó hasta que me tuvo sobre su regazo como si no pesara nada. A continuación, para mi mayor sorpresa me besó con pasión y sentí vibrar todo mi cuerpo encima del suyo.

—Supongo que ahora ya no tiene importancia esconder nuestra relación, ¿no? —susurré con mis manos en su nuca.

Lucas emitió un sonido de asentimiento mientras se relamía los labios.

—Supones bien —dijo con sus ojos clavados en mí—. Muerto mi principal enemigo no hay nada que temer.

Notaba el volante en mi espalda, la firmeza de su cuerpo, y por un momento quise apretarme contra él, porque deseaba más besos. Pero conseguí frenar mi impulso, estábamos frente al edificio de la Oficina Federal de Investigación.

—Te sugiero que metas ropa para clima cálido en la maleta, aunque no mucha —dijo dándome otro beso, esta vez uno mucho más intenso y castigador—. Pienso tenerte desnuda la mayor parte del tiempo.

Arqueé mi cuerpo contra él, sin importarme ya lo más mínimo, que me viera el mismísimo jefe del FBI.

—Tú y tus sorpresas. ¿Dónde me vas a llevar? —dije, anhelando sus caricias por todo mi cuerpo.

—Luego lo sabrás —susurró con voz grave y seductora.

Elevó sus caderas, clavándome una evidente erección e inspiré con fuerza para mantener el deseo a raya. Estaba empezando a excitarme en plena calle, frente a mi trabajo, y eso suponía un grave problema.

—Eres malvado. Vas a hacer que vaya a trabajar con quemaduras de primer grado —dije sin poder luchar contra su fuego y apretó los labios a punto de reír.

Entonces, para mi mayor alivio o desilusión, abrió la puerta y me ayudó a salir del coche. Solté un suspiro largo y atormentado. No sabía si alegrarme o cabrearme con él por dejarme así de caliente.

—Te gustará el lugar —dijo bajándose él también del Jaguar—. Nos gustará a ambos... futura señora Smith.

Contuve la respiración al oírle.

Volvió a besarme con pasión mientras me envolvía entre sus brazos y sentí más que nunca en ese instante, que era suya.

—Pasaré a recogerte más tarde a tu apartamento —ronroneó, rozando con sus dedos mis labios.

—Tienes mi maleta en el maletero del Jaguar —dije cayendo en la cuenta de que no estaría lista cuando viniera a recogerme—. Tendré que llevármela ahora.

—No, después te llevo yo la maleta a tu apartamento. No quiero que cargues con la maleta todo el día —dijo con voz seria.

—De acuerdo. Lo que haré mientras no llegas es ir seleccionando la ropa que meteré en la maleta.

—Por cierto, puedes traer a Samba.

—¿Sí? Que bien.

Su voz se había suavizado al mencionar a mi gata y sonreí ante la perspectiva de poder llevarme a mi mascota.

—Me has dado una buena noticia. Temía que Norberto se colgara de la lámpara de su apartamento al decirle que tenía que quedarse con Samba unos días más.

Le di un beso rápido y cuando me giré para irme, atrapó mi mano y tiró de mí hacia él, lo cual me propulsó con fuerza contra su duro cuerpo.

El corazón se me aceleró de repente.

—Una última cosa —murmuró clavando su mirada hechizante sobre mí—. Seguimos sin tener noticias de Sergei, así que ten cuidado.

Su mirada fue del tipo no hay garantías, vigila tu espalda, y yo le correspondí con otra mirada de promesa y un confía en mí susurrado antes de darle un último beso de despedida.

Uno muy, muy intenso, para ser clasificado para todos los públicos.

Mi boca cubrió la suya con un gemido mientras la gente pasado por nuestro lado, y el sonido que surgió de su pecho al devolverme el beso, erizó toda mi piel. Mi lengua se introdujo en su boca sin prestar atención a nada más que no fuera él y durante unos minutos, me abandoné al placer de saborear sus labios, de provocar su lengua, con mis manos en su pelo.

Me costaba asimilar que tenía que separarme de él, aunque solo fuera por unas horas. Ya no me importaba el hecho de ir a vivir a su penthouse. Al contrario, estaba deseando compartir el día a día con él.

—Te amo, Dangelys. Ten mucho cuidado, por favor.

El modo en que me miró cuando se apartó me obligó a tener que controlar la respiración. Lucas era sencillamente, demasiado peligroso para mi sentidos. Todo él, resultaba abrumador.

—Yo también te amo —susurré.

Me quedé de pie en la acera, viendo como se marchaba con el Jaguar. Y el

miedo no tardó en aparecer, como ese diablillo de los dibujos animados que colocado sobre tu hombro te susurra pesimista al oído, consiguiendo que toda la magia se desvanezca en un instante.

¿Dónde demonios estaría Sergei? ¿Y si me lo encontraba frente a frente?

Entré en el edificio de la Oficina Federal de Investigación y conseguí amordazar de momento a mi diablillo intentando no prestarle atención. Sergei no me fastidiaría la alegría de mi escapada romántica con Lucas para celebrar mi cumpleaños.

Y sobretodo mi reencuentro con Savannah... mi hermana.

Cuando salí del ascensor, trataba de mostrarme tranquila, pero fue algo imposible al cruzar mi mirada con ella.

—Hola, ¿qué tal todo en mi ausencia? —dije con un nudo en la garganta, intentando aparentar normalidad.

En el trabajo nadie sabía nada sobre nuestro parentesco a excepción de mi compañero Walhberg y Sheen, con el que Savannah había mantenido una larga conversación en presencia de James Romney. Tuvo la gran suerte de que el Director del FBI conocía de sobras lo que era capaz de hacer el demonio de Vladimir para lograr sus objetivos, ya que él mismo había vivido en el pasado el alcance de su maldad, y su carrera en el FBI no sufriría consecuencias perjudiciales.

—¿Cuánto hace que llegaste? —me preguntó Savannah mientras me abrazaba con efusividad.

—Hace un rato —dije conteniendo un torrente de emociones—.  
Aterrizamos en el aeropuerto a las tres de la tarde.

—¡Qué ganas tenía de verte! —expresó.

—Yo también tenía muchas ganas de verte —le dije, proyectándole mi cariño.

Me miraba con sus ojos azules bien abiertos y brillantes, parecía realmente emocionada de verme.

—¡Pero bueno! Ya llegó el terremoto brasileño a la ciudad —dijo Walhberg desde su mesa a un par de metros de distancia y lo miré con una sonrisa traviesa.

—¿Me has echado de menos, eh? —bromeé.

—¿Yo? ¡Qué va?

Walhberg se levantó de su silla y rodeó el escritorio con gesto fingido de disgusto, pero el brillo de sus ojos dejaba de manifiesto que se alegraba de verme.



—He oído por ahí que la líasteis en un lago de Siberia —dijo en tono irónico, dándome un gran abrazo.

—Sí, eso creo —sonreí—. Tuvimos que hacer patinaje sobre hielo.

—Debió ser emocionante. Bien hecho.

Alcé la vista hacia él esperando ver una expresión de sarcasmo pero, para mi sorpresa, encontré en él respeto y admiración.

—Eres increíble, Dangelys. Lo que hiciste para escapar fue muy valiente y peligroso. No me extraña que mi amigo esté loco por ti.

Con su alma de bromista, me miraba ahora risueño y le di una «palmadita» en el hombro.

—Ahora que mencionas a tu amigo —dije, estrechando mi mirada—. Os voy a sugerir para que os entreguen un premio especial de la Academia de Hollywood en los próximos premios Oscars, en reconocimiento a la mejor actuación.

—No estaría mal —dijo con gesto divertido.

—Como me la pegásteis en la furgoneta —murmuré, ocultando mi buen humor.

Le di un pellizco en el brazo y soltó una carcajada.

—No te enfades. Fue una escena totalmente improvisada.

Negué con la cabeza, al oír sus risas.

—¡Agente Walhberg! Menos hablar y más trabajar —dijo Sheen detrás de nosotros y nos sobresaltamos—. ¡Agente Neymar y agente Murphy! A mi despacho.

Su inesperada presencia produjo un efecto inmediato en mi compañero que regresó a su mesa como un rayo.

Savannah y yo, nos miramos de reojo y sonreímos.

Las dos seguimos a Sheen hacia el pasillo. Varios agentes volvieron sus cabezas a nuestro paso. Algún músculo se contrajo debajo del pómulo de alguno de ellos al fijar su vista en Savannah, y eso me preocupó.

Los miré con gesto furioso.

—¿Se han enterado que tú eras la informante de Vladimir? —le dije en voz baja a Savannah mientras subíamos las escaleras.

Había notado miradas dirigidas hacia ella inquisitivas y desconfiadas.

—Sí. Ya sabes que este tipo de cosas se terminan sabiendo más pronto que tarde —me respondió con voz tranquila, controlando sus emociones.

Savannah era una persona fuerte e inteligente, segura de sí misma, pero percibía su incomodidad.

Sus ojos se mantenían fijos en la espalda de Sheen, que caminaba delante de nosotras, y puse una mano en su brazo.

—Recuerda que fuiste una víctima de Vladimir. Tú eres muy buena en tu trabajo —le dije en tono serio—. El tiempo relajará el ambiente en la Oficina.

Ella no contestó, simplemente asintió con la cabeza.

Sheen abrió la puerta de su despacho y entramos en silencio.

—Lo primero que quiero decirle agente Neymar... —dijo, sentándose en su silla—, es que me alegro de que esté aquí sana y salva.

El trato de Sheen con las personas que formaban parte de su equipo era siempre respetuoso, educado y cordial, y le agradecí el gesto.

—Gracias.

—La agente Murphy, me ha ido informando sobre su recuperación durante estas semanas. Supongo que ya sabrá que ella y yo hablamos con Romney, y que gracias a ella y la colaboración del agente Smith, hemos podido desarticular la célula de la organización criminal de Vladimir Zakhar.

—No sabía nada de esto último —dije sorprendida—. Pero es la mejor noticia que podría recibir —sonreí.

Cada mañana, Lucas, después de recibir mi alta en el hospital, realizaba llamadas desde su móvil en la casa del lago. Yo nunca le hice preguntas. Sabía que eran de trabajo, y a mí jamás se me ocurriría hacerle preguntas al respecto. Por otra parte hubiera sido inútil preguntar, ya que él no quería que me preocupara por nada. Quería que me centrara en mi recuperación.

—La mañana siguiente a su operación a vida o muerte, el agente Smith le envió toda la información que tenía en su poder a Romney. Gracias a él hemos podido desarticular el flujo de drogas, armas, dinero. Su información ha sido vital para recibir apoyo de varios países, lo que ha permitido realizar operaciones conjuntas y coordinadas, en las que se ha efectuado grandes incautaciones de armas, cocaína y heroína, y detener a casi mil personas, entre ellas varios cabecillas de narcotráfico —me explicaba Sheen ante mi atenta mirada—. También con la ayuda de Savannah han sido detenidos altos funcionarios gubernamentales del país por pasar información durante años a Vladimir Zakhar. El gobierno de los Estados Unidos ha iniciado una operación de limpieza encaminada a prevenir la corrupción...

—Señor, me preocupa la seguridad de mi hermana, el hijo de Alimzhan Kalashov sigue sin aparecer —interrumpió Savannah.

—Sí, es un fleco importante pendiente por resolver.

Savannah me había llamado hermana, no sé si de forma inconsciente, y

oírle me provocó un nudo de emoción en el pecho.

—La operación ha sido todo un éxito, pero Sergei Kalashov, sobre quien pesa una orden internacional de arresto puede ser un problema —Sheen hablaba tocándose la barbilla en una expresión concentrada.

—Dispone de grandes sumas de dinero para poder huir del país gracias a su vinculación en los negocios de su padre. Me pregunto por qué no lo ha hecho —murmuró Savannah.

—La detención de Alimzhan Kalashov ha supuesto un escándalo financiero de primera plana —dijo Sheen, señalando varios periódicos que tenía sobre la mesa—. ¿Dónde demonios se estará escondiendo su hijo?

Notaba la tensión en el rostro de Sheen, la preocupación en el de Savannah, y medité mi respuesta.

—Tengo el presentimiento de que no tardaremos mucho en averiguar el paradero de Sergei... Sobretudo yo.

—Espero que no se le ocurra hacer ninguna tontería para sacar a su padre de la cárcel —masculló Sheen—. Precisamente quería hablar con usted, agente Neymar, porque sin duda, es la que mejor lo conoce o al menos eso creía, vaya, y me preguntaba si usted piensa que Sergei Kalashov puede buscar la manera de liberar a su padre.

—No lo sé —respondí—. Cuando lo conocí hace años creí que era un buen chico. Sigo sin dar crédito a lo que está pasando con él.

—Dangelys, lo que viste de él en el pasado fue una mentira, créeme —me dijo Savannah sujetando mi mano—. Sergei tenía orden directa de Vladimir para tenerte controlada.

Sabía que lo que decía Savannah era verdad y torcí el gesto.

Aunque trataba de convencerme de que Sergei no era una buena persona, no era fácil asimilar lo que acababa de oír. Había vivido buenas experiencias con él... algunas íntimas.

Mientras estuve en París habíamos pasado muchas tardes compartiendo confidencias y risas, hablando de todo al salir de clase, y me dolía pensar que todo había sido mentira.

Salí del edificio de la Oficina Federal de Investigación un par de horas más tarde acompañada de Savannah, que quiso venir conmigo a mi tienda. Llevaba semanas sin aparecer por allí debido al viaje a Siberia, y quería ver con mis propios ojos que tal le iba a la nueva encargada.

—¿Te gusta este vestido para asistir a una cena de gala?

—¿Con quién has quedado? Este vestido te hace lucir muy elegante.

Savannah se había estado probando varios vestidos entretanto yo hablaba con la sustituta de Tara. No pensaba que fuera a comprarse ninguno, porque eran vestidos de gala, pero con su pregunta me creó una serie de dudas.

—¿Vas a una entrega de premios? ¿O tienes una cita con un hombre?

—¿Te gusta o no? —insistió mirándome a través del espejo.

—Indudablemente es un cambio estético a tu habitual estilo, ofrece un relevo a tu eterno negro. Cuanto más clara la paleta cromática, más dulce te ves —dije contemplándola de arriba abajo—. A mí me gusta mucho como te queda.

—¿Sí? Me veo un poco rara.

El vestido de gala que llevaba puesto era de un color azul celeste precioso. El aspecto más destacado era el escote asimétrico, con una manga pequeña, casi accidental, que descansaba sobre el hombro izquierdo, la otra caía para dejarlo al descubierto, formando un drapeado que se repetía en la zona del pecho y vientre para, posteriormente, dejar que la fluidez del tejido se abriese en una falda con una pequeña cola.

—Déjame ponerte unos accesorios para ver que tal combina con el vestido —le dije sacando de un cajón un estuche de Cartier.

Savannah había acaparado buena parte de las miradas de las clientas, pero cuando le puse unos pendientes XL de brillantes y zafiros y unas pulseras gemelas de Cartier se adueñó de todas las miradas.

—Falta el toque final —dije entregándole un *clutch* del mismo color que el vestido.

Dio una vuelta completa, para mirarse en el espejo con el look cerrado del estilismo de gala y vi como los ojos le brillaban emocionados.

—No parezco yo —susurró hechizada por el vestido y los accesorios.

—En este momento, estoy absolutamente segura de que quien te vea aparecer en la cena de gala con este vestido pensará que eres una princesa —dije con orgullo—. ¿Sabes qué? Te regalo el vestido y los accesorios aunque no me quieras decir con quien has quedado.

—No hace falta que me regales nada. Ya lo compro todo yo.

—Eres mi hermana —dije en tono cariñoso—. Me apetece regalarte el look completo.

Savannah desvió su mirada hacia mí y sonrió de forma radiante antes de darme un gran abrazo, que disfruté como nunca pensé que lo haría.

—Gracias, hermana —dijo con la voz quebrada al apartarse.

Vi que se le escapaban unas lágrimas de los ojos y se las limpié en

silencio, como una manera de decirle que yo estaría ahí siempre, que ahora formaba parte de mi vida.

—Me siento una privilegiada, por tener una hermana como tú —dijo en voz baja con la barbilla temblando.

—Savannah, me gustaría que después de mi escapada de cumpleaños con Lucas viajáramos juntas a Río de Janeiro —empecé a decir colocándole un mechón de pelo tras la oreja—. Creo que ya ha transcurrido el tiempo suficiente para asimilar la verdad. Deberías conocer a papá.

Sus ojos claros se abnegaron de lágrimas, no sé si por miedo o por emoción, y la abracé con mucha fuerza, ocultando el brillo de los míos.

—Es importante que des el siguiente paso —le dije al oído.

La perspectiva de poder reunir a mi padre y a Savannah, y volver a ver pronto a mi madre, a quien echaba mucho de menos, me provocaba una gran emoción.

—Tengo miedo a defraudar a nuestro padre cuando me conozca —me confesó angustiada y acaricié su pelo con calma.

—No tengas miedo, papá no te va a reprochar nada —dije realmente convencida de que lo que decía era cierto.

Conocía a mi padre y sabía que estaba deseando conocerla en persona, desde el momento en que descubrió la verdad.

Más tarde, Savannah y yo, nos despedimos en la puerta de la tienda, con la promesa de vernos a mi regreso de la escapada con Lucas. Se marchó caminando feliz con mi regalo, y apenas se había ido, levanté la mano al ver que se acercaba un taxi.

Tenía que darme prisa, me urgía llegar a casa de Norberto antes de que se marchara a trabajar al Club Copacabana. Quería llevarme a Samba. Por suerte los astros se alinearon y llegué a tiempo. Pillé a Norberto cerrando la puerta de su apartamento, y decidí darle un pequeño susto, aprovechando que no se había percatado de mi presencia.

—¡Manos arriba! —exclamé.

Le puse dos dedos en la espalda simulando una pistola y el grito de gay que pegó casi me dejó sorda.

—¡Ay, no! ¡Un atraco no!

—¡Shhh, silencio! Si me obedeces no sufrirás daños —dije forzando la voz para que pareciera la de un hombre—. Túmbate en el suelo.

—¡No! En el suelo no, por favor —murmuró deprisa—. La mujer de la limpieza no ha venido esta semana a limpiar la escalera y está muy sucia.

Tuve que apretar los labios para no reírme por su comentario.

—¡He dicho que te tumbes! —le exigí a punto de reír.

—¡No irás a violarme! —gritó desesperado—. Espero que por lo menos seas alto, de ojos azules, rubio, y guapísimo.

Ahí ya no pude aguantarme más y solté una carcajada.

—Estás fatal —dije riendo.

Se dio la vuelta al oír mis carcajadas y cuando me vio, reaccionó dándome un puñetazo cariñoso en el hombro.

—¡Casi me matas del susto! —me regañó.

—¿Seguro? —dije alzando una ceja—. Creo que si te llego a confirmar que soy alto, rubio y guapísimo, me hubieras dicho que tienes el culo depilado y la casa limpia, a la espera de cualquier «visita inesperada».

Norberto empezó a reír a carcajadas.

—Como me conoces —me respondió entre risas—. Le hubiera dicho... ¡Hazme tuyo!

—¡De verdad que estás fatal!

Después de cinco minutos de cachondeo por el momento atraco, entramos a su apartamento y me entregó a Samba, que se puso muy feliz al verme.

—¿Te vas otra vez? ¿No vamos a poder celebrar tu cumpleaños mañana como hemos estado haciendo estos últimos años? —me dijo con cara de pena y negué con la cabeza.

—No. Me marchó esta misma noche de la ciudad con Lucas —murmuré—. El hombre que casi te pegó en el Copacapabana, ¿recuerdas?

—¡Oh, vaya! Me abandonas por un hombre que está buenísimo, que tiene pinta de peligroso, que parece adictivo, que seguro que folla como un dios...

—hizo una breve pausa para relamerse los labios y luego añadió con un brillo de diversión en sus ojos—. ¿No sabes si tiene un hermano gay?

—¡No! —me reí—. Hermano tiene, pero gay, no.

—Que pena.

—¡Mira que anillo más bonito me ha regalado mi prometido! —dije mostrando con orgullo mi anillo.

—¡OMG! ¿Ese hombre te ha pedido matrimonio? —preguntó sorprendido.

—Sí, nos vamos a casar. Lucas y yo estamos enamorados desde hace muchos años. ¿Sabes una cosa? El anillo lo hizo él mismo con sus propias manos.

Norberto fijó sus ojos en la valiosa joya artesanal y levantó las dos cejas al

instante.

—¡Cuídalo bien mi bailarina del ardiente Brasil! Que no te lo quite ninguna lagarta —dijo muy serio—. Hombres como él están en fase de extinción.

—No te preocupes, ninguna se atreverá a acercarse a él. Recuerda que voy armada —dije simulando con mis dedos el «arma» que había utilizado con él y empezó a reír.

—¡Qué peligro tienes mi brasileña!

Al cabo de cinco minutos, me fui de su apartamento con Samba en los brazos, y nada más poner un pie en el primer peldaño de la escalera, comenzó a sonar mi teléfono. Lo tenía dentro del bolso, y tuve que hacer peripecias para poder sacarlo y descolgar la llamada.

—Hola.

Era Nayade quien me hablaba.

—¿Qué tal tu regreso a la civilización? ¿Cómo te van las cosas con Lucas?

Nayade estaba al tanto de todo lo ocurrido durante las últimas semanas en Siberia.

—Bien, estoy dejándome llevar.

—¿Y cómo se hace eso? —me preguntó entre risas.

—Sin lugar a dudas utilizo el verbo «fluir», que es uno de los más complicados, al menos para mí, cuando Lucas casi me exige a punto de pistola que me vaya a vivir con él a su penthouse.

—¡¡Que bonito es el amor!! —dijo riendo y resoplé ofuscada—. Oye, por cierto, mañana es tu cumpleaños, ¿no? —dijo con alegría—. ¿Tenéis planes? ¿Te ha preparado algo tu prometido?

—Sí. —dije sujetando a Samba con más fuerza—. Aquí el amigo de tu amado Isaac me ha dicho que prepare otra maleta que nos vamos de la ciudad.

—¿En serio?

—En serio —suspiré mientras subía los escalones agotada—. Si vieras mi cara en este momento, sabrías que hablo muy en serio. ¡Está loco! —exclamé—. Acabamos de llegar y ya me quiere llevar a no sé donde.

Escuchaba como se reía Nayade a carcajadas y me dieron ganas de tener superpoderes para teletransportarme a Río ipso facto y darle una super palmada en el culo.

—No te rías cabrona —me entró la risa a mi también contagiada por la suya, y casi me tropecé con el último escalón—. Al menos me queda el consuelo

de que me va a llevar a un sitio cálido donde no sufriré congelación como en Siberia.

—¿Te ha dicho que metas bikinis en la maleta?

Intentaba abrir la puerta de casa con Samba moviéndose super inquieta en mis brazos. Al final tuve que dejarla en el suelo para poder girar la llave.

—No, pero me sugirió que metiera ropa cálida, y poca, por cierto. Me ha insinuado que me tendrá desnuda la mayor parte del día —ahora era yo la que me reía a carcajadas al recordar la mirada de Lucas.

—Me muero de curiosidad por saber donde te va a llevar para tu cumpleaños.

—Ya te contaré. Te tengo que dejar, Nayade —dije con prisa al ver el comportamiento tan raro que tenía Samba al entrar en el apartamento.

—Vale, un beso —dijo Nayade en tono cariñoso—. Mañana te llamaré para felicitarte. Y recuerda, las mejores cosas suceden cuando permitimos que simplemente sean.

—Ok, mami. Besos para ti y mis niñas preciosas —murmuré antes de cortar la llamada, y solté la bolsa de la comida de Samba en el suelo.

No me consideraba una persona excesivamente controladora, me gustaba improvisar y dejar que las cosas sucedieran. Siempre pensaba que todo lo que pasa es exactamente lo que tiene que pasar. Pero después de un viaje tan largo, me costaba simplemente relajarme y dejar que las cosas fluyeran.

—¿Samba?

Me di cuenta que mi mascota exótica Samba, estaba haciendo su característico ruido único en la puerta del salón. Un silbido similar a la alerta de una serpiente, y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Deprisa saqué mi pistola del bolso y avancé despacio.

¡Mierda! Alguien había entrado en mi apartamento.

Miraba alrededor, analizando cualquier objeto fuera de lugar o que simplemente hubiera desaparecido, pero todo estaba en orden. Entonces, escuché rugir a Samba delante de mí y me asusté.

La llamé en silencio y rápido la encerré en una habitación, por miedo a que quien estuviera en el salón le hiciera daño. Tenía claro que Samba arriesgaría su vida por protegerme y me moriría si le pasaba algo.

Me asomé al salón poco a poco y me quedé helada al ver la persona que sujetaba una foto de Lucas, que hasta el día de hoy, había tenido guardada en el cajón de mi mesita de noche.

—Bonita foto del nieto de Vladimir Zakhar —dijo Sergei sin levantar la



vista del marco de fotos.

El corazón se me aceleró.

—¿Qué haces aquí, Sergei? ¿Cómo has conseguido entrar en mi casa?

—le pregunté en tono firme, sin miedo, apuntándole con mi pistola.

—Sino fuera por él, tú y yo estaríamos juntos —continuó hablando como si no me hubiera escuchado.

—¿De qué hablas, Sergei? De ninguna manera saldría contigo. Sé quien eres en realidad. Jamás tendría una relación con un delincuente como tú —mascullé enfadada por su intrusión en mi casa—. Puede que me tuvieras engañada en París, pero ahora conozco todos los asuntos turbios que manejas con tu padre y con Vladimir.

—Lucas Zakhar, siempre vigilándote... Siempre cerca de ti... —continuaba hablando como si realmente no me escuchara y empecé a alarmarme por su comportamiento—. Siempre atento a que no te metieras en problemas. Al final el viejo Zakhar tenía razón con sus sospechas.

Las manos me temblaban un poco y aferré la pistola con más fuerza con el dedo en el gatillo.

—¿Dónde has estado estas semanas?

La expresión de su mirada no me gustaba en absoluto.

—¿Dónde crees que he estado escondido durante todo este tiempo? —sonrió con malicia.

La insinuación de que había estado quedándose en mi casa me cabreó.

—La justicia ha emitido una orden internacional de detención, deberías entregarte —dije en un último intento de ayudarlo.

Sergei clavó sus ojos cargados de furia en mí.

—¿Y quién me va a detener? ¿Me vas a detener tú? —se burló, soltando una risa bastante sarcástica.

—Sí. —respondí sin dejar de apuntarle con mi pistola, y su cara enrojeció de rabia.

Tenía claro que no lo dejaría escapar, y le ordené con gestos, que se diera la vuelta para esposarlo.

«¡Mierda! No llevaba las esposas encima.»

—¡No eres más que una estúpida niña rica jugando a ser agente del FBI! —me gritó revelándome su versión real, y en ese instante supe que todo iba a saltar por los aires.

—Sergei, no te muevas —le ordené.

Sujeté la pistola con fuerza cuando empezó a acercarse.

—¿Qué? ¿Vas a dispararme?

Le apuntaba al corazón, pero no quería herirle.

—He dicho que no te muevas.

—Debería secuestrarte para que el cabrón de Lucas Zakhar sufra un poco —dijo con la ira reflejada en sus ojos.

Se me echó encima, y no lo pensé dos veces.

Le pegué un tiro en el pie.

—¡Maldita perra! —gritó vibrando de rabia contenida.

—Te dije que no te movieras. ¿A qué viniste, Sergei?

—Estás metida en el FBI —masculló entre dientes—. Pensé que por una elevada cantidad de dinero me ayudarías a salir del país, y que quizás tú y yo...

Lo miré enarcando una ceja.

—¿Estás de broma? A mi no me mueve el dinero.

Ni siquiera pensaba liberar a su padre, como habíamos pensado. Solo quería salvarse él.

—Pero somos amigos...

Con un movimiento rápido, a pesar de la herida de bala en el pie quiso desarmarme, y le golpeé en la cara con la culata de mi pistola.

—¡Eramos amigos! —alcé la voz—. Ahora la verdad es que no.

Le descargué el golpe con toda mi fuerza, y aproveché para ir corriendo a buscar las esposas mientras se doblaba del dolor.

—Quedas detenido por pertenecer a una organización criminal —dije después de hacerme con ellas—. Tienes derecho a permanecer en silencio. Todo lo que digas podrá ser utilizado en su contra.

Le puse las esposas en las muñecas, forcejeando para ponerle los brazos detrás de la espalda.

De repente, escuché como la puerta de la calle se abría con un gran estallido y miré en dirección a la entrada sin soltar a Sergei que forcejeaba conmigo.

«¡¿Pero que demonios...?!»

Lucas atravesó el umbral de la puerta del salón como un vendaval y el corazón me dio un vuelco.

—¡Voy a matar al Moscovita! —rugió con los ojos inyectados en sangre.

—Lucas...

Contemplé atónita como a Scott, casi no le daba tiempo a agarrar a Lucas por el brazo, cuando éste se apresuraba a llegar junto a mí.

—¿Adónde te crees que vas? —le dijo Scott haciendo que se girara para

mirarlo a la cara.

—¿Cómo que adónde voy? —gruñó rechinando los dientes tratando de deshacerse de sus manos—. Voy a darle al hijo de puta del Moscovita lo que se merece.

Lucas clavó sus ojos en Scott como si se hubiera vuelto loco.

—¿Piensas agredir a una persona arrestada? Estarías cometiendo un delito.

Sergei que forcejeaba con las esposas, tuvo la genial idea de entrometerse en la conversación, y Lucas, fue como un volcán en erupción a punto de explotar.

—Moscovita, agredir es una palabra demasiado suave para lo que tengo en mente para ti —masculló llevándose a rastras a Scott, y la violencia en su mirada silenció a Sergei.

—Hermano, creo que mejor deberías mantenerte al margen. Mi cuñadita ya le ha dado su merecido —dijo fijando la vista en la herida de bala—. No le ha hecho, ni le hace falta, tu ayuda.

—Ya lo sé que a ella no le hace falta mi ayuda para detener a ese cabrón que se ha colado en su apartamento. Sé que es perfectamente capaz de hacerlo sola. Lo que quiero es matarlo —rugió Lucas intentando zafarse de Scott.

—No. No permitiré que te acerques. Por favor, piensa con la cabeza. Si lo envías al otro barrio, Kalashov buscará venganza —argumentó Scott, que comprendía perfectamente que no podía dejar ir a Lucas, o Sergei sería hombre muerto.

—¡No tienes autoridad para darme órdenes, Scott! —protestó Lucas cabreadísimo.

—Soy tu hermano —le espetó Scott, que tenía serias dificultades para frenar el instinto asesino de Lucas.

Tomé la decisión de intervenir.

—¡Cariño! Mírame... —murmuré, captando la atención de Lucas—. Deja que me lleve a Sergei. Lo he detenido por ser en sus ratos «libres» un narcotraficante. Pienso que sería bueno para él alojarse en uno de los «hoteles» de lujo del Gobierno. ¿No crees que tendría que probar las «cómodas» literas de las celdas? ¿Permanecer durante años en un espacio «amplio» en el que pensar más de la cuenta?

Concentraba toda la ironía verbal en las preguntas, buscando relajar a Lucas, y parece ser que lo conseguí un poco, por la misteriosa sonrisa que asomó a sus labios.

—Y no te olvides de la cama cubierta con una manta «extra suave» y un wáter de oro en la esquina —agregó Scott sin soltarlo, y el efecto producido por sus palabras, provocó su risa.

—Tenéis razón, intentaré buscarle alojamiento en el centro Correccional Metropolitano, ubicado en el sur de Manhattan. Me han dicho que es menos habitable que la bahía de Guantánamo. Allí junto a cientos de prisioneros de alto riesgo, podrá recapacitar sobre sus actos.

Empujé a Sergei para que caminara y se revolvió furioso cuando pasé con él esposado junto a ellos.

—La venganza es un plato que se sirve frío —siseó Sergei antes de salir del salón y apreté el paso por miedo a que Lucas se arrepintiera de haberle perdonado la vida.

Como fue el caso.

En un abrir y cerrar de ojos, Sergei, pasó de estar caminando, a volar literalmente hacia atrás.

Cuando nos quisimos dar cuenta Scott y yo, Lucas ya le había propinado un puñetazo que lo hizo rodar varios metros por el suelo, llevándose una silla por el camino.

—¡Maldito hijo de puta! ¡No vuelvas a acercarte a mi mujer jamás! —rugió abalanzándose sobre él, dándole un puñetazo tras otro, hasta que los nudillos se le ensangrentaron.

—¡Lucas! Detente, por favor.

Scott y yo eramos incapaces de apartarlo de Sergei, que le llovían los golpes uno detrás de otro.

—Moscovita, cuidado con pronunciar tan siquiera la palabra venganza o procuraré que tu estancia en el Correccional Metropolitano sea el puto infierno —gruñó Lucas antes de propinarle un último y contundente puñetazo en su desfigurada cara.

—¡Basta Lucas!

Scott se lo llevó a rastras, apartándolo de un desmadejado Sergei, que permanecía inmóvil en el suelo.

Si querías diseñar un lugar para volver loca a la gente de manera intencional, sería difícil hacerlo mejor que el Centro Correccional Metropolitano, y Sergei lo sabía. Vislumbré un creciente nerviosismo en él cuando me lo llevé del apartamento.

No había televisión, ni radio. Las luces estaban prendidas durante las veinticuatro horas al día. Las ventanas eran esmeriladas para no ver hacia afuera.

La ranura de la puerta para introducir alimentos estaba cerrada prácticamente todo el día, por lo que los presos ven poco más allá de su celda.

Todavía era incierto si Sergei iría de manera permanente en el Centro Correccional Metropolitano mientras se desarrollaba su caso en una corte de Brooklyn. Aunque no hubiera registro alguno de donde estaría preso en el directorio en línea del Buró Federal de Prisiones. Era bastante probable que Lucas, movería sus hilos en las altas esferas para que Sergei fuera llevado a ese Centro Correccional del sur de Manhattan.

Al salir de la Oficina Federal de Investigación, después de dejar a Sergei en manos de mi jefe, me encontré a Lucas apoyado en su Jaguar, con Scott sentado en el asiento delantero. De seguida, Lucas al verme, se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos.

—En el fondo me da pena Sergei —dije aún con las emociones a flor de piel—. Parecía un buen chico en París.

—Dangelys, somos aquello que permitimos que anide en nuestra mente —dijo con voz tranquila, poniendo su mano sobre mi mejilla—. Cada quién tiene lo que se merece. El Moscovita se acercó a ti en París con un claro objetivo bajo las órdenes de su padre y Vladimir. Para bien o para mal, todo lo que nos ocurre en la vida tiene un sentido, un motivo que no siempre comprendemos a primera vista. Únicamente te puedo decir que Vladimir Zakhar siempre siguió tus pasos por puro instinto.

Tomé aire con brusquedad.

—Su instinto no le falló.

—¿Por que te crees que te quería en Nueva York lejos del Moscovita? —Su mano se curvó alrededor de mi nuca mientras se inclinaba hacia mí para presionar mi frente con la suya—. ¡Joder, Dangelys! Yo no quería que todo lo que me rodeaba te arrebatara tu inocencia. Eres demasiado especial. Tú no lo ves, pero yo sí. Siempre lo he visto... —su voz se volvió ronca—. Todas y cada una de las veces que has estado en peligro, he creído que me volvería loco por no poder protegerte —Cerré los ojos con fuerza contra el repentino ardor que sentí dentro de mí—. Entregaría mi vida por la tuya sin dudar con tal de mantenerte a salvo.

Sus labios rozaron los míos y rodeé su cuello con mis brazos.

—Ya no tenemos que vivir en la sombra por culpa de la amenaza de Vladimir Zakhar, tampoco de Sergei.

—Nada ni nadie se interpondrá jamás en nuestro camino. Nunca. Te lo juro por mi vida —Lucas ahuecó mi cara entre sus manos, acariciándome la

barbilla con los pulgares, y un torrente de sensaciones me recorrió el cuerpo cuando susurró—: Te amo, Dangelys.

Sus labios se posaron sobre los míos, acariciándome, instándome a abrirme a él, y en el momento que nuestras lenguas se rozaron, sentí que no hubo una sola parte de mí que no lo amara hasta lo más profundo de mi ser.

—¿Nos vamos? —susurró con una mirada hipnótica.

—Sí. —respondí con la respiración agitada.

—Te tengo una sorpresa, cariño —dijo con el rostro repentinamente iluminado.

—¡Ah!, ¿sí? Espero que no sea que mi cuñadito nos acompaña en la escapada.

Eché un vistazo a Scott que permanecía impassible sentado dentro del coche y sonreí.

—No, mi hermano no es la sorpresa —Lucas reprimió una risa—. Ahora averiguarás de qué se trata.

Tenía la piel erizada a causa del beso, y me estremecí, al experimentar de nuevo la suavidad de sus labios sobre los míos.

—Estoy deseando saber que es —dije con voz alegre—. Me matas de curiosidad.

Lucas me agarró del culo y me levantó para caminar la escasa distancia hasta el Jaguar conmigo entre sus brazos.

—Espero que te guste mucho la sorpresa, cariño —sonrió.

A las ocho de la tarde estábamos en el aeropuerto JFK al pie de las escalerillas de su avión privado. Yo acariciando a Samba en medio de la pista, a la que llevaba con un collar y correa, y él hablando con Scott, con quien habíamos venido en el coche, porque supuestamente él también iba a subirse en otro avión rumbo a Rusia.

—¿Por qué te sientes culpable?

Intentaba escuchar lo que le decía Lucas, pero el ruido ensordecedor de los motores del Jet privado me lo ponían difícil.

—Le prometí a Irina que no haría nada y he incumplido la promesa —dijo Scott con brusquedad.

—No deberías sentirte culpable. Yo también hubiera hecho lo mismo en tu caso —habló Lucas con una expresión fiera en sus ojos.

La fuerza de los motores agitaba su pelo negro otorgándole un atractivo salvaje.

—Espero que no se arrepienta de estar conmigo.

Scott miró hacia el cielo oscuro de Nueva York y me tensé con una expresión alerta.

¿De qué hablaban los dos?

—No lo hará —dijo Lucas poniéndole una mano sobre el hombro—. Estoy seguro que comprenderá tus motivos. Además, si ella hubiera tenido la más mínima posibilidad de deshacerse de él en el pasado lo habría hecho sin pensar.

Cuando se abrazaron pude sentir la conexión entre ellos más fuerte que nunca.

—Nos vemos muy pronto, Scott —dijo Lucas guiñándole un ojo y frunció el ceño.

¿Muy pronto? Se suponía que Scott se quedaría en Rusia una larga temporada.

—Adiós, cuñadita —se despidió de mí con un abrazo y suspiró profundamente.

—Cuídate mucho, Scott.

Lo vimos alejarse en silencio hasta que desapareció de nuestra vista, y luego, me volví para mirar a Lucas.

—Scott ha matado a Dimitri Petrov, ¿verdad? —le dije mientras subíamos las escaleras del avión.

Permaneció callado durante un momento, hasta que al cabo de un par de minutos, respondió:

—No podía lidiar con su sed de venganza. Necesitaba borrar del mapa al hombre que secuestró a su mujer.

El corazón me dio un pequeño vuelco al confirmar mis sospechas.

—¿Tú le has ayudado? —pregunté.

Lucas ladeó la cabeza y me observó con atención.

—Sí. —murmuró—. Cuando fuimos a tu apartamento veníamos de eliminar a Dimitri. ¿Supone un problema para ti que haya ayudado a Scott en algo así?

De repente su rostro mostraba una gran preocupación.

—Lucas...

En lo alto de las escaleras del avión me acerqué a él para que no hubiera ni un solo centímetro de separación entre nuestros cuerpos.

—No estoy segura de si eliminar a Dimitri Petrov sea suficiente para borrar la huella que el ruso ha grabado a fuego en el alma de Irina —dije

sujetándolo de la nuca con la mano que no tenía la correa de Samba—. Pero definitivamente si estoy segura de que el asqueroso de Petrov se merecía morir. No me importa que hayas ayudado a tu hermano.

—Dangelys, no sabes cuanto te amo —susurró con voz ronca.

Sin darle tiempo a reaccionar, estampé mis labios contra los suyos y lo besé de un modo arrollador, devorándole la boca con lengüetazos y succiones que nos dejaron a los dos sin aire. Prácticamente nos comíamos la boca. Con mis dedos en el nacimiento de su pelo, nos besamos hasta que me hormigueó la piel por culpa del deseo.

Tras unos minutos, detuvimos el beso al notar que Samba tiraba de mi correa nerviosa.

—Samba, cariño, no te va a pasar nada —suspiré—. Solo es un avión.

Me temblaban las piernas al apartarme.

—¿Preparada para disfrutar de tu sorpresa?

Lucas entrelazó sus dedos a los míos y la azafata que había presenciado nuestro beso, nos saludó al entrar con una mirada cómplice.

—Buenas noches, señorita Neymar —dijo educadamente.

Le devolví el saludo mientras accedía al interior del avión, era la misma azafata que nos había atendido en el avión de regreso a Nueva York, y al mirar al frente, me detuve en seco y contuve el aliento.

Una mujer se encontraba dentro del avión, sentada en una de las butacas.

Una mujer que conocía muy bien.

—Savannah... —pronuncié su nombre sin comprender que hacía en el avión.

Me miraba con una sonrisa en sus labios, y de inmediato, giré mi rostro hacia Lucas.

—¿Qué hace Savannah aquí? —le pregunté en un hilo de voz.

Un silencio cargado de sorpresa fue la respuesta que obtuve hasta que pegado a mis labios me susurró:

—Cariño, nos vamos a Río de Janeiro a celebrar tu cumpleaños.



## Capítulo 25

### Amar y volver a casa

Pocas ciudades en el mundo podían enorgullecerse de tener la variedad geográfica que tenía mi Río de Janeiro. Su ondulante bahía, enormes playas, su majestuoso océano azul, las verdes montañas, las lagunas... todo mezclado era impresionante. Si la vista de la ciudad desde la superficie era ya de por sí espectacular, desde las alturas, con la luz del amanecer, la impresión era cien veces mayor. El adjetivo necesario para describirlo era deslumbrante.

Acompañada de Lucas y de Savannah, con mi gata sentada en mi regazo, viajaba en helicóptero hacia la casa de mis padres. Agarrada a la mano de Lucas, contemplaba el amanecer desde la nave, disfrutando de la maravillosa sensación mágica de saber que en un rato estaría con mi familia y amigos.

Contemplé a lo lejos el Cristo, con sus brazos abiertos a la ciudad, y noté la presión de los dedos de Lucas que estaban entrelazados a los míos. Nuestras miradas se cruzaron y sentí que mi corazón iba a estallar de felicidad cuando escuché su voz acariciando mis oídos a través de los cascos.

—*Feliz aniversário, meu Caprichosa* —dijo en brasileño.

Besó nuestros dedos entrelazados y su mirada profunda me provocó querer estampar mis labios en los suyos.

—*Muito obrigado* —le respondí sonriendo antes de quitarme los cascos y besar sus labios en un arranque espontáneo.

Lucas de seguida rodeó mi cintura pegándome a él.

—¡Tengo ganas de gritar y saltar de alegría! —dije en cuanto me volví a colocar los cascos, y escuché su risa varonil en mis oídos.

—Prepárate para vivir un día muy especial —murmuró acariciando mi rostro con una sonrisa sexy ladeada—. *Bem—vinda a casa*.

Nunca me acostumbraría a sus miradas y sus sonrisas, lo mismo que contemplar mi ciudad maravillosa, esa que tanto había echado de menos estos años.

Sobrevolábamos Río de Janeiro bajo la increíble magia de la luz del

amanecer, asistiendo a un espectáculo único, donde naturaleza y hombre se daban la mano en una sucesión de postales inigualables. Las playas de Ipanema y Copacabana, la Lagoa, el Pan de Azúcar, Maracanã, la catedral de Niemeyer, los arcos de Lapa...

Giré mi cabeza para mirar a Savannah y sonreí.

—Aún no me puedo creer que estemos aquí —dije eufórica.

—Yo tampoco —dijo sin despegar sus ojos de las vistas.

—Como me la pegaste con lo del vestido para la cena de gala —me reí.

—Necesitaba un vestido para celebrar la cena de tu cumpleaños —confesó sonriendo.

Tuve que reprimir las ganas de darle un abrazo.

Se la veía contenta, aunque también percibía su nerviosismo. Algo normal ya que hoy conocería a papá en persona.

Sanar nuestra historia familiar era el mejor regalo que podíamos hacernos a nosotras mismas. Pero sobretodo, a nuestro padre, y también a mi madre, que desde el principio fue la artífice de ayudarnos a los tres a liberar esa carga familiar excesiva que nos bloqueaba. Quería que dejáramos atrás los secretos, los problemas no resueltos, todas las vivencias y emociones que nos impedirían avanzar en nuestra nueva vida.

La verdad es que descubrir el pasado de Savannah fue un shock al principio.

Habían sido unas semanas de locura. Todo se puso patas arriba en mi familia. Volver a confiar dentro del caos de sentimientos resultó un poco difícil. Sin embargo, con el paso de los días, al final pasó lo que tenía que pasar, y era que Savannah y yo, antes que compañeras, habíamos sido amigas, y ahora éramos hermanas. La herencia familiar y emocional terminó por unirnos.

Apenas doscientos metros nos separaban de la lujosa propiedad de mis padres, que preferían vivir en la naturaleza antes que dejarse seducir por las mieles de la gran ciudad. Mi padre, desde su cuartel general gestionaba sus empresas y, cuando era necesario, ponía en marcha su helicóptero para acudir a cualquiera de sus reuniones. Precisamente en él íbamos montados ahora, y cuando la nave se aproximó al helipuerto construido sobre el enorme jardín, vislumbré a mis padres.

—¿Estás lista? —dije apretando fuertemente la mano de Savannah y asintió con la cabeza.

—Sí.

Notaba su mano helada.

—¿Seguro? —pregunté.

A pesar de su respuesta afirmativa veía el miedo reflejado en su rostro.

—Tranquila, todo irá bien.

Ella creía que no era digna del amor de mi padre, ni tampoco del mío. Me preocupaba que entrara en pánico.

Volví a mirar por la ventanilla y vi que mis padres se acercaban caminando por el césped, con las manos entrelazadas. En ese momento no pude evitar que las lágrimas afloraran en mis ojos.

Ciertamente mi reencuentro con ellos era una incógnita. Después de la desafortunada conversación telefónica con mi padre, no sabía como reaccionaría al verme con Lucas. Me preocupaba el momento de anunciarle la noticia bomba de nuestro compromiso matrimonial.

—Vamos, cariño.

En cuanto la nave aterrizó, Lucas se bajó de un salto y me ayudó con Samba, que llevaba todo el tiempo a la defensiva, a causa del constante y uniforme sonido de la rotación de las aspas.

El piloto apagó el motor, y la desaceleración de la rotación y del ruido, redujo poco a poco su estado de nerviosismo, permitiendo que pudiera dejarla en el suelo.

Papá se acercaba con mamá despacio y deseé correr hacia ellos y lanzarme a sus brazos para cubrirlos de besos, pero no lo hice. Me limité a caminar, tirando de la correa de Samba hasta que los tuve delante.

Mi padre con sus penetrantes e inteligentes ojos oscuros me observaba como si midiera mis pasos o leyera mis pensamientos, y me sorprendió ver que lloraba, al igual que mi madre.

—*Minha princesa* —dijo con voz emocionada mientras alargaba su brazo para acariciar mi rostro.

—Hola, papá —dije sensible a su gesto de ternura.

La caricia no se quedó solo en mi rostro, y de seguida me abrazó, incrementando de modo tangible la sensación de ternura.

—Siento mucho si en algún momento te he hecho daño por tu relación con Lucas —se apresuró a decir rodeándome con sus brazos—. Perdóname por todo. Por lo de Nueva York, por echarte la bronca cuando me dijiste que estabas en Rusia. Dejaste de ser mi pequeña para convertirte en una mujer y en ocasiones me cuesta manejar la situación.

Sus palabras me provocaron un nudo en la garganta.

—Papá, hace mucho tiempo que dejé de ser una niña para tomar las

riendas de mi vida.

—Lo sé, el problema es que no se dejar la paternidad.

El arrepentimiento en su voz era tan intenso que no podía evitar captarlo, y me acurruqué contra él con lágrimas en los ojos.

—Lucas, gracias por cuidar de *minha menina* en Rusia, y sobretodo, gracias por informarnos todos los días a Xaidé y a mí de como evolucionaba de su delicado estado de salud.

—¿Qué? ¿Sabíais lo de mi herida de bala?

—Sí, y también sé que te ha pedido matrimonio.

No fue hasta que noté la mano de Lucas en mi cintura que no me di cuenta que estaba detrás y sollocé.

—Lamento mucho mi comportamiento con vosotros en Nueva York. Pensaba que serías una más en su larga lista de mujeres —prosiguió mi padre, llevándome a hacer mil reflexiones en un segundo—. Lucas, me preocupaba que quisieras jugar con ella. La sorpresa fue tan grande al encontraros juntos aquella mañana, que me escudé detrás de la excusa de tu peligroso pasado —añadió—. Cuando es evidente que el peligro ya forma parte del día a día por su trabajo como agente del FBI... Lo siento, hijo.

—Basta, por favor. No tienes por qué disculparte —dijo Lucas—. Tu reacción fue algo totalmente comprensible.

—Xaidé ya sabía que algo pasaba entre vosotros. Pero a mí ni se me pasó por la cabeza.

—Sí, lo sé. Soy yo quien debería disculparme por no haberos dicho nada.

De repente, me desprendí de los brazos de mi padre, esperando ver a Savannah cerca de nosotros, y su ausencia me provocó un vuelco en el corazón.

—¡Oh, no! —dije en voz baja.

Enseguida me giré por completo, recorriendo con la vista el jardín y al mirar hacia el helicóptero, se confirmaron mis peores presagios.

—Savannah...

Los ojos se me llenaron de lágrimas otra vez.

Seguía dentro del helicóptero y su silueta encorvada entre las sombras denotaba que estaba llorando.

Di un paso al frente, dispuesta a espantar todos los malos augurios que revoloteaban dentro de su cabeza, ahuyentar los malditos fantasmas del pasado que la tenían bloqueada, y una mano me detuvo.

—Déjame a mí —dijo mi padre con un brillo de desasosiego en sus ojos.

Le di un rápido asentimiento de cabeza y desvió la cara hacia ella, donde

se dirigió con paso decidido.

Mamá besó mi mejilla con delizadeza y se posicionó a mi lado en silencio. Ambas sabíamos que era un momento complicado. No era un paso fácil para ninguno de los dos, en Savannah resultaba incluso más difícil que para papá, después de haber escuchado durante años mensajes salpicados de ira por parte de Vladimir.

Con intensidad emocional, vimos como papá se detenía junto al helicóptero. Savannah levantó la mirada focalizando su atención en él, y en ese instante, mi corazón ralentizó sus latidos, al percibir ese algo especial entre los dos.

Vi el proceso emocional que se creó en ambos, la asociación entre padre e hija, y mis sentimientos se desbordaron al sentir el lenguaje de la vida.

Papá le tendió su mano de un modo dulce, amable, cariñoso, en un gesto honesto, y cuando Savannah posó su mano sobre la suya, mi visión se volvió completamente borrosa.

Él y solo él, había sido capaz de apaciguar su ansiedad, proporcionándole la seguridad y la confianza que necesitaba para borrar sus inseguridades.

Papá la ayudó a bajar del helicóptero, y en cuanto se abrazaron se creó una gran conexión entre ellos. En ese momento pensé: «Tengo que fotografiar este instante tan especial». Busqué rápidamente mi teléfono en el bolsillo de mi pantalón y logré captar con la cámara el abrazo.

En el silencio de la mañana, solo roto por el canto de los pájaros y el murmullo del mar, escuchaba como papá le hablaba a Savannah mientras acariciaba su pelo con ternura.

—A veces el destino se las ingenia para ser cruel y debemos ser fuertes e inteligentes. Tenemos que dejar atrás el pasado —le decía con voz calmada—. Hay un futuro que puede ser nuestro... hija. Un futuro lleno de pequeños momentos que tú y yo seremos capaces de atrapar.

El amor no es material, es energía. Es el sentimiento que hay en una situación, en una persona... y mi padre transmitía el amor que tenía dentro de él. Su mirada era la de un hombre dispuesto a mostrar a su hija lo más importante de la vida.

El amor sin maldad, sin límite.

Tras uno largo rato hablando solos, se acercaron a nosotros con los ojos brillantes de alegría, rostros relajados, y mi madre sugirió que entráramos en casa para desayunar.

—Mamá, ¿eso que huelo son deliciosos espaguetis de calabacín con salsa

de tomate? —dije, olfateando el aire como un perro.

—Sí, hoy tenemos compañía para comer y he madrugado para cocinar espaguetis de verduras —dijo, conectando la cafetera de la cocina.

Mi madre era fan de las verduras espiralizadas, menos calóricos que la pasta. Una manera rica, divertida y sana de comer verduras e hidratos de carbono.

—¿Quieres probarlos? —me preguntó al ver que no le quitaba ojo a los espaguetis.

Me senté en una de las sillas de la gran mesa que había en la cocina, y antes de que abriera la boca para responder, Lucas, me sorprendió colocando un tenedor y una cuchara delante de mí.

—¿A que he adivinado tu contestación? —dijo con una sonrisa radiante que me desarmó—. Últimamente comes pasta a todas horas.

Me eché a reír por su comentario y sostuve su mirada atraída por la energía que emanaban sus ojos oscuros.

—Gigoló, el médico me ha recomendado que coma carbohidratos porque juegan un papel destacado en mi proceso de recuperación —dije inclinándome hacia delante—. Necesito disponer lo antes posible de las máximas reservas de energía para volver a «correr» como antes.

—Claro, necesitas hacer el GPS —murmuró Savannah por lo bajo sentada a mi lado y solté una carcajada.

—¡Ah! ¡Te acuerdas de lo del GPS, eh! —me reí, guiñándole un ojo.

—Como para olvidarlo.

Apretó los labios para no reír, sin demasiado éxito.

—¿GPS? ¿De qué estáis hablando? —preguntó mi madre, al mismo tiempo que servía el café.

—De nada, mamá. Un tema muy aburrido —dije, despacio mirándola a los ojos—. ¿Te suena de algo la postura de la flor de loto, o la postura del arado?

—¡Dangelys! —gritó mi madre sonrojándose, y Lucas soltó una carcajada.

—¿Qué? —me reí con más fuerza—. ¡Me has preguntado de qué estábamos hablando!

—Si lo llego a saber no pregunto —murmuró—. Pensaba que hablábais de algún tipo de navegador de bolsillo.

El desayuno transcurrió con conversaciones amenas, dejando que la naturalidad fuera la guía, creando temas con chispa que arrancaron más de una carcajada en mis padres, Lucas y Savannah.

A media mañana decidimos darnos un agradable baño en la playa privada, consiguiendo que el ambiente se destensara del todo. Lucas aprovechó para surfear un rato, algo que le encantaba hacer desde hace años. Y yo, aproveché para hacer el payaso.

Era eso, o morir derretida ante la presencia de mis padres, por admirar el cuerpo de Lucas en bañador, surcando las olas.

—*Dreams came true, in blue Hawaii* —canté a lo Elvis Presley sobre una tabla de surf en la arena y escuché varias risas.

—Te falta el ukelele —dijo mi madre mirándome a través de sus grandes gafas de sol.

—A Dangelys no le hace falta el paraíso donde se inventó, ni tocar el ukelele para surcar la primera ola —bromeó mi padre con una tabla de Paddle Surf bajo el brazo y sonreí.

—El surf es adictivo y te pone en forma de los pies a la cabeza —apunté creyendo en la magia del surf.

—¿Te apetece practicar Paddle Surf conmigo? —le preguntó mi padre a Savannah con una sonrisa franca y me alegré que ella aceptara su proposición.

Los dos se alejaron hacia la orilla en total sintonía y mi madre y yo intercambiamos una mirada de complicidad.

—Este es el comienzo de una nueva etapa —dijo mi madre con una expresión relajada.

Contemplaba la escena a mi lado, con una sonrisa en los labios, y sentí el mayor de los orgullos hacia ella. Mi madre era la mujer más valiente, comprensiva, tierna y dulce del mundo.

—Te quiero, mamá.

La abracé con fuerza, besándola con veneración.

Solo ella era capaz de dejar atrás rencores y tristezas, perdonar, y sobretodo, aceptar y acoger en casa a Savannah.

—¿No vas a surfear con Lucas?

Su pregunta me llevó a mirar irremediabilmente en su dirección, y su evocadora imagen cazando olas, me enganchó.

—No. —dije hechizada por su fuerza y resistencia.

El físico de Lucas era una maravilla a sus cuarenta años.

Sus músculos torneados y poderosos, dominando la tabla de surf a la perfección en medio del océano, me hicieron recordar a los días eternos junto al mar con mis amigas, donde mi única afición era espiar a Lucas a través de los cristales de mis gafas de sol.

Verlo subido a la cima de una tabla haciendo piruetas, era adictivo. Y en ese momento decidí que lo secuestraría en cuanto me fuera posible esta misma noche para dominarlo por completo como si fuera una ola, disfrutarlo sin reservas.

—Mamá, voy a dar un paseo —suspiré acalorada—. Ahora regreso.

Necesitaba despejarme o mi cuerpo se prendería en llamas espontáneamente.

Siempre me había gustado ir a pasear y bañarme en una parte de la playa menos accesible, una pequeña cala recóndita y salvaje, mi rincón secreto para evadirme. Un paraje único de arena dorada, agua azul turquesa que escondía un fondo marino espectacular, rodeado de jardines de pura selva.

Con rumbo fijo, me dirigí hacia allí con ganas de relajarme un rato.

Descalza llegué a la pequeña playa y me deshice del bikini disfrutando de mi desnudez, de la soledad, de cada sonido, cada olor, adentrándome en el mar de mi lugar mágico.

Cerré los ojos y disfruté del pequeño placer de sentir la brisa del viento azotando mi rostro con su delicada fiereza, de la sensación de sentir el agua rozando toda mi piel.

Que levante la mano quien no haya probado a bañarse desnudo. Hacerlo es volver a los orígenes y renacer.

—Dicen que el paraíso está en una isla desierta, pero creo que se equivocan...

De pronto escuché la profunda voz de Lucas detrás mí y se me erizó la piel por completo. Algo que no había logrado producirme ni siquiera el agua del mar.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y por qué crees que se equivocan? —dije con el corazón acelerado, sin darme la vuelta.

Elegí la pregunta con el olor a promesa incierta, con el deseo fluyendo de un modo rápido por mis venas.

Lucas no respondió.

Acarició mi nuca, deslizando sus dedos hacia abajo, a lo largo de mi espalda, y un relámpago de fuego cruzó mi piel.

—Mi paraíso eres tú —susurró al fin con su boca pegada a mi oído—. Mi paraíso está entre tus brazos...

Le dio un leve mordisco al lóbulo de mi oreja y me sacudí entera.

Bajo un escenario de película que se erigía sobre los cimientos de la realidad me giró, y sin ningún tipo de preámbulos, me sujetó del cuello con las



dos manos y atrapó mis labios de forma directa, besándome con rudeza.

Como animales en su hábitat natural, la pasión se desató en un segundo, y permití que su lengua experta realizara una ruta deliciosa dentro de mi boca. Totalmente desnuda entre sus brazos, Lucas, me besaba sin freno, incansable, de forma caliente. Jodidamente caliente. Lamía y daba lengüetazos profundos que acrecentaban el deseo. Y una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo humedeciéndome entera, al notar contra mi sexo, su gruesa y dura erección, perfectamente definida bajo la fina tela de su bañador azul.

—Caprichosa, ¿quieres que te de tu regalo de cumpleaños por adelantado? —susurró mordiendo mis labios, con sus dos manos en mis pechos, rozándome con los pulgares los pezones.

—Nada me gustaría más —gemí con las pulsaciones descontroladas.

Lucas inhaló un gran trago de aire.

—¿Quieres que te folle aquí, a plena luz del día en una playa? —su voz surgió más ronca y seductora cuando volvió a hablar en mi oído—. Porque yo, sí quiero.

Rozó mi cuello con sus labios y su cálido aliento hizo hormigear mi piel ya en llamas.

—Creo que no podría rechazar tu regalo aunque quisiera —admití seducida por sus caricias.

—Acabo de recordar cierta noche, en la que tú y yo, coincidimos en una piscina —Sus labios se movieron por mi cuello hacia el extremo de mi hombro—. Tú desnuda...

El sofocante ambiente se removió en la escasa distancia que nos separaba con el roce de su boca, deslizándose hacia mis pechos.

—Definitivamente nos va el agua —jadeé.

Mojados los dos, con el agua a la altura de mi cintura, Lucas agachó su cabeza y comenzó a succionar y devorar hambriento mis pezones mientras me elevaba sin ningún esfuerzo gracias al agua.

—¡Dios! Solo pienso en follarte con fuerza a todas horas y llevarte al orgasmo entre gritos.

Sus ojos brillaban por la excitación.

Con una mano se bajó el bañador y noté como posicionaba su polla dura en mi entrada, naciendo de nuestras gargantas un profundo gemido cuando me penetró hasta el fondo.

—Fóllame como solo tú sabes hacerlo, Lucas.

Sentir el roce de su miembro erguido dentro de mis entrañas mientras

contemplaba a la luz del día la expresión de su atractiva cara contrayéndose de placer y lujuria, me envió rápidamente a un vertiginoso frenesí de éxtasis y pasión.

—Te amo, cariño —dijo con la respiración entrecortada, mezclando nuestros alientos.

Fuerte, enorme, poderoso, sus músculos se contraían cada vez que empujaba sus caderas hacia arriba sacándome del agua, embistiéndome a un ritmo enloquecedor.

—¡*Oh, Deus!* —gritaba sobre sus labios, clavándole mis uñas en la espalda.

Me sentía como una trapecista entre sus músculos, dispuesta a perder el equilibrio. El vértigo en el vaivén furioso de sus caderas, me hacía caer en el precipicio de su deseo.

—Eres mía, completamente mía —gruñó atrapando con su boca cada gemido que escapaba de mis labios.

Entonces, sin esperarlo, me dio la vuelta dejándome de espaldas a él, y volvió a penetrarme con embestidas fuertes y enérgicas mientras me aproximaba de frente a una parte donde el agua se revolvía con potencia cerca de unas rocas.

—Prepárate para recibir el máximo placer.

Su voz rota por la excitación, gimiendo en mi oído, me dejó al borde del clímax.

Sus dedos separaron mis sensibles labios vaginales, buscando que la corriente me diera directamente en el clítoris, y en el instante que sentí la presión en mi tembloroso sexo, empecé a gritar de placer.

—¡Vamos, córrete para mí! —gruñó en mi oreja antes de follármela con la lengua.

Los movimientos de su polla dentro de mí eran potentes y constantes junto con el golpeteo del agua, y tuve un impresionante orgasmo que me arrasó literalmente.

—¡Lucas! —grité en lo más alto del clímax.

El movimiento del agua era muy excitante. Las oleadas de placer se extendían por todo mi cuerpo, y noté como su polla respondía a mis espasmos y sacudidas, palpitando en mi interior.

—¡Joder! Siento como me aprietas con tu coño, joder... sí.

Me propinaba poderosas embestidas mientras mi coño se contraía en medio de un vértigo exquisito. Entraba y salía gruñendo, con unos sonidos eróticos en mi oído que me enloquecían. Anclado a mí, aceleró aún más el ritmo,

y en un par de estocadas más, se corrió en oleadas violentas.

—Estár dentro de ti sí que es estar en el puto paraíso —dijo antes de darme la vuelta y devorarme los labios hinchados por sus besos.

Una vez pasada la tempestad, mi interior fue ralentizando sus espasmos, mi corazón sus latidos, y nos quedamos un rato disfrutando del mar.

—Gracias por el regalo y esta maravillosa escapada —susurré cuando regresábamos a la otra zona de la playa.

—De nada —dijo con una sonrisa de pura satisfacción masculina por haberme pegado un buen polvo—. Cuando planeo una escapada, me lo tomo muy en serio.

Quise agradecerle su atención conmigo y le planté un beso en los labios. Momento que el aprovechó para deleitarse con ellos, sujetando mi rostro con sus manos para besarme a placer.

—¡Esto es algo extraordinario! Si no lo veo no lo creo.

De repente, la voz de Nayade llegó a nuestros oídos e intenté apartarme de Lucas en un repentino ataque de vergüenza.

Lucas como era de esperar, no me lo permitió.

—Que terrible pérdida para el sexo femenino —Se burló Isaac que llevaba a la pequeña Kezia en sus brazos.

Era la primera vez que nos veían juntos y me pasé la mano por el pelo bastante confusa.

¿Se darían cuenta de que acabábamos de tener sexo salvaje en la playa?

—¿Recuerdas cuando me dijiste que Isaac cualquier día de estos iba a mear algodón de azúcar? —le dijo Nayade a Lucas, que se mostraba tranquilo, rodeando mi cintura con un brazo.

—Sí. —dijo, rozando mi cuello con su nariz sin ningún tipo de reparo.

—Déjame decirte, que tu vas a mear la fábrica entera de nubes de algodón de azúcar.

—¡El amante maravilloso, cazado!

Comenzó a reír Isaac.

—Supera ya ese rol de hermano mayor con Dangelys. Debería importarte una mierda con quien se acueste ella —dijo Isaac con una sonrisa—. Recuerdo cuando te dije eso en casa de Marcos y Xaidé, la noche que te emborrachaste... ¡Cabrón! Y yo que pensaba que la querías como una hermana... ¡Resulta que la querías para ti!

Un cálido estremecimiento y hormigueo me recorrió el cuerpo al oír a Isaac y ladeé mi rostro para mirar a Lucas que sonreía.

Aún me costaba en ocasiones asimilar, de que lo nuestra era real y que me pertenecía.

—¿Quién demonios iba a pensar qué estabas celoso? ¡Eras un maldito mujeriego! —dijo Isaac clavando sus ojos claros como el mar en él—. Y tú una niña —prosiguió fijándolos en mí—. ¿Por qué cojones no me dijísteis nada ninguno de los dos?

—Isaac, no podía contarte nada.

—¿Dónde estaba tu puta cabeza, Lucas? ¿En qué estabas pensando?

—En ella, todo el tiempo en ella —le respondió depositando suaves besos en mi cuello, y sonreí complacida.

—¡Mírala y encima se ríe! Como me la habéis pegado los dos —reía Isaac.

—Lo más oculto, es lo más evidente —dijo Nayade con una sonrisa en su rostro.

—¿Dónde está Nicole? —quise cambiar de tema—. Tengo muchas ganas de ver a mi pequeña pelirroja.

—Está ayudando a tu madre a organizar la mesa del comedor del jardín —dijo Isaac—. Nosotros vinimos a la playa para que Kezia jugara un rato en la arena.

Sonreí y extendí las manos para tomar a Kezia en brazos.

—¡Pero qué grande y qué guapa estás! —murmuré, acomodándola en mi regazo—. ¿Quieres hacer un castillo de arena conmigo?

La preciosa hija de Isaac y Nayade de casi un año de edad aplaudió con sus pequeñas manitas y la besé en la mejilla. Era hermosísima con sus ojos azules y la piel clara, contrarrestando su pelo negro.

Caminé hacia la orilla y me senté con ella en la arena para jugar.

—Lucas, trae el «Kit» para construir castillos de princesas. Tenemos una misión especial —dije guiñándole un ojo.

Disfruté con la visión de verlo venir con su gran cuerpo, llevando en una de sus manos un cubito de playa con sus accesorios.

Si Kezia estaba para comérsela rebozada en la arena, no digamos el agente Smith tirado en el suelo, con la difícil misión de realizar un castillo sin que se desmoronara una sola almena o merlón.

—¡Joder! Qué difícil es hacer un puto castillo de arena —resopló Lucas con pala y ristre en mano.

—Chhh, esa boca —lo regañé—. La niña...

—Construir un castillo requiere ser un experto en sedimentología para

estudiar los fragmentos de roca —se rio Isaac estirado en una de las tumbonas de la playa privada de mis padres.

—¡Qué exagerados! Tampoco es tan difícil —dijo Nayade sentada junto a nosotros.

—¿Qué no es difícil? —dijo Lucas alzando las cejas.

No me había reído tanto en mi vida.

Después de cinco mil intentos por parte de Lucas, por fin consiguió erigir un castillo de arena digno de un arquitecto medieval. Pero no le duró mucho la alegría. La pequeña Kezia atraída por la forma del castillo lo destruyó en un segundo sin ninguna clase de contemplaciones.

—Kezia, me acabas de romper el corazón —dijo Lucas tomándola en brazos para ir al agua con ella y quitarse juntos la arena.

La imagen era para babear.

No había nada más sexy que ver un hombre guapo ocupándose de un bebé.

—Te juro que estoy a punto de derretirme aquí mismo y no a causa del sol —le confesé a Nayade en voz baja sin que me oyera Isaac.

Mi padre llegaba en ese momento de practicar Paddle Surf con Savannah y se la presentó de seguida a Isaac y Nayade, que ya estaban al tanto de toda la historia. Y después de hablar un rato sobre su trabajo en el FBI, sobre nuestras vidas en Nueva York, nos dirigimos a casa para ducharnos antes de comer.

—¿Se puede?

Calmaba mi piel de tanta exposición al sol con un gel de aloe vera, cuando de pronto, escuché la voz de la última persona en el mundo que creí que podría venir a celebrar mi cumpleaños conmigo en Río de Janeiro.

—¡¡Chloe!! —grité feliz.

Corrí hacia ella para darle un abrazo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mientras la rodeaba con mis brazos.

—¿Tú qué crees?

Estreché su pequeño cuerpo contra mi pecho y empecé a saltar de alegría.

—¡No puedo creer que estés aquí!

Di un par de vueltas por la habitación y Chloe me ordenó que parara entre risas porque se iba a marear.

Las dos chillábamos felices, pegando botes por mi habitación y sin querer asustamos a Gaël Junior, que permanecía junto al marco de la puerta.

—*Bonjour, Gaël.*

Lo saludé, alborotando su pelo.

Sabía por boca de Chloe que su hijo era un apasionado de los animales y decidí ir a buscar a Samba para que la viera.

En un par de minutos conseguí que sonriera gracias a las monerías de mi gata, que sintiéndose la protagonista absoluta ronroneaba feliz panza arriba. Pronto las risas de Gaël alertaron a Nicole que entró en la habitación como una exhalación.

—¡Es un leopardo! —dijo alucinada—. ¡Mamá! Tía Dangelys tiene un leopardo.

Nayade entró también en la habitación y se quedó quieta, observando con su mirada de científica el comportamiento de Samba.

—¿A qué es bonita? —le dije.

Tumbada en el suelo de espaldas, con las patas estiradas, feliz y relajada te daban ganas de achucharla.

—Parece un enorme peluche —sonrió Chloe.

Me agaché y pasé mi mano por su suave pelaje.

—Al final tenías razón, Nayade —dije mirándola a los ojos—. Fue Lucas quien dejó a Samba dentro de una caja en el rellano de mi puerta.

—Cada vez estoy más alucinada con la vena romántica de Lucas —dijo Nayade agachándose para acariciar la barriga de Samba y sonreí radiante.

—Es una fuente inagotable de sorpresas.

—Ni que lo digas —murmuró Chloe—. Déjame ver el anillo que te ha regalado.

Fijó su mirada en la valiosa joya artesanal y extendí la mano para que viera mejor el zafiro azul.

—¿Cuándo os casáis?

La pregunta de Nayade me pilló un poco por sorpresa. No habíamos hablado aún Lucas y yo de fechas. Aunque sabía que lo haríamos pronto.

—Con tanto ajetreo no hemos tenido tiempo de hablar del tema. Pero supongo que no tardaremos mucho en casarnos. Por cierto, ¡Cómo me habéis engañado todos con lo de mi cumpleaños! ¿Tenéis planes? ¿Te ha preparado algo tu prometido? Ya te llamaré mañana para felicitarte —dije imitando la voz de Nayade que empezó a reír al oírme—. Me muero de curiosidad por saber donde te va a llevar para tu cumpleaños —proseguí en tono irónico—. ¿Te ha dicho que metas bikinis en la maleta?

—Lo siento, no podía contarte nada.

—Sí, claro.

Entre risas accedimos al comedor del jardín y Gaël que hablaba con mi

padre se acercó a saludarme en cuanto me vio.

—*Bonjour, Dangelys* —dijo dándome un abrazo—. *Joyeux anniversaire.*

—Gracias, Gaël —murmuré—. Me hace muy feliz que estéis aquí. Estoy deseando que llegue la noche para celebrar mi cumpleaños con todos vosotros.

Contaba las horas y los minutos para que llegara la noche y descubrir donde se celebraría mi cumpleaños. Nadie había querido contarme nada. Era una sorpresa.

—Chloe y yo te hemos traído un regalo muy especial desde París para que lleves esta noche —dijo Gaël con aire misterioso y se me iluminaron los ojos.

—¡*Oh, Deus!* ¡No me digas que me habéis traído un vestido de la última colección de Chloe porque me muero!

Me giré para mirar a la creadora de dicha colección y noté claramente como se hacía la loca fingiendo que hablaba con Nayade.

—¿Cuándo podré ver mi regalo?

Le di una palmada en el culo que la sobresaltó.

—¡Ya estamos con las palmadas! —resopló.

—Pantera, quiero ver mi vestido en cuanto terminemos el postre.

—¿Y quién te ha dicho que es un vestido? Lo mismo es un brazalete —rio.

—A mi no me engañas.

Clavé mi mirada de super agente del FBI en ella y soltó una carcajada.

—Puede que te lleves una sorpresa —dijo alzando una ceja.

—Lo dudo —dije sonriendo.

Me senté entre Lucas y Savannah dispuesta a disfrutar de una agradable comida familiar, y le pedí a Nayade que me dejara tener en brazos a Kezia mientras esperábamos el primer plato.

Mi madre apareció acompañada de la mujer del servicio y un camarero, me miró largamente y supe lo que iba a decir.

—¿Bueno y cuando me vas a hacer abuela?

Se sentó frente a mí y le di un sorbo a mi refresco para evitar soltarle un comentario ácido.

De pronto, un pensamiento cruzó mi mente, y escupí la bebida como si le hubiera dado un mordisco a un limón.

»¡Mierda! No puede ser», pensé con toda una línea de imágenes ordenadas de forma correlativa.

—¡Uy, Xaidé! Creo que la has asustado con tu comentario —murmuró Chloe riendo—. Primero se tendrá que casar con Lucas, ¿no?

—Xaidé no pensé que quisieras ser abuela tan pronto —habló de seguida Nayade con la mirada llena de diversión.

Mientras todos reían alegres empecé a hacer cálculos mentales con precisión, y un sudor frío me recorrió la espalda al darme cuenta de que tenía un retraso del período importante. La última vez que había tenido la regla fue unos días antes de que Lucas reapareciera en mi vida.

¿Cómo había podido quedarme embarazada si yo tomaba la píldora anticonceptiva?

Al momento de hacerme la pregunta, supe la respuesta.

«Los antibióticos...»

Ahora todo me cuadraba.

No había tenido ni idea de por qué en los días anteriores aparte de irme quedando dormida por las esquinas, extrañamente me apetecía comer pasta a todas horas, incluso para merendar.

¡Oh, *Deus!* Estaba embarazada.

—Tengo que ir al baño —me levanté de la silla de forma abrupta y todos me miraron extrañados.

—¿Estás bien? —me preguntó Lucas con gesto preocupado.

Seguro que estaba blanca como el papel y tuve que fingir una sonrisa.

—Sí.

Siempre me había planteado mi futuro en el FBI como la gran meta. El gran plan, y no sabía como manejar el simple pensamiento de estar embarazada. Un bebé trastocaba todos mis planes, mi trabajo, mi relación con Lucas, creando un camino alternativo en la historia de mi vida.

Cerré los ojos y me agaché en la pica del lavamanos para refrescar mi cara con agua fría. El corazón me latía a una velocidad considerable, necesitaba calmarme. Pero cuando abrí los ojos y vi a Chloe y Nayade detrás de mí, casi sufrí un infarto.

—¡*Deus!* ¿Qué hacéis aquí? ¿Me queréis matar de un susto?

—¿Qué te pasa? —me preguntó Chloe sonriendo.

—Estás muy pálida —dijo Nayade situándose a mi lado—. ¿Te encuentras bien?

Las dos de seguida abandonaron el tono alegre de las preguntas al ver como me temblaban las manos mientras me secaba la cara con la toalla.

—Dinos que te pasa —dijo Nayade muy seria—. Tú no estás bien.

—Creo que estoy embarazada —solté a bocajarro—. Tengo un retraso importante.



—¡Ay, Dios! —exclamaron al unísono.

—Sí, ¡Ay *Deus!* —repetí yo con el corazón latiendo a una velocidad desproporcionada—. Precisamente hoy en el día de mi cumpleaños me tengo que enterar que podría estar embarazada.

Las dos se miraron con la sorpresa reflejada en sus rostros y puede que con algo más y me senté en una banqueta del cuarto de baño bastante nerviosa.

—Tienes que salir de dudas ahora mismo —dijo Chloe sentándose a mi lado.

—No sé como —suspiré—. No tengo ningún test de embarazo. No es algo que suela llevar en mi neceser de viaje.

Chloe y Nayade me sonrieron con dulzura.

—No te preocupes. Tengo la solución.

Nayade se marchó deprisa del cuarto de baño y Chloe me miró con cara de circunstancias.

—¿Adónde va?

—No lo sé —susurré.

Medio minuto después Nayade entró de nuevo como un ciclón en el cuarto de baño y cerró la puerta tras de sí.

—¡Nathan! ¿Estás afuera? —dijo con el teléfono en la mano.

—Sí, señora Fioravanzo. ¿Ocurre algo?

—Necesito que me hagas un favor.

Hablaba por el altavoz del móvil con cara concentrada y Chloe y yo la miramos en silencio.

—Quiero que vayas ahora mismo a casa y que busques en el mueble del cuarto de baño de la Suite un estuche que tengo de color...

—¡Espere, espere! No tan deprisa, señora Fioravanzo ¿No estará pensando en deshacerse de mí? Cada vez que aparece su amiga Chloe termina realizando alguna excursión sola.

—¡Te estoy escuchando grandullón! —habló Chloe y Nayade le hizo un gesto de que callara.

—Busca el estuche de color rojo y tráemelo. Estoy en el cuarto de baño más próximo al comedor del jardín.

—No sé por qué presiento que planean algo —habló como si no la oyera.

—Claro, planeamos que traigas el estuchito rojo —dijo Chloe a punto de reír.

Nayade le tapó la boca para evitar que continuara hablando.

—Es importante que traigas ahora mismo ese estuche.

—¿Qué contiene? —preguntó Nathan.

Chloe resopló debajo de la mano de Nayade.

—Un test de embarazo —confesó Nayade bajando la voz.

—¿Es para usted ese test de embarazo? No me diga que está usted...

Chloe perdiendo la paciencia se deshizo de la mano de Nayade y le soltó uno de sus telegramas.

—Nathan ve a la puta casa ya STOP busca el puñetero estuche rojo de una maldita vez STOP y cuando lo tengas ven derrapando STOP.

Se hizo un extraño silencio al otro lado de la línea y Chloe se encogió de hombros ante la mirada acusatoria de Nayade.

—¿Qué?

—Está bien —dijo de forma inesperada Nathan—. En un rato tendrá ese estuche rojo en sus manos, señora Fioravanzo.

Y así fue.

Una hora después llegó el tan ansiado estuche rojo, pero no de manos del grandullón como llamaba Chloe a Nathan, sino de la mujer del servicio que trabajaba en casa de los Neymar.

—Menos mal que lo ha traído ella. Habría resultado muy sospechoso que Nathan se presentara aquí —dijo Nayade abriendo deprisa el estuche.

A estas alturas ya no oía apenas. Estaba tan nerviosa que solo escuchaba un dos por ciento de lo que hablaban y que me llegaba de manera lejana. Nayade me entregó el test de embarazo y la miré con el corazón a punto de salirse de mi pecho.

—No pienso hacer pis en este palito con vosotras delante —murmuré al ver como Chloe levantaba la taza del wáter.

—Estás muy pálida, ¿y si te desmayas al ver el positivo?

—Necesito privacidad, sino no me saldrá ni una gota.

—Tranquila, saldremos afuera unos minutos —dijo de seguida Nayade, tirando del brazo de Chloe.

Cerraron la puerta al salir y con la mano trémula sujeté uno de los extremos para orinar en el otro.

—Allá vamos, Dangelys —susurré en un intento de infundarme valor a mí misma.

Los resultados tardarían unos minutos y decidí que lo mejor era que entraran de nuevo. La espera sola se me haría eterna. Necesitaba el apoyo de mis amigas.

Nayade y Chloe que me sujetaban ambas de las manos, fueron testigo de

como el test situado sobre la encimera del lavamanos dictaba su veredicto.

Uno irrevocable.

El test contaba con un sensor que no solo indicaba si me encontraba embarazada, sino que además informaba de cuantas semanas hacía que se produjo la concepción.

El test no dejaba lugar a dudas de en que lugar del planeta me había quedado embarazada.

—Ya veo que tu convalecencia en Siberia fue muy... activa —dijo Chloe rompiendo el silencio.

—¡Chloe! Cierra el pico —la regañó Nayade.

—¿Qué? Aquí nuestra gacela de ébano se ve que ha recibido un tratamiento inmejorable por parte del agente secreto Smith.

Mientras las escuchaba, miraba incrédula el positivo del test de embarazo decidiendo entre desmayarme o desmayarme.

—¡*Oh, Deus!* Estoy embarazada —susurré en un hilo de voz.

—Sí. —dijeron al unísono Chloe y Nayade y me abrazaron emocionadas.

Notaba un extraño hormigueo en el cuerpo que no tenía palabras para describir.

—¡Vas a ser mamá! ¡Vamos a ser tías!

Las miré a ambas con una mezcla de miedo, felicidad, responsabilidad, preocupación, éxtasis, ganas de llorar, ganas de gritar, ganas de decírselo a Lucas, ganas de llorar...

Mi cuerpo se decidió por esto último.

—¡*Ay, Deus!* No sé como darle la noticia a Lucas —sollocé con miles de sentimientos, emociones y sensaciones dentro de mi corazón—. ¿Qué voy a hacer...? ¿Y mi trabajo? ¿Qué va a pasar con mi trabajo?

En cuestión de segundos, todas mis prioridades y planes de futuro se desplomaron delante de mí como un castillo de naipes.

—No te preocupes ahora por el trabajo, ya pensarás en él cuando regreses a Nueva York —me aconsejó Chloe.

—¿Y Lucas? Nunca hemos hablado de este tema —La miré con lágrimas en los ojos—. Ni siquiera estamos casados... ¿Y si no quiere tener hijos por su trabajo?

—Lucas se va a poner feliz —dijo Nayade sujetando mi rostro con delicadeza—. La vida sabe cuando y de que manera ofrecerte sus regalos. Estoy segura de que Lucas corresponderá a esta situación como el hombre que es.

—Amores, ¿pensáis quedaros encerradas en el cuarto de baño toda la

tarde?

De repente la voz de mi madre nos sobresaltó a las tres.

—¿Qué estáis haciendo?

Nayade y Chloe intercambiaron una mirada rápida y medio segundo después, vi como Chloe se lanzaba a por una toalla, me enrollaba el pelo en ella, y como Nayade me robaba el test de embarazo de la mano y escondía el test, la caja y el estuche rojo en uno de los muebles del baño.

—Estamos realizándole a Dangelys un tratamiento capilar intensivo —dijo Chloe nada más abrir la puerta mientras Nayade secaba mis lágrimas—. No sabes como tenía las puntas a causa del frío en Siberia.

—¿El frío puede afectar al pelo? —preguntó mi madre frunciendo el ceño.

—Sí. —respondí sentada en la elegante banqueta del cuarto de baño.

—¡Uy, no sabes lo peligroso que puede llegar a ser el frío! —murmuró Nayade.

—Y más el frío de Siberia —continuó Chloe—. Le hemos puesto una mascarilla hidratante intensiva para que luzca esta noche en su fiesta de cumpleaños una melena brillante y llena de luminosidad.

—Hija, si el estado de tu pelo es tan alarmante puedo llamar al peluquero para que venga a aplicarte un tratamiento especial. Igualmente tenía que venir en un rato a peinarnos —dijo mi madre mostrando preocupación.

—No, mamá —dije nerviosa—. Mi melena ya está en buenas manos.

—Bueno, igualmente le voy a decir que venga antes de tiempo por si acaso y también llamaré a la maquilladora para que se presente en casa lo antes posible. Seguro que también tienes la piel afectada por el frío —resolvió saliendo del cuarto de baño.

—No hace falta, mamá —voceé.

—¡Sí hace falta! —alzó la voz mi madre en el pasillo—. Quiero que luzcas más preciosa que nadie esta noche. ¡Es tu cumpleaños!

## Capítulo 26

### ¡Sorpresa!

Embarazada... Embarazada... Embarazada...

Entre el ruido del secador del peluquero y la voz de la maquilladora intentaba buscar un rincón en mi mente en el que desconectar, pero era imposible. Desde el momento en que había visto el resultado del test de embarazo no daba abasto a pensar en todas y cada una de las posibilidades de como darle la noticia a Lucas.

«Cariño, ¿sabes una cosa? Estoy embarazada» «Cariño, tengo algo que contarte... ¡Vas a ser papá!» «Cariño, gracias por el regalo de esta mañana. Yo también tengo otro regalo para ti, pero el mío va con retraso, te lo entregaré dentro de nueve meses.»

¡Ay, *Deus!* No podía creer que dentro de mí ya tuviera un bultito del tamaño de una lenteja, con su diminuto corazón latiendo en su interior. Respiré hondo y me dejé llevar por la maravillosa sensación de sentirme mamá mientras salía del cuarto de baño de mi habitación para ver el regalo de Chloe y Gaël.

«Seguro que es un vestido», pensé con una sonrisa pintada en mi rostro.

Conocía a Chloe demasiado bien. Su mirada la había traicionado cuando afirmé categóricamente que era un vestido.

—¡Samba! Cariño, ¡ven aquí! —dije al mismo tiempo que buscaba la percha del vestido.

Mi mascota no salió de su transportín y me extrañó muchísimo.

—¿Samba...?

Me agaché con una pequeña inquietud para mirar el interior del transportín y un nudo se instaló en mi pecho al ver que no se encontraba dentro.

—¡Samba! —grité.

¿Dónde estaba mi gata?

Salí de mi habitación nerviosa por si se había escapado y entonces me di cuenta de que no había rastro tampoco ni de Lucas, ni de nadie en la casa.

¿Dónde se había metido todo el mundo?

Había estado toda la tarde encerrada en el cuarto de baño realizándome tratamientos de belleza y no me había percatado de la ausencia de nadie.

Miré el reloj al pasar cerca del comedor del jardín, donde solo estaba la señora del servicio recogiendo la mesa y entonces sí que fui consciente de la hora y del motivo de la ausencia de todos.

Se habrían marchado para vestirse.

—¿Ha visto al señor Smith o a mis padres? —le pregunté un poco desconcertada.

Ellos sí que deberían estar aquí arreglándose.

—Su padre está en el despacho atendiendo una llamada, y su madre salió con el señor Smith para terminar de organizar su fiesta de cumpleaños.

—¡Ah, vale! ¿Sabe si se han llevado a mi gata?

—Sí, el señor Smith salió de casa con su mascota en brazos.

Ahora sí que no entendía nada.

¿Para que quería Lucas a Samba?

Me temía que mi madre estaba metida en el asunto de la desaparición de mi mascota. A ella le chiflaba organizar fiestas a lo «Kardashian», y cabía la posibilidad de que hubiera arrastrado a Lucas en alguna locura de las suyas.

Música en directo, una hilera de personas aplaudiendo a mi paso, globos de helio alzándose en el cielo, una pantalla gigante que proyectaba un flashmob protagonizado por mis amigos a ritmo de celebration... Todo eso organizó mi madre en mi última fiesta de cumpleaños, y me daba a mí que esta noche se iba a resarcir de mis cinco años de ausencia en Río.

Regresé a mi habitación con la esperanza de que Lucas atesorara otros planes.

Mi madre no entendía que yo no necesitaba el regalo más caro, ni la fiesta más sublime, bastaba con la cálida compañía de toda la gente que quería para ser feliz.

Entré en mi habitación dispuesta a encontrar el regalo de Chloe y Gaël y confirmé lo que ya sospechaba al acceder a mi vestidor. Primero, que conocía a Chloe muy bien; y segundo, que era detallista y romántica elevada al cubo junto con Gaël hasta sus últimas consecuencias.

Un impresionante vestido largo metalizado colgaba de la majestuosa lámpara de araña de mi vestidor acompañado de una nota escrita a mano con una caligrafía preciosa.

***El acero forma parte de ti dotándote de dureza,  
pero eres tan especial, que eres capaz de brillar como una joya en su  
matiz más brillante.***

## ¡Feliz Cumpleaños!

La sublimación de la belleza del vestido era sobrecogedora y pasé mis dedos por el tejido hechizada.

No era un vestido de la última colección de Chloe. No lo había visto en ninguna parte, y el corazón se me apretó al pensar que lo había diseñado y confeccionado para mí.

Sin poder esperar por más tiempo, me embutí en la calma del elegante y deslumbrante vestido metalizado que fluía pluscuamperfecto justo igual que mi melena oscura.

La luz incidía en el tejido haciéndolo brillar de una forma especial, y cuando me puse las delicadas sandalias de Jimmy Choo el efecto total del look silver fue realmente sorprendente. El vestido de escote vertiginoso y las sandalias eran la unión perfecta para deslumbrar en mi fiesta de cumpleaños.

Tras mirarme en el espejo por un largo minuto apreciando el resultado final, me dirigí al despacho de mi padre. Pero no lo encontré allí, sino en el salón ajustándose el nudo de la corbata, y me acerqué a él decidida a retornar al amor y la esencia de lo que siempre habíamos sido.

Emocionada lo rodeé con mis brazos por detrás y lo abracé con fuerza.

—Hola, *Minha princesa* —dijo en cuanto notó mis brazos encerrándole la cintura—. Echaba de menos tus ataques dulces y cariñosos.

—Hola, papá.

Se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Estás preciosa —Levantó una mano y cogió un mechón extraliso de mi pelo entre sus dedos—. Cuando te vea Lucas va a sufrir un infarto.

—¿Tú crees? —sonreí.

—Por supuesto —dijo soltando el mechón de pelo con cuidado en su lugar.

Respiré profundamente.

—Papá antes de ir al lugar donde se va a celebrar mi cumpleaños me gustaría decirte algo —susurré recorriendo con mis ojos su rostro—. Eres el mejor referente que tengo en mi vida. No me importa lo que sucedió en Nueva York hace años, y que a consecuencia de ello, naciera una niña... Mi hermana. Sin duda, eres la persona que me ha enseñado desde pequeña y seguirá enseñándome los valores de la vida, de la amistad y del amor. Siempre con una sonrisa tranquilizadora para todo el mundo. Te admiro papá, con tus defectos y virtudes, eres el mejor padre del mundo, te quiero.

—Hija, yo si que te quiero. Estoy muy orgulloso de ti —dijo acariciando mi mejilla y se me aguaron los ojos.

No sabía si era porque estaba embarazada, pero tenía las emociones a flor de piel, un vaivén de sentimientos imposible de controlar.

Salí de mi casa emocionada, experimentando el inexplicable milagro de la vida en mi interior. Ahora latían dos corazones a la vez.

Muy pronto le daría la noticia a Lucas, al igual que a mis padres, y eso me tenía nerviosa.

—Papá, espero que a mamá no se le haya ocurrido decorar la fiesta con unicornios, globos, arcoíris, flores o perritos —me reí dentro del coche que ponía rumbo hacia destino desconocido.

Mi padre sonrió.

—Ni te imaginas lo que te ha preparado.

Formando parte del Parque Nacional de la Tijuca, más conocido como la Floresta de Tijuca, el Parque Lage en Río de Janeiro, fue el punto exacto donde el coche se detuvo. Un precioso parque de estilo europeo enclavado a los pies del Cristo Redentor del Corcovado.

—Ya hemos llegado —dijo mi padre ayudándome a bajar del coche.

—¿Es aquí mi fiesta? —pregunté sorprendida en la entrada del camino flanqueado por altas palmeras imperiales.

—Sí, vamos.

En este parque se encontraba la Escuela de Artes Visuales entre la vegetación. Un lugar con una historia de amor y arte. La zona formó parte durante la época colonial de lo que se conocía como el *Engenho del Rey*, enormes tierras de cultivo de caña de azúcar en los márgenes de la Laguna Rodrigo de Freitas, propiedad de Rodrigo de Freitas Mello durante el siglo XVII.

—Jamás pensé que mamá organizaría mi fiesta de cumpleaños en el «Palacio Romano» del Parque Lage —dije caminando del brazo de mi padre entre los hermosos jardines románticos inspirados en las villas europeas de la época.

—¿Pensabas que tu fiesta sería en uno de mis locales de Río?

—Sí. —sonreí.

—Mamá ha preferido este lugar para organizarte algo muy especial.

Yo sabía que en el interior del Palacio se realizaban fiestas y presentaciones artísticas alrededor de una preciosa piscina romana pero nunca había asistido a ningún evento.



—Me muero de ganas de ver que me tiene preparado mamá.

Paseábamos tranquilamente hacia el edificio diseñado por un arquitecto italiano, y empecé a sentir un cosquilleo en el estómago al ver unas preciosas velas de cristal colocadas de forma estratégica por el jardín.

—Que bonita la iluminación, papá.

Caminaba como en una nube, contemplando las distintas velas de cristal esparcidas por el jardín.

Miré el edificio ecléctico de una sola planta rectangular, con un enorme pórtico frontal y grandes arcos y columnas, donde sabía que había una piscina central a la manera de las mansiones romanas, y de pronto, me vi sorprendida cuando mi padre en vez de subir las escalinatas, me guió hacia una parte del jardín ubicado justo al frente del palacio.

—¿La fiesta no es en el palacio?

El jardín de formas geométricas estaba vallado. Tenía una especie de entrada convenientemente cerrada por dos personas que sujetaban unas enormes cortinas de lino blancas. La tela impedía ver el área cerrada del césped, y el entorno me provocó un movimiento de energía muy fuerte.

—¿Papá, qué pasa?

El corazón se me aceleró.

—¿Qué hay detrás de las cortinas? —le pregunté a mi padre que ni siquiera me miraba—. ¿No estarán todos escondidos detrás con una pancarta de feliz cumpleaños? —me reí.

Giró la cabeza clavando su mirada en mí al mismo tiempo que aumentaba la presión de sus dedos en mi mano y al instante presentí que algo iba a suceder.

Esta era una de esas ocasiones en las que la frase «un gesto vale más que mis palabras» cobraba todo el sentido.

—Papá, me estás poniendo muy nerviosa.

Las cortinas se abrieron, y sentí una gran emoción al descubrir detrás un jardín de exuberante vegetación con un pasillo iluminado de velas.

El corazón se me aceleró al ver la puesta en escena perfecta e impresionante. Sin embargo, al segundo se me detuvo cuando descubrí un centenar de bancos de madera situados a los lados con personas a las que reconocí de inmediato.

—¡Oh, Deus!

Instantáneamente me llevé las manos al corazón.

Mi madre, Tara, John, Norberto, mi tío Martin con Iarah, Nayade con Isaac, Chloe y Gaël, amigas de la infancia, Savannah acompañada de

Walhberg... todo el mundo estaba sentado en sus respectivos bancos mirándome con una sonrisa en los labios. Incluidos Scott e Irina, que parecían no tener ningún tipo de problema entre ellos.

—¿Qué está pasando aquí?

Centré mi mirada en el pasillo iluminado de velas y al mirar más allá del pasillo me fue imposible reprimir las lágrimas.

Lucas estaba de pie junto a un bonito altar.

—Lucas, ha organizado vuestra boda con la ayuda de tu madre —susurró mi padre de forma dulce en mi oído.

—¿Qué?

Un sollozo escapó de mis labios y trasladé mis manos del corazón a la boca.

—¡Oh, *Meu Deus!*

¿Cómo narrar la sensación que me producía este momento tan mágico y especial?

Era como si el mundo entero se hubiera detenido por un minuto y cual rompecabezas todo encajara. Sentía que todo me había llevado a este momento y lugar, y era pura y llanamente feliz. Tenía esa profunda sensación de que estaba exactamente donde tenía que estar.

La noche hacía horas que le había ganado la partida al atardecer, y contemplé a Lucas a la luz de las velas, embebiéndome de él.

Su pelo negro contrastaba con su esmoquin blanco de impecable confección que ensalzaba su atractivo físico. Se ceñía a sus anchos hombros, realzando la longitud de sus piernas. Pero nada era comparable a sus maravillosos ojos oscuros, que no eran sino más que una extensión de su belleza indescriptible.

La boda era el broche de oro a nuestra historia de amor. La iluminación con velas aportaba calidez, una atmósfera mágica y romántica. El ambiente era cautivador con la poética presencia de los astros en la noche creando un entorno único.

No podía creer que Lucas hubiera confeccionado junto a mi madre un evento en el que se cuidaba al máximo cada detalle, con un despliegue de originalidad impresionante.

—¿Preparada para vivir un boda de ensueño?

No me di cuenta que Chloe estaba a mi lado hasta que me colocó el velo.

Me temblaba todo el cuerpo.

—Como me habéis engañado —susurré concentrada en cada uno de los

movimientos de mis pulmones para no hiperventilar.

—Un poco —sonrió—. Pero ha sido por una buena causa.

Me colocó un velo infinito que suavizaba el look metalizado, y la tela del vestido y el tul se fusionaron en clave deluxe.

—Dangelys, eres la personificación de la novia ideal. Vas a ser la novia *it* que servirá de inspiración a otras tantas futuras novias —murmuró abrazándome.

Nayade apareció también a nuestro lado con un ramo de novia precioso de buganvillas fucsias a juego con mi lipstick y la miré con la vista nublada.

—Estoy teniendo un momento deja vu —dije temblando—. Mi cerebro está recordando la boda sorpresa de Chloe en París.

Nayade me entregó el ramo de novia con una sonrisa reluciente en sus labios y a continuación me abrazó con fuerza.

—Al final verás que Lucas es capaz de superar en romanticismo a Isaac y Gaël —rio.

Enamorada hasta la médula de Lucas, me giré después del abrazo para contemplar su varonil rostro, y ya no me pude desenganchar de su mirada.

Todo el mundo estaba en silencio cuando el ritmo de la marcha nupcial surgió del sonido de un violín. Y del brazo de mi padre empecé a avanzar por el pequeño camino de velas que me uniría para siempre a él. En un momento marcaríamos el inicio de una noche para recordar. El ritmo era lento, y se me aceleró el corazón al ver como Lucas daba un paso hacia mí, seguido de otro y de otro... sin duda, saltándose la tradición.

Su fortaleza iba más allá de su poderoso físico. Se proyectaba a través de su lenguaje, de sus pasos, de su mirada. Verlo venir hacia mí rompiendo el protocolo con esa actitud que le caracterizaba sin miedo a nada, pero con un pequeño punto de necesidad urgente en sus ojos, me derritió entera.

Me hizo recordar como Lucas se había ganado su fortaleza a pulso con la vida, en cada una de sus luchas, teniendo que hacerse cada vez más fuerte desde pequeño, adquiriendo y aprendiendo a usar cada una de sus habilidades, bien fuera para no caer o para poder levantarse ante las adversidades.

Por ahí había un dicho que rezaba «Lo que no te mata, te hace más fuerte», y mi hombre de hielo, mi arrogante Gigoló, había tenido que afrontar situaciones difíciles desde niño. Aprender a salir adelante con la capacidad de enfrentar y sortear cada obstáculo.

—Lucas... —susurré.

Apreciaba, valoraba y amaba a ese hombre que tenía delante de mí, más allá de la razón.

—Estás preciosa —dijo con voz rasgada mirándome a los ojos—. No solo eres la novia perfecta, sino la mujer más hermosa y sexy del planeta.

Mi padre le entregó mi mano a Lucas de un modo cariñoso, y antes de retirarse, se dirigió a él con unas palabras muy emotivas.

—Hijo, me siento muy afortunado de que te cases con Dangelys. Eres el marido que ella se merece —dijo con la mirada brillante.

—Marcos, te prometo que la cuidaré y protegeré durante el resto de mi días, con mi vida, si hace falta.

Lucas le dio un enorme abrazo a mi padre que fue inmediatamente correspondido, y me sentí dichosamente feliz de verlos plenamente reconciliados.

—Gracias por tratarme siempre como a un hijo.

—No me des las gracias —dijo mi padre visiblemente emocionado—. Sabes que Xaidé y yo te queremos como si fueras nuestro propio hijo.

—Lo sé, yo también os quiero, y os respeto muchísimo.

Mi padre le palmeó la espalda con su camaradería habitual y sonreí.

¡Por fin!, pensé contenta.

Mi padre se marchó junto a mi madre, que lucía espectacular el vestido coral que le había regalado cuando estuvo en mi tienda de Nueva York. Emocionada le lancé un beso a mi madre desde la distancia. Elegantísima sentada en el banco más cercano al altar, se secaba con un pañuelo las lágrimas de sus ojos.

—¿Preparada? —dijo en tono serio Lucas.

Giré mi cabeza y me topé con su mirada a solo unos centímetros de mí.

—Sí.

Acaricié mi mejilla con sus nudillos y tomé aire entrecortadamente.

—Te he echado de menos esta tarde —susurró de manera inesperada, y la fuerza de sus palabras hicieron que vibrara el aire entre nuestros labios.

—Yo también.

¡Oh, *Deus!* Nunca se me había hecho tan pesado una sesión de peluquería o maquillaje.

—Te amo, Lucas. Gracias por esta increíble sorpresa —dije en un hilo de voz y no pude pronunciar nada más.

Sobraban las palabras...

Con el corazón desbocado me daba cuenta de lo afortunada que era por tener un hombre como él conmigo.

Lucas era el hombre con el que conseguía una compenetración máxima.

Nacimos conectados, tan conectados como para querer pasar juntos, el resto de nuestras vidas.

Él conocía todo de mí, sabía todos mis secretos, buscaba siempre hacerme sonreír, cuando surgían problemas de alguna manera lográbamos hablarlo. Sabía que estaría siempre para mí, y así lo elegiría sin lugar a dudas sobre cualquier persona.

En esos cinco años separados jamás había pasado ni una sola noche sin necesitar un beso suyo, o tan siquiera discutir una vez más. Nunca pasó ni un solo día en que deseara que estuviera conmigo para perturbarme, y sonreí ante ese pensamiento.

Lucas ponía todo mi mundo del revés. Era mi causa y efecto, era quien provocaba a mi volcán. Era mi hielo y mi fuego, mi playa y mi mar. Y aquí estábamos los dos, en Río de Janeiro, en una boda sorpresa organizada por él, la persona que menos me hubiera imaginado. Habíamos llegado hasta aquí, hasta esta noche, en un ejercicio de supervivencia emocional, y mi ser entero quería unirse a él.

Con las manos unidas, Lucas y yo fuimos hacia el pequeño altar, y de pie, frente a frente, me quedé sin aliento al encontrarme con la ilusión de un nuevo comienzo en su mirada.

*¡Ay, Deus!* Habíamos salido con vida de un verdadero campo de batalla en el lago Baikal. Habíamos llegado al fin del mundo en Siberia, superado la muerte. Nos merecíamos un final feliz. Él era el dueño de mi corazón. Teñía mis días de colores con una intensidad cegadora. Lo nuestro nunca fue un amor fugaz, lo nuestro era eterno.

De pie, junto al altar, con el corazón en un puño, noté que se me llenaban los ojos de lágrimas cuando descubrí quien ejercería de maestro de ceremonias. Era alguien muy especial que ambos conocíamos muy bien.

Esa persona recorrió la corta distancia que nos separaba con tres largas zancadas y se adueñó de la atención de todos los presentes en cuanto abrió la boca para hablar.

—Hay mujeres que sueñan con ser una princesa de cuento el día de su boda. No es un deseo descabellado porque, al fin y al cabo, princesas puede haber de muchos tipos. Pero tú, Dangelys, no eres de esas...

Solo Isaac podía atreverse a conducir una ceremonia.

—Esta historia... vuestra historia... no es sobre esos clásicos personajes. Es sobre la historia de amor entre dos personas que sin saberlo se buscaban, que son salvajes pero hogareños. Esta es la historia de Lucas y Dangelys mis

hermanos de corazón. Sois la representación del amor en mayúsculas, y como no podía ser de otra manera, esta noche a los pies del Cristo del Corcovado celebramos vuestra unión. Aún no me creo que vaya a escuchar de vuestros labios un «sí quiero» con la lata que me habéis dado los dos todos estos años —dijo Isaac con una sonrisa en los labios—. Claro que el éxito de vuestra relación reside en los pequeños detalles. No importa que interfiera vuestro camino, permanecéis unidos hasta las últimas consecuencias. Sois quienes queréis ser... Siempre —murmuró con el orgullo reflejado en sus ojos.

Lucas y yo nos miramos con una sonrisa cómplice, y luego a Isaac, que con naturalidad y micro en mano se acercó a nosotros para darnos un abrazo.

—Os quiero par de temerarios. Sois el complemento perfecto el uno del otro.

Isaac jugaba con la baza de que nos conocía muy bien para que la ceremonia transcurriera con palabras llenas de cercanía y cariño, poniendo el punto de risas y lágrimas. Y cuando llegó el momento de los votos matrimoniales y anunció la llegada de una invitada de honor, me vi sorprendida una vez más con la aparición de Samba.

Con los nervios me había olvidado de ella.

En el instante que apareció ante nosotros guiada con una correa por Nicole me sentí completa.

Mi exótica gata llevaba las alianzas atadas en el collar y cumplió su cometido a las mil maravillas gracias al silencio creado entre los invitados. Supongo que sorprendidos por ver un «leopardo» en miniatura. El parecido de Samba con el felino salvaje era asombroso.

Lucas y yo nos agachamos para soltar las alianzas y Samba se comunicó conmigo con un maullido suave a modo de saludo.

—Hola, Samba —susurré cariñosa—. ¿Tú también me echaste de menos?

Mi gata me miró con sus inteligentes ojos verdes, y la acaricié hechizada mientras se sentaba. Su físico era lo más hermoso que había visto en mi vida, con sus orejas puntiagudas.

—Nicole, gracias por cuidar de ella —dije guiñándole un ojo a mi pequeña pelirroja y sonrió.

Besé la cabeza de mi gata escuchando su ronroneo suave y me incorporé preparada para pronunciar los votos matrimoniales con Samba y Nicole como testigos de excepción.

Mi amor sería proclamado por primera vez a los cuatro vientos delante de todos mis familiares y amigos. Pondría en palabras el inabarcable amor que

sentía por Lucas, y en contra de lo que pudiera parecer a simple vista, me moría de ganas de declarar mi improvisado discurso.

Quería abrirle mi corazón al hombre sexy, deslumbrante e inteligente que tenía su mano entrelazada con la mía y que me miraba sonriendo.

—Eres mi amigo, mi amante, mi amor, mi alma gemela, mi locura, mi todo... —empecé a decir con una sonrisa radiante—. Cumples cada uno de los requisitos para ser perfecto, mi perfección. Cuando hablas se me para el mundo, cuando me tocas se me para el corazón, pero cuando me miras con esos ojos oscuros que *Deus* te dio me robas el alma. Te amo por poner algún calificativo a este sentimiento, pero va mucho más allá de esta simple palabra. Eres la persona más genuina, honesta y divertida que he conocido. Me siento la persona más dichosa del mundo por tenerte a mi lado, por pasar cada segundo de mi vida contigo, por despertar cada mañana con tus buenos días y dormir cada noche abrazada a ti. Agradezco a *Deus* por haberme regalado la oportunidad de tener un amor tan único y especial, donde la complicidad es la base de todo, donde no existen secretos... Gracias por cuidarme, por todo lo que haces por mí cada día. Me siento la persona más amada y afortunada que existe. Te amo, Lucas... —susurré con el corazón en la mano—. Lo único que quiero es tenerte conmigo siempre.

Expresé en palabras todo lo que mi interior había guardado en secreto hasta ahora y traté de conservar en mi memoria la mirada tan intensa que me regaló.

—Te toca Lucas —dijo Isaac—. Vas a tener que sacar tu vena más poética si quieres superar a Dangelys. ¿Traes alguna chuleta? ¿Algún papelito? —bromeó—. Te ha puesto el listón muy alto, hermano.

Lucas lo miró con un brillo de diversión en sus ojos y después tomó una respiración profunda y me acercó a su cuerpo envolviéndome en sus fuertes brazos.

—Sabía desde el minuto uno que te tuve entre mis brazos que te iba a querer siempre, que serías el amor de mi vida —susurró con una pequeña sonrisa cerca de mis labios—. Por supuesto no me estoy refiriendo a cuando te sostuve cuando naciste.

Su comentario provocó también una sonrisa en mí.

—Me imagino —musité en voz baja.

Acarició mi rostro de forma delicada y sentí la irremediable necesidad de besarlo.

—Te quiero a ti y quiero disfrutar la vida contigo al máximo hasta el final

de nuestros días. Le doy gracias a Dios por haberte puesto en mi camino —dijo con su mirada fija en mí mientras percibía el cálido tacto de sus dedos en mi piel—. No todo será un camino de rosas. En ocasiones, no será fácil, pero nosotros superaremos cada obstáculo de la vida juntos. Mi Caprichosa... Tú con tu amor, haces que quiera darte la mejor versión de mi mismo. Tú eres la razón por la que me voy a dormir con una sonrisa en mi cara. No me importa lo que opine la gente sobre nuestra diferencia de edad, tú eres mi alma gemela. Siempre sabes exactamente que hacer para hacerme sonreír. Eres especial, única... No solo eres el ser humano más hermoso en el que he puesto mis ojos, si no que tienes el corazón más noble que he conocido. No puedo esperar a ver lo que hacemos juntos en estos próximos años, sobretodo formando nuestra propia familia. Sabes que estaré ahí para ti en cada paso del camino. Te amo, Dangelys —musitó con la promesa de un futuro juntos y noté como las lágrimas me caían por las mejillas.

De pronto sentí una terrible urgencia por contarle que estaba embarazada.

Lucas rozó mis labios con los suyos, y antes de que Isaac pidiera que uniéramos nuestras manos para el intercambio de anillos, me plantó un beso en la boca que sorprendió a todo el mundo, incluso a mí.

—Lucas, aún no toca esa parte —murmuró Isaac presenciando en primer plano el beso largo y apasionado que me estaba dando su amigo.

Un beso que no tenía nada de casto, que no ocultaba lo que sentíamos, que celebraba nuestro amor, todo lo que nos habíamos perdido durante años y que habíamos reencontrado, un beso que contenía la ilusión de un prometedor futuro.

—Dangelys...

Escuchaba el tono de advertencia en la voz de Isaac, pero no podía detener el beso. Estaba perdida sin remedio en el sabor de los labios de Lucas, en la fuerza de su posesivo y apasionado beso.

—Lo siento —dije, esbozando una sonrisa llena de felicidad cuando Lucas detuvo el beso.

—¿No te da vergüenza saltarte el guión?

Isaac apenas podía contener la risa ante la mirada satisfecha de Lucas que me ceñía a su cuerpo.

—Si no se han derretido los anillos aún en vuestras manos podremos continuar con la ceremonia —dijo Isaac a punto de soltar una carcajada y puse los ojos en blanco.

—Muy gracioso.

Lucas reprimió la risa.



A continuación recuperó la seriedad y solemnidad del momento, y con su mirada clavada en la mía pronunció las siguientes palabras:

—Sí, quiero. Si quiero amarte, abrazarte, besarte, sonreírte, vivirte, adorarte, sorprenderte... todo eso, todos y cada uno de los días y momentos que nos quedan por vivir en nuestra historia.

Antes de introducir el anillo en mi dedo me di cuenta que en su interior ponía:

**«Mi Caprichosa, Lucas Smith»**

Levanté la mirada sorprendida y con una infinita felicidad pronuncié las mismas palabras que Lucas.

Al introducir el anillo en su dedo descubrí que en su interior también estaba grabado el cariñoso apelativo con el que solía dirigirme a él.

**«Mi Gigoló, Dangelys Neymar»**

Ese detalle me hizo sonreír.

Ya declarados marido y mujer, ante la atenta mirada de los invitados que aplaudían con efusividad, Lucas me levantó por los aires y me besó profundo, perdiendo de vista el mundo a mi alrededor.

—Ahora si que eres completamente mía, señora Smith —dijo con sus labios pegados a mi oído.

El lugar dónde se celebraría el banquete nupcial era en el Palacio del parque Lage, uno de los lugares más originales y románticos que había visto jamás. En un entorno mágico y evocador que propiciaba una decoración clásica, las mesas de la boda estaban colocadas en torno a la piscina central rodeada de arcos y columnas, la verdadera protagonista de toda la decoración repleta de velas flotantes.

El glamour se apoderó de la celebración a medida que entraban las invitadas en el Palacio con sus sofisticados diseños, y entre felicitaciones y besos, finalmente pudimos llegar a nuestra mesa y disfrutar de la cena bajo un cielo estrellado.

Rodeados de la naturaleza del parque y de nuestros familiares y amigos el tiempo se me pasó volando. La música y la fiesta posterior fueron uno de los momentos decisivos que dejaría a los invitados con un recuerdo divertido gracias a mi amigo Norberto, que no dudó en crear coreografías fáciles para pasarlo bien. Lucas, además de contratar una banda que nos tocó nuestra canción «Safe inside» de James Arthur en su versión acústica para abrir el baile, trajo después

un DJ que puso una playlist personalizada con nuestros temas favoritos, logrando que nadie quisiera que la noche acabara. A excepción de mí, claro está, que después de unas horas bailando con mi hermana, y con Chloe y Nayade, me sentía terriblemente cansada.

No sabía si era debido al embarazo, pero lo único que deseaba era que finalizara cuanto antes la fiesta para quitarme el vestido y los zapatos y quedarme a solas con mi recién estrenado marido.

¡Ay, *Deus!* Aún no podía creer que ese hombre que se paseaba entre los invitados con una soltura que transmitía confianza, que hablaba con una expresión de desenvoltura masculina que me parecía absolutamente sexy fuera mi marido y el padre de mi bebé que venía en camino.

Lucas hablaba con Isaac y Gaël cuando me despedí de mis padres. Salían del Palacio acompañados de Savannah, Walhberg, Tara y John, que se alojarían en su casa al igual que Norberto, al que le costaba abandonar la pista de baile.

—Dangelys, a tu regreso a Nueva York, me gustaría hablar contigo del tema de la tienda —me dijo Tara sujetándome las manos—. Me gustaría volver a trabajar allí.

—¡Oh! Pero si no te hace falta trabajar, a Lucas le gusta consentirte. ¿Estás segura? —Alcé las cejas sorprendida por su petición.

—Sí. —murmuró con firmeza—. Disfrutaba mucho asesorando a las clientas en la tienda. ¿Tengo alguna posibilidad de recuperar mi antiguo empleo?

Sus palabras denotaban entusiasmo y esbocé una sonrisa.

—Por supuesto —le aseguré—. Puedes volver al trabajo cuando quieras.

Con la ilusión de una chica de veinte años me dio un enorme abrazo. John que presenciaba la escena no pudo por menos que sonreír ante su alegría.

—Dangelys, ¿vendrás a mi boda dentro de ocho meses? —me dijo mi tío Martin después de apartarme de Tara.

Él también salía del Palacio con Iarah de la mano.

—¿Te vas a casar con Iarah? —pregunté.

—Sí.

—¡Oh, vaya! Enhorabuena.

No pude evitar mostrar sorpresa en presencia de Iarah que sonrió a su lado.

—Tu tío parece que por fin quiere sentar la cabeza —dijo mi madre mirándolo a los ojos.

—Ya va siendo hora de cambiar de vida.

Él siempre había sido un espíritu libre que viajaba por el mundo con su

tabla de surf como única compañera, y a pesar de que Iarah en estos últimos años lo había acompañado en alguna de sus expediciones, no pensaba que fuera capaz de echarle el lazo.

—Allí estaré sin falta —dije dándole un beso en la mejilla a él y a Iarah—. Por nada del mundo me perdería ver a mi tío Martin vestido de novio.

Esto último lo dije mirando exclusivamente a Iarah.

—Ya estamos...

Vi como mi tío Martin ponía los ojos en blanco y reprimí una carcajada.

Hoy había venido a mi boda bastante arreglado, pero estaba lejos de lo que se regía en los dictados de la moda para asistir a una celebración como la de esta noche. Me moría de curiosidad por ver que traje llevaría el día de su boda. Pero al instante recordé que estaba embarazada y no tuve tan claro si podría asistir.

Según mis cálculos, el parto podía ser un par de semanas después de la boda. No despejaría mis dudas hasta que no fuera al ginecólogo, ahí averiguaría cuando saldría de cuentas.

«Salir de cuentas...»

¡Uff! El simple pensamiento me produjo cierta tensión.

Se avecinaba un cambio radical en nuestras vidas. Me urgía hablar con Lucas, la incertidumbre me producía estrés.

Miré hacia la barra situada entre una de las columnas y vi que Lucas continuaba hablando con Isaac y Gaël de forma relajada.

Nayade y Chloe hacía rato que habían abandonado la fiesta para ir a las habitaciones a acostar a los niños. Como regalo de boda mis padres habían alquilado el Palacio para que nos quedáramos esta noche a dormir, y decidí no molestarlo para que hablara un rato más con sus amigos.

Isaac era su gran apoyo desde la infancia, y Gaël era alguien con el que había congeniado a las mil maravillas desde nuestra famosa cena de fin de año en París.

Me gustaba que disfrutara de su amistad con ellos. Lucas se sentía en confianza, no necesitaba de máscaras para ocultar quien era en realidad, y sabiendo que no tendría otra ocasión para poder tomarse una copa con sus amigos, al menos en un tiempo, me marché a la habitación sin decirle nada.

Necesitaba despojarme del vestido y darme una ducha relajante.

Los dormitorios se encontraban en la parte más íntima del Palacio, y aquí, apenas llegaba el sonido de la música. Pero antes de llegar a mi dormitorio escuché otro tipo de sonido al fondo del pasillo y me detuve en seco.

A tan solo unos metros de mí, el murmullo de unas respiraciones agitadas rompía el silencio. Estreché mi mirada para intentar ver en la oscuridad y advertí la silueta recortada entre una de las columnas de Scott, que besaba a supuse que sería Irina de un modo muy lascivo.

Sus movimientos de caderas empotrándola contra la pared me daban una clara idea de lo que podía estar sucediendo entre ellos, y me dirigí de puntillas hacia mi habitación.

«Vaya, vaya con los hermanísimos... Parece que mi cuñadito también sabe solucionar sus problemas muy pero que muy bien», sonreí traviesa.

El sonido de los besos era imposible de ignorar, los gemidos de Irina entregada al placer que le proporcionaba Scott aún menos, que la animaba entre susurros a que aliviara su necesidad corriéndose, y entré en mi habitación sin hacer ruido.

Nada más cerrar la puerta, contemplé la cama con una colcha de exquisita seda y rica en brocados y me dieron ganas de lanzarme encima de ella.

Estaba agotada... y también acalorada.

La escena que acababa de presenciar había sido de alto voltaje.

—Hola, señora Smith —dijo Lucas desde la puerta—. ¿No pensará irse a la cama sin mí?

Tenía mis manos puestas en el cierre de la cremallera de mi vestido y giré mi cabeza incitada por su sensual voz.

Solo habían transcurrido cinco minutos desde mi escapada silenciosa de la fiesta y ya estaba aquí.

—Te vi hablando con Isaac y Gaël y supuse que querrías estar un rato a solas con ellos para ponerlos al día —murmuré.

¿Habría pillado a Scott con Irina en el pasillo?

Lucas se acercó con una copa de Johnnie Walker en la mano y se sentó a mi lado con una sexy sonrisa que me incitó a besarlo.

Cuando fui a apartarme para continuar con la tarea de bajar la cremallera, Lucas sacó uno de los cubitos del vaso y, con una velocidad inesperada, me lo metió por el escote del vestido.

—¡Ah! —jadeé, intentando mantener la compostura—. ¡Deus, qué frío!

—He pensado que quizá necesitabas refrescarte un poco antes de quitarte el vestido —dijo Lucas, colando una de sus manos por debajo de mi vestido de novia.

El cubito de hielo me había provocado un escalofrío en su rápido descenso

entre los pechos, y antes de que pudiera recuperar mis pensamientos, Lucas atrapó el cubito con destreza, prolongando mi estremecimiento con sus hábiles dedos.

—Me ha parecido al entrar en la habitación que tenías mucho calor —susurró.

Con su oscura mirada clavada en mí, se llevó a su apetitosa boca el cubito de hielo y lo chupó antes de dejarlo caer de nuevo en el vaso.

—Ajá —ronroneé.

Mis neuronas sufrieron un cortocircuito ante la excitante visión.

Tenía más que claro que mi marido era un hombre de apetitos intensos y suspiré acelerada en el momento que me quitó el vestido y se arrodilló frente a mí.

—Tenemos que hablar —dije al mismo tiempo que alargaba mi mano para pasar mis dedos por su pelo.

Lucas no me respondió y me levantó el pie mirándome a través de sus pestañas. Paseó sus labios por el tendón tenso de mi muslo, besó la seda blanca de mis bragas, las mordisqueó lascivo y supe que tenía que hablar en el instante que me bajó la ropa interior, o perdería la poca cordura que me quedaba en cuestión de segundos.

—Tengo que darte una noticia muy importante —jadeé cuando rozó con sus dedos mis húmedos pliegues y mis palabras lo detuvieron.

—¿Qué noticia? —dijo, frunciendo el ceño.

A pesar del miedo y las dudas por su reacción, sentía la euforia que me recorría por dentro por las ganas que tenía de contarle lo que había salido en el test de embarazo.

—Dime una cosa, cariño —comencé a decir tratando de mantener el tono de voz suave, a pesar de los nervios que se apoderaban de mí—. ¿Qué pasaría si te dijera que vas a ser papá en unos meses?

Vi como su poderoso cuerpo se quedaba rígido por la noticia y contuve la respiración.

—¿Estás embarazada? —me preguntó casi en shock.

—Sí. —susurré, asintiendo con la cabeza—. Me hice un test de embarazo y salió positivo.

Lucas se quedó sin habla durante varios minutos.

—Lo siento mucho —dije pesarosa—. Supongo que la medicación afectó a las pastillas anticonceptivas.

—¿Voy a ser papá? —preguntó incrédulo con voz inestable—. ¿En serio

vamos a tener un bebé?

—Tengo un retraso y los test de farmacia suelen ser bastante fiables, así que estoy casi segura.

Durante el tiempo que había transcurrido desde nuestro reencuentro hasta hoy había descubierto en él un hombre con muchas caras. El agente secreto inteligente y hábil capaz de lograr cosas imposibles. El hombre poderoso y ambicioso que había conseguido una fortuna en la sombra. El hombre divertido y cariñoso que quería a su familia por encima de todas las cosas. El amante seductor y apasionado con el que compartía juegos eróticos y al que le había entregado mi corazón. Pero nunca, ni siquiera cuando acepté casarme con él en Siberia, lo había visto así, tratando de mantener a raya todo un universo de emociones y sentimientos incapaces de contener en su mirada.

—Vamos a tener un bebé...

Cada poro de su ser emanaba amor y me estremecí conmovida por la ternura que no podían ocultar sus ojos.

—Sí, vamos a tener un bebé —dije, acunando su rostro con mis manos—. Un bebé tuyo y mío, Lucas.

De repente Lucas dejó escapar una risa triunfal y gritó:

—¡Voy a ser padre!

Se levantó del suelo casi de un salto en un arranque espontáneo y a continuación tiró de mis manos llevándome con él.

—¡Vamos a tener un bebé! —gritaba exultante sosteniéndome en el aire.

Tuve que agarrarme a sus hombros.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué?

Me estrechó contra su cuerpo con fuerza para después besarme con delicadeza y me sentí mareada.

—No sabes cuantas veces había soñado con esta situación y que creí que jamás viviría contigo por todo el peligro que me rodeaba —susurró alzando una mano para acariciar mi mejilla.

—Lucas...

Sus palabras consiguieron abrumarme.

Me sentó de nuevo en la cama y sin dejar de mirarme a los ojos, se llevó mis dedos a los labios con gesto preocupado. Incapaz de controlar por más tiempo el nerviosismo que había vivido comencé a llorar.

—¿Estás bien? ¿Tienes muchos vómitos? ¿Te duelen los riñones? ¿Tienes los pies hinchados?

Lucas me abrazó preocupado y me resguardé en el calor de sus brazos.

—No, de momento nada.

—¿Cuándo te hiciste el test? No sé nada sobre el tema pero tendrás que ir al médico, ¿no?

Me tenía completa y perdidamente enamorada su reacción. ¡*Deus!* Cuanto lo amaba. Me quedé mirando su impresionante rostro tan masculino. La mandíbula firme, su boca carnosa, sus ojos oscuros tan intensos...

Alargué el brazo para pasar mis dedos por su pelo negro.

—No te preocupes, mañana pediré cita con la ginecóloga de mi madre —dije con una sonrisa tranquilizadora.

—Tendríamos que ir ahora mismo —murmuró poniéndose en pie.

—¿Me tomas el pelo? —dije secándome las lágrimas—. No sé si recuerdas que nos acabamos de casar. Las personas cuando se casan y llega la noche de bodas sino están reventadas de bailar o borrachas en plan coma etílico tienen una maratón de sexo y tú y yo no tenemos ni una cosa ni otra, así que...

Paré de hablar en el instante que me di cuenta que en efecto me estaba tomando el pelo. La expresión con la que me miraba y en la que destacaba una deslumbrante sonrisa mientras se quitaba la chaqueta y la camisa así me lo demostraba.

—Tú papá es muy travieso, espero que tu no me salgas igual de travieso —me reí tocándome la barriga y vi como a Lucas le cambiaba el semblante.

Sus ojos adquirieron un brillo especial.

Posó sus manos sobre las mías abarcando gran parte de mi vientre aún plano y se me llenaron de nuevo los ojos de lágrimas.

—No puedo creer que vayamos a tener un hijo —dijo en un suave susurro—. A veces creo que estoy viviendo un sueño.

—Vamos a tener un hijo. No hay nada más real que eso —susurré rozando sus duras abdominales—. Gracias por ser tan increíble y organizar una boda sorpresa tan hermosa. Has hecho que nuestra historia de amor sea más especial que nunca esta noche. Jamás olvidaré lo que hiciste... Te amo, Lucas.

—Yo también te amo, Dangelys. No veo la hora de poder ver a nuestro bebé en una ecografía.

Me tumbó en la cama con delicadeza y cubrió mi cuerpo desnudo con el suyo. Sus labios se adueñaron de los míos en un beso exigente al mismo tiempo que sus manos me acariciaban con ternura, pero lleno de deseo, y separé las piernas para que él me hiciera suya.

—Te necesito dentro de mí —le pedí sin aliento—. Por favor, hazme el

amor.

Me arqueé para recibir sus caricias y soltó un gruñido grave de profunda satisfacción cuando rocé mi coño contra su erección apenas contenida dentro de su pantalón. Se bajó la cremallera, lo justo para liberar su polla larga y gruesa de su bóxer y no logré articular ningún pensamiento más en el instante que me penetró.

—Te amo, Lucas —dije mientras nos fundíamos en uno solo, de un modo profundo.

—Ahora y para siempre... —añadió él aumentando la fuerza y la intensidad de las embestidas.

Todos los huesos de mi cuerpo se deshicieron con el fuego de su mirada.

Se movía ondulando las caderas con una cadencia que me elevaba al cielo. ¡Oh, *Deus!* Lucas no era brasileño, pero movía la pelvis como si lo fuera. Simplemente verlo en acción era como un potente afrodisíaco.

—Eres mía.

—Sí.

Contemplaba con avidez la explosividad de su cuerpo sobre el mío mientras mi excitación aumentaba a causa de su sensual ritmo. Cada penetración de su polla intensificaba mi placer de un modo que creía que no podía sobrepasar.

Mis dedos se aferraban a su espalda cuando el éxtasis nos golpeó de lleno en medio de palabras de amor que intensificaron las emociones y los sentimientos, y me vi invadida por una maravillosa sensación de paz tras alcanzar juntos el punto culminante del orgasmo.

—Gracias por darme el mejor regalo de cumpleaños —dije acurrucándome a su cuerpo.

Lucas me lanzó una mirada llena de placer y calidez y acariciando mi rostro susurró:

—Gracias a ti cariño, por darme el mayor regalo de mi vida.



## Capítulo 27

# El mayor regalo de mi vida

Lucas

Tic, Tac...

En menos de quince días tendríamos aquí a nuestra pequeña. No quedaba nada. Parecía mentira que ya hubieran transcurrido tantos meses. Recordaba como si fuera ayer la ecografía donde supimos que estábamos esperando una niña, algo que desde un principio sentimos los dos, llamádlo intuición...

Sin duda aquel día fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida.

Por nuestra situación profesional lo más cómodo era que nuestra pequeña naciera en Nueva York donde teníamos establecida nuestra residencia. Sin embargo, decidimos en el último momento a falta de quince días viajar a Río de Janeiro con la excusa de la boda de Martin y Iarah. A Dangelys le hacía especial ilusión que nuestra pequeña naciera en su tierra, Brasil.

Estuvimos en la boda de Martin y Iarah hasta bien entrada la noche. La orquesta tocaba en directo míticos temas del país que lograban que nadie se alejara de la pista de baile. Dangelys bailaba feliz con Nayade y Xaidé. No era capaz de tenerla sentada ni un momento para mi mayor frustración. No sabía como una mujer embarazada de casi nueve meses podía bailar de esa forma tan sexy, atraía más miradas que las otras mujeres que pululaban por la pista de baile.

Bueno, si lo sabía, ella era sexy todo el tiempo, estar embarazada realzaba aún más si cabe, su belleza.

—Ten cuidado. No te pases bailando samba —le dije cuando al fin la saqué de la pista y la senté sobre mis piernas.

—No te preocupes, estoy bien. No pasa nada porque baile un poco

—sonrió—. Me duelen los pies y un poco la espalda, pero eso es normal.

—La niña va a salir a ritmo de batukada como sigas así.

Su preciosa sonrisa iluminaba todo el espacio. Estaba preciosa embarazada.

Fuimos de las últimas personas en abandonar la boda.

La ayudé a subirse al Porsche Panamera que solía utilizar en mis visitas a Río de Janeiro y me percaté que ya le costaba más entrar en el coche debido al volumen de la barriga.

Llegamos a casa y Dangelys se duchó antes de acostarse.

Agotada pero feliz por haber podido asistir al enlace de su tío se tumbó en la cama junto a mí. La besé en los labios y comentando anécdotas de la boda al poco rato se quedó dormida con alguna contracción esporádica enturbiando su descanso. Cerré los ojos yo también cansado y puse una mano sobre su barriga pensando en las tremendas ganas que tenía de tener entre mis brazos a mi hija.

Un par de horas más tarde, a las cinco de la mañana me desvelé al oír un ruido en el cuarto de baño. Somnoliento encendí la luz y comprobé que Dangelys no estaba en la cama.

—Dangelys, ¿estás bien?

Apareció en la habitación con el rostro contraído en un gesto de dolor y me incorporé deprisa, sobresaltado.

—La niña viene en camino —dijo sin aliento—. He roto aguas en el cuarto de baño. Estoy teniendo contracciones cada cinco minutos. Ahora mismo está empezando otra y me duele terriblemente.

Hablaba de carrerilla y me desperté de golpe.

—¿Qué? ¡No puede ser! La niña tiene que nacer dentro de dos semanas.

—Lucas, esto no es una ciencia exacta. ¡Se ve que Isabel tendrá ganas de venir a este mundo! —dijo alzando la voz en medio de la contracción.

Se sujetaba la barriga con ambas manos y salté de la cama.

—Tranquila, todo va a ir bien —murmuré nervioso.

—¡Joder! Como duele —gritó, y corrí hacia el vestidor para sacar la maleta de Dangelys.

Me puse unos pantalones, dando saltos por la habitación, una camiseta que saqué de uno de los cajones sin detenerme a pensar en si combinaba el color con los pantalones y me fijé al atarme los cordones de los zapatos que Dangelys me miraba desencajada.

—No tendrías que haber bailado tanto en la boda de tu tío —dije regañándola, y bajó sus ojos hacia su reloj de pulsera.

—Tres —dijo con un tono de voz que denotaba dolor a la vez que se sujetaba de nuevo la enorme barriga.

La miré confundido.

—Tres, ¿qué? —pregunté.

—Tengo contracciones cada tres minutos. Tenemos que irnos ya, sino la niña nacerá en casa —murmuró con un ligero toque de pánico poniéndose un vestido de tirantes y me acerqué a ella para infundirle un poco de calma.

Una calma totalmente inexistente dentro de mí. La clínica estaba un poco lejos y me preocupaba no llegar a tiempo.

—No te preocupes —dije acariciando su precioso rostro—. Llamaré a tu ginecóloga de Río para avisar que la niña viene en camino.

—Vale, pero tengo las contracciones muy seguidas —Sus ojos brillaron con lágrimas a punto de derramarse.

Llamé a la ginecóloga inmediatamente y me contestó al tercer tono. ¿Tiene ganas de empujar? Me dijo mientras metía en el coche el bolso de la niña y cuando me giré para comprobar porque no me seguía mi mujer casi se me resbaló el teléfono de la mano.

Dangelys, sentada en una de las sillas del porche delantero de la casa, con las piernas ligeramente abiertas apretaba la mandíbula con el rostro desencajado de dolor.

Dejé el maletero del coche abierto, la otra maleta en el suelo y me acerqué corriendo.

—Señor Smitt, ¿sigue ahí?

—No sé si podré subirme en el coche. La última contracción ha sido al cabo de un minuto y la duración interminable. Tengo ganas de empujar —masculló entre dientes Dangelys haciendo una terrible mueca.

De repente gritó.

Percibí su dolor fulgurante e indecible apoderándose de ella y mis nervios estallaron.

—¡Maldita sea! La niña parece una bomba con cuenta regresiva —dije con ansiedad y el nivel de adrenalina por las nubes.

—¡Señor Smith, cálmese! —dijo la ginecóloga a través del teléfono—. Será mejor que no vengan hacia aquí. Iré yo inmediatamente allí con una ambulancia. Deje una puerta abierta, quédese junto a ella y dígame que no empuje, que respire lo más relajada que pueda. Si ve que no puede evitar empujar, y aún no hemos llegado, llámeme de nuevo y le daré instrucciones.

—De acuerdo. Espero no tener que llamarla.

Corté la llamada, y abrí con el mando la puerta del garaje bajo la atenta mirada de Dangelys.

—¿Qué te ha dicho?

—Cariño, tu ginecóloga dice que es mejor que nos quedemos en casa, que ahora vendrá ella con una ambulancia.

—¿Qué? ¡No! No quiero tener a la niña en casa —dijo histérica—. ¿Y si sale algo mal? ¿Y si nace antes de que llegue? Estamos solos... En medio de la selva.

—No te asustes. Todo va a ir bien.

Tiré con suavidad de sus manos para incorporarla y vi el miedo en sus ojos.

—No va a ir bien. La niña viene... ¡Ya!

—¿Ya?

—¡Ya! —gritó teniendo otra contracción.

Le dije que no empujara, que soplara, pero las contracciones eran prácticamente seguidas.

—Mi Caprichosa, por favor, sopla. No empujes.

—No puedo evitarlo. Es Isabel que quiere salir —habló entre resoplidos cuando la llevaba de camino a nuestra habitación—. ¡No! en nuestra cama no. Voy a poner las sábanas perdidas de sangre. Llévame al sofá exterior.

—Vale, pero cálmate —dije dirigiéndome con ella en mis brazos al jardín—. Estás muy nerviosa y será peor para el parto. Inspira por la nariz profundamente y luego espira por la boca expulsando el aire lentamente.

Cerró los ojos tomando una respiración profunda cuando la deposité en el sofá, pero poco a poco la respiración se volvió jadeante.

—El pico de las contracciones cada vez es más elevado y más duradero.

Yo quería acompañarla en el parto para recibir a nuestra hija. Deseaba ser partícipe, colaborar y apoyar a Dangelys en este emocionante proceso, pero esto no era el escenario que había imaginado. Era indudable que mi mujer necesitaba que mi presencia le transmitiera tranquilidad y me levanté como un resorte del sofá.

—¿Adónde vas? —preguntó Dangelys desconcertada mientras me iba directo a la cocina.

Ella se estaba quitando la ropa interior.

—Necesito una tila —dije abriendo uno de los armarios y me miró con una expresión perpleja.

—¿Tú, una tila?

Con los nervios vacié sin querer el bote completo de bolsitas de tila en la encimera y bromeé para aligerar el ambiente al ver la mirada perpleja de Dangelys desde el sofá exterior.

—Mejor me tomaré una tila doble. Toda ayuda es poca para calmar la bestia que habita en mí.

«Cálmate Lucas, la estás asustando.»

Con el comentario conseguí que sonriera de forma débil. Sin embargo, inmediatamente después su cara se contrajo de puro dolor.

—¡Ven! Aquí viene otra contracción —murmuró.

Agarré una jarra de agua que había en la encimera e introduje todas las bolsitas de tila dentro antes de ir corriendo hacia ella.

—Lucas, tengo muchísimas ganas de empujar —masculló tensa como un cable de acero.

—Creo que necesitaré el bote completo de bolsitas de tila —dije tirando de todos los cordeles de las bolsitas de tila, agitándolas dentro de la jarra de agua y Dangelys sorprendentemente soltó una carcajada.

—¿Dónde está el agente secreto que conozco, duro, de nervios de acero? —murmuró con una pequeña sonrisa, pero al instante se reflejó en su rostro el dolor—. ¡Deus, creo que ahora sí que viene! —soltó un chillido espeluznante.

Yo, un hombre responsable y centrado se me hacía terrorífico imaginar que traería al mundo a mi propia hija sino venía volando por el cielo la ambulancia, algo surrealista e imposible.

Marqué el número de la ginecóloga de nuevo, y mientras esperaba que respondiera me bebí el contenido de la jarra con las bolsas de tila de un largo trago, resbalándose el líquido por la comisura de mis labios y la barbilla.

—Señor Smith, ¿ya sale la niña? —dijo la ginecóloga nada más descolgar y lancé la jarra a la piscina.

—Yo creo que sí —murmuré arrodillándome en el suelo frente a Dangelys.

Mi Caprichosa se incorporó, quedándose sentada con las piernas flexionadas, bastante abiertas, y mi nivel de ansiedad aumentó al ver asomar un poco la cabeza de mi hija.

—Definitivamente sí. Le estoy viendo el pelo a mi hija.

Decidí poner el altavoz en el móvil y lo dejé en el suelo para poder mantener abiertas las piernas de Dangelys que respiraba muy deprisa.

—Escuchéme con atención. Lo más importante es que los esfuerzos de empuje coincidan con la contracción. Que respire profundamente cuando se

anuncie la contracción para que el diafragma descienda. Que bloquee la respiración, contraiga los músculos abdominales y, cuando suba el pico de la contracción, empuje expulsando el aire por la boca.

—¡Lucas! Ya sale... —gritó nerviosa.

—Cariño, estás respirando muy rápido, ten cuidado con el exceso de ventilación —dije soltando una de sus piernas y busqué su mano—. Tranquila, yo estoy contigo.

Durante los nueve meses de embarazo nos habíamos preparado juntos para este momento asistiendo a las clases de preparación al parto y llegaba el momento de que tomara las riendas. Mi Caprichosa me necesitaba. Tenía que transmitirle serenidad, calmarla con una caricia, animarla.

—¡Ahhh! —gritó apretando con todas sus energías.

Percibía lo temerosa y abrumada que se sentía y solo deseaba que el parto transcurriera lo mejor posible.

—Lo estás haciendo muy bien —dije entrelazando mis dedos a los suyos.

No se cuantas contracciones tuvo hasta que por fin salió la cabecita de nuestra bebé. Era como si estuviera en un sueño y en cámara lenta. Cogí a mi niña en brazos en el instante que salió y Dios, fue maravilloso ver esa cosita tan pequeña con los ojos bien abiertos.

Sin lugar a dudas, supe que este momento no se borraría jamás de mi memoria.

Después de comprobar que tuviera buena coloración, limpiar las secreciones de su boca, nariz, y barbilla, puse la niña en su pecho con cuidado de que el cordón umbilical no quedara muy tenso. Sabía que la alimentaba y le daba oxígeno.

Dangelys que temblaba de cansancio, al mirar a la niña, empezó a llorar.

Tuve que aclarar mi garganta para poder hablar.

—Izabel Smith Neymar —dije emocionado junto a su cabeza.

Mi Caprichosa la acurrucaba entre sus brazos, besaba su mejilla con ternura, olía su piel, y las miré a las dos con adoración.

—Lucas, ¿has visto qué bonita es nuestra niña? Es perfecta.

Me miró sin dejar de llorar, con una sonrisa tranquila, como si no hubiera hecho el gran esfuerzo de traérla a este mundo y mi corazón se hinchó con un orgullo indescriptible.

—Cariño, has estado maravillosa. No puedo sentirme más orgulloso de ti. Eres una heroína —dije besando su frente.

Sentía que mi amor por ella crecía por segundos, nunca me había sentido

tan feliz. Las tapé a ambas con una manta para evitar la pérdida de calor y me senté al lado de Dangelys para contemplar a nuestra preciosa Izabel.

Dignidad, libertad, liberación, belleza, paz, calma, felicidad, dicha, satisfacción, plenitud, sentido, poder, asombro, sabiduría... Todas las palabras, sus significados y las vivencias estaban aquí, justo en este instante. Una enseñanza sobre la vida.

—Enhorabuena, señor y señora Smith —dijo la ginecóloga cuando llegó acompañada de los enfermeros, a los que ni siquiera oímos llegar, embelesados como estábamos observando a nuestra preciosa hija.

De seguida, la ginecóloga tras comprobar el cese del latido del cordón umbilical, me ofreció la posibilidad de cortarlo, cosa que hice encantado.

Dangelys, por su parte, apoyada en el sofá completamente exhausta, con Izabel en sus brazos, expulsó la placenta de forma espontánea. Con un instinto protector innato, no quiso separarse de ella mientras una enfermera limpiaba las secreciones de nuestra hija con una compresa estéril. Parecía una leona protegiendo a su cría.

—Solo tienes un pequeño desgarro, muy limpio —dijo la ginecóloga ya dentro de la ambulancia medicalizada—. Si haces bondad se cerrará solo ¿O prefieres que te ponga puntos?

Valoraba sus constantes, sangrado, contracción uterina y altura uterina cada quince minutos.

—No, te prometo que haré bondad, pero no me toques. He quedado bastante adolorida.

—De acuerdo —murmuró—. ¿Se ha enganchado ya Izabel a tu pecho? La lactancia materna produce una liberación de oxitocina en la madre que reduce el sangrado.

—Sí, mira, está succionando —dijo Dangelys embelesada, sin poder apartar la vista de Izabel, lo mismo que yo—. Instintivamente ha abierto la boca y ha buscado mi pezón.

Durante todo el trayecto hacia el hospital, nuestra pequeña, que tenía un gran parecido a Dangelys con su piel morenita, estuvo alimentándose.

La imagen de mi Caprichosa dándole el pecho a Izabel me hizo recordar a Isaac cuando nació Nicole. No paraba de decirme que era lo más hermoso que había presenciado jamás. Ahora comprendía el verdadero alcance de sus palabras.

Era difícil de explicar la intensidad de sentimientos que despertaba mi hija en mí. Solo quien era padre podía entender lo profundo e inmenso que era ese

amor. Como nace desde el primer segundo que tienes a tu bebé en tus brazos.

Un momento... Tengo que avisar a todo el mundo.

¡Joder! Con los nervios se me había olvidado llamar a la familia.

Más feliz que nunca, llamé a Marcos y Xaidé desde la ambulancia para darles la agradable noticia de que ya eran abuelos y se presentaron de inmediato al hospital, llegando incluso antes que nosotros. Después avisé a mi madre y a John que tenían previsto su viaje a Río para la fecha del parto. Prometieron venir cuanto antes junto a Scott e Irina. Les pilló totalmente por sorpresa la noticia. Igual que a Isaac y a Nayade que vinieron acompañados de la pequeña Kezia y Nicole, que estaba loca por conocer a Izabel.

Isaac apareció en la habitación después de que se marcharan unos emocionados Marcos y Xaidé, y nada más verme me dio un efusivo abrazo.

—¡Enhorabuena, papá! —dijo con una sonrisa de oreja a oreja y dándome una palmada en el hombro bromeó—. Bienvenido al universo de los bebés. Prepárate, porque ahora sí que tu vida va a cambiar pero mucho. Dormirás a golpes de tres horas «con suerte», cambiarás pañales como si de tu hija solo brotara agua de manantial...

—¡Isaac! No lo asustes —lo riñó Nayade que entraba en ese momento por la puerta con Kezia en sus brazos.

Nicole que venía a su lado, corrió a darme un abrazo en cuanto la miré.

—Hola, pelirroja —la saludé, guiñándole un ojo.

—He venido a conocer a Izabel —dijo emocionada y vi la sonrisa de ternura de Isaac.

—Ya lo veo. Y has traído a Kezia contigo.

Sus hijas eran su mayor orgullo.

—Tío Lucas, ¿me seguirás llevando contigo en la tabla de surf? —me preguntó muy seria agarrándome el rostro con sus dos manitas.

—Nicole... ¡Qué te he dicho en casa! —le advirtió Isaac—. El tío Lucas ahora estará un tiempo bastante ocupado.

—Pero, puede llevarme un día —dijo clavando su mirada en su padre y luego me miró a mí con sus ojitos grises—. ¿Verdad que me llevarás pronto?

—Claro —respondí, y le di un golpecito en la nariz—. Si a tu padre y a tu madre les parece bien, podemos ir la semana que viene a surcar juntos unas olas.

—¡¡Yupiii!!

La dejé en el suelo y feliz como una perdiz corrió a ver a Izabel.

—Cuidado, no la despiertes —dijo Nayade.

—Jo, yo quería ver sus ojos —murmuró poniendo morritos.



—No te preocupes, no tardará en despertarse, le toca comer —susurró Dangelys con una expresión de cálido afecto.

—Hola mi gacela de ébano —dijo Nayade sonriente dándole un beso en la mejilla—. Parece que Izabel tenía prisa por venir a este mundo como Nicole que también se adelantó dos semanas.

—Sí, pero Izabel puso la directa. No nos dio tiempo ni a salir de casa.

—¿Izabel come leche como Kezia cuando era bebé? —preguntó Nicole encaramándose a la cama—. Es muy pequeña...

—Claro porque acaba de nacer —comentó Nayade y sonreí.

Nicole era un torbellino de energía.

—¿Eres consciente de lo que se te viene encima? —murmuró Isaac lanzándome una mirada burlona y contuve una carcajada.

—¡Eres un cabrón!

—¿Tuviste algún tipo de ayuda para el dolor? —le preguntó Nayade a Dangelys y mi mujer resopló.

—No, la única ayuda para el dolor fue... ¡gritar! —sonrió—. Ese «Aaaaah» que tanto nos aconsejan en las clases de preparación, lo llevé a lo más agudo de mi tesitura.

Isaac, Nayade y yo nos reímos al escuchar su comentario.

Daba gracias al universo por lo bien que había salido todo, por mi niña sana. Y por supuesto daba gracias a mi preciosa mujer, que gracias a ella había recibido hoy, el mejor regalo de mi vida.

Recibimos la visita de más familiares y amigos durante la tarde, y poco a poco, al final del día, fueron abandonando la habitación hasta que nos quedamos solos. Bastante cansado me metí en la cama con Izabel descansando sobre el pecho de Dangelys, y eso fue maravilloso, los tres juntos conociéndonos.

—Este ha sido el día más bonito de mi vida. Gracias por haberme ayudado —me dijo Dangelys en un suave susurro—. El parto fue de los dos, Has sido un pilar imprescindible para mí, sin ti no lo hubiera logrado. Te amo, cariño.

La miré a los ojos y me quedé ahí, en sus pupilas durante unos segundos.

—Yo también te amo —repose besando sus labios—. Te amo muchísimo... Gracias por haber cambiado el rumbo de mi vida.

## Tres años después....

Hacía tres años que nuestro hermoso ángel bendijo a nuestra familia. Desde entonces había traído alegría, risas y felicidad a nuestras vidas. Mi pequeña Izabel era un precioso ángel que nunca tenía miedo a extender sus alas y volar, como ahora mismo que trepaba por un muro del parque infantil concentrada en la difícil tarea de llegar a lo más alto.

—¡Estoy subiendo, papi! —me gritó mi intrépida hija.

Ella siempre me hablaba mientras subía para que me enterara. Sin darse cuenta, de que yo ya estaba debajo del muro preparado para sujetarla en el caso de que un pie le fallara en la escalada.

Algunas madres me miraban de reojo con una sonrisa en los labios.

Sabía lo que estaban pensando.

«Ahí está el padre superprotector que no quiere que su niña se haga un rasguño.»

Y en efecto...

Mi niña no sufriría ni un rasguño, porque su padre estaría ahí para atraparla.

—¡Papi! ¡Ya estoy arriba! —gritó feliz desde lo alto y la miré con una gran sonrisa pintada en mi cara.

—¡Muy bien, Izabel! Ahora tírate por el tobogán que vamos a ir a buscar a mami al trabajo.

Izabel era mi sol. La adoraba con todo mi corazón. Era mi todo junto con Dangelys. Las dos me hacían ser el hombre más feliz de la tierra.

Ellas eran mi prioridad número uno.

Vivir en Nueva York con ellas, sin trabajar de agente secreto era algo que nunca me questionaba.

Cuando nació Izabel, no tenía ni idea de como ser padre, pero supe desde el primer momento que no quería pasar los días sin ella. No quería que creciera preguntándose donde estaba su padre, como yo lo hice.

«Te prometo que no voy a irme a ningún lado, para quererte en todas las formas en que una hija debería ser amada por un padre», pensé acariciando su pelo. «Apoyarte, protegerte... nunca tendrás que preocuparte por mí. Haré que te sientas orgullosa de mí. Prometo darte mi estómago para llorar, hasta que seas lo

suficientemente alta para llorar en mi hombro.»

El día del padre nunca significó nada para mí hasta que la tuvimos. Y desde entonces, Izabel, había hecho que todos los días se sintieran como el día del padre. Era la niña de mis ojos. Su presencia, su sonrisa, sus carcajadas eran el mejor regalo. Me sentía el padre más afortunado del mundo.

Miré por el espejo interior de mi Jaguar como se comía un delicioso cupcake de mil colores de Magnolia Bakery. No pude por menos que sonreír ante la estampa de sus labios embadurnados de chocolate.

Parado en un semáforo en rojo cerca de la Oficina Federal de Investigación donde trabajaba Dangelys, me daba cuenta que su madre y yo estábamos criando una reina, pero por ahora, quería que mi princesita se quedara así, pequeñita, durante mucho, mucho tiempo.

—Te amo, mi niña —le dije sin venir a cuento mientras reanudaba la marcha.

Ella estaba entretenida viendo una película de dibujos animados.

—Yo también te amo, papi —me respondió sorprendiéndome desde su sillita y mi duro corazón se derritió con su delicada voz.

—¿Pero tu no estás viendo a Mickey Mousse?

Los ojos de mi hija brillaron con picardía.

—Sí, pero te he escuchado.

La hija que me había dado Dangelys era la cosa más preciosa, hermosa, que había hecho en mi vida, y le pregunté:

—¿Te gusta el cupcake que te he comprado?

Se quedó pensativa durante unos segundos.

—A mi no me gusta pero... —se relamió los labios—, está bueno.

Solté una carcajada al oír su comentario.

La magia que ejercía mi niña sobre mí y las personas que la rodeaban era absolutamente indescriptible, así como el instinto de protección que despertaba en mí.

Nunca pensé que mi vida daría un cambio tan radical. Todo mi mundo giraba en torno a mi preciosa morenita y mi gacela de ébano.

A veces, en mi pecho sentía un nudo. Temía despertar una mañana y descubrir que alguno de mis enemigos del pasado arrancaba de mi lado a Dangelys y mi pequeña, y moría con el simple pensamiento.

El deseo, la necesidad, el amor, el querer proteger a mi mujer siempre estaba en mí. Sacaba mi lado más primitivo. No había nada más importante en el mundo que ella y mi hija.

—¡Mamiiii! —gritó Izabel cuando vio salir a Dangelys del edificio.

Salió corriendo por la acera a su encuentro y Dangelys con una sonrisa en sus labios abrió los brazos para recibirla. A Izabel le encantaba que la levantara por los aires y dieran juntas un par de vueltas.

—Hola mi niña preciosa, ¿me has echado de menos? —le dijo Dangelys besando su carita.

—Mucho, mami.

—Menos mal —dijo Dangelys intentando bromear—. Porque yo te he echado muchísimo de menos.

—Mami, no quiero que trabajes —soltó de pronto nuestra hija aferrándose con sus bracitos a su cuello y percibí la emoción en la mirada de Dangelys.

—Tengo que trabajar, cariño mío —susurró abrazándola.

Notaba como trataba de reprimir la nota de dolor en su voz pero a continuación cambió su tono por uno más alegre.

—¿Dónde vamos a ir de vacaciones dentro de tres días? ¿A quien vamos a ir a ver? —le preguntó con una sonrisa, y a Izabel se le iluminaron los ojos.

—¡¡¡A los abuelos!!! —gritó eufórica.

Me acerqué a ella incapaz de aguantar la escasa distancia que nos separaba y Dangelys giró su cabeza encontrándose con mi mirada.

El corazón se me aceleró, golpeando con fuerza en mi pecho.

Había escuchado atentamente su conversación con una paciencia que desafiaba a la rapidez con la que corría la sangre por mis venas cuando lo que me apetecía era besarla.

—Hola, cariño. ¿Qué tal te ha ido el día? —dije agarrándola por la cintura, y como siempre me pasaba, sentí una oleada de electricidad al tocarla.

—Bien.

—¿Qué ocurre, cariño? —susurré mirándola fijamente y negó con la cabeza.

Acerqué mi rostro y besé sus labios, embriagándome de su sabor especial.

—Dime que te pasa —insistí preocupado.

Llevaba unas semanas un poco raras, parecía triste y bastante cansada.

No me respondió y le levanté la barbilla. Miré sus ojos felinos con lágrimas a punto de derramar y quise besarla de nuevo más profundamente. Dangelys, era una belleza deslumbrante, pero ahora había algo en ella que la hacía ver aún más hermosa, un brillo interior que traspasaba.

De inmediato pensé que necesitaba un plan para hacerla hablar.

Por algún motivo Dangelys se había encerrado en sí misma y no pensaba

permitir que me alejara de ella.

Una imagen firme se instaló en mi mente ante lo que se me acababa de ocurrir para hacerla hablar, y sentí un oscuro pulso de anticipación por el método que usaría.

—Vámonos a casa —dije con mi mirada clavada en sus ojos.

—Sí, estoy cansada —suspiró con Izabel de la mano.

Quiso darse la vuelta y pasé mi mano por su cintura con cuidado para ceñirla contra mi cuerpo.

—Esta noche prepárate para recibir un exclusivo tratamiento privado —dije rozando con mis labios el lóbulo de su oreja.

—¿Vas a invitarme a cenar?

A pesar de estar cansada sus ojos curiosos me miraron con un destello de deseo.

—Sí.

Sentí como se estremecía de pies a cabeza y mi sangre corrió por mi cuerpo en una oleada de adrenalina hasta concentrarse en mi polla.

—Mi idea es seducirte con un plan que incluya música —dije, rozando mi boca ahora por su cuello.

—¿Y habrá postre? —ronroneó provocativa.

Se mordisqueó el labio sin piedad y mi polla saltó dentro de mis pantalones.

—Por supuesto —susurré con voz tranquila y profunda desnudándola con la mirada—. Uno que conseguirá satisfacer tu paladar en ocasiones exigente.

Sentí como mis palabras convertían su cuerpo en llamas.

«Ya te tengo», pensé.

Ella no se imaginaba que la cena formaba parte de un plan que se consumaría del todo al amanecer.

—Te dejaré en casa para que vayas bañando a la niña y la acuestes mientras voy a un sitio —dije con voz hipnótica.

Dangelys me miró con una eléctrica sensualidad pero no preguntó.

«Buena chica»

Los primeros rayos de sol se filtraban a través de las ventanas, incidían sobre su cabello oscuro esparcido sobre la almohada en un maravilloso desorden, arrancando destellos en su piel morena y suave como la seda. Llevaba varios minutos contemplándola dormir, fascinado como si fuera la primera vez que compartiera la cama con ella.

Esta noche la había llevado al límite del deseo una y otra vez hasta que no pudo más.

Había recorrido con mi boca cada milímetro de su piel desnuda hasta convertirla en llamas. Durante toda la noche la había penetrado con mi lengua, con mis dedos, con mi polla todos sus orificios en mil posturas llevándola a un desenfrenado frenesí, hasta que de tanto correrse de forma violenta había desfallecido en la cama.

Recordé como años atrás me molestaba despertar con otra persona en mi cama y siempre buscaba alguna excusa para salir huyendo una vez que había dado rienda suelta a mis necesidades. Sin embargo, con Dangelys, desde la primera noche juntos, había querido pasar el resto de mis días abrazado estrechamente a ella.

Su hermosura me seguía cortando la respiración a pesar de los años, pero no era solo su belleza lo que me atraía. Con ella había descubierto lo que era hacer el amor con la persona amada y sabía que nada ni nadie, me apartaría de su lado. Amaba a Dangelys con toda mi alma.

Nadie pronunciaba mi nombre como ella. Nadie me miraba como ella, con su mirada felina semioculta en ocasiones por sus enormes pestañas que la convertía en un precioso enigma.

Nadie caminaba como ella, con esa cadencia femenina que te mataba. La postura siempre recia de su espalda, la seguridad con que se movía, su pelo largo, cayendo por su espalda. Su sensual boca, su modo de reír tan natural, esa alegría que en estos últimos días muy a mi pesar se desvanecía en mi presencia.

Ella no se imaginaba, que la cena y posterior noche de sexo, había formado parte de mi plan para tenerla en el punto exacto que quería al amanecer.

Llegaba el momento de atacarla de verdad... y esta vez lo haría sin piedad hasta romperla en mil pedazos.

Esperaba que Isabel no se despertara, porque necesitaba sacarle a mi mujer la verdad, aunque fuera arrancándosela a gritos en medio de un orgasmo.

Con tranquilidad até sus muñecas al cabecero y sus tobillos al pie de la cama, luego me arrastré a través de su cuerpo y bajando mi boca hasta que estuve a unos centímetros de su rostro susurré:

—Mi Caprichosa, mírame.

Atrapada por mi cuerpo se despertó despacio y sus labios se separaron en un grito mudo de asombro al verse atada de pies y manos en la cama.

—Lucas, desátame —se quejó en voz baja—. Isabel puede despertar en cualquier momento.

Con ojos de depredador hice caso omiso a su orden y su mirada centelleó cuando orienté mis caderas perfectamente entre sus muslos.

—¿Vas a contarme lo que te pasa? —dije, rozando mi boca abierta por su cuello.

Me moví con deliberada lentitud frotando mi polla más que empalmada por sus húmedos pliegues y sentí como se tensaba debajo de mí.

—No tengo nada que contarte —dijo con sus ojos fijos en mí.

—Mientes.

Dejé escapar un gruñido profundo antes de comerle la boca hasta borrarle los labios.

Metí mi lengua caliente en su boca de un modo hambriento mientras la encerraba en la cama con mi cuerpo y arrastré de nuevo toda la longitud de mi polla por sus húmedos pliegues hasta rozar mi glande contra su clitoris. Toda la cabeza de mi polla dura contra su hinchado clitoris en busca de su máxima excitación.

—¿Seguro que no tienes nada que contarme?

Sabía que no soportaría por mucho tiempo la caricia directa en su adolorido clitoris después de la noche de sexo que habíamos tenido.

—Lucas —gimió.

Las millones de terminaciones de su clitoris parecieron producirle una fuerte descarga eléctrica cuando inicié una ruta del placer hacia sus pechos mientras me rozaba de manera infalible contra ella.

—Sé que algo te preocupa —gruñí—. Dime que es.

—No.

Bajé mi boca para chupar, morder, succionar con ansia desmedida sus pezones erectos y sentí como su botón del placer, el detonante del orgasmo femenino por excelencia se empapaba por completo.

—¿No quieres hablar?

Dangelys se acercaba a la cresta de la lujuria y con paciencia seductora y astuta me detuve para bajarme de la cama.

Con adoración y pasión acaricié su rostro y la besé antes de alejarme.

—¿Adónde vas?

Su mirada felina se clavó en mí y mirándola a los ojos abrí el cajón de uno de los muebles del armario.

—¿Recuerdas que te dejé anoche en casa porque tenía que ir a un sitio?

Saqué del cajón un consolador de tamaño considerable de una apariencia natural y los ojos se le abrieron como platos.

—He pensado que podríamos jugar un poco con este nuevo juguete —dije con voz áspera y ardiente.

Lanzándole una mirada primitiva me acerqué a ella y tras desatar sus tobillos le di la vuelta en la cama de un modo dominante.

La puse de rodillas y me situé detrás. Presioné mi polla contra sus nalgas, doblándome encima de ella como si la hubiera cazado, y susurré en su oído:

—Quizás una doble penetración....

Escuché como se le escapaba un jadeo de los labios y mordí su hombro en un gesto salvaje.

—Lucas, no sé si podré....

Su tono de voz salió irreconocible debido al deseo.

—Claro que podrás —dije con toda la musculatura de mi torso pegada a su espalda—. He estado preparándote durante toda la noche para este momento.

Con el pene de goma rozaba su clítoris al mismo tiempo que me introducía lentamente en su ano, que ya había sodomizado esta misma noche, y noté como su sensación de placer aumentaba.

—Voy a correrme —susurró con la respiración totalmente descontrolada.

El clímax se acercaba para Dangelys que empinaba su culo en busca de más y decidí insertarle el pene de goma por delante.

—Hazlo, cariño... —gruñí en su oído mientras le metía yo también mi polla por el culo hasta el fondo—. Quiero oírte gritar. Quiero que pierdas el control.

Inicié unas embestidas profundas, con golpes de pelvis secos y contundentes a la par que la taladraba con el pene de goma en el coño y la doble penetración la arrasó literalmente.

—¡Oh, Deus! Me corro —gritó con una energía desbordante.

Dangelys empezó a sacudirse debajo de mí con cortos y eléctricos espasmos que succionaban mi polla, y su orgasmo aniquiló mi control por completo.

—¿Vas a decirme de una vez lo que te pasa? —mascullé tensando la mandíbula.

—Sí... Dios... sí... ¡Joder!

Trataba de contenerme hasta que hablara, pero ya no podía más.

Saqué la polla de goma, la lancé al suelo y comencé a poseerla duro, rápido, potente, con gruñidos mientras ella arqueaba sus caderas en busca de mi encuentro en cada penetración.

—Lucas... yo....



—¿Sí?

Apretaba los dientes para contenerme, pero la suavidad de la piel de Dangelys bajo mis dedos, la fricción de mi polla dentro de ella, la sensación de placer en cada embestida me hicieron comprender, que se trataba de una batalla perdida.

—¡Joder, Dangelys! Dímelo —gruñí a punto de correrme.

Perdí el poco control que apenas conservaba y me volví loco follándola. Dangelys ladeó la cabeza en busca de mis labios, y con nuestras lenguas enredadas, gimiendo, gritando de placer sentí que me elevaba al mejor orgasmo de mi vida.

Con los músculos apretados en tensión, aferrándola de los glúteos con posesión me corrí dentro de ella al oírla, llenándola.

—Lucas... ¡Estoy embarazada!

La noticia provocó en mí una emoción intensa y con los pulmones trabajando de forma ardua, salí de su interior de prisa y desaté sus muñecas con urgencia.

—Dime que no te he hecho daño —dije preocupado—. ¿Por qué no me lo has contado?

El corazón me latía con fuerza, casi atronador.

—¿Desde cuando sabes que estás embarazada?

Tenía que luchar contra la imperiosa necesidad de regañarla. Me desesperaba haberla podido hacer daño.

—Lo sé desde hace varias semanas. Perdóname, por no habértelo dicho antes —sollozó.

Le di la vuelta con cuidado y la estiré en la cama.

—Cariño, ¿de que tienes miedo?

Mientras le acariciaba el rostro nervioso, resbalé mi mirada hacia su cuerpo y sentí una emoción intensa y de posesividad absoluta cuando me di cuenta de la sutil diferencia en sus curvas femeninas. Esas que me tenían completamente loco desde hace años y que ahora eran más rotundas.

—Tengo miedo a dejar de ser la Dangelys que conociste y que dejes de amarme. El trabajo ya me absorbe mucho... y otro bebé cambiará nuestras vidas radicalmente —su gemido agónico atravesó mi corazón y la abracé con fuerza.

Dangelys empezó a llorar en mis brazos y comprendí que se sentía presionada por un nuevo embarazo.

—Tranquila, cariño —susurré besando sus cabellos—. Todo irá bien.

Jamás dejaría de amarla, mis sentimientos hacia ella eran indestructibles.

Estaba conectado a Dangelys de un modo único, y en contra de lo que ella pensaba, este nuevo embarazo aumentaba mi amor hacia ella.

# Epílogo

## Dangelys

Llevaba unos días en Río de Janeiro, disfrutando de mi familia, y sobretodo, dejándome ayudar por mis padres y Nayade. Tenía la sensación de estar en el descanso de un partido de tenis en el que jugaba contra mi misma corriendo de un lado a otro de la pista de tierra batida.

Estos últimos años habían sido bastante estresantes, apenas había tenido tiempo para dedicárselo a mi marido y mi hija, y menos aún para dedicármelo a mí. Y ahora se complicaba todo aún más con la llegada de otro bebé. Quizás ese era el lado negativo de estar tan lejos de los míos. Ese, y mi resistencia a dejar que alguien me «echara un cable» con Izabel.

Lucas cuidaba de nuestra pequeña en mis horas de trabajo porque tenía miedo de que alguien nos hiciera daño a través de Izabel.

El caso es que desde nuestra llegada a Río, llevaba una semana escapándome a ratitos sola, en otras muchas ocasiones con Lucas, y a pesar de tener la sensación de ir por ahí habiéndome dejado un brazo o una pierna en casa, disfrutaba de esa Dangelys independiente y divertida, a la que, de alguna manera, tenía «castigada» desde hace tiempo en Nueva York. Bueno, independiente, pero mirando el teléfono cada diez minutos por si mi pequeña me necesitaba.

Era muy difícil lograr un equilibrio entre la Dangelys madre, la Dangelys esposa y la Dangelys agente del FBI. Notaba que en Río las diferentes facetas de mi personalidad con las que no siempre me era fácil lidiar, aquí en Río era más «fácil». Claro está que aquí excluía mi lado profesional, y con el paso de los días saboreaba la dicha de estar en mi tierra, rodeada de los míos.

Aquí, ahora, abrazada a mi marido después de haber hecho el amor

disfrutaba como nunca de la vida, de la felicidad de ver a mi hija corretear por los lugares donde yo lo hice en su día, jugar con mis viejos juguetes. Y estas dosis de alegría, risas, hacía que me invitara a reflexionar.

—Lucas, le estoy dando vueltas a la idea de dejar mi trabajo y que volvamos a Río —susurré contra el cálido pecho de mi marido—. Me encanta cuando Isabel se duerme tocándome la cara y odio tener que separarme de ella alguna noche por el trabajo. Supongo que las cosas serían de otra manera si venimos a vivir a Río de Janeiro. Podría dedicarme por completo a ella y al futuro bebé que viene en camino. Pero no sé que hacer... Siento que si renuncio habré fracasado en mis sueños.

Lucas que acariciaba mi espalda, detuvo su mano y buscó mi mirada.

—Cariño, a veces nuestros planes de vida, nuestros esquemas y sueños sobre como queremos que sean las cosas nos produce estrés, pena, dolor físico o emocional. Si decides cambiar de rumbo, eso no significará que has fracasado, o que no tienes la suficiente fortaleza o constancia. Tu cambio sería absolutamente digno de confianza.

Su mirada inteligente y llena de sabiduría calmaba mis inquietudes.

—A veces, algunas ilusiones tienen que morir para encontrar tu verdad más profunda, incluso si esto implica perderlo todo. Incluso tu forma de vida. Renunciar a todo por una existencia sincera. En esos momentos eres consciente de la parte más esencial en tu vida y que no quieres perder.

—Hablas como si lo hubieras experimentado alguna vez —dije acariciando su rostro.

—Sí, cuando tuve que renunciar a ti hace años —susurró con sus ojos oscuros clavados en mí.

—Lucas... —musité en un hilo de voz.

—Se me hizo eterna nuestra separación durante esos años. Las estaciones no pasaban. El invierno no ansiaba ser el verano. La primavera no buscaba el otoño. Los meses no pasaban...

Sin poder soportar la distancia mínima entre nuestros labios, acerqué mi rostro y lo besé con pasión.

—Olvídate de ese tiempo distanciados. Sencillamente, relajémonos, ahora —susurré contra su sensual boca y sonrió.

—Me encanta la palabra ahora... Expresa todo un mundo, toda una vida comprimida en un instante —dijo con voz ronca y tomó mis labios de una forma feroz.

—¿Crees en el destino? —musité.

—Por supuesto que creo en el destino, sin duda. Todos tenemos un propósito en la vida, la mía fue encontrarte a ti.

Está claro que todo en la vida tiene su momento, y lo único que quería era disfrutar de la experiencia de ser madre en compañía de Lucas.

—Tengo que pensar con calma. Pero me parece que es el momento perfecto para dar paso a lo nuevo —dije con firmeza.

Buscaría trabajo en Río, donde poder compatibilizar mi faceta profesional con la maternidad. Sin forzarme, sin ahogarme en un mar de responsabilidades o de inseguridades al sentirme de alguna manera juzgada por la gente.

Lo que mis padres esperaban de mí. Lo que Lucas esperaba de mí, lo que mi jefe esperaba de mí, incluso lo que mi hija esperaba de mí. Sin darme cuenta, me sometía a un duro autojuicio por creer que estaba fallando, olvidándome de escuchar la voz más importante de todas, mi voz interior.

En estos tres años y medio había aprendido a valorar más que nunca el trabajo y el esfuerzo de las madres trabajadoras que son también amas de casa. Estando en otro país, con la familia lejos, era muy duro.

La de veces que le había escrito a Chloe preguntándole:

«¿Cómo lo hiciste los primeros años con Gaël Jr. tu sola?»

Tenía una pequeña terremoto en casa requiriendo casi todo mi tiempo y dedicación. Afortunadamente Lucas me ayudaba y nos organizábamos para turnarnos con la niña. Eso sí, muchos días me moría de risa al llegar a casa después de trabajar porque tenía que atravesar una especie de carrera de obstáculos entre juguetes para llegar a mi habitación. Y todo porque Lucas para entretenerla sacaba toooodos los juguetes.

Si de algo me daba cuenta desde la llegada de Izabel, era que mi marido se desvivía por su princesa y me daba pena no poder estar con los dos todo lo que quisiera. O que sus abuelos disfrutaran de Izabel como yo disfruté a los míos en mi infancia.

De ahí que me planteara que volviéramos a Río de Janeiro. A nuestros orígenes.

—¡¡Vas a ser mamá otra vez!! —gritó Chloe a través de la línea de teléfono y Nayade y yo nos reímos.

Estábamos en una de nuestras típicas llamadas a tres, pero en esta ocasión solo Chloe se encontraba lejos de mí.

—Nada sucede como deseamos, como suponíamos, ni como teníamos planeado, así que viva la improvisación —dijo Chloe desde París.

—¿Y si le llamáis Lucas? —dijo Nayade sentada a mi lado.

—No.

Sabíamos que sería un hombrecito, pero aún no teníamos claro que nombre ponerle al bebé, Lucas y yo.

Hoy mismo cumplía cinco meses de embarazo que se me habían pasado volando. Así como el primer embarazo no paré de leer y seguir semanalmente el desarrollo del bebé, esta vez sentía una especie de tranquilidad que me hacía llevarlo de una forma relajada.

Supongo que todos esos nervios y dudas de madre primeriza ya no estaban presentes, aparte que Izabel requería gran parte de mi tiempo y atención.

—Estoy muy ilusionada con la llegada del nuevo bebé. Es cierto que da un poco de vértigo siendo Izabel tan pequeña, pero creo que para ella será todo un regalo tener un hermanito tan pronto.

—Una vez pase esa difícil etapa de sentirse «destronada», sé que se convertirán en grandes confidentes e inseparables compañeros de trastadas —dijo Nayade.

—Y tú Chloe, ¿no te planteas tener más hijos? —le pregunté a Chloe.

—Depende del día. Hay días que tendría cinco hijos más y otros ninguno, depende del día que tenga Gaël Jr —comenzó a reír—. Bromas aparte, sí que me gustaría, los niños te cambian la vida y te la roban un poco, es una experiencia preciosa de la que se aprende muchas cosas.

—Sí, si se aprende, sobretodo a tener mucha paciencia —dijo Nayade riéndose.

La rutina en Río de Janeiro era maravillosa.

Me encantaba bajar a menudo a la playa a despedir el sol, me relajaba hacer fotos y pasear por la orilla mientras se hacía de noche. A Izabel le encantaba arrastrarse por la arena. Cuando se quedaba dormida, Lucas y yo cenábamos tranquilamente. Mi marido me enseñaba como amar en profundidad, como nunca creí que fuera posible.

Cualquier conflicto, me ayudaba a suavizarme, a relajarme. Donde mi corazón se cerraba, él me mostraba la forma de abrirlo. Me hacía reír, encontrando el humor hasta en los días grises. Él era mi paraguas en muchos días de tormenta. Me sostenía cuando me tropezaba. Sentía su cálida presencia siempre, me ayudaba a respirar cuando yo no podía respirar. Él era mi punto energético en la tierra, el hombre capaz de atraparme con sólo una mirada.

—Creo que ya he tomado una decisión —dije.

La mirada de Lucas me arropaba, era oscura y madura, íntima e indiscreta.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí. —sonreí.

Su mirada lo decía todo. Me respetaba, me amaba... Como una ola me elevaba y me hundía, lo mismo que me fraguaba y me fundía.

Él era mi marido, mi amante, mi compañero de vida.

El tiempo no había oxidado nuestro amor. Sino todo lo contrario, crecía más y más.

—¿Y qué decisión has tomado?

Estaba enamorada de Lucas de una forma maravillosa. Junto a él aprendía a disfrutar de la vida, me ayudaba a acercarme a mi misma, a crecer, a fortalecer mi interior.

Si algo me enseñaba mi marido era a saborear cada instante más que nunca, a no malgastar ni un segundo de tiempo en todo aquello que no lo merecía.

—¿Nos mudamos? —preguntó rodeando mi cintura con sus brazos.

—Sí. He encontrado el lugar perfecto donde vivir. Una propiedad situada en el sur de la costa de Río de Janeiro.

Un par de semanas después nos trasladamos a la vivienda que parecía más un resort que una casa. La naturaleza que rodeaba la vivienda era ideal para que nuestros niños crecieran felices.

Y así fue...

Sin darme cuenta, fueron pasando los años viendo como Izabel y Asiel crecían disfrutando de mi tierra, brasil.

## AÑOS DESPUÉS...

—¿Dónde están nuestros maridos?

Izabel y Nicole ya estaban en esa edad donde su mayor problema era que no se moviera el flequillo y que su falda fuera tan o más corta que el del resto de sus amigas. Y claro, Isaac y Lucas estaban que se subían por las paredes.

Año tras año, continuábamos con la tradición de pasar parte de las vacaciones de navidad juntos en Fernando de Noronha y ahí estaban nuestros maridos, sentados en el sofá del yate tocando un tema muy sensible.

Mientras nosotras reíamos recordando esa etapa adolescente ellos hablaban de como descuartizarían al primero que se atreviera a tocar un solo pelo de sus niñas.

—Lo tengo claro —dijo Lucas—. El día que mi hija Izabel aparezca con algún novio, ese día será el fin para el posible pretendiente.

—A ver quien será el valiente que saldrá con vuestras hijas cuando sean mayores —murmuró Gaël en tono de broma.

No nos había dado tiempo a responder cuando escuchamos a alguien hablar detrás de nosotros.

—Yo.

Nos giramos todos sorprendidos por la contestación.

—¿Con las dos? —preguntó Isaac con una sonrisa en los labios.

—Tenía que ser él, quien sino —murmuró Lucas estrechando sus ojos.

La persona que se había atrevido a responder de forma tan contundente con ese YO era la versión adolescente de Gaël que se sentó en una butaca frente a nosotros.

—Por supuesto. No quiero ser selectivo —dijo el hijo de Chloe y Gaël tras tomar un sorbo a su refresco.

—¡La madre que lo parió! —exclamó Isaac riéndose.

—No puedo discriminar a una de las dos —expresó a continuación en tono serio y Lucas despegó la espalda del sofá.

*¡Ay, Deus!* Me temía que iba enseñarle quien era Lucas Smith.

—¿Alguna vez te he enseñado el arsenal de armas que tengo en casa?



Fusiles, ametralladoras antiaéreas, granadas, pistolas... —masculló con voz amenazante, inclinándose hacia adelante.

La versión adolescente de Gaël, alto y de constitución fuerte, bronceado por el sol, con un bañador azul, también se echó hacia adelante.

Hubo un breve silencio.

—No me das miedo —dijo clavando sus ojos oscuros en los de Lucas y se levantó de la butaca.

Dejó el vaso en una mesita auxiliar y después se dirigió tranquilamente al otro extremo de la cubierta y se lanzó al agua.

—¡Joder con tu hijo! Los tiene bien puestos, Gaël Jr. —dijo Isaac riendo a carcajadas.

—Demasiado bien puestos, igual que mi hijo Asiel —murmuró Lucas echando humo por las orejas y Gaël no pudo evitar reírse al ver su cara.

—Si no fuera así, no serían nuestros hijos.

Lucas resopló tras oírle.

—Gaël es digno heredero de su padre —dijo Chloe riéndose—. Oye, lo mismo terminamos siendo consuegras.

Todo el mundo reía menos Lucas, que observaba a lo lejos a Izabel.

A sus diecisiete años surcaba una ola con su tabla de surf y pudo apreciar la mirada llena de orgullo de Lucas al ver como cabalgaba una ola.

—Lo siento, pero mi hija no se fijaría nunca en un chico como Gaël —dijo Lucas sin abandonar el tema—. Izabel tiene un estilo de vida totalmente distinto al de él. Está empezando a competir, su forma de hablar, su moda, son muy diferentes.

Le encantaba subirse a la cima de una tabla haciendo piruetas mientras sentía el fragor del agua. Desde pequeña Lucas se la había llevado con él a practicar surf junto a Nicolle, que aunque no se le daba tan bien el deporte del surf como a Izabel, disfrutaba de la sensación adictiva que uno podía experimentar surcando las olas. Nicolle dominaba otro deporte, otro que también requería mucha técnica hasta dominarlo por completo y que aportaba adrenalina y libertad. La pasión de Nicolle eran los caballos, deporte que compartía con Isaac y su hermana Kezia. Juntos disfrutaban de tardes enteras en el club de hípica.

La vida de nuestras hijas era misteriosa como pocas para la prensa. Fundamentalmente porque Isaac y Lucas se habían esforzado para que así fuera. Pero a pesar de todo, alguna que otra vez, protagonizaban alguna portada sobre sus triunfos en el tema del deporte, o sus salidas por Río con los amigos. La

expectación que generaban las dos, por ser hijas de quienes eran no lograba que consiguiéramos mantener la esfera privada de su existencia en riguroso secreto.

En un mundo tan despiadado como la prensa resultaba complicado no sobreproteger y caer en el error de preparar el camino para mi hija en vez de preparar a mi hija para el camino.

No pude evitar pensar en todas las vueltas que había dado mi vida desde mi época de adolescente en el que fui una chica rebelde hasta hoy en día.

Sentía que era ahora cuando por fin estaba donde quería estar, donde evidentemente no todo era perfecto ni mucho menos, pero donde por fin era feliz, junto a Lucas y mis dos hijos, mi familia y por supuesto mis amigos.

Si alguien me preguntara quienes eran las personas más importantes de mi vida y cual sería mi regalo para ellos en Navidad, diría en primer lugar que los tenía delante de mí y ante la segunda cuestión no dudaría en responder que regalaría «tiempo», planes juntos, escapadas... todo lo material sería un segundo plano.

Últimamente, por alguna razón, pensaba mucho en ello. La importancia del tiempo y la calidad de este. Supongo que influiría mucho la velocidad a la que crecían mis hijos, como cada etapa parecía más fugaz que la anterior. No dejaba de sacar ropa que se iba quedando pequeña en el armario y de introducir en él prendas cada vez más femeninas y sexys para Izabel y más masculinas para Asiel.

Yo que vivía cerca de la familia, sabía que el mejor regalo para mis padres era poder ver crecer a Izabel y Asiel, y el mío, ver sus caras en cada momento que compartían. Siempre me sentía abrumada con el primer abrazo de reencuentro después de estar semanas sin vernos cuando veníamos de Nueva York de visitar a mi hermana Savannah.

Un valioso tiempo en familia. Para mí, la mejor forma de invertirlo...

—Brindo por este tiempo en familia que es inmejorable, porque sin duda es el mejor de los regalos —dije alzando una copa en el yate de mis padres.

Toda la familia y amigos nos encontrábamos en la terraza de proa con una copa en la mano para brindar.

—¡¡Feliz Navidad!! —exclamaron al unísono Nayade, Chloe desde lo alto del yate a punto de tirarnos las tres por el tobogán ante la mirada llena de diversión de Isaac, Gaël y Lucas.

—Chicas, sois las personas más maravillosas que he conocido en mi vida. Tengo tantos recuerdos felices, tantas risas juntas, tantas miradas cómplices,

tantos viajes, tantos momentos secretos. Siempre tirando de mi mano, siempre abrazándome antes de que lo pidiera —dijo Chloe con la emoción apareciendo en su voz.

—Todos saben que sois especiales para mí. Tengo que agradecer a Isaac que nos conociéramos. Os quise al instante. Sois valientes y fuertes, no teméis a nada ni a nadie. Cuanto me habéis enseñado sin que me diera cuenta... Vamos a prometer una cosa. Pase lo que pase en nuestras vidas, siempre que podamos nos veremos.

Podría nombrar muchas, muchas cosas, pero hay una ley universal no escrita que dice todo es mejor si tienes a tus amigos de verdad junto a ti.

—Así será —repuso Chloe.

—Sois las amigas más importantes en mi vida —habló Nayade a continuación—. Con vosotras he vivido cosas que no he compartido con nadie. Han sido muchas risas, muchos llantos, con millones de detalles de fidelidad y amistad inquebrantables. Siempre pienso en la suerte que ha tenido el cruzarme con vosotras en mi camino del destino.

—Sí. —dije muy emocionada.

—Os quiero como si fuerais mis hermanas... sois mis hermanas de corazón.

Ellas eran mis amigas. Con ellas, iría al fin del mundo.

Solo con tus mejores amigas puedes ser esa versión de ti misma que bailando brincos y arrugando el rostro de tanto reír.

—Pase lo que pase, unidas.

Solo con ellas compartía experiencia de todo tipo, junto a las que creaba e inmortalizaba recuerdos teñidos de atardeceres. Como el de ahora sentadas en la arena, disfrutando de una preciosa puesta de sol.

—¿Qué es de lo que más orgullosa te sientes? —dijo Nayade en un momento dado mientras disfrutábamos de un rico cóctel sentadas en la arena.

—No vale contestar que ser madre —murmuró Chloe risueña.

—Creo que de lo que más orgullosa me siento es de haber tenido el coraje de tomar decisiones en las que debía arriesgar y romper con un montón de cosas —respondí—. De poner como prioridad mi bienestar personal. De luchar en su momento por el amor de Lucas pese a todo el peligro que me rodeaba. Enfrentarse a la tormenta no es fácil, pero cuando llega la calma no puede haber mayor satisfacción y felicidad. Sé que aún me quedan muchas tormentas que lidiar pero de eso se trata.

Miré a Lucas y una verdadera sensación de plenitud se liberó en mi

interior.

—¿Y tú Nayade? —dijo Chloe después de dar un sorbo a su cóctel.

—Creo que lo mismo —murmuró—. Cambié de país, de cultura por amor. Todos en alguna ocasión nos enfrentamos a situaciones desbordantes con nuestro cargamento de miedos y dudas, pero considero que a veces hay que experimentar algo para saber si es lo que queremos o no. Conocer a Isaac en aquel viaje fue un punto de inflexión en mi vida. Una no decide cuando vendrá el amor, ¿verdad chicas? —sonrió—. La vida es un sinfín de pequeños y no tan pequeños puntos de inflexión y de batallas emocionales, y para mí quedarme embarazada fue un importante punto de inflexión en mi vida.

Desvió la mirada para posarla en Isaac que jugaba con Nicole y Kezia en el agua y le brillaron los ojos.

—Tomé la decisión de mudarme a Brasil pensando en mí. La vida hay que vivirla en función de lo que nos haga felices a nosotros mismos. Y sin lugar a dudas Isaac me hacía y me hace feliz.

—Solo faltas tu Chloe. ¿De qué te sientes más orgullosa?

Posé mi mirada en ella y tomó una respiración profunda sin dejar de contemplar el horizonte.

—Creo que de lo que más me siento orgullosa es de no haberme rendido jamás —dijo tras varios segundos de silencio—. A veces la vida no utiliza el lenguaje más agradable para hacernos ver determinadas cosas. Así que creo que de lo que más me siento orgullosa es de haberme levantado después de cada golpe duro que me dio la vida. En vez de sentirme desdichada cuando algo desagradable me ocurría, resurgía de mis cenizas con trabajo, fuerza y actitud, confiando en mí. Por supuesto mi marido también me ha ayudado a confiar en mis sentimientos, a enfrentar retos, a valorar las cosas positivas, guardar los buenos recuerdos del pasado y olvidar los no tan buenos...

Ella también desvió la mirada hacia Gaël y noté un nudo en la garganta al ver como se le empañaban los ojos de lágrimas al mirarlo.

—La vida me envió a mi francés, y no puedo ser más feliz junto a él y mi mejor regalo que es mi hijo. Pasar tiempo con ellos es lo más importante.

—El tiempo que pasamos con la familia y los amigos es uno de nuestros más valiosos tesoros —dijo Nayade y las dos asentimos con la cabeza.

—El tiempo que no pasamos con los seres queridos no se recupera —murmuré mirando ahora a mis padres que reían junto a Izabel.

El nudo en mi garganta se acrecentó.

Mi mayor felicidad se encontraba a mí alrededor. Mis padres, mi marido,

mis hijos, mis amigos...

Atesoraba cada momento con ellos. Valoraba cada hora, cada minuto, cada segundo de una forma especial.

Hay que disfrutar la vida, exprimirla, y sobretodo compartirla con personas especiales. El ayer es una serie de historias, el mañana un enigma, pero el hoy es un regalo que debemos saber aprovechar.

No hay que dejar pasar la vida sin abrazar con toda tu alma a las personas que quieres. No dejar que los momentos se nos escapen sin ser conscientes que podrían ser los últimos. Hay que disfrutar cada día con toda la intensidad. Cometer alguna locura y sonreír de ello. Hay que estar realmente vivos.

**FIN**

## AGRADECIMIENTOS

Y aquí estoy, despidiendo Trilogía Locura. No me puedo creer que hayan pasado tres años. Escribir la palabra fin ha hecho crecer en mí un nudo de emociones que ya tenía a flor de piel desde hace meses. No es fácil decir adiós a unos personajes que me lo han dado todo durante tanto tiempo. Risas, llantos, alegrías, momentos de pasión, romanticismo...

Estos tres años han sido todo un viaje personal, donde he aprendido muchas cosas por las que sentirme afortunada y agradecida.

Sobretudo me siento realmente agradecida por haber podido conocer a gente maravillosa en el camino y aprender algo de todas ellas. Se cierra una etapa y tengo mariposas en el estómago. Ya hay una nueva y fascinante historia forjándose poco a poco, que si todo va bien compartiré más adelante con vosostras.

GRACIAS en mayúsculas a mis locas del manicomio por estos tres años junto a mí. Me siento inmensamente afortunada por poder vivir esta experiencia con lectoras de todos los rincones del planeta.

Gracias a mi coração Clara, a mi granadina Conchi, y mi señora Levante, Susana, por su amistad, apoyo y cariño.

Una mención aparte se merecen mi talentosa Laura, mi María y mi MJ, que en el último año han sido las mejores compañeras de viaje. Gracias por estar ahí, siempre. ¡Os quiero chicas!

Gracias a Clint Mauro, por ser tan amable siempre y por la portada tan especial. Desde el minuto uno que te vi supe que eras perfecto para el personaje de Lucas.

Por último dar las gracias a mi marido y a mis hijos a los que amo con locura y que tanto me han ayudado en este viaje tan especial. Gracias por permitir que pudiera dar rienda suelta a mis sueños.